



Centro de Estudios Históricos

Hoteles de la Ciudad de México:  
Cultura, empresa y sociedad en un espacio moderno (1936-1968)

Tesis presentada por  
Paulina Martínez Figueroa

En conformidad con los requisitos establecidos  
para optar por el grado de Doctor en Historia

Diciembre 2015

Aprobado por el Jurado Examinador

1. \_\_\_\_\_  
Presidente  
(Nombre)
  
2. \_\_\_\_\_  
Primer Vocal  
(Nombre)
  
3. \_\_\_\_\_  
Vocal Secretario  
(Nombre)



Hotel Reforma 1936  
([portalacademico.cch.unam.mx](http://portalacademico.cch.unam.mx))

## Índice

### Introducción, 1

### Capítulo 1. Pensar la ciudad, percibir el hotel, 13

1. Amada y odiada: la Ciudad de México y sus contrastes, 15
2. Hoteles modernos para una ciudad turística, 24
3. Percibir el hotel: miradas en torno al hotel en el cine y la literatura mexicana, 32

### Capítulo 2. Institucionalizar el hotel, 52

1. Fomento gubernamental a la hotelería, 54  
*Comisiones, direcciones o consejos: las dependencias gubernamentales de apoyo al sector turístico, 55*  
*Gobierno o sector privado: ¿De dónde saldrán los dineros?, 60*  
*Fomento, regulación y control: la legislación, 63*
2. La hotelería organizada, 67  
*Antonio Ruiz Galindo y la Asociación Mexicana de Hoteles, 68*  
*El hotelero a la vanguardia: los empresarios y sus hoteles como agentes d cambio y modernidad, 74*  
*Un camino difícil: la relación del empresario hotelero y el Estado, 82*

### Capítulo 3. Invertir en el hotel, 96

1. Atendiendo el llamado: la participación de Banamex en la inversión hotelera, 97  
*La formación: los hoteles Reforma y Alameda, 99*  
*La consolidación: el Hotel Camino Real Ciudad de México, 105*
2. Dos formas de invertir en hoteles, 114  
*Manuel Suárez y el Hotel de México: un proyecto imposible, 115*  
*César Balsa: el primer imperio hotelero en México, 127*

## Capítulo 4. Construir, equipar, distinguir el hotel, 139

1. Arquitectura hotelera: personajes y problemas, 141  
*El hotel como problema arquitectónico, 142*  
*Hoteles capitalinos: dónde, cuándo y por qué, 146*  
*Arquitectos constructores de hoteles, 153*
2. Modernidad y confort: técnicas y materiales empleados en la construcción hotelera, 15  
*Estructuras y cimentación, 159*  
*Instalaciones, 161*  
*Acabados, 162*  
*Decoración, 163*
3. Arte en los hoteles, 165  
*Arte y conflicto en el espacio hotelero, 168*  
*Atractivos turísticos y promoción de la cultura mexicana en el espacio hotelero, 171*  
*Arte, hoteles de lujo y la intervención de la iniciativa privada en la gestión cultural, 175*  
*El mundo en México: la integración plástica y la internacionalización del arte (hotelero) mexicano, 180*

## Capítulo 5. Trabajar el hotel, 186

1. El trabajo hotelero, 187
2. La Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del D.F.: Tradición y modernidad en una central obrera, 196  
*Tradición, autonomía e iniciativa: los pilares de la Unión, 197*  
*Ser trabajador hotelero en la ciudad de México, 208*  
*Tradición y modernidad en una central obrera, 211*
3. Conflictos laborales y huelgas en hoteles, 212  
*Problemas por motivos laborales, 214*  
*Conflictos por cuestiones sindicales, 218*
4. Patrones y trabajadores: el consenso en busca de la profesionalización de los empleos hoteleros, 222  
*La Escuela Hotelera y el fomento a la educación turística por parte de la Asociación Mexicana de Hoteles, 225*

*La Escuela de Capacitación de la Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Simialres del D.F., 233*

## Capítulo 6. Habitar el hotel, 242

1. Let's visit Mexico!, 243
2. El eterno problema de los precios, 252
3. Los hoteles Ritz y Majestic: comienza la diversidad, 262
4. Hotel Reforma: los primeros huéspedes modernos, 268  
*El Ciro's del Hotel Reforma: hito en la vida nocturna de México, 274*
5. El Hotel del Prado entre bodas, emperadores y convenciones, 277
6. Avery Brundage y el Comité Olímpico Internacional: los primeros huéspedes del Hotel Camino Real, 287

Conclusiones, 298

Fuentes consultadas, 316



Hotel del Prado en Construcción 1945 (Fotografía de la revista Life en fb/Hotel Del Prado Mexico Df (1948-1985) Oficial)



Hotel del Prado 1947 (fb/Hotel Del Prado Mexico Df (1948-1985) Oficial)

## Introducción

En el tránsito del México revolucionario y posrevolucionario al llamado México moderno, se construyeron espacios que albergaron nuevos modos de pensar y percibir al país. La sociedad surgida de esos procesos históricos creó uno de los lugares más apreciados y singulares de esta época: el hotel. Esta tesis gira en torno a los que consideramos “hoteles modernos”, aquellos que comenzaron su construcción a finales de la década de los años treinta, que fueron creados imaginaria y físicamente, al calor de las transformaciones urbanas que vivió la ciudad de México luego de los acomodos políticos, económicos y sociales de la posrevolución.

En 1925 Alberto J. Pani en su ensayo titulado “La industria nacional del turismo”, consideró al turismo como un producto genuino de la Revolución, una actividad digna de fomentarse por los múltiples beneficios que traería al país. Palabras significativas que venían de un conocedor de la hacienda pública, de los retos financieros de la época, así como de la necesidad de comunicar y “modernizar” a México no sólo física sino social y culturalmente. Acentuó la importancia de mejorar los servicios básicos primero, y turísticos, después, en las ciudades y en los pueblos. Insistió en la construcción de hoteles y restaurantes, justificó la apertura de líneas férreas que comunicaran al Distrito Federal con Guadalajara y Laredo, y proyectó la ampliación de carreteras. Es probable que las reflexiones de Pani fueran pioneras al momento de hablar del tema de una manera seria, fundamentada y convincente. Desde entonces, los gobiernos mexicanos y algunos miembros de la incipiente iniciativa privada de la época, iniciaron un tortuoso e incierto camino en torno a la “creación” de la actividad turística mismo que, con altas y bajas, es probable que continúe hasta el día de hoy.<sup>1</sup>

Para integrar la actividad turística a la vida nacional, el viajero obtuvo un sitio en la legislación durante el año 1926, cuando se cambió su apelativo por el de turista y se contempló en la reforma a la Ley de Migración de 1908. Se indicó que con esta palabra se hacía alusión al extranjero que, en busca de distracción o recreo, visitara la República sin exceder los seis meses de estancia. En esta definición se incluyó a aquellos que entraran al país por motivos mercantiles, industriales, científicos, artísticos y familiares.<sup>2</sup> Pero las leyes sólo eran el primer paso. La creación de un sistema eficiente que integrara un aparato de publicidad eficaz, los trámites de ingreso al país, los servicios de hospedaje y alimentación, además de las atracciones y mejoras necesarias en las ciudades con el fin de interesar y mantener a los visitantes durante su permanencia en México fue un reto mucho más complejo.

---

<sup>1</sup> PANI, “Industria”, pp. 223 y 224.

<sup>2</sup> “Ley”, *DOF*, (19 abr. 1926), p. 2.



Como en toda actividad nueva, aquellos preocupados por su fomento dieron algunos primeros pasos titubeantes, sin saber bien hacia dónde dirigirse. Los intentos iniciales por establecer centros turísticos atractivos y destinados sobre todo hacia el público extranjero no se llevaron a cabo en la Ciudad de México, sino en diversos puntos de la República Mexicana. Por ello es fácil entender que fuera justo en un punto cercano a la frontera con Estados Unidos donde se levantara el primer complejo turístico de la República Mexicana que proporcionaba al visitante las máximas comodidades y servicios del momento: el Hotel y Casino de Agua Caliente en Tijuana, Baja California en 1928.

El cerebro creador e inversionista principal de este primer complejo turístico, fue un pionero como Alberto J. Pani, en la difusión del discurso pro turismo y al igual que el ex funcionario de hacienda, también fue un personaje muy cercano al gobierno mexicano en aquellos años. Nos referimos a Abelardo L. Rodríguez, quien ya desde 1926 comentaba que

el turismo es una importante fuente de riqueza para numerosos países. Buen provecho han sacado de esta casi afirmación axiomática no sólo Francia y Venecia en Europa, sino Palm Beach y San Diego, en Estados Unidos, y otras muchas poblaciones que han sabido derivar motivos formidables de conservación y desarrollo del crecido número de turistas que por la tradición de sus lugares, la belleza de sus panoramas o la excelencia de su clima, visita esos centros de esparcimiento y deleite consagrados por la fama mundial.<sup>3</sup>

Es este informe, Rodríguez vislumbra un futuro promisorio para el turismo nacional y considera que es deber de todos los gobernantes de la República apoyaran esta fuente de producción “favoreciendo, por el carácter de utilidad pública que representa, las inversiones y el desarrollo de instituciones conectadas con instructivos para el turismo y oportunidad de su incremento.”<sup>4</sup>

El episodio Agua Caliente es muy conocido y ya ha sido estudiado con detenimiento<sup>5</sup>. En esos momentos el negocio más atractivo era el casino, la venta de alcohol en el mismo debido al establecimiento de la ley seca en los Estados Unidos, la prostitución e incluso la venta de cierto tipo de drogas. El terreno donde se levantó, se encontraba a unos tres kilómetros de la línea divisoria con Estados Unidos y era atravesado por el río Tijuana. Además, tenía un manantial de aguas termales, lo que lo hacía altamente atractivo para visitantes, sobre todo estadounidenses que, al parecer, lo visitaban desde 1889. Así, en Agua Caliente, “los visitantes encontraban, además de solaz, un paliativo a sus achaques y males reumáticos.”<sup>6</sup>

<sup>3</sup> RODRÍGUEZ, “Informe”, p. 261 y 262.

<sup>4</sup> RODRÍGUEZ, “Informe”, p. 261 y 262.

<sup>5</sup> El trabajo más serio e importante en este sentido lo llevó a cabo José Alfredo Gómez Estrada, en su conocido libro *Gobierno y casinos. El origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez*, editado en 2007. En su estudio, Estrada señala con las pocas pruebas documentales que existen para el caso, la forma en que Rodríguez estuvo vinculado con este negocio durante los años de su funcionamiento.

<sup>6</sup> GÓMEZ ESTRADA, *Gobierno*, p. 192 y 193.

De esta manera, hacia finales de los años veinte y durante la primera mitad de los treinta, el modelo preferido para la explotación turística en México era el que incluía la venta de alcohol y las actividades relacionadas con el juego en los casinos. Fue también lo que sucedió con el caso del Hotel y Casino de la Selva, en Cuernavaca, y que llegó a tocar incluso las puertas de la ciudad de México con el Foreign Club, ubicado en sus afueras y del que se decía “vendrá a poner un incentivo elegante y moderno a la escasa vida nocturna de nuestra metrópoli, ampliando así uno de los aspectos que más interesan al turista en las capitales que visita.”<sup>7</sup>

Tampoco es casualidad que fuera justo unos cuantos años antes en que un modelo de desarrollo turístico similar se comenzara a implementar en la región del Caribe. Para los viajeros norteamericanos, durante el primer cuarto del siglo XX, aparentemente no había un lugar más interesante al sur de su país que Cuba. Aún no llegaban turistas a las islas próximas del Atlántico, ni a las del Caribe, salvo Puerto Rico y en México los planes para el impulso de esta actividad empezaron justo cuando el auge turístico de esta isla caribeña era pleno. Fue en 1919 cuando se inició una acción conjunta de promoción entre La Habana y Miami para captar al turista norteamericano ofreciéndole viajes de ida y vuelta.<sup>8</sup>

Cuando en Estados Unidos se ratificó la ley de prohibición de bebidas que permaneció vigente desde 1920 y hasta 1933, el impulso del turismo norteamericano hacia Cuba cobró una fuerza impresionante. “Ron, ruleta y carreras de caballos” formaron en los años veinte una combinación fascinante para los visitantes nortños, situación muy similar a la que sucedería pocos años después con el Hotel y Casino de Agua Caliente en México. Al panorama ofrecido por la llamada “Ley seca” en Estados Unidos se agregó la existencia de otra ley, ésta firmada por el presidente cubano Mario García Menocal desde agosto de 1919, que reglamentaba los juegos de azar con fines turísticos, lo cual fortaleció de manera notable la afluencia de norteamericanos hacia esta isla del Caribe.<sup>9</sup>

Según el libro *When it's cocktail time in Cuba*, del periodista Basil Woon, editado en 1928 y que circuló en Estados Unidos para atraer visitantes, el turista podía beber todo lo que quisiera y perder todo el dinero que deseara en los casinos; podía viajar en pareja sin necesidad de presentar certificado de matrimonio, “mirar provocativamente” a cuánta señorita cubana quisiera porque eso se tomaba como un cumplido y no como un crimen y además, no se necesitaba visa, ni tarjeta de identidad para ingresar aunque su estancia fuera prolongada.<sup>10</sup> La época en que se percibía una mayor actividad

---

<sup>7</sup> “Foreign Club” en *Mapa*, pp. 51.

<sup>8</sup> VILLALVA GARRIDO, *Cuba*, p. 44.

<sup>9</sup> VILLALVA GARRIDO, *Cuba*, p. 44.

<sup>10</sup> WOON, *When it's cocktail time*, p. 6.

turística en este lugar era desde la apertura de la temporada de las carreras de caballos en diciembre, hasta la noche de clausura de la temporada del Casino Nacional, en marzo.

A decir de los testigos de aquel tiempo, durante estos meses el Hotel Sevilla-Biltmore<sup>11</sup>, uno de los más famosos del lugar, el Casino Nacional, el Jockey Club en el Hipódromo, el Hotel Almendares, el Havana Yatch Club y el Biltmore Yacht and Country Club, no eran igualados por ningún otro sitio en el mundo “en elegancia y alegría”. En la ciudad abundaban hoteles y bares con variedades nocturnas, funciones teatrales y de ópera. En los sitios de hospedaje elegantes se ofrecían menús franceses y de alta cocina y los vinos y licores de las mejores marcas importadas. Pero esta situación de esplendor no permaneció mucho tiempo en la isla.<sup>12</sup>

Primero, la crisis económica de 1929 en Estados Unidos se reflejó en una caída abrupta del turismo hacia Cuba, la cual se incrementó con el levantamiento de la “ley seca” en 1933 y aunque hubo un momento en que pareció que regresaba la estabilidad entre los años 1934 y 1937, cuando inició la Segunda Guerra Mundial en 1939, la corriente turística fue prácticamente interrumpida. Como las autoridades gubernamentales no procuraron implementar un sistema regular para el fomento y desarrollo del turismo, a principios de los años cuarenta, lo que había sido una actividad novedosa y atractiva detuvo su expansión y se quedó sin posibilidades de competir con otros mercados turísticos, como el caso canadiense o el mexicano, que fue justo en estos momentos en que comenzó su acenso.

Tomando todo esto en cuenta resulta más comprensible que en México —al igual que en Cuba— comenzaran a aparecer centros turísticos muy similares a los que ostentaba la isla, que aprovecharon de igual manera el auge de la ley Volstead o “seca” y la ventaja de estar mucho más cerca del vecino norteamericano. Entonces, es probable que los primeros intentos por implementar modelos turísticos se inspiraran en los isleños y en caso de Agua Caliente, es casi seguro que así se hiciera pues la suegra de Abelardo Rodríguez, María Coya, era cubana,<sup>13</sup> pero también por el conocimiento que el general poseía de los centros turísticos norteamericanos y de lo que el cliente buscaba en este tipo de lugares.

En México, el modelo de entretenimiento turístico a través de las apuestas y la venta de alcohol, que ocultaba parcialmente la de drogas y el negocio de la prostitución, también tuvo una corta duración

---

<sup>11</sup> El Hotel Sevilla Biltmore se encontraba en el centro de la ciudad y había sido fundado desde 1914 por un español de apellido González, quien dos años más tarde lo vendió a una empresa norteamericana y ésta a su vez, a la Compañía Biltmore. Tras agrandarlo y remodelarlo, su reapertura se realizó en 1924 con el nuevo nombre de Sevilla Biltmore. Fue uno de los más famosos durante esta época, por los restaurantes con los que contaba y su gran patio en el que se podía tomar el té, cocteles o bailar. Era el edificio más alto de la ciudad y desde el último piso, en donde se ubicaba uno de los restaurantes, se disfrutaba de una vista excepcional. VILLALBA GARRIDO, *Cuba*, pp. 46 y 47.

<sup>12</sup> VILLALBA GARRIDO, *Cuba*, pp. 46 y 47.

<sup>13</sup> RODRÍGUEZ, *Autobiografía*, p. 119.

al igual que sucedió en el caso cubano. Sin embargo a diferencia de éste, la medida en México para detener el avance no sólo de estos centros sino de la clase política en el poder —dueña de varias de estas propiedades—, provino del gobierno, en específico, del jefe del ejecutivo en 1938. Antes de que otras zonas en el país se ganaran el mote que adquirió Tijuana de ser la “cantina más grande del mundo” cosa que ya ocurría también en zonas como Mexicali y Ciudad Juárez, Lázaro Cárdenas decidió prohibir los juegos de azar. Con el argumento de que eran focos de atracción de vicio, mafias y explotación, abolió los casinos y todo tipo de centro de apuestas, cortando de tajo con el modelo turístico que había comenzado casi diez años antes implementado por un grupo político que ahora era el antagonista.<sup>14</sup>

Pero la actividad turística en el país debía continuar. Tras la expropiación petrolera las relaciones con Estados Unidos eran sensibles y el equilibrio de la economía nacional bastante frágil. El turismo aparecía nuevamente como una vía importante para obtener divisas pero durante estos años y tras la caída del sistema de “hotel-casino” la poca estabilidad que había logrado esta incipiente actividad no alcanzaba para cumplir con los afanes ni de los empresarios ni del gobierno mexicano. Había que implementar un nuevo sistema, experimentar y encaminarla por nuevos rumbos. Así, aprovechando el afán centralizador del momento y las pretensiones de “modernizar” la capital, el siguiente paso fue el ofrecer a la ciudad de México como el destino turístico más importante del país.

La situación también se vislumbraba compleja. Desde el año 1925 en que Pani escribió su ya mencionado ensayo sobre el turismo, señaló la necesidad de hacer mejoras en la capital, desde construcción de nuevas calles, mejora de las vialidades, edificación de museos y rehabilitación de los existentes, además de levantar la infraestructura básica para recibir y alojar a los viajeros en su paso por el país. Su plan de mejoras urbanas, las que consideraba tan importantes como costosas, incluía, la apertura de la Avenida 20 de Noviembre y de la calle de La Palma, el ensanchamiento de vías como San Juan de Letrán, “obras de embellecimiento” en sitios como el zócalo capitalino, el derrumbe de algunos viejos edificios, entre otras medidas.<sup>15</sup>

Pero lo que también señalaba como una necesidad urgente y básica para que la actividad turística despegara era la construcción de buenos hoteles. La falta de hospedajes cómodos era un obstáculo que debía ser sorteado a como diera lugar si se quería fomentar el turismo hacia la capital del

---

<sup>14</sup> El caso del Hotel y Casino de Agua Caliente, analizado por José Alfredo Gómez Estrada, es quizás el más evidente, pero se dice que Plutarco Elías Calles y otros allegados se había beneficiado económicamente al ser propietarios o socios de los principales sitios de apuestas en el norte del país. Cuando la ley seca terminó en Estados Unidos en 1933 y se aplacaron las ansias estadounidenses por apostar en las ciudades fronterizas mexicanas, fue cuando este tipo de sitios comenzó a moverse hacia el centro del país como sucedió con el Hotel Casino La Selva en Cuernavaca y el Foreign Club que mencionamos líneas arriba, se dice que éste último pertenecía también a Abelardo Rodríguez. GARZA, “Historia negra”, s/p.

<sup>15</sup> PANI, “Industria”, p. 226.

país. Reclamó que la capital fuera manifiestamente superada en este rubro por cualquier ciudad americana de población cinco veces menor, exigió su promoción y el estímulo hacia la iniciativa privada para que se instalaran en la capital hoteles de primera categoría para atraer turistas que gastaran e invirtieran buenas cantidades de dinero y pudieran contribuir positivamente a la prosperidad nacional.<sup>16</sup>

En realidad, en México sí existían hoteles, pero como bien comentaba Pani, no de las características que se requerían para que la ciudad de México se convirtiera en un centro turístico importante. Para la primera mitad de los años treinta, los hoteles de la ciudad de México casi siempre tenían relación con actividades delictivas, prostitución, estafas, robos, sino es que eran claros escenarios de historias escandalosas que nutrían la nota roja de los periódicos capitalinos. Un artículo de junio de 1932, declaraba:

La industria hotelera de México, una de las más nobles, ha sido invadida por una ola de prostitución haciendo fracasar en más de una los sanos propósitos del Gobierno, cuyo programa en pro del turismo ha encontrado para su desarrollo un verdadero valladar en esta calamidad social [...] No hace mucho tiempo aún, tuvimos los metropolitanos la pena de ver cancelada una considerable excursión de turistas norteamericanos por falta de alojamientos confortables y de acuerdo con el adelanto y la cultura de la ciudad de México.<sup>17</sup>

Intentos de asesinato, suicidios y balceras, eran perpetrados en estos sitios que no tenían una regulación adecuada y cuyos cuartos eran utilizados muchas veces como departamentos permanentes más que como hospedaje temporal. El servicio de ambulancias y la cruz roja solía trasladar de hoteles a hospitales, a mujeres maltratadas por amantes celosos que desataban su ira en plena madrugada y que con fuetes, cuchillos o pistolas herían a sus acompañantes.<sup>18</sup>

Los casos de intentos y suicidios en cuartos de hotel también fueron comunes y profusamente registrados durante esta época. Había quienes rentaban las habitaciones con el único propósito de provocar su muerte, como en el caso del “chino” Samuel Leo, que se ató al cuello una cinta de seda y murió en uno de los departamentos del Hotel Mirasol;<sup>19</sup> la cantante conocida como *Rayito de Sol* intentó acabar con sus días infiriéndose siete cortadas con una filosa navaja en el Hotel Palacio;<sup>20</sup> y el Hotel Estadio registró una tragedia conyugal en la que Jorge Domínguez Orozco le disparó dos balazos a su joven esposa para después suicidarse al verla sin vida.<sup>21</sup> Caso especial fue el de Fernando Cue Cano, quien después de tomar e inyectarse medicamentos que le provocaran la muerte, encendió

<sup>16</sup> PANI, “Industria”, pp.238 y 239.

<sup>17</sup> “La prostitución”, *El Nacional* (27 jun. 1932), p.5.

<sup>18</sup> “Muchacha”, *El Nacional* (26 feb. 1932), p. 4; “Hermosa muchacha”, *El Nacional* (16 mar. 1932), p. 1; “Lo embrujaron”, *El Nacional*, (25 may. 1933), p. 8; “Cabaretera”, *El Nacional* (20 abr. 1934), pp. 1 y 3; entre otros.

<sup>19</sup> “Un chino”, *El Nacional* (19 may. 1932), p. 1.

<sup>20</sup> “Rayito de Sol”, *El Nacional* (18 may. 1933), p. 8.

<sup>21</sup> “Doble tragedia”, *El Nacional* (19 sept.1934), p. 3.

carbones en un viejo bracero, fue encontrado alrededor de cinco días después de haber muerto, sobre la cama de su cuarto en el Hotel San Cosme, ya en estado de putrefacción.<sup>22</sup>

Y es que no resultaba extraño que los empleados del hotel o el administrador, ignoraran lo que sucedía en las habitaciones de sus establecimientos y que pasaran días sin que hicieran el aseo o fueran a los cuartos para averiguar el estado de sus huéspedes. En otros momentos, empleados y gerentes eran incluso cómplices de robos y saqueos a los cuartos y de las pertenencias de los alojados. La seguridad era nula y el acceso a las habitaciones era fácil para los amantes de lo ajeno. Las agencias del ministerio público levantaban actas sobre incursiones de personas desconocidas que registraban o robaban equipaje, valores y dinero de los alojados, como en el caso del general Francisco Cosío Robelo, que se hospedaba en el Hotel St. Francis o el de Miguel Fragoso Falcón de cuyo cuarto desaparecieron vestidos y alhajas por más de ochocientos pesos.<sup>23</sup>

Robos con violencia, en donde los afectados resultaban el propio hotel y los administradores por el saqueo a las cajas del establecimiento o personajes que se hacían pasar por huéspedes para después atacar a empleados y gerentes, también eran situaciones comunes. Pero igualmente se dio el caso de que los timadores fueran los propios encargados del hotel como la situación que se presentó con el conde Cristian Atkary quien dejó depositados sus valores con el propietario del lugar donde se hospedaba, la nota rezaba así: “El conde Cristian Atkary, quien se ha distinguido por sus gustos y excentricidades viajando por todo el mundo, acaba de ser despojado de una cuantiosa fortuna representada en gran colección de joyas y objetos artísticos que no se le han devuelto por parte del propietario del Hotel Pánuco.” En total los objetos y joyas sumaban la cantidad de 28 mil pesos mexicanos que no aparecían por ningún lado.<sup>24</sup>

Las quejas también se centraban en lo inadecuado de los edificios que albergaban los sitios que ofrecían hospedaje en la ciudad de México. Generalmente los tachaban de antihigiénicos y destartalados: “Debemos descontar de antemano, la absoluta falta de confort de las habitaciones de dichos establecimientos: la carencia de personal para atender a las mismas y la higiene que brilla por su ausencia en cada uno de los cuartos que alquilan [...]” Se les acusaba de violar constantemente el Código Sanitario “desde la fachada hasta el último rincón” y de que “los propietarios [...] no son

<sup>22</sup> “La perfección”, *El Nacional* (4 mar. 1933) p. 1.

<sup>23</sup> “Una queja”, *El Nacional* (21 feb. 1932), pp. 1 y 4; “Tres robos”, *El Nacional* (6 abr. 1932), p. 1.

<sup>24</sup> “Asalto y robo”, *El Nacional* (4 jun. 1932), p. 1 y 4; “Robaron su fortuna”, *El Nacional* (6 jun. 1932), p.5. Otro caso de robo aparece en la nota “Cuantioso robo”, *El Nacional* (3 abr. 1933), p. 2. En este se extrajeron alhajas, dinero en efectivo y medallas de oro y plata.

personas avezadas en la industria hotelera, sino individuos impreparados” protegidos por funcionarios deshonestos.<sup>25</sup>

Como estas se registraron muchas situaciones que nos muestran que tanto el personal, como los servicios y las instalaciones que ofrecían los hoteles de la capital resultaban completamente deficientes e inadecuados para recibir a un visitante distinto, ya no sólo a alguno que otro viajero que se aventuraba por tierras mexicanas. Si se buscaba fomentar el turismo hacia el país de una manera segura y sistemática, lo primero que debía hacerse, después de establecer las leyes correspondientes, era construir un tipo nuevo de hotel, un hotel moderno que se adaptara a las necesidades de los viajeros, pero también a las de una ciudad que buscaba proyectar una nueva imagen de sí misma hacia el mundo.

Esta tesis gira en torno a un nuevo tipo de establecimiento que hospedó a la oleada de turistas extranjeros y nacionales que acogieron la idea de modernidad y confort que comenzó a propagarse a finales de los años treinta del siglo XX. Que también abrió sus puertas a los habitantes de la ciudad quienes se apropiaron de sus espacios, de sus salones, restaurantes, bares o cines, que los hicieron parte de su cotidianidad y con ello, los integraron a su imaginario. Aquellos edificios que albergaron un modo diferente de simbolizar lo moderno, lo cómodo, de integrar los avances tecnológicos y presentarlos a través de una arquitectura vanguardista.

Los límites temporales elegidos, corresponden a la apertura de dos hoteles importantes no sólo para el sector hotelero, sino para la vida de la ciudad en general. En 1936, después de diversas vicisitudes logró inaugurarse el Hotel Reforma, el primero considerado moderno tanto por su construcción e instalaciones, por los servicios que ofrecía, así como por sus 250 habitaciones, el más grande de la ciudad en su época. Por otro lado, en junio del año 1968, se inauguró el Hotel Camino Real Ciudad de México, gracias a la iniciativa del Banco Nacional de México y considerado en su momento el más grande, lujoso y moderno de América Latina. Con 720 habitaciones y con el nuevo concepto de “hotel horizontal”, el Camino Real irrumpió en el escenario ciudadano gracias a un momento nacional e internacional propicio y a la celebración de los Juegos Olímpicos que se realizarían en México el mismo año de su apertura.

Así, en nuestra investigación, los hoteles modernos, son identificados por tres características principales: su tipo de arquitectura, novedosa tanto por el manejo de los espacios como de los materiales; el número de personas que alojaban, que iban de los 250 a los 700; y el tipo de servicios que ofrecía, es decir, ya no sólo los de alojamiento y comida, sino también áreas recreativas, deportivas e incluso artísticas y culturales. Entre la segunda y la tercera década del siglo XX, el hotel pasó de ser

---

<sup>25</sup> “Prostitución”, *El Nacional* (27 jun. 1932), pp. 5 y 8.

un sitio que alojaba temporalmente a quienes estuvieran de paso por la ciudad, a un lugar de descanso, de esparcimiento, de fiesta y de reunión para mexicanos y extranjeros, que contaba con todas las comodidades y servicios que podría anhelar no sólo el viajero, sino el hombre moderno.

En esta tesis consideramos que los hoteles modernos capitalinos pudieron establecerse y desarrollarse, con algunas dificultades, pero de manera exitosa durante esta época gracias a la intervención de cinco factores indispensables para su existencia y funcionamiento: el gobierno y la creación de un marco jurídico que los acogiera; la inversión de empresarios interesados en el ramo; su construcción física y equipamiento gracias a arquitectos, diseñadores y artistas; la fuerza laboral que se encargaba de su administración y dirección, que atendía a los huéspedes y se ocupaba del mantenimiento del edificio; y finalmente, quienes los habitaron, aquellos que disfrutaron por placer o trabajo, de sus espacios. Juntos formaron un mecanismo especializado que necesitó de todas las otras partes para funcionar adecuadamente.

Para acercarnos a los diversos protagonistas que constituyeron esta maquinaria moderna y su actuación e interacción como “partes integrantes” del hotel, decidimos estructurar la tesis según este criterio. Sin embargo, el primer capítulo presenta el telón de fondo de esta investigación: la transformación urbana de la ciudad de México. No se podría entender el auge de estos sitios desde sus diferentes ángulos si no los ubicamos en este marco cambiante y contrastante que los acogió y que de cierta medida dio el pretexto para su creación. Una ciudad moderna, sin hoteles modernos no era digna de compararse con capitales mundiales como París, Nueva York, Madrid o Londres.

Los capítulos a continuación, presentan a los hombres detrás de los hoteles y muestran el proceso seguido para establecer un hotel durante la época estudiada. Por ello iniciamos con su institucionalización, es decir, el desarrollo de los mecanismos mediante los cuales se crearon los espacios legales correspondientes para insertar la actividad hotelera en la necesaria relación con el gobierno. La legislación, el fomento gubernamental a través de la creación de instancias especializadas en la actividad turística y hotelera, la preocupación por el financiamiento, pero también la organización de los hoteleros como un gremio especializado capaz de negociar con las autoridades gubernamentales, dan cuenta de este proceso.

Una vez creada esta base oficial, y aceptado el hotel como una instancia importante para la economía nacional, el siguiente paso en nuestro proceso de creación hotelera es la inversión. El tema del dinero que financiaría estos espacios causó grandes discusiones y la manera en que la iniciativa privada intervendría en su fomento y construcción generó desconfianza. Si en un primer momento se consideró ésta como la mejor alternativa, el paso del tiempo y el fortalecimiento del poder estatal logró



que los papeles se equilibraran y que el trabajo conjunto lograra resultados exitosos. Así, la manera de invertir en hoteles durante nuestro período de estudio fue variado y se transformó al paso de los años.

Cuando el empresario o sociedad que quería levantar el hotel reunía el dinero suficiente para emprender el negocio, se iniciaba una de las partes más difíciles pero más ricas de todo el proceso: su diseño y construcción. Así, otros personajes, que intervinieron de manera definitiva en el desarrollo y realidad del hotel fueron los arquitectos y diseñadores. Ellos hicieron que los edificios dotaran a la urbe de un anhelado aspecto moderno y que gracias al manejo de técnicas y materiales novedosos los sitios de hospedaje adquirieran nuevas dimensiones. Uno de estos nuevos usos relacionados directamente con la idea de modernidad fue el de la exhibición de piezas artísticas en sus espacios: pinturas, esculturas, murales, tapices e incluso en mobiliario, aportaron un nuevo sentido tanto al lugar como a la idea que se tenía del lujo, de la comodidad y el alojamiento.

Una vez concluido el agotador proceso de construir y equipar el hotel, lo que generalmente dejaba a los inversionistas con pocos recursos y a algunos incluso en bancarota, el sentido cambiaba. Era momento de organizar una planta de empleados y trabajadores que lo llevarían al siguiente puerto. Ellos se encargarían de realizar una de las maniobras más complicadas que existían en el mundo hotelero de entonces: vender algo intangible denominado servicio. De ello dependía que todo el proceso descrito con anterioridad —y que generalmente tardaba años— se viera completado de manera exitosa. Y es que de los buenos resultados que se obtuvieran con esta transacción dependía el que se extendiera su prestigio como establecimiento de calidad y por lo tanto, llegaran nuevos usuarios que le inyectaran vida.

El proceso se completaba con la llegada de los huéspedes al sitio de hospedaje. Tema que se trata en el capítulo sexto y último de esta tesis. Extranjeros y nacionales, por placer o por trabajo conocieron la experiencia de alojarse y disfrutar de los servicios que los modernos hoteles mexicanos les ofrecieron. Profesores extranjeros en viaje de estudio con sus alumnos; hombres de negocios norteamericanos de visita con miembros de sus compañías; o jubilados que se dedicaban a pasar su tiempo libre recorriendo los exóticos países latinoamericanos; personajes de la farándula nacional o internacional de gira o con proyectos a desarrollar en el país; deportistas que usaban sus habitaciones como sitios de concentración antes de sus eventos; periodistas que iban a cubrir las últimas noticias de los “famosos”... Comunes o extraordinarios, los usuarios del hotel completaron el proceso que inició con aquellos primeros intentos por legislar la actividad y fomentar la construcción de este tipo de lugares.

Nuestra temporalidad, el escenario ciudadano, y el espacio hotelero “de lujo” nos ayudará a revisar las necesidades y deseos de modernidad no sólo de una clase específica, pues, aunque podría parecer que el estudio se reduce a una élite, a lo largo de los capítulos se dibujan la diversidad de actores que participan de este espacio contribuye a que nos acerquemos también a la clase trabajadora y a su interacción tanto con los dueños de lugar como con la élite que lo habitaba y utilizaba sus servicios. Además nos aproxima también a quienes a través de sus espacios públicos, como cines, restaurantes, bares o centros nocturnos construyeron un nuevo y efectivo espacio de sociabilidad.

Debido a los objetivos y al afán específico por rescatar el desarrollo y funcionamiento de los hoteles durante la época estudiada, tuvimos que restringir los temas asociados al hotelero aunque en ocasiones resultó difícil. Así, aunque en algunas partes de la tesis llegan a mencionarse, no se profundiza en las discusiones e incidentes en torno a la actividad turística; los esfuerzos realizados por múltiples instancias para construir infraestructura carretera; la publicidad y promoción de México como un destino turístico; la instalación y funcionamiento de las agencias de viajes; entre algunos otros, con el fin de no desviar nuestro camino y restringir tanto la búsqueda de fuentes como los tiempos de la investigación.

En las introducciones al principio de cada capítulo se aclaran algunas cuestiones relativas al tema tratado y se ahonda un poco más en las características de cada uno, se plantean limitaciones y algunas interrogantes que quizás no han sido tan fáciles de visualizar durante el desarrollo del mismo. Nos aventuramos a hablar sobre el tema desde un punto de vista temático y no cronológico, nos pareció la apropiado para acercarnos a situaciones poco conocidas, raramente tratadas por la historiografía y algunas veces incluso marginada de las discusiones históricas que llegan a considerarlos como vanos y de poco interés para el devenir histórico nacional casi siempre guiado por los acontecimientos de índole político o relacionados con el Estado. Por fortuna, a través de este trabajo se observará lo equivocado de estos enfoques y también que para hacer y entender la historia contemporánea, debemos arriesgarnos y enfrentar situaciones extremas, desde la elección de la metodología, la falta o el exceso de fuentes, las trabas burocráticas e incluso el desdén de los colegas.

Por ello, va mi profundo y sincero agradecimiento para aquellas pocas pero extraordinarias personas que creyeron en este proyecto y lo acompañaron hasta su culminación, entre ellas a la Dra. Graciela Márquez Colín, asesora de esta tesis, quien siempre confió en él y lo condujo con paciencia infinita; al Dr. Marco Palacios Rozo, que lo vio nacer y lo siguió con gusto hasta el final; y al Dr. Ariel Rodríguez Kuri que lo acogió con interés aportando siempre sus acertados comentarios. A mi familia y amigos, de corazón, gracias.



Hotel Plaza

*(fb/La Ciudad de México en el tiempo tomado de Mexico.  
Landschaft, Kunst und Menschen. 1967)*

## Capítulo 1. Pensar la ciudad, percibir el hotel

El nacimiento de los fenómenos turístico y hotelero en México se dio de forma paralela a la transformación urbana que se llevó a cabo con gran rapidez y fuerza a finales de los años treinta y principios de los cuarenta del siglo XX. El acercamiento a estos cambios experimentados de forma un tanto generalizada en los países occidentales y occidentalizados —mucho más notorios a partir de la segunda mitad del siglo XX—, que incluyeron transformaciones científicas, tecnológicas, económicas, políticas, culturales, crecimiento poblacional y demás fenómenos asociados a la consolidación de los asentamientos urbanos tras las guerras mundiales, se ha llevado a cabo desde diversas perspectivas: la geografía, la estadística, la historia.

Sin embargo, para aproximarnos a las características de una ciudad como la de México y a la experiencia que significó para sus habitantes su transformación, la aparición no sólo de nuevos edificios y espacios físicos —como el hotel moderno—, sino también de nuevas formas de pensar y de interpretar el mundo, en este capítulo decidimos utilizar como fuentes las percepciones plasmadas en la literatura y la cinematografía mexicanas. La idea radica en la importancia de aumentar las lecturas sobre la ciudad como una experiencia vívida para sus habitantes, quienes la sobrellevaron, y no tomarlos sólo como meros espectadores de un escenario artificial que no se relaciona con ellos.

Dado que nuestro período de estudio abarca una etapa que va de 1937 a 1968, años en que estas transformaciones fueron experimentadas de manera sensible y que al mismo tiempo posibilitaron la aparición de actividades como el turismo y la hotelería, creímos conveniente revisar estos enfoques —de la ciudad de México en general y de la forma en que los hoteles se insertaron en la realidad cotidiana de aquellos años— de la mano de poetas, ensayistas, novelistas y cineastas que dejaron testimonios de la forma en que los establecimientos de hospedaje considerados “de lujo” se integraron al imaginario capitalino no sólo de las personas que tenían acceso a ellos como usuarios, sino de sus habitantes en general, pudieran costearlos o no.

Todos estos hombres, que plasmaron en papel o celuloide sus experiencias, interpretaron lo que vieron y vivieron en la capital mexicana, algunos de manera negativa, otros de forma positiva, algunos la cuestionaron, otros la alabaron y de esta forma la imagen de la ciudad de México se fue construyendo desde el punto de vista de quien la observaba, desde dónde la observaba y del porqué la observaba. Todos ellos contribuyeron en cierta medida a la creación de una idea que a veces concuerda,

y a veces no tanto, con la realidad. Algunos incluso la moldearon según intereses específicos y la difundieron con éxito entre la población.

Los casos que vamos a analizar en este capítulo retoman ciertos ángulos de las múltiples miradas que se han volcado hacia la ciudad de México. Nos acercamos a hombres del siglo XX, que experimentaron una revolución y que trataron de encontrar el mejor rumbo para reconstruir y reorientar al país. Muchos de ellos fueron hombres de transición que, además de los cambios físicos que experimentó la capital, se enfrentaron también a un cambio de mentalidad y a una transformación social que inició con el movimiento maderista de 1910.

Para los años veinte la ciudad de México comenzó a visualizarse como un destino turístico importante. Es justo en estos años cuando se concretaron las vacaciones como un derecho laboral y también se comenzó a planificar a gran escala, una política de expansión de carreteras en todo el país para comunicarlo. En estos mismos años surgieron las primeras disposiciones legales acerca del turismo y se constituyó la primera agrupación que se vincularía directamente con esta naciente industria: la Asociación de Hoteleros de la ciudad de México. Fue así que en esta ciudad añeja, cambiante y de contrastes, los hoteles comenzaron a construirse y a invadir espacios, contribuyeron a transformarla y a innovar su entorno, aparecieron en el paisaje urbano y fueron adoptados como parte del imaginario ciudadano de la época.

Todo esto fue aprehendido por nuestros autores que dejaron muestra de los contrastes de la ciudad en su transición hacia la modernidad. Amada y odiada al mismo tiempo, la capital mexicana se introdujo como tema poético quizá a partir de esos mismos años veinte. Ramón López Velarde ya aludía su espacio y su tiempo en aquel famoso verso de la *Suave Patria*: “Sobre tu Capital, cada hora vuela,/ ojerosa y pintada en carretela...”<sup>26</sup> Fragmento que después sería retomado y referido por diversos escritores para los años cuarenta.

Esto es lo que revisaremos en el primer apartado del capítulo, que se enfoca en resaltar los contrastes que existían en la ciudad durante la época estudiada a través de la poesía. Sí, había hoteles de lujo y cierto sector de la sociedad que los empleó como parte de su cotidianidad, pero afuera, en las banquetas, corrían innumerables ratas, abundaban perros callejeros y personas pidiendo limosna. Esa era la ciudad de México, contrastante y sorprendente; en palabras de Octavio Paz, como observar la luna entre las antenas de televisión y una mariposa sobre un bote de inmundicias.<sup>27</sup>

La segunda parte del capítulo pretende resaltar la visión de la ciudad como un destino turístico a partir de ensayos escritos en revistas y de un poco de literatura y cinematografía, a través de las cuales

<sup>26</sup> LÓPEZ VELARDE, *Suave Patria*, p. 156.

<sup>27</sup> PAZ, “Hablo de la ciudad”, pp. 682-686.

advertimos dos cuestiones de importancia: la lucha de la ciudad y sus habitantes que se debatían entre la tradición y la modernidad y, por otro lado, la penetración de la cultura y modo de vida estadounidense que avanzaba rápidamente sobre la capital del país. Resultó también, importante y continuo, el optimismo que en algún momento se difundió acerca de México y su capital como una de las más importantes del mundo, comparada con París, Madrid o Londres.

El apartado final entra de lleno en la novela, en la cinematografía y en las distintas miradas que proyectaron sobre el hotel y las personas que le dieron vida, desde los trabajadores, hasta sus usuarios: hoteleros, gerentes, botones, camareras, viudas ricas, excéntricos millonarios, miembros de la realeza... Personajes tan diferentes pero que convivieron y pertenecieron al universo hotelero. Reuniones, fiestas, traiciones y amores desfilaron por el hotel y sus distintos espacios. Algunos los vivieron y otros sólo los soñaron. Cada quien desde su perspectiva los integró a su imaginario y al espacio citadino moderno del que también formaron parte.

## 1. Amada y odiada: la ciudad de México y sus contrastes

*Ciudad colérica donde escucho el cielo  
descoyuntado, ciudad que desentierro  
y hago crecer como un junco de sueño  
en el escándalo del acero ¿Cuántas  
ciudades hay en la ciudad de México?  
Oscar Oliva, Plaza Mayor.1968.<sup>28</sup>*

Para la literatura y la cinematografía mexicana, la Ciudad de México fue ante todo, una ciudad de contrastes. Un espacio en donde convivían personas con mucho dinero, y aquellos que no tenían nada. Aunque en las películas y obras revisadas en este capítulo abundan las referencias a las clases acomodadas usuarias de hoteles y restaurantes de lujo, también se resalta esa otra cara de la ciudad: la de la pobreza y la marginación. En el filme, *La familia Pérez* (1948) al inicio se observa una panorámica de la ciudad y se escucha una voz en *off* que comenta:

Esta es la Ciudad de México. En ella viven alrededor de tres millones de personas de todas las clases sociales. Como en cualquier otra ciudad del mundo, [se integra voz masculina con tono educado y que habla en primera persona] los ricos vivimos en los barrios elegantes y limpios. [La voz cambia y se oye otra masculina con acento popular] Los pobres en cambio, nos amontonamos en estos u otros arrabales donde la higiene y el bienestar son desconocidos.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Oscar Oliva nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (1937). Estudió ingeniería, ciencias, filosofía y letras en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) e historia universal en la Universidad Veracruzana (UV). Perteneció al grupo de poetas *La Espiga Amotinada*, que alentó el poeta catalán Agustí Bartra. Ha colaborado en publicaciones como *la Revista Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas* (ICACH) (como director), *Ateneo* (Tuxtla Gutiérrez), *Situaciones*, *La Palabra y el Hombre*, *El Corno Emplumado*, *Revista de Bellas Artes* (2a. época, director), *Revista Mexicana de Literatura*, *Revista de la Universidad de México*, *Pájaro Cascabel*, *El Rehilete*, *Letras Nuevas*, *México en la Cultura*, *LAM* (Venezuela), *Casa de las Américas* (Cuba), *Prisma* (Toronto, Canadá), *Escarabajo de Oro* (Argentina), y *Cultura Sur* (como director).

<sup>29</sup> *La familia Pérez*, dirigida por Gilberto Martínez Solares, México, Cinematográfica Filmex, 1948.

El mismo tono lo encontramos varios años después, a mediados de los años cincuenta, resaltando además el crecimiento de la misma: “La capital de México crece, crece sin cesar y con vertiginosa rapidez. Conforme crece, van acentuándose más y más los violentos contrastes de su fisonomía y de su vida.”<sup>30</sup> Los cambios no sólo eran físicos, sino en el pensamiento y espíritu de sus habitantes. De esta manera, las marcadas diferencias se perciben como parte de la cotidianidad urbana: “Esta es México, una ciudad agresiva y cordial, suave y áspera, por cuyas calles caminan democráticamente millonarios y pordioseros sin preocuparse por su condición social o el color de su piel. Mi ciudad es opulenta y monumental, pero también es oscura y pobre. Una leve línea separa los dos mundos que la forman [...]”<sup>31</sup>

A principios de los años sesenta, continúa la visión de la ciudad como un espacio de convivencia para todo tipo de personas —de allí su carácter cosmopolita—, y como un sitio de desigualdades. La ciudad de México era una “ciudad en la que se debaten miles de seres que buscan alcanzar fama y riqueza o simplemente por ganarse el diario sustento. Pero en todas las grandes metrópolis también existen barrios misérrimos en donde el dolor y la miseria, el vicio y el hambre tienen su asiento: en donde viven los desamparados.” Estos espacios se veían como una “lacrata en el progreso de las grandes ciudades [...] lugares sórdidos y deprimentes”, que parecían haber quedado a un lado de la llegada de la modernidad y el progreso.<sup>32</sup>

Pero una de las manifestaciones más claras en que quedó plasmada esta ambivalencia y los sentimientos contradictorios que la ciudad generaba para aquellos años, fue sin duda la poesía. En ella se plasmaron los cambios y las contradicciones de la modernización de la ciudad de México así como las distintas visiones y emociones que generó. Los poetas ofrecen a través de sus letras la confrontación de mundos opuestos, la metamorfosis de la ciudad de México en una ciudad moderna.

Los cambios físicos que incluyeron la destrucción de innumerables edificios, la apertura de calles y la construcción de avenidas, muchas veces fueron aludidos al recordar aquella destrucción primigenia: la de México Tenochtitlan. Asfalto y cemento, polvo y basura completan el caos citadino de una urbe que se transforma. La mención constante a la lluvia y su caída sobre la ciudad parece un intento desesperado por tratar de aplacar toda la suciedad que nubla la visión de los habitantes quienes no distinguen con claridad el futuro: no saben hacia dónde ir.

---

<sup>30</sup> *Del brazo y por la calle*, dirigida por Juan Bustillo Oro, México, Tele Talia Films, 1955.

<sup>31</sup> *Amor en cuatro tiempos*, dirigida por Luis Spota, Cinematográfica Filmex, 1954.

<sup>32</sup> *Mujeres engañadas*, dirigida por Fernando Méndez, México, Películas Rodríguez, 1960.

Los poetas tratan de distinguir las nuevas formas entre las viejas y elegir qué ciudad (de todas las ciudades que habitan la capital) dará cabida a su poema. Algunos gritan el coraje y la angustia de aquello que ya no está pero que aparece aún entre el carácter de los habitantes o como señales diurnas o nocturnas en mundos que parecen distantes o ajenos a la modernidad de la urbe. Otros prefieren advertir sus ventajas y resaltarla como el centro de la actividad cultural, artística o científica. Algunos pudieron verla como un escenario amable y amoroso, a pesar de los embotellamientos, muchedumbres y barrios desfigurados. Otros la retratan gris, destrozada, oscura y sin sentido.

Los contrastes de la capital moderna saltan a la vista a través de estas obras que son una muestra más de las dificultades para habitarla, para reconocerla, para nombrarla. Ciudad siempre nocturna, esperando el alba que parece no llegar nunca. Lugar inhabitable, ciudad podrida, pero es atractiva, provoca afectos y amores, genera orgullo y sonrisas. Para el historiador Mauricio Tenorio, cada habitante de la ciudad la vivió de una manera inigualable e irrepetible. Pero fueron los poetas y escritores —no sólo en México, sino en otros lugares del mundo— que vivieron circunstancias urbanas similares, quienes lo reflejaron con mayor claridad en sus textos: la modernización, mecanización, crecimiento demográfico, pobreza, pérdida de referencias del pasado, nostalgia, libertad sexual. Cada uno asumió esta experiencia no sólo como específica, sino como un hecho personal. Así, la expresión poética individual convirtió a lo urbano en algo universal.<sup>33</sup>

De esta manera, lo cotidiano y lo extraordinario, se volvieron materia poética, los sentimientos generados por vivir en una ciudad tan ambivalente, como lo era —y lo sigue siendo— la ciudad de México se plasmaron en el papel a través de la pluma de diversos autores, quienes hacen aparecer los contrastes y las diferencias que, sin embargo, humanizan a la capital: pobreza/riqueza, identidad/desigualdad, protesta/conformismo, historia/actualidad, amor/odio, esperanza/hartazgo, vida/muerte. Entonces, al igual que sucedió con el cine y la narrativa, como lo veremos más adelante, la poesía también adoptó entre sus temas centrales a esta gran ciudad y los cambios drásticos de su vida.

Sonidos, olores, personajes, edificios; todo aquello que formaba parte del paisaje urbano puede leerse y sentirse a través de la poesía de autores como Efraín Huerta, Octavio Paz, Salvador Novo, José Emilio Pacheco, Oscar Oliva, Juan Bañuelos, Jaime Labastida<sup>34</sup> y otros que transitaban por sus calles y avenidas, en aquellos cambiantes y aciagos años. Además de apreciar el exterior, los autores también

---

<sup>33</sup> TENORIO, *I speak*, p. 287.

<sup>34</sup> Todos los poetas revisados en esta parte del capítulo son mexicanos. Algunos del Distrito Federal, otros de distintas partes de la república como Chiapas, Guanajuato o Sinaloa, pero que pasaron gran parte de su vida en la capital o radicaron en ella de manera permanente. En las notas a pie de página a lo largo de este apartado se mencionará un poco sobre la vida y obra de cada uno.



trataron de entender los cambios internos, la búsqueda de dirección y de valores que parecían perdidos, las relaciones que se gestaban en el espacio urbano y los problemas a los que se enfrentaban los múltiples actores del escenario moderno ciudadano.

Quizá fue Efraín Huerta<sup>35</sup> el poeta que más claramente mostró la ambivalencia de la ciudad con dos poemas urbanos fundamentales escritos hacia 1944: “Declaración de odio” y “Declaración de amor”, incluidos en la colección *Los hombres del alba*. Según David Huerta, el tema representativo de esta colección es la Ciudad de México y

en sus páginas recoge y proyecta la experiencia poética de la ciudad moderna en que se ha convertido la capital de nuestro país [...], se afinan y se perfeccionan [...] los grandes temas del amor y de la solidaridad, sellados por una noble pasión trágica; porque el dramatismo de la expresión se conjuga con una ternura indeleble ante la formidable, perturbadora y totalizadora irrupción del capitalismo.<sup>36</sup>

El *Gran Cocodrilo* expone en sus poemas las dos caras de la moneda: el rechazo y la angustia se contraponen al amor que genera la ciudad a quien se ve como una mujer maternal que nutre y protege a sus habitantes. En “Declaración de odio”, la descripción es clara:

Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros/la miseria y los homosexuales,/las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas,/los rezos y las oraciones de los cristianos./Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo son alimento/diario/de los jovencitos alcahuetes de talles ondulantes/de las mujeres asnas, de los hombres vacíos.<sup>37</sup>

Perros, los acompañantes fieles de mendigos y niños de la calle, su presencia incesante en mercados y vecindades, caminando sobre las aceras solos o en jaurías, eran parte de aquellas señales que mostraban la otra cara de la ciudad moderna misma que trató de borrarse a través de medidas sanitarias y de su eliminación. No se consiguió: los perros formaron parte importante del paisaje urbano, recordando a sus habitantes el falso brillo de la urbe moderna.<sup>38</sup>

---

<sup>35</sup> Efraín Huerta nació en Silao, Guanajuato, en 1914 y murió en la ciudad de México en 1982. Hizo sus primeros estudios en León y Querétaro. En la ciudad de México cursó la preparatoria y los primeros años de la carrera de leyes en la Universidad Nacional. Fue periodista profesional desde 1936 y trabajó en los principales periódicos y revistas de la capital y en algunos de provincia. Fue también crítico cinematográfico. Perteneció a la generación de la revista literaria *Taller* (1938-1941), que agrupó entre otros a Octavio Paz, Rafael Solana y Neftalí Beltrán. Su poesía conjuga el amor, la soledad y la protesta política, así como la sutileza verbal, el humor y la enérgica expresión coloquial. Entre sus libros fundamentales están *Absoluto amor* (1935), *Los hombres del alba* (1944), *La rosa primitiva* (1950), *El Tajín* (1963), *Poemas prohibidos y de amor* (1973), *Circuito interior* (1977) y *Estampida de poemínimos* (1980).

<sup>36</sup> HUERTA, “Prólogo” p. VII.

<sup>37</sup> HUERTA, “Declaración de Odio”, p. 103.

<sup>38</sup> En otro poema, esta vez de Juan Bañuelos, escrito en 1968, incluso se dota a la muerte de características caninas, al igual que todos los habitantes de la ciudad: “Aquí se matan por un charco de agua, aquí duermen/roedores de las sobras, recuerdos de los vivos. /Aquí aúlla mejor la muerte:/la axila de los amos, verde de moscas. /Sitios de la ciudad, comedias como dagas. /¡Ah peste! En la quijada de un perro atropellado escribo: ¡Basta!” BAÑUELOS, “Sitios”, p. 33.

En este fragmento, los perros, los homosexuales, las prostitutas, poetas, cristianos, mujeres asnas y hombres vacíos formaban parte de la fauna capitalina, especies que pululaban por las calles, que compartían la misma ciudad, la cual los acogía igualmente a pesar de ser tan distintos. Para Huerta, los días en la ciudad transcurrían pesados, como lápidas, rodeados de mentiras, de hipocresía. La ciudad era complicada, “hervidero de envidias”, prolífica generadora de vicios y lágrimas —“dolorosas y punzantes”— que parecían formar parte de la cotidianidad de sus habitantes. Ante ello, el poeta continúa:

Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad./A ti, a tus tristes y vulgarísimos burgueses,/a tus chicas de aire, caramelos y films americanos,/a tus juventudes *ice cream* rellenas de basura,/a tus desenfrenados maricones que devastan/las escuelas, la Plaza Garibaldi,/la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán./Te declaramos nuestro odio perfeccionado a fuerza de sentirte/cada día más inmensa,/cada hora más blanda, cada línea más brusca.<sup>39</sup>

Los burgueses, una juventud vana, superficial, los “maricones” —quizá diferentes de los homosexuales por su situación acomodada y su disipación— también formaban parte de los tipos urbanos, otro tipo de fauna ya influenciada por la cultura norteamericana, que disfrutaba de diversiones triviales, que invadía las plazas y calles tradicionales con sus excesos, su cobardía y su ceguera social. Frente a ellos, una multitud de bocas hambrientas “de trabajo y orgullo” buscaban su lugar, un espacio en el complicado tejido urbano que parecía darles la espalda y no reconocerlos.

El poeta termina su declaración con un llamado esperanzado hacia una posible reconciliación, esperando, como siempre, la llegada del alba:

Son rosas o geranios, claveles o palomas,/saludos de victoria y puños retadores./Son las voces, los brazos y los pies decisivos,/y los rostros perfectos, y los ojos de fuego,/y la táctica en vilo de quienes hoy te odian/para amarte mañana cuando el alba sea alba/y no chorro de insultos, y no río de fatigas,/y no una puerta falsa para huir de rodillas.<sup>40</sup>

En “Declaración de amor” el tono de Huerta continúa melancólico y trágico. La ciudad lastima a sus habitantes, el dolor y la miseria permanecen, pero también ofrece esperanza, así como un sentimiento de orgullo e identidad. El lenguaje utilizado por el autor crea un ambiente frío y oscuro, sus palabras evocan un mundo gris con lluvia y viento:

Soy el llanto invisible /de millares de hombres./Soy la ronca miseria,/la gris melancolía/el fastidio hecho carne./Yo soy mi corazón/desamparado y negro./Ciudad invernadero,/gruta despedazada.

A pesar de los destrozos y del abandono, de la nostalgia provocada por aquella otra ciudad, la del pasado, ahora invisible, la capital parecía dispuesta a ofrecer un nuevo rostro, a despertar al amanecer,

<sup>39</sup> HUERTA, “Declaración de Odio”, p. 104.

<sup>40</sup> HUERTA, “Declaración de Odio”, p. 105.

cuando también lo hacían sus habitantes todos los días para iniciar las faenas cotidianas. El poeta advierte la incomprensión y el odio que sentían hacia la urbe, los mismos hombres que la ocupaban:

Los hombres que te odian no comprenden/cómo eres pura, amplia,/rojiza, cariñosa, ciudad mía;/  
Cómo te entregas, lenta, /a los niños que ríen,/a los hombres que aman claras hembras/de sonrisa  
despierta/ y fresco pensamiento/a los pájaros que viven limpiamente [...] /a los perros  
nocturnos/cuyos ladridos son mares de fiebre,/ a los gatos, tigrillos por el día, /serpientes de la  
noche,/blandos peces al alba.

Huerta finalmente se rinde ante la urbe y la nombra “Mi gran ciudad de México”, dando una sensación de orgullo y admiración. A pesar de esto y en un tono contradictorio, el autor seguirá el engaño de representarla generosa y dulce, proveedora de seguridad y cariño, continuará haciéndoles creer a sus habitantes que forman parte de ella cuando en realidad, dejará marcas de rencor y llanto entre sus ingenuos inquilinos. De esta manera, la misma ciudad se convierte en una diferente dependiendo del ángulo desde el que se vea.

El descubrimiento de la ciudad moderna y de las múltiples ciudades que la formaban, parece ser otra de las discordancias que abundaban en el entorno urbano y en el lenguaje poético que la retrató. Juan Bañuelos<sup>41</sup> en su poema “Sitios”, nos ofrece una vista de los contrastes urbanos al estar detenido sobre una acera de la capital:

Viejo Mercado de la Merced,/alquimia de lana negra y pulque acedo,/la calle de Mesones  
tiembla y tiembla de frío/como una esponja triste./De pronto, “va el golpe” en carretillas de  
ron y mariguana/y cae la frente antes que el ojo,/como una bandera hecha jirones en una  
batalla que nunca tuvo lugar./México de tarde en sus mercados/es una mujer que tiene negros  
costurones en el vientre/El ojo cambia/[...] La Torre Latinoamericana es una  
estalagmita/sobre el teclado de la ciudad./¡Navío espléndido este Valle!/La cruel avenida de  
turistas/es un pañuelo de colillas./¡Atrás de la raya! ¡Señores, la raíz de esta planta cura el  
cáncer!”/Esta ciudad tiene los muslos tatuados/de esquinas y de ciegos,/el Monte de Piedad  
gime de pena./ El ojo cambia [...]”<sup>42</sup>

La ciudad de México eran sus mercados, el pulque y la mariguana, la conseja popular de curar enfermedades con hierbas, la alquimia y la magia de los puestos “esotéricos”, los gritos de advertencia y las filas en el Monte de Piedad; pero también formaban parte de ella los modernos rascacielos, los

<sup>41</sup> Juan Bañuelos nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (1932), donde inició una carrera como estudiante, que años después culminaría en la ciudad de México, en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, así como en la entonces Escuela de Ciencias Políticas de la UNAM. Fue maestro por muchos años, destacado coordinador de talleres literarios, editor, cuentista, Bañuelos se dio a conocer sobre todo como poeta. Su obra ha sido traducida al checo, polaco, búlgaro, húngaro, noruego, sueco, rumano y alemán, y grabada en la colección Voz Viva de México de la UNAM. Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1968 por *Espejo humeante*. Premio Chiapas en la rama de Arte, 1984, por su destacada aportación a la lírica de México. Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer 2001 por *El traje que vestí mañana*. Premio Xavier Villaurrutia 2003 y Premio de Poesía José Lezama Lima 2005 al mejor libro extranjero, otorgado por Casa de las Américas, por *A paso de hierba*.

<sup>42</sup> BAÑUELOS, “Sitios”, pp. 32-33. La primera edición de este libro se publicó en 1968, por ello, aunque no tenemos la fecha exacta en la que lo escribió, podemos decir que pertenece a nuestro período de estudio.

turistas que caminaban por sus calles, los cigarros importados y las noches de fiesta. La visión de la ciudad cambia dependiendo del sitio desde el que se le vea, al mismo tiempo, la sensación del poeta se transforma dependiendo desde dónde se encuentre escribiendo. La ciudad es aprehendida por el poeta quien expresa sus distintos modos de leerla.

Efraín Huerta, en otro de sus poemas en que alude a la modernidad capitalina, “Avenida Juárez” (1956), confirma esta otra parte de la ciudad de México, la que avanza sobre la “tradicional” y amenaza con destruirla:

Pues todo parece perdido, hermanos/mientras amargamente, triunfalmente,/por la Avenida Juárez de la Ciudad de México/—perdón, *México City*—/las tribus espigadas, la barbarie en persona/los turistas adoradores de *Lo que el viento se llevó*,/las millonarias neuróticas cien veces divorciadas,/los gánsters y Miss Texas,/pisotean la belleza, envilecen el arte,/se tragan la Oración de Gettysburg y los poemas de Walt Whitman,/el pasaporte de Paul Robeson y las películas de Charles Chaplin,/y lo dejan a uno tirado a media calle/con los oídos despedazados/y una arrugada postal de Chapultepec/entre los dedos.

Para el autor, la “furia imperial del becerro de oro” ha comprado el corazón de la patria —además, claro, de la energía eléctrica y los bancos—, lo ha pisoteado y terminado con “la pureza de las cosas amadas y la intocable bondad de las calles antiguas”.<sup>43</sup>

Qué mejor ejemplo que la Avenida Juárez —el lugar por excelencia de “lo actual”, del turismo, los restaurantes y los sitios de hospedaje—, para observar una vez más esas distintas ciudades: aquella en la que se hablan el inglés y en la que apenas se pronuncia el español; la que habitan quienes avanzan ordenando y pisoteando y la de quienes suplican y se lamentan. El autor observa a todos “Marchar hacia la condenación y el martirio,/atravesado por las espinas de la patria perdida,/ahogado por el sordo rumor de los hoteles/donde todo se pudre entre mares de whisky y de ginebra.”<sup>44</sup> La ciudad se transforma, deja a un lado lo “doméstico” para hacerse “cosmopolita”. Es probable que al advertir estas diferencias y contrastes, los habitantes trataran de descubrir su ser “local”, buscar rasgos comunes, identificarse, apropiarse de la ciudad que consideraban suya.

La ciudad entonces se vuelve confusa, con distintos lenguajes y símbolos. Para Octavio Paz<sup>45</sup>, una Babel: “Hoy podría decir todas las palabras/un rascacielos de erizadas palabras/una ciudad inmensa y sin sentido/un monumento grandioso incoherente/Babel, babel minúscula/otros te hicieron/los maestros/los venerables inmortales/sentados en sus tronos de cascajo/otros te hicieron lengua de los

<sup>43</sup> HUERTA, “Avenida Juárez”, pp. 178-182.

<sup>44</sup> HUERTA, “Avenida Juárez”, pp. 178-182.

<sup>45</sup> Octavio Paz nació en la Ciudad de México en marzo de 1914 y murió en abril de 1998. Fue un poeta, escritor, ensayista y diplomático mexicano, Premio Nobel de Literatura en 1990. Se le considera uno de los más influyentes escritores del siglo XX y uno de los grandes poetas hispanos de todos los tiempos. Su extensa obra abarcó géneros diversos, entre los que sobresalieron poemas, ensayos y traducciones.

hombres/galimatías/palabras que se desmoronan.”<sup>46</sup> Las palabras ya no tienen el mismo significado, la batalla por el entendimiento entre sus inquilinos se vuelve atroz. Una ciudad sin sentido que en lugar de usar las palabras para comunicar las utiliza para construir los rascacielos que la forman.

Preocupado por el tema, el mismo autor al hablar de la ciudad, recuerda constantemente los nombres las frases, las palabras rotas, los lenguajes hechos añicos, los signos quebrados.<sup>47</sup> La ciudad se vuelve asfixiante, polvorienta, provoca ceguera y los hombres caminan lentamente. Con dificultad distinguen hacia dónde ir, lo mismo que sucedía en el lenguaje poético pasaba también en la realidad urbana, incierta y cambiante. La transformación fue advertida también por José Emilio Pacheco que escribió: “La ciudad en estos años cambió tanto/que ya no es mi ciudad, su resonancia/ de bóvedas en ecos y los pasos/ que nunca volverán./Ecos pasos recuerdos destrucciones.”<sup>48</sup>

El cambio en el paisaje urbano llama la atención de los poetas que describen de diversas maneras, la pérdida definitiva de aquel lugar en que años atrás había agua y verdor por doquier:

¿Qué se hicieron/tantos jardines, las embarcaciones/anegadas de flores, qué se hicieron?/¿Qué se hicieron los lagos; las corrientes/de la ciudad, sus ondas, sus rumores?/Los llenaron de mierda, los cubrieron/ para abrir paso al carruaje/ de los perpetuos amos de esta tierra./¿Qué se hicieron/los bosques, las praderas y los campos/que en un tiempo llenaron la meseta,/el gris cráter lunar donde se asienta/la ciudad movediza, la fluctuante/capital de la noche? Los mataron,/para alzar sus palacios, los ladrones.<sup>49</sup>

A los ojos de los poetas, la ciudad moderna modificó todos los espacios que alguna vez fueron proveedores de aire, de agua y generadores de la vida misma, aquello que en algún momento fue la esencia de la ciudad de México: lagunas, ríos, árboles, son añorados y buscados por los autores entre la caótica espesura del ahora bosque de ladrillos y cemento. Algunos permanecen, pero han cambiado su fisonomía, para la modernidad:

El río es corriente de basura/¿Qué siervos vendrían hoy a beber los hilachos, los residuos,/la mugre? De la montaña baja/un agua blanca, apestosa a sudores,/llena de lama abstracta y de microbios tiernos. Y hay corrosión/y moho y surgen aeroplanos/por encima de nada, más acá/ de las nubes. Y un dedo atraviesa/las columnas del valle. Y nada/reverdece: el cielo pesa/como un ladrillo cien veces reseca.<sup>50</sup>

<sup>46</sup> PAZ, “Entrada”, pp. 311-315.

<sup>47</sup> PAZ, “Vuelta” y “A la mitad”, pp. 597-606.

<sup>48</sup> PACHECO, “Reposo”, p. 18.

<sup>49</sup> PACHECO, “Reposo”, p. 20 y 21.

<sup>50</sup> LABASTIDA, “Ciudad”, pp. 23-27. Jaime Labastida nació en Los Mochis, Sinaloa (1939) poeta, periodista, ensayista, filósofo y académico mexicano. Obtuvo la licenciatura y la maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Realizó cursos de posgrado y ha impartido cátedra en su Alma mater desde 1961 Fue integrante del grupo literario La Espiga Amotinada junto con Óscar Oliva, Eraclio Zepeda, Jaime Augusto Shelley y Juan Bañuelos. Ha colaborado para el periódico *Excelsior* y para la revista *Siempre!*, además de haber dirigido la revista *Plural* durante casi veinte años. Es director de la editorial Siglo XXI desde 1990. Es miembro de número de la Asociación

Ante la desaparición de estas “naturales” fuentes de inspiración, la urbe moderna proveyó a los poetas de otros elementos con los que la percibieron, describieron y criticaron. En esta ciudad ambivalente lo ordinario se volvió extraordinario gracias a sus plumas que retrataron la cotidianidad capitalina y la convirtieron en materia poética: “Bramar de motores/río en crecida/silbidos latigazos/chirriar de frenos/algarabías/El neón se desgrana/la luz eléctrica y sus navajazos/Noche multicolor/ataviada de signos/Letras parpadeantes/obsceno guiño de los números” Antenas de televisión, azoteas, tendedores, tinacos y chimeneas ahora son iluminados por los rayos de la luna, testigos silenciosos de la noche en la ciudad y de las penas y alegrías de sus habitantes: “Pasa un convoy de camiones/sobre los cuerpos de la luna/Un gato cruza el puente de la luna/Los carniceros se lavan las manos en el agua de la luna/La ciudad se extravía por sus callejas/se echa a dormir en lotes baldíos/la ciudad se ha perdido en sus afueras.”<sup>51</sup>

Tranvías, automóviles y aviones. Semáforos, cascajo, basura y lotes baldíos. Carniceros, cargadores, vendedores, choferes, policías. Los personajes urbanos aparecen entre las palabras y nos recuerda una vez más esa ciudad de múltiples semblantes, que se levanta al amanecer: “Flota en el cielo acuo/espuma blanca de jabón/. La ciudad se seca los rostros con deshilados de neblina/y abre los párpados de acero [...] Ciudad nublada y fría,/yo no había sospechado/este cambio de ambiente y de personajes.”<sup>52</sup> La incredulidad ronda ante la diversidad de escenarios, de personas y de momentos que se suceden uno tras otro, sin descanso en la gran Ciudad de México.

Y la ciudad moderna se convierte también en la ciudad de la prisa, donde todo debe hacerse con rapidez. Es la ciudad que se mueve al ritmo de los relojes que aparecen en cada esquina, en edificios, en los aparadores de las tiendas, en los individuos que los portan, los que marcan el compás cotidiano. Para algunos, el tiempo de la ciudad es pesado y cae como una losa sobre sus habitantes, para otros, el tiempo de la ciudad es ágil, tanto que a veces ni se siente y para algunos más, los minutos pasan rápido pero dolorosamente. Así, con los minutos corriendo, la ciudad de día se convierte en otra ciudad durante la noche, otro contraste en esta urbe que era una y muchas.

Vivir la ciudad moderna convirtió la experiencia citadina individual en algo íntimo y particular. Los poetas fueron algunos de estos habitantes —privilegiados— que pudieron transmitir sus

---

Filosófica de México, miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua, miembro correspondiente de la Real Academia Española, de la Academia Cubana de la Lengua, y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

<sup>51</sup> PAZ, “Entrada en materia”, pp. 311-315. Otro fragmento interesante por el uso de los elementos urbanos es este de Jaime Labastida en su poema “Ciudad bajo la lluvia”: “Mira cómo desde este exilio de cemento,/se extiende la ciudad, a nuestras plantas/. De aquí partían los mercaderes rumbo a España./Mira el humo en aquellas azoteas,/el resplandor del sol en los tinacos,/aquellas sucias fábricas de plomo.” Jaime Labastida, “Ciudad bajo la lluvia” en ARIDJIS, *Et al, Poesía*, México, SEP, 1985, pp. 54-56.

<sup>52</sup> NOVO, “Temprano”, p. 56.

emociones, dificultades, cuestionamientos y críticas en torno a la modernidad avasalladora que desplazaba a aquella en la que muchos pasaron su infancia y adolescencia, en la que descubrieron dolores y placeres, o que los acogió a su llegada, cuando buscaban estudios, trabajo o una vida diferente a la que tenían en sus lugares de origen.

Todos exaltaron la ciudad de contrastes, la que provocaba odio pero que no podía dejar de amarse; la ciudad compleja con sus variados lenguajes y sus signos desgastados; la ciudad donde, extrañamente, todos cabían; la modernidad y su multiplicidad. Todos ellos fueron los verdaderos constructores de la ciudad, le dieron forma, la moldearon según sus circunstancias y posibilidades, la percibieron y nos la entregaron:

Novedad de hoy y ruina de pasado mañana, enterrada y resucitada cada día,/convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines, teatros, bares, hoteles, palomares, catacumbas,/la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres metros cuadrados inacabable como una galaxia,/la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos y deshacemos y rehacemos mientras soñamos,/la ciudad que todos soñamos y que cambia sin cesar mientras soñamos [...] hablo de la ciudad, pastora de siglos, madre que nos engendra y nos devora, nos inventa y nos olvida.<sup>53</sup>

## 2. Hoteles modernos para una ciudad turística

*Ugo miraba por la ventanilla, mientras el gran avión describía un amplio círculo sobre la ciudad. Abajo se extendía una metrópoli gigantesca, muy diferente a la que él había imaginado. Una urbe de altos edificios, de calles atestadas de automóviles, de bellos jardines, de altas chimeneas. Una ciudad de conquista.*

*Luis Spota. Casi el paraíso. 1956.*

La ciudad moderna, la capital de la república, fue considerada el “centro” del país. Las ventajas que ofrecía esta ubicación eran variadas: urbanización, transportes, atracciones importantes —museos, edificios históricos y arqueológicos, tiendas— y alrededores pintorescos para quienes quisieran disfrutar de las delicias y tranquilidad del campo —Xochimilco, Coyoacán, Tlalpan—. De esta manera, gobierno y particulares, comenzaron a promover a la Ciudad de México como un destino turístico de importancia, proceso en el cual la Segunda Guerra Mundial y el período de posguerra, fue fundamental para difundir la idea de México como un lugar seguro y cercano para vacacionar, a diferencia de Europa, que trataba de recuperarse de los golpes recibidos tras el conflicto bélico. La ciudad moderna, entonces, mostró otro rostro: el de la ciudad turística.

<sup>53</sup> PAZ, “Hablo de la ciudad”, pp. 682-686.

En la novela *Casi el Paraíso*, de Luis Spota, su personaje principal, el príncipe italiano Ugo Conti, apoyado en el mostrador del aeropuerto de la Habana, decidía hacia qué destino encaminar sus pasos. A su alrededor advirtió la presencia de bellos carteles con propaganda: España, Grecia, Nueva York, París, Roma, Amsterdam, México... El relato de Spota continúa: “Ugo miró el cartel de México: “Visite el país del futuro” decían las letras [...] Decidió entonces viajar a México”. El optimismo en el futuro y en las posibilidades de México como un país a la altura de los grandes del mundo apareció continuamente en la propaganda turística de aquellos años, lo cual contrasta con el pesimismo expresado en otros medios como revistas y literatura, que revisaremos a continuación.<sup>54</sup>

La ciudad de México en la época estudiada se advertía muy compleja, caótica, como un espacio en transformación, como un sitio que se encontraba suspendido entre un pasado glorioso y un presente incierto. Todavía se advertían reminiscencias de aquella ciudad con aroma rural pero las nuevas construcciones y la modernidad avasalladora amenazaban con destruir los pocos rincones tradicionales y auténticamente mexicanos que quedan en ella. Desde las revistas turísticas de la época, la literatura y los ensayos que algunos autores escribieron sobre la ciudad de México en este período, podemos conocer este sabor agrídulce que invadía a los habitantes de la ciudad, que lidiaban con las desapariciones continuas de edificios y calles para, unos meses después, admirar con asombro el surgimiento de rascacielos y avenidas hasta entonces desconocidas.

La capital se percibió como la del antes y la del después, la del entonces y la del ahora, la del México viejo y la del México nuevo, la de la tradición y la de la modernidad. Y dentro de este remolino que amenazaba a quienes la habitaban y también a quienes la visitaban, la ciudad que salió mejor librada fue la del pasado, la ciudad porfiriana, la ciudad pequeña. Para los escritores, la Revolución no sólo trajo consigo cambios políticos, trastocó —y lo seguía haciendo— los espacios, las costumbres, la cotidianidad de la urbe. Se advierte un tono de tristeza y de impotencia por los espacios cedidos ante la modernidad: edificios destruidos, apertura de calles, parques y plazas perdidos.

En su novela *Ojerosa y pintada*, Agustín Yáñez narra las peripecias de un taxista capitalino, encontramos reflexiones interesantes en torno a los cambios de la ciudad y sobre la angustia que traían consigo las transformaciones urbanas y la llegada de la modernidad: “El crecimiento enorme de la ciudad, sin ton ni son, ha hecho de México un conjunto monótono y vulgar [...] Antes, cuando la ciudad era pequeña bastaba dar unos cuantos pasos para encontrar un edificio soberbio, que llamaba la atención. Por algo se le llamó la ciudad de los palacios.” Las calles se encontraban atestadas de

---

<sup>54</sup> SPOTA, *Casi*, p. 71.



automóviles, largas colas inmóviles de vehículos dificultaban el movimiento ciudadano, todos con ansia de llegar a tiempo “[...] fiebre de circulación. Zozobra de la ciudad.”<sup>55</sup>

Se acepta que la capital es una ciudad de contrastes, que el pasado y el presente convivían en ella de varias maneras: en sus calles, en donde se apreciaban iglesias, palacios porfirianos, rascacielos; en sus mercados, en donde los indios aún vendían sus mercaderías (reatas, pájaros, flores); en donde los viejos teatros daban lugar a los nuevos cines (otra de las maravillas de la modernidad); y en donde los escaparates de las calles lujosas competían con algunos cajones o estanquillos. La pluma de Salvador Novo lo ilustra de manera clara:

Cuando vemos que en ella conviven mexicanos de toda la República y extranjeros de todos los países: cuando coexisten Xochimilco, la Catedral, las vecindades, el [Hotel] Reforma, los palacios porfirianos y los apartamentos disparados hacia arriba por Mario Pani [...] Tepito y las Lomas, Anzures y Narvarte [...] la india que pregona sus flores y las orquídeas en caja de plástico, sentimos la fecunda, gloriosa riqueza de una ciudad imán que hace ya muchos siglos atrajo hasta el misterio inédito de su valle encantado la peregrinación del Hombre de las Manos Grandes...<sup>56</sup>

Para Novo, toda esta diversidad y cambios que se advertía en la capital mexicana era una prueba para el mundo de que México había alcanzado una mayoría de edad urbana, lo que le deparaba un sitio honorable entre las capitales cosmopolitas. Entonces, la capital podía compararse con cualquiera de las grandes metrópolis del mundo pues tenía todo para serlo: buenos museos, lugares de hospedaje, sitios de entretenimiento, lugares de interés cultural, los servicios necesarios. Las transformaciones eran inherentes al propio ser de la ciudad.

Esta situación de cambio, que a algunos incomodaba, casualmente hacía a la ciudad apropiada y atractiva para el desarrollo del sector turístico. El México tradicional de día, con sus zonas arqueológicas, sus mercados y rincones campiranos y el México moderno de noche, con restaurantes, cines y cabarets resultó una oferta imposible de rechazar para los visitantes del vecino país del norte, quienes, con un bagaje turístico más activo, prepararon sus gafas de sol, playeras y shorts para arribar a la capital, ajenos a las situaciones extremas de pobreza, discriminación y marginalidad que también eran parte de la cotidianidad capitalina.

La llegada del turismo estadounidense y la de visitantes de diversas partes del mundo también fueron experiencias muy sensibles para los habitantes de la ciudad. Quienes tuvieron acceso a medios de comunicación como periódicos y revistas, describieron desde ellos los problemas a los que se enfrentaban con esta “invasión” cultural. Se argumentaba que todas las nuevas “atracciones” que se desarrollaban, en la capital como hoteles, casinos, balnearios y otros —los cuales necesitaban de

<sup>55</sup> YAÑEZ, *Ojerosa*, pp. 78 y 96.

<sup>56</sup> NOVO, “Nueva grandeza mexicana (1948)”, pp. 532 y 533.

grandes proyectos y fuertes inversiones—, siempre se anunciaban con frases como “al estilo americano”, “como en Nueva York”, “al igual que en Hollywood” y otras similares, sin embargo, en este afán por ofrecer a los visitantes mayores comodidades, se estaba relegando a segundo término lo característico de México, lo que lo distinguía de otros países.<sup>57</sup>

A pesar de los reclamos, de las llamadas de atención y de los intentos por que la capital recuperara su esencia y su ser mexicano, no se pudieron evitar las comparaciones con otros sitios del mundo, ni tampoco exaltar el lugar que esta metrópoli ocupaba en el ámbito internacional. Ante el turismo, la confianza se retomaba a pesar del empeño por dejar a un lado todas las influencias externas. Los símiles se producen sobre todo con las grandes ciudades europeas, París, Londres, Berlín. Ocasionalmente se mencionan también las estadounidenses como Nueva York o Chicago, pero eso sí, las más de las veces las comparaciones se enfocan en los avances tecnológicos que se han alcanzado dentro de la urbe.

Los automóviles, el cine, la radio, las nuevas carreteras “petrolizadas”<sup>58</sup>, las líneas aéreas, todo apuntaba a que la ciudad de México, en unos cuantos años estaría al nivel de las más avanzadas en tecnología y servicios. Se aprovecha entonces la experiencia que otros países tenían en este tipo de temas, para tratar de solucionar problemas urbanos que ya se dejaban sentir, como el incremento del tráfico vehicular, la falta de sitios de estacionamiento, la ausencia de avenidas que distribuyeran el flujo de automovilistas, la escases de alojamientos tanto permanentes como temporales, las malas condiciones del transporte público, la destrucción de las áreas verdes, la abundancia de gasolineras, etc.

El optimismo se incrementa conforme pasan los años. La idea de que “México es la capital del moda” es repetitiva a mediados de los cuarenta. Desde los grandes estadistas y financieros de los Estados Unidos, las estrellas de cine, los presidentes centroamericanos, escritores, pintores, escultores de diversas nacionalidades todos tenían una misma frase a flor de labios: “México está de moda”. Se advierte que el cambio se da a partir de la Segunda Guerra Mundial pues “[...] esta horrible guerra que han desatado las dictaduras del eje en contra de los países demócratas, ha hecho que el mundo se vuelva pequeño, por la dificultad de los viajes y los mil requisitos que ponen los gobiernos para admitir el turismo.”<sup>59</sup>

De esta forma, la opinión generalizada fue que gracias a las oportunidades generadas por la Segunda Guerra Mundial, la Ciudad de México, “gana esos elementos que la ascienden a la categoría de gran metrópoli, de gran urbe cosmopolita”. En esos años se abren grandes y modernos centros

<sup>57</sup> “Las posibilidades del turismo” p. 22.

<sup>58</sup> Palabra utilizada en aquella época en lugar de “pavimentada”, que es más común en la actualidad.

<sup>59</sup> “México es la capital de moda, p. 25.

nocturnos, espléndidos restaurantes, se llevan a cabo temporadas de conciertos sinfónicos, de ópera “y para completar el cuadro [...] se construye en una de las zonas más bellas y pintorescas de la ciudad, un gran hipódromo en el que se celebran temporadas de carreras que ya son renombradas en América.”<sup>60</sup>

Es apenas hasta estos años en que se comienza a pensar en la transformación de la ciudad como algo positivo y se matizan las opiniones acerca de la remodelación y reconstrucción de ciertas zonas y edificios. Se advierte entonces la idea de que la capital, en apenas diez años, se había transformado de una gran ciudad a una auténtica metrópoli: “Esta vieja y adusta ciudad de los palacios se moderniza, surgen por todas partes las amplias y bien asfaltadas avenidas, las casas nuevas de corte europeo y norteamericano, los espléndidos parques, salones de atracción y hermosos círculos sociales.”<sup>61</sup> Su crecimiento había sido acelerado de acuerdo a las demandas de la vida moderna, pero a pesar de que esto se reconozca, se continúa con el llamado de atención sobre las necesidades a satisfacer en una nueva gran urbe como la capital mexicana.

Es también entonces cuando se comienza a pensar ya no sólo en la ciudad del pasado, sino en la ciudad del futuro: las calles del futuro, los autos del futuro, los habitantes del futuro. Si estos cambios radicales habían ocurrido en menos de diez años, ¿qué pasaría en los próximos diez? El mañana se convierte en un nuevo referente temporal, uno que no se ha experimentado pero que mueve las conciencias y los sueños de los capitalinos. Así, la ciudad se vuelve a transformar en la mente de sus habitantes, vuelve a crecer y a despertar interrogantes. Se imagina mucho más grande, con más servicios, con más personas, con más riqueza. Se vislumbran otras ciudades dentro de la ciudad: la ciudad militar, la ciudad universitaria, la ciudad de los deportes.<sup>62</sup>

Así, en un mismo momento, México es la ciudad del pasado, la del presente y la del futuro. México “es un informe cerebro colectivo que planea y busca los caminos que nos lleven al goce completo de todas las comodidades modernas. Un México que ayer, con alas más débiles, voló en la imaginación de nuestros ancestros, aquellos que hoy quedarían anonadados, como acaso quedáramos nosotros, si del sueño letal fuera posible despertar pasado un siglo.”<sup>63</sup> México es también esa ciudad imaginada, esa que todavía no existe pero que en algún momento lo hará.

De esta forma, ante el rechazo y la atracción por lo exterior, la ciudad se debatía entre conservarse “mexicana” o abrir las puertas a las corrientes internacionales que se movían a su alrededor. ¿Cómo resistir viajar a París con sólo detenerse frente a los escaparates de la nueva Avenida

---

<sup>60</sup> “Editorial” 2, p. 6.

<sup>61</sup> “Entre las candilejas de la ciudad moderna” p. 74.

<sup>62</sup> “La ciudad del futuro”, p. 19.

<sup>63</sup> “La ciudad del futuro”, p. 20.

Madero? ¿Cómo evitar trasladarse al oriente con sólo acercarse a mercados mexicanos como La Merced, San Juan, La Lagunilla? ¿Por qué desplazarse hasta Madrid para visitar el parque de El Retiro, si aquí existía Chapultepec? Se tenía una pequeña muestra de cualquier parte del mundo aquí mismo, en la capital del país.

El discurso sobre la ciudad del pasado probablemente respondía al interés por atraer al turismo extranjero, sin embargo, el de la ciudad cosmopolita, aunque resultaba atractivo para estadounidenses o alguno que otro europeo —al venderles la idea de sentirse como en casa— tendió a causar más efecto sobre otro tipo de turismo, uno interno, que provenía de los estados de la República, el que se fomentó gracias a la extensa red de carreteras que comenzó a construirse en el país por aquellos años y que logró que la Ciudad de México se percibiera como un atractivo turístico en sí misma. De esta manera, a decir de gobierno y empresarios, la capital estaba preparada para recibir a todo tipo de visitantes, ya fueran nacionales o extranjeros, que vinieran por placer o por negocios, de cualquier edad y condición: la ciudad de México tenía todo para satisfacer hasta al huésped más exigente.

Fue esta ciudad, la moderna, la cosmopolita, la que veía hacia el futuro con optimismo a la que pertenecieron los hoteles percibidos en la literatura y el cine. Es probable que por ello causara, al igual que las transformaciones de la ciudad, una especie de sentimiento agridulce entre sus habitantes. Sitios de lujo, de diversión, sueño inalcanzable para unos, detestados por otros que veían en su estructura, en sus huéspedes y en sus dueños, el reflejo de lo desconocido, lo nuevo; el despilfarro de una fortuna lograda de manera fácil; y la degeneración de los ideales de la Revolución Mexicana representada en una serie de personajes enriquecidos a costa de la pobreza y desamparo de otros.

Más que un sitio agradable, los hoteles modernos de la capital se percibieron como espacios restringidos, excluyentes, donde sólo cabían unos pocos y donde esos pocos eran personas que no tenían preocupaciones económicas y en algunos casos, ni escrúpulos; que vivían sólo para las fiestas y los eventos sociales: políticos, actores, deportistas, nobleza que venía de otros países, empresarios locales y extranjeros que en sus bares y restaurantes cerraban tratos, generalmente fraudulentos, para seguir incrementando sus fortunas. También era espacio para intelectuales y artistas que se codeaban con la “realeza” mexicana o que sólo acudían a sus eventos y reuniones para observar al mundillo emergido de la Revolución, quiénes detentaban en aquel momento, a decir de Carlos Fuentes, “el verdadero poder mexicano”.<sup>64</sup>

---

<sup>64</sup> Con esta frase, Carlos Fuentes se refiere a los hombres de empresa, a aquellos que después del conflicto armado comenzaron a desarrollar proyectos derivados de jugosos contratos conferidos por los presidentes en turno, cuando todavía no llegaban las de participación norteamericana que los “protegiera”, hombres que “se la jugaban cada día” en sus negocios y proyectos. Así, este tipo de sujetos, que desarrollaron un poder que no utilizaba la fuerza, pero que se equiparó al gubernamental por los capitales que manejaban y las relaciones que establecieron, lejos de causar revueltas, como en otros

Era la época en que los abrigos de mink se consideraban las prendas más deseadas por las mujeres y las orquídeas —refrigeradas y colocadas después en “hermosas” cajas de plástico— el regalo más atento que podrían recibir de un caballero. Era la época de las cigarreras de oro, las boquillas y los *Luckies*<sup>65</sup>. Era el momento en que se comenzaba el día con los desayunos en Sanborn’s<sup>66</sup>, las reuniones con amigos y amigas a temprana hora de la mañana para después continuar el día en las flamantes oficinas, ellos; o entre los escaparates y las tiendas de Polanco, ellas. Era la época en que los *high-balls* se convirtieron en jaiboles, la bebida más popular del momento, y se cenaban filetes de Chicago y ensalada Romana en lujosos restaurantes de la Avenida Juárez. Era la época en que la alta sociedad asistía a los cabarets para pasar un buen rato, y cuando todos bailaban mambo, incluso en las reuniones de juego o fiestas ofrecidas por los millonarios.

Los hoteles modernos se ajustaron muy bien a la sociedad mexicana que gustaba de estas prácticas, individuos con dinero, algunos que quedaron de la antigua aristocracia porfiriana —y que se ufanaban de sus apellidos de abolengo—, o nuevos ricos gracias al comercio, las empresas y la industria desarrollada durante los años cuarenta —a veces criticados por los primeros por las maneras de interactuar con los demás y costumbres que conservaban de su viejo estilo de vida—, pero con el dinero suficiente como para acceder a estos sitios, costear viajes al extranjero y tener propiedades en otros lugares del país, lo que les aseguraba su acceso a los nuevos sitios de moda en la capital.

Los sitios de hospedaje lo mismo alojaron a miembros de la nobleza europea que a personajes de la farándula norteamericana, empresarios mexicanos —muchos del norte de la República, que atendían asuntos en la ciudad de México— o incluso mexicanos que, tras pasar temporadas en el extranjero, regresaban a la capital. En la película *Acá las tortas*, del año 1951, dirigida por Juan Bustillo Oro, una familia de torteros reúne el dinero suficiente para mandar a estudiar en Estados Unidos a dos de sus hijos. Cuando éstos regresan de su estancia en el vecino país del norte, rechazan vivir en la casa familiar, pues ya no encajaba con su nuevo estilo de vida. Por ello, deciden vivir en el Hotel del Prado, en espera de que su padre consiga una casa mejor en otra zona de la ciudad. Encontramos otro ejemplo en la novela de Luis Spota, *La estrella vacía* (1950), en donde la actriz y

---

tiempo, a decir del autor, causaban admiración y eran reconocidos con la expresión coloquial: “grandes chingones”. FUENTES, *Región*, p. 248.

<sup>65</sup> Lucky Strike es una marca americana de cigarrillos propiedad del grupo British American Tobacco. Los usuarios generalmente se refieren a ellos como “Luckies”. Fue el cigarrillo más vendido en los Estados Unidos durante la década de 1930 y obviamente la moda llegó pronto a la ciudad de México.

<sup>66</sup> El escritor Rafael Solana dejó testimonio de la afición de turistas y mexicanos por este restaurante en su novela *El sol de octubre*, escrita en 1959: “A las nueve de la mañana Sanborn’s hervía de gente, no había ni una sola mesa desocupada, y los americanos estaban sumisamente formados, a la puerta, esperando a que alguna de las meseras disfrazadas de tehuanas o de algo por el estilo los fueran llamando por turno. Rafael Colín se abrió paso entre los turistas, y comenzó a dar la vuelta al patio, buscando a sus amigos, que seguramente habían llegado más temprano y tendrían asientos.” SOLANA, *El sol*, p. 21.

protagonista Olga Lang, después de pasar varios meses en Nueva York hospedada en el Hotel Waldorf, regresa a México a instalarse en la suite presidencial del Hotel Reforma, cumpliendo con un remoto deseo: “dormir en el más lujoso hotel de la ciudad [...]”<sup>67</sup>.

Sin embargo, para todos aquellos fuera del hotel, los que lo veían desde “la barrera”, quienes convivían en este lugar eran más o menos lo mismo: “[...] dioses que se levantaban como estatuas [...] en la acera, sobre las orugas prietas de los demás, [...] sobre ella, [...] hermana de los vendedores de baratijas pochos, *jafprais berichip*, de los de la lotería, de los voceadores, de los mendigos y de los ruleteros, del arroyo de camisetas manchadas de aceite, rebozos, pantalones de pana, cacles rotos, que venían hollando la avenida.”<sup>68</sup>

En el contexto ciudadano de transformaciones y contrastes, los hoteles resultaron una parte muy visible de la anhelada modernidad tanto económica, como social y cultural. En sus pasillos y salones se respiraba el optimismo de una clase social que anhelaba figurar entre las más importantes del mundo. El espacio de hospedaje moderno con áreas deportivas, recreativas e incluso culturales y artísticas desplazó poco a poco a las antiguas formas de alojamiento que aun así continuaron como parte de la ciudad para albergar a personas con menos recursos económicos, a aquella otra parte de la realidad capitalina que los asiduos visitantes del Hotel Reforma, Del Prado o Ritz rara vez visualizaban.

Al constituir un elemento característico de la ciudad moderna y cosmopolita, el espacio hotelero, sus visitantes, trabajadores, eventos, fiestas y ambiente fueron mencionados con frecuencia por las novelas y películas de la época que tenían como fondo el contexto urbano capitalino. En estos sitios encontraron escenarios propicios para narrar historias de traición, ambición y despecho; para exhibir a sus dueños, a sus banales huéspedes, sus lujos y excentricidades; así como exponer el confort de la modernidad traducido en objetos y servicios que rodeaban a los usuarios. También nos mostraron el orgullo y satisfacción que les daba a todos sus personajes, tener acceso a estos espacios exclusivos, que si bien estaban dirigidos a un tipo especial de clientela, no dejaron de presentar excepciones y de incluir en su universo a muchos elementos más de los ofrecidos por escritores y cineastas, como veremos a lo largo de esta investigación.

De esta manera, textos y filmes nos muestran la forma en que se percibió y se difundió la idea del espacio hotelero durante el período estudiado, algunas veces con más apego a la realidad que otras, algunas exagerando las situaciones y los personajes, otras empleando un poco más el humor, y dejando

---

<sup>67</sup> *Acá las tortas*, dirigida por Juan Bustillo Oro, México, Cinematográfica Grovas, 1951 y SPOTA, *Estrella*, p. 331.

<sup>68</sup> El comentario surge cuando el personaje femenino se topa, frente al Hotel del Prado, con una “comitiva de hombres altos y mujeres rubias, alhajadas, que fuman con boquillas. Ni siquiera eran gringos, hablaban español...”, FUENTES, *Región*, p. 154.

de lado la solemnidad y la tragedia que parecía rodear a los inquilinos y a los dueños, a quienes gustaban de visitar sus restaurantes, bares y centros nocturnos, a quienes acudían a sus salones de belleza, vapores y farmacias. Todos parecían disfrutar de los lujos que el dinero podía comprar y gozar de una existencia envidiable, sin embargo, en la mayoría de los casos, las historias muestran que detrás de esta felicidad de oropel, se escondían seres atormentados, insatisfechos, rodeados de soledad y hastío.

### **3. Percibir el hotel: miradas en torno al hotel en el cine y la literatura mexicana**

Fueron quizá los cambios radicales en la vida de la capital del país lo que hizo que escritores y cineastas mexicanos alejaran un poco la vista del campo y de las grandes extensiones de terreno polvoriento propio de los escenarios “revolucionarios”, para buscar nuevos espacios y temáticas. El entorno urbano les proporcionó un nuevo sitio desde dónde reflexionar acerca de las transformaciones tras el conflicto armado de 1910, no sólo en el entorno político o económico, sino en el propio ser del mexicano. ¿Cuáles eran sus aspiraciones y anhelos? ¿Qué les divertía o le causaba conflicto a los habitantes de la ciudad? ¿Hacia dónde iba ahora el mexicano?

El término de la Segunda Guerra Mundial les proporcionó a cineastas y escritores algunas respuestas al visualizar el nuevo paisaje industrial y empresarial que comenzó a vocearse desde el gobierno y que tuvo eco no sólo entre las personas con dinero, sino entre quienes percibían que en algún momento podrían llegar a tenerlo. La modernidad arribaba con su discurso positivo de bienestar y oportunidades para todos. Pero ¿qué significaba la palabra modernidad? ¿Cómo un país como México, que hasta hacía unos pocos años era—y seguía siendo en gran medida- un país campesino, podía ahora ser uno aspirante al primer mundo? Las películas y literatura nos dan algunas pistas acerca de este anhelo que incluía desde prácticas cotidianas hasta la creación de nuevos espacios, como el hotelero, y de un público que fuera su usuario regular. De esta manera, los hoteles modernos se convirtieron en un ingrediente muy importante del nuevo proyecto de vida que se planeaba para la capital de la República.

El conflicto entre los espacios tradicionales de alojamiento como las posadas y casas de huéspedes frente a los nuevos edificios hoteleros que aparecían en la ciudad se ve reflejado de manera clara en la película *El hijo desobediente*, protagonizada por Germán Valdés Tin-Tan, en el año de 1945. El excéntrico millonario, Marcelo Fortuna, empresario originario de Chihuahua, tenía que trasladarse a la capital para tratar asuntos de negocios. A pesar de que su familia poseía una casa de huéspedes en la ciudad, Marcelo decidió hospedarse en el lujoso y moderno Hotel Reforma. La familia encargada de la

casa de huéspedes se representa como arribista, más interesada en los millones de su pariente que en tratar bien a la única empleada que atiende el sitio tradicional de hospedaje, el cual no tenía un solo huésped, hasta que hizo su aparición nuestro conocido Tin-Tan, que llega al lugar debido a una graciosa confusión.

El personaje de Marcelo Fortuna, representado obviamente por el carnal Marcelo, a pesar de tener dinero, viajes y demás comodidades, reflexiona en torno a su vida, a la cual de repente encuentra sin sentido e inútil “sin placeres sencillos, sin cariño, sin amor.” Se ve como el “pobrecito millonario” que en un momento dado recapacita en torno a su riqueza y la manera en que éste le ha dado más problemas que alegrías, se pregunta entonces ¿para qué sirve el dinero? Los parientes que atienden la casa de huéspedes mostrando envidia y una completa indiferencia ante Marcelo, lo consideran un “ricachón estúpido lleno de avaricia [que] siempre nos ha humillado con su dinero [...]” y planean, junto con el apoderado legal de Marcelo, sacarle todo el dinero posible al empresario.

Las dos caras de la moneda aparecen en esta cinta que muestra el desplazamiento de los espacios tradicionales y deja ver a los nuevos hoteles como lugares propios para individuos con nuevas expectativas, con dinero pero no por ellos sin sentimientos, con acceso al confort. Propensos a la traición y el chantaje por parte de empleados y familiares, sin embargo se muestran generosos y amigables con quien carece de ventajas económicas pero a pesar de su condición son solidarios y amables. Lo papeles se invierten y los “malos” resultan ser los dueños de la casa de huéspedes y la “víctima” el excéntrico millonario que sólo buscaba el cariño y comprensión de sus parientes.<sup>69</sup>

En los filmes y la literatura mexicana el espacio hotelero se percibió como exclusivo, lujoso, de acceso restringido, con los últimos avances en tecnología y por lo tanto, sumamente costosos. Son continuas las alusiones en torno a ello en los filmes de la época, sobre todo cuando los personajes representados eran pobres, habitantes de vecindades citadinas, que hablaban de hoteles lujosos generalmente con sarcasmo para resaltar su propia condición humilde y carencias. En la película *Gran Hotel* —del año 1944 protagonizada por Mario Moreno *Cantinflas* quien interpreta a un *bell boy*—, el actor aprovecha uno de sus típicos discursos cantinflescos para explicar a una pareja recién llegada al hotel que allí todo era “[...] rete caro. Que si una tacita de café, \$2.50; que si pide café con leche, no hay porque está cortada, que si *ice cream* con soda, no hay soda.” El *bell boy* entonces les recomienda otro sitio de hospedaje en donde por \$1.50 le daban los tres alimentos “y qué alimentos... sopita de

---

<sup>69</sup> *El hijo desobediente*, dirigida por Humberto Gómez Landero, México, As Films y Producciones Grovas, 1945.



arroz con su pechuguita de pollo, unos peneques rellenos de queso, de postre tejocotes sin hueso... ¡una cosa rica!”, pero que no era tan grande como en el que se encontraban.<sup>70</sup>

Otro ejemplo lo encontramos en la película de 1961, *Lástima de ropa*, con Mauricio Garcés y Elvira Quintana, en donde un hombre rico, constructor, representado por Garcés es asaltado y golpeado por la noche. Un albañil le presta auxilio y lo lleva con Rosa, su vecina (Quintana), que trabaja como fichera en una cantina, quien lo cura y lo deja dormir en su casa. Cuando Garcés despierta un tanto confundido por lo que pasó, pregunta que si todo ese tiempo había estado allí, en su casa, a lo que Rosa responde: “¡Pues no esperaría encontrarse en una suite de lujo del Hotel del Prado!” Resulta interesante también que en los filmes, a pesar de que estos personajes no tienen acceso a los hoteles de lujo, los conocen y forman parte de su imaginario en torno a la ciudad.<sup>71</sup>

En la literatura existen descripciones muy detalladas del mobiliario, de los objetos y servicios que se disfrutaban, de los precios y lo que costaba a un individuo alojarse en uno de estos nuevos edificios que expresaban la modernidad de la ciudad en la que se encontraban. Uno de los ejemplos más claros lo ofrece Luis Spota en su novela *Casi el Paraíso* (1956). En donde el protagonista, un noble de origen italiano, Ugo Conti, llegó a hospedarse en un hotel de lujo ubicado en una de las avenidas más importantes de aquel entonces: “Todo era seda allí. Las sábanas, los edredones, las cortinas que velaban el amplio ventanal abierto hacia la Avenida Juárez. De seda también la pijama que vestía Ugo Conti. Se había bañado y afeitado en el gigantesco cuarto de mármoles y espejos de Francia, y ahora, reposaba en el amplio lecho monumental.” La descripción no se limita a los espacios, se refiere al empleado que lo atendía “con su impecable traje oscuro, su camisa blanca y su nudo windsor de doble vuelta” y también los problemas que enfrentó el supuesto noble, que no tenía un solo peso en la bolsa, al enfrentarse a la cuenta.<sup>72</sup>

Hasta el momento, el noble no había desembolsado ninguna cantidad:

Ugo Conti levantó el rectángulo de papel. Allí se especificaban los números de días que llevaba ocupando la suntuosa suite; lo que representaban en dinero, el servicio de restaurante, cantina, florería, peluquería, transportes, etcétera; y, principalmente, los vales que había hecho a la caja del establecimiento; vales por sumas en efectivo, para sus gastos menores. Total, un poco más de veinticinco mil pesos.<sup>73</sup>

Ante la cantidad estratosférica que debía pagar, el noble perdió la compostura. Sin embargo, recordó que su maestro en las artes del engaño le había recomendado alguna vez: “No escapes nunca por la

<sup>70</sup> *Gran Hotel*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Estudios y laboratorios CLASA, 1944.

<sup>71</sup> *Lástima de ropa*, dirigida por Humberto Gómez Landero, México, Tele Talía Films, 1961.

<sup>72</sup> SPOTA, *Casi*, pp. 74 y 104.

<sup>73</sup> SPOTA, *Casi*, pp. 105 y 106.

puerta trasera de un hotel. Un hotelero, en un momento determinado, puede ser más útil que un rey. Así, pues, no lo defraudes.”<sup>74</sup>

Así, hoteles y hoteleros formaron parte indispensable de la nobleza y aristocracia que se movía por todo el mundo, pero que encontró en México un momento específico en el que grupos adinerados con afanes modernos, paradójicamente atraídos por antiguas estructuras político-sociales, pretendía elevarse a categorías que no correspondían con su historia ni con la realidad social de su país. De esta manera, los hoteles se convirtieron en escenarios donde la auténtica realeza extranjera y una fingida nobleza mexicana habitaban como parte de sus prácticas cotidianas en los intentos por apropiarse de una nueva identidad que los presentara ante el mundo contemporáneo.

La presencia de estos individuos que andaban de paso por México, provenientes de otros países, otras culturas, y que se alojan en los hoteles capitalinos, se plasmó de igual forma en la cinematografía nacional. Generalmente viajaban de incógnito para pasar inadvertidos y para no ser molestados durante su estancia, también para evitar ser presas de oportunistas y timadores, sin embargo, de una u otra manera, éstos malhechores siempre encontraban oportunidades para llegar a ellos. Caso simpático resulta el de *Gran Hotel* (1944), protagonizada por Mario Moreno *Cantinflas*, donde una extranjera de dinero, la señorita White, se hospeda en el hotel donde éste trabaja de *bell boy*. La joven anda tras los huesos de un duque que aparentemente estaba hospedado de incógnito en el hotel, haciéndose pasar por uno de los empleados. Como era de esperarse en este tipo de comedias, el *bell boy* (*Cantinflas*) es confundido con el duque y además de gozar de los galanteos de la joven, también disfruta por unos días de las atenciones y servicios que brindaba el hotel. Finalmente, el protagonista descubre, a su vez, un intento de robo por parte de un supuesto conde de apellido Zapatini a las joyas de la señorita White convirtiéndose además, en el héroe que salva el día y al gerente, que estaba preocupadísimo por pagar el seguro de las joyas. El duque que todo el mundo buscaba se alojaba precisamente, en las habitaciones para los empleados y compartía la suya con el *bell boy* número 13 es decir, *Cantinflas*.<sup>75</sup>

La comedia nos ofrece una serie de personajes y situaciones que retratan de manera graciosa los estereotipos contruidos en torno al hotel, sus espacios, costos, huéspedes y empleados. En el mismo espacio conviven mujeres interesadas en el dinero y títulos nobiliarios que se hospedan en ellos para atrapar a millonarios ingenuos; Duques verdaderos alojados de incógnito que realmente pasan

<sup>74</sup> SPOTA, *Casi*, p. 106.

<sup>75</sup> *Gran Hotel*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Estudios y laboratorios CLASA, 1944. Otro caso gracioso de personajes que viajan de incógnito lo encontramos en la película *Perdóname mi vida* (1964) donde Mauricio Garcés con la apariencia de ser una persona de dinero, políglota y viajero se disfraza de todo tipo de personajes para pasar por uno de esos incógnitos hospedado en un hotel de lujo. Sin embargo, al final resulta ser un “ex actor, chantajista, explotador de mujeres, timador internacional buscado por la policía de varios países.” *Perdóname mi vida*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Filmadora Chapultepec, 1964.

desapercibidos, a diferencia de los condes falsos, ladrones que se alojan en el hotel para cometer hurtos bajo la apariencia de ser personas adineradas y con apellidos nobles; trabajadores que se enteran de la vida de los huéspedes y se quejan de sus excentricidades, o empleadas responsables que asumen la importancia de su trabajo y se dedican a hacerlo sin meterse en problemas. La película nos muestra al hotel como un espacio diverso en personas y lugares, con mucha actividad y cercanía entre las personas que lo habitaban.

No sólo las comedias mostraron al hotel como escenario propio para robos y malentendidos “inocentes” en los que extranjeros nobles y millonarios eran las víctimas. En el espacio hotelero también se fraguaron intrigas y se maquinaron planes que tuvieron como blanco a los propios mexicanos ricos que parecían objetivo fácil de las ambiciones de quienes envidiaban su situación económica y que veían la propia como una injusticia provocada por aquellos parásitos que todo lo tenían. Esta tendencia se registró más claramente durante los años cincuenta, cuando los escenarios parecieron oscurecerse y los individuos mostrar personalidades conflictivas ante los cambios drásticos experimentados en diversos ámbitos de la vida urbana.

Tal es el caso que muestra la película *En la palma de tu mano* (1950), protagonizada por Arturo de Córdova en el papel de un adivino estafador que en compañía de su esposa, se dedica a sacarles dinero a señoras de buena posición económica. La película se rodó casi en su totalidad en los espacios del Hotel del Prado y la suite presidencial se convirtió en el cuartel desde donde se dio rienda suelta a las conspiraciones de personajes atormentados que intentaban desenvolverse dentro de una sociedad que se enfrentaba al desencanto de la posguerra.

El mentalista charlatán, hastiado de la manera en que su esposa trabajaba en un salón de belleza, presumiblemente ubicado en el mismo hotel, expresó su enfado e impotencia cuando cuestionó a su pareja: “Pero querida, ¿te parece justo vivir como vivimos, esclavizados a un trabajo sin la menor perspectiva? ¿Crees que haces el gran negocio al pasarte doce o catorce horas al día, de pié, al servicio de esa gente inmunda para la cual trabajas?” Sus miras entonces se posaron sobre una reciente viuda, heredera de millones, Ada Romano (Leticia Palma), que habitaba el Hotel del Prado debido a que su casa le traía malos recuerdos. En un juego de intrigas y chantaje, el profesor Jaime Karim (de Córdova), intenta sacarle todo el dinero posible a la viuda, quien a su vez le hace creer que ella y su amante mataron a su marido para quedarse con su fortuna.<sup>76</sup>

---

<sup>76</sup> *En la palma de tu mano*, dirigida por Roberto Gavaldón, México, Producciones Mier y Brooks, 1950. El guión de esta película fue realizado por Luis Spota y adaptado por José Revueltas y Roberto Gavaldón. Tal vez esto nos explique la elección del hotel como escenario principal, pues Spota, como comentamos líneas arriba, gustaba de estos espacios para mover a sus personajes en la literatura.

Aunque la historia y su escenario presentan momentos de tono festivo —brindis con champaña, comida abundante, música, derroche—, predomina la sensación de oscuridad y desencanto de los personajes, agobiados por las gélidas sensaciones de vanidad y atracción por el lujo. Entonces, la habitación del hotel y sus alrededores se convierten en espacios perfectos para la actuación de personajes corruptos, ambiciosos y como refugio de asesinos que muestran una cara distinta ante la sociedad que los acoge. El dinero los transforma, el egoísmo los domina y en su afán de poder buscan el camino de la muerte y el escándalo para alcanzar sus propósitos y satisfacer su ego.

Caso similar nos la ofrece la película *Él* (1952), de Luis Buñuel, protagonizada también por Arturo de Córdova representando al distinguido caballero Francisco Galván de Montemayor, quien tras su fachada de semblante adinerado, galante y religioso esconde su verdadero rostro de locura y enfermedad en el mismo contexto trágico y oscuro de la sociedad capitalina. La primera señal de su verdadero ser lo muestra justamente en los espacios de un hotel donde está pasando la luna de miel con su esposa Gloria (Delia Garcés).

Preso de los celos a causa de la cercanía de un amigo de su cónyuge que se hospedaba en el mismo lugar y al que se encontraron en el restaurante del hotel, Francisco Galván decide pedir los alimentos para comer en su habitación. Al ver que el botón que comunica con la administración no funciona, opta por reprender gravemente al gerente y demás empleados a causa de la deficiencia en el servicio. Al salir de la habitación advierte que el amigo de su esposa se aloja en la habitación vecina. Su mente distorsiona la realidad al creer que aquel desconocido los espiaba desde su cuarto, por lo que arma un escándalo inmenso, que incluye a empleados y huéspedes quienes miran con temor, el ataque de ira de Francisco que golpea sin miramientos al aquel hombre acusado de invadir su intimidad.

El dinero y el apellido de aquel hombre pueden más que los argumentos de la víctima, quien finalmente tiene que abandonar el hotel. Los empleados del lugar, serviles y sin cuestionamientos hacen todo lo posible por calmar a su huésped de honor, incluyendo la visita a su habitación por parte del doctor del hotel. Acceden a sus reclamos y pasan por alto sus insultos mientras Gloria, aterrorizada de descubrir el verdadero ser de su esposo, cabila angustiada acerca del futuro que le espera a su lado. Este carácter enfermizo oculto tras las apariencias de decencia y en general, la ambivalencia de los personajes —tanto en esta película como en la anterior— que encuentran en la muerte y el asesinato la única solución a la complejidad de la vida, se presentan como una característica de los seres urbanos que transitan por un período de cambio y transformaciones alejándose de los valores tradicionales del pasado.<sup>77</sup>

---

<sup>77</sup> *Él*, dirigida por Luis Buñuel, México, National Films, 1952.

En literatura, también encontramos a estos individuos atormentados, que utilizan los hoteles y sus espacios como escenarios cotidianos de su existencia vana y frustrada, para quienes la muerte —después de una vida llena de dinero y placeres fugaces, pero carente de amor—, parece ser la única salida al cansancio y aburrimiento provocado por su entorno viciado y fútil. Flavio Millán, personaje principal de la novela *Los sueños del insomnio* (1966) de Luis Spota, que inicia incluso con su suicidio, reflexiona en segunda persona acerca de esa doble vida —llena de materialidad y vacía de sentimientos—, como los personajes anteriores:

Te domina la materia, te aplasta; es lo único que te importa: conquistar, comprar, someter. Cuando pienso en ti, y recuerdo que eres mezquino aunque a nadie le regatees un peso; pobre, así no carezcas de nada; triste, no obstante que trascurre en una alegría continua; desorientado, con todo y que crees saber a dónde vas; cuando pienso en ti, te compadezco. ¿Cómo puedes vagar en ese horrible vacío y decir que eres feliz? ¿Qué has hecho de tu espíritu? [...] ¿A cambio de qué lo sacrificaste? ¿De los automóviles último modelo que has tenido? ¿De tu fama, que a nadie le importa? Eres un impostor, de la peor especie: de los que admiran su impostura.<sup>78</sup>

Flavio Millán llega a uno de sus peores puntos cuando su esposa decide dejarlo y huir con su amigo Raúl. Después del ataque de ira y una severa crisis de llanto, comenta: “A la tarde siguiente, en compañía de Paco, fui a alquilar una habitación en el Hotel del Prado. Muy sereno, le rogué que me buscara un abogado que se hiciese cargo de iniciar, sin escándalo, los trámites del divorcio.” Todavía con el semblante descompuesto, Millán decidió comprar un arma. De vuelta al hotel la examinó: “[...] era un bello Colt, calibre 38, de cañón corto [...] Ensayé varias veces sacarlo al rápido estilo de los gangsters [*sic*] de Chicago o al aún más rápido de los pistoleros del oeste, del mismo modo que lo había visto hacer en las películas. Me sentía muy tranquilo, ahora que estaba a solas: un poco vacío, un mucho como si no fuera yo el huésped único de esa lujosa *suite* del hotel.”<sup>79</sup>

Una vez más, el espacio hotelero comparte con los personajes ciudadanos el desencanto y la frustración de una generación que ya no se mostraba optimista, sino que advertía la decadencia y falsedad de un estilo de vida y un discurso que conducía a la desesperanza y al miedo. El engaño y la traición como moneda corriente, el egoísmo y la soledad como resultado de su ascenso conducen a Millán a un precipicio. Ante la disyuntiva de seguir viviendo en ese tipo de entorno o salir de él a través de la muerte, el personaje no lo duda y se suicida a los 45 años de edad.

Pero no todos los huéspedes de los hoteles, llevaban esta pesada carga de desilusión. En la filmografía mexicana se distinguen otras personas que disfrutaron del espacio hotelero, aquellos que debido a su condición humilde, mexicanos o extranjeros, descubrieron la ciudad con entusiasmo, disfrutaron su modernidad y reconocieron en ella sitios, ambientes, costumbres y placeres. En las

<sup>78</sup> SPOTA, *Sueños*, p. 235.

<sup>79</sup> SPOTA, *Sueños*, pp. 219 y 220.

películas que comentaremos a continuación, los personajes —a quienes les parecía tan ajeno caminar por sus pasillos, comer en sus restaurantes, rodearse de atenciones y comodidades—, viven por algunos días variadas experiencias en el espacio hotelero. Algunos se desencantarán de aquella vida que siempre desearon, otros se acostumbrarán a ella, pero todos nos muestran cómo este espacio se diversificó, acogió e integró a individuos de muy variado tipo. Esta vuelta al optimismo se registró en algunas películas de los años sesenta.

Este es el caso de la comedia *Se alquila marido* (1960), protagonizada por Eulalio González Piporro y Elvira Quintana, en donde ella encarna a Rita, una empresaria del norte que debe trasladarse a la ciudad de México a firmar un trato importante con un consorcio maderero. Rita está casada con Fabián Cruz, un personaje ficticio creado por ella para ocultar su verdadera situación de soltería y el hecho de ser la única dueña y jefa de su negocio. Para el viaje a la ciudad, Rita se ve en la necesidad de buscar a alguien que actúe de su esposo hasta que se cierre el negocio y pueda regresar a su ciudad de origen. Ese alguien será Melitón (Piporro) a quien Rita encuentra un día en una cantina local.

Después de aleccionarlo sobre la manera en que debe hablar y tratar a los empresarios con quienes cerrarán el trato, la pareja se traslada a la ciudad de México, hospedándose en un hotel de lujo de la capital. Cena con champaña en la habitación, chimenea, música, el bar y las bebidas de moda, el vapor y las atenciones del “bañero”, todo está al alcance de Melitón, quien hasta entonces había sido un vago “sin oficio ni beneficio”, mujeriego y sin un centavo pues no podía pagar siquiera una copa al cantinero de su pueblo. Con la ayuda de Rita, Melitón se convierte en un hombre confiado y con presencia que finalmente desafía a los miembros del consorcio maderero que, en un momento dado quisieron matarlo para conseguir un trato más conveniente para ellos. En los pasillos, lobby y demás espacios del hotel se llevaron a cabo cómicas persecuciones e intentos fallidos de asesinato que culminaban siempre con la huida de los matones en medio de situaciones chuscas.<sup>80</sup>

Finalmente Rita y Melitón regresan a su pueblo de origen, enamorados y dispuestos a trabajar junto con los madereros de su región. En este caso, el estilo de vida, comodidades y experiencias que Melitón vivió en la ciudad fueron benéficas y le ayudaron a convertirse en una mejor persona. El hotel se convirtió en una especie de escuela que al puro estilo Pigmalión, le permitió aprender y visualizar distintos modos de vivir y de pensar, a los cuales se pudo adaptar sin mayores problemas.

Caso similar pero con resultados distintos fue el de la misma Elvira Quintana en el papel de Rosa, en la película *Lástima de Ropa* (1961), una fichera, que por ayudar al millonario en apuros Arturo Rendón (Mauricio Garcés) recibe la oportunidad de vivir por unos días como una dama de

---

<sup>80</sup> *Se alquila marido*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Estudios Churubusco Azteca, 1960.

sociedad, asistir a las mejores fiestas, usar joyas y abrigos carísimos y hospedarse en los mejores hoteles. Con camarera personalizada, dispuesta incluso a bañarla y vestirla, la joven se siente agobiada y extrañada en ese ambiente, al cual termina adaptándose pero sufriendo engaños y traiciones que la llevan a decepcionarse de aquel mundo, rodeado de comodidades pero vacío de afectos. Por ello decide volver a su vida anterior que a pesar de carencias económicas conservaba bondad.<sup>81</sup>

Otro caso a revisar sobre este encuentro casual de gente sencilla con los hoteles de lujo lo tenemos en la historia de la película *México de mi corazón* (1963), con Lucha Villa y Lola Beltrán, quienes interpretan a dos primas mexicanas residentes de Los Ángeles, California, que ganan un viaje a la Ciudad de México como premio por ganar un concurso de canción mexicana. Dispuestas a hospedarse en un hotel de baja categoría porque tenían poco dinero para sus gastos, el destino les cambia cuando pierden el maletín en donde llevaban el efectivo y un donador anónimo decide costear su estancia en la capital para que no tuvieran que regresar a su ciudad natal.

El hotel María Isabel, con su inmensa fachada de cristal de sensación ultra moderna las recibió entonces, mostrando que entre la gente adinerada todavía se encontraban personas altruistas y solidarias. Las primas gozan de las atenciones que les brindan los empleados, comidas en los mejores restaurantes, visitas al hipódromo, pero también, como buenas turistas, y México-norteamericanas reconociendo su terruño, deciden visitar los sitios “típicos” de la ciudad: Xochimilco, Garibaldi, la plaza de toros, La Villa. Al final de película, cada oveja encuentra a su pareja: un taxista peleonero y un riquillo acosa mujeres que se paseaba por la entrada y el lobby del hotel para ver quién caía, pero en esta ocasión, el cazador resultó cazado. El espacio hotelero se reconcilia con sus habitantes y les ofrece la oportunidad de vivir una experiencia agradable que marca sus vidas y las lleva a un feliz desenlace.<sup>82</sup>

En la literatura y filmes mexicanos, el hotel también se percibió como un espacio festivo. Lugar de gozo, celebración y júbilo, las habitaciones, salones, bares y restaurantes fueron testigos de eventos sociales de importancia o de simples encuentros casuales entre amigos en donde los convidados disfrutaban alimentos, bebidas y comodidades brindadas por el personal y administradores del hotel. Jóvenes, personas mayores, políticos, actores, músicos, deportistas, las *socialités* de antaño, todos circulaban por el hotel en momentos en donde los problemas parecían desaparecer y las angustias se desvanecían frente a una copa de champaña.

Eventos sociales de envergadura se realizaron en los salones de estos sitios de hospedaje. Quizá de los más difundidos eran las bodas entre gente de sociedad o personajes conocidos de la farándula, de

---

<sup>81</sup> *Lástima de Ropa*, dirigida por Humberto Gómez Landero, México, Tele Talía Films, 1961.

<sup>82</sup> *México de mi corazón (Dos mexicanas en México)*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Producciones Sotomayor, 1963.

las letras o de la política que encontraron en ellos el espacio apropiado para divulgar su estilo de vida, sus gustos y las grandes sumas de dinero que estaban dispuestos a pagar, todo lo cual se convertía en un gran espectáculo que complacía a aquella sociedad de oropel. Incluso se cuenta que llegaban a alquilar pisos completos de los hoteles para albergar a los periodistas, nacionales e internacionales que llegaban a la ciudad de México a cubrir alguno de estos fastuosos eventos.<sup>83</sup>

Una descripción de este tipo de fiestas nos llega desde la literatura, en la novela *El sol de octubre* (1959), de Rafael Solana:

Aquella mañana de domingo parecía más animada que las de costumbre en el hotel [...]; se veía entrar y salir mucha gente con cara alegre, más vestida que lo normal [...] había profusión de flores; los meseros corrían, alegres, con charolas de cocteles y bocadillos; y la orquesta tocaba, en un ritmo vivaz, bailable, algo que la clientela sin duda no esperaba oír allí: un arreglo de la marcha nupcial de el “Sueño de una noche de verano.”<sup>84</sup>

Se comenta también la impaciencia del dueño del lugar porque todo saliera a la perfección y el movimiento de los mozos del hotel al amanecer, pues desde esa hora habían comenzado los preparativos para la fiesta. La *suite* donde se llevaría a cabo la boda estaba adornada con enormes ramos de flores de colorido muy variado que perfumaban toda la habitación de lujo. Allí estarían también los sacerdotes llamados para officiar la ceremonia, así como el juez del registro civil y sus ayudantes, a quienes se les había servido un desayuno espléndido por cuenta de la casa.

Más adelante se describe un poco la forma en que convivían los asistentes y las prácticas comunes en ese tipo de festejos:

[...] los invitados, la mayor parte de ellos americanos, aunque también había hoteleros mexicanos y varios funcionarios municipales, y los principales clientes que en aquellos momentos ocupaban las habitaciones en el [hotel] consumían alegremente los camarones, los ostiones empanizados, las rueditas de huevo duro sobre galletas, las rebanadas de abulón con limón, que los mozos hacían circular en charolas de plata, y no daban descanso a los meseros que distribuían, a pesar de lo temprano de la hora, bebidas alcohólicas.<sup>85</sup>

De esta manera, el hotel se convertía en un importante espacio de sociabilidad en donde los asistentes se relacionaban, conocían a más personas de sus respectivos medios, hacían negocios, platicaban de sus últimos viajes y continuaban con los “deberes” que su estilo de vida demandaba. La conexión no sólo de lazos afectivos, sino laborales resultaron fundamentales para las prácticas de esta pretendida sociedad moderna mexicana.

---

<sup>83</sup> En la novela *Casi el Paraíso*, de Luis Spota (1956) el padre de la señorita Teresa Rondia, quien iba a contraer nupcias con el falso príncipe Ugo Conti, apartó todo un piso del Hotel del Prado para alojar a la prensa que vendría de Londres, París, Roma, etc. La boda nunca se llevó a cabo porque se descubrió la estafa del falso noble. SPOTA, *Casi*, México, Grijalbo/SEP, 1986, p. 279.

<sup>84</sup> SOLANA, *El sol*, pp. 396 y 397.

<sup>85</sup> SOLANA, *El sol*, p. 397.



Dentro del hotel como espacio festivo, estos lugares dieron cabida a diversidad de actividades relacionadas con el mundo de la farándula, por ejemplo, en la novela *La estrella vacía* (1950), la protagonista, Olga Lang, actriz destacada de la cinematografía nacional, se ve involucrada en una serie de conflictos con los periodistas de espectáculos. La actriz debía buscar el modo de reconciliarse con la prensa pues sabía que de ello dependía en gran parte su trabajo como actriz. De esta manera, su amigo y asesor Rolando Vidal decide ofrecerse como mediador y organizar un coctel en el Hotel Reforma, a donde invitaría a los periodistas cinematográficos y les daría como primicia la nota de la boda de Olga con Raúl Tovar, un destacado compositor.<sup>86</sup>

Así, se mencionan los preparativos para el evento en el Hotel Reforma: “Raúl arregló, con Blumenthal, el alquiler del salón Beethoven, así como el servicio de cantina. Rolando invitó personalmente a los más renombrados periodistas filmicos [...] La tarde del coctel Olga fue al salón de Gloria Duval y se hizo maquillar y peinar cuidadosamente. De Nueva York le había llegado ropa nueva y estrenó un severo traje verde.”<sup>87</sup> En el mundo del cine, este tipo de arreglos públicos eran comunes y mientras mejor se tratara a los enfadados, más dádivas se obtendrían después. De esta manera, cantantes, compositores, actrices, formaron parte de las personas que transitaban por los hoteles, luciéndose públicamente como una forma de obtener publicidad y, claro está, los hoteles también obtenían ventajas de tener entre sus huéspedes y usuarios a tan “distinguidos” personajes.

Esta misma novela narra otro festejo, esta vez en el Hotel del Prado. Un evento de envergadura mayor que reunía a la crema y nata de la sociedad mexicana, políticos, empresarios y demás millonarios que departían justamente en el salón donde se había colocado el mural de Diego Rivera *Sueño de una tarde dominical en la alameda central*. Lo que no esperaban era el escándalo que se vendría después, como lo narra un amigo de la protagonista, cuando le explica lo que sucedió en aquel hotel capitalino:

La cosa fue así... En el restaurante donde está el fresco hay una cena de millonarios vestidos de etiqueta. Hambreadores y monopolistas, nuevos ricos detestables. De pronto entran varios sujetos, estudiantes dicen que son, y uno de ellos, el más audaz, se trepa a una silla y con una navaja raspa la frase “Dios no existe”. Los millonarios ven todo sin inmutarse y siguen comiendo ostras con champaña. Luego entramos nosotros, muchos gritos, muchos mueras, muchos puños en alto [...]”<sup>88</sup>

En efecto, aquel episodio conocido por la manera en que se atentó contra la obra de Rivera parece sacado de las páginas de una historia ficticia, sin embargo, el espacio hotelero presencié este tipo de conflictos en que distintos grupos capitalinos se enfrentaban por cuestiones políticas, económicas,

---

<sup>86</sup> SPOTA, *Estrella* p. 338.

<sup>87</sup> SPOTA, *Estrella*, p. 339.

<sup>88</sup> SPOTA, *Estrella*, p. 432.

religiosas, como primeras señales de descontento y de un conflicto social que se desarrollaría en los siguientes años.

Pero en los hoteles no sólo se llevaron a cabo grandes banquetes y fiestas exclusivas a las que sólo unos cuantos tenían acceso. Las reuniones casuales entre amigos y las parrandas nocturnas que culminaban al amanecer, parecían tener como escenario común las habitaciones, bares y restaurantes de los hoteles de lujo. Algunos jóvenes con ilimitados recursos financieros, estudiantes o dedicados a otra actividad que podían darse un lujo de vez en cuando y asistir a los centros nocturnos y cabarets que ofrecían los sitios de hospedaje de la capital.

Muchachos, aún con juegos inocentes que se divertían en una noche citadina, nos ofrece la descripción de Agustín Yáñez en *Ojerosa y pintada* (1959), cuando el ruletero en trabajo nocturno sube a su vehículo a unos jóvenes que salieron a pasear con un maniquí desnudo. Su plan era recorrer con “ella” gran parte de los centros nocturnos de la capital. La siguiente escena ocurre dentro del taxi: “Comenzaremos en el hotel Reforma, chofer, al Reforma ¡Verás cómo vas a divertirme Matildita linda! [...] Llegaron al Reforma. —Espérenos usted— indicaron al chofer— por si de nuevo tratan de cometer un desacato no admitiendo a esta criatura [...] —Vamos, reina, cúbrete. Vamos a entrar en Gringolandia. Muy puesta. Así. Muy serios todos.”<sup>89</sup>

Carlos Fuentes ofrece otra descripción del ambiente de uno de los bares del Hotel del Prado, cuando el lugar se encontraba nutrido de gente, de todas nacionalidades, pasando momentos de fiesta en un bullicio que parecía interminable: “Un levisimo chocar de vasos superaba apenas los murmullos del Bar Montenegro. El olor de la alfombra mullida, cosméticos y ginebra rebotaba en la decoración orneada. Un teléfono iba y venía en manos del mozo, fraguando citas, excusas, excursiones de la Cook’s. Cuquita, ya por costumbre, agitó los hombros para dejar caer la estola sobre el respaldo.”<sup>90</sup>

El español y el inglés se escuchaban por todo el lugar, se mezclaban y formaban extraños pasajes mientras se avanzaban por los reducidos espacios que quedaban vacíos:

*Sure, sure, They’re gray and colorful but look here, I don’t get the impression they’re active, bussiness-like, people...* —Tiene sus bemoles estar casada con un diplomático de carrera, no creas. Alguien dijo que hay cuatro profesiones que nunca se pueden abandonar: diplomático, periodista, cómico y puta ¿Y tú, guapísima despampanante? [...] —Aquí, Mexiquito siempre igual, ya sabes... *ooh the most beautiful old ruins you can imagine; quite a trip, and cheap, too...*<sup>91</sup>

Grupos de norteamericanos gritando ¡Viva México!, guías de turistas entre el tumulto, las *Mañanitas* entonadas por el cuarteto de músicos a petición de otros asistentes, el gusto de reencontrar amistades y

<sup>89</sup> YAÑEZ, *Ojerosa*, pp. 181.

<sup>90</sup> FUENTES, *Región*, p. 172.

<sup>91</sup> FUENTES, *Región*, p. 173.

de admirar a alguno que otro famoso entre la multitud. En aquellos sitios todo se podía al calor de la noche.

La peregrinación noctámbula por fiestas, bares y centros nocturnos o cabarets de la capital, aparentemente resultó una práctica común que alcanzaba proporciones espectaculares. En la novela *Los sueños del insomnio* (1966) dos amigos, después de una jornada que duró de las siete y media de la tarde a las cinco y cuarto de la mañana, recuperan fuerzas y sudan el alcohol en otros espacios bastante conocidos y apreciados del hotel: los baños de vapor. Las pláticas sobre amistades o negocios trascurrían entre la niebla caliente y los *Tom Collins* que el bañero les proporcionaba, a veces aderezados con *alca-seltzers* para tratar de quitar las agruras.

Mientras cavilaban acerca de temas poco agradables, uno de los amigos desvió la conversación con el pretexto de pedir al bañero un masaje: “Soportó el impacto de la regadera helada y, tiritando, tornó a sentarse sobre la piedra de granito: —Lo malo es que el horizonte de Raúl está más negro que nuestra conciencia, Flavio. Si pudiera devolver el dinero quizá se salvaría de las rejas.”<sup>92</sup> Los baños de vapor del Hotel Regis fueron muy conocidos por el tipo de atenciones que brindaban a sus clientes y se convirtieron en un refugio de los juerguistas trasnochados que buscaban un lugar en donde recuperar las fuerzas después de sus excesos. Por ello fue común que los demás sitios de hospedaje considerados de lujo incluyeran entre sus servicios los baños de vapor y que aparecieran incluso en las narraciones literarias.

De esta manera, ya fuera en los grandes salones, en las habitaciones, en bares o restaurantes, el hotel se percibió como un sitio sumamente activo, en donde desde el amanecer hasta el anochecer, pasaban por sus distintas áreas todo tipo de personajes con necesidades distintas. Los vapores para los hombres son un ejemplo, pero los salones de belleza para las damas no se quedan atrás. Espacios en donde también se intercambiaban opiniones y noticias, los salones de belleza de los hoteles fueron sitios de socialización y de una actividad continua, desde la mañana hasta el anochecer. Dos películas retratan aquellos grandes espacios, igualmente ruidosos por las pláticas y algunos aparatos que ya formaban parte de su mobiliario, por las confesiones de las clientas a las empleadas que las atendían y por el bullicio inherente a los espacios abarrotados de clientela.

En la película, *La otra* (1946), protagonizada por Dolores del Río, María es una joven que trabaja en el salón de belleza del Hotel Regis. Cansada de soportar horarios agotadores, ricachones rabo verdes que quieren manosearla y a su jefe que le consigue citas mal intencionadas con clientes hospedados en las habitaciones del hotel, decide dejar el trabajo para suplantar a su hermana gemela

---

<sup>92</sup> SPOTA, *Sueños*, pp. 211 y 212.

Magdalena, millonaria y despreocupada a quien asesina para tomar su lugar.<sup>93</sup> Por su parte, en el filme *En la palma de tu mano* (1950), del que hablamos con anterioridad, Clara Stein (Carmen Montejo), la esposa del falso mentalista Jaime Karim (Arturo de Córdova), trabaja también en uno de estos salones en donde aprovecha su actividad para trabar amistad con las damas ricas que solicitaban sus servicios de belleza pero que también la hacían su confidente, aprovechando esta situación para informar a su marido y juntos, estafarlas.<sup>94</sup>

Esto nos introduce a otra faceta del hotel que se percibió en las películas y en la literatura mexicana, el hotel como un espacio laboral. Los huéspedes y usuarios de sus distintas áreas eran importantes, pero ¿qué sería de ellos sin personal que los atendiera? De esta manera, los empleados del hotel de lujo resultaron fundamentales para el imaginario que se creó en torno a este espacio. Trabajar en un establecimiento de este tipo se convirtió en una meta a alcanzar para algunos, como para Margot (Silvia Pinal) en *Historia de un abrigo de mink* (1954) quien creía que teniendo una de estas prendas, las oportunidades de trabajo se incrementarían, y cuando el peletero más famoso de la ciudad le ofrece una piel barata, ella responde: “Hay no, no, es la piel la que hace a una mujer. Con un mink encima todo el negocio es distinto... Puede una trabajar en hoteles elegantes, en restaurantes de lujo... usted me entiende, ¿no?”<sup>95</sup>

Trabajar en un hotel de lujo era aparentemente un privilegio. A pesar de las dificultades que podría entrañar, como el caso de las dependientas del salón de belleza, en general aparecen como un sitio agradable y práctico para trabajar, en el cual se tienen muchas responsabilidades pero también muchas ventajas. Es probable que el empleado de hotel más famoso del cine sea el *bell boy* número 13, *Cantinflas*, en la película *Gran Hotel* (1944). *Cantinflas*, sin dinero ni trabajo pero con intenciones de casarse con su novia Carmela, consigue empleo como *bell boy* gracias a ella, que era camarera en el mismo sitio. Al parecer, la sola recomendación de Carmela fue suficiente para que el gerente, el señor Garnier, contratara al extraño personaje que desde el principio causa problemas ante el estricto comportamiento que se manejaba en el lugar.

El discurso que da el gerente frente a los empleados al iniciar las labores cotidianas es ilustrativa: “Quiero una absoluta disciplina, que sean correctos y sobre todo muy discretos. En un hotel pasan muchas cosas y ustedes deben oír y callar, enterarse de todo lo que pase con los clientes pero para servirles mejor.” Los *bell boys* son alrededor de quince o veinte y a cada uno se le asigna un número determinado de habitaciones para atender. En la comedia, *Cantinflas* hace todo lo que un

<sup>93</sup> *La otra*, dirigida por Roberto Gavaldón, México, Producciones Mercurio, 1946.

<sup>94</sup> *En la palma de tu mano*, dirigida por Roberto Gavaldón, México, Producciones Mier y Brooks, 1950.

<sup>95</sup> *Historia de un abrigo de mink*, dirigida por Emilio Gómez Muriel, México, CLASA Films Mundiales, 1954.

botones debía evitar: dejar que los huéspedes transportaran su equipaje, inmiscuirse en conversaciones ajenas, criticar las excentricidades y comportamiento de los inquilinos, incluso quejarse de lo caro del establecimiento y recomendar otros más baratos.<sup>96</sup>

A pesar de ello, la crítica a las formas laborales también se lleva a cabo: la manera en que se despersonalizaba al individuo y se le trataba como un número, la sensación de ser invisibles y sólo estar al tanto de lo que necesitan los demás. Por ello, *Cantinflas* se extraña cuando la señorita White, inquilina de la *suite* 113, le pregunta su nombre, a lo que él responde: “Yo me llamo... ¿Sabe qué?, aquí más bien no se llama uno, yo soy el *bell boy* y cuando me hablan, me hablan por el número, por ejemplo, yo soy el número 13.” Se advierte también que los empleados tenían buenas instalaciones en donde comer y en donde dormir, lugares adecuados para pasar las largas jornadas que se requerían en estos centros de trabajo. Tan es así que el duque de Alfanje, un millonario que viajaba de incógnito, se hospedó junto con los empleados en sus intentos por pasar desapercibido.<sup>97</sup>

Los gerentes de los hoteles fueron considerados personajes peculiares dentro del mundo hotelero y por ello fueron retratados a través de la filmografía mexicana. Quizá por andar siempre de prisa atendiendo los más diversos asuntos, su alto sentido de la responsabilidad, la manera en que debían conducirse ante los huéspedes y empleados y el cuidado que procuraban a su establecimiento haciendo lo posible porque el lugar fuera impecable tanto en servicios como en apariencia externa, los gerentes fueron piezas clave en algunas historias que tuvieron como fondo el espacio hotelero.

Este es el caso de la comedia *Perdóname mi vida* (1964), protagonizada por Angélica María y Alberto Vázquez, quienes dan vida a una pareja de recién casados, Arturo y Dina, que pasan su luna de miel en un hotel. El administrador encargado del lugar, el señor Perales (Raúl Astor), representa al típico gerente de hotel: hombre de mediana edad pero con experiencia, siempre impecable y vestido formalmente para toda ocasión, con labia y sentido del humor, gracioso en ocasiones, serio y estricto en otras, el personaje tiene la consigna de complacer “en todo, absolutamente en todo” a los inquilinos que se hospedan en el hotel.

El señor Perales supervisa cada detalle del lugar, desde la comida que se servirá a los huéspedes, hasta los conflictos que se suscitan en mostrador, siempre tratando de conciliar y de resolver problemas que pudieran estropear el buen funcionamiento del lugar. Cortés y amable con cada cliente que se encuentra tanto en los pasillos como en el restaurante, incluso llega a aparecer en una escena de noche, con pijama, girando instrucciones para que los encargados del bar dejaran de

---

<sup>96</sup> *Gran Hotel*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Estudios y laboratorios CLASA, 1944.

<sup>97</sup> *Gran Hotel*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Estudios y laboratorios CLASA, 1944.

suministrarle alcohol a un usuario que se había pasado de copas, alterando el orden y los horarios de servicio.

El gerente incluso interviene durante las veladas en el centro nocturno, controlando la música y los eventos a desarrollar durante la noche, contrata a los artistas que se presentan en ese espacio y el algún momento, ante el problema de tener que decidir si corre a una de las cantantes, acusada de “desprestigiar el hotel”, el gerente afligido pone como excusa la existencia de un contrato y expone a lo que se tendrían que enfrentar si lo hacía: “Hay que pagar indemnización y el sindicato y sus tres meses y 21 días y daños y perjuicios y reparto de utilidades [...]” Sin embargo, su mayor preocupación es lograr que la pareja de recién casados se reconcilie tras la primera pelea conyugal.

Para lograrlo, el gerente recurre a todo tipo de artimañas para contentarlos y mantener así el buen nombre del hotel: músicos, costosa champaña, comida en abundancia, regalos y demás efectos ayudarán a que el señor Perales sea el cupido que vuelva a flechar a los enamorados. Ante su posible fracaso en la empresa, abatido, firma su carta de renuncia dispuesto a dejar el cargo, pero su perseverancia y unos cuantos gritos dados a la joven pareja, donde incluso amenaza con quemar el establecimiento, logran lo imposible: que finalmente los novios acepten su error y disfruten su estancia en el hotel.<sup>98</sup>

Se advierte de igual modo que el gerente tenía la responsabilidad de conocer a todos los huéspedes y saber quién se alojaba en el hotel. Por cuestiones de prestigio, no podían admitir a cualquier persona que quisiera ingresar y además la seguridad comenzaba a ser fundamental para quienes se hospedaban en ellos. De esta manera, el gerente es gravemente reprendido por la hija del dueño del hotel cuando descubre que en el hotel se hospedaba un timador haciéndose pasar por un viajero millonario. Le reclama su falta de precaución y los problemas que esto podía acarrearles: “Usted debe tener un poco más de cuidado porque las señoras que vengan aquí no van a tener ninguna clase de garantías de que no van a ser atacadas.” El problema no pasa a mayores, sin embargo se amenaza al gerente con ser despedido, lo que lo altera gravemente.

En el universo hotelero no sólo se percibieron los empleos que estaban relacionados directamente con el usuario. Los dueños de los establecimientos fueron retratados por el cine y la literatura como millonarios que recibían dinero a carretadas, que por lo mismo eran caprichosos y hacían su voluntad, pero eso sí, eran muy sociables, se relacionaban con todo aquel que pudiera ser beneficioso para el negocio y aprovechaban toda oportunidad para reforzar esas relaciones a través de reuniones, fiestas y todo tipo de eventos. La novela *El sol de octubre* (1959) de Rafael Solana, nos

---

<sup>98</sup> *Perdóname mi vida*, dirigida por Miguel M. Delgado, México, Filmadora Chapultepec, 1964.

ofrece un vistazo al mundo de los hoteleros, aquellos individuos que, aparentemente, sólo recibían lo que su negocio generaba sin hacer un gran “trabajo” de por medio.

Reuniones de ricos que juegan cartas y toman jaiboles los domingos, son descritas por el autor: “[...] yo tengo un amigo... un señor de edad, simpático, hotelero... él tiene dinero, es medio alemán, medio guatemalteco, qué se yo... pero está casado. Todos los fines de semana se va a Cuernavaca, a casa de sus amigos, otros ricachos como él, también de la industria hotelera, o negociantes; se va con su familia; yo quiero caer un día, tengo curiosidad de verlo en ese ambiente, nada más por puntada.”<sup>99</sup> Individuos despreocupados, exitosos, que habían visto nacer a la industria del turismo y visualizado en ella la oportunidad de emprender un negocio redituable.

En otro momento de la novela, el autor nos acerca a Sara Castelán, una empresaria en el mundo hotelero. Emprendedora y visionaria, con perfecto manejo del inglés, una coqueta que lo mismo disfrutaba de la compañía de los mozos de su hotel, que de los turistas que se alojaban en él. La agencia Cook enviaba allí a toda su clientela “yanqui”. Ante el éxito de su negocio, se describe lo que se consideraba la razón de él:

Sara era una excelente huésped, pues sabía hablar a todos los texanos de cosas que les interesasen o atañesen, recibía periódicos de tres o cuatro ciudades de Texas, y vigilaba con gran atención que criados traídos especialmente de Houston mantuvieran una limpia e higiénica cocina, *home cooking*, que encantaba a los turistas; su pollo a la King, sus *barbecues*, eran famosos; un renglón muy especial era el de los desayunos, cuidados como en ningún hotel del país, con riquísima leche pagada a cualquier precio y con *waffles*, *hot cakes*, *ham-ad-eggs* y todas las otras especialidades que hacía a los texanos sentirse como en casa y recomendar, a su regreso a ella, aquel hotel, que fue creciendo y enriqueciéndose [...] <sup>100</sup>

Sara vivía de forma espléndida con las ganancias que generaba su “estupendamente equipado hotel”, el inglés se oía por todas partes, los estirados mozos de servicio estaban atentos a cualquier cosa que se pudiera necesitar, los botones acudían de inmediato a la llegada de los huéspedes y el encargado de mostrador parecía siempre solícito ante quienes ingresaban al lugar.

La inquietud por la formación de nuevos hoteleros o de personal encargado de la administración de este tipo de lugares se aprecia también en la novela. Sara recomienda a su amigo, un joven que está estudiando ingeniería mecánica, que pensara en estudiar

[...] una carrera nueva, de muchísimo porvenir, que tú podrías hacer... la administración de negocios; tendremos una escuela [...] que sostendremos entre todos, para preparar futuros empleados de hoteles; yo podría conseguir que te admitieran inmediatamente, si te interesara. Enseñan inglés, contabilidad, economía, en fin, lo que puede requerirse para la administración de este tipo de negocios; con esa carrera tú podrías abrirte un provenir... Tarde o temprano yo tendré que necesitar alguien aquí, en mi hotel, que me sustituya en la dirección... <sup>101</sup>

<sup>99</sup> SOLANA, *El sol*, p. 233.

<sup>100</sup> SOLANA, *El sol*, p. 249.

<sup>101</sup> SOLANA, *El sol*, p. 262.

El joven, consciente de que podría ser una buena oportunidad, decide hacer caso al consejo de su amiga y estudiar administración de negocios, seguro de que “de ese negocio de hoteles podrá ir saliendo algo para que yo vaya resolviendo mi vida”.<sup>102</sup>

Millonarios, desentendidos y relajados, se pensó en los dueños de hoteles como personas oportunistas, con buenas relaciones, que levantaron sus negocios de la noche a la mañana, aprovechando las prebendas que el gobierno ofreció durante los primeros momentos de impulso al desarrollo turístico. Aunque esta percepción no estaba tan alejada de la realidad, el negocio hotelero no se desarrolló tan fácilmente como podría suponerse. A pesar de que fue al contrario, predominó la creencia del negocio del hospedaje como de poca inversión y rápidamente redituable, lo que lo hacía altamente atractivo para numerosos sectores que incluso lo veían como una actividad frívola y sencilla, pues incluso las mujeres podían llevarla a cabo.

Pero, ya fueran los dueños, los empleados, los huéspedes o el espacio en sí mismo, el hotel de lujo formó parte importante del imaginario moderno sobre la ciudad. Al considerar al turismo como una actividad reciente y por lo mismo un tanto desconocida, hubo quienes miraron al hotel con temor y recelo, otros que lo visualizaron con sorpresa y entusiasmo, algunos más con orgullo y presunción, pero siempre como un elemento significativo en la vida cotidiana citadina, no sólo de aquellos que disfrutaban de sus espacios y servicios, sino de quienes también le daban vida al trabajar en ellos.

Como espacio moderno, exclusivo, como el sitio de lujo a que pocos tenían acceso, como un lugar con los últimos adelantos tecnológicos, el espacio hotelero mexicano se percibió comparable a los mejores sitios extranjeros. Con el optimismo de quienes se pensaban ingresando en los terrenos del primer mundo, la sociedad mexicana los adoptó como un importante espacio de socialización, en donde bodas, conferencias de prensa, fiestas o simples reuniones informales entre amigos y compañeros de negocios formaban parte de la cotidianidad de quienes movían los hilos económicos, políticos y sociales del país.

Pero el espacio hotelero no sólo dio cabida a aquellos personajes que ostentaban el poder político o económico. También se percibió como un importante espacio laboral en donde personajes de todo tipo contribuían a que aquella maquinaria similar a la de un reloj caminara de manera adecuada. *Bell boys*, camareras, meseros, cantineros, incluso gerentes y administradores resultaron parte fundamental del universo hotelero y de esta manera se presentaron en los filmes y literatura mexicana. Gran parte de la fuerza que adquirió este nuevo espacio dependió de aquellos que, aparentemente invisibles, se hacía cargo de los detalles que daban prestigio al negocio.

---

<sup>102</sup> SOLANA, *El sol*, p. 297.



Lugar alegre y de fiesta para unos, de tragedia y de dolor para otros, el hotel fue escenario de hermosas historias de amor y de las peores traiciones maquinadas por seres ambiciosos cegados por el dinero. Esta ambivalencia del espacio es lo que quizá lo defina mejor y lo que nos dé una pista sobre la complejidad y la riqueza del lugar. Personas ajenas y aparentemente contrarias en condición, en intereses y objetivos convivieron en el mismo lugar y de una u otra manera, ambos compartieron un ideal de progreso y modernidad que se materializó en este espacio y en algunos otros de la ciudad.

El hotel generó rencores, expectativas; les mostró la realidad a algunos pero hizo soñar a otros. En la literatura y la filmografía mexicana fue un importante escenario para visualizar los cambios por los que atravesaba la ciudad, pero también los sufridos por los capitalinos al enfrentarse a transformaciones físicas de su entorno y de sus valores apenas vigentes años atrás. En esta extraña mezcla del ayer y del ahora, el hotel se levantó como un símbolo de la modernidad, del carácter cosmopolita y de la madurez de una ciudad que apenas iniciaba su franco crecimiento.



Hotel Continental Hilton 1957  
*(fb/Hotel Continental Hilton Oficial)*

## Capítulo 2. Institucionalizar el Hotel

El turismo y la hotelería moderna surgieron en México entre los años veinte y treinta del siglo XX gracias a la reunión de una serie de condiciones tanto económicas, como políticas y culturales que posibilitaron su desarrollo. Como sucede con cualquier actividad nueva, resultó necesario dotarlos de un marco jurídico que los ayudara a funcionar, integrarlos a la vida del país, dar a conocer su importancia y justificar la necesidad de su fomento, de manera que se pudieran incorporar, de forma paulatina, tanto al imaginario como a la realidad nacional.

La manera en que se creó una idea de lo que debía ser el turismo y la hotelería y en que éstas se institucionalizaron, es decir, en que fueron reconocidas oficialmente como actividades formales, legales, viables y dignas de apoyo, se consiguió principalmente a través de dos vías: por un lado, gracias a la intervención gubernamental —a través de leyes y dependencias que la supervisarán— y, por otro, debido a la intensa participación de la iniciativa privada que la adoptó y apoyó financiando la creación de infraestructura que la sustentara y la transformara de ser sólo un proyecto en algo tangible. Pero el empresariado también se dio a la tarea de construir un discurso en torno a la actividad hotelera y de quienes la llevaban a cabo, el cual difundió e hizo llegar a diversos sectores de la sociedad.

Con lo que respecta a la participación gubernamental, hablaremos del trayecto que se recorrió para crear organismos oficiales encargados de las actividades turísticas, esfuerzo que comenzó a finales de la década de los años veinte, pero cuyas primeras señales de acción real pudieron percibirse casi hasta la década de los sesenta. Las acciones gubernamentales en torno a la construcción hotelera siempre emanaron de las dependencias que se encargaban también de otras áreas del turismo. Nunca existió un órgano gubernamental exclusivo encargado de este ramo, por ello tuvimos que introducirnos un poco en ellas aunque parecería que nos desviábamos un poco de nuestro objetivo principal. Lo que vale la pena destacar es que, con altibajos, el sector hotelero consiguió un apoyo mucho más tangible de estas dependencias ya entrada la segunda mitad del siglo XX.

Otro asunto interesante lo constituyó el financiamiento. Una de las principales angustias tanto para el sector gubernamental como para el inversionista privado fue el de obtener el dinero para montar una empresa y construir un hotel. El gobierno encontró como posible solución al problema, la creación de bancos, instituciones que apoyarían a los empresarios interesados en participar en la hotelería. Algunos sólo quedaron como propuestas, otros se llevaron a la práctica con éxito, sin embargo, la aparición de éstos sería continua a lo largo del período 1936-1968.

Una discusión más será la que emprenderemos alrededor de la legislación sobre hotelería. La función que se atribuyó con mayor claridad al gobierno fue la de regular y normar la actividad a través de leyes. Aunque en realidad fueron pocas las que atañen directamente a la hotelería, porque las demás disposiciones se incluyeron en legislación general sobre turismo, resultan representativas de las necesidades de la época en torno al sector. La mayoría fueron de carácter local, es decir, se emitieron para la ciudad de México principalmente, pero también encontramos algunas en otras ciudades que ya comenzaban a manifestar preocupación por el tema.

Aunque en un principio parecería que el gobierno se mantuvo ajeno, si prestamos más atención, observamos cómo poco a poco se construyeron puentes y el discurso oficial de apoyo a la hotelería pudo aterrizar finalmente en el campo de las acciones para que éste se desarrollara de manera más integral y lograr que se convirtiera en un renglón importante para la economía nacional, como fue el sueño de aquellos primeros pioneros difusores del turismo mexicano.

Con lo que respecta a la iniciativa privada, es probable que ésta fuera la que desde un primer momento adoptó la actividad con mayor dedicación. Esto se debió a que, por un lado, contaba con los recursos y las relaciones necesarias, tanto en el país como en el extranjero, para afianzarla y difundirla, y a que lograron la unificación como gremio de manera temprana, lo que les permitió actuar y tomar decisiones sobre su actividad de manera mucho más sencilla que a la parte oficial. Esto es lo que revisaremos en el segundo apartado de este capítulo.

Primero hablaremos de la creación de la Asociación Mexicana de Hoteles de manera paralela a la trayectoria, de su fundador, Antonio Ruiz Galindo, uno de los primeros hoteleros que tomó en sus manos la tarea de construir sitios de hospedaje modernos, organizar a los demás miembros de la profesión, difundir un discurso sobre su actividad y negociar con el Estado tratando de legitimar la actividad y de integrarla a las prioridades gubernamentales. La creación de organizaciones de hoteleros fue un paso importante en el proceso de institucionalización de la hotelería pues contribuyó a estabilizar al sector y darle un lugar en la estructura política y social del país.

La Asociación Mexicana de Hoteles no sólo contribuyó a integrar a la hotelería a la realidad nacional a través de la construcción o inversión en nuevos lugares o de la organización de aquellos interesados en el negocio. La Asociación se dio a la tarea de resaltar las funciones y objetivos tanto de la hotelería como de los hoteleros y así integrar y propagar un discurso con el fin de obtener el reconocimiento tanto de la sociedad como del Estado hacia su profesión.

Considerada también de reciente creación y diferenciada ya de los antiguos posaderos o mesoneros que se encargaban de los sitios de hospedaje en el pasado mexicano, la Asociación quiso

terminar con las visiones negativas tanto del oficio como de quienes lo llevaban a cabo al adoptar también un fuerte ingrediente nacionalista y plantear su trabajo como un deber de alto valor patriótico en busca de la simpatía de diversos sectores del país.

Finalmente la organización de hoteleros no sólo deseaba el reconocimiento de la sociedad en general, sino principalmente del sector gubernamental. El discurso los ayudó, pero en este caso, las acciones resultaron mucho más importantes. Así, la relación del empresariado hotelero con el Estado fue complejo, debido sobre todo a la necesidad del gobierno por ganar espacios, controlar a elementos considerados “dispersos” y afianzar su poder. Fueron varios los puntos en los que ambos bandos discreparon durante el período estudiado, sin embargo, resultó sobresaliente el relativo a las tarifas que los hoteles debían cobrar a su clientela. Esta discusión nos mostró de manera clara las necesidades y carencias de ambos sectores, lo difícil que resultó delimitar sus rangos de acción, las disputas por intervenir en la toma de decisiones y en general, el difícil proceso de institucionalización de la actividad hotelera.

### **1. Fomento Gubernamental a la hotelería**

Desde los considerados “albores del turismo”<sup>103</sup> en México, cuando se crearon las primeras instancias oficiales ocupadas de esta actividad, se consideró como un campo fértil que traería beneficios diversos al país, por lo tanto, era tarea del gobierno fomentarlo y preservarlo. Desde entonces los esfuerzos se concentraron en atraer al país la mayor cantidad de turistas, sobre todo extranjeros, a como diera lugar. Dentro de las diversas áreas que se debían desarrollar para lograr este objetivo, se encontraba el de la creación de infraestructura: carreteras, hoteles, campos de turismo aeropuertos, entre otros.

Sin embargo, esto no resultó algo sencillo de lograr. Las necesidades eran muchas y en la agenda de los gobiernos posrevolucionarios, otros asuntos resultaban más apremiantes que el desarrollo del turismo, desde lograr la ansiada estabilidad política, hasta resolver demandas de carácter social que eran fundamentales para afianzar su legitimidad. Por ello, a pesar de que en el discurso gubernamental el turismo fue una actividad importante y digna de atención de las instancias oficiales, la realidad resultó distinta.

De esta forma la construcción de hoteles, parte básica de la infraestructura turística que habría de crearse en nuestro período de estudio, fue una actividad que el gobierno en un primer momento dejó en manos de la iniciativa privada y después, conforme se estabilizó y enriqueció, apoyó de una manera más concreta y visible. Sin embargo, en el período 1937-1968, con ciertas oleadas de mayor impulso

---

<sup>103</sup> Frase que utiliza como título la historiadora Jimena Aura Mateos en su tesis de licenciatura “Me lleva el tren: los albores del turismo en México. 1921-1934”.

—que dependieron generalmente de los intereses y gustos tanto de la figura presidencial como de los altos funcionarios que lo rodeaban—, la participación gubernamental en esta área se limitó a regular y normar la actividad.

*Comisiones, direcciones o consejos: las dependencias gubernamentales de apoyo al sector turístico*

El discurso gubernamental de apoyo a la llamada “industria sin chimeneas” fue constante desde finales de los años veinte, cuando, por iniciativa del ingeniero Alberto J. Pani<sup>104</sup> se creó en 1928 la Comisión Mixta Pro Turismo, primer organismo encargado de revisar la situación en que se encontraba el turismo mexicano, localizar problemas y proponer soluciones. El carácter mixto lo otorgaba la participación de miembros de la iniciativa privada y su dependencia de la Secretaría de Gobernación lo volvía de carácter oficial y perteneciente al aparato estatal.<sup>105</sup>

Así, la Comisión Mixta Pro Turismo fue el primer organismo que permitió al gobierno relacionarse con el sector turístico y con los empresarios encargados de su desarrollo, además le proporcionó a ambos un foro para expresar las primeras opiniones en torno a sus respectivas participaciones en el sector, así como lo que esperaban cada uno del otro. A grandes rasgos, ambos manejaban la idea del trabajo conjunto en beneficio de la industria para que ambas partes recogieran sus generosos frutos.

La Comisión Mixta Pro Turismo se transformó un año después, por iniciativa presidencial, en la Comisión Nacional de Turismo, acción que dejó claro el interés del Estado en la actividad, a través de la iniciativa presidencial y de su aprobación por parte del Congreso.<sup>106</sup> El cambio no fue sólo en el nombre, pues a pesar de mantener su carácter mixto en el sentido que vimos arriba, también significó la delimitación más clara de las funciones de ambas partes. Si bien el crecimiento como industria estaba en manos del capital privado, no podía actuar sin disposiciones legales que estuvieran dentro de los marcos legales de la federación, pretexto que también funcionó para que el gobierno federal mantuviera

---

<sup>104</sup> Entre 1923 y 1927, Alberto J. Pani fue secretario de hacienda, cargo que le permitió, como él mismo comenta en varias de sus obras, emprender distintas acciones de “promoción turística” que incluyeron el inicio de la construcción de la red nacional de carreteras, la realización de “obras de embellecimiento” en la ciudad de México y la edificación de hoteles. Una vez fuera de la secretaría, pudo dedicar más tiempo a sus empresas particulares, sin embargo regresó a su puesto en Hacienda en 1932, cargo que ocuparía por un año más, para finalmente, dedicarse a su actividad privada, la que obviamente incluía la industria turística y principalmente hotelera como lo veremos un poco más adelante. PANI, *Apuntes autobiográficos*, y PANI, *Tres Monografías*.

<sup>105</sup> MATEOS, “Me lleva el tren”, p. 85.

<sup>106</sup> Citado en MATEOS, “Me lleva el tren”, p. 93.

cierto control sobre los empresarios y los capitales generados por los diferentes ramos que la formaban.<sup>107</sup>

La Comisión Nacional de Turismo, después de una breve estancia en la Secretaría de la Economía Nacional, regresó a la jurisdicción de la Secretaría de Gobernación pero ahora con el nombre de Departamento de Turismo, por decreto de 20 de abril de 1936.<sup>108</sup> Esta instancia, que cambiaría de nombre con los años pero que conservaría sus atribuciones, sería el intermediario entre los empresarios hoteleros y el gobierno federal desde este momento hasta los años setenta en que se creó la Secretaría de Turismo.

El discurso en torno a los beneficios del turismo acompañó desde la creación hasta la consolidación de los organismos oficiales que intervinieron en el sector. Las acciones gubernamentales trataban de ir a la par con las ideas que exaltaban las virtudes del turismo, ejercicio que resultó difícil por el contexto económico y político que se vivía. Por ello muchas veces las palabras rebasaron las capacidades de las instituciones oficiales pues los órganos creados presentaban problemas de estructura, organización y objetivos. El continuo cambio en sus nombres y atribuciones son muestra del camino recorrido para construir una relación eficiente, con resultados tangibles.

Otro problema al que se enfrentaron los políticos y funcionarios gubernamentales fue el carácter “mixto” de sus dependencias. En un principio, es decir a lo largo de los años veinte y treinta, el asunto no se presentó tan complicado: los empresarios necesitaban del gobierno para actuar y crear sus empresas y el gobierno necesitaba de la experiencia de los empresarios para hacer negocios. Integrar a los miembros de la iniciativa privada a los organismos oficiales parecía un asunto natural.

Aparentemente el conflicto se presentó cuando, por un lado, el gobierno se sintió rebasado en sus atribuciones por estos “particulares”, quizá más activos, con más dinero y con más contactos que dejaron al descubierto la debilidad e inexperiencia oficial y, por otro, cuando los empresarios comenzaron a crear sus propias asociaciones y organismos de trabajo que aparentemente funcionaban mejor. De esta manera, los organismos oficiales buscaron excluir de forma paulatina a los empresarios de las dependencias de gobierno a pesar de que se siguió pregonando la necesidad del trabajo conjunto.<sup>109</sup>

---

<sup>107</sup> Precisamente de esta época data una de las primeras leyes enfocadas directamente a fomentar la construcción hotelera a través de la exención de impuestos, como lo veremos en el siguiente apartado.

<sup>108</sup> CÁRDENAS, “Informe”, p. 78.

<sup>109</sup> Por ejemplo, la Asociación de Administradores y Propietarios de Hoteles, antecedente de la Asociación Mexicana de Hoteles, se fundó en 1922. La Asociación Mexicana Automovilista, ahora conocida como AMA, se fundó en 1932. También tenemos noticia de que la Asociación Mexicana de Turismo y la Asociación Nacional de Caza y Pesca se crearon en estas mismas décadas aunque carecemos de la fecha exacta.

Como hemos visto hasta ahora, la cuestión hotelera se integró a estos organismos que contemplaban otras ramas del turismo. Incluso la definición de ellas y su incorporación a la estructura de la dependencia gubernamental fue algo que también se llevó a cabo de forma paulatina. Incluso, a finales de los años veinte, durante los treinta y todavía a mediados de los cuarenta, las dependencias de turismo que dependían de la Secretaría de Gobernación funcionaban más bien como una gran agencia de viajes, encargados de la difusión del turismo en otros países y de la atención a los visitantes extranjeros. Se tomaban medidas de manera desordenada y no había una división más específica entre actividades.<sup>110</sup>

Ejemplo de todo este proceso se vivió en la década de los cuarenta, cuando todavía se hacían acomodos para lograr un mejor y más eficaz funcionamiento de las dependencias oficiales y de la dedicada al turismo en particular. Para 1948, el Departamento de Turismo dejó de existir y cedió el paso a la Comisión Nacional de Turismo, igualmente dependiente de la Secretaría de Gobernación. Un año después, la Comisión también desaparecería para convertirse en la Dirección General de Turismo. Esta última dependencia, no sólo buscaba el trabajo conjunto entre gobierno y empresarios, también contempló la creación de un “Consejo consultivo” que estaría integrado por miembros de la iniciativa privada en carácter de asesores.<sup>111</sup>

La participación de los empresarios ahora se veía disminuida a un órgano dependiente pero sólo de carácter consultivo, es decir, podrían en todo momento orientar, aconsejar y discutir puntos de vista para que el gobierno estuviera siempre al tanto de las necesidades y problemas de la industria turística. Sin embargo, no debían estorbar el trabajo del Ejecutivo y, finalmente, para la toma de decisiones lo que valía era la opinión oficial. La propuesta, entonces, evidenció la unilateralidad y un punto de vista sólo gubernamental que dejó de lado a los empresarios incluso para su elaboración.

Como recompensa a la exclusión de los empresarios, el gobierno comenzó a recuperar espacios poco a poco y se fortaleció a la par que el Estado robustecía, tanto en lo político como en lo económico, ayudado del contexto de guerra internacional, coyuntura que por cierto, también favoreció al turismo. La dependencia encargada de esta actividad, entonces, se convirtió en un buzón de quejas. Si los empresarios no estaban dentro, lo más conveniente era utilizarlo, ahora sí, para canalizar sus necesidades, pero también para resaltar sus problemas y descontentos: si el gobierno lo quería hacer solo, les iba a resultar complicado.

---

<sup>110</sup> Para abundar en estas cuestiones se pueden revisar las memorias de la Secretaría de Gobernación de las décadas mencionadas.

<sup>111</sup> “La nueva ley de turismo”, *La Prensa* (30 nov.1949).



De esta forma, la silenciosa voz de los empresarios, comenzó a elevarse, en lo que parece un proceso que favoreció a ambos actores: el gobierno ganó espacios en su propia estructura estatal, lo cual también permitió una mejor organización y orden en sus dependencias. La iniciativa privada, que ya tenía organismos de trabajo eficientes, pudo hallar un foro en que el compromiso gubernamental parecía mucho más serio y con instancias a través de las cuales canalizar sus demandas. Incluso, para 1953 se pudo organizar el Primer Congreso Nacional de Turismo a la cual asistieron representantes del gobierno y de los sectores vinculados a esta actividad. En la reunión se discutieron problemas en torno a la actividad turística y se propusieron posibles soluciones.<sup>112</sup>

Aparentemente comenzaba un momento de mayor cooperación entre el sector oficial y el empresarial. En él, la actividad en torno al turismo, ya no sólo se centraba en la figura presidencial y sus iniciativas, sino en la instancia dependiente de la Secretaría de Gobernación. Ésta, fortalecida por los procesos descritos, dejó de preocuparse por atraer visitantes y supervisar su estancia en el país, para ocuparse de lograr una mejor organización en su funcionamiento interno, con secciones encargadas de tareas específicas y con una mayor atención a las necesidades y demandas de la industria.

A esto contribuyó en gran medida que, a finales de la década de los cincuenta, apareciera un elemento que se vislumbró como la clave para que el turismo finalmente se desarrollara de manera satisfactoria: la planeación. La llegada de este concepto a las esferas oficiales, resultó importante porque aparentemente, detonó un cambio en el comportamiento gubernamental al “forzar” la puesta en práctica de propuestas que antes sólo se quedaban en palabras o en papel. La planeación, no sólo se puso en práctica a nivel oficial o sólo en los aspectos industrial o agrícola. Como veremos más adelante, esta iniciativa repercutió en otras áreas involucradas en la construcción hotelera como en los programas de planeación urbana y de edificación en general.

Según esta nueva idea de planificación, a la actividad turística que se le había dejado avanzar de manera “natural”, no se le había “provocado” ni encausado. Es probable que uno de los primeros resultados que se obtuvieran de poner en práctica la planeación como se pensaba en la época, fuera el Fondo de Garantía y Fomento al Turismo (FOGATUR), que fue creado el 13 de diciembre de 1956 por iniciativa presidencial con la intención de dar impulso a los proyectos tendientes a incrementar la infraestructura turística. Esta nueva dependencia quedó en manos de Nacional Financiera, S.A. es decir, salió de los terrenos de la Secretaría de Gobernación que hasta entonces había acogido a todas las

---

<sup>112</sup> “Primer Congreso”, p. 256.

dependencias dedicadas al turismo y fue entonces cuando se advirtió una mayor capacidad de acción gubernamental en el área del financiamiento.<sup>113</sup>

Es probable que también debido a este cambio en el enfoque y a la idea de seguir con la planeación, que la dependencia encargada del turismo también saliera finalmente de la tutela de la Secretaría de Gobernación, pues a finales de 1958 se creó el Departamento de Turismo que dependería directamente del Ejecutivo Federal. Parecía que los empresarios ahora sí tendrían el organismo que pedían, con mayor autoridad de mando y en contacto directo con la presidencia de la República. La idea antes difundida del trabajo conjunto había sido dejada de lado para que, con sus nuevas atribuciones, con responsabilidades y campos de acción mucho más claros, la dependencia gubernamental ocupara un lugar de importancia en el desarrollo del turismo nacional.

Aunque el FOGATUR y el nuevo Departamento de Turismo aparentemente funcionaban bien, se seguía esperando un plan maestro que retomara las necesidades y carencias del sector, el cual vio la luz a finales de 1962 con el nombre de Plan Nacional de Turismo. Se destacaron entonces como los elementos más importantes a desarrollar la protección, conservación y mejora de los sitios turísticos, la integración de la red de caminos en función de las necesidades turísticas más urgentes y la coordinación de las dependencias oficiales y el sector privado.<sup>114</sup>

Sin embargo, quedaban muchas cosas por hacer. El sector privado nunca estuvo del todo conforme con las medidas alentadas desde el gobierno a través de sus dependencias y los reclamos no terminaron con la llegada del Plan Nacional. Parecía que la bolita de la responsabilidad turística pasaba de unas manos a otras. La preocupación se centraba en ver quién era el culpable de las deficiencias del sector, más que por encontrar soluciones. Los funcionarios pedían a la iniciativa privada más inversión; los empresarios, a pesar de los avances en las dependencias gubernamentales, exigían ahora una Secretaría de Estado.

La Secretaría llegaría hasta 1974, cuando finalmente se ampliaron sus atribuciones y se le otorgó un mayor presupuesto. La participación del gobierno de la república en los asuntos turísticos pasó de ser tibia y poco eficiente a ser mucho más activa y con incidencia directa en tanto en el sector empresarial, como en los recursos que se generaban, una vez que la maquinaria turística comenzó a funcionar de forma constante. Aunque el discurso acerca del trabajo conjunto permaneció a lo largo de

---

<sup>113</sup> “Turismo”, p. 9. El FOGATUR, orientaría sus actividades: al estudio del desarrollo de nuevos centros turísticos y al fomento de los que ya existían; al estímulo de la afluencia turística nacional y extranjera, en coordinación con los organismos estatales y las empresas privadas; y al fomento y desarrollo de las empresas o actividades turísticas, así como de las vinculadas con ellas auxiliándolas económicamente. Contaba con una aportación inicial hecha por el gobierno federal de cincuenta millones de pesos, así como asignaciones anuales provenientes del presupuesto de egresos de la federación. “Impulso a la industria del turismo”, *Excelsior*, (11 abr. 1957).

<sup>114</sup> “Turismo”, p. 9.

nuestro período de estudio, poco a poco se fue dejando un poco de lado y a finales de los años sesenta parecía que sector oficial y privado eran actores con áreas de acción mucho más definidas que no se estorbaban pero que tampoco cooperaban mucho entre sí.

*Gobierno o sector privado: ¿De dónde saldrán los dineros?*

El problema del financiamiento se presentó desde los primeros momentos en que se pensó en la importancia de construir infraestructura turística en general y hotelera en particular. El discurso sobre los beneficios del turismo y su importancia para equilibrar la balanza de pagos era bien conocido, sin embargo ¿de dónde obtener los recursos para habilitar toda la serie de servicios necesarios para recibir a los turistas? Sin ello, no se podía pensar en atraer a un gran número de visitantes que pudiera activar los beneficios de la industria turística para el país.

A principios de nuestro período de estudio, es decir, a finales de la década de los treinta, era claro que el dinero para construir infraestructura turística debía provenir de la iniciativa privada. Sin embargo, desde su difícil posición, el gobierno trató de presentar propuestas o iniciativas tendientes a fomentar la inversión en el desarrollo turístico y en la construcción de hoteles, así como para ayudar a los empresarios a conseguir recursos para emprender esta ardua tarea. La mejor forma que encontró el gobierno para canalizar la necesidades de dinero para crear infraestructura, fue la creación de bancos.

El primero que encontramos durante nuestro período de estudio, dedicado exclusivamente a ayudar a los empresarios hoteleros fue el creado por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas, que llevaría por nombre Crédito Hotelero de México, el cual buscaba fomentar la construcción de hoteles y edificios de alojamientos en general, en la proporción y condiciones necesarias para ofrecer a los turistas nacionales y extranjeros las comodidades que merecían.<sup>115</sup>

A pesar de que la iniciativa provino del presidente y de que aparentemente era un banco creado por el gobierno, en realidad se convirtió en una concesión que el entonces secretario de hacienda Eduardo Suárez otorgó a Luis Montes de Oca y Alfonso Cerrillo el 3 de noviembre de 1937, que llevó por nombre Crédito Hotelero de México S.A de C.V. y que contó con un capital inicial de \$300,000.00. Aunque la institución estaba destinada a promover la construcción de hoteles, también se contemplaba en un futuro, la posibilidad de apoyar la construcción de posadas o campos de turismo, balnearios, tanto marítimos como lacustres, estaciones climáticas y de aguas termales, lugares de reposo y, en general, todas aquellas construcciones que se refirieran al alojamiento en la rama del turismo.<sup>116</sup>

---

<sup>115</sup> “Se expide decreto”, *Excelsior* (4 nov. 1937).

<sup>116</sup> “El turismo va a recibir”, *El Nacional* (26 ago. 1938).

Al parecer, Crédito Hotelero funcionó por varias décadas de manera constante. En 1944, por ejemplo, encontramos una mención sobre un estudio realizado por el Lic. Alfredo B. Cuéllar, representante de Crédito Hotelero, relativo a la conveniencia de destinar capitales a la construcción de hoteles en México para así fomentar el turismo extranjero. En la nota se comenta que el Crédito Hotelero tenía invertidos \$9,000,000.00 de pesos en hoteles, pero que aún así, la demanda de hoteles distaba mucho de ser satisfecha.<sup>117</sup>

A pesar de los intentos que se hicieron para que el financiamiento fuera menos problemático y los hoteles se construyeran más rápidamente, a principios de los años cuarenta parecía que todavía hacían falta habitaciones para recibir a los visitantes extranjeros.<sup>118</sup> De esta forma, Alejandro Buelna, encargado del Consejo Nacional de Turismo, la dependencia que se ocupaba de esta actividad y que, como vimos, dependía de la Secretaría de Gobernación, propuso que las acciones de promoción del país en el exterior fueran a la par de la construcción de hoteles y establecimientos que garantizaran al visitante una grata estancia en México.

La parte central de esta propuesta, que también involucraba a la Secretaría de Hacienda, era la de crear un Banco Refaccionario de Hoteles, la cual ya estaba siendo estudiada pero de la que no se había rendido dictamen aún. En aquel momento, ésta se consideraba una “brillante solución” al problema de la falta de alojamientos, gracias al financiamiento de negociaciones interesadas en construir hoteles en la capital del país.<sup>119</sup>

Una vez más, la solución parecía ser un órgano que otorgara créditos a quienes quisieran construir algún hotel. Sin embargo, la idea de la creación de organismos de esta naturaleza no fue propia del gobierno. Los empresarios en sus múltiples peticiones a los organismos dependientes de la Secretaría de Gobernación a mediados de los años cincuenta solicitaron la creación de una nueva institución formada por miembros del gabinete presidencial y el cual debía ser dotado de los medios necesarios para contar con un patrimonio y un fondo mancomunado. Éste sería aportado, por un lado, por el gobierno “mediante los elementos y fondos necesarios, así como el disfrute de los productos y tasas fiscales que [...] pueda originar” y, por otro lado, obvia y nuevamente, por la iniciativa privada “mediante las aportaciones y cuotas equitativas de las personas físicas y morales que se ocupen directamente de la industria y de las que indirectamente reciban beneficio del turismo.”<sup>120</sup>

<sup>117</sup> “Tiene la capital”, *Excélsior* (29 may. 1944).

<sup>118</sup> “El problema”, *Novedades* (12 oct. 1941).

<sup>119</sup> “El problema”, *Novedades* (12 oct. 1941).

<sup>120</sup> “Piden un organismo nuevo”, *Excélsior* (16 dic.1955).

Esta fue una de las propuestas que se quedaron en el tintero y no llegaron a realizarse, al menos en la forma en que se planteó arriba. Lo que vale la pena señalar es que el gobierno, además de tratar de construir una dependencia eficiente, como vimos en el apartado anterior, y de negociar con los miembros de la iniciativa privada, también trataba de lidiar con la falta de fondos sobre todo entre los años treinta y cuarenta. Por ello, los intentos para conseguir financiamiento no pararon y continuarían en los años posteriores.

Podemos mencionar al Patronato Nacional de Turismo, que dentro de sus actividades, contó con un espacio dedicado a estimular al establecimiento, manejo y mejora de hoteles;<sup>121</sup> el FOGATUR, que ya mencionamos, creado por decreto presidencial el 13 de diciembre de 1956, y cuyo programa de actividades planteó el desarrollo de hoteles y nuevos centros turísticos gracias a una aportación inicial hecha por el gobierno federal de \$50,000,000.00 de pesos;<sup>122</sup> o incluso el Plan Nacional de Fomento al Turismo, igualmente señalado arriba, en el cual se pretendía modificar la legislación crediticia a fin de desviar la corriente de inversiones privadas hacia la industria hotelera, así como la desviación de recursos públicos hacia estas obras.<sup>123</sup> Sin embargo, ninguno se dirigió exclusivamente hacia este sector en particular y los recursos tenían que ser repartidos entre las demás actividades turísticas.

Las cosas mejoraron a mediados de los años sesenta, cuando el Estado ya se encontraba mucho más fortalecido en lo político y lo económico, y los dineros comenzaron a fluir con mayor facilidad. La responsabilidad de financiar proyectos de construcción hotelera ya no solamente recayó en la iniciativa privada, quien había soportado esta pesada carga desde los años treinta. Ahora existía la posibilidad real de que el Estado contribuyera con esta empresa otorgando financiamientos. Así, el Departamento de Turismo y el FOGATUR ofrecieron créditos a nombre del gobierno, los cuales se concederían con un interés no mayor al diez por ciento. Los préstamos se harían “cuidando dar protección a la industria establecida y satisfacer los requerimientos de cantidad y calidad de la misma.”<sup>124</sup>

El titular del Departamento de Turismo en aquellos años, Agustín Salvat se mostró optimista ante la nueva oleada de inversiones en el ramo, pues los hoteles no sólo se construirían en la ciudad de México, sino también en el interior del país. Además, también durante este período las asociaciones hipotecarias orientaron sus servicios hacia el ramo hotelero, por mediación del propio Salvat, para que éstas otorgaran créditos a todos aquellos que quisieran construir nuevos sitios de hospedaje.<sup>125</sup>

<sup>121</sup> “Integración del Patronato”, *El Nacional Revolucionario* (9 dic. 1940).

<sup>122</sup> “Impulso a la industria del turismo”, *Excélsior* (11 abr. 1957).

<sup>123</sup> “Plan Nacional de Turismo”, pp. 594-595.

<sup>124</sup> “Crédito oficial y privado”, *Novedades* (12 nov. 1965).

<sup>125</sup> “Las hipotecarias”, *El Nacional* (20 abr. 1967).

Aparentemente, los nuevos créditos otorgados a aquellos interesados en la construcción hotelera fueron exitosos, pues incluso en los informes presidenciales de finales de los años sesenta, se menciona la cantidad de créditos otorgados a la industria hotelera, el número de hoteles que se habían construido, y datos mucho más específicos que hicieron por primera vez su aparición en estos documentos.

Como veremos en las siguientes partes de este capítulo, el problema del financiamiento fue recurrente para los individuos que querían levantar una empresa de esta clase, sin embargo, sí podemos distinguir un cambio también en esta área. De encontrarse solos, y únicamente con la ayuda de amigos y familiares para construirla, o en todo caso, con bancos privados, se logró contar con el apoyo del Estado a través de créditos que provenían de sus propias arcas y ya no solamente de las inversiones de personas externas que en mayor o menor medida eran quienes sacaban a los hoteleros adelante.

El proceso de la intervención del Estado en la construcción hotelera a través de financiamiento siguió un camino similar al que revisamos para las dependencias oficiales encargadas del turismo, pues tardó alrededor de treinta años lograr una intervención eficiente con resultados tangibles. El discurso de apoyo a la inversión fue continuo, sin embargo, ésta fue mayoritariamente privada aproximadamente hasta la década de los sesenta. La tarea para lograr una mayor participación gubernamental no fue sencilla pues muchas de las propuestas no funcionaron o se quedaron en el aire por falta de recursos para llevarlas a cabo y mientras, la que se detenía, era la creación de infraestructura, sin embargo, este tipo de empresas continuaron construyéndose a través de la inversión pública o privada hasta lograr formar un buen bloque de hoteles destinados a recibir al gran turismo internacional.

#### *Fomento, regulación y control: la legislación*

El aspecto en el que el gobierno tuvo una intervención más clara y eficiente desde el principio de nuestro período de estudio fue la legislación. Sin duda, las leyes eran necesarias para regular e impulsar el desarrollo de la industria hotelera, sin embargo, en diversas ocasiones le proporcionó al Estado una herramienta de control sobre los empresarios y sobre los recursos que se generaban en las diversas actividades turísticas.

En esta parte nos referiremos a algunas leyes y a ciertas iniciativas que se pusieron en práctica y que tuvieron que ver de forma directa con la construcción de hoteles. Es cierto que se redactaron planes nacionales de turismo, leyes federales de turismo, leyes generales de turismo, códigos nacionales de turismo y demás, pero en éstas se prestó poca atención al sector que nos interesa. Apenas se encuentran algunas menciones que se limitan a indicar la importancia de apoyarlo o de reglamentarlo, pero nada concreto que tenga que ver con su edificación, por eso no aparecen en este recuento.

Las primeras leyes que tuvieron que ver de manera directa con la construcción hotelera datan de la década de los años treinta. Un decreto del 30 de noviembre de 1930 concedía la libre importación de materiales de construcción que tuvieran como fin construir, renovar, adaptar y decorar edificios destinados a hoteles en cualquier lugar del territorio nacional. Los materiales también incluían los que se necesitaran para los servicios sanitarios, de alumbrado, calefacción y aprovisionamiento de agua en estos edificios, así como para la tapicería y equipos de comedor con exclusión del mobiliario.<sup>126</sup>

El decreto se mantuvo allí y al parecer no tuvo gran eco, pero entre tres y cuatro años después, las leyes que tenían que ver con la construcción hotelera se ratificaron. El presidente constitucional, Abelardo L. Rodríguez lo hizo para el decreto señalado y puso en práctica otro, en diciembre de 1933 que exentaba de impuesto predial, en el Distrito Federal, por diez años a los hoteles de primera categoría que se construyeran. Sin embargo, considerando que éstas todavía eran muy limitadas y también tomando en cuenta “las necesidades de buenos alojamientos para fomento de la industria del turismo”, tuvo a bien decretar una más en la que se integró a la exención del pago del predial a aquellos edificios que sufrieran adaptaciones, reconstrucciones o mejoras, para dedicarlas a hoteles.<sup>127</sup>

Al parecer, una oleada de legislación similar se dio en otros estados de la República, como San Luis Potosí y Morelos, en donde la exención de impuestos también se contempló como un estímulo a la construcción hotelera. En San Luis Potosí se exentaba de impuestos municipales y estatales a quienes construyeran hoteles y campos de turismo. Los primeros cinco años se les exentaba totalmente, del 75% en el segundo lustro y del 50% durante los tres inmediatos siguientes. Las obras realizadas debían tener un costo mínimo de \$50,000.00 pesos y tener por lo menos cuarenta habitaciones con baño.<sup>128</sup>

En el caso de Morelos, la iniciativa provino del gobernador del estado, Elpidio Perdomo, quien prometió exención de impuestos por cuatro años y como regalo, el terreno en donde se habrían de construir hoteles y campos de turismo, a aquellos que se embarcaran en la aventura de edificar este tipo de obras. Cada campo tendría un costo de \$150,000.00 pesos y los edificios debían tener entre 75 y 100 habitaciones confortables para los visitantes.<sup>129</sup>

Después de estos intentos por fomentar la construcción a través de la legislación, no se presentaron otros de mayor importancia. Las leyes sobre hotelería quedaron integradas a los grandes corpus que englobaban a los demás rubros turísticos y no se encontraron nuevas propuestas para ayudar a los hoteleros y sus constructores a través de la exención de impuestos o algún otro mecanismo. Sin

<sup>126</sup> “Decreto”, *DOF* (1º mar. 1934), p. 2.

<sup>127</sup> “Decreto” *DOF* (29 ago. 1934) p. 1065.

<sup>128</sup> “Una franquicia”, *Excelsior* (4 jul. 1937) y “Ventajas” en *El Universal* (4 jul. 1937).

<sup>129</sup> “Exención”, *La prensa* (20 ene. 1939).

embargo, lo que sí pudimos hallar fue la necesidad creciente de lograr un control mucho más eficiente sobre los hoteles, sus dueños y los recursos que generaban.

Desde finales de los años treinta se implementaron mecanismos para registrar los establecimientos dedicados a hospedar visitantes, y para comunicar a la Secretaría de Gobernación otros detalles como el número de habitaciones con que contaban y el precio de cada una. La legislación en este sentido no fue sólo de carácter local, es decir, no se dirigió sólo al D.F. sino a los demás estados de la República, que contaban con un plazo de noventa días para informar los datos que se les precisaban.<sup>130</sup>

El asunto aquí no sólo era mantener un registro y saber los servicios con los que se contaba, tanto en la capital, como en la provincia, sino que las “autoridades respectivas” aprobaran los precios que los empresarios manejaban en sus negocios. Después de que las tarifas fueran aprobadas, éstas no podían modificarse más y de no cumplir con el procedimiento, ser harían acreedores a las correspondientes sanciones legales. A partir de aquí se iniciaría en el área legislativa, una clara tensión entre el gobierno y los empresarios que se mantendría a lo largo de nuestro período de estudio.

Escudada en la idea de que estas medidas eran lo mejor para velar por los intereses de los turistas, los cuales eran sometidos a constantes abusos por parte del sector hotelero en detrimento de un mejor desarrollo de la industria turística, la legislación para controlar los establecimientos de hospedaje permaneció y de manera paulatina se dio una intrusión casi completa del gobierno en el manejo de las tarifas hoteleras. Para 1954, por ejemplo, ya se hablaba de que éste determinaría un aumento del veinticinco por ciento en las tarifas y de que los hoteleros, además de esta disposición, también habían aceptado conceder un cinco por ciento de sus ganancias para crear un fondo económico nacional dedicado a la publicidad, propaganda y apoyo a proyectos turísticos.<sup>131</sup>

Para 1959-1960 parecía que las prácticas realizadas desde años antes iban a oficializarse a través de una nueva ley federal que hizo que los empresarios se mostraran claramente descontentos. Por el artículo número 12 se pretendía que fuera el Departamento de Turismo el que estableciera, aprobara o autorizara las tarifas de los servicios turísticos. Los representantes de los hoteleros, de restauranteros, de las agencias de viajes y de la Asociación Mexicana de Turismo elevaron sus protestas y sugirieron reformas y supresiones.<sup>132</sup>

Algunos otros artículos causaron disgusto, pero el que más les afectó fue el mencionado arriba pues, con lo que respecta a los hoteleros, consideraban que lejos de alcanzar el fin que se proponía

<sup>130</sup> “Registro”, *Excélsior* (13 sept.1937).

<sup>131</sup> “Primer gran proyecto”, *Excélsior* (19 jul. 1954).

<sup>132</sup> “Puntos de vista”, *El Nacional Revolucionario* (8 nov. 1960) e “Impugnan los grupos”, *El Universal* (8 nov. 1960).



entorpecería el desarrollo de sus negocios. La determinación de tarifas sólo podían hacerla las personas que habían realizado la inversión, es decir, aquellas con conocimientos hoteleros “que les permitieran precisar los gastos de mantenimiento y servicios necesarios a la explotación de los hoteles, lo que tienen que incluir tarifas que compensen la inversión de capital y de todas las prestaciones en que siempre incurre el inversionista.” Temían que se cometieran errores e injusticias pues no se podía tazar en forma definitiva “sin estar compenetrado de los intrincados problemas que representa la explotación de un negocio de hospedaje.”<sup>133</sup>

Para esas alturas, el gobierno se encontraba mucho más organizado en lo que respecta a la actividad turística: tenía una dependencia que funcionaba eficientemente, con áreas mucho más limitadas, con una estructura y campos de acción definidos. Los problemas de financiamiento también se sorteaban cada vez con más éxito. Como lo comentamos líneas arriba y la legislación poco a poco le otorgó un medio a través del cual incorporarse de forma mucho más definitiva al desarrollo del turismo, por eso no es extraño que la Ley Federal de Turismo que tanto disgusto generó entre los empresarios, fuera aprobada sin problemas, haciendo que esta batalla fuera ganada por el sector oficial.

De esta forma, la legislación fue un campo que ayudó a consolidar al gobierno como pieza importante de la maquinaria turística. A pesar de que lo referente a hoteles es poco y de que las disposiciones en torno a ellos se incorporaron a las grandes leyes que se redactaron sobre el tema, lo que se puede ver de una forma más clara es que le permitió al gobierno adquirir mayor control sobre los empresarios y sus actividades, los cuales eran desplazados por la creciente fuerza del Estado que intervenía cada vez más en áreas de la actividad turística.

A pesar de que en una primera lectura supondríamos que la actividad turística fue exclusiva de la iniciativa privada, en realidad podemos constatar un cambio gradual en la intervención del Estado en ella. Tanto a través de sus dependencias, como en el financiamiento y del mismo modo, en la legislación, el gobierno ganó espacios poco a poco y en un proceso que tardó alrededor de treinta años, consiguió un lugar destacado como promotor, inversionista y regulador de una actividad que parecía destinada a ser exclusiva de los particulares.

Ahora bien, mientras se llevaba a cabo este proceso en el que el Estado se posicionaba como un destacado impulsor del turismo, existieron otros actores que atendieron aquel primer llamado del gobierno, cuando éste todavía no participaba tan ampliamente, y que pedía a la iniciativa privada invertir en infraestructura turística. No sólo respondieron individuos a título personal, también

---

<sup>133</sup> “Impugnan los grupos”, *El Universal* (8 nov. 1960).

existieron otro tipo de protagonistas que vieron en la hotelería una oportunidad para diversificar sus negocios o intervenir en un área que aparentemente les reportaría múltiples beneficios.

## **2. La hotelería organizada**

La hotelería organizada nació en el papel, en los años cuarenta, de la mano de la Asociación Mexicana de Hoteles. Aunque oficialmente ésta se fundó en 1922, la voz de los hoteleros se escuchó hasta 1941, cuando se instituyó de manera oficial y tuvo presencia representativa ante los demás organismos patronales. Pero la hotelería organizada surgió también, cuando se conjugaron tres condiciones esenciales: un número suficiente de dueños y gerentes de establecimientos de hospedaje que entendieron que la labor que realizaban era especial y diferenciada de otras reconociéndose a sí mismos como hoteleros; Cuando la práctica empresarial pudo tomar distancia de la actividad gubernamental; y cuando se creó el concepto moderno de hotel.

La hotelería organizada tuvo un abanderado que la acompañó desde el nacimiento de la Asociación y durante todo nuestro período de estudio. Él fue el encargado de crear y difundir la idea del hotel y del hotelero mexicano, de dotarle de características particulares y de conseguir la unidad laboral de aquellos dedicados a la actividad del hospedaje. Este hombre, que incursionó en muchas otras actividades empresariales además de la hotelera, propagó un discurso que se arraigó fuertemente entre los hoteleros y perduraría a través de las décadas.

Antonio Ruiz Galindo, empresario veracruzano, tomó en sus manos la tarea de dar un rostro nuevo a la hotelería, la cual estaba asociada con prácticas ilícitas, corrupción y políticos adinerados, para ofrecer, ante las autoridades y público en general, una nueva en la que prevalecía la moralidad, las buenas costumbres, el trabajo arduo y cotidiano pero sobre todo, el servicio a la patria y al progreso de la nación como su motor principal, dejando de lado la idea de lucro desmedido que aparentemente abundaba en la mayoría de las empresas hoteleras.

Los hoteleros que decidieron unirse a la Asociación Mexicana de Hoteles hicieron suyo este discurso, lo adoptaron y de igual forma lo propagaron. En un principio casi todos los hoteles que la componían eran de lujo, pero con el paso del tiempo se integraron establecimientos de todos tamaños y dirigidos a todo tipo de público, con lo que el discurso llegó a otros sectores. Aunque no podemos afirmar que éste fue compartido por todos los hoteleros mexicanos, sí se puede decir que fue este sector el que negoció con el gobierno, el que aparecía en los periódicos cuando los periodistas los acusaban de abusadores, los que daban la cara cuando había problemas pero también cuando las cosas mejoraban y todo parecía felicidad.

*Antonio Ruiz Galindo y la Asociación Mexicana de Hoteles*

La historia de Antonio Ruiz Galindo es muy similar a la de los hombres que vimos en la primera parte de este capítulo. Nacido en Córdoba, Veracruz, en el Barrio de San Sebastián en 1897; criado por su madre que tenía que lavar ajeno para mantenerlo, se unió de forma rápida a las filas de la Revolución. Haber militado junto a Cándido Aguilar lo llevó al exilio en los Estados Unidos por algún tiempo y cuando regresó tuvo que buscar la forma de mantenerse y encontrar una actividad en la que desenvolverse a futuro.

De esta manera se inició en el terreno de las ventas con la empresa General Fireproofing Co., y posteriormente con la Comercial and Distributing Co. que fueron sus primeros contactos con los muebles de acero. Pero fue hasta 1929 y con la cantidad de diez mil pesos que consiguió gracias a la hipoteca de su casa habitación, que fundó Distribuidora Mexicana (DM) dedicada en ese momento a la venta de muebles de acero importado para oficinas. En 1932, acompañado de trece obreros, en un modesto taller de la calle de Gorostiza en la ciudad de México, decidió iniciar la fabricación de ese tipo de muebles en el país.<sup>134</sup>

Para iniciar con esta pequeña empresa Ruiz Galindo se puso en contacto con las personas con las que trató en su época de importador. Por desgracia, esta primera planta se quemó totalmente en 1937, pero no todo fue pérdida, pues esto le dio la oportunidad de crear una nueva en el noreste de la ciudad de México. El lugar que eligió Ruiz Galindo para instalar su nuevo “experimento industrial” se ubicó en terrenos de lo que entonces era el pueblo de San Juan de Aragón, en un área de 450 mil metros cuadrados. Fue en 1940 cuando “inauguró un provocativo ensayo revolucionario de relaciones humanas aplicado al campo del trabajo industrial, aportando para la época, criterios desusados y soluciones tachadas de escalofrantes, extravagantes y “estridentistas”.”<sup>135</sup>

En 1946 se inauguró la Ciudad Industrial DM Nacional, una vasta unidad de trabajo y habitación que tenía características muy singulares. Concebida y realizada para elevar de una manera real y efectiva el nivel de vida del trabajador, la ciudad industrial brindaba al personal, además de otras prestaciones, servicios sociales como comedores en donde se realizaban las comidas de manera gratuita y basadas en una dieta altamente nutritiva y vigilada por doctores; clínicas y servicios médicos; jardín de niños y escuela primaria, también con servicio de alimentación; escuela de capacitación técnica para trabajadores; biblioteca, mercado, gimnasio, campo deportivo y alberca; una unidad habitacional para los trabajadores y servicio de transporte.<sup>136</sup>

<sup>134</sup> ROMERO, *Un Mexicano*, p. 12.

<sup>135</sup> ROMERO, *Un Mexicano*., p. 24.

<sup>136</sup> LACORDE, “La ciudad industrial”, p. 33.

Podría considerarse que la actitud de Ruiz Galindo rayaba en el paternalismo, sin embargo, él consideraba que

el industrial en nuestra época, no sólo debe ser el creador del capital, sino que, a un tiempo debe ser organizador, un promotor del bienestar social, un líder natural de sus trabajadores para procurarles más altos niveles de vida [...] al aceptar esta responsabilidad, el industrial no debe asumir un paternalismo humillante y odioso, porque todas las ventajas a que me refiero debe buscarlas sin menoscabo de los derechos del trabajador y contando con su libre albedrío y cooperación.<sup>137</sup>

De esta manera, el veracruzano se ganó la admiración de propios y extraños, al llevar a cabo la idea de industria “modelo” que se buscaba implantar en México.

Con su ciudad industrial, Ruiz Galindo también se convirtió en uno de los primeros empresarios en realizar en México muebles de acero y de madera prefabricada para equipar las oficinas en el país. Con el tiempo ya no sólo elaboraba enseres para casas u oficinas, sino también aquellos grandes equipos que nuestros empresarios hoteleros tenían que importar generalmente de Estados Unidos porque aquí no había quien los fabricara. Ruiz Galindo tuvo el tino de elegir un nicho que no estaba desarrollado en México y esto le dio la posibilidad de entrar de manera importante en el mercado, de evitar la competencia y de innovar en muchos sentidos. El negocio resultó redondo, pues con su posterior ingreso al mundo de la hotelería, los pedidos de amigos y compañeros que instalaban hoteles estaba asegurado.

La ciudad industrial y la producción que generaba le permitió a Ruiz Galindo incursionar en otras áreas empresariales, pero ya no en la ciudad de México, pues prefirió regresar a su lugar natal y desarrollar allí diferentes industrias. De esta forma, Ruiz Galindo creó un banco regional, colaboró con el desarrollo de la industria cafetalera de Córdoba, estableció una fábrica de Cal en Orizaba, gracias a ella creó infraestructura de diverso tipo en aquellas poblaciones veracruzanas que carecían de agua potable, además de que se dedicó también a la floricultura al instalar viveros de gardenias en Fortín de las Flores, sede también de una de sus máximas obras en el ámbito empresarial y turístico: el Hotel Ruiz Galindo.

El hotel le permitió llevar a la práctica las ideas que tenía sobre la creación de nuevos núcleos de riqueza, cuyo principal objetivo sería el de transformarse en agentes activos de evolución económica y social. De esta forma, el Hotel en Fortín de las Flores, inaugurado a finales de la década de los treinta, permitió que una amplia zona veracruzana, tropical y anónima, figurara como uno de los puntos principales de atracción turística del país. También surgió un pueblo dotado de una fisonomía social

---

<sup>137</sup> RUIZ GALINDO, “La responsabilidad de los empresarios”, p. 39.

propia, cuya autonomía económica fue planteada para actuar con sentido dinámico en favor de toda la región.<sup>138</sup>

El Hotel Ruiz Galindo funcionó como un factor de renovación de la zona, y actuó como un imán en el desarrollo urbano de Córdoba. Esta ciudad, que creció sin planeación, lo hizo de manera anárquica, desplazándose incluso hacia lugares poco apropiados para la habitación humana. Pero entonces se colocó un nuevo centro de riqueza y de concentración urbana y humana, que actuó para atraer hacia esta zona una nueva vida que trajo consigo, además del equilibrio en las áreas habitables, diversos negocios que ayudaron a los pobladores y qué decir de las ganancias obtenidas gracias a los visitantes que llegaban de todas latitudes atraídos por aquella legendaria alberca llena de gardenias.

Lo que Ruiz Galindo vio y vivió en torno a la instalación del hotel en esta zona, lo motivó y trató de llevar su experiencia a otros lugares. Así, la idea que desarrolló en torno al turismo y al hotel también estaba impregnada de su experiencia en Fortín. Para el empresario el turismo era más que un simple negocio comercial, tenía una función superior al servir de motor para el desarrollo de las sociedades. La construcción de hoteles en distintas zonas del país serviría para llevar a las zonas ignoradas la “enseñanza y las palpitaciones de la vida moderna” y ayudaría de igual modo a dar a conocer a el México que casi nadie conocía promoviendo el sentimiento patrio entre los viajantes: “[...] cada nuevo hotel [...] es en nuestro país, el punto que señala el surgimiento de nuevas fuentes de actividad y de nuevos negocios; el verdadero núcleo de fortalecimiento de nuestra economía y de nuestra nacionalidad [...]”<sup>139</sup>

Por lo tanto, el hotelero tenía una “misión” que realizar. No era un simple preparador de comida y alojamientos. La hotelería, además de ser el mejor medio para dar a conocer las bellezas naturales, costumbres, cultura, historia y tradiciones de un país, podía y debía ser factor determinante en los esfuerzos generales por estrechar lazos de amistad y comprensión entre todos los pueblos. Esto, como veremos más adelante, se propagó mucho más a raíz de la Segunda Guerra Mundial, pero el discurso continuó vigente en el contexto de la Guerra Fría. El hotelero entonces era una especie de embajador de buena voluntad ante las naciones del mundo.<sup>140</sup>

Como se había comentado, en 1922 Lucas de Palacio creó la Asociación de Administradores y Propietarios de Hoteles, que puede considerarse el primer paso para lograr la unificación y antecedente de la fundación de la AMH. Sin embargo la asociación “navegó a la deriva” durante muchos años

<sup>138</sup> ROMERO, “Antonio Ruiz Galindo”, p.31.

<sup>139</sup> ROMERO, “La importancia”, p. 38 y RUIZ GALINDO, “Discurso de salutación”, p. 10 y 11.

<sup>140</sup> RUIZ GALINDO, “El hotelero de América”, p. 31.

porque nadie se tomó la molestia de protocolizarla, por lo que operó como un club de amigos “como una tertulia de compadres hoteleros pero carente de personalidad jurídica” durante catorce años.<sup>141</sup>

Fue hasta el año de 1939 cuando Ruiz Galindo se hizo cargo de la presidencia hotelera pero pasarían dos años más, hasta septiembre de 1941 para que se formalizara su creación ante el Notario Público número 37, Lic. Guillermo Haro y Cueto. Entonces los hoteleros Antonio Ruiz Galindo y Luis Osio y Torres Rivas formalizaron el Acta de la Asamblea General Ordinaria y el proyecto de estatutos de la que fue llamada Asociación Mexicana de Hoteles, cuyas primeras oficinas estuvieron localizadas en las calles de Bolívar número 25. En el despacho número 109 se reunieron los que serían considerador precursores, “hombres visionarios que merecerán siempre el respeto y admiración de todos los hoteleros de hoy en día [...]”<sup>142</sup>

Este es el momento que reconocerían los hoteleros como el del surgimiento de la hotelería organizada. Los precursores de los años treinta, que de igual forma se introdujeron a la empresa turística del alojamiento no serían tomados en cuenta como parte de la historia de la hotelería mexicana. Desde ese momento, quienes se afiliaran a la AMH serían reconocidos como profesionales de la hotelería y quienes no se integraran a sus filas dejarían de ser “verdaderos hoteleros”. De esta manera, nombres totalmente nuevos y un tanto desconocidos comenzarían a figurar como los integrantes del gremio hotelero mexicano. Personajes como Antonio Ruiz Galindo, Luis Osio y Torres Rivas, Mario Araiza, Pedro Gorozpe, Oscar Schowb y Lucas de Palacio, éste último considerado el padre de la hotelería mexicana por haber fundado la AMH en 1922.

Sin embargo, muchos de estos individuos lograron su lugar como hoteleros trabajando en aquellos primeros hoteles y centros turísticos de los que hablamos en la primera parte de este capítulo. Un ejemplo interesante es el de César Gándara, dueño de hoteles en Sinaloa que en algún momento fue presidente de la AMH, y que obtuvo su primer trabajo como botones en el Hotel Casino de Agua Caliente de Abelardo Rodríguez. Conocemos también la incursión de Lucas de Palacio en el Hotel Reforma, de Alberto J. Pani y su desastrosa administración que lo llevó al borde de la desaparición. Pani también tuvo problemas con Luis Osio y Torres Rivas, quien quedó encargado de supervisar los detalles en la construcción y administración del que después sería el Hotel del Prado, y hay quien considera que el retraso de tantos años en su apertura fue en gran parte culpa de Osio.<sup>143</sup>

---

<sup>141</sup> ROMERO, *Un Mexicano de tiempo completo*. p. 33.

<sup>142</sup> TORRUCO MARQUÉS, *La Asociación Mexicana de Hoteles y Moteles*, pp. 57 y 58.

<sup>143</sup> OBREGÓN SANTACILIA, *Historia folletinesca del Hotel del Prado*. En cada capítulo de este libro aparece algún reclamo o algún comentario sobre la torpeza, incapacidad y prepotencia del hotelero.

De esta manera, se borraron ciertos nombres y aparecieron otros. Con el tiempo éstos se afianzaron en el imaginario de los empresarios como los “fundadores” de la hotelería mexicana, y así permanecen hasta el día de hoy. No por esto podemos descalificar su trabajo y su discurso. De una u otra manera, todos estuvieron ligados al negocio de la hotelería y pusieron su grano de arena para que ésta dejara de ser considerada una actividad ligada más al entretenimiento que a las ramas industriales. Además, le dieron forma a la idea de hotelero y de lo que debería ser su profesión, la que hasta entonces se había considerado un trabajo menor, que implicaba además corrupción y lucro.

De esta manera, Antonio Ruiz Galindo y su equipo de hoteleros que formaron aquel primer Consejo Directivo,<sup>144</sup> fijaron como los objetivos principales de la agrupación reunir hoteles, agrupaciones locales y establecimientos de hospedaje en general, que estuvieran manejados sobre una base de estricta moralidad, que constituyeran una verdadera garantía para los huéspedes, estrechando las relaciones entre sus socios para conseguir el la eficiencia y el éxito de la actividad.<sup>145</sup> De igual modo, se dieron a la tarea de crear un órgano difusor de estas nuevas ideas, el cual sirvió como promotor de los conceptos de hotel y de hotelero con los que buscaban unir a todos los dedicados al manejo de sitios de hospedaje en el país. La revista se llamó *Hoteles Mexicanos* y fue fundada en 1941 por Antonio Ruiz Galindo.

En el primer número de la publicación, Ruiz Galindo explica el porqué de una revista como aquella:

Hoteles Mexicanos viene [...] a llenar una necesidad vital y que reclama urgente satisfacción; a iniciar una labor de orientación, una campaña cultural y de preparación entre el elemento hotelero; a coordinar la verdadera labor de los hoteleros mexicanos y dignificarla; a pugnar porque México cuente con escuelas para la debida preparación de los hoteleros y de esta manera con el mejor servicio y con buenos establecimientos de hospedaje, en cantidad y calidad; a estimular de esta manera las inversiones en este negocio [...]; a hacer que se reconozca que las actividades del hotelero constituyen una verdadera profesión y atraer hacia ella a los hombres más honorables y capacitados; y, en suma, a contribuir dentro de la labor de los verdaderos hoteleros mexicanos, al progreso de la patria y a su bienestar, que es la aspiración suprema de todo buen mexicano.<sup>146</sup>

De esta forma dio inicio la labor de la AMH: lograr que los hoteleros de la república se reconocieran y unieran sus voces en torno a una causa común, el desarrollo del turismo y en particular, de la hotelería, que fue considerada por los empresarios como su columna vertebral.

---

<sup>144</sup> Los miembros del que se conoce como Consejo Directivo Fundador fueron: Presidente, Antonio Ruiz Galindo; Vicepresidente, Mariano L. Araiza; Tesorero, Pedro Gorozpe; Secretario, Luis Osio y Torres Rivas; Primer Vocal, Salvador Mariscal; Segundo Vocal, Antonio Pérez O. La cuota inicial que se fijó en aquel entonces a los socios activos era de 5 pesos, cuya aportación debía hacerse de forma anual. Se pagaron 11.50 pesos por derechos de registro de propiedad y 13.50 por la protocolización del acta constitutiva. TORRUCO MARQUÉS, *La Asociación Mexicana de Hoteles y Moteles*, p. 59.

<sup>145</sup> TORRUCO MARQUÉS, *La Asociación Mexicana de Hoteles y Moteles*, p. 59.

<sup>146</sup> RUIZ GALINDO, “Editorial”, p. 6.

A través de la revista *Hoteles Mexicanos*, Antonio Ruiz Galindo pudo dar a conocer su pensamiento en torno a la hotelería y a la labor de los empresarios y trató de unificar a quienes compartían la profesión hotelera con ciertos principios específicos: Espíritu nacionalista; unidad gremial; profesionalismo y dignificación moral; tecnificación de los recursos humanos; coordinación con la autoridad oficial.<sup>147</sup> Ruiz Galindo fue presidente de la AMH durante dieciocho años<sup>148</sup> y el período durante el cual no ejerció como tal, estuvo detrás de la organización siempre, dotado del distinguido cargo de presidente honorario vitalicio de la AMH. Gracias a él, acudía en representación de la asociación a reuniones internacionales, escribía notas para la revista, participaba lo mismo en reuniones que en festejos y siguió compartiendo con todos sus colegas de la organización hasta el día de su muerte el 17 de enero de 1981.

Como dato adicional, su hotel en Fortín de las Flores, además de centro turístico reconocido, fue la sede de la fundación de la Asociación Interamericana de Hoteles (en adelante AIAH), que se llevó a cabo en septiembre de 1941, formada por hoteleros norteamericanos, canadienses, mexicanos y sudamericanos con la intención de dar “nuevas orientaciones de cooperación y fraternidad continentales, para obtener como resultado de ellas, los mejores frutos de buena voluntad, de comprensión, de dignificación, de amor y de fe en los destinos de los pueblos.”<sup>149</sup> Ruiz Galindo fue reconocido como miembro fundador de la organización, por lo que también se le adjudicó el término “vitalicio” a su cargo.

De esta forma, Antonio Ruiz Galindo fue presidente honorario vitalicio de la AMH; Presidente honorario vitalicio de la AIAH; representante de la AMH ante la Asociación Internacional de Hotelería (en adelante AIH); vocal del consejo de la misma; fundador de la revista *Hoteles Mexicanos*; presidente del patronato fundador de la Escuela Hotelera; además de todos los cargos que ostentó como industrial con sus empresas que no formaban parte de la actividad turística. A pesar de ello, Ruiz Galindo siempre sostuvo que él no era hotelero, mas reconoció fue haber empuñado con fuerza el timón de la Mexicana de Hoteles durante muchos años, para rescatar a la profesión hotelera de actividades ilícitas y elevarla a categoría de “profesión digna y limpia”.<sup>150</sup>

---

<sup>147</sup> ROMERO, *Un Mexicano de tiempo completo*, p. 39.

<sup>148</sup> Vale la pena mencionar que estos años de presidencia los ejerció en dos períodos, el primero, de 1939 a 1955 y un segundo de dos años entre 1966 y 1967. Su amigo y biógrafo Héctor Manuel Romero asegura que este último periodo regresó “para que, con su indisputada autoridad moral, conjurara el peligro de un cisma hotelero provocado por algunas políticas internas”. ROMERO, *Un Mexicano de tiempo completo* p. 34.

<sup>149</sup> RUIZ GALINDO, “El hotelero de América”, p. 31.

<sup>150</sup> ROMERO, “Antonio Ruiz Galindo”, p. 35.



*El hotelero a la vanguardia: los empresarios y sus hoteles como agentes de cambio y modernidad*

Durante el período estudiado (1937-1968) se propagó una idea del hotel y del hotelero que intentó, por un lado, unir a aquellos individuos que se dedicaban a esta profesión, dotándolos de una identidad y de características propias, y por otro, presentar a la hotelería y a los que se dedicaban a ella frente a dos sectores específicos: las autoridades gubernamentales y el público que habría de utilizar los servicios que ofrecían en sus establecimientos, no sólo turistas extranjeros sino los propios mexicanos que comenzaban a interesarse por el viaje y el turismo interior. De esta forma, uno de los objetivos principales del discurso fue primero, dar a conocer la profesión y después, que se reconociera como importante y digna de respeto.

Aunque con algunas variaciones, la idea sobre el hotel y los hoteleros no tuvo grandes cambios a lo largo de esta época. Durante los primeros años se mostró mucho más a nivel teórico, exaltándose como símbolo de modernidad, progreso y civilización. Al finalizar el período, cuando la actividad turística y hotelera ya era reconocida por amplios sectores, incluyendo de forma definitiva al aparato estatal, se enfocó más que nada a señalar sus virtudes desde la perspectiva económica, así como a mostrar sus avances desde el punto de vista técnico. De esta forma, reconocimos tres aspectos constantes desde los cuales los propios empresarios exaltaron al hotel y a los hoteleros: como factor de modernidad y progreso para la nación; como vínculo entre los pueblos y como promotor de amistad y fraternidad entre ellos; como factor de importancia económica en ascenso. Las tres se vinculan estrechamente y generalmente aparecerán enlazadas.

Lo primero en el itinerario era conseguir que la hotelería fuera conocida por el público como una profesión honesta y respetable. De allí que se buscara señalarla como una labor patriótica y valiosa para nación. ¿Cómo podrían los hoteles ayudar al desarrollo del país? El hotel entonces se presentaba como una institución que contribuía al beneficio general de éste al difundir su cultura, la expresión de sus costumbres, sus tradiciones, su folklore (palabra que a parecer les gustaba mucho) y por lo tanto, los hoteleros eran forjadores de cultura y prosperidad y el mejor agente para difundir el patrimonio mexicano entre propios y extraños.<sup>151</sup>

Así, el hotelero se consideró un factor de progreso económico y de desarrollo social ya que sin buenos hoteles y sin un buen servicio no podía existir el turismo, estimado como una fuente fecunda de intercambio comercial y cultural, por consiguiente, de bienestar general en la vida moderna. De esta manera, el hotel moderno era un factor de civilización, una especie de escuela práctica de nuevos métodos de vida, de confort e higiene que tanto necesitaba el país, además de un centro de intercambio

---

<sup>151</sup> “Editorial” 1, pp. 5-6.

y divulgación de la cultura.<sup>152</sup> La idea entonces no sólo era construir hoteles en distintos lugares de la república y, obviamente en la ciudad de México, lo que se tenía que hacer era edificar “hoteles modernos”.

De esta manera, el que un hotel se considerara moderno dependía, sobre todo, de los servicios que ofrecía y de la comodidad que podía brindar a su clientela. Muchas veces, esto se encontraba directamente relacionado con los avances tecnológicos que se estaban llevando a cabo y que daban ese toque de innovación y de aires futuristas que llamaban tanto la atención, como era el caso de la calefacción o del aire acondicionado, el radio, la iluminación o el alfombrado. También incluían otro tipo de detalles que en los mesones y posadas del siglo XIX y hoteles de principios del XX generalmente no eran tomados en cuenta, como la limpieza de los baños y demás áreas de habitación o la calidad y pureza de los alimentos.

Construir hoteles modernos significaba entonces llevar la modernidad a distintas regiones del país era “llevar a esas zonas ignoradas las enseñanzas y las palpitaciones” de un estilo de vida diferente. También se debían construir nuevos hoteles para enseñar a la población a viajar porque había muchísimos lugares del país que no eran conocidos ni visitados por la población mexicana, lo cual representaba un inconveniente grave para el progreso de México y para la consolidación de la nacionalidad “una condición que nos falta para avivar el sentimiento patrio que debe unir a todos los mexicanos, si queremos hacer de nuestro país una patria grande y fuerte.”<sup>153</sup>

De esta manera, si los hoteles eran un factor de primera importancia para el progreso económico y cultural de las naciones modernas, la actividad del verdadero hotelero era de gran responsabilidad y trascendencia. Los verdaderos hoteleros eran los llamados a fomentar las relaciones amistosas y de negocios entre los pueblos, facilitando el conocimiento de los recursos de cada país; estimulaban el gusto por los viajes, creando comprensión y entendimiento, generaban la posibilidad de nuevos negocios y la creación de nuevas fuentes de trabajo, con lo cual producía mayor bienestar y riqueza para la población.<sup>154</sup>

El hotel también se convirtió en un centro promotor de actividades económicas y de desarrollo social, por lo tanto, rebasaba el simple calificativo de negocio. Aunque había algunos que se manejaban en términos rigurosamente comerciales, “el resto [...] no son en sentido estricto un negocio; [...] la mayor parte de ellos han considerado la inversión, no como una operación mercantil, sino como una forma de contribuir al mejoramiento de su región, y a través de cada región, al progreso general de

---

<sup>152</sup> RUIZ GALINDO, “Discurso de salutación”, p. 10.

<sup>153</sup> RUIZ GALINDO, “Discurso de salutación p. 11.

<sup>154</sup> RUIZ GALINDO, “La campaña moralizadora”, p. 5.

México.” Los empresarios en esta etapa consideraban que su labor iba más allá de la de un inversionista que arriesgaba su dinero en un negocio que le reeditaría ganancias personales de manera inmediata. El ingreso sería a largo plazo a través del progreso nacional.<sup>155</sup>

Se advierte en el discurso de los hoteleros de esta época, la necesidad de que se le equiparara con los demás empresarios del país. La idea de la industrialización y la modernización de México a través de la creación de industrias de toda índole a durante y después de la Segunda Guerra Mundial los llevó a incluir como parte de su identidad el considerarse parte de las fuerzas constructivas de la nación. Es probable que en este afán, se forjara la idea de considerar al turismo como la “industria sin chimeneas”, mote que permanecería para la actividad entre los hoteleros hasta la década de los sesenta. De esta forma, la hotelería era una industria porque transformaba mercancías en servicios para ofrecerlas o venderlas al público.

Resulta interesante, por ejemplo, que se considerara que el futuro de las ciudades modernas estaba en la creación de fábricas y de hoteles. Ambos funcionarían como centros de atracción para la creación de otro tipo de negocios e industrias, de fuentes de empleo y por lo tanto de desarrollo de ciudades civilizadas: “Es la construcción de las fábricas, de muchas fábricas que necesitamos levantar en la capital y fuera de la capital, la que señalará la transformación de las condiciones de vida de nuestra población y el progreso de México [...] por las razones que indico he considerado en el primer plano de las construcciones necesarias en México, la de la fábrica” El Hotel, por su parte, fomentaría el aprovechamiento de recursos naturales inexplorados, crearían mayor riqueza y contribuirían a levantar el nivel de vida de la población mexicana: “Se ve en esta forma que el hotel es el elemento esencial en la formación de los nuevos centros de población que se crearán [...]”<sup>156</sup>

Esta idea se retomaría, tiempo después para referirse a la hotelería como un “fenómeno típicamente industrial”. Los empresarios habían logrado que ésta se considerara una profesión, pero el estatus de industria no se había aceptado del todo. Cuando las relaciones entre los hoteleros y el gobierno mejoraron, con el sexenio de Adolfo López Mateos, la hotelería recibió su “carta de ciudadanía industrial”: “El Estado, a través del director general de turismo Don Gustavo Ortíz Hernán ha puesto en manos del hotelerismo organizado de México la responsabilidad —y el privilegio— de crear la estructura nacional a través de la cual el turismo podrá operar con auténtico carácter de industria.” Los hoteleros reaccionaron con entusiasmo ante la noticia de que finalmente se les ponía al

<sup>155</sup> RUIZ GALINDO, “Los grandes problemas hoteleros”, pp. 13-14.

<sup>156</sup> RUIZ GALINDO, “La fábrica y el hotel”, p. 8.

nivel de las otras industrias y por lo tanto seguirían colaborando para que el turismo adquiriera una fisonomía industrial mucho más definida.<sup>157</sup>

Ahora bien, los hoteles confortables eran inherentes a las ciudades modernas. No podía pensarse una ciudad de vanguardia y a la altura de las grandes capitales del mundo sin hoteles. Los establecimientos adquirirían un carácter universal, era un lugar abierto a todas las nacionalidades, a todas las corrientes de pensamiento, a las creencias y al intercambio de ideas e inquietudes entre quienes los utilizaban. Por lo mismo, los hoteles eran un lazo de unión entre los pueblos “el punto en que se realiza el contacto directo entre los habitantes de cada país con los de los países vecinos o amigos, el sitio en que las culturas y las idiosincrasias; el modo de ser y el modo de expresarse, de unos y de otros pueblos, se ponen en relación y en que, por lo tanto, se inicia la comprensión, la amistad y la cooperación entre los hombres y las naciones.”<sup>158</sup>

El discurso del hotelero como agente diplomático se arraigó con más fuerza en el imaginario una vez terminada la Segunda Guerra Mundial. Después del conflicto internacional, se tenían que sanar las heridas nacionales, pacificar a los pueblos para que regresaran a sus actividades y las sociedades dejaran atrás la amarga experiencia. Era responsabilidad del hotelero ayudar a que el tránsito hacia la “normalidad” se hiciera más rápido y fácil. En el caso mexicano, el hotelero también estaba encargado de la recuperación nacional: el hotelero y el hotel tendrían una acción constructiva por la importancia de su actividad para el bienestar de la población mexicana. Estaba en las manos del hotelero ayudar a desarrollar el turismo de una manera más eficiente para que esto se tradujera en ganancias para ellos como empresarios, pero también para la economía general del país que tendría que retomar su camino pero ahora sin la guerra como aliada.

México necesitaba “reconstruirse” y progresar, y esto sólo lo podían lograr los propios mexicanos:

[...] la mayor parte de los hoteleros mexicanos, ciertamente son hombres de recto criterio y de ideas claras y progresistas, e igualmente, de amplia visión en el campo de los negocios y en el campo de las relaciones sociales, en los que el hotel es factor de la mayor importancia [...]. Deben poner inmediatamente en acción la iniciativa y el esfuerzo propios [...] porque sólo de esta manera responderán en forma debida y eficaz a las necesidades del país.<sup>159</sup>

El hotelero adquiere de esta forma una misión: buscar la completa realización de los ideales y el destino de los pueblos; la esperanza y el porvenir se encontraban en la unión de los americanos pues con estos países se compartían instituciones, principios de libertad e incluso, problemas.

<sup>157</sup> “La actividad hotelera mexicana”, p. 13.

<sup>158</sup> RUIZ GALINDO, “Desarrollo de la actividad” p. 15.

<sup>159</sup> RUIZ GALINDO, “La acción”, pp. 5-6.

Durante nuestro período de estudio fue fácil que el discurso sobre la importancia del hotel para la unión de los pueblos se mantuviera por tiempo indefinido debido primero a la Segunda Guerra Mundial pero también gracias a las circunstancias de tensión vividas por la llamada Guerra Fría y por las políticas estadounidenses en torno a las relaciones exteriores. Los hoteleros adaptaron el discurso dependiendo de las circunstancias y agregaron los preceptos de trabajar por la paz y la amistad de las naciones, así como por la edificación de la solidaridad internacional. Así, según los empresarios, el turismo y la hotelería constituían un laboratorio de amistad internacional: “[...] el turismo vertebrado, nutrido por la hotelería concebido como el instrumento más eficaz para derrotar fronteras políticas y abismos mentales; tal es en esencia la doctrina sostenida y mantenida por la AMH [...]”<sup>160</sup>

Los hoteleros, por lo tanto, continuaban siendo los promotores de intercambios humanos, llevaban el signo de la amistad en sus manos, lo cual lograba que los pueblos se conocieran mejor y tuvieran un diálogo más fructífero en busca de soluciones y relaciones a futuro: “La hotelería y el turismo suponen paz interior y tranquilidad internacional. Es un organismo que sólo puede vivir y desarrollarse dentro de un mundo en el que impere la armonía y la solidaridad humanas. Hotelería es, pues, paz; paz y amistad, de ella se nutre y a ellas propende; es su consecuencia y, a la vez, causa de esos factores.”<sup>161</sup>

El discurso hotelero también exaltó el valor de los lazos continentales. Las loas a América y los cantos a la unión volvieron a manifestarse y empaparon el discurso hotelero con motivo de la política difundida por los Estados Unidos conocida como de la Buena Vecindad: “Hotelería y americanismo son, señores, doctrinas complementarias. En la hotelería practicamos una actividad que nos coloca estratégicamente en las vértices de aquellas soluciones que puedan referirse al fecundo intercambio de corrientes humanas.”<sup>162</sup> Resulta interesante que los hoteleros hayan adoptado la idea de la hospitalidad mexicana, tan difundida también desde aquella época, para sujetar a la hotelería de ella y así supuestamente mostrar a un nivel micro, el comportamiento del pueblo mexicano ante los visitantes.

Esta idea de la diplomacia y de la amistad internacional y continental también llevó a considerar al hotel como una ventana al propio país, como un espacio en donde se mostraba de manera rápida la cultura y educación de éste: “Los que estamos familiarizados con el negocio hotelero, porque somos propietarios, gerentes o administradores de algún hotel, sabemos por propia experiencia que es el hotel el sitio privilegiado para que cada país manifieste las características de su manera de ser y para que el

---

<sup>160</sup> “Editorial” 4, p. 13.

<sup>161</sup> GÁNDARA, “Ahora o nunca...”, p. 16.

<sup>162</sup> GÁNDARA, “Mensaje”, p. 16 y 51.

extranjero conozca el grado de civilización, de cultura, de pulcritud de ese mismo país.”<sup>163</sup> Para los empresarios, lo primero que una persona conocía cuando visitaba algún lugar era el hotel. Dependiendo del trato que se diera en él y el servicio que se proporcionara, sería el juicio que se formarían de la hospitalidad y el progreso de la región visitada. De esto se desprende un valor más otorgado al hotel y por el cual se exaltaba la necesidad de personal capacitado en los sitios de alojamiento debido a su gran responsabilidad.

Como los hoteles eran para el viajero, el índice que mejor expresaba el nivel cultural y económico de un pueblo, los hoteleros por lo tanto debían mostrar valor, iniciativa, talento de organizador, cultura, vastos conocimientos y una larga experiencia en el trato con los hombres. Debía unir la capacidad de un buen economista a las virtudes de un hombre culto y la habilidad del psicólogo. Todo ello porque la misión cultural del hotelero era tan importante como su papel económico y porque además compartían una noble actividad: ofrecer a los seres fatigados que tenían necesidad de descanso, un hogar hospitalario y acogedor, un sitio en el que se sintieran abrigados y como en su propia casa.

Es por esta época, —cuando comienza a intensificarse el desarrollo del turismo como una actividad económica de importancia para el país—, en que se comienza a pensar en la hotelería como una condición para la existencia del turismo. La famosa frase “sin hoteles no hay turismo” se forjaría con la intención de dejar claro el lugar que ocupaba la actividad dentro del campo turístico, lo cual también nos indica que éste se había diversificado. Agencias de viajes, restaurantes, guías de turistas, intérpretes, todas estas nuevas labores se integraban y comenzaban a organizarse y a ganar importancia en la medida en que la actividad turística se iba afianzando y adquiriendo presencia tanto en el ámbito público como en el privado.

Ante ello, los hoteleros debían fortalecer su postura y unión frente al Estado que abría espacios para otras actividades y que, como vimos en el primer capítulo, comenzaba a regular a través de la legislación la labor y alcances de los empresarios turísticos. De allí que una vez más se tratara de resaltar la actividad hotelera como de máxima importancia: “El hotel no es simplemente el engranaje material de un edificio industrial. Nosotros consideramos al hotel como un concepto, como un fermento activo y fecundo, de desenvolvimiento económico y cultural. El hotel [...] equivale a un moderno crisol donde se funden y cristalizan la sangre y el espíritu de muchos países, de muchos credos e individuos.”<sup>164</sup>

A mediados de los años cincuenta, los hoteleros comienzan a percatarse de que su labor era reconocida, que el “hotelerismo” se consideraba una labor importante. Se había superado la etapa en la

<sup>163</sup> RUIZ GALINDO, “Los hoteles en la política de Buena Vecindad”, p. 25.

<sup>164</sup> RUIZ GALINDO, “México, sede del hotelerismo mundial”, p. 6.

cual era discriminada y se ahora se veía como una profesión social y nacionalmente útil. Sin embargo, los empresarios no quisieron conformarse con lo ganado. Para continuar en ascenso optarían ahora por el camino de la técnica y la profesionalización de su trabajo, pelearían porque sus elementos estuvieran debidamente capacitados para atender a los turistas que llegarían al país para dejar su dinero. Es en este contexto en el que nace la Escuela Hotelera, una de las instituciones por las que más batallaron pero que finalmente fue una realidad debido a la necesidad de “adiestrar” al personal tanto en la técnica de operación turística como, como en el sentido de responsabilidad que debía existir entre quienes manejaban los hoteles.<sup>165</sup>

La creación de una escuela hotelera comenzó a ser tema común de los hoteleros aproximadamente entre mediados y finales de los años cuarenta. Sin embargo, por diversas situaciones se pudo concretar hasta principios de los años cincuenta. La necesidad de una buena preparación se advertía desde estos primeros considerados “pioneros” que habían tenido que aprender en la escuela de la vida y a través de su ascenso en los distintos escalafones del sistema laboral hotelero. La experiencia adquirida era quizá mejor que cualquier escuela, sin embargo los tiempos cambiaron y ya no se podía esperar a que los hoteleros pasaran grandes temporadas en otros empleos que finalmente iban a dejar en manos de otros para dedicarse al ramo administrativo.

Hubo quienes, debido a sus posibilidades económicas y a la ayuda de otros amigos hoteleros que los impulsaban con sus recomendaciones, pudieron estudiar en sitios en el extranjero, desde hoteles hasta escuelas que ya existían sobre todo en los Estados Unidos. Pero estos casos fueron pocos y la carencia de personal capacitado era cada vez más apremiante porque los volúmenes de turismo y la creación de nuevos sitios de alojamiento también aumentaban. La fundación de la Escuela Hotelera se llevó a cabo en 1953 como una iniciativa directa de la AMH y de los hoteleros que estuvieron persiguiendo cada oportunidad de apertura que se les presentaba, quienes pidieron intervención de las autoridades, que como veremos más adelante, les dieron la espalda hasta que en un momento de mejor entendimiento con el Estado pudo finalmente constituirse. Así se definieron los objetivos de la institución: “

[...] dotar a todos sus elementos de la capacidad técnica suficiente para vigorizar nuestra profesión como país que pretende elevar su industria turística al rango de primera. [...] Al lado del paisaje y de nuestra riqueza arqueológica y arquitectónica colonial; al lado de nuestro tradicional sentido de la hospitalidad y de la variedad infinita y generosa de nuestros climas, podremos ofrecer SERVICIO que es lo primero que busca el turista.<sup>166</sup>

<sup>165</sup> RUIZ GALINDO, “Función de la Escuela Hotelera.”, p. 6.

<sup>166</sup> Las altas son del autor. RUIZ GALINDO, “Función de la Escuela Hotelera.”, p. 6.

Después de estos triunfos y al paso de los años, la intención de justificar la actividad hotelera a través del discurso y de atribuirle bondades al por mayor se fue calmando. Las preocupaciones fueron otras, se abocaron al interior del organismo, y ya no al gobierno o a la opinión pública, que fueron en un principio el motor que los hacía crear el discurso de la hotelería como industria, como herramienta diplomática, como muestra del país que se visitaba o como profesión digna y valiosa. Conforme la técnica y la profesionalización inundaron el sector hotelero, se dejó también de lado la idea de estos grandes hombres que, escalando posiciones habían llegado a la cumbre de la hotelería como dueños o como gerentes de los establecimientos. Ahora, quien quisiera ser un hotelero debía haber estudiado en México o en el extranjero y aquellos que no tenían posibilidades de hacerlo, se irían quedando con los empleos de menor “categoría”.

El discurso hotelero también cambió conforme las estructuras estatales se fortalecieron. De ser independiente y apoyado en sus propias necesidades, se transformó en una extensión más de la política gubernamental. Los últimos números que examinamos de la revista *Hoteles Mexicanos* dejaron de lado los problemas turísticos para difundir y apoyar las políticas económicas y sociales del presidente en turno. Se podría decir que los hoteleros entraron a una zona comfortable en donde sus buenas relaciones con el gobierno, la estabilidad del turismo tras la aventura olímpica mexicana y los pocos lugares que faltaban por desarrollar desde el punto de vista turístico los encaminó a formar un sector pasivo y con poca opinión. Sin embargo, para llegar a este momento tendrían que pasar una serie de sinsabores que los mantuvieron en un torbellino sobre todo en los años cuarenta y cincuenta.

No podemos dejar este apartado sin hacer una reflexión en torno a Antonio Ruiz Galindo y su aportación al discurso hotelero pues fue quien finalmente sentó sus bases y encaminó al sector hacia la unidad laboral haciendo uso de conceptos como modernidad y progreso al hablar de hotelería. Sus ideas se propagaron por el sector, pero también llegó a otros que desde afuera, observaban la manera en que el turismo y la hotelería se abrían paso por un competitivo sector industrial. Las líneas a continuación, tomadas de una conocida revista de la época nos sirven para mostrar la forma en que desde afuera se apreciaba la labor de estos empresarios:

Es el hotelero la avanzada, el punto de referencia de la industria turística. Es el hotelero el hombre que combinando el sentimiento de la belleza con el riesgo de la inversión, levanta un hospedaje bueno y seguro en los sitios apartados, bien para que se admire desde los gigantescos balcones de la naturaleza el extenderse de un valle majestuoso; bien para que los recién casados [...] acudan a las playas en busca del confortante rumbear del mar, o bien para que el hombre de negocios acuda a los puntos apartados, buscando mover los capitales, y encuentre siempre un



cómodo refugio para el estudio. [...] Y hay algo más, que es todavía mucho más importante: es el hotel el primer eslabón, la fuerza creadora del turismo [...]<sup>167</sup>

*Un camino difícil: la relación del empresariado hotelero y el Estado*

Por las características del empresariado hotelero y por la actividad turística en sí, aparentemente vana y fácil de llevar, podría pensarse que las relaciones entre los hoteleros y el gobierno siempre fueron cordiales. Sin embargo existieron matices interesantes que nos ayudan a repensar la actividad turística en el marco de un complejo proceso de estructuración estatal y de búsqueda de estabilidad política y económica que se llevó a cabo durante la década de los treinta y cuarentas.

Los empresarios crearon un discurso que les dio identidad y los unificó como grupo, con características comunes y metas compartidas para presentarse ante la institución que realmente les preocupaba y buscaban llamar la atención: el Estado. Claro que por una parte esperaban que un público mayor les prestara atención y se alojara en sus hoteles, sin embargo, sabían que debían ir de la mano del gobierno si querían que sus empresas pudieran desarrollarse sin problemas y con un futuro estable. Por otro lado, se trataba de dejar de lado la época en que los políticos eran a la vez empresarios a la caza de contratos ventajosos y favores de los amigos en el poder.

La diferenciación entre los empresarios y el grupo político no era un hecho consumado, pero el camino hacia las prácticas mucho más reguladas e independientes trataba de despejarse, razón por la cual los empresarios entraron de lleno al escenario Estatal a través de la llamada “campana de dignificación hotelera”, la cual trataba de conseguir que las palabras hotel y hotelería se separaran de ciertos valores y prácticas considerados negativos y que no concordaban con las ideas de progreso y modernidad que se propagaban también a través del discurso. El juego y las apuestas, la corrupción y los privilegios, la prostitución y las drogas formaban parte de un bagaje heredado del pasado que ya no cabía en las nuevas formas de pensar y describir actividades como turismo y hotelería.

Si el gobierno desde mediados de los años veinte había tratado de difundir las virtudes del turismo, los empresarios decidieron tomar eso como una ventaja y actuar en consecuencia. Si el gobierno en aquellos primeros años de nuestro período de estudio no tenía la fuerza suficiente en ningún sentido para hacerse cargo de una actividad como la turística que, a pesar de que se le auguraba un buen futuro, no constituía una prioridad para los gobiernos posrevolucionarios, los empresarios debían trabajar juntos en abrir brecha a sus respectivas actividades. El gobierno entonces delegó en la iniciativa privada la responsabilidad de moldear el turismo durante estos primeros años, con lo que se

---

<sup>167</sup> “A favor del turismo”, p. 85.

consiguió que las cosas comenzaran a caminar de manera separada: los gobiernos ocupándose de su reconstrucción política y económica, y los empresarios haciendo lo propio a través de sus empresas y de la creación de infraestructura.

Aparentemente las cosas marchaban bien, sin embargo, los roces comenzaron una vez que la estructura estatal empezó a acomodarse y cuando el gobierno quiso intervenir de manera más importante en la actividad turística y hotelera. De esta forma, encontramos en este período, tres puntos sobre los cuales les costó más trabajo negociar tanto a empresarios como a gobierno. El primero se refiere a las tarifas hoteleras, mecanismo que el gobierno encontró para presionar a los empresarios y mantenerlos alineados; también tenemos el problema de los créditos, asunto que resultó polémico al cuestionar la intervención del Estado en la inversión hotelera y hasta qué punto era sano que éste lo hiciera; el tercer asunto en discusión fue el de la creación de una Secretaría de Estado encargada de las actividades turísticas, petición que siempre tuvo eco entre los hoteleros pero que no pudieron ver cumplida por lo menos durante nuestro período de estudio. Por lo reducido del espacio y por la continuidad de este problema, nos enfocaremos en esta ocasión a la revisión del problema tarifario.

Los primeros golpes contra los hoteleros organizados se asestaban en las temporadas vacacionales. Ayudados de la prensa, las quejas comenzaban cuando, haciendo eco de supuestos abusos en las tarifas, los funcionarios acusaban a los empresarios de estafadores y abusivos. Entonces el medio que encontró el gobierno para poner freno a las malas prácticas de los hoteleros y sus fraudes fue controlar su regulación. Fue a finales de los años treinta que apareció en la legislación la exigencia de comunicar a la Secretaría de Gobernación las tarifas de cada establecimiento de hospedaje y a pesar de que esta medida ya era una práctica recurrente, las quejas contra los empresarios y sus precios elevados continuaban. Éstos, utilizaron su revista para defenderse y cuestionar el porqué de tantos reclamos: “Esta forma de proceder, de una completa ligereza y carente de sentido de responsabilidad, no sólo perjudica en lo personal al hotelero, haciéndolo parecer como un delincuente cuando únicamente se limita a aplicar las tarifas autorizadas, las cuales conforme a la ley no pueden aumentar ni disminuir sin incurrir en sanción, sino que perjudica también gravemente a nuestro país.”<sup>168</sup>

Los hoteleros argumentaban que las cuotas en pesos eran mínimas para los turistas extranjeros que estaban acostumbrados a pagar en dólares: “Para los turistas norteamericanos resulta verdaderamente una bagatela pagar en nuestros principales hoteles treinta pesos (6 dólares) por el mismo servicio que en los Estados Unidos les cuesta 20 dólares y esta es una de las razones por las cuales no viene todavía a México el turismo más importante.” Las cuotas en México eran bajas si se

---

<sup>168</sup> “La dignificación del hotelero”, p. 5.

comparaban con las que se pagaban en Estados Unidos y resultaban irrisorias al calcularse en dólares. Esto hacía pensar al turista de “primera calidad” que todos los hoteles mexicanos eran de ínfima categoría. Se necesitaba entonces que las cuotas concordaran con las inversiones y con los gastos que demandaba un servicio hotelero de primera calidad.<sup>169</sup>

Para los hoteleros en esos momentos, existían dos enemigos: la incompreensión de los funcionarios que deberían estimular los esfuerzos de los hoteleros para mejorar las condiciones de vida de México y que, en cambio, sólo ponían trabas y, el otro, un complejo de inferioridad que se había creado en los hoteleros desde las primeras épocas de su labor. Ambos factores actuaban para que la cuestión de las tarifas fuera un lastre que impedía el desenvolvimiento del turismo como era deseable. El gobierno aprobaba las tarifas y quienes recibían los reclamos eran los empresarios que consideraban que su labor se veía entorpecida y difamada por personajes que no sabían de qué se trataba el negocio hotelero.

De esta manera transcurrían las cosas, parecían que estaban calmadas pero durante la primera convención nacional hotelera que se llevó a cabo a finales de 1942, Francisco Doria Paz, representante del Secretario de Gobernación que, por supuesto, no asistió al evento, dijo en su discurso el día de la inauguración:

[...] quiero ofrecerles la colaboración más dedicada del gobierno de la ciudad de México y del gobierno federal a través de la Secretaría de Gobernación y de los demás organismos oficiales hacia los resultados de esta convención [...] por lo tanto, tengan ustedes en sus trabajos el estímulo que significa la seguridad de que el gobierno apoyará las decisiones de ustedes y hará cuanto esté de su parte por el sostenimiento y engrandecimiento de una industria que tanto ha prestigiado a México [...]<sup>170</sup>

A pesar de la aparente cooperación y apoyo de gobierno federal y local, los problemas por las tarifas excesivas continuaron. Los hoteleros debían justificar otra vez su trabajo y su postura ante la nueva oleada de quejas que involucraron una vez más a la prensa, a los funcionarios y a un público que elevaba su descontento a través de éstos. Como el ataque era continuo, sobre todo en periodos de descanso laboral, los hoteleros decidieron ofrecer una solución al respecto: el establecimiento de vacaciones escalonadas. La idea era que se dejara de lado el sistema de una o dos temporadas vacacionales para distribuir las a lo largo del año, procedimiento que se aplicaría tanto a los empleados públicos como a los particulares. Las aglomeraciones que se llevaban a cabo durante las vacaciones, tanto en los transportes como en los sitios de hospedaje y en los lugares de interés para el visitante eran perjudiciales en muchos sentidos: escasez de artículos de consumo indispensable, elevación de los

<sup>169</sup> “La dignificación del hotelero”, p. 6.

<sup>170</sup> “Los hoteles de primera”, p. 6.

precios y otros inconvenientes que impedían que los visitantes disfrutaran su viaje. Para los empresarios esto se resolvería si se establecía el sistema de vacaciones escalonadas.<sup>171</sup>

Ante la propuesta, el tema de las tarifas salió a relucir. Los hoteleros se justificaban:

Aun cuando los hoteles procuran en general conservar sus tarifas normales y dar a su clientela los artículos de primera calidad que acostumbran evitando así censuras que resultan en perjuicio de su prestigio, esto lo hacen con verdadero sacrificio de los beneficios a que tienen perfecto derecho. Este esfuerzo de los hoteles debe ser debidamente apreciado por el público, la prensa y los funcionarios, quienes, en correspondencia, es preciso que estimulen a los hoteles con su simpatía y su cooperación, ayudándolos en lo que está de su parte a resolver el problema de manera equitativa para todos los interesados y la benéfica colectividad.<sup>172</sup>

Se encontraban entre la espada y la pared, si respetaban las tarifas perdían ganancias y si no las respetaban se ganaban el desprestigio y la fama de estafadores.

Al parecer, las gestiones para que las vacaciones se establecieran de manera escalonada iban por buen camino. Mientras se organizaba el proceso por completo, el Departamento de Turismo, a través de su jefe Alejandro Buelna, y los hoteleros acordaron disminuir un 20% los precios de alojamiento siempre que se tratara de grupos organizados.<sup>173</sup> El discurso de cooperación entre el sector oficial y la iniciativa privada continuaba pero la cuestión de las cuotas no se resolvía y el asunto de las vacaciones escalonadas parecía estar suspendido. Sin embargo, llegaron noticias. El jefe del Departamento de Turismo, Alejandro Buelna, decidió establecer un sistema de clasificación para los hoteles, de lo cual dependerían las tarifas. Ante la propuesta de Buelna, los hoteleros decidieron organizar una comisión que la estudiara.<sup>174</sup>

A pesar de ello, la solución consensuada no llegó. Fue la Secretaría de Gobernación a través del Departamento de Turismo la que decidió fijar las tarifas dejando de lado la opinión de los hoteleros. Para la que el asunto no sonara tan excluyente, se invitó a los empresarios para ser consultores de las dudas que pudieran surgir al equipo de funcionarios encargados de la maniobra. Ante la medida tomada, los hoteleros decidieron que la convención nacional del año 1944 tendría como uno de los temas principales el de las tarifas y la forma en que la unión al interior de la AMH haría frente a los cambios que estaban por llegar.<sup>175</sup>

Al momento de la reunión nacional, esta vez realizada en Acapulco, Guerrero, el representante oficial, Fernando Casas Alemán, subsecretario de Gobernación, hizo un llamado a fortalecer la unidad

<sup>171</sup> “Benéfica labor de los hoteles”, p. 5.

<sup>172</sup> “Benéfica labor de los hoteles p. 24.

<sup>173</sup> “Informaciones turísticas”, p. 14.

<sup>174</sup> “Comisión para estudiar”, p. 50. La comisión estaba formada por Antonio Pérez O., Pedro Gorozpe, Francisco Adam, Eduardo de Arrigunaga, Oscar Schowb, Antonio Malo y Francisco Ahumada Jr.

<sup>175</sup> RUIZ GALINDO, “Trascendental importancia”, p. 5.

entre el sector oficial y la iniciativa privada, pidió apartar en todo instante “la más insignificante idea de hostilidad o rencor” y trabajar juntos por objetivos comunes.<sup>176</sup> Pero Antonio Ruiz Galindo, el entonces presidente de la AMH, no pudo dejar de mencionar su sentir acerca de la cuestión “tarifas”: “[...] me referiré en la parte final del presente informe, de manera especial, a un problema de capital importancia que tienen frente a sí los hoteles mexicanos, o sea, a la intervención del Estado en la fijación de sus tarifas, la cual considero que significará también un obstáculo al desarrollo de las inversiones hoteleras.” Ruiz Galindo señaló en esa ocasión la existencia de un grave problema de incomprensión por parte de las autoridades, pues si éstas percibieran la verdadera misión de los hoteles, las decisiones tomadas no serían unilaterales.<sup>177</sup>

Transcurrió un año más con las medidas decretadas por la Secretaría de Gobernación y fue hasta agosto de 1945 que se tuvieron noticias nuevamente sobre la propuesta de las vacaciones escalonadas, cuando los empresarios dieron a conocer que el presidente de la República había expedido, con fecha de 27 de agosto de 1945 un decreto que estableció entre los empleados públicos, las vacaciones escalonadas conforme a la iniciativa presentada por Antonio Ruiz Galindo. La medida evidentemente fue aplaudida por el gremio hotelero pues el decreto expedido consideraba, por un lado, los problemas que existían debido a congestionamientos en sitios de hospedaje y demás servicios utilizados por los vacacionistas; los problemas que existían en el despacho de asuntos oficiales cuando las oficinas se encontraban cerradas en esa misma temporada; y finalmente, la importancia de fomentar el turismo interior para que los habitantes tuvieran un mejor conocimiento del país “mediante el otorgamiento de períodos vacacionales más largos y escalonados”.<sup>178</sup>

Ahora sí parecía que las cosas caminaban mejor. Para la convención de 1945, el Jefe del Departamento de Turismo, Alejandro Buelna declaró que 1946 sería el año hotelero en México. Todo parecía rosa: se habían concedido las vacaciones escalonadas, sólo a empleados públicos pero era un gran avance; las relaciones con los funcionarios eran buenas, desde el presidente, el Secretario de Gobernación, el jefe del Departamento de Turismo; y finalmente, la declaración del año hotelero. Sin embargo, en el informe de ese mismo año, Antonio Ruiz Galindo no pudo dejar de mencionar el asunto de las tarifas y la intervención de las autoridades en su definición, la cual había pedido que cesara, ya que, según decía: “debemos procurar que todo lo relacionado con el turismo y los hoteles esté alejado

---

<sup>176</sup> CASAS ALEMÁN, “Misión de la industria hotelera”, p. 9.

<sup>177</sup> RUIZ GALINDO, “Los grandes problemas hoteleros”, p. 14.

<sup>178</sup> “Nota”, p. 19 y “Vacaciones”, pp. 19 y 45.

de las prácticas y vicios comunes a los medios burocráticos, que tan perjudiciales han sido al desarrollo económico y social de la nación”.<sup>179</sup>

Pedían entonces que la intervención del Estado fuera temporal y que una vez terminadas las causas que la originaron, cesara lo más pronto posible, sin que hubiera perjuicio de las medidas encaminadas a fijar equitativamente las cuotas, uniformarlas según sus categorías y observar su cumplimiento. Creían que con la puesta en práctica del decreto que preveía las vacaciones escalonadas se lograría que finalmente terminara la injerencia del Estado en asuntos que, según creían, incumbía sólo a los hoteleros. Éstos hacían llamados a su propio grupo para aplicar las tarifas aprobadas y a cobrar sus cuotas de manera honrada pues estaba en juego el prestigio del gremio y su relación con las autoridades.<sup>180</sup>

Pero los intentos no bastaron. En un banquete que ofreció la AMH del DF, Héctor Pérez Martínez, Secretario de Gobernación en esta época, del ya presidente Miguel Alemán, después de externar el típico discurso de cooperación y de la necesidad de estrechar intereses, asestó el golpe:

No niego, sino reconozco la alta calidad moral de los hoteles de la República, por eso confío en que obtendremos una cosecha fructífera con la cooperación de todos tan solo a costa de los pequeños sacrificios; existe un núcleo de hoteles cuyas tarifas están bastante elevadas; sobre esto recuerdo a ustedes que para una inversión permanente y sostenida, es mejor tener una ganancia continua aunque moderada, que no una campaña de desmedido lucro que termine con la disolución del sector al que representan.<sup>181</sup>

Un poco más adelante, el secretario continúa con su diatriba: “He hablado de sacrificios: la rebaja de tarifas que pido a ustedes como cooperación a nuestros planes, ya que muchos hoteles tienen tarifas excesivamente altas que no concuerdan con la calidad de servicios ofrecidos con los precios que los hoteles de Estados Unidos tienen, comparación que es de bastante importancia, ya que los turistas norteamericanos la establecen siempre.” El Secretario remató con: “[...] en nosotros encontrarán comprensión, respaldo, cooperación, que estamos deseando poner en práctica cuanto antes.”<sup>182</sup>

Seguramente estas declaraciones, dadas en un banquete que se suponía cordial y tranquilo, cayeron como balde de agua fría al conjunto de hoteleros que escuchaba, atento, las palabras del secretario. Llevaban aproximadamente casi ya diez años tratando de hacerse escuchar, de explicar y justificar su profesión, de entablar buenas relaciones con autoridades y gobierno, para que les jugaran de esta manera. O el secretario de gobernación de plano no tenía idea de la forma en que funcionaba el establecimiento de las cuotas en los hoteles, fue un descuido debido a la transición sexenal, o el

<sup>179</sup> RUIZ GALINDO, “Progresos y esfuerzos”, p. 11.

<sup>180</sup> RUIZ GALINDO, “La VI Convención”, p. 5.

<sup>181</sup> “Discurso pronunciado”, p. 9.

<sup>182</sup> “Discurso pronunciado” p. 36.

secretario acudió con la consigna de tranquilizar a los hoteleros que se encontraban activos, promoviendo sus asociaciones nacionales y afianzando vínculos con las internacionales.

Las tarifas en este momento debían ser aprobadas por la Secretaría, de allí que si existían abusos fuera debido a los bajo de las tarifas asignadas, que ocasionaba perjuicios al desarrollo del hotel como negocio, o por un grupo de hoteleros que aparentemente no pertenecían a la AMH con sus malas prácticas y su competencia “desleal”. Pero el discurso del secretario no llegaría solo, vendría acompañado de una serie de sanciones pecuniarias a hoteles y restaurantes que no se ajustaran a las tarifas oficiales. Según el comunicado de prensa que lo anunciaba, las autoridades del Departamento de Turismo estaban resueltas a emprender una lucha sistemática contra los abusos, y las irregularidades eran tantas que en un solo día, se aplicaban cerca de cien multas.<sup>183</sup>

Los hoteleros, con Ruiz Galindo a la cabeza, reaccionaron con pasividad. Sin reclamos al gobierno y sin externar públicamente su sentir. Acataron lo dispuesto sin hacer ningún escándalo. Hábilmente, el gobierno incluso logró que los mismos hoteleros se asumieran como responsables de la disminución de la corriente turística durante ese año, pues se difundió también por la prensa que el abuso en los precios por parte de algunos hoteles provocó que el porcentaje de visitantes a los centros turísticos fuera menor. Ruiz Galindo también exaltó los esfuerzos del gobierno, que había puesto todo de su parte para impulsar el turismo e hizo un llamado a los hoteleros para que, además de la reducción de las tarifas, mejoraran constantemente los servicios y se esmeraran en la atención a los huéspedes para que los turistas regresaran al país.<sup>184</sup>

A pesar de la calma de los empresarios, en la cabeza de Ruiz Galindo se estaba gestando otra idea para que los hoteleros lidiaran con la cuestión de las tarifas y las sanciones. Ya que la cuestión de las vacaciones escalonadas estaba completamente olvidada, se dio a la tarea de organizar la creación de una Comisión Nacional de Turismo, propuesta que elevó al presidente Alemán y que, aparentemente, recibió con agrado. La Comisión Nacional de Turismo, sería un organismo autónomo y desburocratizado cuanto fuera posible. Estaría integrado por los secretarios de Gobernación, Relaciones, Hacienda, Salubridad, Economía y Educación Pública, el Jefe del Departamento del DF y representantes de las instituciones interesadas en el turismo.<sup>185</sup>

La idea era que esta Comisión se encargara de revisar y aprobar, en su caso, las tarifas de hoteles, casas de huéspedes, campos de turismo, restaurantes y agencias privadas de turismo. Su actividad principal sería la de coordinar las actividades del Estado con las de los particulares mediante

---

<sup>183</sup> “Son para todos”, p. 18.

<sup>184</sup> RUIZ GALINDO, “Cooperación de los hoteles”, p. 9 y RUIZ GALINDO, “Medidas y acción”, p. 7.

<sup>185</sup> RUIZ GALINDO, “Estudio metódico”, p. 10.

un organismo: “[...] se trata, en suma, de elevar el turismo a un plano superior, de acuerdo con la importancia nacional que el Estado le reconoce, y en perfecto acuerdo con los puntos de vista que ha sostenido siempre [...] nuestra asociación.”<sup>186</sup> Es probable que Ruiz Galindo pensara que con una Comisión de este tipo, estaría más nivelada la decisión en torno a las tarifas y no sería sólo el gobierno y burócratas tomando decisiones que le competían a los empresarios y a quienes realmente conocían el negocio de la hotelería.<sup>187</sup>

Pero el gobierno haría otras jugadas. Para que los hoteleros aceptaran con resignación que él fuera quien estableciera las tarifas, el presidente de la República acordó dar una importante cooperación económica para que los hoteleros finalmente pudieran abrir la Escuela Hotelera que querían construir desde tiempo atrás. Debido a ello, los empresarios declararon: “Todos los hoteleros mexicanos y nuestra AMH debemos agradecer y sinceramente agradecemos desde la columnas de Hoteles Mexicanos, esta nueva prueba de amistad y apoyo que el Sr. Presidente de la República ha dado al elemento hotelero nacional, acto que demuestra igualmente, la clara convicción del Sr. Presidente de que los hoteles representan un factor de primera importancia en el desenvolvimiento económico y social de la nación [...]”.<sup>188</sup> Los hoteleros fueron engañados una vez más, la Escuela Hotelera permaneció inconclusa y sólo se inauguraría hasta 1953, cuando Miguel Alemán, ya había dejado la presidencia de la República.

A pesar de todo, la cabeza hotelera no perdía los ánimos y seguía alentando a sus miembros a trabajar en los problemas que los agobiaban “en lugar de resignarse a la amargura de la inacción y la derrota”.<sup>189</sup> Ruiz Galindo proponía mejorar en todo lo posible los servicios; asegurar un trato cordial a los viajeros y turistas; y realizar una amplia, constante y bien dirigida publicidad. Además, los empresarios todavía tenían la esperanza de que la Comisión Nacional de Turismo comenzara a trabajar y que los esfuerzos realmente se coordinaran para crear finalmente una conciencia turística nacional, indispensable para que todos los sectores económicos y sociales, autoridades y público supieran el significado del turismo y su importancia.<sup>190</sup>

Pero vendría la exclusión al momento de formar la Comisión Nacional de Turismo. A pesar de que Ruiz Galindo fue quien elevó la propuesta al presidente y éste la aprobó, la AMH fue omitida y carecía de representación ante el consejo en los primeros meses de su funcionamiento. Como

<sup>186</sup> RUIZ GALINDO, “Estudio metódico”, p. 10.

<sup>187</sup> No todos los hoteleros de la AMH estuvieron de acuerdo con la propuesta de Ruiz Galindo. Algunos aseguraban que una comisión u órgano de este tipo era anticonstitucional porque restringía el régimen de libertad de comercio al que se encontraban sujetos los establecimientos de hospedaje. “Revisión de las tarifas”, p. 11.

<sup>188</sup> RUIZ GALINDO, “Dos hechos”, p. 4.

<sup>189</sup> RUIZ GALINDO, “Esfuerzos”, p. 4.

<sup>190</sup> RUIZ GALINDO, “Labor desarrollada”, p. 10.



ingenuamente consideraban que había sido un error involuntario, pedían que cuanto antes se enmendara porque el sector hotelero era uno de los más importantes para el desarrollo del turismo en el país.<sup>191</sup> Al parecer el error se corrigió y finalmente, los hoteleros participaron en la Comisión, logrando que el secretario de Gobernación Adolfo Ruiz Cortines les permitiera formular y revisar las tarifas para sus establecimientos. Para ello se creó un subcomité integrado por conocidos hoteleros miembros de la AMH.<sup>192</sup>

En tono victorioso, Ruiz Galindo anunció:

Creo, señores, que al conceder a nuestro organismo la facultad de participar en la formulación y revisión de tarifas de los hoteles, hemos recibido una muestra de confianza por la que podemos sentirnos francamente complacidos y a la que debemos hacer honor en todo momento [...] Es conveniente subrayar también que, al obtener éxito en nuestras gestiones, quedamos en condición de velar más de cerca y más eficazmente, por los intereses de todos los hoteleros que pertenecen a nuestro organismo.”<sup>193</sup>

Una vez que el asunto de quién fijaría las tarifas estuvo arreglado, lo que vendría después sería el problema de los montos.

El conflicto residía en que las tarifas debían actualizarse constantemente porque de no hacerlo así, éstas quedaban fijas provocando pérdidas en los negocios debido a los aumentos regulares en los precios de insumos y todos los productos y servicios que ofrecían. Los hoteleros se quejaban de tarifas aprobadas desde hacía muchos años que ya no coincidían con las demandas actuales y además, de que los trámites para aprobar las cuotas eran largos, tediosos, y algunos tenían esperando años a que les respondieran, pues las autoridades no daban seguimiento a sus gestiones. Debido a ello, la AMH se comprometía ahora a realizar las negociaciones necesarias para que se permitiera al negocio hotelero la aplicación de tarifas que hicieran costeable su funcionamiento, de tal manera que ni los empresarios perdieran, ni la economía del país lo hiciera, al establecer cuotas que pudieran funcionar en ambos sentidos.<sup>194</sup>

Todo esto nos hace pensar que, a pesar de que los empresarios ya tenían participación en la revisión y aprobación de las tarifas, no eran ellos los que las establecían pues de ser así, elegirían cuotas adecuadas a sus respectivos negocios e intereses y no estarían gestionando, una vez más, que la tarifas aprobadas no les perjudicaran para mantener a flote sus hoteles. Sin embargo, las cosas continuaron así, a pesar de que los hoteleros argumentaban que eran los empresarios quienes debían

---

<sup>191</sup> RUIZ GALINDO, “Importancia de la Industria Hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, Núm. 90, diciembre de 1949, p. 6.

<sup>192</sup> RUIZ GALINDO, “Marcha de la actividad hotelera”, p. 8.

<sup>193</sup> RUIZ GALINDO, “Marcha de la actividad hotelera”, p. 8.

<sup>194</sup> RUIZ GALINDO, “Informe”, p. 13.

tener absoluta libertad para prestar un servicio al público, y por lo mismo, de fijar precios razonables y justos que convinieran a ellos mismos.<sup>195</sup>

Para mediados de los años cincuenta, la cuestión de las tarifas volvería a ser tema de debate ante la devaluación de la moneda, lo que, a decir de los empresarios, representaba un problema económico de difícil solución. No sólo subían los precios de los alimentos y otros insumos, sino también se tenían que aumentar los salarios de los trabajadores, por lo que declaraban: “La solución buscada tendría que ser sobre la base de conciliar todos los intereses de manera de encontrar un beneficio colectivo y no una solución parcial al problema”, que justo era lo que se había llevado a cabo hasta ese momento, sólo respuestas temporales que se topaban nuevamente con la burocracia y la falta de información por parte de funcionarios y público en general.<sup>196</sup>

Lo que no se consideraba como una solución era fijar una tarifa standard para todos los hoteles del país, pues las circunstancias, los medios de comunicación, el tipo de clientela, la especialidad de los establecimientos y muchos otros aspectos variaban de un lugar a otro; por ello, sin caer en una fórmula de aplicación general, las autoridades de turismo y la AMH, asesoradas por los cuerpos técnicos respectivos, estudiarían las modalidades de cada región, y las peticiones sobre los aumentos de precios propuestas por los hoteleros para determinar, en cada caso, la solución adecuada, teniendo siempre en cuenta el propósito de fortalecer la industria turística, “rechazando toda petición que rebase la cordura, de lo razonable y de lo justo”.<sup>197</sup>

Finalmente, gobierno e iniciativa privada llegaron a un acuerdo. La AMH y la Dirección General de Turismo, en ese entonces la dependencia encargada de los asuntos turísticos, llevaron a cabo un convenio por el cual se establecieron las bases para fijar a las tarifas de los hoteles, pequeños aumentos que permitirían resolver parte de las elevaciones registradas en sus costos de explotación y que iría paralelo a la constitución de un fondo nacional para el fomento del turismo, el cual sería manejado por los patronatos de turismo nacional, estatales y municipales, en estrecha colaboración con la Dirección de Turismo y con las autoridades estatales y municipales. De esta manera, por primera vez en la historia se firmaba una alianza entre la iniciativa privada y el gobierno de la República, por el cual

<sup>195</sup> “México, sede de las convenciones hoteleras” p. 15.

<sup>196</sup> En esa ocasión también se comentó: “De primera intención se ha logrado armonizar los intereses del turista internacional con los intereses hoteleros, asegurando para aquel, un precio por hospedaje que le permita disfrutar el relación con el valor adquisitivo de la moneda, de un 20% sobre el que pagaba antes de la devaluación, esto es, que el mayor poder adquisitivo del dólar le permita pagar en dólares una suma menor de la que antes cubría por idénticos servicios. En el segundo caso se aceptó en forma opcional para los hoteles que así lo necesiten incrementar sus taifas con un 25% sobre los precios antes autorizados siempre y cuando, al ponerlos en práctica, sigan considerando los descuentos que habitualmente hacían a su clientela [...] y contribuir con un porcentaje permanente para la constitución de un fondo nacional de fomento del turismo que permitirá disponer de los medios económicos necesarios para hacer una gran campaña de promoción tanto en el país como en el extranjero.” “La devaluación del peso”, p. 12.

<sup>197</sup> “La devaluación del peso”, p. 13.

ambos sectores trabajarían conjuntamente para lograr una eficiente promoción publicitaria tanto en el interior como en el exterior.<sup>198</sup>

Pero las quejas del público y otra vez la intervención de la prensa llevó a un nuevo período de crisis en el que estuvo a punto de romperse el frágil equilibrio que se había logrado entre el gobierno y los empresarios sobre el asunto de las tarifas. Los hoteleros volvían a quejarse de la actitud de funcionarios que, abusando de su investidura, aprovechaban el menor motivo de desagrado por el cobro de tarifas previamente aprobadas por la Secretaría de Gobernación para denigrar a los hoteleros “haciendo publicar, en los periódicos que se presentan a ello quizá por temor a incurrir en el enojo de los mismos políticos, informaciones infundadas y pródigas en términos calumniosos y ofensivos tales como “estafas”, “abusos”, etc., etc.”<sup>199</sup>

Parecía que todo estaba como en un principio. Los hoteleros tratando de justificar su profesión y defendiéndose de ataques que recibían de la prensa, en donde se les acusaba de delincuentes cuando, según su punto de vista, lo único que hacían era aplicar las tarifas autorizadas, las cuales, según la ley, no podían aumentar ni disminuir sin incurrir en sanción. Los empresarios manifestaban que si existía algún abuso, acudieran a las autoridades correspondientes pues el fin que perseguía el departamento de turismo al aprobar las tarifas que regirían cada hotel y controlar su aplicación era precisamente el de evitar cualquier abuso y castigarlo en caso de que se cometiera.<sup>200</sup>

A partir de entonces, quien quisiera hacer un cambio en las tarifas de su hotel, tendría que recurrir al Departamento de Turismo, quien autorizaría las solicitudes de aumento después de hacer estudios económicos y auditorías previas que justificaran la procedencia o improcedencia del aumento. Para ello se recurriría a un grupo de auditores expertos que auxiliarán al departamento en esta tarea ¿en dónde quedó entonces la Comisión Nacional de Turismo y los grupos de hoteleros que ayudaban a fijar las tarifas? Qué pasó con el convenio entre gobierno e iniciativa privada? El Departamento de Turismo era la dependencia de gobernación que siempre había manejado los asuntos turísticos. Era el año 1960 y las cosas parecían estar igual que en los cuarenta en la cuestión tarifaria.<sup>201</sup>

El siguiente cambio vendría sólo unos meses después, con la expedición de la Ley Federal de Turismo, pues en uno de sus artículos se definía el procedimiento para autorizar las tarifas de los servicios turísticos. En esta ocasión, para fijar un precio justo, se tomarían en cuenta una serie de factores económicos como el tipo de inversión hecha y su monto, el costo de operación, peculiaridades

<sup>198</sup> Pérez Galaz, “La industria hotelera”, p. 18.

<sup>199</sup> RUIZ GALINDO, “La dignificación del hotelero mexicano”, p. 30.

<sup>200</sup> RUIZ GALINDO, “La dignificación del hotelero mexicano”, p. 30.

<sup>201</sup> “Autorización de tarifas”, p. 9.

ligadas a la zona, la calidad y el número de los servicios y trataría de observarse, para su autorización, la igualdad en el trato evitando toda competencia desleal o ruinosa. Los empresarios aplaudieron que se tomaran en cuenta factores que hasta entonces se habían dejado de lado y que tenían que ver más con el hotel como empresa, que estaban en un segundo plano para el gobierno, pues siempre se les pidió que redujeran al mínimo sus tarifas incluso a costa de sus ganancias y de la buena operación de sus negocios.<sup>202</sup>

La Ley Federal de Turismo fue puesta a la consideración de los hoteleros de la AMH, el senado la invitó a participar a través de algunos de sus directivos para que hicieran comentarios y dieran a conocer con detalle la opinión de la hotelería organizada. Otras asociaciones también participaron y después de haber tenido un periodo de exclusión en que se volvió a dejar de lado a los hoteleros, ahora éstos regresaban con una participación más concreta pues no se haría otra comisión formada por hoteleros, sino que en la nueva ley, sería la propia AMH la receptora de los criterios unificados y ésta quien representaría al sector hotelero entre los demás que formaban la llamada “familia turística”.

Se advertían entonces dos aspectos positivos: “el interés oficial en favor de los grupos privados, y la decisión de crear instrumentos legales que promuevan aún más la armonía oficial y privada, la hagan más ágil y productiva y permitan crear el mejor de los esfuerzos: aquel que, equilibrados, actúan Gobierno e Iniciativa Privada”.<sup>203</sup> La cuestión de las tarifas plasmada en una ley, terminaba con cerca de veinte años de pugnas entre estos dos grupos, que parecían nunca poder llegar a un acuerdo y estar siempre compitiendo: el gobierno tratando de que el funcionamiento de las actividades turísticas se regularizara pero siempre a costa de los empresarios, quienes fueron los que originalmente se arriesgaron a invertir en empresas de este giro; y los hoteleros, teniendo que agachar la cabeza y aguantar las exigencias del gobierno a costa de sus negocios.

Durante los sexenios de Adolfo López Mateos y de Gustavo Díaz Ordaz, parecería que los problemas entre los empresarios y gobierno desaparecieron. Lo que sucedió fue la consolidación del régimen presidencialista y la abrumadora fuerza del Estado que se había consolidado tras años de experimentación y de negociaciones, fallidas algunas, exitosas otras, con la iniciativa privada, que dejó el lugar de supremacía en cuanto al desarrollo de empresas turísticas para dar paso a la intervención plena del gobierno que, primero a través de una legislación que poco a poco se fue endureciendo, y después con financiamiento e inversión en porcentajes cada vez mayores, fue ganando su lugar en la promoción de aquellas.

---

<sup>202</sup> DE LA GARZA, “Main-Courante”, p. 10.

<sup>203</sup> “Editorial” 3, p. 13.

El ejemplo del problema tarifario nos muestra las idas y venidas en esta relación que parecía favorable pero que al mismo tiempo le dejó muchos sinsabores a los hoteleros. La inestabilidad de los cambios de sexenio y el desorden que venía con cada transición también se reflejó en la falta de coordinación en los planes o proyectos ideados para la organización, en este caso, del sector hotelero. Falta de comunicación entre funcionarios, medidas aceptadas que nunca se pusieron en práctica — como el caso de las vacaciones escalonadas—, consejos que se creaban pero que al momento carecían de efectividad y que desaparecían al igual que eran formados.

Resultó interesante el caso del sexenio alemanista, del que siempre se ha tenido la idea de que fue el momento en que se comenzó a desarrollar de una manera masiva el turismo. Al parecer, fue el peor momento por el que pasaron los hoteleros. Fue cuando se les pusieron más trabas, cuando se les amenazó con disolver su agrupación, cuando les prometieron abrir su escuela y se quedaron esperando, cuando no los contemplaron para un Consejo que ellos mismos habían sugerido, cuando tuvieron que aguantar que decidieran en su lugar, las tarifas que habrían de cobrar en sus negocios y cuando pasivamente esperaron y respetaron las disposiciones que venían desde arriba, donde también parecía reinar la desorganización.

El camino que recorrieron los hoteleros para lograr una relación estable con el gobierno fue complicado, sin embargo, después de años se pudieron conjugar los intereses de ambos. Pero otro fenómeno se había llevado a cabo mientras se realizaban las negociaciones entre ellos. Las formas de hacer empresa y de hacer hotelería cambiaron. El turismo se transformó de ser una actividad incipiente y experimental, en un campo de inversión atractivo para empresarios nacionales y extranjeros. La entrada de cadenas extranjeras en los años cincuenta y la proliferación de sitios de hospedaje tanto en la ciudad como en otros puntos importantes de la República, provocó una competencia mayor y la necesidad de innovar para mantener los negocios a flote.



Hotel María Isabel 1962  
([www.mariaisabelmagazine.com](http://www.mariaisabelmagazine.com))

### Capítulo 3. Invertir en el Hotel

El desarrollo de la actividad hotelera fue un proceso largo y complejo que se llevó a cabo desde distintos niveles y con muy diversos matices. Al momento en que se aprobaba legislación, se creaban dependencias oficiales o se fundaban organizaciones gremiales, también se financiaban y levantaban los edificios que harían tangible aquello que se construía en el papel y en el imaginario. Así, la inversión en hotelería fue un capítulo difícil e incluso doloroso en este complejo entramado formado por multitud de personajes y situaciones.

El objetivo de este capítulo es revisar algunos casos de inversiones en hotelería para mostrar la diversa gama de posibilidades que se dieron en el proceso de financiamiento y creación de empresas hoteleras en la ciudad de México. Para todos aquellos que decidieron emprender la aventura e introducirse a este negocio considerado nuevo, la experiencia resultó muy problemática. Algunos pudieron sortear los inconvenientes de manera más o menos fácil, sacaron adelante sus inversiones y la vivencia no resultó tan traumática, por lo que continuaron invirtiendo en el sector. Otros, en cambio, se vieron al borde de la ruina, terminaron vendiendo sus negocios o incluso, dejaron inconclusos sus proyectos hoteleros.

Los mismos casos de inversión, nos muestran también cómo se transformaron el entorno social y económico del país, la presencia gubernamental en el sector, su relación con los empresarios y, por supuesto, las formas de invertir y manejar los negocios de hospedaje. El tipo de inversión y los problemas que enfrentaron aquellos individuos que apostaron por el sector hotelero en las primeras etapas de su desarrollo, es decir, hacia finales de los años treinta, de ninguna manera fueron los mismos de aquellos que lo hicieron a mediados de los años cuarenta o a finales de los sesenta.

De esta manera, primero revisaremos el caso del Banco Nacional de México porque muestra peculiaridades interesantes. No fue un individuo o sociedad quienes participaron de la empresa, sino una institución, que invirtió también en otros rubros, que tenía diversas entidades de respaldo que podían apoyarla con fondos si algo salía mal. Desde ese punto de vista, su carácter financiero y crediticio resultó fundamental para su participación en la actividad hotelera. Otro aspecto a resaltar es que de ser un grupo totalmente ajeno a las inversiones en este rubro y con una colaboración tangencial pues sólo otorgaba préstamos a particulares interesados en él, se convirtió en uno de los más activos difusores creadores de hoteles, e impulsores del desarrollo de infraestructura no sólo en la ciudad de México sino en sitios de vital importancia turística a lo largo de la República Mexicana. El siguiente

punto a mencionar fue su relación con el gobierno, lo que le permitió desarrollar sus movimientos sin contratiempo alguno y cobijados por los favores presidenciales.

El segundo apartado revisa la experiencia de dos empresarios españoles que radicaron en la ciudad de México y que invirtieron en el sector hotelero. Los casos nos parecieron relevantes por ser ejemplos de extranjeros que utilizaron dinero mexicano para sus negocios. También porque a través de ellos se aprecian los cambios que se llevaron a cabo en el quehacer empresarial con el pasar de los años y finalmente, porque a pesar de ser historias parecidas, sus finales fueron completamente distintos en lo referente a sus negocios. Uno terminó arruinado y sin ver concluido el trabajo de décadas y el otro se levantó como brillante empresario, fundador de la primera cadena hotelera mexicana.

### **1. Atendiendo el llamado: la participación de Banamex en la inversión hotelera**

Corría el mes de agosto de 1968. La ciudad de México se movilizaba, se defendía, se agitaba... pero en un rincón aparentemente alejado de la bulla citadina y simuladamente ajena a ella, lo más selecto de la élite política y económica mexicana se encontraba reunida y convivía alegremente chocando sus copas. El motivo: la inauguración del Hotel Camino Real en la ciudad de México, el más grande, moderno y lujoso de toda América Latina.

La mesa de honor estaba encabezada por el entonces presidente del país, Gustavo Díaz Ordaz y por el Sr. Agustín Legorreta López Guerrero, presidente también, pero del Banco Nacional de México, empresa que se encontraba detrás de la construcción del nuevo edificio. Visiblemente conmovido en su discurso inaugural, Legorreta calificó al Camino Real como el resultado de una tarea patriótica y como un capítulo importante de la historia contemporánea. Al abrir sus puertas, dijo, Camino Real abría una mucho mayor hacia el mundo, el turismo, y la convivencia entre todos los hombres.

La llegada de Banamex a la hotelería no se dio de la noche a la mañana. Sus primeros acercamientos, titubeantes, al sector turístico, los dio en 1929. A partir de este momento, la actividad turística y hotelera en particular, fue una constante en la empresa que, a pesar de desarrollarse de manera lenta, lo hizo de forma segura consolidándose a finales de los años sesenta con la creación del Hotel Camino Real en la ciudad de México. Para esas alturas, ya preparaban también otra serie de aperturas en playas mexicanas como Puerto Vallarta o Ixtapa Zihuatanejo y haría otras más durante los años setenta y ochenta.

Banamex, fue una de las empresas que escucharon el discurso oficial de apoyo a la industria turística y que atendieron al llamado al momento de ser emitido; que ayudaron a financiar a los interesados en construir hoteles y a auxiliar a aquellos establecimientos que se encontraban en



problemas. Cuando se presentó la oportunidad, también decidió hacerse cargo de uno propio y después, echar a andar desde sus cimientos, una de las cadenas hoteleras más importantes de México.

Por ello, en esta sección nos dedicaremos a revisar la participación del Banco Nacional de México, como otro ejemplo de la iniciativa privada que se interesó en la construcción hotelera, pues aunque en su mayor parte la inversión en hoteles perteneció al campo privado, dentro de éste existieron diversos tipos de acercamiento. El caso de Banamex nos aproxima al de una empresa en crecimiento, que contaba con una amplia cartera de clientes, con socios estables y con una tradición y organización que databan del siglo XIX. Es probable que estas condiciones influyeran en el éxito que tuvieron al emprender el camino de la construcción hotelera.

Aunque sus acercamientos iniciales a la industria turística fueron a través de la apertura de la agencia de viajes Wagons/Lits-Cook, no nos detendremos a revisar esta caso pues consideramos que es un objeto de estudio particular que retomaremos en otro apartado de esta tesis. Por ahora basta con decir que 1929 fue el año en que la primera agencia de viajes formal abrió sus puertas en la ciudad de México gracias a la asociación de esta cadena con el Banco Nacional de México y que, con algunos cambios de domicilio, se mantuvo funcionando hasta los años ochenta, por lo que proporcionaron, por poco más de sesenta años, servicios esenciales en la actividad turística como boletos de avión, autobús y ferrocarril, reservaciones en hoteles de México y el extranjero, cheques de viajero, entre otros.

Comenzaremos entonces con la intervención de Banamex en la construcción del Hotel Reforma a mediados de los años treinta y después, del Hotel Alameda, ya por los años cincuenta y posteriormente nos referiremos a la cumbre de su participación como empresa hotelera con la inauguración del Hotel Camino Real Ciudad de México y todo lo que hubo detrás de su construcción y apertura. Esperamos con ello mostrar su actividad con lo hicimos también para el caso gubernamental revisado en la sección precedente y mostrar cómo actuó la iniciativa privada al momento de intervenir en la construcción de infraestructura hotelera en la ciudad de México.

Si el camino que siguió el gobierno para adquirir una posición importante en el turismo mexicano fue difícil, el que le tocó emprender a la iniciativa privada, en este caso, Banamex, también resultó complicado, sin embargo, contaron con aquel elemento esencial del que el gobierno carecía: dinero. La capacidad financiera de esta institución bancaria lo ayudó indudablemente a crear hoteles innovadores en muchos sentidos y aparentemente exitosos como negocio. Veremos también cómo movieron sus piezas, la forma en que sus contactos, buenas conexiones con las autoridades e incluso las relaciones familiares coincidieron para facilitar su camino hacia el éxito hotelero.

*La formación: Los hoteles Reforma y Alameda*

El primer acercamiento que tuvo el Banco Nacional de México al campo de la hotelería fue gracias al ingeniero Alberto J. Pani, personaje del que hablamos un poco con anterioridad, Secretario de Hacienda en una época, empresario en otra y promotor del turismo cuando se encontraba en cargos públicos y también después de ellos. A principios de los años treinta, Pani se encontraba libre de sus compromisos oficiales y dedicado de lleno a sus empresas particulares. Su relación con el Banco Nacional de México era personal, debido a su amistad con Agustín Legorreta García, presidente del Banco en estos años y con algunos otros funcionarios de la institución y profesional debido a otros préstamos negociados con ella para realizar sus múltiples proyectos.

Ahora bien, el 12 de noviembre de 1933 Pani fundó la empresa Edificios Modernos S.A. como parte de un plan de desarrollo turístico que contemplaba desde la creación de buenos hoteles, que según el ingeniero, no existían en la capital, hasta modernas vialidades y obras de rehabilitación de edificios que resultaran atractivos para los visitantes extranjeros. De esta manera, uno de los ejes centrales de su plan era construir un hotel “[...] que fuera capaz de elevar [...] el nivel de nuestra capital a de las capitales y grandes ciudades europeas y americanas y de atraer a los inversionistas que por falta de comodidades no nos visitaban y que eran los que más podían impulsar el adelanto económico del país.”<sup>204</sup>

Según comentó años después, Pani consideró en esos momentos que no existiría problema alguno con el financiamiento pues desde hacía tiempo, se había comprobado que el negocio hotelero era capaz de proporcionar buenas ganancias con la inversión de pequeños capitales. También, por la baja calidad de los de los hoteles que existían en ese entonces, así como por los débiles esfuerzos desplegados por sus dueños para responder a las demandas de servicio al público. Además, creyó que el hecho de que por primera vez en México una empresa privada se preocupara por responder “a las necesidades y al decoro de la ciudad y del país” sería una fuerza de atracción lo suficientemente poderosa para inversionistas de toda índole.<sup>205</sup>

Con el capital inicial de trescientos mil pesos, la empresa compró el terreno y construyó la cimentación. Después se tuvo que suscribir un aumento de capital que montó a cuatrocientos mil pesos los cuales fueron aportados por el propio ingeniero, sus hijos, y la Compañía de Petróleo El Águila, por un favor personal de su amigo John P. Body. Tiempo después vinieron otros aumentos de capital que ya no resultaron tan fáciles de satisfacer como los primeros. Los inversionistas escaseaban, a decir de Pani por la tendencia del gobierno hacia una dictadura del proletariado pues “las repetidas

<sup>204</sup> PANI, *Apuntes autobiográficos*, pp. 367 y 368.

<sup>205</sup> PANI, *Apuntes autobiográficos*, p. 368.

manifestaciones de tal tendencia y la política monetaria francamente inflacionista eran suficientes para impedir que entraran más capitales al país y para animar a los de adentro a, incorporados o no a nuestra economía, en el sólo propósito de huir.”<sup>206</sup>

Pani fracasó en sus intentos por conseguir más socios cuando quiso pasar de un capital de setecientos mil a uno de un millón de pesos y apenas pudo salir del problema gracias a la intervención de Lorenzó Cué que suscribió la mitad de la ampliación y al Banco Nacional de México, que le otorgó la otra mitad, es decir, un préstamo por ciento cincuenta mil pesos pesos a sesenta días, como consta en el libro de actas del consejo de administración número 17 que también lo registró como quirografario y cuya garantía habían sido, según el propio libro, tres mil acciones de la Colonia Industrial, S.A., otro proyecto de Pani.<sup>207</sup>

Con el dinero que se consiguió de esta transacción, se dio un fuerte empujón a la obra, lo que le hizo a Pani tener más confianza en obtener nuevos suscriptores para concluirla. Sin embargo, los capitalistas no se acercaron y al ingeniero no le quedó más camino abierto que el crédito de una institución bancaria privada. Como señalamos arriba, tenía amigos dentro del Banco y es probable que esto le ayudara a conseguir el préstamo, pues Pani explica así lo sucedido:

Me asocio con la empresa en este respecto porque hubo que suscribir solidariamente la mayor parte de las obligaciones contraídas, no pudiendo ya aumentar el capital social para terminar el edificio del Hotel Reforma, comprar sus equipos y muebles y adiestrar a su personal. Se amplió así el campo del crédito, no tanto por los efectos comerciales de semejante solidaridad, como porque muchos obligacionistas se sintieron seguramente más impulsados por motivos de amistad que de negocio.<sup>208</sup>

El 18 de noviembre de 1936 se registró nuevamente una solicitud de Pani para completar los fondos que necesitaba para proceder a la apertura del Hotel Reforma. La situación no era fácil porque estaba pendiente de liquidación el préstamo de doscientos mil pesos que se había hecho hacía algún tiempo y ahora pedía uno por cuatrocientos mil pesos “con interés del ocho por ciento anual y una participación en las utilidades que correspondería a una sociedad que se formara para contratar con Edificios Modernos, S.A., la explotación del hotel.”<sup>209</sup>

Esta participación se fijaría de común acuerdo y el plazo para la liquidación del nuevo préstamo sería de dos años. Además, se daría al Banco injerencia en la administración del hotel para que pudiera seguir el desarrollo del negocio en todos sus detalles. A pesar de la oferta, el Consejo discutió el punto y consideró que no era posible seguir aumentando las cantidades entregadas a Pani, sin embargo, el

<sup>206</sup> PANI, *Apuntes autobiográficos*, pp. 370 y 371.

<sup>207</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Número 17, 11 sept.1935, f. 131.

<sup>208</sup> PANI., *Apuntes autobiográficos*, p. 370-371.

<sup>209</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 18, 18 nov. 1936, f. 80v.

presidente que en aquellos días era todavía el Sr. Agustín Legorreta García, intervino para tratar de revertir la negativa

con el deseo de servir al señor Pani y de facilitarle que se pueda abrir el hotel cuanto antes, propuso entonces que el banco aceptara entrar en participación en la operación si encontraba a una persona que estuviera dispuesta a proporcionar \$200,000.00 pesos, de modo que la participación del banco estuviera representada por los \$200,000.00 pesos que ya tiene facilitados y los cuales serían pagaderos dentro del plazo indicado por el señor Pani.<sup>210</sup>

Como se consideró que la nueva propuesta no significaba un nuevo desembolso para el Banco, el Consejo la aprobó. Y así fue que Banamex intervino de forma directa en un negocio de hotelería por primera vez, por el deseo de auxiliar a un empresario y amigo que se encontraba en problemas.

La “combinación” como se llamó a la operación que habría de realizarse para el caso del ingeniero Pani y el Hotel Reforma, fue objeto de discusión en varias sesiones del consejo. Al parecer, Agustín Legorreta estuvo cerca del proceso y de los arreglos para llevarlo adelante, pues él mismo era el que informaba cómo iban avanzando las cosas al resto de los miembros. Al parecer, no hubo más problemas y las cantidades se entregaron al ingeniero.<sup>211</sup>

Finalmente, después de la búsqueda de socios capitalistas desde que se inició el proyecto, de convencer a inversionistas, al Banco, a los consejeros y demás transacciones que se tuvieron que realizar, el Hotel Reforma abrió sus puertas al público el 23 de diciembre de 1936. Pani recuerda con agrado el día, pero no lo hace con la misma satisfacción cuando habla de lo que vivió para lograrlo y de los resultados finales tras ésta:

Fue posible llegar a la meta a fines de 1936, es decir, tener listo el hotel para ser inaugurado. Omito el relato de las penas y desazones sufridas por ello. De tan espinoso y árido campo no pudo sacar Edificios Modernos S.A., más que una estructuración financiera desastrosamente desequilibrada: el monto total de la inversión [...] pasaba de tres veces y medial el del capital social [...] y en el enorme volumen de adeudos [...] sólo figuraba un pasivo consolidado a largo plazo [...] siendo el flotante de \$1.835,519.39, formado por obligaciones documentadas a corto plazo o exigibles a la vista.<sup>212</sup>

Pani evita narrar lo que los libros de Banamex nos contaron: esas penas y desazones fueron sufridas en los pasillos de las oficinas centrales de esa institución.

Pero la historia no termina tras la inauguración del Hotel. El Banco estaba al tanto de lo que ocurría tras la inauguración, pues en esos momentos, lo que le interesaba más era que el negocio caminara de manera adecuada para poder recuperar el dinero de los créditos lo más pronto posible. Por ello, estaba en contacto directo con la administración y se enteraban de manera oportuna de las

<sup>210</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 18, 18 nov. 1936, f.81.

<sup>211</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 18, 9 dic. 1936, fs. 87 y 87v.

<sup>212</sup> PANI, *Apuntes autobiográficos*, p. 372.

cantidades que ingresaban al Reforma. Los informes que Legorreta daba al consejo acerca de este asunto, tenían un tono bastante optimista sobre el futuro del Hotel y, claro, de los pagos al Banco. De esta forma, el Banco nombró un interventor para que controlara el movimiento de fondos, pues una vez cubiertas las cuentas correspondientes a la instalación, comenzarían a generarse reservas para cubrir el crédito del Banco.<sup>213</sup>

Las reuniones entre Legorreta y Pani para resolver los créditos y supervisar los ingresos del hotel continuaron por un año más. Al parecer a Pani no le agradó mucho la idea del interventor y pidió que lo retiraran, a lo cual se accedió siempre y cuando se pagaran con puntualidad los abonos diarios necesarios para la cubrir los adeudos. Si esto no ocurría, el interventor regresaría. Por desgracia, se presentaron dificultades, según Pani, debido a un crecimiento inmoderado de personal y gastos. Se tuvo que realizar una auditoría y gracias a ello se dieron cuenta de que no se estaba ganando tanto como el gerente del hotel decía. Banamex hizo los movimientos posibles para que la pérdida del banco fuera la menor posible y, según calculaban, llegarían a recuperar un 65 por ciento.<sup>214</sup>

De esta forma terminó el primer acercamiento del Banco Nacional de México a los hoteles. Como pudimos observar, no fue del todo exitoso, sin embargo no podemos dejar de resaltar ciertos puntos de interés. Primero que nada, la amistad entre Pani y Legorreta, lo cual le permitió al primero obtener el dinero que necesitaba para terminar de instalar su negocio. Es evidente que la cercanía entre ellos fue un factor fundamental en la relación del hotel y el Banco, pues incluso Legorreta siguió personalmente el caso y medió entre Pani y el Consejo de Administración.

El caso de Banamex y el Hotel Reforma también ilustra las dificultades que enfrentaron quienes se involucraron en el negocio hotelero. El discurso gubernamental era muy claro y parecía de lo más sencillo: la mesa estaba puesta para que todo aquel que quisiera invirtiera en el turismo. Por desgracia, la realidad resultó muy diferente. Falta de socios, necesidad de créditos bancarios, presiones hipotecarias, acreedores disgustados, socios insatisfechos y muchas deudas fue el balance de algunas de estas negociaciones que pretendían ofrecer un espacio de alojamiento para el visitante que llegara a la Ciudad de México.

El caso del Hotel Alameda, resultó muy distinto al que acabamos de revisar. La incursión de Banamex en el mundo hotelero durante los años cincuenta se ubicó dentro de la época en que la planeación ya había invadido a los sectores económicos y políticos, como vimos en el apartado anterior. Por ello, su construcción fue parte de un plan mucho más pensado y estructurado que no sólo

<sup>213</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 18, 13 ene. 1937, fs. 97v y 98.

<sup>214</sup> PANI, *Apuntes autobiográficos*, p. 374 y AHBM Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 19, 24 de ago. 1938, f. 84v.

incluía la intervención en el sector turístico, sino en otras áreas de desarrollo industrial. Desde aquella primera experiencia con el Reforma, habían pasado casi veinte años y el Banco había crecido y cambiado en muchos sentidos, al igual que el país y la industria turística que se encontraba mucho más fuerte y difundida.

De igual modo, durante este período se propagó un discurso que provenía desde los altos mandos del banco y que se distribuyó de forma descendente entre los funcionarios y los empleados en el cual se manejaron los conceptos de experiencia y tradición haciendo énfasis en su fundación desde el siglo XIX y relacionando su desarrollo con los servicios prestados a la nación. Pero a la vez, se destacaba su aspecto moderno y de avanzada en cuestiones tecnológicas, en el apoyo a la llamada industrialización del país e incluso, en la edificación y readaptación de sus oficinas, construcción de nuevas sucursales y de edificios de sus filiales.<sup>215</sup>

Los planes para comenzar la construcción del Alameda iniciaron aproximadamente en el año de 1958, como parte de un complejo de edificios que constaba de tres partes: la primera eran oficinas, la segunda, un estacionamiento para automóviles y la tercera, el hotel. Las oficinas y el estacionamiento fueron realizados desde 1956 por el renombrado arquitecto José Villagrán García y en aquella época, el hotel apenas se estaba proyectando. Debido a que en este complejo se alojó América, Compañía General de Seguros, a este centro financiero y comercial se le conoció con el nombre de Centro Inmobiliario América o Complejo de Edificios América el cual se ubicaba sobre la Avenida Juárez, en el centro de la ciudad.<sup>216</sup>

Para junio de 1958, Javier Bustos, director del Banco, informó al Consejo de Administración que ya se encontraba formado el grupo que organizaría el hotel “ubicado en la esquina norte del Edificio América”. Iniciaría con un capital de 60 millones de pesos, de los cuales ya estaban suscritos 47 millones. América, Compañía General de Seguros había tomado acciones por 18 millones y otros inversionistas completaban 29 millones. El resto del capital, es decir, 13 millones de pesos, sería ofrecido a grupos de inversionistas de la provincia. El hotel contaría con el estacionamiento de la empresa correspondiente, es decir, el que ya existía en el edificio América y se pensó en darle a la

---

<sup>215</sup> Entre los años cincuenta y sesenta, las filiales más importantes del Banco Nacional de México fueron Crédito Bursátil, S.A.; Financiadora de Ventas, S.A. (FIVE); Arrendamiento de Maquinaria y Equipo S.A. (AMESA) y América Compañía General de Seguros, S.A. “Las filiales del Banco Nacional de México” en *Noticiario Banamex*, (2 jun. 1968).

<sup>216</sup> VILLAGRÁN GARCÍA, “Centro inmobiliario América”, pp. 167-169. El arquitecto Villagrán colaboró con Banamex en el diseño y construcción de algunas de sus sucursales y lo pudimos ubicar en algunas de estas inauguraciones. Ver Revista Banamex de los años cincuenta.

organización el nombre de Hotel Alameda, una vez que se pudiera definir la posibilidad legal de usarlo. De no ser posible se le daría el nombre de Hotel Plaza-América.<sup>217</sup>

Un año después, todavía se ultimaban los detalles de la empresa. Se realizaron algunos cambios en las estipulaciones de 1958 y se le agregaron otras que ya no sólo contemplaban la construcción del edificio, sino la integración de toda la empresa hotelera. Según se explica en el informe del Consejo de Administración, Hotel Alameda, S.A., Concesionaria de Hoteles Alameda, S.A. y Operadora de Hoteles Alameda, eran sociedades que manejarían un capital de 60 millones de pesos de la siguiente manera: 30 millones por patrimonio social y 30 millones por financiamiento. La primera sociedad estaría destinada a la adquisición de inmuebles urbanos para el establecimiento de hoteles; la segunda, a la explotación de estos inmuebles; y la tercera se encargaría de administrar los que se organizaran. Consideraban que el intenso desarrollo del turismo extranjero y nacional hacía necesaria la constitución de sociedades que tendieran a resolver los problemas de alojamiento estableciendo hoteles bien equipados.<sup>218</sup>

De esta forma, el Hotel Alameda pudo ser construido entre los años de 1960 y 1961 y finalmente ser inaugurado en este último año. Para el año 1962 encontramos la última mención de este negocio en los informes del Consejo de Administración. En él se comentaba que, empeñados en su labor de promoción de empresas genuinamente mexicanas, durante ese ejercicio el Banco y su filial Crédito Bursátil habían hecho inversiones en la Cervecería Modelo, S.A., Cartuchos Deportivos de México, S.A., Química General, S.A. y en el Hotel Alameda, S.A.<sup>219</sup>

Desgraciadamente, la información sobre el Hotel Alameda se detiene en estos años. Sólo pudimos localizar algunas referencias más en los libros de actas del consejo de administración, en donde consta una serie de créditos que comienzan en mayo de 1962 y terminan en octubre de 1963. Sin embargo, el Hotel se mantuvo en funciones hasta 1985 cuando el sismo del 19 de septiembre le hizo un daño irreparable y, al igual que otros hoteles de la ciudad de México, quedó bastante dañado por el movimiento. Finalmente, la construcción, junto con el resto del Complejo de Edificios América, fue demolido para “rehabilitar” el lugar y convertirlo en lo que desde 2005 conocemos como Plaza Juárez.

El Hotel Alameda, también le proporcionó a Banamex un espacio para realizar cierto tipo de eventos como recepciones, conferencias, banquetes y otros, dándole la oportunidad de tener un lugar de sociabilidad más allá del que le proporcionaban sus oficinas centrales que era donde se realizaban, y todavía se realizan, algunas fiestas, las celebraciones de fin de año o los festejos de aniversario del

---

<sup>217</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 31, 18 jun. 1958, f. 180.

<sup>218</sup> AHBM, Informe del Consejo de Administración, 18 mar. 1959, p. 16.

<sup>219</sup> AHBM, Informe del Consejo de Administración, 28 mar. 1962, p. 18.

Banco. Además, sirvió como sitio de hospedaje para funcionarios de la institución que llegaban de oficinas y sucursales del interior de la República y para invitados internacionales.<sup>220</sup>

Así terminamos con esta etapa “formativa” del Banco en cuestiones hoteleras. Las dos experiencias fueron muy distintas —la primera como apoyo a una negociación hotelera en problemas y la segunda como un proyecto propio—, pero el interés por este tipo de negocio permaneció. El siguiente proyecto que emprenderían sería ya de una dimensión mucho mayor, que requeriría de una actuación conjunta de diversos actores, pero que además se llevó a cabo enmarcado por un contexto tal vez de oportunidad económica pero de claro conflicto social. El proyecto para construir el Hotel Camino Real comenzó a gestarse desde 1964 con miras a satisfacer la demanda de alojamiento generada por los Juegos Olímpicos que habrían de realizarse en México en 1968 y así es más o menos, que comienza una nueva historia...

#### *La consolidación: El Hotel Camino Real Ciudad de México*

Para la segunda mitad de los años sesenta, el interés del Banco Nacional de México por el turismo y la industria hotelera había crecido considerablemente. Los acercamientos de la institución incluyeron diversos estudios de tono mucho más académico y analítico que trataron de revisar el estado del turismo y de la industria hotelera en la época y que sirvieron como justificación de los negocios que se estaban preparando pero que se concretarían años después como fue el caso del Hotel Camino Real.

De esta forma, el discurso que sustentó el nuevo proyecto hotelero consideró que el factor más importante de la actividad turística era, sin duda, el ramo del hospedaje: “Si la construcción de alojamientos no va en razón directa a la cantidad y calidad de atractivos, difícilmente podrá crearse y ampliarse la demanda turística.” La preocupación se centró en el Distrito Federal, al cual se consideró el principal centro del país en todos los órdenes.<sup>221</sup>

Una vez más y continuando con la tendencia que revisamos en la primera parte de este capítulo, los estudios de Banamex consideraban como elemento esencial para lograr un desarrollo cabal del turismo la planeación. Además, siguiendo el mismo discurso, se creía el gobierno debía jugar un papel primordial, porque ciertas funciones en él eran de su responsabilidad exclusiva. Por su parte, el sector privado había respondido a los esfuerzos oficiales mediante inversiones en mejoramiento de servicios y nuevas instalaciones, sin embargo todavía había mucho por hacer.<sup>222</sup>

---

<sup>220</sup> La Revista Banamex registra algunos eventos realizados en el lugar y el hospedaje de visitantes distinguidos durante la década de los sesenta.

<sup>221</sup> “Hoteles en el Distrito Federal”, p. 6.

<sup>222</sup> “Perspectivas del turismo”, p. 14.



Se consideraba, entonces, que las perspectivas eran inmejorables, pues en 1968 México recibiría a los asistentes a los Juegos Olímpicos, por lo que el objetivo primordial era organizar y modernizar la estructura hotelera con las mejores técnicas para crear instalaciones funcionales y cómodas. Esto permitiría, por un lado tener las condiciones adecuadas para que aumentara el turismo nacional y se frenara la fuga de divisas favorecida por los gastos de los nacionales fuera del país y, por el otro, dar mayores facilidades y comodidades a los extranjeros para que permanecieran el mayor tiempo posible, aumentaran sus gastos y fortalecieran la percepción de divisas. Los nuevos hoteles que se crearan debían responder a estas necesidades. No importaba si eran lujosos o no pues las condiciones económicas de cada visitante eran diferentes: lo mismo podían provenir de la clase acomodada, que de las clases media alta y media baja. Lo que importante era que hubieran los suficientes para sostener la demanda de los visitantes.<sup>223</sup>

De esta manera, la justificación teórica y económica estaba dada, por ello, cuando se presentó la oportunidad de que el Banco participara nuevamente en un negocio hotelero, aunque de igual forma se llevaron a cabo los procedimientos comunes de propuesta, estudio, discusión y toma de decisión, todo fluyó fácilmente a pesar de que el Banco no se encontraba en las condiciones más óptimas para llevar a cabo un negocio de esta envergadura. Pero ¿cómo llegó la propuesta de construir el Hotel Camino Real Ciudad de México al Consejo de Administración del Banco Nacional de México?

El primer Hotel Camino Real se fundó en la ciudad de Guadalajara, Jalisco en 1959. Su dueño, José Brockman Obregón, ingresó en el negocio de la hotelería en la ciudad de México gracias al Hotel Ritz, ubicado en la calle de Madero, para después intervenir en otros establecimientos como el Majestic, el Francis y el De Cortés. Después de estas experiencias, el empresario pudo levantar en Guadalajara un negocio propio junto con un grupo de accionistas como Pablo y Enrique Corcuera, Guillermo Brockman, Francisco Rincón Gallardo, Pedro y Ernesto Javelly, Gonzalo Arrangoiz y Ventura del Río, empresarios de las ciudades de México y Guadalajara: el Hotel Camino Real.<sup>224</sup>

Después de esta experiencia, Brockman planteó la posibilidad de construir un hotel más grande en la ciudad de México y fue cuando se acercó a Agustín Legorreta López Guerrero, presidente del Consejo de Administración y Director General del Banco, quien aceptó la propuesta y ofreció participación accionaria a algunos clientes y socios como Gastón Azcárraga, José María Basagoite, entre otros personajes de la industria y los negocios. Sin embargo, por la magnitud del proyecto y

---

<sup>223</sup> “Deben mejorarse los servicios de turismo”, pp. 15-17.

<sup>224</sup> “Real turismo S.A de C.V”, s/p. El nombre Camino Real, al parecer causó problemas entre los socios, pero finalmente se le dejó en referencia al antiguo camino real que salía de Guadalajara y seguía su ruta a través de distintos pueblos hacia colima. Este pequeño y primer Camino Real contaba con 60 habitaciones y un espacio de estacionamiento frente a cada cuarto, es decir, era lo que conocemos ahora con el nombre de motel.

obviamente, por el monto de la inversión, el Banco condicionó el proyecto a la participación de una operadora hotelera profesional e internacional para administrar y operar el hotel.

La operadora elegida fue Western International Hotels con sede en Seattle, Washington, quien al principio no puso mucha atención a la propuesta. Su entonces presidente Edward E. Carlson pasó de manera casual por la ciudad de México en uno de sus viajes de negocios y fue cuando recordó la insistencia de los empresarios mexicanos que querían asociarse para una empresa hotelera. De los tratos y negociaciones resultó la creación de Western International Hotels, cadena a la que se agregó nuestro conocido Hotel Alameda y después el Hotel Camino Real de Guadalajara y los hoteles Majestic, Francis y De Cortés de la ciudad de México.<sup>225</sup>

Así inició todo. Cuando encontramos la primera mención de este proyecto hotelero en los libros de actas del Consejo de Administración, en agosto de 1966, ya habían pasado dos años desde que se había presentado la primera propuesta y de que ésta había comenzado a estudiarse. Fue hasta ese momento en que el proyecto se presentó ante los miembros del Consejo, a pesar de no estar del todo concluido. Sin embargo, ya se tenían ciertas cosas seguras como el número de habitaciones, que oscilaría entre las 650 y las 700, que tendría zona de estacionamiento para 600 automóviles, facilidades para banquetes con un cupo de 1,700 personas, y que también contaría con un centro comercial.<sup>226</sup>

En esta misma presentación ante los miembros del Consejo, hecha por su director, Javier Bustos, se comentaban que los estudios económicos que se habían elaborado, mostraban lo atractivo del negocio, dadas las perspectivas del turismo en México, además de que el proyecto contaba con “la decidida simpatía de nuestras autoridades, que están sumamente interesadas en ampliar y mejorar las facilidades de alojamiento y de recreo para nuestros visitantes.” Se planteaba que la inversión total requerida para llevar adelante el proyecto sería de doscientos cincuenta millones de pesos, de los cuales, cien millones se podrían obtener mediante hipoteca y el resto a través de la colocación de capital entre el público inversionista.<sup>227</sup>

De esta forma se solicitó la anuencia del Consejo para que la filial Crédito Bursátil continuara adelante con el proyecto, cuya terminación debería tener lugar en una fecha anterior a la celebración de los Juegos Olímpicos de 1968, para lo cual se requería dar inicio a las obras entre octubre y noviembre del presente año. Se tenía también la idea de hacer una presentación pública del proyecto el 19 de septiembre en el que se incluiría la exhibición de maquetas, distribución de folletos, etc. Evidentemente, los consejeros quedaron de acuerdo en la conveniencia de llevar a término esta

---

<sup>225</sup> “Real Turismo”, s/p.

<sup>226</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 40, 24 ago. 1966, f. 43.

<sup>227</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 40, 24 ago. 1966, f. 43v.

promoción y se manifestaron de acuerdo en que Crédito Bursátil procediera como lo había propuesto la dirección del Banco.<sup>228</sup>

Ahora bien, ¿por qué se eligió a la filial Crédito Bursátil para llevar adelante el proyecto? Justo el año 1966 Crédito Bursátil cumplió 30 años de servicio. Fundada en 1936 para “entrar en el campo de banca de inversión y redondear así las operaciones que realiza el Banco Nacional de México, captando los recursos en gran escala dentro del ahorro a largo plazo”, la filial fomentaba la creación de nuevas industrias y el avance de otras ya establecidas a través de aportaciones en financiamientos y mediante la colocación en el mercado de acciones y obligaciones emitidas por las empresas. Contaba con un grupo de profesionales en ingeniería, finanzas, química, economía, administración de empresas y otras ramas, que asesoraba a los clientes para un aprovechamiento óptimo de sus recursos y de los que recibía por medio del servicio.<sup>229</sup>

El año de 1966 la filial celebró su aniversario, pero también fue un año difícil para el Banco Nacional de México. Primero, fue desfavorable porque, según dijo su presidente, había muchos gastos de personal. Al parecer, la tecnificación de los servicios bancarios resultaba una opción mucho más económica que la cantidad de empleados que tenía el banco para aquellas alturas. Por otro lado, fue un período en el que se inició la reestructuración del Banco, como ellos lo definieron: “un movimiento en marcha, que abarca vitales campos de actividad, estableciendo líneas precisas y empujando hacia adelante el proceso de descentralización, a base de fórmulas claras, ágiles y prácticas. [...] en esta materia fue necesario llegar hasta los niveles de dirección” y el resto del movimiento vendría después, dentro de un programa de reestructuración general, que los habría de llevar a una reforma de fondo en sus sistemas de funcionamiento y de operación.<sup>230</sup>

De esta forma, 1967 se avecinaba con perspectivas similares a 1966. Don Agustín, con tono acongojado, apuntaba: “es mi deber ser franco con ustedes y faltaría yo a ese deber si les ocultara que sabemos que tendremos las más grandes dificultades para presentar un balance siquiera similar al de este año que finaliza.” La limitación de recursos, necesaria por razones monetarias, no les permitiría invertir lo que sería indispensable para obtener el resultado debido, por lo que apelaba al esfuerzo

<sup>228</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 40, 24 ago. 1966, fs. 43v y 44.

<sup>229</sup> “Aniversarios”, pp. 11 y 12 y “Las filiales”, *Noticiario Banamex*, (2 jun. 1968). Entre las operaciones más importantes que realizaba Crédito Bursátil estaban la emisión de bonos y certificados financieros; la aceptación de depósitos a plazo fijo en moneda nacional y en dólares; el otorgamiento de créditos, a mediano y largo plazo, a la industria, agricultura y ganadería; la transacción de valores bursátiles, la promoción, organización o transformación de toda clase de empresas o sociedades mercantiles, y la suscripción y venta de obligaciones en lo referente a interés y amortización. Al 30 de abril de 1968, sus activos sobrepasaban los 7,500 millones de pesos y tenía bonos en circulación por 4,000 millones. El festejo por el aniversario de esta filial, se llevó a cabo en el salón Romano del Hotel Alameda.

<sup>230</sup> “Palabras de don Agustín”, pp. 2-4.

conjunto y constante, a la productividad y a la vigilancia de los gastos para poder sortear las dificultades que se presentaban. A continuación, explicaba:

Casi nuestra única posibilidad de expansión, por de pronto, reside en las grandes sumas acumuladas en Crédito Bursátil y que son susceptibles de invertirse en forma más provechosa para nosotros. Lo que ustedes logren en este aspecto, nos permitirá además servir a la clientela en operaciones a plazo medio y largo, que de otro modo en el banco no podemos atender [...] y recuerden que Crédito Bursátil, FIVE, AMESA, América y todas nuestras filiales son parte de nosotros, miembros de nuestro mismo grupo. Es decir, somos los mismos. Por tanto, no apoyar a nuestras filiales equivale a negar apoyo al propio Banco Nacional de México.<sup>231</sup>

Es probable que por todas estas cuestiones, el proyecto y la construcción del hotel se manejara a través de Crédito Bursátil y a pesar de todos los problemas, los planes continuaron y de manera bastante rápida.

Así, en el Informe a la Asamblea General del marzo de 1967 se anunciaba la fundación de Camino Real, S.A., compañía que tenía como objetivo la construcción de un hotel de lujo en la ciudad de México, con una inversión de 250 millones de pesos. De su capital social, 150 millones, como mencionamos arriba, se ofrecieron al público 137.5, equivalentes al 92%. Western International Hotels, de Estados Unidos de Norteamérica, prestaría asistencia técnica para llevar a cabo el proyecto y tendría a su cargo la operación del nuevo establecimiento; a la vez, participaba con el 8% restante del capital.<sup>232</sup>

Ahora bien, ¿qué hacer con un espacio de treinta mil metros cuadrados y doscientos cincuenta millones de pesos para construir un hotel? La tarea no resultaría sencilla, por eso el Banco prefirió dejar a alguien de casa esa responsabilidad. Con buen tino, se designó al arquitecto Ricardo Legorreta Vilchis, sobrino de Agustín Legorreta López Guerrero, la coordinación de la obra, la cual resultó ser, a decir de los conocedores del tema, un trabajo sin precedentes en la arquitectura mexicana. No fue casual entonces que Ricardo Legorreta haya dado sus primeros pasos como arquitecto en el Taller de José Villagrán García, amigo de la familia, y quien, como vimos arriba, trabajó en varios proyectos para el Banco Nacional de México, lo cual también explica que Legorreta fuera socio de Villagrán entre 1955 y 1960.<sup>233</sup>

Para llevar a cabo la magna obra, Legorreta puso en práctica algunas ideas que se desarrollaban sobre la importancia del trabajo en equipo, esto es, que el arquitecto no hiciera solo toda la obra, sino que más bien fuera una especie de “director de orquesta” lo que permitiría la colaboración de otro tipo

<sup>231</sup> “Palabras de don Agustín”, p. 5. Crédito Bursátil después se convertiría en Financiera Banamex y finalmente desaparecería. Debido a estos cambios, no se conservó un corpus documental completo de esta filial, por lo que no se tienen ni los estudios ni el proyecto que se presentó del hotel en aquella época.

<sup>232</sup> AHBM, Informe de la Asamblea General Ordinaria, 15 mar. 1967, p. 18.

<sup>233</sup> NOELLE, *Arquitectos Contemporáneos*, p. 94.

de elementos que complementarían, según el tipo de obra de que se tratara, el proyecto. Con esto también se accedería a la participación de profesionistas nacionales e internacionales “haciendo a un lado un nacionalismo mal entendido y aprovechando ventajas y experiencias de otros países.”<sup>234</sup>

Se decidió entonces que el hotel fuera algo diferente a la idea que se tenía de un lugar de alojamiento característico de las grandes urbes. Hasta entonces, la idea de modernidad y también la falta de espacio habían orillado a los arquitectos a construir los hoteles hacia arriba, es decir, de manera vertical. El caso del Camino Real y sus 30,000 metros cuadrados de terreno permitieron que, en una capital de 6 millones de habitantes, con el trajín cotidiano, con problemas viales y de transporte, se contara con un espacio aparentemente apartado de todo ese bullicio: un conjunto de edificios bajos, entre jardines, patios, terrazas, albercas, canchas de tenis y que al mismo tiempo, contaba con todos aquellos servicios necesarios para el movimiento cotidiano de un hotel contemporáneo. El hotel se volvía horizontal.<sup>235</sup>

De esta forma, el Hotel Camino Real fue el resultado del trabajo conjunto de numerosos especialistas y artistas nacionales e internacionales. Mathías Goeritz y Luis Barragán fueron los consultores artísticos para exteriores y jardines. Las cimentaciones fueron diseñadas por un experto en el subsuelo, el Dr. Leonardo Zeevaert y los elementos estructurales llevados a la práctica por los arquitectos Bernardo y José Luis Calderón. Para el diseño de instalaciones, poniendo prioridad en la de aire acondicionado se contrató a la Compañía de Ingeniería Panamericana cercana a la firma norteamericana Day & Zimmerman, con lo cual se reunieron conocimientos y experiencias de ambos países.

Y finalmente, como el diseño de interiores jugaba un papel de suma importancia y el Banco deseaba para el edificio un carácter mexicano: “consideramos [...] conveniente buscar a alguien con experiencia en el uso de elementos tradicionales en un ambiente moderno sin caer en copias absurdas ni regionalismo ridículo.” Por ello se invitó a colaborar al artista norteamericano Charles Savigny con el apoyo de la firma internacional Knoll para la construcción del mobiliario. Esta compañía, a su vez, integró un equipo especializado para trabajar en el proyecto con sus expertos en diseño de interiores.<sup>236</sup>

Se tuvo que tomar en cuenta además, todo el diseño gráfico para papelería y demás artículos, uniformes y también la realización de un logotipo que quedó en manos de Lance Wyman, la misma

---

<sup>234</sup> LEGORRETA, “Un equipo internacional”, p. 194.

<sup>235</sup> LEGORRETA, “Un equipo internacional de diseño”, p. 195. De esta forma, la distribución de las habitaciones no se llevó a cabo en un bloque único, sino en distintos pabellones llamados misiones, lo que condujo a una solución horizontal en que era posible la privacidad entre jardines, patios, plazas, albercas y vegetación. “Discurso de Agustín Legorreta”, *Noticiero Banamex* (2 ago. 1968), p. 7.

<sup>236</sup> LEGORRETA, “Un equipo internacional”, p. 196.

persona que desarrolló el diseño gráfico para los Juegos Olímpicos de México 68. Y como cereza del pastel, una escultura de Alexander Calder, quien aceptó colaborar con el equipo de Legorreta en una visita que hizo a la obra, entre andamios, tabiques y tierra, obra que, por cierto tuvo que ser financiada aparte una vez aprobada la cifra por los propietarios del Hotel.<sup>237</sup>

La obra fue supervisada y visitada varias veces por los directivos del Banco y por autoridades oficiales. Una de las más recordadas fue la que se llevó a cabo en octubre de 1967 cuando acudieron al lugar el jefe del Departamento del Distrito Federal, Alfonso Corona del Rosal, el jefe del Departamento de Turismo, Agustín Salvat y el presidente del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos, el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. En nombre del Banco Nacional de México acudieron el director General, Agustín Legorreta, los directores Javier Bustos y Jesús Pérez Pavón, Juan Gómez Domínguez, director divisional y el subdirector, Armando Chávez Camacho. Por Crédito Bursátil estuvo su director general, Alberto Watty. También se presentaron los directivos del Hotel Camino Real, José Brockman, Director General de Western International Hotels; Federico Jiménez O'Farril, Director gerente y Jorge Villarreal, Jefe de Relaciones Públicas.<sup>238</sup>

El arquitecto Ricardo Legorreta fue el encargado de guiar la visita y explicar a los presentes los pormenores de la obra, los cuales quedaron maravillados al escuchar que, una vez que estuviera terminado, el hotel contaría con

720 habitaciones todas con vista al exterior, televisión, teléfono y clima artificial. Dispondrá de un estacionamiento de cuatro plantas con capacidad para 600 automóviles; 3 restaurantes con capacidad conjunta para 750 personas; un restaurante típico mexicano y otro de ambiente polinesio; un cabaret para 300 personas; 5 bares para 500 personas en conjunto; un club deportivo privado, piscinas, fuentes y una gran extensión de jardines. La superficie construida una vez terminada, abarcará 90,000 metros cuadrados.

La noticia extra era que el Hotel hospedaría al Comité Olímpico Internacional y a los invitados especiales del Comité Organizador durante la realización de los Juegos Olímpicos.<sup>239</sup>

Al parecer, la visita había sido importante para el Banco. Primero, porque los funcionarios quedaron gratamente impresionados por la magnitud y calidad de las obras que se estaban llevando a cabo en este proyecto, cosa que, además de ser una buena fuente de publicidad en momentos difíciles, también facilitaba los trámites que el Hotel tendría que emprender una vez que estuviera terminado, es decir, licencias, autorización de tarifas, etc. Además, esta difusión tanto de la institución bancaria como

---

<sup>237</sup> LEGORRETA, “Un equipo internacional”, p. 196 y LEGORRETA, “Mi breve experiencia”, p. 60.

<sup>238</sup> “El Hotel Camino Real”, p. 1.

<sup>239</sup> “El Hotel Camino Real”, pp. 1 y 7.

del proyecto sería de gran ayuda para la colocación de acciones que se estaba llevando a cabo entre el público inversionista.<sup>240</sup>

Para junio de 1968 parecía que todo estaba listo, se había nombrado a Federico Jiménez O’Farril como Director General del Hotel y se planeó la inauguración para el 25 de julio de 1968 en sus instalaciones. Y así, llegamos a aquel día en que, entre aplausos, risas y choques de copas se ofreció un banquete de 1,500 cubiertos y se escucharon las palabras de Gustavo Díaz Ordaz que propuso un brindis “por el éxito de quienes pusieron su esfuerzo denodado para construirlo, de quienes tuvieron fe en México y confianza en sus instituciones, y gracias a esa fe alcanzaron esta hermosa meta que es un magnífico, bellissimo hotel.”<sup>241</sup>

Un segundo brindis fue por el éxito de la institución, por que lograra impulsar el turismo hacia México en su doble concepción: “como un negocio que nos permite legítimamente compensar nuestra balanza de pagos [...] y una tarea más elevada: la de contribuir a que los hombres se conozcan entre sí [...] a que nos conozcan a los mexicanos y lleguen a enamorarse de México [...] y nos permitan a nosotros conocer también a los hombres de todas las latitudes, para hacer posible, y por lo menos contribuir con ese grano de arena, al entendimiento de todos los hombres que constituimos la humanidad [...]”<sup>242</sup>

Agustín Legorreta no podía quedarse atrás y cubrió en elogios al mandatario que, junto con su esposa disfrutaban del evento, e incluso llegó a mencionar que el presidente era el verdadero autor de la idea que ese día culminaba pues “fue quien nos aconsejó lanzarnos a esta tarea de aumentar la capacidad de albergues en México y fue él quien nos alentó con su estímulo y apoyo.” Consideró la obra como parte del proceso general del avance del país y que la gran empresa de paz, orden y prosperidad a la que el presidente había dedicado su vida, su capacidad de estadista y su valor de hombre, pertenecía ya al patrimonio de México. Después, agregó: “Creemos estar en lo cierto al afirmar que este sentido de la ruta nacional ha determinado que nuestra patria sea hoy más grande y

---

<sup>240</sup> AHBM, Libro de Actas del Consejo de Administración, Núm. 41, 15 nov. 1967, f. 142. Un grupo de inversionistas entrevistados por un columnista de finanzas declararon que eligieron acciones del Camino Real porque el terreno en que se levantaba el hotel se adquirió a bajo precio; porque el cálculo del rendimiento se hizo conservadoramente, sobre un setenta por ciento, contra más del noventa registrado en la capital en los hoteles de primera clase; porque la inauguración estaba planeada para mediados de 1968 y porque su cotización a la par, ofrecía perspectivas de ganancias razonables. Según el analista, estos factores influyeron de modo notable en la compra de los títulos del Camino Real. Al parecer, las acciones alcanzaron una gran diversificación pues al final, los propietarios resultaron ser aproximadamente 800 personas. “Buenas perspectivas”, p. 2 y “Discurso de Agustín Legorreta”, p. 7.

<sup>241</sup> “El nuevo hotel”, pp. 1 y 7.

<sup>242</sup> “El nuevo hotel”, p. 7.

hermosa que la que soñaron nuestro abuelos, y que si continuamos así, será todavía más grande y más hermosa la que le leguemos a nuestros nietos [...]”<sup>243</sup>

Sin embargo, el lenguaje de las cifras resultó mucho más elocuente, pues Legorreta comentó que aunque el presupuesto original había sido de doscientos ochenta y seis millones quinientos mil pesos, el costo final llegó a doscientos noventa y nueve millones ochocientos mil pesos es decir, que sufrió un aumento de 4.6% a pesar de los factores de encarecimiento. El presupuesto final contempló construcción, decoración, terrenos, mobiliario, gastos de preapertura, inventarios y fondos de caja. Legorreta también agregó a su listado de cifras los treinta mil metros cuadrados de terreno y los noventa y dos mil quinientos metros cuadrados que resultaron de construcción, así como las tres mil personas que se podían alojar en los espacios para convenciones, las seiscientas noventa y tres unidades rentables con las que contaba, los ocho elevadores públicos, las doce escaleras ordinarias y las dos eléctricas, sin olvidar los dieciocho meses que se tardaron en construirlo, por cierto, un tiempo récord del cual también se sentían muy orgullosos.<sup>244</sup>

Con este extraordinario evento, terminó la historia que comenzó en 1964 y empezaría una nueva para el negocio recién estrenado. Pero la historia hotelera de Banamex no se detendría con este proyecto. Para la segunda mitad del año 1968 ya se estaba construyendo también el Hotel Camino Real Puerto Vallarta y Holiday Inn<sup>245</sup> en Acapulco, además estaba organizando el Holiday Inn Ciudad de México, lo cual, junto con los hoteles Alameda y Camino Real Ciudad de México significaba una oferta de 2,368 cuartos y una inversión total de 610 millones de pesos, sitios que dieron empleo a aproximadamente 1,750 personas.<sup>246</sup>

Después del éxito del Hotel Camino Real Ciudad de México, se construyeron los Hoteles Camino Real Puerto Vallarta, en 1969; Chapala, en 1970; Mazatlán, en 1971; San Salvador, El Salvador, en 1972; y Cancún, en 1975. También en 1970 se adquirió otro hotel en Cabo San Lucas, Baja California Sur que fue convertido en Camino Real. Desde 1973, Banamex había adquirido la mayoría de las acciones de la cadena Western International Hotels y cambiaron el nombre de la firma a Hoteles Camino Real S.A. (HOCASA), la cual manejaba, además, los hoteles Las Brisas, en Acapulco,

---

<sup>243</sup> “El nuevo hotel”, p. 7.

<sup>244</sup> “El nuevo hotel”, p. 7.

<sup>245</sup> En el informe del año 68, se consignó que en el mes de julio y en colaboración con Holiday Inns of America, Inc., invirtieron en la promoción de un hotel de 368 cuartos en Acapulco y ofrecieron al público inversionista de México, 240,000 acciones comunes, con valor nominal de \$100.00 cada una, lo que representaba el 80% del capital social de 30 millones de pesos de Hipocampo S.A., propietaria del referido inmueble. BANCO NACIONAL DE MÉXICO, *Informe. Asamblea General Ordinaria*, pp. 16 y 17.

<sup>246</sup> “El Banco Nacional de México”, p. 2.



Camino Real Guadalajara, Camino Real Mazatlán, Camino Real Tampico, Camino Real Saltillo y el Hotel Alameda de la Ciudad de México. Para 1981 se estrenaría el Camino Real Ixtapa Zihuatanejo.<sup>247</sup>

La participación de Banamex en la industria turística y en el ramo hotelero continuaría. Lo que inició con aquellos primeros pasos titubeantes de la agencia Wagons Lits-Cook a finales de los veinte se había transformado por completo para convertir al Banco en una de las instituciones privadas que puso mayor énfasis en la promoción de actividades turísticas y, en particular, a promover el ramo hotelero. Se puede decir que el auge de esta participación comenzaría a finales de la década de los cincuenta y terminaría en los años ochenta, aunque continuaría incluso hasta nuestros días.

El Banco Nacional de México, fue parte de la iniciativa privada que respondió al llamado que pedía e incluso exigía su participación en el sector turístico y en la hotelería. Las peticiones venían de distintos lugares: de la prensa, del sector oficial, de los trabajadores de la industria. Con tino, Banamex lo atendió y, aunque al principio resultó difícil y no les fue tan bien como esperaban, con el tiempo, la experiencia, el crecimiento como Banco y el contexto nacional, les permitió construir un negocio exitoso que ha continuado hasta el siglo XXI.

Uno de los elementos que caracterizó a la empresa hotelera Banamex, fue la cuestión arquitectónica, pues logró otorgarles un sello propio, que se distinguieran de los demás y que caracterizaran al Banco, a la época e incluso a México. Y es que, en el período revisado, la arquitectura y el diseño hotelero resultaron fundamentales para llevar adelante el negocio. La relación empresario (dueño) y arquitecto fue fundamental, pues de las buenas instalaciones y servicios que ofrezca el hotel depende la afluencia de clientes, que regrese en otra ocasión y que lo recomiende a sus conocidos, haciendo que el negocio funcione de manera adecuada. De esta forma, los arquitectos no podían faltar en esta revisión que intenta presentar a los personajes principales que hicieron posible que la construcción de hoteles floreciera en la Ciudad de México.

## **2. Dos Formas de invertir en hoteles**

Ahora decidimos abordar a dos empresarios que tienen muchas cosas en común, pero que se diferenciaron en la forma ser hoteleros. Los dos fueron españoles y llegaron a México para quedarse en este país hasta su muerte. Los dos justificaron sus esfuerzos empresariales en beneficio del país que los

---

<sup>247</sup> *Camino Real, Ixtapa Zihuatanejo*, s/p y “Real Turismo”, s/p. Independientemente de los hoteles operados por la cadena HOCASA, Banamex ya tenía la mayor parte de las acciones en la Villa Vacacional Playa Blanca, en las costas de Jalisco, el cual era operado por la promotora hotelera europea Club Mediterrané y manejaba también el Holiday Inn Acapulco, propiedad de Hipocampo S.A. otra empresa de la cual el banco era accionista mayoritario. Todo esto en conjunto le daba a Banamex el control sobre un total de 3,018 habitaciones en todo el país, con un capital social de 653,510 pesos y 1,346,813 como total de activos. *Camino Real, Ixtapa Zihuatanejo*, s/p.

había acogido y de la que consideraron su patria. Los dos se dieron a la tarea de construir infraestructura hotelera para el país y se codearon con la élite política y económica de su momento. La principal diferencia entre los ellos es que uno pudo sacar adelante sus planes hoteleros convirtiéndose en el dueño de una cadena de más de 52 negocios; el otro trató de construir el hotel más grande de México, proyecto que nunca llegó a realizarse.

Las historias de estos empresarios son importantes porque ambos vivieron una época de cambio al momento de hacer negocios. Las formas de inversión, los accionistas, las compañías extranjeras en franca entrada, la intervención del Estado en las actividades turísticas e incluso las relaciones de los empresarios con la clase política eran diferentes. La forma en que pudieron adaptarse a estos cambios fue lo que determinó el éxito de uno y el fracaso de otro. Manuel Suárez llegó a México en 1911, cuando el movimiento armado ya había comenzado. César Balsa llegó en 1948, gracias a la iniciativa de Suárez que lo contrató para dirigir sus restaurantes. Las distintas generaciones, los momentos en que arribaron al país, la edad, las relaciones que supieron establecer con su equipo de trabajo, todas estas cuestiones influyeron en su manera de hacer hotelería.

Aunque Suárez se había encargado de otros hoteles a lo largo de su carrera empresarial, el que él pensaba que lo consagraría como hotelero, su gran obra, el Hotel de México, comenzaría a proyectarse a finales de los años cincuenta, cuando tenía alrededor de 64 años. Para 1987, cuando contaba con 91 años, el hotel todavía no terminaba de construirse. César Balsa inició sus propios negocios en 1952 y para 1963, aproximadamente diez años después de su inicio, contaba con lo que se dio por llamar un imperio hotelero que incluía, además de establecimientos de hospedaje, restaurantes, bares, centros nocturnos, cafeterías, etc. Por eso consideramos que ambos trabajos se llevaron a cabo en la última parte de nuestra temporalidad de estudio, lo cual consideramos un buen cierre para esta parte de la tesis.

Así, en esta última parte revisaremos las dos trayectorias y al final profundizaremos un poco más en las similitudes y diferencias de estos dos empresarios que, cada quien a su manera, fueron pilares fundamentales del desarrollo, tanto del turismo y de la actividad hotelera, como de la economía mexicana del siglo XX, aunque al final los caminos inciertos de la actividad empresarial y del turismo en México los haya llevada por sendas muy diferentes.

### *Manuel Suárez y el Hotel del México: un proyecto imposible*

La familia de Manuel Suárez era originaria de la provincia de Navia, en España. De padres campesinos y con una gran cantidad de hermanos, los mayores, Joaquín y Manuel, vieron como única posibilidad

de sobrevivencia, la de emigrar a un país que les pudiera ofrecer una mejor calidad de vida. El lugar que escogieron fue México. No fue una decisión al azar sino basada en la célebre historia de un antepasado suyo, que durante la segunda mitad del siglo XIX decidió emigrar a México con el buen tino de entablar relaciones con la élite del momento que ya se encaminaba hacia el porfiriato. La leyenda de esta figura los guiaría en su aventura mexicana, aunque para la época en la que llegaron, éste ya había fallecido.<sup>248</sup>

El primero en arribar fue Joaquín, de 15 años, quien al cabo de un año de trabajo en la casa comercial Peral Alverde y Cía. de la ciudad de México —manejada por españoles, por supuesto— consiguió la cantidad de dinero suficiente para traer a su hermano Manuel que, llegaría a la ciudad en 1911. Los dos hermanos se mantendrían juntos desde su llegada hasta 1923, realizando más o menos las mismas actividades y viviendo en las mismas condiciones. Para 1919, los hermanos Suárez decidieron retirarse de la casa comercial en la que trabajaban para fundar ellos sus propios negocios. Su liquidación les permitió tener el capital suficiente para fundar La Mexicana, su propio negocio de venta de granos.<sup>249</sup>

De este negocio, que después de un tiempo tiene que disolverse por las ambiciones personales de cada uno, obtuvieron el dinero suficiente para invertir en nuevos negocios pero ahora cada quien por su cuenta. Joaquín inicia un negocio de baños e inicia la diversificación de su capital, pero Manuel se da a la tarea de comenzar la que se ha considerado una de las empresas más importantes en la historia de la construcción: en 1923 funda Eureka. La innovación de este negocio que llevó a Suárez a la cumbre de la empresa en México, fue la fabricación de tubos elaborados con un material desconocido hasta entonces: el asbesto cemento. Gracias a los miles de metros de tubo que Suárez construyó en sus plantas, se pudieron tender las redes de drenaje en gran parte del territorio nacional.<sup>250</sup>

Esta empresa le abrió al español muchas puertas: las de los despachos presidenciales de individuos como Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán y las de distintas ciudades del país como Acapulco, Veracruz y Cuernavaca<sup>251</sup> en donde pudo realizar una gran cantidad de obras de infraestructura y tener los contratos más ventajosos. En Veracruz, por ejemplo, el gobierno federal durante el sexenio de Ávila Camacho, lo contrató para realizar una planta para el tratamiento de aguas negras, tres correctores fluviales, la desecación de las lagunas, la ampliación de la costera, de la calzada de circunvalación y de diversas calles, y la instalación del alumbrado público, además de que

<sup>248</sup> HERRERO, *Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez*, pp. 6-9.

<sup>249</sup> HERRERO, *Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez*, pp. 17-19.

<sup>250</sup> HERRERO, *Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez*, p. 35 y *La Construcción de los sueños.*, p.101

<sup>251</sup> También obtuvo contratos para introducir agua potable en Baja California Sur, Zacatecas y Mérida, *La Construcción de los sueños*, p. 109.

planeó la construcción de escuelas, mercados, rastro, hospital, deportivos, así como la ampliación y acondicionamiento de las terminales ferroviaria y marítima y de la Aduana.<sup>252</sup>

Algo similar sucedió en Acapulco, pero ahora durante el sexenio de Miguel Alemán, en donde además se dio a la tarea de comprar grandes extensiones de terreno, que en aquel momento no eran tan costosas, y se introdujo en el negocio inmobiliario y de fraccionamientos. A través de su compañía Eureka y de sus contratos de obra pública, también llegó al norte del país, a Sinaloa, en donde se dio a la tarea de construir el distrito de riego derivado de la presa Sanalona sobre el río Tamazula del Valle de Culiacán. Esta oportunidad le permitió ingresar a otra industria que sería importante a lo largo de su vida: la azucarera. Gracias a su participación en este negocio y a las utilidades que obtenía, podía seguir invirtiendo en otros rubros y continuar con su actividad empresarial.<sup>253</sup>

Manuel Suárez, a través de sus empresas, trabajó en 14 estados de la república. En Sinaloa tuvo azucareras, arroceras, constructoras e inmobiliarias; en Jalisco una fábrica de asbesto; en Veracruz, fraccionamientos, fábricas de hielo, de refrigeración y de agua potable; en Tabasco, una fábrica de cemento; en Guerrero, una empresa de energía eléctrica y cuatro fraccionamientos; en Coahuila, bodegas; en Colima, fraccionamientos; en Oaxaca, azucareras; en Morelos, imprentas; y la lista podría seguir.<sup>254</sup> La actividad del empresario fue realmente fructífera durante estos años y uno de los giros que contribuyó a su éxito fue sin duda el turístico a través de hoteles, fraccionamientos y restaurantes.

Suárez se inició de manera temprana en el negocio turístico, a finales de los años veinte, a través de la Compañía Hispano Mexicana de Hoteles, quien eligió la capital morelense para la construcción de un casino que atrajera a los capitalinos acaudalados que buscaban espacios de recreación. En 1929, esta compañía contrató los servicios de Eureka para erigir el lugar, un sitio de descanso y diversión para los turistas con alto poder adquisitivo. El resultado fue el conocido Casino de la Selva, construido a un costado de la antigua ladrillera del barrio de Gualupita, muy cerca de la estación del ferrocarril de Cuernavaca.<sup>255</sup>

El lugar fue inaugurado en 1931 y abierto al público con un servicio de hotelería con sólo 48 habitaciones para los clientes que acudían al lugar. Sin embargo, el sitio tuvo que ser cerrado a los pocos años de abierto debido a la prohibición del juego decretada por Lázaro Cárdenas. Para estos momentos, el Casino debía a la gobierno del estado una gran cantidad de impuestos, por lo que en noviembre de 1934 se publicó el edicto de remate del Casino de la Selva, motivado por una deuda de

<sup>252</sup> NOELLE, "La presencia en Veracruz", p. 5.

<sup>253</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, p. 60 y 61.

<sup>254</sup> GARCÍA CORTÉS, p. 63.

<sup>255</sup> *La construcción, de los sueños*, p. 175.

\$145,825 pesos. El ganador del remate y quien presentó la mejor oferta fue precisamente Manuel Suárez, quien decidió sacar provecho al hotel que ya existía en las instalaciones para ampliarlo y hacerlo uno más grande, más lujoso y más importante desde el punto de vista turístico.<sup>256</sup>

La inauguración del casino como hotel se llevó a cabo en 1936, en el marco del Congreso Rotario Mundial, acudieron visitantes distinguidos y parecía que todo iba muy bien. Sin embargo el lugar necesitaba mejoras porque algunos servicios no funcionaban bien y otro problema con el que el empresario se topó fue la falta de afluencia turística entre los años treinta y cuarenta hacia la región de Morelos, pues no fue una de las zonas favorecidas por los programas y promoción turística del momento. De esta manera, el hotel tuvo que cerrar sus puertas en el año de 1946. Sin embargo Suárez no dejaría el negocio, al contrario, trataría de mejorarlo para abrirlo nuevamente.

La idea era incorporar nuevos servicios y convertirlo en un centro vacacional mucho más completo. La tarea de la reestructuración fue encomendada por Suárez al arquitecto valenciano Jesús Martí Martín, quien logró que de 22 mil metros cuadrados con que contaba el casino se pasara a un complejo de 140 mil metros cuadrados. Lo que en algún momento fue una barranca, se rellenó para la construcción del cuerpo principal del hotel que contaba además con un centro de convenciones, boliche y cafetería. Se construyeron dos albercas más y un arenero con el que se simulaba un ambiente de playa. El casino, ahora hotel fue nuevamente abierto al público el 1º de diciembre de 1956. A partir de esta reinauguración el Casino de la Selva se convirtió en uno de los lugares preferidos de artistas e intelectuales que encontraron en el lugar un buen espacio de socialización.<sup>257</sup>

Pero las remodelaciones arquitectónicas continuaron. Entre 1960 y 1961 se construyeron los cascarones de concreto armado diseñados por el arquitecto español Félix Candela, los cuales le dieron una cara totalmente nueva al hotel. Candela, refugiado en México durante la guerra civil española, tuvo una temprana cercanía con Suárez y al parecer participaron juntos en diversos proyectos. Pero el Hotel Casino la Selva no sólo sería un balneario y un lugar de hospedaje para el turismo en Morelos. Para estos años también se convertiría en un importante espacio para la promoción de la cultura en manos de Lilia Suárez, hija del empresario: un escenario para las actividades artísticas, la difusión de ideas intelectuales y un foro de discusión de propuestas políticas, sociales y ambientalistas.<sup>258</sup>

El Hotel Casino la Selva fue uno de los primeros lugares que le dieron a Suárez la oportunidad de incorporarse a la actividad turística, pero mientras éste vivía su propia historia, el empresario decidió abrir un hotel más, ahora en el puerto de Veracruz aprovechando los negocios y las obras que

<sup>256</sup> *La construcción, de los sueños*, p. 176.

<sup>257</sup> *La construcción, de los sueños*, p. 177.

<sup>258</sup> *La construcción, de los sueños* p. 191.

había emprendido en el lugar. El encargado de realizar la obra también sería el arquitecto Jesús Martí, quien ayudó a Suárez a remodelar el Hotel Casino la Selva. El lugar que eligieron para ubicarlo fue el sur de la ciudad, entre Villar del Mar y Boca del Río. El nombre: Hotel Mocambo.<sup>259</sup>

La importancia del Hotel Mocambo no radicó únicamente en el impulso al turismo que se generó en el puerto, sino que fue considerado un símbolo de modernización de la región. En este caso, la expresión de modernidad de los arquitectos encargados de su construcción, se circunscribió a la funcionalidad de los espacios públicos y las habitaciones de los huéspedes. El hotel se proyectó frente al mar, con grandes atractivos para los vacacionistas con sus terrazas y alberca. También tenía sus murales, esta vez realizados por Manolita Ballester, con lo que Suárez incursiona de forma temprana en la llamada integración plástica que vimos en el primer capítulo de esta tesis.<sup>260</sup>

Pero la visión de Suárez fue más allá de la sola construcción del hotel y aprovechando los contratos para obra pública que tenía en la entidad, desarrolló los fraccionamientos Costa Verde y Playa de Oro o Mocambo, las primeras colonias que se desarrollaron al sur de la ciudad, las cuales resultaron muy redituables debido al atractivo del recién inaugurado Hotel Mocambo, en torno al cual también se desarrolló la llamada Playa Oro.<sup>261</sup> De esta manera el empresario tuvo en cuenta al menos tres aspectos importantes: la previsión a futuro del crecimiento de la ciudad y la demanda habitacional de sus residentes; la reinversión de las utilidades generadas por la obra pública en proyectos personales de iniciativa privada; la forma en que la construcción de un hotel podría traer beneficios al desarrollo económico y social de la zona.

Pero la historia de Suárez como empresario hotelero continuaría. Sus miras, y sus contratos oficiales, lo llevarían a la playa más codiciada y famosa del país: Acapulco. Como vimos líneas arriba, Suárez llegó al puerto guerrerense gracias a la iniciativa de Miguel Alemán y a las obras de infraestructura que su empresa realizaba allí. Además de las obras de infraestructura, de la misma forma que sucedió en Veracruz, el empresario invirtió en la compra de terrenos para hacer fraccionamientos. A principios de los años cincuenta se asoció con Juan March, originario de las Islas Canarias y quien en aquella época era el presidente del Bank of America para construir a las afueras de Acapulco el Hotel y fraccionamiento Las Brisas.<sup>262</sup>

Parece ser que el proyecto causó polémica, pues en su momento significaba hacer un hotel de playa pero sin la playa. Entonces, la idea era explotar lo que más llamaba la atención del lugar: la vista

---

<sup>259</sup> NOELLE, “La presencia en Veracruz”, p. 6-8.

<sup>260</sup> NOELLE, “La presencia en Veracruz” p. 10

<sup>261</sup> NOELLE, “La presencia en Veracruz” p. 8

<sup>262</sup> *La construcción de los sueños*, p. 119.

hacia la bahía y la brisa inigualable, razón por la cual Suárez decidió el nombre del hotel. La construcción también sería diferente. En vez de integrar las habitaciones en un solo edificio, lo que hicieron fue desmoronarlo y realizar pequeñas casitas, cada una con alberca privada y con más servicios que con los que contaría una habitación normal de hotel. En un principio, fueron un total de 30 cabañas las que el arquitecto Jorge Madrigal construyó sobre la cima de aquella colina de 16 hectáreas adquirida por Suárez a principios de los años cincuenta.<sup>263</sup>

Con el tiempo, Suárez dejaría el negocio a su socio Juan March y más tarde, éste le vendería el hotel y los terrenos aledaños a Carlos Trouyet, quien se encargaría de remodelarlo, ampliar el número de cabañas y llevarlo a una etapa de expansión, pero eso sí, siempre conservando aquella idea original de contar en cada cabaña su propia alberca, su propia terraza y la vista a la bahía, además de respetar al máximo la intimidad de los huéspedes en medio de un lujo paradisíaco. Muchas fueron las personalidades que se alojaron en Las Brisas durante estos primeros años de vida, pero durante la década de los sesenta, fue tal vez cuando hubo una mayor afluencia de personajes como Roman Polanski, Joan Collins, John Lennon y Yoko Ono, John F. y Jacqueline Kennedy, Elizabeth Taylor, Jane Fonda, entre otros.<sup>264</sup>

Se tiene noticia de que Manuel Suárez también tuvo hoteles en Tepic, Nayarit y en Tlaxcala además de los que ya mencionamos en Acapulco, Cuernavaca y Veracruz. Su experiencia con estos establecimientos y con algunos otros negocios restauranteros le hicieron tener la confianza suficiente para comenzar a planear una jugada ambiciosa. Aquella que, consideraba, lo consagraría no sólo como hotelero, sino como uno de los empresarios más importantes del siglo. A pesar de haber incursionado en diversas ramas industriales, decidió que era en la turística y en particular, la hotelera, la que le daría la gloria que había soñado desde su llegada a este país en 1911. Se propuso construir el hotel más grande de México en la capital de la República: aquí comenzaría la aciaga historia de El Hotel de México.

Hay quien comenta que la idea comenzó a fraguarse entre 1966 y 1967,<sup>265</sup> pero se tiene noticia de que las negociaciones iniciaron desde 1950. La zona elegida para su construcción fue el conocido como Parque de la Lama, ubicado en la colonia Nápoles, entre las calles de Dakota y Filadelfia, esquina con insurgentes, en los terrenos del empresario José de la Lama en la ciudad de México. Al parecer el parque era conservado por su propietario como un espacio privado para llevar a pasear a su

<sup>263</sup> *La construcción de los sueños*, pp. 119 y 120 y LOAEZA, “BB en Las Brisas”, s/p.

<sup>264</sup> *La construcción de los sueños*, pp. 119 y 120 y LOAEZA, “BB en Las Brisas”, s/p.

<sup>265</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, p. 64 y HERRERO, *Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez*, p. 36.

perro en las mañanas y leer el periódico, por lo que Suárez decidió entablar pláticas con el dueño del parque que fue finalmente convencido de vender el predio.<sup>266</sup>

Una vez que Suárez tuvo asegurada la propiedad, comenzó a pensar en las personas que podrían edificarlo. El empresario, entonces, se decidió por Joaquín Álvarez Ordoñez, un joven estudiante de arquitectura de padres asturianos. A pesar de su juventud, Álvarez Ordoñez ya había trabajado con Carlos Lazo y con Diego Rivera, pero en esta ocasión no estaría solo. Suárez asignó a Guillermo Rosell de la Lama, también estudiante de arquitectura —y, casualmente, nieto del dueño original del terreno— y a Ramón Miquelajáuregui. También tendremos que mencionar entre el equipo de trabajo al ingeniero Heberto Castillo, quien se encargó de desarrollar un sistema moderno de losas, la tridilosa, que permitía soportar grandes cantidades de peso en cada piso.<sup>267</sup>

Lo primero que decidió este grupo de arquitectos fue hacer un viaje por los mejores hoteles de Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico, entrevistarse con los administradores y hacer inventarios detallados de los servicios que ofrecía cada establecimiento. Una vez de regreso en México, se encargaron de revisar la información que recopilaron, maniobra que tardó alrededor de tres meses, gracias a lo cual decidieron integrar al hotel ciertos servicios que no ofrecían los hoteles visitados, como bancos, tiendas de artesanías, servicio de niñeras y algunos otros adicionales. De esta forma, el equipo de arquitectos presentó a Suárez dos propuestas en 1959.<sup>268</sup>

La primera consistía en un centro turístico con dos alternativas: ubicar el núcleo hotelero en el parque y situar en una manzana anexa que el empresario pensaba comprar, los servicios complementarios, en donde también funcionaría un centro de convenciones. El segundo proyecto contemplaba la construcción de una torre de más de veinte pisos, con 200 cuartos, helipuerto en la azotea, cabaret, restaurantes, albercas, canchas deportivas, centro de convenciones y un museo de arte, es decir, un lugar en donde se habrían de articular intereses comerciales, culturales y cívicos. Un punto especial de los proyectos presentados era la singularidad de las habitaciones, las cuales serían espacios de lujo con una estructura hexagonal.<sup>269</sup>

Al parecer, Suárez le dio el visto bueno a los proyectos, porque tenemos noticia de que casi de forma inmediata se comenzaron a tramitar los permisos con el gobierno de la ciudad para poder comenzar a construir la gran empresa que anhelaba Suárez. La aprobación de la obra estaba en manos de Ernesto P. Uruchurtu, regente en aquella época y que buscaba a toda costa conservar los espacios

<sup>266</sup> *La construcción de los sueños*, p. 195.

<sup>267</sup> HERRERO, Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez, p. 36.

<sup>268</sup> *La construcción de los sueños*, p. 197.

<sup>269</sup> *La construcción de los sueños*, p. 197.



verdes que aún existían en la ciudad. La clausura del Parque de la Lama podía representar un problema pues se tendrían que talar una gran cantidad de árboles para la construcción del hotel. Así, las condiciones para conceder la licencia fueron demostrar la solvencia económica para concluir un hotel de aquellas proporciones y, además, por cada árbol talado se tendrían que sembrar dos. Los requisitos se cumplieron, pero el permiso tardaría varios años en ser emitido.<sup>270</sup>

De esta manera, aunque la idea de Suárez se gestó desde 1950, fue hasta 1966 que la obra comenzó formalmente, cuando Suárez tenía ya 70 años de edad. En abril de ese año se colocaron los primeros cimientos pero un año después, el proyecto que originalmente habían presentado los arquitectos se había transformado totalmente. Manuel Suárez decidió llamar al nuevo diseño Conjunto Urbano, Cívico, Turístico, Comercial y Cultural México 2000. Éste consistía en un complejo arquitectónico que comprendía once rubros: Torre principal del Hotel de México; Polyforum Siqueiros; parque comercial con deambulatorio peatonal; escuela de arte público; mercado de artesanías; teatro y cine club; zona de recreación y jardines; hotel anexo en predio continuo; centro nocturno; auditorio para ferias y convenciones; estacionamiento y terminal de transporte colectivo.<sup>271</sup>

Aunque en algún momento se pensó que el hotel podría estar listo para alojar a los visitantes e incluso a los deportistas que llegarían a la ciudad de México con motivo de la celebración de los XIX Juegos Olímpicos, la realidad fue completamente diferente. Para 1968, la obra consumía grandes cantidades de dinero y el afán de Suárez por llevar a cabo el proyecto él solo, con sus propios recursos, sin ayuda financiera de nadie, hizo que la obra avanzara muy lentamente. Por lo mismo, lo único que pudo hacer en esos momentos fue vender, poco a poco, sus otros negocios para poder seguir adelante. Sin embargo, no sólo fue la cuestión monetaria lo que afectó el desarrollo de la obra durante aquellos años.<sup>272</sup>

La historia de este “pequeño” tropiezo de Suárez data del momento en que ganó el remate del Hotel Casino La Selva, a mediados de los años treinta. Luis Legorreta, el entonces director del Banco Nacional de México, insistía en que Suárez le pagara la cantidad de cincuenta mil pesos que en algún momento Legorreta había dado al casino. En aquella época en que Suárez tenía buenas relaciones a

<sup>270</sup> *La construcción de los sueños*, p. 198.

<sup>271</sup> *La construcción de los sueños*, p. 201. Además de estos rubros, también se tomaron en cuenta cuatro lineamientos programáticos: El turístico, que se apoyaba en la tesis de que el turismo era un vehículo de relaciones humanas y un instrumento de comunicación social que conducía necesariamente a una acción de libertad, de justicia y de progreso. El urbanístico, con la oportunidad de prever y capitalizar la influencia que ejerce todo proyecto arquitectónico en la zona urbana donde se realiza. El arquitectónico, con la necesidad de crear nuevos espacios donde el hombre resolviera sus anhelos individuales y colectivos. Finalmente, el constructivo al incorporar las innovaciones técnicas para el diseño arquitectónico y estructural, buscando el máximo rendimiento funcional y económico a tiempo que se daba cauce a la expresión y a la libertad de su concepción. GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, pp. 9 y 10.

<sup>272</sup> HERRERO, *Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez*, p. 36.

nivel gubernamental, cuando le llovían contratos y cuando su poder financiero era cuantioso, no le costó trabajo llevarle la contra a Legorreta. Su orgullo le negó el dinero que pedía y en vez de ganar un posible aliado, se hizo de un enemigo. Al parecer, Legorreta le advirtió que si no le pagaba, tendría al banco en contra para siempre y a decir del propio Suárez, tuvo que “aguantar vara”.<sup>273</sup>

A Suárez no sólo le afectó la falta de apoyo económico por parte de la institución bancaria más importante del momento, sino que, para cuando las cosas parecían mejorar en esta accidentada relación, llegaría la hora “hotelera” del banco: La construcción del Hotel Camino Real Ciudad de México que revisamos en la primera sección del capítulo. Este evento cambió significativamente las cosas pues convirtió a Suárez en un posible competidor para la magna empresa hotelera de Banamex. Si a esto sumamos que el presidente Díaz Ordaz, con el que aparentemente Suárez tenía una buena relación, era uno de los accionistas principales del Camino Real, tenemos que nuestro empresario se encontraba en una difícil situación.

De esta forma, ni el Banco Nacional de México, ni ninguno otro, quiso ayudar a Suárez con su enorme proyecto. Al parecer, éstos consideraban al empresario como poco confiable, inseguro, que pagaba caprichosamente. Ante esos comentarios, Suárez reflexionó: “Puede que tengan razón en parte pero la verdad es que quedó la semilla de Luis Legorreta buscándome todos los males como lo había prometido [...]”.<sup>274</sup> A pesar de ello, la obra del conjunto de Suárez continuó y para 1971, no se inauguró el hotel, pero sí uno de los espacios principales que figuraban en el itinerario del empresario: el Polyforum Cultural Siqueiros.

La conocida afición de Suárez por el arte y por el arte integrado a sus hoteles se plasmó como nunca antes en este espacio innovador y espectacular en la ciudad de México. Se le destinó una superficie de 4,500 metros cuadrados, un poco más del cinco por ciento del total del terreno de Suárez que constaba de 54 mil metros cuadrados más 27 mil del terreno anexo, lo cual daba un total de 81 mil metros cuadrados<sup>275</sup>. La inauguración del lugar, a la que sí asistieron Díaz Ordaz y demás funcionarios, le dio a Suárez un pequeño respiro. Además de funcionar como un importante difusor artístico y cultural, le sirvió al empresario para probar que no estaba del todo equivocado con sus ideas, y que aún los más descabellados diseños o servicios podían hacerse realidad con constancia y trabajo.

Por desgracia, el éxito del Polyforum lo resintió la construcción del Hotel, pues Suárez tuvo que darle prioridad a aquel y dejar de financiar por un tiempo la obra, pues no había suficiente capital para ambos. Una vez que el Polyforum fue abierto al público, Suárez invertiría nuevamente en su hotel y

<sup>273</sup> Entrevista a Manuel Suárez proporcionada por la maestra Louise Noelle, abril de 1980, pp. 1 y 2.

<sup>274</sup> Entrevista a Manuel Suárez proporcionada por la maestra Louise Noelle, abril de 1980, p. 2.

<sup>275</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*. pp. 10 y 11.

para los primeros años de la década de los setenta, la torre del hotel estaba prácticamente terminada, la estructura estaba instalada “y se estaba recubriendo la parte del sombrero del edificio que incluía el restaurante giratorio, el bar y el espacio de doble altura del restaurante giratorio”. A pesar de que las cosas iban bien, otro problema se le presentaría a Suárez.<sup>276</sup>

A mediados de 1972, su hijo Fernando, quien se había convertido en su mano derecha en el desarrollo de esta obra, murió en un accidente automovilístico. Ante la pérdida, Suárez pidió ayuda a su hijo Alfredo, que se encontraba en Barcelona, el cual se integró al equipo del Hotel de México y a la administración de los negocios. Para ese año, la escasez de dinero es notoria y la idea de terminar el hotel en un plazo más o menos razonable se hacía cada vez más lejana. No se había logrado ninguna inversión ni promovido alguna asociación con grupos financieros, por lo que toda la obra se costaba con recursos de Suárez: rentas de distintas propiedades, ingenios azucareros, operación de los otros hoteles que tenía y con las ventas de bienes raíces.<sup>277</sup>

La cuestión era tan crítica que hubo momentos en que no tenía efectivo para comprar materiales ni para pagarle a los empleados. Por lo mismo, numerosos proveedores se negaron a ofrecerle créditos, pues no sabían exactamente cuando les iba a poder pagar. De todas maneras, Suárez continuó con la obra en condiciones muy difíciles, al parecer, muchas de las personas que estuvieron a su lado en sus momentos de auge, ahora lo habían dejado solo, lo que también causó que el empresario se fuera aislando poco a poco. Don Manuel se acercaba a los ochenta años de edad. Por si esto fuera poco, llegaría otro golpe que afectaría directamente la continuidad de la obra: la expropiación de sus ingenios azucareros en Sinaloa.

Al parecer, el pretexto que utilizó el gobierno fue la existencia de un adeudo, ante lo cual Suárez fue categórico: “el ingenio no debe ni un centavo”. Sin embargo, en aquellos años existía poca posibilidad de negociar con el gobierno y hacerlo cambiar de idea. Alejado de la élite política, ya no tenía ningún amigo o conocido en el aparato gubernamental que interviniera por él, como lo había tenido muchos años atrás. La expropiación era un hecho. La cuestión que a Suárez le angustiaba era la forma en que lo iban a liquidar pues consumada la permuta de los ingenios y según sus cálculos, éstos podían redituárle una diferencia con la que sería posible darle término al hotel.<sup>278</sup>

Para estos momentos, finales de la década de los setenta, el hotel se había valuado en 1,200 millones de pesos, pero aún le faltaba para su terminación un desembolso de aproximadamente 800 millones. Estos últimos quizás los podría conseguir con la liquidación de los ingenios, siempre y

<sup>276</sup> *La construcción de los sueños*, p. 212.

<sup>277</sup> *La construcción de los sueños*, p. 213.

<sup>278</sup> GARCÍA CORTÉS, “Manuel Suárez, el controvertido empresario”, p. 41.

cuando el gobierno escuchara los argumentos de Suárez para que se aumentara el mínimo de \$5 pesos por kilo de azúcar producido que se le quería pagar. La frustración aumentaba porque en los ingenios administrados por organismos del Estado el precio estaba entre \$15 y \$20 pesos el kilo. Suárez se conformaba con \$10 pesos, calculaba que con ello podría invertir en el hotel lo suficiente para dar por concluida la obra en la cual ya había trabajado durante casi veinte años. Aparentemente la cantidad de dinero esperada por Suárez nunca llegó, pues el edificio continuaría inconcluso.<sup>279</sup>

Según publicidad de la época, el Hotel de México tendría 51 pisos para alojar a 3100 personas, 1508 habitaciones hexagonales, entre ellas, 1118 recámaras, 132 suites ejecutivas, tres suites ministeriales y dos presidenciales, cuatro cafeterías con capacidad para 800 personas, seis restaurantes para 1240 comensales, un restaurante giratorio en lo alto de la torre, catorce comedores privados que atenderían a 850 personas, un elevador panorámico y diecinueve más para cargar y descargar pasajeros, equipaje, etc. También contaría con un mirador cubierto y dos al descubierto para contener a 1000 personas cada hora, cinco salones de fiesta para seis mil personas, un cabaret principal, trece bares para 2000 sedientos, un salón de convenciones para 3000 delegados y servicios para nueve mil convencionistas, estacionamiento para 2000 autos, un helipuerto con servicios aduanales y que permitiría el transporte de 40 visitantes en dos helicópteros, un centro comercial helicoidal de 2000 metros cuadrados con tiendas de artesanías, bancos joyerías, etc., un teatro para 2000 espectadores, un museo para contener a 1100 personas simultáneamente y un hotel anexo para alojar a los choferes, guardaespaldas, secretarías, mucamas y criadas de los visitantes. *El Universal* calculaba, cada quince minutos entrarán 1000 personas.<sup>280</sup>

La falta de recursos económicos para concluir el hotel que tenía en mente se hacían cada vez más pesados debido a la avanzada edad de Manuel Suárez. Para 1980, el empresario tenía ya 84 años y la posibilidad de ver concluida su magna obra antes de morir parecía cada vez más lejana. La inversión en el edificio durante los seis años anteriores había sido poco, —tal vez a causa de los problemas con los ingenios— y después de varios años de negarse a que capital extranjero o de algún otro socio finalmente se dio cuenta de que necesitaba ayuda para terminar su hotel. Así que las pláticas comenzaron en 1980 con la cadena Canadian Pacific, que había llegado a México a manejar los hoteles Hilton. La idea era que la cadena aportara el dinero para terminar la obra y se encargaría de la operación hotelera. Al parecer, Miguel Alemán, en alguno de sus encuentros les comentó que esta cadena no “hacía bien su trabajo”, por lo que prefirieron no arriesgarse y el trato no se concretó.<sup>281</sup>

<sup>279</sup> GARCÍA CORTÉS, “Manuel Suárez, el controvertido empresario” p. 44.

<sup>280</sup> Cit. en MEJÍA MADRID, “Aquel Hotel de México”, s/p. Revisado en oocities.org.

<sup>281</sup> *La construcción de los sueños*, p. 213.

Dos años después se hizo contacto con la cadena Hyatt, pero Suárez, desconfiado por lo que sucedió en el intento anterior, no estaba muy a gusto con el nuevo acercamiento. Las negociaciones con Hyatt parecían ir mejor. Lo invitaron a conocer sus hoteles en Estados Unidos y esto le regresó la confianza para continuar con la obra. Finalmente, el trato con Hyatt tampoco se concretó, pero Suárez entabló amistad con Peter Ditulio, el encargado de negocios de Hyatt, tanto, que le ofreció ser el director del proyecto del Hotel de México, pues éste lo quería financiar, terminar y operar. Por desgracia, a los pocos meses, Ditulio sufrió un ataque al corazón cuando se encontraba en el puerto de Acapulco y murió.<sup>282</sup>

Hubo otro acercamiento, ahora con la cadena Sheraton, pero cuando estaban haciendo tratos con el operador en América Latina y esperaban reunirse para ultimar detalles en una suite del Hotel María Isabel que también operaban, éste sufrió un incendio que cobró como víctimas al hijo del operador, el Sr. González y al gerente del hotel. La historia de la gran obra de Suárez parecía sufrir una especie de maldición que le impedía llegar a su fin. A todo esto hay que sumar el contexto de crisis económica que ya se vivía en el país, pues entre mediados de los setenta y principios de los ochenta, eventos como la devaluación del peso, el exceso en el gasto gubernamental y la fuga de capitales, generó el conocido estado de crisis que se quiso resolver con la nacionalización de la banca. Ante ello, Suárez rehusó sacar su dinero de México.<sup>283</sup>

Para 1986 las cosas no mejoraban. Atrapado por la modernización empresarial, dueño de tierras, careció de liquidez. Vendió casi todos sus negocios, las de asbestos, constructoras, hoteles y restaurantes. El hotel de México se convirtió en un “abismo financiero” que devoró más de 70 millones de dólares.<sup>284</sup> En 1987, a los 91 años de edad, el empresario todavía se aferraba a la idea de ver terminado el hotel. En una entrevista en ese año, tal vez la última de su vida, declaró:

No basta con forjar una fortuna. Hay que asentarla y conservarla. La gran obra de mi vida había de ser el edificio de 219 metros sobre la avenida Insurgentes Sur, en la ciudad de México, el más alto de Hispanoamérica. Pensaba convertirlo en un hotel de 1,500 habitaciones. Pero surgieron las dificultades previsibles que, no obstante, no me hicieron retroceder, y desde entonces he quedado atado a ese edificio, como el piloto que trata de mantener a su monstruo en vuelo hasta que encuentra lugar donde aterrizar.<sup>285</sup>

El empresario finalmente se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo de vida. En un intento desesperado por ver terminado el hotel acudió a su hijo Alfredo, que tenía negocios con el World Trade Center en Dallas, para que le ayudara a encontrar una solución definitiva a su situación. Alfredo

<sup>282</sup> *La construcción de los sueños*, p. 214.

<sup>283</sup> *La construcción de los sueños*, p. 215.

<sup>284</sup> MEJÍA MADRID, “Aquel Hotel de México”, s/p.

<sup>285</sup> GRACIA NORIEGA, “Manuel Suárez, un indiano con garra”, s/p.

considero que la idea de Suárez podía transformarse y convertirse en algo similar al WTC, un edificio que se dedicara a oficinas y comercio. Se hizo un estudio de viabilidad y después Suárez viajó a Dallas a conocer el complejo Trade Mart. Por fin el empresario cedió y entre 1986 y 1987 se llevaron a cabo los estudios de proyectos arquitectónicos, financieros y de mercado. Por desgracia, Suárez murió el 23 de julio de 1987, antes de poder ver la oferta hecha por los directivos del WTC.

Se dice que murió vestido de traje y corbata, esperando a su chofer que lo trasladaría, como cada mañana, al Hotel de México, al piso 36 donde había instalado sus oficinas. Según testimonios, Suárez subía y bajaba, hablaba con los trabajadores, discutía con los técnicos, amonestaba a los administradores y daba órdenes sobre los avances de la construcción desde las ocho de la mañana. Su ambicioso proyecto nunca llegó a realizarse, pero se mantuvo aferrado a él todo el tiempo. En unas pocas líneas, él mismo pudo describir lo que sucedió en casi cuarenta años de trabajo: “Yo quería un edificio que fuera, en el siglo XX, como un equivalente en grandeza a la gran pirámide de Tenochtitlan. Se trataba de edificar el edificio más alto de Hispanoamérica [...] Las cosas con el gran Hotel no salieron como debieran. Pero como dicen por acá, quien no se arriesga, no caza venado.”<sup>286</sup>

#### *César Balsa: el primer imperio hotelero en México*

La última historia que nos ocupa en este capítulo es breve. Es la de un español, que al igual que Suárez, decidió salir de su lugar de origen y probar suerte en un país lejano y aparentemente extraño. Al mismo tiempo, la historia es ilustrativa sobre la forma en que se creaban los hoteleros en la época, no sólo en España, también en México: con la práctica, a través del trabajo diario y ascendiendo posiciones desde botones, hasta gerente. César Balsa llegó a México en los años cuarenta, cuando la actividad turística en México tenía buenas perspectivas de desarrollo y cuando la injerencia del Estado en ella estaba siendo cada vez más presente.

Pero nuestro hotelero contó con otros atributos que le abrieron puertas, le ayudaron a hacer alianzas y a consolidar sus negocios: sencillez y carisma. Nunca se creyó el cuento del “gran empresario” e hizo tratos a todos niveles, lo que le permitió diversificar sus inversiones a pesar de que estaba volcado por completo a la actividad turística. César Balsa ya no invirtió en tierras, terrenos, ni nada por el estilo porque las cosas ya habían cambiado. Aunque no fue una característica exclusiva de su actividad empresarial, sí pudimos encontrar que en un principio prefirió invertir en negocios ya creados para mejorarlos y llevarlos a ser un éxito, para después crear los propios.

---

<sup>286</sup> GRACIA NORIEGA, “Manuel Suárez, un indiano con garra”, s/p.

El empresario supo invertir en actividades novedosas, como la llamada “cocina del aire”, la que se servía en los aviones, pues la llamada “era del Jet” comenzaba a despegar y dejó atrás las clásicas actividades relacionadas con la agricultura y el fraccionamiento de terrenos. De esta manera, en muy poco tiempo, pudo crear una cadena de hoteles y restaurantes que fue reconocida como de las primeras de origen nacional, se codeó con las personalidades políticas, intelectuales y artísticas del momento, fue presidente de la Asociación Mexicana de Hoteles y tiempo después, esta institución creó la medalla César Balsa al Mérito Profesional Turístico, presea que se otorga hasta nuestros días, a los miembros destacados de la actividad turística en el país.

César Balsa Carralero, nació en la ciudad de Barcelona en 1923, hijo de Elisa Carralero y Antonio Balsa, barbero. A los doce años inició su carrera en hotelería, pues trabajó como botones en el Hotel Ritz de Barcelona, después pasó tres años en la cocina y dos más como intérprete. Tuvo diversos cargos en hoteles de este mismo lugar y en 1945 ingresó al Hotel Palace, de Madrid, primero como gerente del restaurante y después como gerente general. En 1948 se trasladó al Hotel Alfonso XII en Sevilla, lugar al que llegó para “hacer la Semana Santa y Feria”. Al parecer fue aquí donde conoció a Manuel Suárez quien lo contrató para manejar los restaurantes Lincoln y Tampico Club en el Distrito Federal.<sup>287</sup>

Así llegó César Balsa a México, en el mismo año en que se casó: 1948. Pero duró poco tiempo como empleado de Suárez, seguramente sus caracteres tan similares los hicieron alejarse. Otros dicen que terminado el contrato de tres años que tenía con Suárez, Balsa simplemente no deseó seguir. Como haya sido, Balsa se quedó temporalmente sin empleo, algunos aseguran que tuvo que vender vinos para costear los gastos de su recién formada familia, pero gracias a ello conoció a dos personajes: Gabino Álvarez y José Pérez, quienes iniciaban un negocio de restaurantes, a pesar de ser inexpertos en el área. Balsa entonces les ofreció manejar el negocio como socio y fue así que en febrero de 1953 nació el restaurante Focolare.

Balsa indica que él estableció el negocio con la ayuda de dos socios capitalistas y el periodista Jacobo Zabłudovsky menciona que fue el propio Balsa quien tuvo la iniciativa de crear el restaurante cuando advirtió el cierre de uno llamado La Venta de los Títeres. Según esta versión, Balsa pidió un crédito al banquero Miki Feldman y compró muebles y cocina del negocio en remate para establecer el nuevo lugar en la esquina de Niza y Hamburgo, con lo cual colocó una de las piedras fundacionales de

---

<sup>287</sup> “De botones de hotel a millonario”, *ABC de Sevilla* (13 mayo 1963). En ninguna de las entrevistas, Balsa menciona que fue contratado por Suárez, es éste y otras fuentes como TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera”, p. 6 y ZABLUDOVSKY, “César Balsa”, *El Universal* (12 nov. 2007), en que se asegura la relación laboral que sostuvieron. Balsa sólo indica que llegó a México contratado como director de una cadena de restaurantes. En otra entrevista, Balsa comenta que llegó a México por su viaje de luna de miel. FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 42.

la llamada Zona Rosa. El restaurante fue para Balsa más que un negocio común que le reportara buenas ganancias. El lugar fue el espacio en el que pudo tejer relaciones importantes con personajes del mundo político, financiero y social de la ciudad de México. Su esmerada atención personal al recibir, saludar y atender directamente a los comensales, tuvo consecuencias directas sobre su modo de manejarse ante las instancias oficiales y de promover las empresas que fundaría en el futuro.<sup>288</sup>

Las extraordinarias ganancias que le dejaba el restaurante fueron suficientes para abrir otros negocios. Primero, un centro nocturno llamado Jacaranda<sup>289</sup>, también en la Zona Rosa, en la calle de Génova y después, el primer hotel de su cadena El Presidente en la calle de Hamburgo. Para llevar a cabo esta empresa convenció a varios inversionistas, entre ellos a Pero Ricci y al arquitecto Juan Sordo Madaleno, quien lo acompañaría más adelante en otras aventuras hoteleras. El proyecto fue realizado por el mismo arquitecto y la decoración por Arturo Pani. El edificio causó gran impresión no sólo entre los empresarios y la clientela, también entre el gremio arquitectónico de la época.

El Presidente fue inaugurado en 1958 y para junio de 1959 era considerado un completo éxito. Una revista de la época comentó: “Los servicios con que cuenta —refinado gusto, conveniencia práctica— son capaces de satisfacer las exigencias de la clientela acostumbrada a frecuentar los establecimientos más lujosos”. Tenía varios restaurantes, el *Torre Blanca* y el *Zafiro*, que era el principal del hotel y con vista al *Bar Jardín* y a la alberca. Contaba con un salón para banquetes con capacidad para trescientas personas. En el décimo piso se encontraban tres suites: Miramar, Elíseo y Riviera, cada una de ellas constituía “un alarde de confort, refinamiento y buen gusto”. Entre los servicios complementarios del hotel se contaban locales comerciales, peluquería, salón de belleza, tabaquería, florería y otras tiendas más.<sup>290</sup>

Después de este primer establecimiento que arrancó con el pie derecho en el mundo de la hotelería, el empresario decidió continuar en este rubro, por lo que adquirió dos nuevos hoteles: uno pequeño, ubicado en la calle de Atenas, conocido como Hotel Premier, y otro propiedad de los señores Alfredo y Fernando Franco, conocidos industriales que construyeron uno en la calle de Revillagigedo, el Hotel Alfer. Balsa celebró con ellos un contrato de operación y nombró como su primer director a Eduardo Torres, quien llegaba del Hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Pero esto era sólo el inicio

---

<sup>288</sup> ZABLUDOVSKY, “César Balsa”, *El Universal* (12 nov. 2007) y TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera”, p. 6.

<sup>289</sup> Este negocio se ubicaba en el famoso Centro Comercial “Plaza Jacaranda”, construido por los arquitectos Ramón Torres Martínez y Héctor Velázquez Moreno otra de las innovaciones arquitectónicas de la época. El centro comercial se planeó en una superficie de 3000 metros cuadrados que pertenecían a cuatro dueños diferentes, pero los cuales estuvieron de acuerdo en mejorar las condiciones del lugar. La estructura era de concreto armado, los pavimentos de piedra volcánica, la ventanería de aluminio anodizado y las fachadas de cristal. “Centro comercial plaza Jacaranda”, p. 4.

<sup>290</sup> “Hotel”, p. 73.



pues casi al mismo tiempo adquirió las acciones de Operadora de Hoteles que manejaba el Hotel del Prado, gracias a un crédito que obtuvo de dos inversionistas poderosos Manuel Espinoza Yglesias y nuestro viejo conocido Lorenzo Cué.<sup>291</sup>

Con este número de negocios, Balsa decidió constituir la empresa Nacional Hotelera, siendo sus principales socios Xavier Arias, Pero Ricci, Juan Sordo Madaleno y otros en menor cuantía. Nacional Hotelera, Sociedad Anónima con un capital de sesenta millones de pesos, en realidad estuvo constituida por más de cien accionistas, entre los que se contaban funcionarios de la organización, proveedores, capitalistas nacionales y extranjeros, aunque vale la pena aclarar que para 1963 sólo había fuera del país el veinte por ciento del capital. De los 35 altos ejecutivos de la organización, 33 eran mexicanos, incluido César Balsa, quien se nacionalizó mexicano desde 1950.<sup>292</sup>

Ya constituidos como una empresa formal, con el apoyo de socios capitalistas y un equipo de trabajo compuesto de cerca de 4000 empleados, la mayoría de ellos jóvenes, con ejecutivos que Balsa conocía desde hacía siete u ocho años —y cuya capacitación había dependido de la misma empresa pues los mandaba al extranjero a aprender nuevas técnicas—,<sup>293</sup> prosiguió el proceso de expansión. El siguiente paso, el obligado quizás de todo hotelero que se dignara de serlo en el momento, Acapulco. Para su empresa acapulqueña de principios de los sesenta, decidió acompañarse nuevamente del arquitecto Juan Sordo Madaleno.

Se encontraba en construcción en la avenida costera un edificio para departamentos en condominio. Balsa y el arquitecto decidieron convertirlo en hotel al adquirir las acciones de la Inmobiliaria Roca Sola. Con ello lograron la aportación de los socios de Nacional Hotelera, más un crédito que Balsa consiguió con el financiero Guido Campini. Lo llamaron también Hotel Presidente, el primero con aire acondicionado en todo el edificio y, paradojas de la época, completamente alfombrado. Ubicado sobre la Playa Condesa, fue en su momento el edificio más alto del puerto, con 45 metros y 14 pisos. También se tuvo la idea de hacer un cabaret con forma de erizo de mar, diseño de Salvador Dalí, pero éste finalmente no se construyó. A estas alturas, Balsa parecía el Rey Midas, todo lo que tocaba era un éxito y El Presidente Acapulco no fue la excepción. En poco tiempo logró altas ocupaciones y grandes ventas, gracias también al genio director de Roberto Zapata, joven hotelero que con el tiempo se convertiría en el operador de la cadena Hoteles Misión.<sup>294</sup>

---

<sup>291</sup> Lorenzo Cué también era propietario del Hotel Noa Noa en Acapulco, el cual pasaría a forma parte de la Cadena Balsa años después. TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera”, p. 7.

<sup>292</sup> FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 43.

<sup>293</sup> FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 43

<sup>294</sup> TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera”, p. 7.

A principios de los años sesenta, también ingresaron a la cadena los Hoteles Tampa, de Acapulco y Posada de la Misión en Taxco. De igual modo se dio a la tarea de comprar acciones de la Operadora de Hoteles del Pacífico, propietaria del Hotel Prado Américas también en Acapulco. Y en esta operación se ejemplifica la forma en que actuaba César Balsa. El Hotel Prado Américas tenía, varios problemas, entre otros, un contrato colectivo laboral muy exigente. El sindicato declaró una huelga solicitando enormes prestaciones, pero Balsa se movió y por medio de sus abogados mandó un paquete de acciones del hotel para ofrecerlas al sindicato.

El líder sindical, sorprendido, quedó entre la espada y la pared: no quería aceptarlas porque no podría exigir a Nacional Hotelera las enormes prestaciones que exigía a la antigua operadora, pero tampoco podían quedarse con las acciones porque éstas los convertían en propietarios, cosa que no les convenía porque carecían tanto de los medios económicos como de la experiencia para manejarlo. Balsa aprovechó la maniobra para que el sindicato bajara sus pretensiones y redujera la planta de empleados. El empresario se quedó con un hotel saneado de sus lastres y logró una operación redituable y exitosa.<sup>295</sup>

Después de estas negociaciones, fueron los dueños de hoteles quienes buscaban a Balsa para entregarles sus propiedades. La familia Elorriaga, por ejemplo, le otorgó la operación del hotel El Cano, con lo que totalizó cinco hoteles en Acapulco y cuatro en el Distrito Federal. Pero caería en sus manos el manejo de otro de los hoteles más importantes de la época y del que también hablamos en el capítulo anterior, el Hotel María Isabel, del famosísimo “rey del estaño” Antenor Patiño. Al parecer varias empresas se peleaban el contrato, entre otras, la corporación Hilton, pero Balsa con la audacia que lo caracterizó logró el contrato de arrendamiento cuando aceptó pagar una renta de un millón y medio de pesos mensuales. Para este contrato obtuvo un préstamo quirográfico de Somex por cerca de 20 millones de pesos, la cual usó para equipar y amueblar el hotel. Este equipo y los muebles, fue la garantía que Balsa ofreció a Patiño.<sup>296</sup>

Tampoco es raro que Balsa se quedara con el hotel si tomamos en cuenta que el arquitecto que llevó a cabo la obra fue Juan Sordo Madaleno, socio y amigo de Balsa de tiempo atrás. Es probable que debido a ello, la revista *Arquitectura México* dedicara un artículo muy extenso acerca de la construcción, materiales, diseño y servicios de este hotel, proyectado por Sordo Madaleno y José Villagrán, en el cual no aparece la foto de los arquitectos, pero sí la de Balsa, muy orgulloso de su nueva adquisición. En dicho artículo se menciona:

---

<sup>295</sup> TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera parte 2”, p. 2.

<sup>296</sup> TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera parte 2”, p. 2.

En uno de los puntos culminantes de esta ciudad cual es la privilegiada glorieta del Monumento a la Independencia, discretamente veladas por las arboledas del soberbio Paseo de la Reforma [...] se inauguró recientemente la edificación estelar de la industria hotelera mexicana. Sobriedad y buen gusto, comodidad moderna de primera magnitud; dispositivos, materiales, líneas, planos y colores a la usanza del día de hoy. Torrentes turísticos lo han estado inundando desde los primeros días, de modo que esta ejemplar realización está marcando época entre todas las numerosas ya de su género en nuestras latitudes mexicanas.<sup>297</sup>

Se cuenta que los salones de fiestas estaban llenos y que todo evento importante se llevaba a cabo en este hotel. En él se realizaron los banquetes oficiales que se ofrecieron a mandatarios como John F. Kennedy, al rey Balduino de Bélgica, a la Reina Beatriz de Holanda y a muchos otros visitantes distinguidos. De esta manera, se puede decir que César Balsa cumplía con aquella máxima de “hacer negocio con el dinero de otros”, lo cual también requería de audacia, imaginación, dedicación, ser un verdadero maestro en relaciones públicas y cultivar el arte del convencimiento. Aparentemente no le interesaban tanto las ganancias como que su obra tuviera una “trascendencia moral y social de orden nacional, pues todas las cosas que hemos hecho, y que seguiremos haciendo, han contribuido al desarrollo de la industria turística del país.”<sup>298</sup>

Para el año en que se inauguró el María Isabel, 1962, la empresa de Balsa ya estaba consolidada. Lo único que tenía que hacer era continuar con el ritmo mantenido hasta entonces y poner en práctica su filosofía: “Yo no atesoro el dinero. Lo invierto. Se acabó ya la época del colchón de oro. El dinero ha de tener una dinámica”.<sup>299</sup> Y así lo hizo. Adquirió el hotel Villa Montecarlo en Chapala, el Hotel Alberto en Hermosillo, la Hacienda de León, en León, Guanajuato. Se adjudicó el contrato para la operación de los restaurantes en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México, el que se abrió en el sitio arqueológico de Teotihuacán y el del Museo Nacional de Antropología e Historia. Abrió dos restaurantes Focolare en Guadalajara y llevó a cabo su primera aventura fuera de México con un restaurant en Puerto Rico.<sup>300</sup>

Pronto llegaría la oportunidad de expandir la cadena Balsa al extranjero. La ocasión se presentó en Nueva York, la propiedad: el Hotel St. Regis, de la familia Astor, uno de los más conocidos y lujosos de la ciudad. Como era de esperarse, Balsa no rechazó la oferta y decidió quedarse con el hotel. Gracias al apoyo de sus colaboradores ejecutivos, que incluían lo mismo arquitectos que contadores, pudo hacerle frente a la empresa y salir, otra vez, exitoso de ella. Pero así como se arriesgó con aquel hotel neoyorquino, Balsa de igual modo fue uno de los pioneros en el desarrollo turístico del Caribe

<sup>297</sup> CHACÓN, “Hotel María Isabel”, p. 70.

<sup>298</sup> FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 42 y TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera parte 2”, pp. 2 y 3.

<sup>299</sup> “De botones de hotel a millonario”, *ABC de Sevilla* (13 mayo 1963).

<sup>300</sup> TORRES IZÁBAL, , “Breve crónica de Nacional Hotelera parte 2”, p. 3.

mexicano gracias a la iniciativa de su también amigo Adolfo López Mateos, quien le pidió a la empresa de Balsa que hicieran estudios para establecerse en aquella zona, viendo el enorme potencial que tenía.<sup>301</sup>

Primero inició con el Hotel Mérida en Yucatán y después, en 1963 se aventuró a comprar el Hotel Zazil Ha, en Isla Mujeres, Quintana Roo, el cual fue remodelado para llegar a la cantidad de 100 habitaciones.<sup>302</sup> Pero su gran obra en la región sería el Hotel Presidente Cozumel, encargado igualmente a Juan Sordo Madaleno y a Roberto Wiechers. Fue un proyecto que podría considerarse experimental pues el aquel momento no había prácticamente nada en los alrededores. Además se construyó en varias etapas, formado por distintos edificios que fueron organizados dependiendo de su función y unidos por circulaciones verticales y horizontales. Contaba con dos núcleos habitacionales: uno con 32 cuartos y el otro, al sur del conjunto y a un nivel diferente, con 28. La alberca se encontraba al centro de los dos núcleos de habitación. En 1975 se le hizo una remodelación con la que se integró un edificio más de cinco niveles con 40 habitaciones más.<sup>303</sup>

Y así continuó. A pesar de la crisis de finales de los setentas el imperio de Balsa, aunque tuvo algunos tropiezos continuó firme.<sup>304</sup> Este hombre desarrolló una filosofía propia que aplicó al momento de hacer empresa y de crear establecimientos hoteleros. Consideró que los buenos negocios no se hacían de inmediato, sino que llevaban tiempo: “Toda gran obra requiere grandes sacrificios, la nuestra no está exenta de esa norma.” También tomó en cuenta el desarrollo de nuevas zonas turísticas a futuro. Invirtió en Acapulco, por ejemplo, pero también visualizó la saturación de negocios en el lugar y se fue hasta el Caribe para darle un nuevo rostro a la zona: Inspirado en “una industria hotelera de orden masivo y no en una de lujo”, vislumbró otros campos de acción.<sup>305</sup>

Según sus propias palabras, la construcción de su empresa fue difícil, pero no había sacrificio mientras hubiera satisfacción y él se encontraba completamente enamorado de su negocio: “Me gustaría llenar de hoteles la República y montar, cada día un restaurante nuevo. Crear siempre algo. [...] Tengo el afecto de los míos, el respeto de mis amigos y la satisfacción de saber que he llevado una

---

<sup>301</sup> TORRES IZÁBAL, “Breve crónica de Nacional Hotelera parte 2”, p. 3. y FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 43.

<sup>302</sup> “El hotel Zazil Ha”, p. 24.

<sup>303</sup> “Hotel El Presidente Cozumel, México”, p. 21.

<sup>304</sup> Fue hasta principios de los ochenta cuando Nacional Hotelera pasó a denominarse Hoteles Presidente. A mediados de los ochenta Fonatur tomó el control de la sociedad. Para ese momento Hoteles Presidente ya se había vendido a la empresa Turnal, S.A. de C.V. y finalmente la cadena desapareció con ese nombre cuando se firmó un contrato de coinversión con Intercontinental en 1994. En la actualidad los hoteles Presidente aún son operados por Intercontinental, en una alianza con el propietario de aquellos, el señor Ángel Lozada del grupo Gigante, que los adquirió en 2005. Jiménez Martínez, Alfonso de Jesús, “Las cadenas hoteleras en el mundo”, p. 182.

<sup>305</sup> FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 42.

vida recta y honesta.” Pero además, su filosofía poseía otra característica. En lo que parecería un diálogo con su antiguo patrón Manuel Suárez, comentó:

Pienso que, ante todo, debemos creer en lo que estamos haciendo. No debemos fijar metas que sobrepasen lo que nosotros consideramos nuestra máxima posibilidad. Debemos ser razonables y mantener un equilibrio mental que nos permita hacer, con frecuencia, un análisis frío y concienzudo de nosotros mismos y nuestras capacidades. Creo en la honestidad, en la devoción, en la constancia, en el amor, en la voluntad, en el sacrificio, en la fe, en la inteligencia, en el trabajo, en la ambición. Creo en todo aquello que es intrínsecamente bueno y que produce cosas valiosas.<sup>306</sup>

Ahora bien, ¿qué pudo haber pasado para que Suárez se estancara con su Hotel de México y Balsa pudiera tener bajo su control alrededor de veinte establecimientos de hospedaje sin problema? Primero que nada podemos mencionar las distintas condiciones en que estaba el país cuando arribaron a él, lo cual marca una diferencia generacional y por lo tanto, de edad. Manuel Suárez llegó a México en pleno conflicto revolucionario y a pesar de que en teoría las cosas estaban cambiando, todavía continuaban arraigadas las actividades ligadas al campo. Claro que incursionó también en la construcción de infraestructura, pero las cosas en aquel momento dependían mucho, como vimos en la primera parte de este capítulo, de las amistades con las personas en el poder y así como un día podías tener hectáreas de tierras y contratos al por mayor, al otro podías perderlo todo por lo mismo. Esto sin duda afectó a Manuel Suárez y sus fuentes de capital con lo cual pretendía construir solo su hotel.

César Balsa llegó a México en un período económicamente favorable gracias a la Segunda Guerra Mundial, en un momento en que comenzaba a dejarse atrás la dependencia del campo para exaltar el modelo industrial y en donde la promoción de nuevas industrias y actividades como el caso del turismo tenían un nicho de oportunidad claro a nivel gubernamental y privado. Balsa decidió dedicarse por completo a la empresa turística a través de diversos negocios: hoteles, restaurantes, cafeterías. Su visión lo llevaba a elegir aquellos sitios que tenían potencial de desarrollo y los compraba para mejorarlos y hacerlos ganar mucho más. También creó algunos, pero se sentía más cómodo “rescatando” negocios en apuros que le permitieron consolidar una compañía fuerte y organizada.

Manuel Suárez no constituyó ninguna empresa hotelera. Podemos decir que desarrolló cuatro hoteles exitosos, pero todos estuvieron en la provincia mexicana. Cuando decidió establecer uno en la ciudad de México, es probable que no haya tomado en cuenta las diferencias que existían entre la gran metrópoli en que se había convertido la ciudad y las poblaciones del interior de la república. Peor aún, en el momento en que debió estar rodeado de socios y personal de apoyo, Suárez se aisló y no aceptó ayuda de nadie, ni financiera, ni logística, salvo la de sus hijos. Caso contrario al de Balsa, que

---

<sup>306</sup> FORSTON, “La entrevista [...] a César Balsa”, p. 42.

construyó un equipo de trabajo con personas de la misma edad, que tenían los mismos intereses y además supo delegar responsabilidades con tino en cada uno de los hoteles que manejó tanto en la ciudad de México como en el interior.

Con el pretexto de querer mantener su capital cien por ciento nacional, Suárez no permitió la entrada de ninguna inversión extranjera en un momento en que la llegada de éstas era inevitable. César Balsa supo ser cauto con el dinero extranjero y lo dejó entrar en pequeñas proporciones, la empresa continuó considerándose nacional a pesar de tener ese ligero porcentaje, pero es probable que su actitud le haya abierto más puertas y haya mantenido calmado al mercado extranjero. Cuando Suárez finalmente decidió a dejar el hotel en manos de alguna cadena extranjera, ya había perdido millones en su construcción y la apertura continuó siendo lejana.

Las relaciones sociales y políticas fueron otro factor que diferenció a los dos empresarios. Cuando Suárez decidió construir el Hotel de México, sus tratos con el grupo político habían terminado desde hacía tiempo. Las personas en el poder, aproximadamente desde la presidencia de López Mateos, dejaron de lado las empresas de Suárez y favorecieron otras. El caso de Banamex y la relación con Gustavo Díaz Ordaz es claro. Aliados en la construcción del Hotel Camino Real, supieron anular a la competencia, de la cual formaba parte Manuel Suárez y su Hotel de México. Aislado de socios inversionistas y de los favores presidenciales, es lógico que la empresa de Suárez fuera difícil de concluir.

Los negocios de Balsa, además de dejarle dinero, le dejaron algo mucho más valioso: relaciones sociales y familiaridad con muchísimos personajes destacados de la época. Desde periodistas, hasta políticos, artistas, arquitectos. En este sentido el capital social fue incluso más importante que el monetario pues le permitió seguir con sus proyectos y conseguir múltiples aliados. Un ejemplo interesante es el caso de los arquitectos. Sabemos que Juan Sordo Madaleno fue su socio y el constructor de casi todos los hoteles que Balsa creó. Sordo Madaleno formaba parte del grupo de arquitectos mexicanos que en aquella época dominaban el sector de la construcción y era partidario de las corrientes modernistas que se abrían paso en México. Basta observar el tipo de arquitectura que predominó en estos hoteles para distinguir la sobriedad de los materiales, los grandes ventanales de piso a techo con aires futuristas, la simpleza de las formas pero, al mismo tiempo, las grandes dimensiones que los hacían tan espectaculares.

Este tipo de relación lo llevó a tener buena publicidad, artículos sobre los hoteles en las revistas especializadas del momento y buena reputación entre los constructores y entre los hoteleros. Así, Balsa supo rodearse de profesionistas mexicanos con los que hizo una excelente mancuerna. Manuel Suárez,

en cambio, prefirió dejar sus obras en manos de arquitectos españoles. Algunos conocidos del empresario de tiempo atrás, otros llegados con el exilio provocado por la guerra civil en España, pero todos, sin excepción eran de origen español. A pesar de su nacionalismo y no haber querido sacar su dinero de México, no interactuó con otro tipo de sectores en el país lo que demuestra cierta desconfianza y recelo ante las nuevas corrientes arquitectónicas mexicanas.

Por otro lado, Manuel Suárez fue el típico empresario que vio todo desde arriba. A pesar de haber trabajado como empleado a su llegada a México, una vez convertido en empresario sólo dirigió y supervisó algunos de sus negocios. En el caso de la hotelería, Suárez delegó el cuidado y administración de sus propiedades a otros y él, aunque conocía de cerca el negocio de la construcción por Eureka, no prestó la misma atención a los hoteles. Nunca se empapó de sus necesidades, de los problemas y de los costos de una empresa como la hotelera. Si lo hubiera hecho, se hubiera dado cuenta lo difícil que resultaría equipar un hotel de 1,500 habitaciones como en algún momento pretendió construir. El costo de la construcción del edificio más el de los gastos en equipo, muebles y suministros era lo que terminaba por asfixiar a hoteles como el Reforma de Pani.

Balsa conocía el negocio hotelero porque lo vivió desde niño, porque pasó por cada una de las secciones que lo formaban y trabajó en ellas para escalar posiciones, cosa común en la época, hasta llegar al puesto de gerente. Conoció el significado de ser empleado, director y dueño de un hotel. Esto se reflejó sin duda al momento de instalar sus establecimientos, de tratar con los trabajadores y con los clientes. Cuando apenas empezaba, decidió ocupar equipo de segunda mano, porque sabía que en ello se iría la mayor parte de su incipiente capital. Ya había algunas fábricas mexicanas que los elaboraban, pero la mayor parte del equipo para hoteles era importado, cosa que también afectó a muchos pioneros de la hotelería que buscaban ser favorecidos con alguna franquicia gubernamental que les redujera el pago de impuestos.

Finalmente no podemos dejar de mencionar el factor de la edad. Cuando Suárez emprendió la que consideraba su gran obra ya estaba entrado en los sesenta años y cuando se le vinieron todos los problemas encima ya pasaba de los setenta. Los últimos veinte años de su vida, cuando tenía ochenta y noventa años, los vivió sumergido en las deudas, en los problemas para pagar a los trabajadores, el aislamiento y la falta de apoyo de sus amigos. La perseverancia se convirtió en necedad, la independencia se transformó en soledad, el orgullo en una serie de malas decisiones que lo llevaron a morir antes de ver terminado su hotel.

César Balsa llegó a México en plena juventud, cuando tenía 25 años de edad. Para 1963, cuando el imperio ya estaba consolidado como tal, apenas tenía 40 años. La vitalidad, la energía, la capacidad

de negociar, de relacionarse con los demás, estaban en su apogeo cuando construyó los eslabones de su cadena. Definitivamente esto le ayudó para trasladarse de un lugar a otro, para lograr construir un hotel en la ciudad y al mismo tiempo, hacer estudios de viabilidad en otras regiones del país. Para encargarse de los hoteles que le entregaban sus propietarios y a la vez, crear conceptos innovadores como la “cocina del aire” o alimentar él solo a los deportistas que trajeron los XIX Juegos Olímpicos.

Personajes aparentemente similares, pero muy diferentes en su forma de hacer empresa, ambos se introdujeron en la actividad hotelera mexicana y contribuyeron a que ésta se consolidara y creciera. La actividad empresarial se transformó durante los años en que quisieron levantar sus negocios. Uno pudo sobrellevar los cambios porque de cierta manera era parte de ese cambio y el otro se quedó en las viejas maneras, en el amiguismo y las tierras, en el nacionalismo que cegaba en lugar de construir. Ambos, a su manera, colocaron piedras en el complejo edificio de la hotelería mexicana.





Miguel Covarrubias, Mapa mural *México pintoresco*, Hotel del Prado 1947 ([www.catarina.udlap.mx](http://www.catarina.udlap.mx))



Polyforum cultural Siqueiros y Hotel de México en construcción 1971  
(<http://archivo.eluniversal.com.mx>)

## Capítulo 4. Construir, equipar, distinguir el hotel

En la compleja red de actores e instituciones que intervinieron en el desarrollo de la actividad hotelera mexicana, uno de los más importantes y quizá también menos valorados, lo constituyeron aquellos que se encargaron de edificarlos, de crear inmuebles completamente nuevos, desconocidos en el país, que intentaron traducir la modernidad en materiales como cemento, vidrio o acero. Los arquitectos, diseñadores, decoradores y artistas que intervinieron en la realización física de estos nuevos espacios en una ciudad que cambiaba a ritmo vertiginoso llevaron a cabo un trabajo heroico.

El levantamiento de un hotel no sólo implicó la construcción del edificio que lo albergaría, sino la creación de espacios acogedores y apropiados para cubrir las necesidades de los huéspedes en sus más mínimas exigencias. Un elemento vital de su funcionamiento lo constituyó la sensación de confort y lo agradable que la visita resultara al cliente. Esto garantizaba el éxito del negocio, su publicidad y recomendaciones. De esta manera, los hoteles resultaron un verdadero reto para aquellos que se aventuraron a colaborar en su construcción. Desde las instalaciones y aquellas partes invisibles para los clientes, hasta las obras de arte que los decoraban, requirió del trabajo conjunto de muchas personas que lo desarrollaron con paciencia y esmero.

Así, en el primer apartado revisaremos la participación de los arquitectos en la construcción de hoteles y los problemas a los que se enfrentaron al tratar de crear estos espacios. No sólo los constructivos, sino los ideológicos que experimentaron al colaborar con miembros de la iniciativa privada. Quienes financiaban los hoteles solían compartir tendencias que a veces se contradecían con las de los propios arquitectos, muchos de los cuales todavía compartían el ideal revolucionario de una arquitectura social, para el pueblo y no para empresarios que buscaban enriquecerse aún más.

De igual modo se ubicarán los sitios en que se establecieron los hoteles más importantes de la ciudad y la época en la que fueron construidos, para visualizar cuándo y de qué manera los espacios hoteleros se distribuyeron en la ciudad de México. No podemos cerrar el apartado sin mencionar a los hombres que formaron parte de estos procesos fundamentales sin los cuales la hotelería mexicana no se hubiera podido concretar. Las preocupaciones, su manera de acercarse al hotel y dar vida a sus espacios resultaron decisivos al momento de integrarlo a la ciudad y a la cotidianidad de sus habitantes.

Además del crecimiento y expansión de la urbe, durante la época estudiada se llevaron a cabo diversos cambios en la manera de construir, en los materiales empleados para ello, así como en la idea que se tenía de lo que debía ser la comodidad ofrecida por un sitio de hospedaje. La modernidad que ostentaba la capital en sus calles, prácticas diarias, diversiones, en su ser cosmopolita, debía apreciarse

también en estos nuevos edificios tanto en su exterior como en el interior. De allí que los avances tecnológicos, la búsqueda materiales de la mejor calidad, el uso de mobiliario innovador y el empleo de las últimas técnicas constructivas fueran fundamentales al momento de edificar un hotel. Esto será revisado en el segundo apartado de este capítulo.

Finalmente y mención aparte mereció el arte desarrollado especialmente para decorar el hotel. En un espacio como el hotelero, decorar no poseyó un significado vano o simple, pues con él se hizo referencia a la creación de ambientes propicios para llevar a cabo las labores asignadas a cada área que formaba parte de él. De esta manera, para generar las sensaciones de comodidad, de protección, de seguridad o para transmitir alegría, calidez o incluso tranquilidad, algunos arquitectos decidieron integrar a su equipo a artistas destacados que pudieran darle al edificio un toque especial que los distinguiera de otros.

De esta manera, el arte elaborado para los espacios hoteleros nos ayudó a distinguir ciertas problemáticas que se llevaban a cabo en torno al arte mexicano en general y a visualizar más claramente la transición de éste de ser una práctica nacionalista y didáctica a lograr una internacionalización en donde los temas ya no eran únicamente los generados por la Revolución y la necesidad de legitimación del Estado, sino problemáticas universales compartidas a nivel mundial por una generación desencantada y vuelta a encantar con el oropel de la modernidad.

Dentro de los puntos resaltados en esta parte encontramos la dificultad que presentó a los artistas elaborar obras específicas para estos lugares. No todos estaban familiarizados con el manejo de grandes espacios, lo que en un primer momento hizo que la técnica más empleada en ellos fueran los murales. Pero el muralismo de finales de los años treinta seguía inmerso en la inercia revolucionaria y sus temas no siempre fueron adecuados para exhibirlos en los sitios de hospedaje. El arte también sirvió como una especie de publicidad sobre los atractivos turísticos del país, de la ciudad y de sus alrededores. Se dio el caso de algunos artistas que resaltaron esta parte al crear obras de carácter “informativo” con las que colaboraron con la difusión turística de México al transmitirlo directamente a los turistas que ocupaban el hotel. Al mismo tiempo los artistas satisfacían sus necesidades de acercamiento a la cultura y tradiciones mexicanas.

De igual forma, el arte hotelero mostró la manera en que cambió la injerencia gubernamental en las cuestiones culturales y artísticas y demostró cómo la iniciativa privada se convirtió en una activa promotora de las mismas. Con el paso del tiempo, las problemáticas humanas y las necesidades expresivas de los artistas sufrieron transformaciones condicionadas por el contexto social y político que se vivió en la época. Esto provocó que las obras de arte mexicanas, no sólo en los hoteles, sino de

manera general, adoptaran nuevos temas, técnicas, formas e incluso cambiara la interacción de los creadores mexicanos con los de otros sitios del mundo. Esto se reflejó en el que se exhibía y ambientaba los hoteles que se convirtieron en verdaderos museos de arte contemporáneo, lo que al mismo tiempo le otorgó un atractivo más que ofrecer a su clientela.

### **1. Arquitectura hotelera: personajes y problemas**

Esta sección no pretende analizar los hoteles desde el punto de vista arquitectónico, con cortes, fachadas o alzados, porque no contamos con las herramientas para hacerlo. Tampoco sabríamos calificar a qué tipo de tendencia corresponden o el momento exacto de la vida del arquitecto en que fue construido. Mucho menos buscamos describir con todo detalle el número de habitaciones, pisos, pasillos, elevadores o escaleras con que contaban ni los elementos técnicos o los cálculos matemáticos. Nuestra intención es otra: buscamos revisar la participación de los arquitectos y la arquitectura como parte vital en el desarrollo de la hotelería y tratar de exponer ciertos problemas que por diversas razones han sido poco discutidos.

La primera cuestión que revisaremos tiene que ver con el hotel como problema desde el punto de vista arquitectónico. El hotel se convirtió en un espacio igualmente querido que odiado por los constructores, además de que con el paso del tiempo, se hizo más complejo, lo que dificultó su diseño y edificación. Para los arquitectos de nuestro período de estudio, el hotel representó un reto no sólo desde el punto de vista del diseño o la técnica, también desde el punto de vista ideológico. Es probable que por ello haya sido excluido de sus propios diálogos, estudios y discusiones, provocando una falta de información que, salvo algunos notables esfuerzos, llega hasta nuestros días. En esta parte trataremos de exponer de qué se trata y porqué se ha dado una especie de rechazo hacia este espacio particular.

El segundo punto a examinar tiene que ver con el momento en que los hoteles se edificaron, dónde los ubicaron y porqué se decidieron por esos espacios. Lo que buscamos es plantear el fenómeno de la construcción de hoteles como respuesta también a las necesidades de la ciudad. No profundiza en las cuestiones urbanísticas pero sí resalta algunos problemas que padecía y que motivaron a los arquitectos y constructores de hoteles a proyectarlos y diseñarlos de una forma u otra.

Finalmente nos enfocaremos en los arquitectos que construyeron hoteles. No queremos repasar sus biografías, pues eso ya se ha realizado, buscamos aproximarnos a sus preocupaciones, a las cuestiones que los motivaban y a su modo de acercarse a la construcción hotelera. Armar esta parte resultó un tanto difícil pues, como veremos, fueron pocos los que hablaron abiertamente acerca de sus experiencias al proyectar o diseñar un hotel y si lo hicieron fue casi exclusivamente desde el punto de

vista técnico. Además, porque el número que se arriesgó a edificar alguno también fue reducido. Sin embargo, consideramos necesario presentarlos pues, sin ellos, los hoteles capitalinos no hubieran alcanzado el prestigio y la popularidad que lograron durante el período estudiado.

Ante las características de lo planteado arriba, la fuente de la que abrevamos en mayor medida para lograr estas reflexiones fueron las revistas de tema arquitectónico que se publicaron entre los años treinta y los setenta del siglo xx, las cuales fueron editadas por los propios arquitectos quienes eran también los que escribían sus artículos. No abundaremos en las tendencias políticas o los grupos de poder que las manejaban porque no está dentro de nuestros objetivos y porque nos desviaríamos bastante del punto de discusión, sin embargo, sabemos que estas publicaciones llegaron a representar distintas posturas e intereses. Aquí sólo ocupamos artículos que tiene que ver directamente con la arquitectura y nuestros temas particulares.

### *El hotel como problema arquitectónico*

Aproximadamente a partir de los años veinte, la arquitectura se convirtió en una herramienta más para cumplir los preceptos surgidos de la Revolución Mexicana, fue uno de los muchos dispositivos al alcance del gobierno para transmitir ideas. Sin embargo, éste solicitó de los arquitectos atender las demandas de tipo social que lo legitimaran y ayudaran a lograr la estabilidad política y económica que se necesitaba en aquellos años. Hospitales, escuelas y la llamada “habitación popular” fueron las construcciones promovidas por el Estado y ejecutadas por la llamada “arquitectura oficial”: “[Urgía] resolver arquitectónicamente problemas de servicio social de características típicamente nacionales. La arquitectura busca soluciones que señalen el carácter mexicano de los problemas y formas que se sitúen en México.”<sup>307</sup>

La arquitectura promovida por el Estado siguió de manera cercana la tendencia de la administración en turno. De esta forma, se propagó la idea, adoptada igualmente por los arquitectos acogidos por el régimen, de que la única arquitectura válida y útil era la que tenía un carácter social, es decir, la que incidía de manera directa en la vida de las mayorías y la que, además, reflejara el ingreso de México a la modernidad. Todo lo demás era considerado superfluo o ambicioso y quienes se dedicaban a promoverlo, es decir, aquellos que no pertenecían a la oficialidad, también lo eran:

La arquitectura moderna nació en el clima creado por la Revolución [...] Proyectar lo modesto, lo útil, lo económico [...] era una doctrina, una tarea de extenso significado social. Habían aparecido doctrinas sociales que ponían por primera vez al hombre ordinario como sujeto primordial de la arquitectura. De pronto había una urgente necesidad de habitaciones colectivas, hospitales, escuelas y centros de desarrollo físico. Se hablaba mucho de liquidar en corto plazo los contrastes

---

<sup>307</sup> “1938-1959”, p. 191.

entre la riqueza y la miseria, entre la salud y la vida precaria, entre la cultura y la total ignorancia [...]<sup>308</sup>

Como el propio arquitecto lo aceptaría años después, la realidad era mucho más complicada.

De esta forma, la “arquitectura privada”, es decir, aquella promovida por la iniciativa privada o por particulares, pasó desapercibida por mucho tiempo. Los estudiosos de la arquitectura, los historiadores y los propios arquitectos, prefirieron enfocarse en las grandes obras promovidas desde el gobierno y minimizaron la importancia de otro tipo de construcciones que también reflejaban, incluso mejor por no estar sujetas a un programa ideológico, las tendencias propias de la arquitectura mexicana. Los hoteles formaron parte de esta arquitectura, la que según se creía, formaba los escenarios de la vida burguesa, alejada de las necesidades de la colectividad, junto con residencias, oficinas, clubes o restaurantes.<sup>309</sup>

Esto, sin duda, significó un problema al momento de construir un hotel de lujo como los que estamos estudiando. La suntuosidad que rodeaba estos edificios, la ostentación tanto de las técnicas constructivas como de los materiales empleados en él, su promoción por parte de empresarios capitalistas y el hecho de ser un edificio dirigido a una elite, no sólo mexicana, sino extranjera, iba contra las ideas revolucionarias y con lo que se suponía que eran los verdaderos objetivos de la arquitectura de la revolución:

Puesto que la mayoría de los mexicanos vive en jacales, cuartos redondos y vecindades insalubres, exigimos que no se distraiga ni un solo centavo del Erario Nacional en monumentos arquitectónicos, avenidas decorativas, camellones decorativos [...] sino que se inviertan las cantidades correspondientes a favor de las necesidades fundamentales de habitación y de reunión de la clase trabajadora.<sup>310</sup>

Con el paso del tiempo, estas posturas se matizaron, sin embargo, la renuencia a hablar, estudiar y revisar la importancia de los edificios construidos por la iniciativa privada dentro de la arquitectura mexicana permaneció, con excepción de algunos casos que resultaron tan emblemáticos de una época o de un arquitecto que fue imposible dejarlos de lado.

Construir un hotel también representó un problema para la idea que se tenía de lo que debía ser la arquitectura mexicana y la representación de su ingreso a la modernidad. ¿Cómo debía pensarse un edificio que hospedaría a extranjeros de todas las nacionalidades, en tránsito por nuestro país, y que debían difundir una visión de progreso y estabilidad no sólo política, sino sobre todo económica? Las visiones se dividieron. La cuestión estética no era tan relevante, lo que realmente importaba era la utilidad y la funcionalidad del lugar: “La obra arquitectónica produce emociones estéticas; pero su

<sup>308</sup> YAÑEZ, “Cuestionario”, p. 91.

<sup>309</sup> YAÑEZ, “Cuestionario”, p. 91.

<sup>310</sup> “Vivienda para el trabajador”, p. 9.

finalidad no es de carácter estético, sino utilitario. Es decir, la calidad de la obra arquitectónica está en función de la utilidad que ésta preste a la sociedad.”<sup>311</sup>

Otros creían que se necesitaba un sitio que reflejara el carácter mexicano, pero que a la vez mostrara su capacidad de elevarse a un nivel internacional. Lo que se quería era encontrar un estilo nacional que se diferenciara de las demás arquitecturas del mundo. ¿Cómo lograr esto al tratar de edificar una obra con tantas especificaciones, las cuales muchas veces eran establecidas no por el arquitecto sino por el dueño del lugar? Por ello era común encontrar comentarios como que

Nuestra arquitectura, y me refiero a los últimos 50 años, entusiastamente ha seguido la corriente de renovación y se distingue de las arquitecturas internacionales por esa mexicanidad. Si a esto aunamos el sentido de libertad que ha regido en todos los gobiernos revolucionarios para la arquitectura y aquellos que la ejercen, la riqueza de materiales a disposición del arquitecto y el rápido adelanto socioeconómico del país, el resultado es, en suma, esa arquitectura mexicana internacional pero diferenciada, de expresión moderna, de tradición y nuestra.<sup>312</sup>

Ahora bien, los arquitectos no sólo se enfrentaban a la tarea de encontrar el sentido nacional en sus construcciones, sino mostrar la entrada de México a la modernidad. Se necesitaba un espacio que también se adaptara a las necesidades del hombre y en particular, del viajero moderno. Esto hizo, como se verá un poco más adelante, que cambiaran de forma continua las maneras de construir y de equipar los nuevos edificios, además de que debían satisfacer también el concepto que se tenía de la “hotelería moderna”, alejada ya de aquellos “grandes y vetustos hoteles europeos” los cuales no concordaban con la vida del viajero que “desayuna en Nueva York, come en París y vuelve a cenar en Nueva York” o del turista

que desea aprovechar [...] al máximo el paquete que adquirió en su lugar de origen y que le permitirá ver 20 países en 20 días de viaje. Inútil será para el hombre de negocios que debe levantarse temprano, tomar un baño mientras el desayuno le ha sido servido en su cuarto, asistir a una junta a las 9 a.m., invitar a comer a su cliente a la 1 p.m., proseguir con sus actividades después de la comida, vestirse de gala, asistir a alguna recepción y todavía desear divertirse en alguna discoteca esa misma noche. Lo anterior [...] nos pone a pensar que si las necesidades del viajero moderno han cambiado, sus satisfactores deberán también adecuarse, y uno de ellos es precisamente el concepto hotelero moderno a que hacemos referencia.<sup>313</sup>

El conflicto aumenta cuando se advierte que muchos de estos hoteles debían proporcionar un servicio al que se le llamó de tipo “norteamericano”. ¿Cómo conjugar la idea de mostrar el carácter mexicano con un servicio que debía agradar al extranjero y hacerlo sentir como en su propia casa? Lograrlo al parecer no fue algo sencillo, si es que en algún momento se consiguió. Los empresarios al

<sup>311</sup> “Editorial”, p. 8.

<sup>312</sup> SORDO MADALENO, “Cuestionario, p. 81.

<sup>313</sup> CALDERÓN VALDÉZ, “Ejemplo de la hotelería moderna”, p. 13.

parecer, dejaban al arquitecto la responsabilidad de solucionar el dilema y de atender los reclamos que ya se hacían para mediados de los años treinta:

[...] en el momento preciso en que nuestro deseo por ofrecer a los visitantes el mayor confort y las mayores comodidades, haga desaparecer o relegar a segundo término lo característico de México; es decir, lo que nos distingue precisamente de otros países (costumbres, arquitectura, etc.), el turista ya no tendrá ningún interés especial por visitarnos [...] Gravísimo error, repetimos, porque no sólo ahuyentará al turista [...] sino que, y esto es lo peor y más trascendental, nos irá desmexicanizando poco a poco [...] Enhorabuena, como decíamos antes, la construcción de hoteles y balnearios, la higiene y la comodidad, pero respetando, en nuestro propio interés, lo tradicional, lo típico, lo mexicano, en fin, que será justamente lo que “atraiga” al turista extranjero, deseoso de conocer cosas diferentes a las que ve todos los días.<sup>314</sup>

De esta forma llegamos a un problema más que se presentó y que no sólo tuvo que ver con su construcción, sino también al momento de legislar, de invertir, de estudiar, etc. los hoteles, que fue la dificultad para clasificarlo o definirlo. Durante nuestro período de estudio (1937-1968) no se llegó a un consenso para decidir si era un espacio comercial, de servicio, o uno de entretenimiento. También hubo problema para decidir si era un espacio público o uno más bien privado. La dificultad también pudo provenir del cambio en la conceptualización del hotel.

Lo más fácil era pensar en este espacio como un simple lugar de hospedaje, en donde los visitantes estarían de paso por períodos cortos de tiempo y en el cual cumplirían las funciones básicas cotidianas como dormir, asearse y tal vez comer. Con el paso del tiempo, es decir, ya hacia la segunda mitad del siglo XX, la idea del hotel se transformó y se le agregaron nuevas funciones, muchas de las cuales tenían que ver con el tiempo libre, el entretenimiento y con actividades sociales que ampliaron el concepto de hotel y que presentaron nuevos problemas al momento de edificarlos.<sup>315</sup>

Ahora bien, no todas las preocupaciones eran de tipo ideológico o conceptual, hubieron algunas razones de índole práctico que también representaron conflictos al momento de construir un hotel. Fueron muchos los aspectos que los constructores tuvieron que considerar, desde el tiempo de estancia del viajero, el lugar en el que se ubicaría, los materiales con los que se contaba, el presupuesto del promotor, sus dimensiones, e incluso la legislación a la que debía someterse, además de lo que significaba tener que diseñar un lugar con todas estas especificaciones e incorporarlo de manera sugerente al entorno urbano.

---

<sup>314</sup> “Confusión lamentable”, p.5.

<sup>315</sup> Llegó un momento en que se pensó al hotel como una “pequeña ciudad”, una muestra, en un solo edificio, de la vida urbana. Esto les hizo incluir espacios no sólo para las necesidades cotidianas como los baños privados, es decir, para cada habitación o restaurantes, sino lugares como fuentes de sodas, tiendas de regalos y novedades, peluquería y salón de belleza, florería, tabaquería, puestos de revistas, servicios bancarios, agencia de viajes y evidentemente, espacios deportivos y de entretenimiento como albercas o canchas de tenis, bares, cines o teatros y centros de espectáculos, mejor conocidos en la época como cabarets. “Región centro”, p. 239.



Por otro lado, elaborar el programa de un hotel era complejo y a menudo tenía que hacerse junto con el hotelero o promotor de la construcción, lo cual también solía causar conflicto con el arquitecto y su ego profesional, pues muchas veces no era fácil lidiar con la responsabilidad de hacer rentables las altas inversiones que suponía la construcción de todas las áreas con las que contaba, porque no se podía olvidar que un hotel no sólo era un lugar de servicio, sino también un negocio. De esta forma, las batallas que libró el arquitecto del siglo XX para sacar adelante este tipo de construcción fueron duras, sin embargo, los resultados, como veremos a continuación, son dignos de destacarse.

### *Hoteles capitalinos: Dónde, cuándo y porqué*

El período que revisamos (1936-1968) coincide con un momento en que la ciudad de México experimentó un notable crecimiento debido a la estabilidad que finalmente se consiguió tras el período revolucionario y al desarrollo económico que se obtuvo gracias a la actividad industrial. Según los especialistas en el tema, entre 1930 y 1950, el centro de la ciudad de México fue el espacio predilecto para la construcción de los principales edificios tanto públicos como privados. Además, fue una época caracterizada por la recepción de la migración del campo a la ciudad. El centro recibió a estos primeros contingentes que a partir de 1950 se trasladaron a la periferia de la ciudad contribuyendo a la expansión metropolitana.<sup>316</sup>

Así, para el aparato gubernamental, los géneros que tendrían prioridad ante estos cambios radicales en el crecimiento de la ciudad fueron los relacionados con el equipamiento urbano, la construcción de locales escolares y para el cuidado de la salud, sin dejar de lado los espacios destinados para el esparcimiento del cuerpo y los dirigidos a exaltar los méritos de los héroes y los sucesos nacionales trascendentes. Este mismo crecimiento ofreció nuevas áreas de inversión a la iniciativa privada: llenaría los espacios que la obra pública no ocupara. La iniciativa privada, al igual que el gobierno, tenía prisa sobre todo por reavivar el intercambio comercial y reactivar la economía. Sus finalidades eran distintas pero coincidían en la urgencia de iniciar sus operaciones.<sup>317</sup>

La iniciativa privada encontró en el turismo uno de esos campos no arados por la oficialidad y que fue propicio para iniciar también su tarea de inversión y de creación de infraestructura. En cuestión hotelera, en un primer momento (aproximadamente en los veintes) lo que se hizo fue tratar de adaptar o remodelar ciertos edificios de la época porfiriana y que funcionaban como sitios de hospedaje. De esta manera, la participación de los arquitectos en la hotelería de esta época todavía no era algo muy

<sup>316</sup> SUÁREZ, “Centro histórico”, p. 81.

<sup>317</sup> “Región centro”, p. 139.

solicitado y aún no existía un programa hotelero bien definido que se les uniera para producir hoteles más adecuados a las exigencias que se iban imponiendo.<sup>318</sup>

Así las cosas, llegamos al momento de la construcción del primer hotel esencial en esta investigación y que delimita nuestro período de estudio, el Hotel Reforma (1935-1936) y queremos referirnos en esta parte también al Hotel del Prado, este último, incluso, comenzó a construirse antes, en 1933, sin embargo lograría funcionar hasta 1946. Los ubicamos juntos de igual forma, porque ambos pertenecen al proyecto que Alberto J. Pani ideó para alentar el turismo en la ciudad de México y del cual hablamos en la segunda parte de este capítulo. El Hotel Reforma fue construido en un primer momento por Carlos Obregón Santacilia<sup>319</sup> y después por el arquitecto Mario Pani Darqui<sup>320</sup>. El del Prado fue proyectado y construido por Obregón.

El Hotel Reforma ubicado en el Paseo de la Reforma esquina con París, pionero en su tipo por la calidad y el lujo de los servicios ofrecidos, igualaba sin duda a los mejores sitios de hospedaje de otros países. Ofrecía 250 habitaciones y 250 baños, el primer sitio de hospedaje en el D.F. con un baño por cuarto. Dentro del proyecto, se prestó especial interés por los interiores, que fueron diseñados de manera cuidadosa para aportar el toque de mexicanidad y de modernidad tan demandado por los arquitectos, los empresarios y el público en general. Un elemento que lo distinguió también fue la incorporación del *roof garden*, que logró que el proyecto se integrara a los cánones del internacionalismo y, por supuesto, a la modernidad. Fue toda una novedad en la arquitectura mexicana

---

<sup>318</sup> Fueron contados los casos en que, para atender a la creciente demanda, algunos prestigiados hoteles, como el Geneve, ampliaron y remodelaron sus instalaciones con ayuda de un arquitecto, que en este caso fue Nicolás Mariscal. Otro caso conocido es el del Hotel Majestic, construido en 1925 por el arquitecto Rafael Goyeneche, en el Zócalo de la capital. “Región centro”, pp. 180-181.

<sup>319</sup> Carlos Obregón Santacilia nació en la Ciudad de México el 5 de noviembre de 1896. Murió también en el Distrito Federal el 24 de septiembre de 1961. Realizó sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Bellas Artes de la Universidad Nacional de México. Se recibió de arquitecto el 31 de mayo de 1924. Inició la práctica privada desde 1922 en colaboración con diversos arquitectos y fue presidente de la Asociación de Arquitectos Mexicanos de 1943 a 1947. Recibió numerosas distinciones a lo largo de su vida y se le recuerda por edificios como el de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, (1926-1929), el Monumento a la Revolución (1933-1938) o el Instituto Mexicano del Seguro Social, entre muchas otras obras. NOELLE, *Arquitectos*, p. 106 y 107.

<sup>320</sup> Mario Pani Darqui nació en la ciudad de México el 29 de marzo de 1911. Realizó sus estudios profesionales en la Escuela de Bellas Artes de París. Se recibió como arquitecto el 5 de junio de 1934 y revalidó su título en la UNAM, el 2 de octubre de 1934. Fue profesor de composición en la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM de 1940 a 1948; profeso de cursos para graduados e investigadores en la misma institución durante 1964; profesor del curso-seminario sobre planificación del sistema urbano en 1976 en el mismo lugar. Ejerció la práctica privada desde 1934 con asociaciones eventuales con otros arquitectos, en especial Enrique del Moral, José Villagrán García y Jesús García Collantes. Presidente de Mario Pani Arquitectos y Asociados desde 1958; Fundador y presidente de la revista *Arquitectura/México*, de 1938 a 1980. Director General del Proyecto de Conjunto de las Obras de Ciudad Universitaria, en colaboración con Enrique del Moral, de 1950 a 1952. Sus cargos y distinciones son muy numerosos y se le recuerda por obras como la Escuela Nacional de Maestros (1945-1947), el Conservatorio Nacional de Música (1946), la Unidad Habitacional Presidente Alemán (1949-1950), la ciudad habitacional Nonoalco Tlatelolco (1964-1966) y mucho más. Fue uno de los arquitectos que construyó más hoteles a lo largo de su carrera, un total de 7 hoteles entre los años 1934 y 1952. NOELLE, *Arquitectos*, pp. 119-120.

no sólo por su estructura, también por sus instalaciones pues fue el primero que utilizó tubería de cobre para el agua potable y de fierro fundido para las aguas negras.<sup>321</sup>

En cuanto al Hotel del Prado, vale la pena destacar, primero, su largo período de construcción, entre 1933 y 1946. En segundo lugar, que si bien estaba destinado al turismo extranjero, se planeó para aquellos visitantes que no podían pagar hoteles demasiado lujosos pero que tampoco podían hospedarse en las viejas casonas adaptadas para el servicio y cuya clientela era de un nivel social inferior. Además, se encontraba instalado en la que se consideró el corazón de la nueva zona comercial, es decir, en la Avenida Juárez y tendría 500 habitaciones, el más grande hasta el momento. Este fue uno de los primeros hoteles en que se aplicó el concepto de “pequeña ciudad”, es decir, un edificio en el que se encontraban reunidos todos o casi todos los servicios que se requerían en la vida diaria, desde bancos, hasta salones de belleza.

Los arquitectos, algunos ya con perspectivas urbanistas, veían a la ciudad de México como una ciudad moderna, en constante crecimiento y adaptación, como un organismo que vivía en evolución y que, si no podía crecer hacia un lado, lo hacía hacia otro y el cual, si se encerraba por todas partes, podía llegar a morir. El centro de la ciudad de México ya no era el zócalo que todos conocían, las actividades se habían trasladado y ahora México merecía una gran plaza moderna. El punto que parecía ser el indicado para ello era la intersección entre las nuevas avenidas que soportaban toda la nueva actividad de la ciudad moderna: el Paseo de la Reforma y la avenida Insurgentes.<sup>322</sup>

Con esta idea en mente, entre 1945 y 1946 tuvo lugar la construcción del Hotel Plaza, edificado nuevamente por el arquitecto Pani. Su idea original, era que formara parte de este nuevo centro de la ciudad que planeaba en la intersección del Paseo de la Reforma e Insurgentes. El plan maestro que tenía no llegó a construirse por completo, pero el Hotel Plaza sí, ostentando un concepto moderno en su arquitectura. El proyecto era bastante novedoso porque fue el primer hotel que se diseñó ubicando los cuartos de manera circular. Sin embargo, al ubicar las ventanas de las habitaciones en el círculo menor, éstas se redujeron de tamaño, en tanto que la circulación de acceso resultó bastante amplia. A pesar de estos “errores de diseño” se considera valiosa la audacia del arquitecto al darle una forma distinta a su

---

<sup>321</sup> El Hotel Reforma fue construido con ferroconcreto y cimentado con pilotes de madera. El ferroconcreto era un material compuesto a partir de la combinación de concreto y hierro unido molecularmente para producir una sustancia muy resistente al desgaste. Vale la pena mencionar que todas estas técnicas constructivas estaban en proceso de experimentación. Contaba también con un pozo propio que suministraba un caudal de 800 litros de agua potable por minuto y a pesar de su comprobada potabilidad se sometía a costosos procedimientos de esterilización. También introdujo un sistema de clima artificial que permitía que el aire que entraba al edificio fuera filtrado para que la temperatura interior se mantuviera siempre en 18 grados centígrados. “Región centro”, p. 236. El Hotel Reforma también fue el primero en introducir alfombras, no sólo en las habitaciones sino en otros sitios del lugar, con lo que se tuvo incluso que modificar el reglamento de salubridad referente a este tema pues se consideraba que los tapetes en hoteles eran excelentes criaderos de chinches. MENDIZÁBAL, “Texto sobre los 35 años de trabajo de Mario Pani”, p. 202.

<sup>322</sup> PANI, “Un nuevo centro”, p. 259.

construcción, a pesar de las críticas que recibió por haber construido un edificio cuyas formas estaban muy alejadas de “lo nuestro”.<sup>323</sup>

En 1945 también se construyó el Hotel Catedral, obra del arquitecto Félix Candela<sup>324</sup>, sito en la calle de Donceles, en el centro de la Ciudad de México. Su estructura fue realizada en acero, pero su fachada resultó bastante tradicional, integrada a la arquitectura de carácter colonial que prevalecía en la zona. Su cimentación fue diseñada por el ingeniero Nabor Carrillo, la cual resultó algo difícil, pues tuvieron que hacerla con una profundidad de cinco metros, es decir, dos metros más abajo del nivel natural del agua.<sup>325</sup>

Así llegamos a un cambio importante en desarrollo de la ciudad y de la construcción hotelera pues a decir de los especialistas, el corazón de la vida comercial de ésta se desplazó del centro histórico al poniente, hacia las antiguas calles de San Juan de Letrán y la avenida Juárez, en una zona en donde recientemente se habían construido restaurantes, tiendas, edificios de oficinas, salas de cine y otros establecimientos. Muchos nuevos hoteles se construirían en esta área y además del servicio específico que brindaban, ayudaron a darle forma a una nueva y moderna Ciudad de México.<sup>326</sup>

Por estas nuevas condiciones urbanas, vale la pena destacar la construcción en 1949 del Hotel Virreyes, pues fue situado en la Avenida San Juan de Letrán, zona que hasta ese momento se había considerado como marginada. Su construcción revalorizó el área y contribuyó a ampliar su desarrollo. Este hotel de autor desconocido, se caracterizó por buscar el sentido nacionalista en la forma de sus fachadas y en el uso de los materiales. El diseño interior y sus habitaciones todavía se encontraban lejos de la idea de cuarto estandarizado que ya se empezaban a manejar en la época, por lo que en este hotel existían habitaciones de dimensiones muy diferentes.<sup>327</sup>

---

<sup>323</sup> “Región centro”, p. 306.

<sup>324</sup> Félix Candela nació en Madrid, España, el 27 de enero de 1910. Realizó sus estudios profesionales en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Se recibió de arquitecto en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1936. Profesor en la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM entre 1953 y 1971. Profesor de tiempo completo en el departamento de arquitectura de la Universidad de Illinois de 1971 a 1978. Socio del despacho candela y Bringas, en Acapulco de 1940 a 1941; Arquitecto asistente de Jesús Martí y asociados en México, D.F. entre 1941 y 1944; consultor y proyectista de diversas obras y en la práctica privada de 1944 a 1970. Recibió varios premios y distinciones. Recordado en México por obras como el Pabellón de Rayos Cósmicos en Ciudad Universitaria (1952), el restaurante Las Chalupas, en Xochimilco (1958) o el Palacio de los Deportes (1968). NOELLE, *Arquitectos*, pp. 30-31.

<sup>325</sup> CUETO, “Cien años de Félix Candela”, p. 84. Uno de los asuntos que agobiaron a los arquitectos y que les ocasionaron muchos problemas fueron las propiedades del subsuelo de la ciudad de México, esto exigió la elaboración de diseños cuidadosos de las retículas de cimentación, tomar precauciones extremas en las excavaciones y adoptar métodos fuera de lo común para realizarlas. La “excepcional imaginación y la osadía de los arquitectos mexicanos” fueron indispensables para el desarrollo de técnicas de diseño y construcción de los edificios de la ciudad de México pues los avances en cuestión de cimentación, estructuras, etc., permitieron que los hoteles fueran más grandes, más altos y por lo tanto, con mayor capacidad para recibir huéspedes. ROSENBLUETH, “Veinticinco”, p. 315.

<sup>326</sup> “Región centro”, p. 304.

<sup>327</sup> “Región centro”, p. 304-305.

A pesar de que los problemas de infraestructura ciudadanos continuaban y aparentemente la falta de planificación también, los hoteles considerados de lujo se siguieron construyendo en las zonas señaladas, pero ahora, a decir de los estudiosos del tema, presentaron claros lineamientos formales correspondientes al llamado estilo internacional. En 1953, por ejemplo, se edificó el Hotel Bammer, originalmente construido por los hermanos e ingenieros Martínez Negrete y después, transformado y adaptado, además de decorado, por Arturo Pani, hermano del arquitecto Mario Pani. Así se reseñaba su apertura en aquel año: “El contingente hotelero de la ciudad de México se enriquece considerablemente con la inauguración del Hotel Bammer, con cuya obra decorativa la firma Arturo Pani D. S.A. ha logrado uno de sus mayores y más resonantes éxitos artísticos [...] Arturo Pani D. S.A. ha realizado una decoración por todos conceptos admirable [...] una decoración de exquisito buen gusto, alta calidad y fiel sujeción a la función hotelera.”<sup>328</sup>

Es importante también mencionar, entre 1955 y 1957, la construcción del Hotel Continental Hilton, obra del arquitecto Carlos Recamier y que marcó un cambio importante en la hotelería pues fue el primero en México con el concepto de “hotel cadena”, es decir, filial de otro hotel con el mismo nombre y con el mismo tipo de servicios. Para estas alturas ya se había adquirido una buena experiencia en la construcción hotelera y así, el programa arquitectónico pudo adquirir otro matiz, uno nuevo en el cual se buscó la eficiencia tanto para los inversionistas como para los huéspedes. Para la construcción de este hotel se calculó una inversión de treinta y dos millones de pesos y el hecho de que lo operara la cadena Hilton, suponía la atracción de miles de turistas.<sup>329</sup>

Debido a los éxitos obtenidos con construcciones como las antes descritas, el sector privado, confió cada día mayor número de obras a los arquitectos, quienes, a su vez, creaban conciencia acerca de la unidad que debía tener la ciudad en su conjunto, como un “recipiente” cambiante que daba cabida a una sociedad que se estaba definiendo. En esta trayectoria de búsqueda continua, el arquitecto dejó una clara huella a través de sus obras, las cuales, incluyeron también a los sitios de hospedaje. Su búsqueda se advierte claramente en los hoteles que se edificaron, pues se incluyeron formas y conceptos muy variados.

---

<sup>328</sup> “Nuevo hotel en la ciudad de México”, p. 45. En la misma década de los años cincuenta, el decorador de interiores Arturo Pani abrió también el Hotel Villa Nápoles en la calle de Nápoles, el costo de un millón de pesos. El mismo personaje inauguró y decoró también el Hotel Alffer que costó veintiocho millones en la calle de Revillagigedo. Este último es una muestra de la forma en que el lujo y la ostentación convivían en estos hoteles ciudadanos. Para su decoración se utilizaron mármoles italianos para las escaleras, mármol negro de Bélgica para las fuentes; Travertino de Perú para columnas, barras y jardineras; madera de nogal para puertas sillas y plafones; oro de hoja para recubrir cómodas, muros, columnas y plafones; y bronce para pasamanos, arbotantes y candiles. “Se invertirá este año en hoteles”, *Excélsior* (25 ene. 1956) y “Entrada, lobby, restaurante bar y cabaret”, p. 119-123.

<sup>329</sup> “Se invertirá este año en hoteles”, *Excélsior* (25 ene. 1956).

Entre 1960 y 1962 el arquitecto José Villagrán García construyó el Hotel Alameda, ubicado en la Avenida Juárez. Sólo contamos con algunos detalles sobre cómo era el hotel por dentro, con su piscina en el piso número 17 completamente cubierta y con vista a la Torre Latinoamericana, sus elegantes interiores, su sala de recepciones o el Salón Romano, “impecablemente adornado con macizos de flores y figuras de hielo artísticamente iluminadas” cuando se realizaba algún evento. Nos quedan más testimonios de su aspecto exterior que brindaba la sensación de modernidad gracias a sus enormes ventanales y que ubicaba a México como una ciudad cosmopolita instalada en el futuro, pues la edificación contrastaba claramente con la pequeña Iglesia de Corpus Christi del aparentemente lejano siglo XVIII, que de pronto se encontró envuelta por la nueva construcción.

El Hotel María Isabel, se construyó entre 1961 y 1962, obra del arquitecto Juan Sordo Madaleno. Ubicado “en uno de los puntos culminantes de esta ciudad cual es la privilegiada glorieta del Monumento a la Independencia, discretamente velada por las arboledas del soberbio Paseo de la Reforma” este hotel contó en su momento con la mayor capacidad en toda la república mexicana con 600 habitaciones. “Sobriedad y buen gusto, comodidad moderna de primera magnitud; dispositivos, materiales, líneas, planos y colores a la usanza del día de hoy”, fue inundando por turistas desde su inauguración.<sup>330</sup>

Este hotel fue una de las construcciones hoteleras más impresionantes por sus gigantescas proporciones. Contaba con once pisos y en cada uno de ellos había más de cincuenta habitaciones. Además, impresionaba por su fachada “categóricamente afiliada al verticalismo” que tan de moda se encontraba en aquellos días. “Las proporciones de los ventanales de cristales, las de las piezas de aluminio anodizado y el propio mármol de carrara que en angostas placas sube entre ventanal y ventanal hasta el remate general, son de franca verticalidad.” Por otro lado, se consideró que rompía con el orden plástico que había tenido hasta entonces la ciudad porque no siguió la curvatura de la glorieta con su volumen, sino que “la parte curva de la glorieta presenta el vacío de la plaza del hotel y de vistas oblicuas de distintas caras de los diferentes prismas que constituyen esta gran composición.”<sup>331</sup>

<sup>330</sup> CHACÓN, “Realizaciones mexicanas”, p. 70.

<sup>331</sup> La decoración de este hotel se presentó mucho más sobria que en el caso de las construcciones anteriores, lo cual también se asoció con la idea de modernidad. Así se describió al momento de reseñar el edificio: “En este hotel, una es la decoración sobriamente moderna que corre desde el nivel de la banqueta hasta el plafón del más alto de los pisos y otra es la decoración de las dependencias que se acercan más arriba de ese plafón. Si a la primera algunos la pueden tachar de pobre o inexistente, lo razonable es calificarla de contenida y moderadamente sobria, recordando que la elegancia comienza siempre por la sobriedad. En cambio, los pisos superiores del hotel han quedado como maravilloso retoño de lo que se hacía en esta materia hace unos dos siglos, cuando la decoración se escribía con inicial mayúscula y se invertían sumas fantásticas en molduras de todo perfil, adornos de todas las complicaciones imaginables y [...] elementos falsos [...]” CHACÓN, “Realizaciones mexicanas”, pp. 82 y 83.

Aunque otros hoteles de menor envergadura se construyeron durante estos años, queremos cerrar con el Hotel Camino Real Ciudad de México, construido en 1968 por el arquitecto Ricardo Legorreta Vilchis, y que cierra nuestro período de estudio. A diferencia de los otros hoteles de los que hablamos, el Camino Real no optó por la opción de la verticalidad y prefirió organizar sus dependencias y servicios de manera muy diferente. La amplitud de su terreno le permitió al arquitecto construir un hotel horizontal, con edificios bajos y muchas áreas verdes. Además, su ubicación lo sacaba un poco de lo que hasta ese momento había sido la “zona hotelera” de la ciudad de México. Por estas razones decidimos adoptarlo como nuestro hotel de cierre. Otra etapa de construcción hotelera se iniciaría a partir de su inauguración, de su número de habitaciones, de su distribución y su visión acerca de la forma en que debía de equiparse y decorarse un espacio de hospedaje.

Como ya hemos hablado de él con detenimiento en el apartado anterior de este capítulo, resaltaremos ahora sólo una característica que indudablemente lo diferenció de los demás hoteles y que después sería adoptado por otros: las creaciones artísticas que fueron incorporadas a la arquitectura. La mayor parte de los esfuerzos por incluir este tipo de obras fue el resultado de un movimiento conocido como “integración plástica”, encabezado por los principales arquitectos de la época con la propuesta de lograr la conjunción de las artes plásticas en la obra arquitectónica, resultado de una respuesta a varias inquietudes de los arquitectos:

por una parte, encontramos a aquellos abanderados del nacionalismo [...] que buscan matizar la neutralidad del estilo internacional en boga, con la concurrencia del muralismo mexicano, de probada raigambre nacional. Por la otra, profesionistas como Mario Pani, Pedro Ramírez Vázquez o Enrique de la Mora encuentran en estas asociaciones con los artistas plásticos una solución al cansancio frente a la repetición estereotipada de las corrientes internacionales del momento.<sup>332</sup>

La tendencia a integrar a las artes plásticas en las obras arquitectónicas continuaría, por ello, encontramos ejemplos bastante importantes como el que se dio con el Hotel Camino Real, en donde no sólo encontramos el trabajo de Mathías Goeritz y Luis Barragán, o la escultura de Alexander Calder, también los murales de Luis Covarrubias y Rufino Tamayo, o las pinturas de Pedro Coronel y Pedro Friedeberg, entre otras.<sup>333</sup>

Dejamos hasta aquí nuestro recuento de cuándo, dónde y porqué para acercarnos un poco más a estos personajes gracias a los cuales la construcción hotelera en la ciudad de México pudo llevarse a

<sup>332</sup> NOELLE, “Arte en los hoteles”, p. 20.

<sup>333</sup> Las muestras de arte que se presentaron en los hoteles fueron numerosas e iban desde el emplomado, “herencia medieval, hasta los ambientes monocromáticos de Matías Goeritz, pasando por diversos grados de realismo, donde el compromiso social tiene un sitio preponderante”. Por ello encontramos el trabajo de figuras como Diego Rivera, con una postura “didáctica, imaginativa y de gran precisión en la ejecución, o Rufino Tamayo con sus propuestas líricas y de intenso colorido”, que compartían espacios internos y externos con propuestas audaces y novedosas de artistas que pertenecían a generaciones más jóvenes y que por lo mismo, tenían visiones críticas y disidentes. NOELLE, “Arte en los hoteles”, p. 22.

cabo. Los arquitectos de la época tuvieron preocupaciones particulares y una visión especial acerca de su oficio y de la forma en que éste debía practicarse. También en torno a la actividad turística y a la construcción de hoteles. Fue difícil ubicarlas, porque, como comentamos al principio, pocos expresaron sus impresiones en torno a estos asuntos, sin embargo pueden encontrarse en su discurso sobre su vida y obra, además de algunas más que formaron parte de las revistas especializadas y de las discusiones de su gremio durante estos años.

### *Arquitectos constructores de hoteles*

En esta sección no se busca hacer un nuevo catálogo de biografías de los arquitectos del siglo XX. Más bien trataremos de señalar ciertos intereses comunes, algunas preocupaciones y cómo abordaron la tarea de construir esta nueva y moderna ciudad de México. El turismo y los hoteles formaban parte de este discurso moderno tanto de manera conceptual como formal, al integrarse con sus edificios e infraestructura a una urbe que estaba en transformación.

En su libro *Modernidad y arquitectura en México*, Edward R. Burian nos habla de estos protagonistas como “un grupo pionero de arquitectos modernos de los albores del siglo XX”, una generación de arquitectos mexicanos que más bien eran tres generaciones: una que todavía nació en el siglo XIX y que estudió en las escuelas tradicionales que enseñaba el oficio de arquitecto, como la Academia de San Carlos, como el caso de Carlos Obregón Santacilia y Manuel Ortíz Monasterio (1887-1967); otra, que nació a principios del siglo XX y cuya vida recorrió prácticamente todo el siglo, que estudiaron en sitios como la Academia de San Carlos, pero que también tuvieron la oportunidad de ir ya a la Escuela Nacional de Arquitectura y que se reciben, en su mayoría, en la primera mitad de la década de los treinta, como el caso de José Villagrán García (1901-1982), Juan O’Gorman (1905-1982), Francisco Serrano (1900-1982) o Enrique del Moral (1906-1987); Finalmente tenemos una tercera, que nació en la década de la Revolución, algunos estudiaron aquí, en la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM, pero otros tuvieron la oportunidad de hacerlo en el extranjero. Tal es el caso de Mario Pani Darqui (1911-1993), que estudió en la Escuela de Bellas Artes de París, Juan Sordo Madaleno (1916-1985), Augusto Álvarez (1914-1995) o Vladimir Kaspé (1910-), ruso nacionalizado mexicano que también estudió en París. La mayoría de este grupo se tituló a finales de los treinta y principios de los cuarenta.<sup>334</sup>

La profesionalización del arquitecto estuvo también acompañada de su adopción por parte del aparato gubernamental, quien los fue comisionando para llevar a cabo diversidad de obras que estaban

---

<sup>334</sup> BURIAN, *Modernidad*, p. 2 y NOELLE, *Arquitectos*.



relacionadas con el cumplimiento de las demandas, sobre todo sociales, que habían derivado de la Revolución. Así, La Escuela Nacional de Arquitectura, que dejaba atrás las “formas tradicionales” de enseñar el oficio, se convirtió en un semillero de nuevos profesionistas que se encargarían de dar lugar a la estructura sólida que sostendría a la nueva sociedad surgida de la Revolución. Esto nos interesa sobre todo porque con estas nuevas formas de enseñanza también llegaron nuevas discusiones, nuevas influencias y otras maneras de pensar los distintos espacios habitacionales. Uno de estos espacios repensados fueron sin duda los sitios de hospedaje.

Con ligeras diferencias en sus edades, a estos arquitectos les tocó vivir, desde la fase armada de la revolución, hasta el período posrevolucionario y por esta razón, encontraron que su papel como profesionistas estaba ligado a la lucha, no precisamente armada, pero sí a una que los sacara adelante como gremio y que ayudara a hacerlo a su sociedad. Por ello, el “arquitecto moderno” se encontraba preocupado por infinidad de aspectos, todos relacionados con su momento: por la estructura de la ciudad, por el funcionamiento de los servicios públicos, por la marcha de la Escuela Nacional de Arquitectura, por el destino de la profesión y por la educación del público en general.<sup>335</sup>

Se consideraba que el arquitecto desempeñaba un papel de suma importancia por la relación que tenían con la habitación humana, pero, en concordancia con lo que vimos en la primera parte de esta sección, el paso de la Revolución también hizo que se considerara que el arquitecto debía trabajar para las mayorías. El arquitecto tenía una función social y en ella estaba su verdadero servicio a la patria, debía ayudar a resolver los problemas sociales y urbanos del país: “El arquitecto es el intérprete de la época y de su particularidad. Debe tener [...] una clara conciencia del bien social.”<sup>336</sup> Así, las obras de beneficio colectivo eran la misión de los arquitectos mexicanos, sin que ello significara descuidar “el aspecto de arte que siempre caracterizará a la arquitectura, como camino de creación artística con una técnica a su servicio y no al contrario [...]”<sup>337</sup>

Para nuestros arquitectos, el papel desempeñado por el gobierno en la época había sido fundamental para el desarrollo de su disciplina y, a pesar de que fue éste quien les hizo imprimir la ideología del régimen en los edificios oficiales, los arquitectos aseguran haber gozado de entera libertad para realizar su labor. La mayoría de ellos considera “el gran sentido social de la obra del gobierno” como uno de los factores fundamentales que ayudó a desarrollar la arquitectura mexicana y a unir a los arquitectos como gremio y se advierten comentarios como:

---

<sup>335</sup> GÓMEZ MAYORGA, “Posición del arquitecto”, p. 25.

<sup>336</sup> DEL MORAL, “Cuestionario”, p. 45.

<sup>337</sup> MIJARES, “Consideraciones”, pp. 69-70.

Cabe hacer notar otra condición que ha tenido consecuencias en la arquitectura de México: la libertad en la que las autoridades han dejado al arquitecto trabajar [...] Recuerdo que hace 30 años, todavía se trataba de imponerle soluciones de acuerdo con estilos históricos en desuso, por ejemplo, por un erróneo sentido nacionalistas, se pretendía que se hicieran las construcciones estilo colonial.<sup>338</sup>

Su contemporaneidad no les permitía advertir que las cosas no habían cambiado tan drásticamente como lo creían.

De esta manera, los arquitectos exaltan las obras promovidas por el gobierno en mayor medida que las financiadas por la iniciativa privada. Una vez más, las unidades habitacionales y la planeación de los grandes conjuntos urbanos aparecen como “obras de extrema importancia social”, junto con los edificios escolares y hospitales, y suelen dejar de lado las que eran encargadas por el sector privado. Sólo algunos cuantos alcanzaron a hacer esta distinción entre los dos tipos de arquitectura y su importancia, como el arquitecto Héctor Mestre, uno de los pocos que hizo comentarios al respecto: “También el inversionista particular, se lanza a hacer edificios ambiciosos de bancos, oficinas, de comercios, de diversiones, de hoteles, de industria, etc. Como es natural, el arquitecto mexicano ha encontrado aquí un campo propicio para su desenvolvimiento [...] no sólo las esferas oficiales realizaban grandes obras, sino que la iniciativa privada no quedaba a la zaga y en todas las ciudades de la República, se ven los progresos evidentes en el campo de la arquitectura.”<sup>339</sup>

Salvo este tipo de excepciones, en general se advertía una especie de crítica y cierto rechazo a quienes realizaban obras para el sector privado, trabajar para una minoría cuando la sociedad en expansión necesitaba muchas obras de infraestructura tal vez era considerado como un desperdicio, tanto de conocimientos como de dinero, y en cierta medida, una traición hacia el legado revolucionario. Por ello, muchos se alegraban de que arquitectos como Mario Pani, por ejemplo, que en un primer momento se dedicó a hacer hoteles, comercios y casas habitación, hubiera dejado un poco a un lado este tipo de obra para construir las grandes unidades habitacionales de la época, como la Presidente Alemán, Presidente Juárez o Nonoalco-Tlatelolco.<sup>340</sup>

De esta forma, fueron pocos los que aceptaron el reto de construir un hotel, y los que lo hicieron, no hablaron abiertamente de su experiencia salvo en ciertos casos ya en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, no podemos ignorar que la construcción de algún hotel fue fundamental para la trayectoria de ciertos arquitectos, como la del multimencionado Mario Pani, quien saltó a la fama gracias a la construcción del Hotel Reforma, tarea encomendada por su tío el ingeniero Alberto J. Pani.

<sup>338</sup> DEL MORAL, “Cuestionario”, p. 46.

<sup>339</sup> MESTRE, “Apuntes sobre la arquitectura mexicana”, p. 40.

<sup>340</sup> CHACÓN, “El arquitecto”, p. 124.

Hay quienes consideran que para el recién estrenado arquitecto “fue una prueba profesional decisiva, podría llamársele su “alternativa” si hablásemos en léxico taurino; viene a ser su primer trabajo de importancia y a partir de ese momento puede decirse que la ciudad de México fue suya.”<sup>341</sup> A partir de este momento, la construcción hotelera sería una constante en la carrera de Pani, no sólo en la ciudad de México, sino también en lugares como Morelia o Acapulco, a veces solo y en ocasiones en colaboración con Enrique del Moral.<sup>342</sup>

Otro arquitecto que sin duda vio influida su carrera debido a la construcción hotelera fue Ricardo Legorreta Vilchis. Como vimos en el apartado anterior su trayectoria fue marcada por la construcción del Hotel Camino Real Ciudad de México. Hay quien piensa que es quizá la obra más representativa del estilo constructivo de este arquitecto, aunque, como también vimos, fue realizado con la colaboración de un amplio y bien armado equipo. El Camino Real sacó a la luz una nueva forma de construir hoteles, tanto en lo conceptual como en lo formal y continua siendo hasta nuestros días una de las muestras más representativas de la arquitectura mexicana contemporánea. Después de haber cumplido con este encargo de Banamex y los Legorreta, al arquitecto se le encomendaron los nuevos hoteles que se integrarían a la cadena Camino Real, gracias a lo cual realizó un total de cuatro más durante este período.<sup>343</sup>

Un arquitecto más que debemos mencionar de manera particular es Juan Sordo Madaleno, quien se estrenó como constructor de hoteles en la ciudad de México en 1962 con el Hotel María Isabel, edificado en colaboración con José Villagrán García y José Wiechers, encomendado por el magnate boliviano Antenor Patiño.<sup>344</sup> Para esas alturas, ya había realizado el Hotel Presidente, en Acapulco, Guerrero en 1958 y la edificación del Hotel María Isabel fue un evento importante para el arquitecto, para la hotelería mexicana y para la fisonomía de la ciudad de México debido al sitio de su edificación y a las características que ostentó. Las reflexiones en torno al edificio no se hicieron esperar:

Nada más ocurre preguntar su tal como ha quedado este hotel corresponde realmente al lujo urbanístico de ese superlativo punto de nuestra ciudad, o al lujo que el millonario boliviano hubiera tal vez soñado para su propiedad estelar. Desde luego [...] no es precisamente un hotel

<sup>341</sup> CHACÓN, “El arquitecto”, p. 126.

<sup>342</sup> Hotel Reforma, ciudad de México, 1935-1936; Hotel Alameda, Morelia, Michoacán, 1944; Hotel Plaza, Ciudad de México 1945-1946; Hotel Pozo del Rey, Acapulco, Guerrero, en colaboración con Enrique del Moral, 1951-1953; Hotel Posada de los siete mares, Acapulco, Guerrero, en Colaboración con Enrique del Moral, 1951-1952; Hotel Club de Pesca, Acapulco, Guerrero, en colaboración con Enrique del Moral, 1952.

<sup>343</sup> Camino Real Puerto Vallarta, 1969; Camino Real Cabo San Lucas, 1972; Camino Real Cancún, 1975; Camino Real Ixtapa Zihuatanejo, 1976.

<sup>344</sup> José Adolfo Wiechers Escandón, nació en México, D.F. el 11 de febrero de 1932. Realizó sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM. Se recibió de arquitecto el 4 de mayo de 1956. Profesor de composición y construcción, en la Escuela Nacional de Arquitectura de 1954 a 1958 y en 1965; consultor de composición en la Universidad Iberoamericana, de 1959 a 1962. Práctica privada desde 1952 en sociedad con Juan Sordo Madaleno. NOELLE, *Arquitectos*, p. 157.

para turismo de gran lujo, sino para el que normalmente nos llega de “al norte del Río Bravo”. Si es a este sector turístico al que se ha anhelado atraer, creemos que el estado actual que presenta el María Isabel es sencillamente perfecto, ni más ni menos.<sup>345</sup>

Sordo Madaleno construiría un total de cinco hoteles<sup>346</sup> a lo largo de su trayectoria, incluido el Hotel Presidente Chapultepec en 1978 del cual el propio arquitecto comentó: “He hecho muchos edificios pero este es muy especial por su tamaño, su volumen, su diseño, y por estar dentro de la época actual de mi desarrollo profesional. No cabe duda que el arquitecto como ser humano cambia y evoluciona, y el Hotel presidente Chapultepec me satisface plenamente porque responde a mi pensamiento actual acerca de la arquitectura.”<sup>347</sup> En efecto, a pesar de que no se hicieron grandes comentarios sobre el tema o que éstos hayan sido opacados por las grandes obras de carácter social en apoyo a los gobiernos, los arquitectos seguramente vivieron de manera intensa, con mucho entusiasmo y, por qué no, también quizá con presiones e impaciencia, la construcción de los hoteles que sin duda, formaron parte importante de su trayectoria profesional.

Finalmente, vale la pena destacar que algunos arquitectos distinguieron varias etapas en el desarrollo de la construcción hotelera de la ciudad de México. Consideraron, por ejemplo, que la tradición de los establecimientos de hospedaje inició en la época de la dominación española, pero que fueron las fiestas del centenario de la independencia, en 1910, lo que motivó la construcción de los primeros espacios dedicados exclusivamente a la hotelería, dejando de lado la arquitectura de “arreglos y acomodamientos” que se había llevado a cabo hasta ese momento. Estos hoteles de la etapa “antigua” construidos todavía en el porfiriato eran el Geneve y el Imperial. La etapa “moderna” de la arquitectura hotelera, comenzaba a mediados de la década de los treinta y era inaugurada por el Hotel Reforma.<sup>348</sup>

Esta era la época en la cual ellos se encontraban insertos. Se consideraba que arquitectos y construcciones hoteleras estaban en una “manifiesta marcha ascensional”, la cual continuaba y que también relacionaban con la cantidad de cuartos que tenían los hoteles, mientras más tuviera, más moderno era: “Baste recordar que en pleno y brillante 1910, cuando el país parecía incommoviblemente consolidado y todas las potencias guardaban gran suerte de consideraciones, el mejor hotel de nuestra capital o sea, el Del Jardín [...] mantenía perfectamente equipados y siempre ocupados 50 cuartos, no más.”<sup>349</sup> Por ello, cuantificaban el avance o el progreso de la hotelería, con el número de habitaciones

<sup>345</sup> CHACÓN, “Realizaciones mexicanas”, p. 83.

<sup>346</sup> Hotel El Presidente, Acapulco, Guerrero, 1958; Hotel María Isabel, ciudad de México, en colaboración con José Villagrán y José Wiechers, 1961-1962; Hotel El Presidente Cozumel, Quintana Roo, en colaboración con José Wiechers, 1968-1969; Hotel El Presidente Chapultepec, en colaboración con José Wiechers, 1976-1977.

<sup>347</sup> NOELLE, “Diálogo con el arquitecto Juan Sordo Madaleno”, p. 11.

<sup>348</sup> “Obras. Hotel Reforma”, p. 126.

<sup>349</sup> CHACÓN, “Realizaciones mexicanas”, p. 71.

que ponían a disposición del público: Reforma, 250; Alameda, 362; Regis 378; Del Prado, 411; María Isabel, 600; Camino Real, 700.

Podemos decir entonces que los arquitectos constructores de hoteles estuvieron comprometidos con su momento y con su sociedad. Supieron atender las demandas de los sectores oficiales y del régimen en general, pero también tuvieron la visión de satisfacer a ese otro grupo que formaba parte tanto de la economía como de la sociedad mexicana: el sector privado. Algunos trabajaron con éste ocasionalmente, otros lo hicieron de manera continua, a lo largo de su trayectoria y supieron enfrentar los retos que significaba lidiar con un programa generalmente impuesto por agentes externos, con las dificultades o los beneficios de contar con un amplio presupuesto, con el desafío de convertir su obra en un negocio que redituara las inversiones empleadas en su edificación y además, de lograr que se adaptara al entorno urbano, que reflejara su estilo y la contemporaneidad de la arquitectura mexicana.

## **2. Modernidad y confort: técnicas y materiales empleados en la construcción hotelera**

El hotel fue considerado como una muestra de la modernidad que había alcanzado México, no sólo en cuestiones constructivas, sino en lo económico, en lo social, en lo cultural. La llegada de visitantes extranjeros lo hacía una ventana ideal para que esta idea se propagara a los distintos rincones desde donde llegaban los turistas. De cierta forma funcionaba como un mecanismo de publicidad, no sólo de los servicios turísticos, sino del país en general. Por este motivo, se consideró que los hoteles debían de contar con los mejores materiales, con lo último en tecnología, con los más finos y lujosos acabados, pero eso sí, que significaran también la mejor inversión para los promotores porque, finalmente, el hotel era un negocio. Esta situación agregó un reto más a los arquitectos que los edificaron.

Porque además, no sólo se debía contar con lo mejor en cuestión de decoración interior, mobiliario o acabados, esta sólo era la parte exterior. El hotel también tenía una parte invisible, una parte interior que no percibían los usuarios pero que formaba parte indispensable de los servicios que brindaba el establecimiento: tuberías para agua caliente y fría, instalación eléctrica, ductos, aire acondicionado, cableado telefónico y mil cosas más debían ser minuciosamente colocados y elaborados también con materiales de buena calidad para que esta parte interna se mantuviera así, invisible y sin presentar problemas que conflictuaran la estancia del huésped en el hotel.

Todas estas precisiones técnicas fueron acompañadas también por el concepto de comodidad. Uno de los objetivos primordiales del hotel era que el visitante estuviera lo más cómodo posible, que tuviera a su alcance, “todas las comodidades que la vida moderna requiere para desarrollar libremente

el juego de sus actividades”.<sup>350</sup> Todos los hoteles anunciaban tener los mejores y más modernos servicios o ser un “alarde de confort, refinamiento y buen gusto”.<sup>351</sup> De esta forma, el confort o comodidad a través de lo último en tecnología sería una de las características que debía ofrecer todo hotel que se considerara moderno.

La inversión de la iniciativa privada solía ser grande y más pensando en que lo que se invirtiera en la construcción y en el equipamiento de su hotel redituaría en las ganancias obtenidas gracias a su buen funcionamiento y a los clientes satisfechos, por ello, sería en este tipo de edificios en donde los adelantos de la “tecnología moderna” se verían aplicados más claramente. De esta forma, se dio de manera paralela, el surgimiento de gran cantidad de constructoras y un perfeccionamiento y crecimiento de la industria de la construcción, la capacitación de los técnicos en este ramo y la elaboración a nivel industrial de los materiales.

### *Estructuras y cimentación*

Uno de los asuntos que agobiaban a los arquitectos y que les ocasionaba muchos problemas eran las propiedades del subsuelo de la ciudad de México, esto exigía la elaboración de diseños cuidadosos de las retículas de cimentación, tomar precauciones extremas en las excavaciones y adoptar métodos fuera de lo común para realizarlas. La “excepcional imaginación y la osadía de los arquitectos mexicanos” fueron indispensables para el desarrollo de técnicas de diseño y construcción de los edificios de la ciudad de México pues los avances en cuestión de cimentación, estructuras, etc., permitieron que los hoteles fueran más grandes, más altos y por lo tanto, con mayor capacidad para recibir huéspedes.<sup>352</sup>

De allí el crecimiento, por ejemplo, de la industria del cemento, material que comenzaba a sobresalir como el preferido para este tipo de construcciones. La utilización del cemento y sus sistemas constructivos ayudó a que se pudieran hacer edificios de varios niveles, lo cual se consideró una nueva etapa de la arquitectura mexicana que aseguró mayor aprovechamiento del suelo y seguridad con las nuevas posibilidades estructurales.<sup>353</sup> El cemento Anáhuac, incluso, llegó a promocionarse como el cemento que contribuía al fomento del turismo pues esta “industria sin chimeneas, recibe vigoroso impulso a través de la construcción de regios y confortables hoteles... y el cemento es su más sólido aliado.” El Hotel El Presidente, por ejemplo, cuya construcción comenzó a finales de la década de los cincuenta, se construyó totalmente con concreto premezclado.<sup>354</sup>

<sup>350</sup> “Hotel de lujo”, p. 40.

<sup>351</sup> “Un hotel en la ciudad de México”, p. 73.

<sup>352</sup> ROSENBLUETH, “Veinticinco años de cimentaciones”, p. 315.

<sup>353</sup> JIMÉNEZ, “Las condiciones materiales”, p. 122.

<sup>354</sup> Anuncio Cementos Anáhuac, s/p.

Otro sistema utilizado para la construcción de hoteles fue el ferroconcreto<sup>355</sup>. Este fue el caso del Hotel Reforma, el cual fue cimentado con pilotes de madera. El ingeniero Alberto J. Pani, nos cuenta un poco de lo que sucedió al momento de decidir la forma en que se alzaría el nuevo hotel:

[...] se excavó el terreno para una cimentación superficial de ferro-concreto desplantada en dos planos: el general, a metro y medio bajo el nivel de la calle, y un pequeño espacio para sótano, a cinco metros. El subsuelo, extremadamente comprensible, sería consolidado con estacas delgadas de tres metros de longitud [...] Casi terminada la excavación, un ingeniero [...] se sirvió advertirme los peligros, para la altura y el peso del edificio por sustentar, de la cimentación superficial apoyada sobre dos capas diferentes de un subsuelo de tan poca resistencia y tan dudosamente consolidado. El referido ingeniero había hecho interesantes estudios especiales sobre la materia y recomendaba [...] el uso de pilotes profundos [...] Se practicaron varios sondeos que revelaron la existencia de dos mantos resistentes, uno a 35 metros y el otro a 55 metros bajo la banqueta. Con el estudio de estos mantos, las informaciones obtenidas sobre procedimientos y resultados de las cimentaciones similares [...] y el propósito de llegar, con la solución que se adoptara, a la seguridad y la economía máximas posibles, se concibió al fin un sistema mixto consistente: a) en la repartición superficial de la parte del peso del edificio que la resistencia del terreno podía seguramente equilibrar y b) en la transmisión al subsuelo del peso restante del edificio [...] para lo primero, se recurrió a una cuadrícula de trabes de ferroconcreto, de gran peralte [...] para lo segundo, se recurrió a pilotes de madera hincados en el fondo de la excavación [...]<sup>356</sup>

El Hotel Reforma fue innovador de muchas maneras, la cimentación para un edificio de sus características a mediados de los años treinta, cuando este tipo de técnicas se estaban experimentando, fue un verdadero logro.

Algunas estructuras de edificios hoteleros fueron hechas con acero, como fue el caso del Hotel Bammer, “con un peso de 887 toneladas” y construida por la Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, fabricadas en su planta regiomontana con perfiles estructurales producidos por la misma empresa,<sup>357</sup> pero en general se prefirió el concreto, como fue también el caso del Hotel del Prado que utilizó concreto vibrado<sup>358</sup> o el Hotel Continental Hilton, también con pilotes, ataguías<sup>359</sup> y tablestacas<sup>360</sup> de concreto de nueve metros de longitud.

<sup>355</sup> El ferroconcreto era un material de construcción compuesto a partir de la combinación de concreto y hierro que estaba unido molecularmente para producir una sustancia con una excepcional resistencia al desgaste. Fue utilizado en construcción de carreteras y caminos, para búnkeres y como en este caso, para cimientos de los edificios. Ahora es mejor conocido con el nombre de concreto armado. [www.arqhys.com](http://www.arqhys.com)

<sup>356</sup> PANI, *Hotel Reforma*. pp. 49-51 y Anuncio Condistri, p. 5.

<sup>357</sup> Anuncio. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, p. 49.

<sup>358</sup> Anuncio. Juan Arredondo, s/p. El vibrado del concreto es un proceso mediante el cual se logra un mayor contacto entre los granos de la mezcla del concreto para eliminar, en lo posible, el aire atrapado dentro de ésta. Este proceso puede llevarse a cabo por medios mecánicos o manuales de acuerdo con la sección y los requisitos de calidad que deban cumplirse. [www.revistaconstruir.com](http://www.revistaconstruir.com).

<sup>359</sup> Las ataguías son elementos que se utilizan para conducir flujos de agua. Se clavan en el terreno como si fueran muros de contención con el fin de sostener los terrenos colindantes al realizar una excavación, también se utilizan para disminuir la transmisión de presiones a los terrenos colindantes. Hay ataguías de madera, fierro, concreto o mixtas. [www.arqhys.com](http://www.arqhys.com)

<sup>360</sup> Las tablestacas son elementos de concretos, aunque también pueden ser de otros materiales, que sirven como pantalla o estructura de contención, las cuales se hincan en el terreno mediante vibración. [www.arqhys.com](http://www.arqhys.com).

### *Instalaciones*

Los considerados hoteles modernos tuvieron que incluir entre sus instalaciones, una gran variedad de equipos que antes no eran requeridos. Ejemplo perfecto de esta situación es la cuestión de los baños para cada habitación, lo cual implicó una transformación en el diseño y también en la forma en que habrían de manejar el abastecimiento de agua limpia y el transporte de las de desecho, además de lograr la conducción del agua fría y caliente en cada cuarto. Para las líneas de agua caliente y fría, el sistema de drenaje sanitario y para las bajadas pluviales, se introdujo el uso de las tuberías de cobre. Así se describían las ventajas que presentaba este tipo de material: “[...] el tubo de cobre usado en las instalaciones sanitarias ahorra tiempo y esfuerzo ofreciendo el más bajo costo en estos aspectos. Su poco peso lo hace de fácil manejo. Las longitudes estándar de 6.10 metros eliminan muchas uniones. El trabajo de ensamble con conexiones tipo soldable es rápido y sencillo.”<sup>361</sup>

El hotel pionero en utilizar este tipo de tuberías fue, nuevamente, el Reforma, que usó la tubería de cobre para agua potable y la de fierro fundido para las aguas negras. El hotel contaba con un pozo propio de 10 pulgadas de diámetro con una profundidad de 150 metros, el cual suministraba un caudal de 800 litros de agua potable por minuto y a pesar de su comprobada potabilidad se sometía a costosos procedimientos de esterilización. También introdujo un sistema de clima artificial que permitía que el aire que entraba en el edificio fuera filtrado “y dotado del grado de humedad fisiológicamente requerido (de 40 a 50%); en los cuartos a puerta cerrada la renovación total del aire ocurre tres o cuatro veces por hora durante el invierno; la temperatura interior se mantiene constante en 18 grados centígrados.”<sup>362</sup>

Los hoteles de la época también introdujeron el uso del aire acondicionado en sus instalaciones y, desde mediados de los años cuarenta, los aparatos de televisión, intercomunicación y radio. RCA Víctor fue proveedor de estos servicios, empresa que anunciaba con ánimo la modernización de los hoteles a través de sus productos: “Los mejores hoteles dan un firme paso en el camino del progreso. Para hacer más placentera la vida del viajero y para servirlo mejor, instalan sistemas de radio y sonido. En cada cuarto, en los vestíbulos y bares, los huéspedes escuchan programas de radio, locales e internacionales, música grabada selecta, noticiarios...y en tiempo no lejano, tendrán la maravilla de la televisión!”<sup>363</sup>

Otro elemento que comenzó a hacer falta en los hoteles, sobre todo al aumentar la cantidad de pisos fueron los elevadores, no sólo los que transportaban a los pasajeros, también los de servicio y los

<sup>361</sup> Anuncio. Tuberías de cobre, s/p.

<sup>362</sup> “Región centro”, p. 236.

<sup>363</sup> Anuncio. RCA Víctor, p. XXVIII.



llamados montacargas, que no sólo hicieron más cómoda la movilidad de los huéspedes a través del hotel, también facilitaron la labor de los empleados. Al parecer, los preferidos durante el período fueron los elevadores Westinghouse que fueron instalados, por ejemplo, en los hoteles Del Paseo, Reforma, Nápoles y Del Prado.<sup>364</sup>

También se llegaron a encontrar algunos otros elementos como los equipos de cocina de acero inoxidable en hoteles como el Alffer, el Hilton o el Regis, puertas y ventanas tubulares de láminas de acero en el Hotel del Prado, recubrimientos contra el sonido en el Alameda o unidades contra apagones en el Hotel Camino Real. Todas estas nuevas tecnologías buscaban hacer más cómoda la estancia del visitante y además, mostrar la modernidad del discurso a través de aparatos eléctricos y mobiliario.

### *Acabados*

Otro material que fue bastante ocupado para la construcción hotelera fue la cal hidratada, que en México se comercializó con el nombre de Calidra por la Abastecedora de Cal Apasco, S.A. La cal hidratada se presentaba como un material con muchas ventajas, desde su solidez hasta su bajo costo. Tenía diversas aplicaciones y se empleaba sola o combinada con cemento o yeso. Se usaba en trabajos de concreto, para asentar tabiques, en colocación de mosaicos, azulejos y cerámica, en aplanados, en pintura a base de cal y en trabajos de yeso. Por todo ello, fue utilizada por muchos “ingenieros, arquitectos y constructores para edificar los más modernos rascacielos, los grandes edificios de oficinas y de apartamentos, hospitales, fábricas, hoteles, laboratorios, bodegas, casas privadas, etc.”<sup>365</sup>

A decir de la Abastecedora de Cal Apasco, la Calidra “ha revolucionado los sistemas de construcción, ha sentado normas y ayudado al desarrollo de la edificación moderna y a la industria de la construcción en gran escala [...]” Hoteles como el Majestic y el Reforma utilizaron Calidra al momento de su edificación y es probable que muchos otros edificios construidos en la ciudad también lo hicieran, pues fue un material que llegó a México en 1931, cuando ya era de uso común en Europa y Estados Unidos. Por eso es entendible que los arquitectos que construyeron en la década de los treinta, la integraran a sus construcciones como uno de los materiales más novedosos del momento.<sup>366</sup>

Para puertas y ventanas, lo que se prefirió en la época fue utilizar lámina de acero o aluminio, al igual que las grandes superficies de vidrio que cubrieron gran parte de las fachadas y para dividir los espacios el fibracel parecía ser el “nuevo material moderno” que ofrecía más ventajas, pues sus láminas

---

<sup>364</sup> Anuncio Elevadores Westinghouse 1, s/p; Anuncio, Elevadores Westinghouse 2, p. XXIII; Anuncio. Elevadores Westinghouse 3, s/p.

<sup>365</sup> “Industrias de la construcción”, p. 63 e “Industrias modernas de México”, p. 62.

<sup>366</sup> “Industrias de la construcción”, p. 63 e “Industrias modernas de México”, p. 62.

eran de mayor tamaño que la madera y “más resistentes, más atractivas y más fáciles de trabajar.” El Fibracel era un material sintético obtenido por la alta compresión de la pulpa de madera y se podía utilizar además, para construir, pisos, puertas, paredes, muebles, etc., con gran resistencia a la humedad y bajos costos. Según los fabricantes, pronto sustituiría a la madera.<sup>367</sup>

El plástico era otro de los materiales que haría su aparición en la industria de la construcción durante estos años, muy relacionado con la idea de modernidad y de comodidad: “En la actualidad, los materiales plásticos intervienen o forman parte de casi todas las cosas tendientes a proporcionar comodidad, eficacia, facilidad y placer, y cada día se encuentran más aplicaciones para el uso práctico de esos materiales y sus productos.” Como este material ya era empleado en lugares como Estados Unidos, Inglaterra, Alemania o Japón, lo lógico era que también se estrenara en México con múltiples aplicaciones: en la conducción de agua potable o de desecho; en la electrificación, como tubo conductor de cables o alambres eléctricos; para iluminación, etc.<sup>368</sup>

A pesar del uso de todos estos materiales innovadores, los arquitectos y decoradores también utilizaron los tradicionales, como mármol, maderas finas, bronce, etc. sobre todo en la decoración, para darle a su edificio un toque de tradición y elegancia, aunque también algunos los utilizaron en exceso y el lujo llegó a convertirse en derroche como veremos a continuación.

### *Decoración*

El terreno de la decoración llegó a convertirse en problemática tanto para los arquitectos, como para los empresarios que encargaban la construcción de un hotel. Las disputas entre arquitectos y decoradores eran frecuentes, sobre todo porque la decoración buscaba adquirir un lugar como disciplina especializada de la arquitectura y en esta búsqueda, los que salían perjudicados eran los edificios pues era común que el mobiliario y decorado no tuviera nada que ver con la estructura principal. Entonces, se buscaba un mejor entendimiento entre los profesionistas e incluso que los arquitectos se involucraran más con esta última parte del proceso de construcción. De esta forma, la decoración lo constituían: “los muebles, cortinas, tapetes, iluminación y revestimiento de muros y techos, combinados en determinada armonía de líneas y colores formando unidad con las construcción arquitectónica.”<sup>369</sup>

Un caso que puede orientarnos bien en torno al cambio que se dio en los materiales y accesorios que complementaban la construcción hotelera son las alfombras. Allá por los años treinta, cuando se construía el Hotel Reforma, el inspector del Departamento de Salubridad, al hacer la inspección de

<sup>367</sup> ZÁRRAGA, “El fibracel”, s/p y Anuncio. Fibracel, p. XI.

<sup>368</sup> PALACIOS MAYORGA, “El plástico en la construcción”, p. 254.

<sup>369</sup> “La decoración”, p. 58.

rigor, manifestó que el edificio no cumplía con las disposiciones de ley porque el reglamento de hoteles prohibía que se instalaran alfombras, excelente criadero de chinches. Ante esta situación, el arquitecto Mario Pani contestó: “Pues tendrán que modificar el reglamento porque los hoteles van a tener alfombras.”<sup>370</sup> En efecto, las alfombras se convirtieron en un símbolo de la hotelería moderna y fueron instaladas en prácticamente todos los hoteles de la ciudad de México.

La empresa mexicana Tapetes Luxor S.A., fue una de las casas dedicadas al alfombrado que creció más en esta época al instalar sus productos en hoteles como el Continental Hilton, el Plaza, el Vista Hermosa, El Presidente, el Monte Casino, e incluso, el Presidente de Acapulco. El caso del Hotel Hilton fue particular porque, al parecer, varias empresas se disputaban el contrato. Esta compañía, establecida desde 1942, elaboraba tapetes hechos a mano y en telares automáticos. Se caracterizaba por ofrecer un servicio rápido en el suministro del producto y hacer tapetes a la medida y con las características que deseaba el cliente. En el caso de los hoteles, la mayoría decidió incluir su logotipo o escudo en el alfombrado, como lo hizo el Hilton.<sup>371</sup>

En muchos casos, el lujo y el glamour, la innovación y comodidad que se pretendía ofrecer a los huéspedes, junto con la intención de dirigirse a un público de elite hicieron que los arquitectos y decoradores emplearan materiales, complementos y mobiliario que resultaron un tanto excesivos, sin embargo, todavía no era común la sobriedad y moderación en los espacios del hotel. De esta forma, encontramos hoteles como el Alffer, decorado por Arturo Pani, en el cual se utilizaron mármoles italianos para las escaleras; mármol negro de Bélgica para las fuentes; travertino de Perú para columnas, barras o jardineras; madera de nogal, para puertas, sillas o plafones; oro de hoja para recubrir cómodas, muros, columnas y plafones; o bronce para pasamanos, arbotantes y candiles.<sup>372</sup>

Por el contrario, tenemos hoteles como el María Isabel, construido siete años después del Alffer, en el que se presenta una decoración mucho más sobria relacionando esta característica con la idea de modernidad. Así se describió al momento de reseñar el edificio:

En este hotel, una es la decoración sobriamente moderna que corre desde el nivel de la banqueta hasta el plafón del más alto de los pisos y otra es la decoración de las dependencias que se acercan más arriba de ese plafón. Si a la primera algunos la pueden tachar de pobre o hasta inexistente, lo razonable es calificarla de contenida y moderadamente sobria, recordando que la elegancia comienza siempre por la sobriedad. En cambio, los pisos superiores del hotel han quedado como maravilloso retoño de lo que se hacía en esta materia hace unos dos siglos, cuando la decoración se escribía con inicial mayúscula y se invertían sumas fantásticas en molduras de todo perfil, adornos de todas las complicaciones imaginables y [...] elementos falsos [...] <sup>373</sup>

<sup>370</sup> MENDIZÁBAL, “Texto sobre los 35 años de trabajo de Mario Pani”, p. 202.

<sup>371</sup> “Una empresa mexicana”, p. 128 y Anuncio. Tapetes Luxor, s/p.

<sup>372</sup> “Entrada, lobby, restaurante, bar y cabaret”, p. 119-123.

<sup>373</sup> CHACÓN, “Realizaciones mexicanas”, p. 83.

De esta forma, las tendencias a la hora de decorar los hoteles variaron dependiendo del tipo de huéspedes al que fuera dirigido, la visión del arquitecto y el decorador y del presupuesto, así como del mantenimiento que habría de dársele, pues muchas veces esto determinó el tipo de material y acabados que se diera a los edificios.

### 3. Arte en los hoteles

Mención aparte merece las creaciones artísticas que fueron incorporadas al espacio hotelero. Pintura y escultura se unieron a la composición arquitectónica para darle al visitante la bienvenida y transmitirle con su mensaje la hospitalidad que se le brindaba.<sup>374</sup> Cómo olvidar los polémicos murales de Diego Rivera en el Hotel Reforma y en el Del Prado, o la escultura de Alexander Calder en el Hotel Camino Real y la de Ángela Gurría en El Presidente. Pero no fueron éstos los únicos artistas ni los únicos hoteles que albergaron entre sus muros muestras representativas del arte de la época. Por desgracia, muchas otras obras se han perdido por el deterioro inherente al tiempo, algunas otras fueron vendidas o almacenadas y de ellas sólo quedan descripciones en fuentes escritas o en fotografías.

Otro problema además del protagonismo que ciertos artistas tuvieron en el momento, que opacaron la presencia de igual importancia de otros, fue que en este afán por resaltar la personalidad de los creadores y su obra, se ha dejado de lado el lugar en el que estuvieron ubicados sus trabajos. A la obra expuesta en los hoteles generalmente se la ha descontextualizado y estudiado como pieza en sí misma, sin tener en cuenta que iba dirigido hacia un público en particular, que eran encargos o bien de los arquitectos que diseñaban el hotel, o de los dueños y empresarios que los construían y que definitivamente cumplían con un objetivo en particular dependiendo del área del hotel en donde estuvieran ubicados. No era lo mismo instalar una obra de pequeñas dimensiones en las habitaciones, que ubicar un gigantesco mural en el lobby del establecimiento.

Por otro lado, también se les ha minimizado por considerarlas obras que cumplen una función decorativa. Si bien es cierto que la mayoría tenía este propósito, no debemos utilizar este término de manera despectiva y crearlas entonces desprovistas de todo valor estético, didáctico, informativo o funcional. La verdad es que entre los muros de los hoteles se albergaron muestras de gran calidad de los artistas más importantes del momento que acudieron a un llamado similar al que recibieron los arquitectos de los que hablamos arriba. Algunos de ellos ya no compartían la idea de un arte nacionalista que exaltara los triunfos revolucionarios y se enfocaron en otros temas, lo cual muchas veces fue criticado o tachado de banal, pero esta nueva condición pudo ser aprovechada en los nuevos

---

<sup>374</sup> NOELLE, “Arte en los hoteles 2”, p. 53.

espacios que no necesitaban difundir una ideología política, justificar decisiones o legitimar gobernantes.

Así, más que hacer un repaso detallado de las piezas que se exhibieron en los hoteles y de los artistas que las produjeron, o describirlas minuciosamente, buscamos hacer una reflexión en torno a ciertos problemas y resaltar otros poco destacados por los estudiosos del arte: el espacio, las preocupaciones, los objetivos. En general, el tema del arte en los hoteles ha sido dejado de lado y, salvo algunas excepciones, no se ha tratado de entender la producción artística de estos espacios como un fenómeno artístico especial, sino que se han limitado a describirlas, o hablar de ellas sólo como casos curiosos o polémicos relacionados más con un contexto político particular que con la obra en sí, su lugar de exhibición y la forma en que era recibida por los usuarios del establecimiento.

De esta manera tenemos, como ejemplo clásico, lo que sucedió con los murales de Diego Rivera en los hoteles Reforma y Del Prado, los más famosos, que recibieron todo tipo de comentarios, reseñas, artículos y demás, tanto del momento como de años después, por estar todavía muy cargados de contenido político, por la época en que se elaboraron y la personalidad polémica del artista. Sin embargo, otras obras igualmente importantes han recibido menos atención por no estar rodeada de toda la parafernalia que siempre acompañó al guanajuatense y su obra.<sup>375</sup> En el mismo Hotel del Prado, los murales de Miguel Covarrubias o de Roberto Montenegro jugaron papeles importantes tanto en la decoración como en las actividades diarias del lugar y sin embargo, de éstos casi no sabemos nada. Muchos otros hoteles medianos y grandes dieron oportunidad a artistas consagrados y en formación de albergar sus trabajos, con ello promocionaron el arte mexicano entre el turismo extranjero y lograron ambientes agradables que rodeaban a los usuarios de calidez y confort. Por ello también es lógico imaginar porqué los murales de Rivera resultaron tan incómodos y fuera de lugar.

Tampoco debemos olvidar que la mayor parte de los esfuerzos por incluir este tipo de obras a la arquitectura hotelera fue el resultado de un movimiento conocido como “integración plástica”, encabezado por los principales arquitectos de la época con la propuesta de lograr la conjunción de las artes plásticas en la obra arquitectónica. Esta tendencia tiene su período de auge en los años cincuenta, como una respuesta a varias inquietudes de los arquitectos:

por una parte, encontramos a aquellos abanderados del nacionalismo [...] que buscan matizar la neutralidad del estilo internacional en boga, con la concurrencia del muralismo mexicano, de probada raigambre nacional. Por la otra, profesionistas como Mario Pani, Pedro Ramírez Vázquez o Enrique de la Mora encuentran en estas asociaciones con los artistas plásticos una solución al cansancio frente a la repetición estereotipada de las corrientes internacionales del momento.<sup>376</sup>

<sup>375</sup> Para revisar la polémica de los murales se pueden consultar, entre otros: OBREGÓN SANTACILIA, *Historia folletinesca*; ROMERO, *El México de Diego Rivera*; TIBOL, *Diego Rivera, luces y sombras*.

<sup>376</sup> NOELLE, “Arte en los hoteles”, p. 20.

Así, a pesar de que fueron estos años los de su mayor expresión, la tendencia a integrar a las artes plásticas en las obras arquitectónicas continuaría, por ello, encontramos ejemplos bastante importantes como el que se dio con el Hotel Camino Real, del cual ya hablamos en un capítulo anterior de esta tesis, y en donde no sólo encontramos el trabajo de Mathías Goeritz y Luis Barragán, o la escultura de Calder, también los murales de Luis Covarrubias y Rufino Tamayo, y las pinturas de Pedro Coronel y Pedro Friedeberg, entre otras.

De esta forma, las muestras de arte que se presentaron en los hoteles, fueron numerosas e iban desde el emplomado, “herencia medieval, hasta los ambientes monocromáticos de Matías Goeritz, pasando por diversos grados de realismo, donde el compromiso social tiene un sitio preponderante.” Por ello encontramos el trabajo de figuras como Diego Rivera, con una postura “didáctica, imaginativa y de gran precisión en la ejecución, o Rufino Tamayo con sus propuestas líricas y de intenso colorido” que compartían espacios internos y externos con propuestas audaces y novedosas de artistas que pertenecían a generaciones más jóvenes y que por lo mismo, tenían visiones críticas y disidentes.<sup>377</sup>

Es probable que uno de los pioneros de este movimiento haya sido Carlos Obregón Santacilia, precisamente diseñador y constructor de dos de nuestros hoteles más conocidos: el Reforma (1936) y el Del Prado (1947). Por ello no nos extraña que fuera justo en estos hoteles en donde se notara de manera más visible el interés por incluir en sus espacios muestras representativas del arte mexicano. Obregón Santacilia tenía una idea muy precisa de la manera en que se debían incluir las obras de arte en estos nuevos espacios que albergarían no sólo a turistas mexicanos, sino extranjeros:

Siempre, desde el principio de mi carrera, he procurado complementar la arquitectura con las otras artes plásticas que principalmente tienen en México exponentes de primer orden dentro del arte universal [...] siguiendo este criterio, invité a pintar a los que consideraba los mejores pintores contemporáneos: Diego Rivera, José Clemente Orozco, Miguel Covarrubias, Gabriel Fernández Ledesma y Roberto Montenegro, y propuse que en cada habitación un cuadro, grabado, o escultura original, para dar oportunidad a vender sus obras a nuestros artistas, o sea que, además de constituir para la compañía una magnífica inversión, ayudaría a nuestros artistas y sería de gran interés para el turista que viene ansioso de conocer el arte de México.<sup>378</sup>

En realidad este comentario de Obregón resume la forma en que se veía el arte y el porqué de su importancia para los hoteles: una propuesta artística y cultural —la integración plástica—, llevada a estos espacios novedosos y de vanguardia en la ciudad, una labor de publicidad hacia la obra de los artistas del país y el reconocimiento del arte mexicano por parte de aquellos que se alojaron en sus instalaciones.

<sup>377</sup> NOELLE, “Arte en los hoteles”, p. 22.

<sup>378</sup> OBREGÓN SANTACILIA, *Historia folletinesca*, p. 98.

### *Arte y conflictos en el espacio hotelero*

Una vez planteado este panorama general, podemos revisar algunas cuestiones que se presentaron en la relación de los hoteles con el arte, una relación ciertamente conflictiva, algo tormentosa, a veces poco entendida y raramente apreciada pero de igual modo interesante para la cotidianidad de aquellos espacios que alojaron a diversidad de personas. La primera parada es en el problema del espacio, tanto físico como conceptual que influyó de manera definitiva para que la obra tuviera el efecto deseado en el espectador que ciertamente no se encontraba en un museo o en una galería, sino en un sitio de hospedaje. La comodidad, tranquilidad y en muchos casos el lujo debían ser las sensaciones transmitidas por las obras, o bien, el interés o la motivación por conocer el lugar que los recibía, su cultura y sus tradiciones también fueron considerados de importancia al momento de instalar una obra en un hotel. Sin embargo, no siempre se logró este objetivo, cosa que llevó incluso a prescindir de ellas, a quitarlas de sus lugares originales e incluso a cubrirlas.

Esto fue precisamente lo que le pasó a los murales de Diego Rivera que se instalaron en el Hotel Reforma. La historia, que se ha contado muchas veces, es breve: el ingeniero Alberto J. Pani le pidió a Rivera que elaborara un mural para el comedor del Hotel Reforma. Parte imprudencia de Pani que estaba enterado del tipo de obra que elaboraba Rivera en los años treinta, parte necedad de Diego de no moverse de su crítica burlesca y ácida de los personajes y acontecimientos de la época, el mural que se instaló, utilizó como pretexto estar ubicado en un lugar en donde la gente iba a comer y a bailar, para desarrollar el tema *El carnaval de la vida mexicana*. Utilizando motivos folklóricos y festivos, según el autor muy *ad hoc* con el lugar en donde se ubicaría, Rivera integró como parte importante de esta vida de carnaval a una serie de personajes políticos, extranjeros y mexicanos, éstos últimos con rostros animalizados. La crítica a la intervención norteamericana en la vida del país se encontraba también presente al dibujar supuestos norteamericanos con orejas de burro y otros más cargando bolsas de oro. Las figuras políticas, los clásicos *chinelos* bailando por doquier, danzantes con grandes penachos, comida y disfraces representaron la visión irónica de lo que para Rivera significaba el turismo mexicano.

Obviamente a Pani, impulsor de esta actividad desde sus inicios, no le gustó para nada la obra que Rivera entregó e incluso se atrevió a meterle mano a través de su hermano y sobrino —por lo cual recibió también tremenda reprimenda incluso económica—. Como esto no funcionó, los murales fueron retirados, almacenados durante mucho mucho tiempo y finalmente llevados al Palacio de Bellas Artes por los años ochenta. Así terminó esta primera obra “hotelera” destinada a alegrar los sentidos de los comensales, bailarines y bebedores del restaurante del Hotel Reforma, de aquellos extranjeros que

ciertamente venían a gastar sus dólares y que evidentemente no querían ser ridiculizados a través de las pinturas del lugar donde se hospedaban. Por otro lado, el lugar también sería sitio de congregación de los políticos del momento, incluido el propio Pani que apareció en el mural de Diego fusionado con el “jefe máximo” en una enorme cabeza que flotaba por los aires presidiendo el desfile carnavalesco. Aquellos no acudirían al hotel si tenían que sentarse frente a sus semblantes cabalunos, porcinos o vacunos y “disfrutarlos” mientras comían o discutían algún tema de su interés.

Este ejemplo nos muestra la importancia que tenía asociar la pintura u obra realizada con el espacio en el que se exhibiría y la audiencia a la que iba dirigida. Los murales del Hotel Reforma fueron retirados no porque la obra de Rivera fuera mala, sino porque resultaba un tanto ofensiva y contradictoria si lo que se estaba fomentando en sitios como este hotel era la llegada de extranjeros y su dinero a través del turismo. Rivera quiso seguir haciendo pintura crítica y didáctica que creara conciencia, pero los muros de un hotel no eran los adecuados para difundir una ideología política o criticar al gobierno en turno. Consideró una buena oportunidad de expresar su sentir en torno al momento que se vivía, pero no consideró las necesidades del político-empresario que le pidió la obra. Rivera como el artista consagrado que se consideraba hizo lo que quiso con consecuencias negativas para ambas partes.

Lo peor fue que, a pesar de la experiencia adquirida con estos murales, hiciera casi lo mismo con los del Hotel del Prado, que aunque definitivamente resultaron mucho más moderados al elegir un tema histórico y personal y no ya el político, hizo enojar nuevamente a los empresarios que solicitaron su trabajo cuando se le ocurrió poner la frase “Dios no existe” en el trozo de papel que sostiene en su mano “El Nigromante”, en el famosísimo mural *Sueño de una tarde dominical en la alameda central*. ¿Qué pasó con el mural esta ocasión? Instalado en el comedor, fue cubierto con un gran telón que sólo se abría en ocasiones especiales y allí permaneció, hasta que un nuevo dueño, sin los prejuicios y la carga católica que dominaba todavía a los mexicanos del momento, hizo mover el mural al lobby del hotel en donde incluso los peatones que pasaban por la entrada del establecimiento se detenían a admirarlo. El cambio resultó benéfico tanto para la obra como para el establecimiento que se hizo más visible e imponente, además de que la temática resultó mucho más adecuada para un hotel, al llevar al espectador en un recorrido por la historia del país a través de la imagen, de sus personajes, de sus colores, y de la dinámica de su composición.

El espacio hotelero como concepto resultó problemático para los artistas del momento, pero también fue complicado adaptarse al espacio físico. Las grandes zonas que integraban el establecimiento los obligaban a adaptarse a tamaños que muchos no estaban acostumbrados a manejar,



por eso, en un primer momento resultó más fácil pedir obras a los muralistas, acostumbrados a lidiar con estos encargos y a enfrentarse a enormes paredes, que a artistas que manejaban pequeños formatos. Un ejemplo de la dificultad a la que se enfrentaron los artistas plásticos que respondieron el llamado hotelero, lo tenemos en Roberto Montenegro a quien se le pidió elaborar unos bocetos para dos murales en el teatro del hotel a ambos lados del escenario que representarían en dos grandes figuras al “teatro antiguo” y el “teatro moderno”. Por desgracia, los proyectos que el artista elaboró resultaron muy pequeños para el espacio manejado y no pudieron utilizarse. Según Obregón Santacilia, “las composiciones eran de pequeñas dimensiones, muy fragmentadas y con atributos banales, por lo cual no se ejecutaron”.<sup>379</sup>

Sin embargo, para la época en la que se le pidió intervenir en el Hotel, Montenegro no era un artista novato ni improvisado. Contaba con gran experiencia trabajando en muros oficiales, era un entusiasta impulsor del arte popular mexicano, escenógrafo y cercano colaborador de Moisés Sáenz cuando éste se encontraba a la cabeza de la Secretaría de Educación Pública. Durante los años cuarenta, época en la que Montenegro participó en la decoración del hotel, el artista incursionaba en el surrealismo en busca de nuevas formas de expresión a las tradicionales. Aunque los murales del teatro no se concretaron, participó con otro que finalmente logró adaptar de mejor manera al espacio que se le asignó. Éste se ubicó en uno de los cocktail lounge del hotel conocido desde entonces como el Bar Montenegro.<sup>380</sup>

La solución que el artista dio al problema del espacio resulta interesante y ejemplifica la forma en que tuvo que adecuarse al encargo del arquitecto y a las necesidades del lugar en donde se ubicaría su pieza. Montenegro no realizó un gran mural, sino que elaboró 19 tableros de fibracel pintados al óleo con diversas medidas (el más pequeño de 100 x 41 y el más grande de 100 x 158 cms., aunque algunos varían), los cuales acomodó para cubrir el espacio indicado. El autor eligió diferentes temáticas para la elaboración de estos cuadros, pero atinadamente predominaron las naturalezas muertas, los bodegones y también, dentro de su mundo surrealista, acomodó copas, candelabros, telas y otros motivos presentes en cocinas y comedores, algunos de los cuales convivían con motivos teatrales o dancísticos. Al manejo del espacio físico pudo también adaptar el conceptual y sus obras no chocaron con el objetivo del lugar en el que se ubicaron, por lo que se conservaron allí, sin ningún problema, hasta el momento de la demolición del hotel después de los terremotos de 1985.<sup>381</sup>

<sup>379</sup> OBREGÓN SANTACILIA, *Historia folletinesca*, p. 98.

<sup>380</sup> ORTIZ GAITÁN, *Entre dos mundos*, pp. 78-81.

<sup>381</sup> ORTIZ GAITÁN, *Entre dos mundos*, p. 151. Los paneles que formaron el mural de Montenegro se encuentran resguardados por el INBA y sólo se tiene acceso a algunos de los cuadros a través de fotografías. Los demás los conocemos sólo por su título y por algunas otras obras similares que el autor realizó durante la época.

Así, los espacios que albergaron la producción artística de estos años tuvieron destinos diferentes: las plazas, edificios públicos u hoteles, no eran habitados o visitados por el mismo tipo de personas. Aun los distintos espacios públicos fueron diferentes, lo cual influyó de manera importante al momento de elaborar el arte que los acompañaría. Los artistas supieron, o no, adaptar sus obras a las necesidades espaciales y conceptuales de los lugares que los alojaron y esto tuvo consecuencias para algunos. El hotel entonces, además de un sitio de hospedaje se convirtió también en uno que vinculaba al usuario con la cultura mexicana, un lugar que se pensó como un escaparate para proyectarla al mundo a través de los turistas que lo visitaban.

*Atractivos turísticos y promoción de la cultura mexicana en el arte hotelero*

Así como para algunos artistas resultó conflictivo elegir los temas al momento de elaborar obras destinadas a un sitio de hospedaje, otros, en cambio —generalmente por no militar activamente en una corriente política o ideológica—, no se problematizaron e incluso encontraron en esta actividad una oportunidad para satisfacer sus intereses personales de difusión y valoración de la cultura mexicana. Este fue el caso de Miguel Covarrubias, quien a decir de Elena Poniatowska, nunca quiso ser muralista ni pertenecer a la escuela que impulsaban los Tres Grandes: “Para él no hubo consignas ni perfiles hieráticos [...] podía ver las cosas desde lejos [...] supongo que Miguel no creía en el nacionalismo en el arte.”<sup>382</sup>

Según la misma autora, lo que Covarrubias buscaba a través de su obra artística, de sus pesquisas arqueológicas y antropológicas, de su coleccionismo, era dar testimonio de la cultura mexicana, le interesaba documentar nuestro país, enseñarlo al mundo, ilustrar sus diversas regiones y mostrarlo todo como en un gran mapa. Por eso no es de extrañar que aceptara sin ningún problema los encargos que le hicieron para llevar su obra a dos hoteles de importancia en la ciudad: el Hotel Ritz durante los primeros años del impulso turístico, hacia mediados de los treinta y en el Hotel del Prado, en los cuarenta, bajo el llamado del arquitecto Obregón Santacilia, quien convocara también a Rivera y a Montenegro abordados en el apartado anterior.

El mural realizado para el Hotel Ritz, propiedad de la familia Corcuera, fue encargado por el ingeniero Francisco Martínez Negrete en 1936, representante de la empresa que manejaba el hotel, el cual se instalaría en el muro respaldo de la barra de la cantina del hotel, con la medida aproximada de 6.25 metros por 2.50 metros. Por el trabajo se le pagarían al artista 1,300 pesos y el tema que se abordaría, a decir del contrato, estaba ya definido por ambas partes. No sabemos si fue idea del artista,

---

<sup>382</sup> PONIATOWSKA, *Miguel Covarrubias*, p. 27.

de la empresa o de ambos, pero acertadamente se eligió uno muy en boga, el lugar en donde paseaban Frida Kahlo, Tina Modotti, Edward Weston o Hugo Brehme: *Un domingo en Xochimilco*, trasladó el aire del —todavía— campo, los colores, la naturaleza y el ambiente de aquel lugar idílico al centro de la capital mexicana.<sup>383</sup>

Ciertamente resulta contrastante pero entendible el querer trasladar un pedacito de los todavía lugares de campo que rodeaban la ciudad de México a la capital que ya trataba de despuntar como uno de los centros urbanos más importantes del continente. Edificios, coches, pavimento, industria lo rodeaban todo y era difícil recordar que estos espacios todavía se encontraban cerca de aquel escenario que ya para entonces se vislumbraba caótico. También es probable que la intención del autor no fuera solamente pintar un paisaje estático, que se viera desde fuera, como en una vitrina o aparador, sino hacer interactuar a quienes convivían en el bar del hotel con el mural. Según los especialistas, el mural es un “juego de miradas entrecruzadas” entre los personajes del cuadro que incluyen al espectador. De esta manera, los tipos urbanos aparecen en la pintura, como una forma de documentar a las personas que visitaban aquel lugar pero de igual manera para que dentro de lo contrastante que pudiera resultar admirar el espacio xochimilca en un bar ciudadano, se integrara al contexto que lo rodeaba.<sup>384</sup>

Resultó además interesante que en la pintura de Covarrubias, aparecieran personajes mexicanos y norteamericanos, pero no de manera agresiva o burlona, sino conviviendo y disfrutando del lugar, pues el autor tuvo mucha cautela en ese aspecto debido a que la mayoría de su trabajo y patrocinadores se encontraban en Estados Unidos. Por lo mismo, no tuvo ningún conflicto en retratar sus acercamientos a esta zona lacustre mexicana característica de la época, que además, se convirtió en un destino turístico al que se hacía promoción a través de la propia imagen captada por el artista. La comida y bebida, la música, el entorno tranquilo, los turistas captando el momento con sus cámaras fotográficas, hacían una invitación a aquellos que lo admiraban —mexicanos y extranjeros— a visitarlo durante su estancia en la ciudad. El contraste de la modernidad citadina con el México tradicional todavía con sus canales, chinampas, flores y trajineras lo hacía un destino atractivo de muchas maneras.

La primera experiencia con una obra para un espacio de hospedaje fue grata. El autor se desenvolvió sin problemas y pudo transmitir un mensaje de valoración de los sitios tradicionales como un atractivo cultural de importancia, un lugar que daba cabida a cualquier tipo de persona que lo visitara: turistas, burócratas, pachucos, señoras de la alta sociedad capitalina, todos podían convivir en aquel espacio todavía campirano y natural. La importante labor artística y cultural que Covarrubias desempeñaba, así como su interés por promover los atractivos y la cotidianidad del país hicieron que se

<sup>383</sup> CRUZ PORCHINI, “Miguel Covarrubias”, p. 79.

<sup>384</sup> CRUZ PORCHINI, “Miguel Covarrubias”, p. 79.

le encomendara una nueva tarea destinada un sitio de hospedaje. Esta vez, el arquitecto Carlos Obregón Santacilia fue quien lo convocó para realizar dos murales que se ubicarían en el área de recepción del Hotel del Prado.

A pesar de que en el mismo hotel se estaban preparando obras de todo tipo, desde las surrealistas y de pequeñas dimensiones de Roberto Montenegro hasta el inmenso mural de Diego Rivera, Miguel Covarrubias decidió hacer dos grandes mapas: uno sería del México tradicional, que ilustraba los recursos naturales del país y los puntos de interés histórico, vestigios arqueológicos, tradiciones, fiestas, trajes típicos y demás aspectos de la cultura mexicana. El otro tendría como temática el México “actual”, donde se mostrarían las ciudades modernas unidas por carreteras, ferrocarriles y líneas aéreas. Los temas además de adecuados resultaron incluso didácticos para todos aquellos que llegaban a la ciudad con interés de visitar otras partes de la República, pero si su estancia se reducía a la ciudad, los mapas también les ayudarían a ubicar el lugar en el que se encontraba y valorar al mismo tiempo la riqueza e importancia que el resto del país ofrecía.<sup>385</sup>

Vale la pena mencionar que Covarrubias ya había elaborado otros mapas murales, para la exposición internacional del Golden Gate que fue inaugurada en 1939 en San Francisco California, con lo cual se quería celebrar el estreno de los puentes que cruzarían la bahía, reconocidos como obras maestras de la ingeniería de la época: el Golden Gate y el Bay Bridge. El éxito de la exposición hizo que ésta se prorrogara hasta 1940, y fue cuando el curador de la muestra Philip Youtz invitó a participar a Covarrubias con seis murales, que tenían el objetivo de resaltar los vínculos históricos y las relaciones socioeconómicas y culturales que compartían los pueblos de esa área geográfica. Como Covarrubias también sabía de cartografía, pudo proyectar las condiciones socioeconómicas y espirituales de las comunidades del pacífico. Flora y fauna, tipos de producción, vivienda y transportes, cantos danzas y tradiciones, vestimenta, todos estos temas fueron desarrollados por el artista que los plasmó en seis murales que constaban de doce paneles cada uno.<sup>386</sup>

La experiencia que Covarrubias adquirió con la elaboración de estos murales la plasmó de una gran manera en los mapas que hizo para el hotel del prado siete años después. El manejo del espacio era mucho más sencillo y los conocimientos que tenía de la cultura, historia y arqueología mexicanas le facilitaron la tarea. También la relación que entabló con los norteamericanos, entre los que tuvo a clientes y amigos, lo puso en contacto con sus preferencias e intereses, lo que pudo ayudarlo a plasmar los destinos turísticos de interés para la clientela del hotel. Asociar la pintura a la noción de viaje y vincularlo con la cultura mexicana fue una de las características que según Poniatowska definieron a

<sup>385</sup> PONIATOWSKA, *Miguel Covarrubias*, pp. 29 y 30.

<sup>386</sup> ORTÍZ SANTOS, “Por primera vez exponen en México”.

Covarrubias. Estas mismas aptitudes y el tipo de pintura que realizaba, a decir de Raquel Tibol, “puramente ornamental”, pero cuyo colorido y claridad la hacían llamativa y fácilmente entendible, convirtieron a Covarrubias en un artista cuyas obras se acomodaron muy bien al espacio hotelero.<sup>387</sup>

Otro aspecto interesante de este caso es que el hermano de Miguel, Luis, que contaban para aquella época con alrededor de 20 años, le ayudó a elaborar estos mapas del Hotel del Prado iniciándose así en el mundo del arte, al cual se dedicaría por completo dejando de lado su profesión de biólogo parasitólogo. Luis siguió el camino de su hermano, interesándose en la cultura, la antropología y el llamado “folklor” mexicano. Realizó estudios sobre las artesanías, la danza, los trajes indígenas y sobre otros temas similares, pero lo que también continuó fue con los encargos de pinturas murales para los hoteles de la ciudad de México. Es probable que Miguel le “pasara” algunos de estos encargos a su hermano, pues Luis se inició de manera temprana en su elaboración y también que de cierta manera “remplazara” a su hermano en esta tarea a su muerte en 1957.

Su experiencia en la elaboración de estos mapas y en el que realizó su hermano mayor para el Museo de Arte Popular que se encontraba en el antiguo templo de Corpus Cristi en 1950, le dieron a Luis las herramientas necesarias para continuar su carrera como artista, pues carecía de estudios formales. Así, en 1953 realizó su primer mural en solitario para el Hotel Majestic, ubicado en el zócalo de la ciudad de México, frente a Palacio Nacional. También se tiene registro de murales elaborados para el Hotel Francis en 1958, para el Hotel Reforma en 1966 y finalmente, el más conocido, el del Hotel Camino Real en 1968. Por desgracia, de esta obra elaborada para sitios de hospedaje sólo tenemos registro visual del mural del Hotel Camino Real.<sup>388</sup>

Sin embargo, al revisar la obra general del artista, notamos la constante elaboración de mapas —en los cuales maneja temas geográficos combinados ya con información estadística— y el interés por plasmar los tipos populares mexicanos, las tradiciones y las danzas en distintas partes de la república. Otro tema recurrente, además de los paisajes panorámicos y de pintorescas poblaciones provincianas, es la naturaleza, generalmente selvática, del país. Animales, árboles, raíces, ramas, hojas... para quien se ha acercado a la obra de este artista, “la selva virgen su vegetación exuberante y exótica, sus matas y árboles fantásticos [...] es el sitio ideal para encerrar un orden de realidad distinta [...] La serie de pinturas de la selva da [...] a su trabajo el sello de laboriosa búsqueda para lograr una especial idea poética. Sus medios de expresión son personales y ajenos al simple convencionalismo figurativo.”<sup>389</sup>

<sup>387</sup> Cit. en MEDINA, “Miguel Covarrubias”, pp. 17 y 18.

<sup>388</sup> Desgraciadamente existe poca información sobre la vida y obra de este artista. Los datos que mostramos aquí fueron obtenidos en parte de los libros y artículos que hablan sobre su hermano Miguel y en parte de [luiscovarrubias.blogspot.mx](http://luiscovarrubias.blogspot.mx), blog dedicado a una exposición retrospectiva que se llevó a cabo en 1976 titulada *El tiempo mágico*.

<sup>389</sup> TARACENA, “El arte de Luis Covarrubias”.

Hacemos énfasis en el tema selvático porque éste fue el que eligió para desarrollar el mural para el Hotel Camino Real en 1968. La riqueza y exuberancia de la selva mexicana plasmada en una pintura colocada en la cafetería *La Huerta*, del hotel, nos recuerda aquel primer mural de su hermano Miguel en el bar del Hotel Ritz, no tanto por su estilo pictórico, sino por el propósito de trasladar un pedacito de la naturaleza mexicana a un sitio ubicado en plena urbe capitalina. El mural *Selva con changuito*, de un extraordinario colorido y monumentalidad, ilumina el lugar y traslada al huésped a un ambiente exterior a pesar de encontrarse en un espacio cerrado, cumple con el propósito decorativo pero a la vez, muestra con claridad la importancia de los espacios naturales en México.

El sentido de divulgación de los espacios históricos, naturales y culturales del país, también fue uno de los objetivos principales de este artista e investigador, al proyectar sus murales para hoteles, quizá retomando la tradición impuesta por su hermano, artista, geógrafo, etnólogo, que encontró en la difusión de lo que el aquel entonces se denominaba “folklor” mexicano, una veta rica para explorar, crear y expresar sus inquietudes personales en un momento complicado en que se estaban definiendo las prioridades culturales del país y en que los tratos con empresarios parecía ser una alternativa al patrocinio de la creación artística descuidada por el Estado. Los hermanos Covarrubias además de su calidad y temas adecuados, tuvieron buenas relaciones tanto con extranjeros, como con empresarios nacionales y arquitectos que los convocaron para llevar sus obras a estos espacios y para mostrar que a través de los murales en hoteles capitalinos, se podía publicitar y dar a conocer la riqueza de la cultura mexicana de todo el país.

#### *Arte, hoteles de lujo y la intervención de la iniciativa privada en la gestión cultural*

Durante la época estudiada, los objetivos de la acumulación y exhibición de arte también estuvieron vinculados a la necesidad de algunos empresarios de transmitir la sensación de lujo y confort en sus establecimientos, así como la pertenencia a una clase social acomodada. Esto sucedió también con algunos hoteleros, que aparte de difundir la cultura, tomaron el encargo de obras a artistas destacados o en ciernes de la época como un medio para identificar su ascenso en el grupo empresarial y para destacar su éxito en los negocios. Este tipo de elaboración de arte, trajo a la par la discusión en torno a la intervención de la iniciativa privada en la promoción cultural, problema que involucró en gran medida a nuestros empresarios hoteleros que patrocinaron a artistas y sus trabajos en un momento en que el Estado se mantuvo un tanto al margen después de la gran época de promoción del muralismo.

El caso más claro de esta situación la presentó Manuel Suárez y Suárez —del cual se hablará más adelante en esta tesis como el empresario creador de la idea del Hotel de México—, al cual

pertenecieron también el Hotel Casino La Selva en Cuernavaca y el Hotel Mocambo en Veracruz, los cuales se convirtieron en sitios destacados de exhibición artística, además de la que sería una de las muestras más interesantes del arte contemporáneo promovido por la iniciativa privada de aquel entonces: el Polyforum Cultural Siqueiros.

Pensado originalmente como parte del Hotel Casino La Selva y posteriormente, como parte del Hotel de México, el Polyforum resulta importante también porque fue una obra que desde sus inicios trató de vincularse al espacio hotelero. Aunque finalmente esto no se lograría, la idea de la importancia del arte en un hotel y sus objetivos es lo que nos interesa. No profundizaremos en el tema porque da para una tesis completa, pero vale la pena vincularlo con la idea del arte como muestra de riqueza y su exhibición como símbolo de estatus, que consideramos un problema interesante para el caso hotelero.

Otro punto interesante de este caso, es que en el proyecto del Hotel de México —y en general en los proyectos empresariales de Suárez— el arte no sólo tendría un papel decorativo al exhibir las pinturas y murales. Se tenía la intención de crear una escuela de arte público y también un museo de arte. Así, los artistas podrían exponer sus obras y los intelectuales transmitir experiencias y conocimientos a través de diversos eventos que se organizarían en el lugar. Esta dinámica se logró en el Hotel Casino La Selva, que además de ser un hotel se convirtió en casa de cultura, en donde los salones en que anteriormente se hacían apuestas y jugaba al bacará fueron ataviados con grandes murales dándole una fisonomía y un sentido totalmente diferente al espacio. De esta manera, el ambiente que se logró en aquel lugar fue distintivo y característico de ese sitio en particular: albercas, bellos jardines, fuentes, numerosas esculturas, cuadros y murales decorándolo todo, esto sólo podía ser visto en el Hotel Casino La Selva de Cuernavaca.<sup>390</sup>

Así, artistas como Alfonso Reyes Meza, Alfonso X. Peña, Jorge González Camarena, Gerardo Murillo, Francisco Icaza, David Alfaro Siqueiros, entre otros fueron patrocinados por empresarios como Suárez que —punto fundamental—, desarrollaron lo que se ha dado por llamar un “canon cultural de la modernidad”, es decir, a mayor capital disponible, mayor consumo de arte. La pertenencia a una nueva burguesía, una creada por el nuevo contexto industrial del país, llevó a muchos de estos “nuevos ricos” a adquirir arte mexicano como manera de legitimarse frente a los demás empresarios o burguesía “tradicional”. Al ser la hotelería y en general, el turismo, una actividad creada en el mismo contexto industrial de la posrevolución, no es de extrañar que este mecanismo fuera

---

<sup>390</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, pp. 77 y 78 y 104.

utilizado por los empresarios para anunciar, manifestar o confirmar su riqueza, el cambio de estatus económico o como legitimación social.<sup>391</sup>

De esta manera, otra cuestión que sale a la luz al revisar la producción artística elaborada para los hoteles, es la discusión en torno al patrocinio del arte por parte de particulares, tanto a título personal como por parte de organizaciones no gubernamentales y en este caso, por parte de empresarios y, en general, de la iniciativa privada, lo que ayudó a cubrir las deficiencias presupuestales del Estado como sucedió en otras áreas de la vida nacional. La iniciativa privada ayudó a generar nuevos proyectos culturales que garantizaron la exhibición pública de murales, obras de caballete, esculturas e incluso espectáculo teatrales y dancísticos<sup>392</sup> que a veces salían de las manos de las autoridades oficiales y que ponían de manifiesto su descuido en esta área.<sup>393</sup>

De esta forma, los empresarios, además de apoyar a la cultura nacional, ayudaban a generar obras y espectáculos atractivos desde el punto de vista turístico. El indigenismo, el folclorismo y el culto al arte popular oficialista, que tanto llamó la atención de extranjeros resultaba una buena forma de atraer a más público al espacio hotelero por lo que la inversión en arte y cultura resultaba redituable tanto para los artistas como para empresarios. Ahora, bien, el hecho de que los establecimientos empresariales no compitieran e incluso combinaran sus actividades con las políticas culturales diseñadas e implementadas desde el Estado permitió que el arte promovido desde la iniciativa privada se mantuviera y pudiera desarrollarse de una manera notable.<sup>394</sup>

No podemos dejar este tema sin antes hablar un poco del Polyforum Cultural Siqueiros, obra magna patrocinada por un empresario, hotelero, miembro de la iniciativa privada que, además, a pesar de haber estado pensado originalmente para realizarse en la ciudad de Cuernavaca, finalmente se decidió construir en la ciudad de México para ser vinculado al proyecto hotelero más grande de aquella época: el Hotel de México. Hablar del Polyforum nos remite nuevamente a aquella idea de la

---

<sup>391</sup> GARDUÑO, “El proyecto cultural de un mecenas”, pp. 45 y 52.

<sup>392</sup> Un caso notable resultó el espectáculo de ballet montado en el Hotel del Prado en el año 1946 por Guillermina Bravo y Ana Mérida, con el grupo conocido como Ballet Waldeen —en honor a su maestra, la bailarina estadounidense Waldeen Von Falkestein Broke—, una de las primeras muestra de danza moderna mexicana. En aquel entonces, la bailarina y coreógrafa Guillermina Bravo manifestó sobre este puesta en escena: “Mi trabajo es experimental; mis objetivos: salir de las limitaciones tanto técnicas como ideológicas del ballet clásico; tomar los elementos fundamentales indígenas y mestizos para crear un arte que, extraído del corazón y las luchas del pueblo, se convierta en un medio de expresión directo y profundo.” En esta presentación, el programa incluyó, entre otros los siguientes ballets: Sinfonía clásica, de Waldeen; Sonata número 7, de Guillermina Bravo; En la boda, de Waldeen; Danza de Amor, de Guillermina Bravo; El paraíso de los negros, de Ana Mérida. Resulta interesante que este tipo de manifestaciones de la cultura moderna mexicana, en este caso, la danza, también tuviera cabida en el espacio hotelero y fuera promovido por la iniciativa privada. TIBOL, “Guillermina Bravo”; DALLAL, “Guillermina Bravo”; DALLAL, “La danza moderna en México”, p. 5 y TORTAJADA QUIROZ, “Bailar la Patria y la Revolución”.

<sup>393</sup> GARDUÑO, “El proyecto cultural de un mecenas”, pp. 53 y 54.

<sup>394</sup> GARDUÑO, “El proyecto cultural de un mecenas” p. 63.



“integración plástica”, tendencia que mencionamos al principio de este apartado en la que se proponía lograr la conjunción de las plásticas con las obras arquitectónicas.

En esta oportunidad, David Alfaro Siqueiros que aplicó para su construcción el concepto de “arte total”, contó con el apoyo de los arquitectos Joaquín Álvarez Ordoñez, Ramón Miquelajáuregui y Guillermo Rossell de la Lama, quienes, a decir de los investigadores del tema, convencieron a Siqueiros de trasladar la propuesta pictórica a la ciudad de México. De esta manera, tendría mucho más público que la admirara al formar parte de los 11 elementos que se levantarían en el antiguo parque de la lama, lo que se conocería con el nombre de Conjunto Urbano Cívico, Turístico, Comercial y Cultural México 2000, del cual se hablará más adelante en esta tesis.

La construcción del Polyforum cubrió una superficie de total de 11 643 metros cuadrados, en cuatro niveles, contando además con un teatro y diversos espacios para exhibición de arte y venta de artesanías. No era un edificio común, pues su interior tenía forma de elipse octogonal, mientras que el exterior presenta una forma dodecagonal, había plataformas giratorias y otros mecanismos, como grúas eléctricas para mover los cuadros murales. La obra no sólo conjuntó a Siqueiros y a los arquitectos mencionados, sino a expertos en ingeniería y en tecnología constructiva de la época, muestra de la capacidad financiera del empresario y también de las relaciones que mantenía con todo tipo de profesionistas.<sup>395</sup>

Además cabe resaltar que en el contrato que el artista firmó para llevar a cabo la obra, se especificaba que la pintura tenía que hacerse sobre panel de “asbesto-cemento”, el material que producía la empresa Techo Eterno Eureka, de Manuel Suárez, quien financiaba la obra. Así, el artista realizó 42 grandes paneles de 550 kg. cada uno y algunos otros más pequeños para cubrir un total de 4,600 metros cuadrados. De igual modo resulta sorprendente que todo este movimiento, tanto de elaboración de obra como de coordinación con los demás especialistas y de traslado, lo realizara el artista casi al final de su vida.<sup>396</sup>

De esta manera, con el esfuerzo conjunto del empresario, artista, arquitectos, ingenieros, musicólogos, iluminadores, artesanos y decoradores, se obtuvo un edificio realmente sui géneris en el que se distinguieron tres elementos claves: el área de artesanías alojada en el sótano y semisótano; el vestíbulo o deambulatorio, destinado a galería de arte y entrada principal a nivel de la calle; y la sala de esculto-pintura, totalmente cerrada a la cual se llegaba por medio de elevadores escénicos, transparentes y movidos por émbolos. La idea de que esta construcción estuviera completamente cubierta de dibujos, respondió a la idea del empresario y arquitectos de que pudiera verse en toda su

<sup>395</sup> NOELLE, “David Alfaro Siqueiros”, s/p.

<sup>396</sup> NOELLE, “David Alfaro Siqueiros”, s/p.

magnificencia desde cualquiera de los pisos del hotel y así, al combinarla también con los jardines y demás elementos constructivos de los alrededores, se conseguiría un efecto estético único en la ciudad. De esta manera, “el polyforum constituyó [...] la primera agrupación orgánica de múltiples escenarios, proyectados con sentido dinámico, para exhibir las expresiones más calificadas de orden cívico y cultural de México [...]”<sup>397</sup>

Después de su inauguración en 1971, la polémica en torno al patrocinio de estos proyectos culturales por parte de empresarios o “capitalistas”, se volvió a desatar. Se tachó de contradictorio y absurdo, se criticó a Siqueiros por elaborar una obra para el capital, siendo abanderado del socialismo. La cuestión turística salió a relucir cuando José Luis Cuevas, pintor en ciernes de 38 años, comentó: “Siqueiros ha llevado su obra, que siempre ha dicho es de contenido social y que está dirigida al pueblo, a un hotel de lujo; de ahí que el otro día lanzara un chiste que corrió más o menos con suerte, en el que dije que éste era la revolución, pero la revolución hotelera; porque en esta tercera etapa del muralismo mexicano, los pintores están dirigiendo los hoteles...posiblemente una cuarta etapa del muralismo conduzca la pintura a los moteles y a los mesones.”<sup>398</sup>

Rosell, uno de los arquitectos que trabajó de manera cercana con Siqueiros, en su defensa, llegó a decir que lo que se había hecho en el polyforum no era muralismo sino “arte plástico en movimiento, con una arquitectura en movimiento y para un urbanismo en movimiento”. Reclamó a los artistas por espantarse de pintar murales en hoteles y remató con un enérgico: “Ojalá mañana se pinten murales en supermercados y que se siga pintando en iglesias y que sustituyan a la publicidad agresiva de banquetas y de viaductos; ojalá que la publicidad se convierta en cultura, y la cultura se convierta en publicidad agresiva e informativa.”<sup>399</sup>

La idea de que este tipo de obra ya no estuviera en un lugar al alcance del pueblo sino al servicio de los turistas, generalmente norteamericanos parecía alterar a artistas y críticos que no se habían percatado que se llevaba alrededor de treinta años con esta práctica que se volvió mucho más visible a mediados de los años sesenta y que llegaría a su cumbre por la misma época, con la inauguración del Hotel Camino Real Ciudad de México, inaugurado a mediados de 1968, que integraría en un mismo espacio a los exponentes más destacados del arte de la época pero con un sentido mucho más internacional, ya no visto tanto hacia el interior, abalado por el contexto de ciudad olímpica que rodeaba a la capital de la república y con la participación no sólo de artistas mexicanos, sino de otras partes del mundo.

<sup>397</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, p. 113.

<sup>398</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, p. 238.

<sup>399</sup> GARCÍA CORTÉS, *Siqueiros, Suárez y el Polyforum*, p. 245.

*El mundo en México: la integración plástica y la internacionalización del arte (hotelero) mexicano*

Nos encontramos a finales de los años sesenta. Los cambios tanto en las tendencias artísticas como en las formas de hacer hotelería se habían transformado. El paradigma nacionalista que había guiado el quehacer artístico dejó poco a poco de considerarse la única forma de crear y los artistas mexicanos ampliaron sus perspectivas, refrescaron su visión e interpretaciones. Nuevas generaciones que ya no se encontraban tan apegadas al movimiento revolucionario y a la necesidad de exaltarlo, a los conflictos políticos y a los encargos estatales hicieron nuevos intentos por lograr la integración plástica que se ansiaba desde hacía treinta años. Con algunas experiencias más o menos exitosas, el espacio hotelero se convirtió en uno de los sitios más oportunos para tratar de desarrollar la unión de las distintas manifestaciones artísticas en un mismo lugar.

En la ciudad de México un evento deportivo también trajo consigo aire fresco para la actividad turística que había tratado de convertirse en una de las principales para la economía del país pero que, después del boom de la construcción hotelera y de la promoción turística de los años cuarenta y cincuenta, se encontraba un tanto paralizada. La organización de los Juegos Olímpicos de 1968 significó nuevo movimiento para la ciudad, nuevas oportunidades de generar negocios y la reactivación de la actividad turística que buscaba recuperarse. La creación de Hotel Camino Real fue una de estas oportunidades que unió, una vez más, a la actividad turística con la creación artística de una manera nunca antes vista. El escenario de la ciudad de México como una metrópoli cosmopolita, capaz de recibir a los visitantes de cualquier parte del mundo, ya no ensimismada sino con una visión hacia el exterior, hacia la internacionalización agregó el ingrediente que faltaba para crear este sitio de hospedaje y de arte, en una época de dificultades sociales y políticas.

Sin embargo debemos decir que una empresa de esta magnitud fue posible, como vimos en el capítulo anterior, gracias al manejo ilimitado de recursos financieros proveniente de quienes encargaron la obra a Legorreta, de esta manera, los artistas contratados para elaborar las obras que “decorarían” el hotel no tuvieron ningún tipo de restricciones ni en la temática, ni en la técnica ni en la forma en que la desarrollarían. Y decimos “decoración” porque lo que hacen las piezas creadas por estos artistas para el hotel, va más allá de la idea de embellecer el espacio. Juegan un papel fundamental para la estructura, el ambiente y la vida dentro del hotel. Cada muro, cada objeto fueron diseñados y creados específicamente para ese lugar, por lo que consiguieron que el hotel se convirtiera en un espacio escultórico y pictórico en sí mismo. Y es que ya no sólo eran pinturas en los muros o esculturas en los jardines, en el Hotel Camino Real ciertos elementos arquitectónicos eran por sí mismas, obras de arte.

La integración plástica y el sentido de internacionalización pudieron lograrse porque fue justo en ese momento en que confluyó un equipo de trabajo que provenía de distintas partes del mundo y con artistas que también habían estado en contacto con otras experiencias en el exterior. Basta mencionar por ejemplo a Mathias Goeritz, pintor, arquitecto, diseñador, urbanista, literato, poeta, crítico de arte, de origen alemán, quien realizó uno de los elementos característicos del hotel y por el cual se reconoce hasta el día de hoy: la celosía exterior que es símbolo de la cadena hotelera, prácticamente una pared escultórica que surge como una interpretación moderna de la arquitectura morisca, la cual también marca un itinerario visual que remata con otra importante obra de su autoría: *Abstracto en dorado*, una pintura de gran formato al fondo de la escalera que conduce a los salones de banquetes. Aparentemente, Goeritz retoma la tradición de los retablos mexicanos y utiliza el dorado, tan empleado durante el período barroco pero lo lleva al minimalismo y logra un remate visual de gran profundidad.

Goeritz invitó a trabajar con él en esta novedosa propuesta, al artista japonés Isamu Noguchi, quien realizó otro elemento conocido de nuestro espacio hotelero: la fuente que se encuentra en la entrada, precisamente entre los dos elementos elaborados por Goeritz. Noguchi, mitad norteamericano y mitad japonés, viajero constante, no sólo de países sino de vanguardias artísticas, poeta, escenógrafo, diseñador de muebles y escultor, en su obra logró el equilibrio entre la tradición paisajista japonesa y el arte occidental. La *Fuente en eterno movimiento*, como se conoce a la aportación de Noguchi al hotel, muestra su concepto de “espacio escultural y simbólico”. Equilibrio y silencio, dos de los elementos que el autor manejaría en su producción artística están presentes en esta entrada que de inmediato hace olvidar el caos y la actividad citadina. A decir de los expertos, la espacialidad que genera la fuente, siempre intensa como el mar, es uno de los elementos más destacables de todo el conjunto hotelero.

La participación de Rufino Tamayo tampoco pasa desapercibida, *Hombre mirando al infinito*, mural que mide más de 60 metros cuadrados, es incluso una de las obras más representativas del arte moderno mexicano y a decir de algunos, la mejor obra del artista. Un dibujo sencillo, sólo unas cuantas líneas, transmiten la inmensidad del espacio y el lugar del hombre en el universo. A decir del propio artista: “[...] está pintado con colores metálicos y vinelita sobre yute. La única figura humana del mural quiere significar que el hombre de esta ciudad tecnológica, no conforme con la contemplación del espacio sideral, intenta tocar la nueva realidad descubierta.” Para Tamayo, los cambios que se estaban viviendo debían influir de manera definitiva en el arte pues éste debía reflejar la época que vivía el artista: “Si nosotros no somos actuales, estamos viviendo en el error.”<sup>400</sup>

---

<sup>400</sup> TAMAYO, *Textos de Rufino Tamayo*, p. 99.

Influenciado por los cambios científicos y tecnológicos que se estaban llevando a cabo de manera vertiginosa, Tamayo comenzó a pintar el tema espacial durante su estancia en Nueva York y según él, en aquel momento era el mexicano que tenía más contacto con el extranjero porque había sido el primero en pensar que la pintura era un lenguaje internacional: “En pintura no existe un lenguaje nacional.” Los jóvenes ya no se preocupaban por el nacionalismo. Existía una raíz nacional alimentada por lo que se estaba haciendo en todo el mundo. No estamos seguros de la afirmación de Tamayo sobre ser el mexicano con más contacto en el extranjero, pero lo que sí define claramente el artista en sus reflexiones, es el sentir de la generación de artistas que integraron el arte del Camino Real. Las preocupaciones habían dejado de ser internas: para avanzar en lo nacional se tenía que estar en contacto con el resto del mundo.<sup>401</sup>

Pedro Friedeberg, de origen italiano, con paradas en escuelas norteamericanas antes de llegar a la ciudad de México, desarrolló un arte surrealista fuera de lo común aún para los artistas que se decían pertenecer a esta corriente artística. Es probable que por su amistad con Mathías Goeritz, Friedeberg formara parte de los artistas que intervinieron en el Camino Real y precisamente lo hizo con un aporte muy característico de su obra, alejado del muralismo didáctico y el arte nacionalista —más cercano al expresionismo abstracto y la abstracción geométrica— con un título por demás adecuado: *16 adivinanzas de un astronauta hindú*, se encuentra en el foyer Friedeberg, que adquirió el nombre por su pieza. La incorporación de elementos provenientes de distintos lenguajes, arquitectura, música, mitología, esoterismo, literatura, alquimia, religión y filosofía, se combinaron en esta obra de 8.55 x 8.40 metros con múltiples formas en blanco y negro y un trabajo de perspectiva que lleva al espectador a una extraña pero agradable confusión.<sup>402</sup>

Pedro Coronel, con formación en instituciones de enseñanza artística mexicana, tuvo estancias en Europa que fueron definitivas para su desarrollo artístico posterior. No sólo estuvo en contacto con las últimas manifestaciones artísticas de avanzada, sino que también estuvo en contacto con artistas que enriquecieron su futura creación, como los rumanos Constantin Brancusi y Víctor Brauner, así como con los soviético franceses Serge Poliakoff y Ossip Zadkine. Nutrido también por Paul Klee y Joan Miró y por el mexicano Rufino Tamayo, quien definitivamente dio un giro al arte considerado nacionalista ahora sustentado por las vanguardias europeas y norteamericanas, presentó un trabajo en que el arte popular se conjuga con lo abstracto. Ubicado a un costado de la recepción del hotel con

---

<sup>401</sup> TAMAYO, *Textos de Rufino Tamayo*, p. 101.

<sup>402</sup> VEGA, “Alberga Bellas Artes”, pp. 50-54.

círculos de colores brillantes, planetas escondidos tras un rojo encendido que parece hipnotizar a quien lo observa y que lleva por título *Pintura Número 13*.<sup>403</sup>

No fueron éstos los únicos artistas convocados para crear el arte del Camino Real, pero sí los que tuvieron mayor contacto con el extranjero y quienes tuvieron una formación cosmopolita en muchos sentidos. La idea de señalar un poco su trayectoria, y la obra que realizaron para el hotel es sugerir la manera en que el Camino Real mostró un cambio en el arte, no sólo hotelero sino nacional: su internacionalización. Los artistas salieron del país con objetivos esencialmente educativos, artísticos, estéticos. De igual manera, México acogió a otros que por distintas razones salieron de sus lugares de origen y aportaron una visión nueva sobre México y lo mexicano. La obra que se hizo para el hotel reflejó esos cambios, promovidos también por la situación coyuntural que se vivía a finales de los años sesenta en el mundo, obviamente incluido México.

Lo que se aprecia en este hotel ya no es propaganda o pinturas sencillas y didácticas que el turista recibía de manera fácil, sino hechas con un lenguaje artístico universal que podía ser apreciado por personas de todo el mundo sin tener que conocer la problemática social, económica y política del país. En este sentido, el patrocinio oficial ya no influía de manera definitiva en lo que los artistas elaboraran, podía proceder con total libertad sin temores y sin la necesidad de hacer un arte político o con mensaje social.

Las problemáticas abordadas o lo que movía a los artistas en este caso, tenía presente a lo nacional pero en un segundo plano: la revolución, la legitimidad del régimen que surgió de ella, la validez de los programas emprendidos por el gobierno, etc., ya no eran temas necesarios para mostrar al mundo lo representativo de México o lo que era esencial en él. Los colores y atmósferas, la mezcla de tradiciones, culturas y lenguajes, su flora y fauna, resultaron elementos mucho más significativos que lo político y trascendía así a un nivel, por extraño que parezca, más fácil de apreciar para quienes lo admiraran.

Ahora bien, las preocupaciones de los artistas también trascendían lo nacional, ahora eran el desarrollo de la ciencia, los avances tecnológicos, los ambientes citadinos impregnados de confusión y caos, las comunicaciones y la manera de lograr un lenguaje entendible para quienes admiraran su obra fueran de México, Japón, Alemania o China. Esto era lo que se intentaba lograr en el hotel: dar al mundo un mensaje sobre la forma en que México se desarrollaba, se comunicaba, sobre su hospitalidad y su originalidad, pero insertarlo también en un contexto internacional como era el que se vivía en aquel año, con la organización de los juegos olímpicos.

---

<sup>403</sup> GONZÁLEZ MATUTE, “La obra de Pedro Coronel”, p. 5.

Aunque existieron varios intentos, la idea que compartieron los hoteleros desde sus primeras incursiones en esta actividad, de que el hotel se convirtiera en una pequeña muestra de lo que era México para los turistas extranjeros, sólo pudo concretarse íntegramente en 1968 a través del hotel Camino Real. Lo mismo sucedió con los artistas y arquitectos que buscaron desde aquellos primeros años la integración plástica. En este sentido, hoteleros, arquitectos y artistas transitaron un camino paralelo rumbo a la modernidad. El hotel Camino Real representó en muchos sentidos la meta que anhelaban: en la forma de invertir y crear una empresa exitosa fomentada por la iniciativa privada; en la construcción de un oasis en medio de la ya conflictiva capital; en el trabajo conjunto de arquitectos y artistas para lograr una obra de arte en sí misma; y porque todos consiguieron que este hotel se convirtiera en un símbolo atemporal de la ciudad de México.



Trabajadores y empleados del Hotel del Prado en el bar Nichte Ha. Años cincuenta  
(Foto de Arturo Barrón en fb/Hotel del Prado México Df (1948-1985) Oficial)



Cartel de la película Gran Hotel en donde aparece *Cantinflas*, el famoso bell boy número 13 (1944) ([www.mariomorenocantinflas.com](http://www.mariomorenocantinflas.com))



## Capítulo 5. Trabajar el Hotel

Si bien cada participante en el desarrollo hotelero fue fundamental para que la actividad se integrara y adquiriera un lugar reconocido en la vida nacional, el caso de los trabajadores del sector fue destacado. Los grandes hoteles de la ciudad cosmopolita requirieron la participación de un número importante de trabajadores encargados de atender las áreas en que se encontraban divididos; para administrarlo; conservar su limpieza e higiene; dar mantenimiento a las instalaciones; alimentar tanto a los clientes, como a los demás empleados del sitio. La organización eficiente de la planta laboral de un hotel moderno ciudadano fue también un proceso paulatino.

La transformación que se llevó a cabo en las características y el desempeño de un trabajador hotelero fue profunda entre la segunda y tercera década del siglo XX. Resaltar este cambio y describir de manera general los distintos tipos de trabajadores y empleados en hotelería es de lo que se ocupa el primer apartado de este capítulo. Gerentes y administradores, cocineros, cantineros, meseros, *bell boys*, recamareras, carpinteros, electricistas y en algunos casos, incluso médicos, formaron parte de este universo que paulatinamente formó una estructura jerarquizada y estricta pero con posibilidades de movilidad.

Pero los trabajadores hoteleros no sólo constituyeron una parte esencial para el buen funcionamiento de los sitios de hospedaje. Participaron de la institucionalización del sector y abrieron brecha en el difícil esfuerzo por defender los derechos de los trabajadores del ramo. Así, el segundo apartado de este capítulo presenta la historia de una central obrera que agrupó a un contingente importante de trabajadores hoteleros. Si bien las formas de organización laboral del sector cambiaron en el transcurso de nuestro período de estudio y se dio lugar a formas más sencillas integradas por grupos menos numerosos de trabajadores, la Unión de Empleados de Trabajadores de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del Distrito Federal supo mantener su relevancia y su influencia entre los trabajadores de la actividad a pesar del paso de los años.

Trataremos también los conflictos y huelgas que se llevaron a cabo en el sector durante los años estudiados. Lo que los caracterizó fue su importancia en los primeros años en que apenas iba tomando impulso la edificación de hoteles modernos en la ciudad. Debido a ello, las huelgas y conflictos ocurrieron en hoteles pequeños o medianos, que no son precisamente los estudiados en esta tesis. Sin embargo, nos muestran cambios importantes ya cuando el arribo de los modernos es inminente: por un lado, el cese de los conflictos y el entendimiento de los trabajadores con los empresarios y dueños de los establecimientos; por otro, la transformación en los intereses y objetivos de las centrales obreras y

la creación de sindicatos más pequeños, por establecimiento, más fáciles de controlar y de mantener conformes.

Finalmente revisaremos la relación entre patrones y trabajadores del sector hotelero, la forma en que llegaron a un conceso y la búsqueda de objetivos similares al tratar de conseguir la profesionalización de los empleos hoteleros. Ambos se dieron a la tarea de crear instituciones que apoyaron a los empleados en su formación y posterior tecnificación en una etapa en que no había ninguna otra escuela o instituto que se dedicara a esta labor. El gobierno que legislaba y creaba organismos para el control del sector turístico, se quedó al margen en lo referente a la educación de aquellos interesados en laborar en él. De esta forma, la tarea pasó a manos de los empresarios y de los propios trabajadores que, con un discurso basado en la importancia de la cultura y la educación para el mejoramiento humano, llevaron a cabo una destacada labor en este campo.

## 1. El trabajo hotelero

En el relato del francés Lucien Biart —viajero decimonónico que después radicara en México a mediados del siglo XIX— dejó un gran testimonio de los sitios de hospedaje en aquella época y de la forma en que estaba organizado y dirigido:

El extranjero que, desdeñando los hoteles atendidos por los europeos, llegan a una posada nacional, se encuentra en graves aprietos. Nada de criados obsequiosos que se apresuren a llevar la cabalgadura al establo; nada de patrón que atienda, tome órdenes e indique al viajero un cuarto en relación con su aspecto. El más completo descuido reina en esos grandes mesones [...]<sup>404</sup>

La situación respecto a la organización de estos sitios de hospedaje, los servicios que ofrecían y los empleados que trabajaban en ellos no variaron incluso iniciado el siglo XX.

La figura del posadero, generalmente dueño del establecimiento, funcionó muchas veces como una especie de “mil usos” porque no existían empleados fijos en los sitios de hospedaje, a excepción quizá de la cocinera y de algún mozo ocasional. Él debía hacerse cargo de todo. En las ventas, sitios de hospedaje ubicados en los caminos, carreteras y zonas de tránsito, aparentemente había más personal, tal vez por su ubicación rural, sin embargo, lo más común era que los propios viajeros trajeran consigo a alguna persona que los atendiera. Incluso algunos funcionaron como una especie de “guía de turistas” que acompañaron a sus hospedados a sitios importantes de la localidad.

La mayor parte de los hoteles ciudadanos de las primeras décadas del siglo XX presentaban todavía esta dificultad. Debido a la escasez de empleados, los servicios eran realmente deficientes:

---

<sup>404</sup> BIART, *La tierra templada*, pp. 30-31.

mala o nula comida, habitaciones sucias, falta de agua y electricidad, sin contar que para aquellas épocas los mesones, posadas e incluso los nombrados “hoteles”, contaban con sólo uno o dos baños que tenían que compartir todas las personas que habitaran el lugar. En gran parte los servicios y atenciones mejoraron cuando hubo un mayor número de empleados que pudieran mantener su lugar de trabajo en buenas condiciones, desde las básicas de limpieza hasta su administración.

Conforme los hoteles crecieron y las costumbres cambiaron, los empleos aumentaron pero continuaron como tareas realizadas a menudo por la misma persona o repartidas en el seno de una misma familia. La cocina, el servicio de vestíbulo, la recepción y el mantenimiento de los cuartos se efectuaba de una manera sencilla. Sin embargo, conforme la actividad adquirió importancia y los hoteles crecieron, también se modificó la complejidad de las tareas y la diversificación de los empleos exigió grados de calificación cada vez más altos.<sup>405</sup>

De esta manera, una de las características distintivas del tránsito de los sitios de hospedaje hacia la modernidad, fue la especialización y división de los sectores que integraban el hotel y de los individuos que trabajaban en ellos. Los hoteles modernos, que pretendían hospedar a decenas de personas, con servicios sanitarios en cada habitación, mobiliario confortable, instalaciones ya no sólo eléctricas y de agua potable, sino de clima artificial, calefacción o telefónicas, restaurantes, bares y demás, no podían funcionar sólo con una o dos personas atendiendo todo. Si un negocio hotelero buscaba crecer, uno de los sectores fundamentales serían sus trabajadores, aquellos que fueran capaces de brindar una atención eficiente a los huéspedes para que sus visitas se hicieran frecuentes y para que al volver a sus lugares de origen, además de tener comentarios elogiosos para su negocio, también hablaran bien de México. La imagen del hotel y de México estaba en las manos de sus trabajadores.

Así, el trabajo hotelero se convirtió en un aspecto fundamental del funcionamiento de estos espacios en su llamada etapa “moderna”. Resulta complejo imaginarlo como un solo bloque porque en realidad en un hotel como los estudiados en esta tesis confluían empleados de muchos tipos, desde los dedicados a la limpieza de habitaciones y espacios generales, a mantener en buen estado las instalaciones (plomeros, electricistas, carpinteros), aquellos que tenían más contacto con el cliente en mostradores, recepciones y oficinas, e incluso a los administradores, específicamente los gerentes y subgerentes que debían supervisar que todas estas áreas funcionaran de manera adecuada.

Así, en los hoteles, cada sección parecía actuar independientemente, sin embargo, su coordinación era fundamental para que las otras funcionaran de manera adecuada. Del acoplamiento perfecto de cada área del hotel dependía su actividad integral, su rentabilidad, las ganancias y que la

---

<sup>405</sup> PERRIN, *La Hotelería*, p. 88.

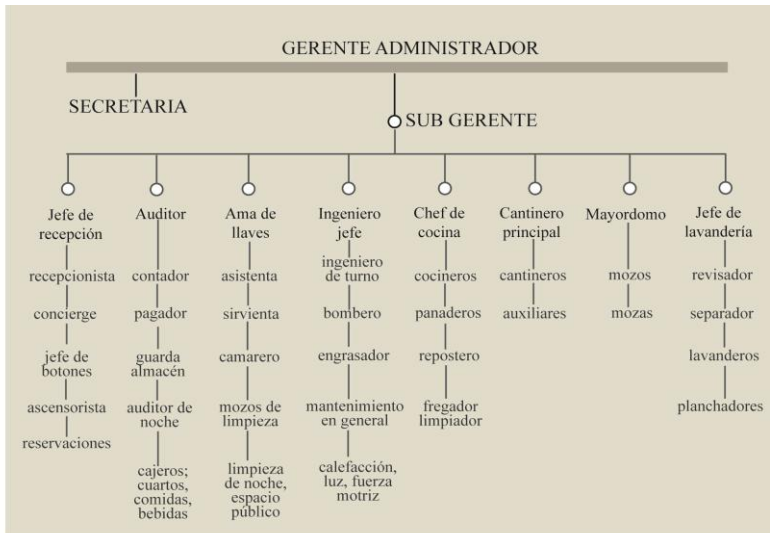
empresa continuara su crecimiento. Todos estos elementos resultaban en un producto intangible: la reputación de calidad y buen servicio del establecimiento. De allí que al cambiar el concepto de hotel para dejar de ser sólo un sitio que diera alojamiento para visitantes eventuales, se integraran nuevas áreas y secciones de servicios y esparcimiento, que debían ser igualmente trabajadas y supervisadas con eficiencia. De esta manera se crearon nuevos empleos además de los tradicionales que ya existían como *bell boys*, camareras, meseros, etc. con lo que la oferta de empleos aumentó al crecer también el número de hoteles en la ciudad.

Durante nuestro período de estudio se llevó a cabo la especialización y organización de las nuevas áreas del hotel de manera paulatina. Para los años cincuenta, un hotel mediano o pequeño contaba con las áreas y empleos señalados en el cuadro 1. Si el hotel aumentaba de categoría y de tamaño, evidentemente las secciones del hotel y los empleados también aumentaban. Las distintas áreas del hotel y sus trabajadores se dividían técnicamente de esta manera, sin embargo, para cuestiones prácticas e incluso para los mismos trabajadores, la división era mucho más simple: por un lado los empleados administrativos y jefes de departamento; y por otro, todos los demás, es decir, cámaras, meseros, bell boys, mozos, trabajadores del área de cocina, etc. De esta manera funcionó también al momento de redactar los contratos colectivos de trabajo.

Ejemplo de ello lo podemos advertir en el contrato colectivo del Hotel del Prado para el año de 1954, en donde los llamados “empleados de confianza”, resultaron ser aquellos encargados de puestos administrativos o jefes de los departamentos: director general, gerentes, subgerentes, jefes o subjefes departamentales, auditores, apoderados, médicos, contadores, cajeros, personal de los departamentos de contabilidad, oficinas de recepción, vigilancia, publicidad, crédito, compras, jefes de meseros, capitanes, ama de llaves y ayudantes, inspectoras, superintendentes de mantenimiento, telefonistas, chef, sub chefs, cajeras y checadoras. Todos éstos trabajadores no estaban protegidos por el contrato colectivo ni tampoco por su sindicato, además, la empresa contaba con más libertad para decidir quién ocupaba los puestos.<sup>406</sup>

---

<sup>406</sup> AGN, P, ARC, 432/279, “Rigoberto Romo, secretario general del sindicato de trabajadores del Hotel del Prado a representantes de la Operadora de Hoteles S.A.”, (marzo 1954). Es interesante comparar esta información con el cuadro presentado, pues el Hotel del Prado en su tiempo fue considerado uno de los más grandes y modernos de la ciudad. La división de los empleados administrativos es mucho más minuciosa y además se agregan los departamentos de publicidad, compras, crédito y vigilancia, telefonistas y médicos que no aparecen en el cuadro señalado para hoteles medianos y pequeños.



Cuadro 1. Organización de un hotel mediano o pequeño

De esta manera se empezaron a delimitar espacios de acción, jerarquías y lealtades. En general se entendió que los encargados de gerencia y empleados administrativos tenían más relación y contacto con los dueños del negocio, lo cual en ocasiones se veía como una ventaja y era considerado como un privilegio. Sin embargo, algunos de los hoteles

más exitosos fueron aquellos en donde los empresarios regenteaban su propio negocio o tenía mucho contacto con su actividad, además de tener un trato amistoso y directo con todos los empleados del hotel, no sólo con los administrativos. También se podía dar el caso de que los empresarios entregaran la gerencia a un tercero, por lo que debían tener una visión muy precisa de a quién elegir para estos puestos de gran responsabilidad, pues los gerentes podían llevar al hotel al éxito o a la ruina. En este sentido podemos recordar el caso del Hotel Reforma en sus primeros años de existencia y la desastrosa administración de Lucas de Palacio que casi hizo quebrar el negocio después de tantos años de esfuerzo por parte del dueño.

Pero también hubo quienes tomaron buenas decisiones, como Anacarsis Peralta al hacerse cargo del Hotel Regis en 1947, quien en un primer momento ocupó la gerencia y cuando su funcionamiento mejoró, delegó la responsabilidad en Helmut Ruther, un alemán llegado a México en un buque incautado por el gobierno de Manuel Ávila Camacho. La elección de un gerente extranjero no fue extraño. Algunos otros hoteles también contrataron extranjeros porque tenían mucha más experiencia en administración de sitios de hospedaje que los mexicanos y esa era una realidad innegable. El empresario decidió ponerlo al mando debido a su experiencia en su país natal, porque dominaba varios idiomas y además, por el buen trato que daba a los clientes, pues para la época se consideraba que:

Tan importante cargo no puede ser desempeñado por una persona de mediana capacidad: la garantía profesional y moral más completa es la condición indispensable para realizar acertadamente la tarea difícil, delicada y de gran responsabilidad de dirigir un hotel. Una persona de gran experiencia en la materia puede desempeñar con éxito el referido cargo. En una palabra, el director de un hotel debe de ser un conocedor de todas las ramas de la Industria Gastronómica.<sup>408</sup>

<sup>407</sup> “Organización de un hotel”, p. 15.

<sup>408</sup> “Dirección de hoteles”, p. 6.

Según los propios hoteleros, el gerente debía poseer un conocimiento general de los detalles relacionados con todas las áreas del establecimiento, sin excluir a los más “humildes”. Conocer cada una de las secciones del hotel era la base para trabajar en armonía e inteligentemente con el chef, con el *maitre* y con cada uno de sus asistentes. Carecer de tales nociones, significaba colocarse a la merced de los propios empleados, asumiendo éstos, posiciones que no les correspondían, por lo que desde estos momentos el trabajo hotelero se caracterizó por la importancia de las jerarquías. Lo básico era saber conservar su lugar como cabeza del establecimiento y ante alguna emergencia, poder ocupar cualquier puesto, importante o no, del hotel. “La eficiencia de un gerente se revela en su energía y carácter, en el respeto que le profesa a sus empleados y colaboradores, demostrándoles diariamente su lealtad e interés por la casa que controla, dándoles así un ejemplo alentador”.<sup>409</sup>

Una característica más del trabajo en el hotel además de las jerarquías, fue la posibilidad de ascenso en la compleja red de su organización. En otra de las cláusulas del ya mencionado contrato colectivo del Hotel del Prado, precisamente se habla de este tema y nos muestra que a pesar de las modernas técnicas de manejo de personal que después se introdujeron y de que ya se estaba capacitando a empleados para trabajar en las distintas áreas del hotel, se continuaba la práctica de escalar por distintos puestos del establecimiento. Los procedimientos se fueron regulando porque debían presentar exámenes de aptitudes y estar a prueba por períodos de treinta días. De no cumplir con los requisitos solicitados, el trabajador volvería a su puesto anterior y no sería promovido. Lo mismo ocurría cuando se presentaba alguna vacante. Los exámenes al solicitante y la elaboración de estudios sobre el candidato debían ser realizados por representantes de la empresa y del sindicato.<sup>410</sup>

Ahora bien, en la jerarquización hotelera, después del gerente y subgerente, se encontraban los jefes de departamento, como se puede ver en el cuadro 1, no todos poseían el apelativo de jefe, pero eso dependía de las áreas en las que se desempeñaran. Los jefes de los departamentos del hotel, tenían la obligación de hacer llegar al gerente todos los días, el presupuesto de los gastos de la sección que controlan, de modo que él pudiera abarcar el total de las entradas y salidas del establecimiento y coordinar así las necesidades de las secciones dependientemente unas de otras. Se consideraba que esta era la única forma de evitar el despilfarro y las equivocaciones.<sup>411</sup>

Como ejemplo podríamos mencionar al jefe de recepción, considerado uno de los puestos más importantes del hotel pues cuando el viajero entra al establecimiento por primera vez, es desde el

---

<sup>409</sup> “Normas para el gerente de hotel”, p. 24.

<sup>410</sup> AGN, P, ARC, 432/279 “Rigoberto Romo, secretario general del sindicato de trabajadores del Hotel del Prado a representantes de la Operadora de Hoteles S.A”, (marzo 1954).

<sup>411</sup> “Normas para el gerente de hotel”, p. 24.

mostrador que recibe un impacto positivo o negativo del lugar. Ahora se considera que depende de la expresión del rostro y de las iniciales palabras de bienvenida de los empleados o recepcionistas, el efecto que perdura en viajero y en su criterio para regresar o no a ese sitio de hospedaje. De esta manera, durante nuestro período de estudio se consideraba que el jefe de recepción debía ser una persona de correcta educación y con muy finos modales, además de saber varios idiomas y las costumbres de distintos países.

Así, se consideraba que

El “jefe de recepción” debe recibir a los clientes y viajeros a su llegada e informarse de sus gustos y deseos, dar órdenes y escoltar al viajero a la habitación que más prefiera y sea de su completo agrado. Cuando entre en las habitaciones, observará el primer efecto de vista si todo se encuentra en perfecto orden y gusto; procurando al mismo tiempo comprender su el viajero está satisfecho y encuentra agradable su estancia y en caso contrario debe, en atentas y finas palabras, conformarle con lisonjeras promesas de sustituirla por otra de su gusto en el primer momento en que haya una vacante.

Además, el jefe de recepción era el encargado de manejar el libro de movimiento de “clientes” (entradas y salidas), donde anotaría el nombre y el número de las personas ingresadas, habitación elegida y las condiciones de precios y circunstancias excepcionales si las hubiere. También llevaría un fichero como recordatorio de todos los clientes que han concurrido en el Hotel, con el más mínimo de los detalles.<sup>412</sup>

Tenemos también como ejemplo al chef o jefe de cocina, quien según los expertos en restaurantes y hotelería de la época “debía calcular con precisión, dominar las dosis, ordenar a sus ayudantes sin error” y no despilfarrar nada provechoso. Estaba encargado de elaborar los menús y las cartas para cada día, las cuales debían ser revisadas por el gerente del establecimiento. En hoteles como los estudiados, con grandes restaurantes, algunos muy conocidos por sí mismos, como el Ciro’s del Hotel Reforma, o el Paolo del Regis, la responsabilidad de hacer las compras y surtirse de lo necesario para elaborar cada platillo de la carta era fundamental y labor también del jefe de cocina. Cabe resaltar que éste debía vigilar y atender no sólo los platos destinados al cliente, sino también la alimentación del personal que trabajaba en el hotel y que tenían perfecto y legítimo derecho a una comida bien elaborada y nutritiva que les permitiera realizar sus labores cotidianas.<sup>413</sup>

Sin embargo, no sólo los empleados de confianza, jefes de departamento o trabajadores administrativos de un hotel eran necesarios para que el lugar funcionara de manera adecuada. Debido a la cantidad de servicios que se implementaron con el paso del tiempo, los trabajadores de las distintas áreas también debían estar perfectamente organizados y supervisados: desde los meseros del o los

<sup>412</sup> VIDAL, “Para la escuela de capacitación II”, p. 4.

<sup>413</sup> VIDAL, “Para la escuela de capacitación II”, p. 5.

restaurantes, los botones encargados del equipaje o las mujeres dedicadas al aseo de las habitaciones, las cuales oscilaban entre 250 como en el Reforma hasta las 700 del Camino Real. A esto habría que agregar los empleados que trabajaban en los distintos espacios de servicio como peluquerías, farmacias, cafeterías, tiendas, que en esta época dependían directamente del hotel.

Los meseros, por ejemplo, ya contaban con muchas más responsabilidades y sus acciones se regularon cada vez más conforme los empleos hoteleros se tecnificaron. De esta forma, algunos, dependiendo del número de mesas que atendieran, contaban con un ayudante, generalmente conocido como “garrotero”, además de que debía saber qué contenían todos los platos de la carta para responder claramente y sin titubeos a cualquier pregunta que el cliente pudiera tener. Se explicaba también que el mesero debía:

observar y tomar nota de las costumbres, por extrañas que parezcan, de los clientes asiduos, para de ese modo satisfacerles sus deseos y caprichos [...] También observará [...] una conducta ejemplar al dar las necesarias órdenes a sus ayudantes, no levantando la voz, ni empleando señas ni ademanes, todo lo cual resulta impropio del ambiente donde ejerce sus funciones pos constituir una falta de respeto a los clientes.

Como dijimos antes, en las jerarquías hoteleras, el mesero podía aspirar al cargo de maitre d’hotel cargo en el que se tomaría pedidos, se encargaría de la cava, confeccionaría menús, entre otras ocupaciones.<sup>414</sup>

Todos estos cambios en el trabajo hotelero hicieron que en un momento dado éste se considerara como una especie de proceso integral en el que todos, empleados, administradores y dueños formaban parte en una especie de ciclo: La empresa debía garantizar el bienestar de cada empleado pues de ello dependía directamente la operación lucrativa del hotel. En la satisfacción de cada huésped o cliente descansaba el triunfo o el fracaso del establecimiento y de los que labran su sustento en el mismo, por lo mismo, la administración debía operar el hotel de tal manera que los empleados: sirvieran a cada huésped con cortesía, eficacia, seguridad, limpieza y prontitud; fomentaran la mayor utilización de las habitaciones, productos y demás servicios ofrecidos por el hotel; aumentaran el rendimiento de cada hora de trabajo; conservaran la propiedad, el equipo y el material que constituía la fuente de todo ingreso y que laboraran en armonía con los demás compañeros del Hotel, respetando los derechos de los mismos.<sup>415</sup>

Por todo ello, los trabajadores del hotel (recamareras, botones, conserjes, recepcionistas, cajeros, mozos etc.) y sobre todo, los empleados de restaurantes y bares (director, jefe de cocina, meseros, cocineros, cantineros, etc.) adquirieron una participación e importancia creciente en la toma

<sup>414</sup> VIDAL, “Para la escuela de capacitación”, pp. 6 y 7.

<sup>415</sup> “Los empleados de hotel”, p. 15.



de decisiones y en la obtención de mejoras laborales a través de las uniones y sindicatos a los cuales se afiliaban. Para estas alturas, en México, muchos trabajadores hoteleros ya se encontraban afiliados al Sindicato Nacional de Trabajadores de Hoteles, Restaurantes, Cantinas, Cafés y Similares de la República Mexicana, organismo del que hablaremos más adelante y cuyo origen se remonta a 1912 cuando surgió la Unión de empleados de restaurantes que con el tiempo fue incluyendo a otros de sectores similares.

Así, de tener uno o a veces dos empleados a principios de siglo, los hoteles que aspiraban a ser representantes de una ciudad cosmopolita, se convirtieron en verdaderas industrias humanas, en donde los empleados, quizá no intervenían en un proceso de transformación de materia prima en algún producto, pero sí convertían su trabajo en servicio, en amabilidad y confort para quienes se alojaban en él, lo que se volvió la clave de funcionamiento de los establecimientos de hospedaje sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, el trabajo hotelero también resultó complejo y en ocasiones difícil. Muchas veces también era irregular sobre todo para algunos puestos, con horarios poco convencionales, largas jornadas y pocos días de descanso, pues las fechas y días festivos en que generalmente otros descansaban, eran las más ocupadas para los hoteles.

Todas estas prácticas en algunas ocasiones trajeron como consecuencia la inestabilidad de los empleados, es decir, que duraran poco tiempo en un determinado puesto, que se contratara a personal eventual, que no tenía los mismos privilegios que un empleado de planta, o que incluso se les diera trabajo a jóvenes estudiantes o a personas que no tenían nada que ver con la actividad turística o que no tenían una educación “formal” en el área. Esto también repercutía en la cuestión salarial pues para los empleados “de paso” no había uno fijo y algunas veces, los que tenían más contacto con los huéspedes, sólo se quedaban con las propinas que éstos les daban por algún servicio.

Con la generalización de los contratos colectivos de trabajo, ya fuera a través de un sindicato externo o de uno formado dentro de la misma empresa, el trabajo hotelero pudo regularse cada vez más, al igual que la cuestión salarial, como lo podemos apreciar, una vez más, en el contrato de los trabajadores del Hotel del Prado. Según este documento, los salarios se fijarían tomando en cuenta la cantidad y calidad del trabajo. Los salarios tenían que ser iguales para aquellos que prestaran puesto, jornada y condiciones de eficiencia iguales, lo mismo que las gratificaciones, percepciones, habitación y cualquiera otra cantidad que fuera entregada al trabajador a cambio de su labor ordinaria. La jornada semanal de trabajo sería de 48 horas para el trabajo diurno, 45 para la jornada mixta y 42 para el nocturno. Las horas extras o trabajo ejecutado después del horario de la jornada legal tendría que ser retribuido con un cien por ciento de aumento sobre el salario ordinario.

Los salarios serían pagados los días quince y último de cada mes en moneda del curso legal y dentro de las horas hábiles de trabajo en las oficinas del hotel, incluso se señalaba que los pagos serían en bolsas de papel, con el sello de la empresa y la cantidad entregada al trabajador. Se estipulan también de forma clara los días de descanso obligatorio con goce de sueldo íntegro y la importancia de proporcionar alimentos sanos y abundantes a aquellos trabajadores que prestaran sus servicios en los departamentos de cocina, comedores, elevadoristas, de room service, almacén y personal de cantinas. Se mencionan también las temporadas vacacionales y el sueldo a recibir en estos casos, así como la gratificación anual por temporada navideña.<sup>416</sup>

De esta manera, la especialización y formación de los empleados de hotel, desde los meseros hasta los gerentes comenzó a considerarse una prioridad por muchas razones. Desde el punto de vista de los empresarios, y en este afán por entrar a la modernidad industrial pregonada por el Estado desde los años cuarenta, creyeron que era tiempo de dejar atrás el antiguo empirismo, dejar a un lado el camino fácil de la improvisación y dejar de ser empresarios tradicionalistas, los cuales estaban siendo dejados atrás por una nueva generación mucho más receptiva a los valores de la tecnificación. Por otro lado, comenzaron a elevar la bandera de la productividad para enaltecerla en toda su dimensión y olvidar la idea de que la capacitación era sólo un instrumento para la formación de mano de obra barata que podía ser reemplazada por otra más barata.<sup>417</sup>

De esta forma, los empresarios hoteleros, ante la complejidad y necesidad del capital humano que debían manejar para que el negocio marchara de manera adecuada, rechazaron la idea del trabajo como mercancía desechable. La capacitación conduciría a la realización personal de cada individuo, lo cual los haría más productivos y todos saldrían beneficiados en este proceso laboral dentro del hotel que no era mecánico como el que se llevaba a cabo en otras industrias. Así lo describió Armando Ruiz Galindo, hotelero y después director de la Escuela Mexicana de Turismo: “La formación, pues, alude al comportamiento del hombre como trabajador y realizador de un buen servicio; la información, por su parte, se inscribe en el campo de la productividad en la creación de bienes y servicios y se vincula con el desarrollo tecnológico.”<sup>418</sup>

De esta manera, el trabajo hotelero fue cambiando con el paso del tiempo, con las demandas y necesidades de los usuarios, por la competencia y el surgimiento de nuevos establecimientos que introducían mejoras, servicios y atractivos, así como un mayor número de habitaciones. De la labor

---

<sup>416</sup> AGN, P, ARC, 432/279 “Rigoberto Romo, secretario general del sindicato de trabajadores del Hotel del Prado a representantes de la Operadora de Hoteles S.A.”, (marzo 1954).

<sup>417</sup> RUIZ GALINDO, “Ser competentes para competir”, p. 120.

<sup>418</sup> RUIZ GALINDO, “Ser competentes para competir”, p. 123.

conjunta de todos, desde el empresario o dueños del lugar, hasta las camareras o botones, el establecimiento debía semejar una gran máquina de relojería, en donde todas las piezas y engranes estaban perfectamente aceitados y ajustados, para que el huésped o los clientes que acudían a cada una de sus áreas a recibir servicio, tuvieran la seguridad de que iba a ser atendido como en los mejores hoteles del resto del mundo.

Como vimos, la especialización y la diversificación de los empleos hoteleros, su importancia para éste como empresa y para la actividad turística, pero también, los problemas, la irregularidad y los abusos que se presentaban llevaron a muchos de estos empleados a buscar el cobijo y la seguridad de alguna central obrera. La hotelería, en efecto era una actividad nueva, pero algunos de los servicios que ofrecía no. Los restaurantes y bares de la ciudad de México contaban con un sindicato fundado durante la vorágine maderista de la Revolución Mexicana. Prestadores de servicios, al igual que los empleados hoteleros, encontraron la manera de cobijar la nueva actividad y a sus trabajadores adquiriendo con ello mayor notoriedad, fuerza y presencia dentro de la estructura de la organización del trabajo en el país.

## **2. La Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del DF: tradición y modernidad en una central obrera**

La historia de la Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del Distrito Federal (en adelante UERHCSDF) es digna de contarse no sólo porque es prácticamente desconocida, sino porque es reflejo de la transformación de ideas, métodos y prácticas de las centrales obreras durante el siglo XX. Un ingrediente que la hace aún más interesante es que este sindicato representó los intereses de un sector de trabajadores sí, pero de un ramo que durante todo el siglo fue considerado como propio de la iniciativa privada, lo que pudo diferenciarlo de otro tipo de organizaciones, como electricistas o ferrocarrileros, que eran trabajadores dependientes del Estado.

De esta manera, aunque se podría pensar que en un sector relativamente nuevo como el turístico las organizaciones obreras eran nuevas al igual que su actividad, nos damos cuenta que la UERHCSDF poseía una larga tradición combativa que se remonta al año de 1912 —época de especial efervescencia en la organización laboral—, con una primera huelga reivindicativa que los dotó de un imaginario de tradición que ostentaron con orgullo hasta aproximadamente mediados de los años sesenta y que los hizo mantenerse al margen de otras organizaciones y centrales como la CTM o la CROM, pero afiliarse a otras que les permitían mayor movilidad, apoyados en la autonomía y libertad que les proporcionaba su carácter de organismo pionero en la lucha obrera mexicana.

Finalmente, un elemento más a resaltar es su carácter local. La UERHCSDF, como su nombre lo indica, era una central exclusiva de la ciudad de México y aunque evidentemente tenían contacto con otros estados de la República, mucha de su fuerza —pero también de sus problemas—, se debió a su ubicación en el centro del país, lo cual la convertía en el blanco de las disputas por el control sindical de la zona. A pesar de los pleitos, las traiciones o los reclamos de las consideradas grandes centrales obreras, la UERHCSDF nunca perdió su estatus de sección uno del sindicato nacional del ramo.

Debido a que corremos el riesgo de extendernos demasiado en hacer la historia de esta organización prácticamente desconocida, nos detendremos únicamente en señalar los puntos fundamentales de su desarrollo como sindicato. Para ello reconoceremos algunas características esenciales que los identificaron como una organización destacada en cuanto a las centrales obreras dedicadas al ramo turístico: tradición, autonomía, e iniciativa serán los ejes conceptuales que nos ayudarán en esta tarea. Identificaremos el porqué de su permanencia como sección uno del sindicato nacional y lo relacionaremos con la importancia de radicar en la ciudad de México y finalmente ubicaremos algunos problemas importantes en torno a la organización laboral de los empleados turísticos, en particular, los que trabajan en hotelería, sobre todo la tan anhelada unidad, que aparentemente nunca consiguieron.

#### *Tradicición, autonomía e iniciativa: los pilares de la Unión*

Uno de los elementos que se manifiesta de forma clara en el discurso propagado por esta central obrera tiene que ver con la tradición, al considerarse una organización pionera y haber abierto camino para la creación de otras. A pesar de que la UERHCSDF nació como una central exclusiva de trabajadores del ramo de restaurantes y la denominación se mantuvo así hasta los años cuarenta, los trabajadores de algunos hoteles de la capital ya militaban en sus filas, sin mencionar a los empleados de restaurantes que formaban parte de algún hotel. Además, como veremos más adelante cuando hablemos de los conflictos laborales, la mayor parte de las huelgas organizadas en sitios de hospedaje entre principios de los años treinta y principios de los cuarenta fueron organizadas por esta unión de trabajadores.

Cada año que la UERHCSDF celebraba su aniversario, recordaban fundamentalmente dos momentos: 1909 y 1912. La primera fecha, 1909, se refería a la reunión de entre seis y siete empleados de restaurantes del centro de la capital que, según su discurso, cansados de los malos tratos y abusos de sus patrones, la falta de leyes que protegieran al trabajador y además, la inexistencia de un salario fijo, decidieron formar la Sociedad Mutuo Cooperativa de Dependientes de Restaurantes y Cocineros, que vio la luz el 22 de septiembre. Los relatos sobre aquel momento indican que “[...] la decisión de

nuestro grupo iniciador se impuso sobre los temores de los que tenían miedo a las represalias de los patrones y de las autoridades y, con tenacidad y sacrificios, se logró avanzar en el camino hacia la dignificación de nuestros hermanos de clase.”<sup>419</sup>

Esto convirtió a aquellos primeros meseros y algunos ayudantes de cocina, en los “fundadores”, hombres, valientes y tenaces, que arriesgando desde su integridad física hasta sus empleos, formaron una primera organización que trataba de buscar mejoras para los individuos que trabajaban en el área gastronómica. Aquellos que se reunieron en la casa número 53 interior 13 de la calle de Santa María la Redonda, los “precursores” siempre aparecerían en el discurso de la Unión como los salvadores que levantaron del suelo el nivel social de los trabajadores de restaurantes “que se encontraban sometidos a una esclavitud inhumana y denigrante, haciendo que se les tratara como a gentes, y factores importante en la producción con todos los derechos inherentes a su condición [...]” En cualquier problema que se presentara, el recuerdo romántico de esos primeros hombres servía para motivar a la Unión y a sus miembros a seguir defendiendo su central obrera y a mantenerse dentro de ella a pesar de las dificultades.<sup>420</sup>

La siguiente fecha memorable es 1912<sup>421</sup>, importante porque, a pesar de que se habían reunido desde 1909, no habían podido organizarse de una forma eficaz para elevar sus demandas a las instancias adecuadas. Por ello fue en este año, enmarcados por la etapa maderista y favorecidos por la creación del Departamento del Trabajo en 1911, que lanzaron su “manifiesto” y se dieron a conocer más públicamente. Las peticiones fueron llevadas a los dueños amenazándolos con retirar al personal de sus establecimientos, a lo que hicieron caso omiso. Y aquí viene la segunda cuestión por la que se recuerda esta fecha: ante la indiferencia de los dueños, al día siguiente los trabajadores declararon huelga general de los dependientes de restaurantes en la capital de la república. Las peticiones de aquel

<sup>419</sup> “Editorial” 5, p. 5 y BASURTO, “Para la historia de la Unión I”, p. 31.

<sup>420</sup> Algunos de los nombres de los fundadores son: Juan Rivera, Octaviano Cortés, José Becerril, Guadalupe V. Rojas, José Ervás Asenjo, Andrés Panpín, Aurelio Dávila, Vicente Mejía y Aniceto Montiel. Casi todos trabajaban en el Café Colón y en el restaurante Gambrinos. TOLEDO, “Recordando la memorable jornada” p. 4 y “XXXIX aniversario”, p. 3. Durante esta época también se llevaron a cabo huelgas entre los trabajadores de ferrocarriles y en la Escuela de Artes Gráficas para mujeres. *El Imparcial*, abril de 1912.

<sup>421</sup> Desde el punto de vista de la organización laboral, se considera que el período de 1911 a 1913 se caracterizó por la lucha general de las agrupaciones de obreros y artesanos por asumir la modalidad sindical y obtener el consiguiente reconocimiento patronal; la aparición de los primeros intentos por organizar federaciones por rama industrial, en el caso de las agrupaciones obreras de las ramas de punta en la economía nacional (mineros, ferrocarrileros, textiles, trabajadores de la electricidad, gas y petróleo); el surgimiento de centros promotores del sindicalismo y de los primeros ensayos por entregar federaciones estructuradas sobre criterios geográficos, en el caso del proletariado de la mediana y pequeña industria, así como del artesanado proletarizado; y la consolidación general y creciente del conjunto de las agrupaciones de los trabajadores. LEAL, *Agrupaciones y burocracias sindicales*, pp. 60 y 61. Hay que tomar en cuenta que en ninguna de las divisiones que el autor hace del proletariado mexicano en la época (obreros de las ramas de punta en la economía nacional y por otro lado, pequeña y mediana industria y artesanado proletarizado) no figura aún el ramo de servicios, por lo que se puede decir que no está fuera de lugar el considerarse pioneros, a pesar de la notable movilización de otros sectores laborales durante ese mismo año.

entonces eran primero, respeto, consideraciones y trabajo decente; segundo remuneración por su trabajo; Tercero, proporción de alimentos sanos y abundantes. Al ver que la tenían todas de perder los patrones accedieron a los pedidos y así, el 27 de abril de 1912, a las siete de la noche, veinticuatro horas después de haber empezado la huelga, se declaró la victoria de la Unión.<sup>422</sup>

Estas dos fechas constituirían el “pasado glorioso” recordado y honrado por la Unión durante toda su existencia como central obrera. También es la explicación al porqué del valor que ésta dio a las huelgas como mecanismo de presión de allí en adelante. Aunque parecería lógico que una organización de este tipo las apreciara, me parece que en el caso de la UERHCSDF es aún más entendible, pues les dotó no sólo de un mecanismo práctico, sino de uno a nivel de imaginario, un momento considerado de “reivindicación” de los trabajadores, que los mantendría unidos y del cual se sujetarían en muchos momentos durante su historia. Después de la huelga se firmó el primer contrato colectivo de trabajo en este ramo en México y, según se cuenta, llegaron una serie de mejoras en el trato moral y material del empleado de restaurantes.<sup>423</sup>

De esta forma, al ser una organización de creación temprana, estuvieron presentes en la formación de otras organizaciones obreras que poco a poco fueron surgiendo en el país. Así, formó parte de la fundación de la Casa del Obrero Mundial en el mismo año de 1912; estuvo en la constitución de la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, primera central obrera de la Ciudad de México; al igual que en la constitución de la CROM, en Saltillo, Coahuila, 1918 y de la CTM en 1936 en la ciudad de México. En su historia como central obrera, otra fecha que destacan es 1915 pues en octubre se consiguió que las agrupaciones Sociedad Mutuo Cooperativa de Dependientes de Restaurants y Cocineros, la Alianza de Meseros Mexicanos y el Sindicato de Dependientes de Restaurants se fusionaran en una sola adoptándose el título de Unión de Empleados de Restaurants y

---

<sup>422</sup> “Recordando el pasado”, pp. 18 y 19. Una nota de *El Imparcial* recuerda así el momento: “Las doce y media... al sonar esa hora en que el hambre comienza a hacerse sentir imperiosamente, el repórter tuvo la oportunidad de presenciar una serie de escenas, casi todas chuscas, en uno de los principales restaurantes de la capital. Los meseros que venían de las cocinas, sorteando las mesas y con los humeantes pasillos por lo alto, se detuvieron súbitamente, dejaron las viandas sobre la mesa más próxima unos, otros en el suelo y exactamente como los “seconds” de los boxeadores vencidos, arrojaron los mandiles sobre las mesas descomponiendo el servicio y volteando en los manteles las jardineras con flores [...] El “maitre” vino con los ojos exorbitados y revelando en su semblante a la vez que consternación, un dejo rabioso y dijo: Nada; Que los meseros se declaren en huelga! “Sueldo... y propina”, *El Imparcial*, (28 abr. 1912). La persona que escribió la nota expresa su opinión ante lo absurdo de pedir un sueldo fijo pues según él, los meseros alcanzaban, sólo con propinas, cantidades entre 250 y 300 pesos mensuales.

También es necesario comentar que, a pesar de que durante ese año hubo mucha actividad con el conflicto de la Unión de Mecánicos Mexicanos y el emplazamiento a huelga a la compañía de Ferrocarriles Nacionales de México, lo que hizo estallar la impactante huelga de 1912, ésta se llevó a cabo a finales del año, en diciembre, y la huelga de los meseros, en abril, por lo que otra vez fueron de los primeros en actuar. LEAL, *Agrupaciones y burocracias sindicales*, p. 61.

<sup>423</sup> “¡En marcha!”, p. 3. El primer contrato colectivo incluía buen trato, mejores condiciones de trabajo, jornada de ocho horas y que los alimentos se consideraran como una parte del salario. Se fijó un salario base para los dependientes de comedor de acuerdo con la categoría de cada establecimiento y además se consiguió el 5% sobre la venta de vinos y licores en botella cerrada. “Reivindicación”, p. 3.

Similares del DF. Los demás sectores se integrarían a mediados de los años veinte y así finalmente quedó constituida la central como se conoció en la época estudiada.<sup>424</sup>

Finalmente vale la pena mencionar también que un elemento de tradición que los uniría hasta los últimos años de nuestro período de estudio fue su local sindical. Fue en 1931 cuando, para garantizar la administración de los bienes y prestaciones que la Unión daba a sus socios, se adquirió en propiedad la finca número 28 de la calle de Donceles en el centro de la ciudad de México. El lugar resultó tan significativo que incluso se llegó a conocer a esta central obrera con el nombre de Unión Donceles 28. Para sus miembros “[...] el local social también ha servido para ayudar a fomentar el progreso de nuestro movimiento obrero; en el salón de actos de nuestro domicilio social, siempre se les ha facilitado éste a aquellos elementos que han tratado de formarse y constituirse en sindicatos, para cuyos fines desde aquellos remotos tiempos siempre han estado abiertas las puertas de nuestra organización [...]” También comentan que proporcionaban asesorías y orientaban a aquellos interesados en apoyar el movimiento obrero o trataban de formar uniones obreras aunque fueran trabajadores de otras industrias.<sup>425</sup>

Así, el factor de la tradición acompañó a esta organización en su discurso de forma permanente. La idea de recordar continuamente ese pasado pionero, los nombres de los fundadores, su rectitud, fuerza y honestidad a la hora de actuar, fueron valores que los líderes de la central obrera propagaron entre los trabajadores y mucho de este discurso sirvió también como apoyo para justificar su actuar frente a las grandes centrales que los acorralaban y resistir los problemas intergremiales que se presentaron a lo largo de su desarrollo como organización sindical. Estos momentos serán los que retomemos ahora para analizar la siguiente fase de su historia como organización de empleados ahora ya no sólo de restaurantes, sino también de hoteles, factor relativamente nuevo que se integró a la Unión de forma práctica desde mediados de los años treinta pero que hizo su aparición formal en la denominación social del organismo desde los años cuarenta.

Para mediados de los años treinta, las organizaciones obreras habían aumentado. En la ciudad de México, centro del país, comenzó a propagarse la idea de fomentar el turismo y todas aquellas actividades que lo integraban. La UERHCSDF continuó su trayectoria como organización principal que agrupaba a trabajadores de esta rama en la ciudad de México y con la apertura de hoteles modernos y demás sitios de hospedaje, la central percibió como un signo positivo la existencia de un “nuevo” sector que podría integrarse con facilidad a sus filas. Como veremos en el siguiente apartado, la Unión estuvo involucrada en varios movimientos de huelga en hoteles de la capital durante mediados de los

<sup>424</sup> “En pie de lucha”, p. 3 y “Resumen histórico”, pp. 3 y 4.

<sup>425</sup> ARANDA, “Texto por la conmemoración”, p. 10.

años treinta y justo para esta época fue que también se fundó la gran central obrera que sería la más grande enemiga de nuestro pequeño sindicato casi desde el momento mismo de su creación: la CTM.

La Unión pertenecía a la Cámara Nacional del Trabajo, pero ésta quedó disuelta al fundirse dentro de la CTM con motivo de la unificación de organizaciones que la creó en 1936. Por ello, la UERHCSDF entró a forma parte de la CTM por rebote, pero no porque realmente compartiera sus principios o sus formas de trabajo. Por ello, la idea de fundar una entidad sindical que reuniera a todas las agrupaciones del ramo gastronómico y hotelero que existieran en la república comenzó a rondar las cabezas de los líderes de nuestra central obrera, siendo esto también signo de que la población de trabajadores de la industria turística había aumentado no sólo en la ciudad de México, sino en los demás estados de la República.<sup>426</sup>

La idea de ser un organismo independiente, capaz de tomar sus propias decisiones y no depender de otras centrales más grandes con otro tipo de intereses, de continuar con su “antigua” tradición de lucha arraigada desde 1909 y con sus formas de presión —que en esos momentos funcionaban de maravilla—, hacía que la Unión quisiera mantenerse al margen de la CTM cuyos líderes, consideraban, no tenían nada que ver con el trabajo hotelero y gastronómico. Esto hizo que en 1940 la Unión convocara a un Congreso Constituyente que se llevó a cabo en el Palacio de Bellas Artes entre los días 20 y 22 de diciembre. De este congreso surgió el Sindicato Nacional de Trabajadores de Hoteles, Restaurantes, Cantinas y Similares de la República Mexicana. La UERHCSDF quedó como sección uno del mismo.<sup>427</sup>

Pero como era de imaginarse, esto no les gustó a los líderes de la CTM, entre quienes ya se encontraba Fidel Velázquez y considerando que podría ser una buena oportunidad para calmar los ánimos de la Unión que organizaba continuos movimientos de huelga desde hacía varios años —cada vez que había problemas en algún negocio—, optaron por desconocer la maniobra realizada en Bellas Artes y llevar el problema ante la Secretaría del Trabajo, con la idea de crear un nuevo comité provisional del sindicato nacional recién creado que continuara apoyando a la CTM y sus líderes. Así, desde esta central se comenzaron a propagar noticias sobre el comportamiento de la Unión de Donceles acusando a sus líderes de trabajar con dinero de empresas cerveceras, de divisionistas, de entorpecer la unidad de los trabajadores, de tratar de maniobrar en contra de la CTM y finalmente, de querer apoderarse del Sindicato Nacional para después separarla de la confederación.<sup>428</sup>

---

<sup>426</sup> “Resumen histórico”, p. 5.

<sup>427</sup> “Resumen histórico”, p. 5.

<sup>428</sup> “Hay que fortalecer la unidad”, *El Popular* (24 feb. 1942).



La llamada lucha integremial duró alrededor de dos años. Las autoridades de la Secretaría del Trabajo reconocieron como organismo legal a la Unión de Donceles 28 y como sección uno del sindicato nacional, cosa que según los de la CTM, era lo que esperaban para comenzar a crear problemas de división dentro de la propia central. Los acusaron entonces de estar entregados “en manos de empresas patronales”, de haber vendido movimientos por algunos cuantos pesos y dejado en la calle a muchísimos trabajadores de empresas controladas por su organización, además, de que muchos empleados estaban arrepentidos de haber respaldado y dado su confianza a personas “que solamente actuaban como quintacolumnistas dentro de la confederación.”<sup>429</sup>

La defensa de su autonomía resultó bastante complicada para la Unión. De ser trabajadores que buscaban mantener sus logros perseguidos desde 1912, se (los) convirtieron en divisionistas, traidores del movimiento obrero nacional, los acusaron de crear intrigas y planear sabotajes, de esparcir calumnias y de perseguir intereses personales. Más o menos lo mismo decían los miembros de la Unión acerca de la CTM y las maniobras de sus dirigentes. La diferencia fue que, ante las gestiones hechas por la Unión con distintos funcionarios y la intervención del presidente de la República, Manuel Ávila Camacho, quienes resultaron “victoriosos” fueron los miembros de Donceles 28, que consideraron este “triumfo” comparable a la huelga reivindicadora de 1912, pues durante la el proceso se desataron algunos hechos violentos en distintos hoteles —como el Majestic y el Gillow— y restaurantes —como el Corinto o el Manolo— de la capital. Los miembros de la Unión vieron además un incremento en sus filas ante la salida de trabajadores de la CTM y su ingreso a la organización de Donceles 28.<sup>430</sup>

Después de pasada la agitación, ya en 1942, tanto al Unión como la CTM decidieron reorganizarse. El Sindicato Nacional de la industria se mantuvo como se había instalado aquellos días de diciembre en Bellas Artes y la UERHCSDF era indiscutiblemente su sección uno. Durante la agitación la Unión, junto con otras organizaciones formaron la Federación Sindicalista Revolucionaria de Obreros y Campesinos del DF y ya en 1942, constituyeron la Confederación Proletaria Nacional, que surgió con un programa de “amplias reivindicaciones y amparando los deseos propósitos de los trabajadores.”<sup>431</sup> Al ser miembros fundadores, los trabajadores de la Unión de Donceles 28 consideraron que su pertenencia a ellas no acarrearía ninguna dificultad similar a la que habían vivido con la CTM quien, por cierto, no dio su brazo a torcer ante la situación que se había vivido con el sindicato de hoteles y restaurantes.

<sup>429</sup> “Hay que fortalecer la unidad”, *El Popular* (24 feb. 1942).

<sup>430</sup> “Resumen histórico”, pp. 6 y 7 y AGN, P, MAC, 432.3/23. De estos conflictos en particular hablaremos en el tercer apartado de este capítulo.

<sup>431</sup> “Resumen histórico”, pp. 6 y 7 y AGN, P, MAC, 432.3/23.

Así, el 26 de febrero de 1942 en sesión organizada por la CTM con Fidel Velázquez a la cabeza, se llevó a cabo la elección de un nuevo comité del Sindicato Nacional de Trabajadores de Restaurantes, Hoteles y Similares. Se eligieron nuevos directivos, se organizaron comités y comisiones y no podía faltar nuevamente el discurso en el cual se culpaba a “los de Donceles 28” de ser los causantes de la división, la cual había quedado en ese momento solucionada con la elección del nuevo comité, que según Jesús Yurén, miembro del recién creado comité, contaba con la mayoría absoluta de los trabajadores de hoteles, cantinas, restaurantes, cafés y demás. Por su parte, los miembros de la UERHCSDF declararon que el congreso organizado por la CTM no tenía validez alguna y por lo tanto no reconocían sus acuerdos, siéndole fieles a su Sindicato Nacional anterior.<sup>432</sup>

A partir de este momento, la Unión quedaría un tanto aislada en el mapa nacional, pues sólo algunas centrales obreras de la provincia que los seguían continuaron con ellos. La Unión de empleados de la ciudad de Puebla, por ejemplo, que desde aquellos primeros años de organización los apoyó, fue uno de sus bastiones, al igual que la ciudad de Cuernavaca, Morelos y el Puerto de Veracruz y aunque podríamos pensar que en la ciudad de México también perdió fuerza, esto no sucedió así pues continuaron con su estatus de sección uno y a pesar de que se hicieron algunos llamados por parte del Sindicato Nacional, ahora dependiente de la CTM, para reorganizar a los grupos de trabajadores del ramo en el DF —de los cuales existían aproximadamente unos 30—, nunca lograron concretarlo. Además, los presidentes de la República acudían a su local, conferenciaban con ellos acerca de cuestiones sociales y laborales y pedían sus trabajadores cuando necesitaban cubrir algún evento especial, diplomático o personal.<sup>433</sup>

En cuestión del interés por preservar su autonomía y seguir los valores que propagaron como los deseables de una organización sindical desde su fundación, los años cuarenta fueron los más apegados a aquel interés primigenio por lograr el bienestar de los trabajadores de su ramo. Aunque se convirtieron en una organización pequeña para los objetivos de aquellos tiempos de crear enormes bloques donde cupieran “todos”, la calidad en el trato y en las acciones dirigidas a los sectores de trabajadores del ramo turístico fue destacable. Pequeños pero con la capacidad de tomar sus propias decisiones y de permanecer con sus prácticas internas que incluían por ejemplo, la publicación de su revista *Mancomunidad* o la elección de nuevos dirigentes en todas sus áreas año con año para evitar surgimiento de intereses o beneficios personales.

Sin embargo una nueva situación que amenazó su autogestión apareció, casualmente, diez años después de haber sufrido el primer embate de la CTM. Cuando las cosas parecían estables hay un nuevo

<sup>432</sup> “Se ha reorganizado el sindicato”, *Excelsior* (26 feb. 1942)

<sup>433</sup> “Visita del candidato presidencial”, p. 5, “Entrevista”, p. 4.

movimiento que involucra al Sindicato Nacional, aquel que había quedado de forma paralela al creado por la CTM en 1942. Ahora con el nombre de Sindicato de Trabajadores de la Industria Hotelera, Gastronómica y Conexos de la República Mexicana, no pudo resistir más la presión y durante el Cuarto Consejo Nacional Ordinario de 1951 algunos líderes propusieron adherirse a la CTM después de haber organizado un complot descrito con cuidado por los ofendidos:

[...] estos dirigentes sentían la asfixia, necesitaban un clima propicio para sus menguados propósitos y por eso facilitaron el “acuerdo de adhesión” [...] Acudieron a nosotros en demanda de apoyo económico para celebrar el consejo [...] prepararon en la sombra la mentalidad de algunos delegados con pueriles argumentos para que aceptaran la adhesión a la ctm, y convocaron al mismo sin anunciar siquiera el debate de este tema. Maniobraron para que algunas secciones no enviaran delegaciones auténticas y les asignaron delegados ficticios, plantearon por sorpresa el asunto en la asamblea en forma precipitada, desestimando los fuertes argumentos de quienes se pronunciaron porque el sindicato se mantuviera autónomo [...] <sup>434</sup>

Convencidos de que la CTM servía a la ambición personal de sus líderes, el acto les pareció a los miembros de Donceles 28 francamente negativo pues propiciaría la corruptela de sus dirigentes y de las colectividades. Implicaba además una “rémora a los propósitos de unificación que fueron siempre postulado primordial de nuestro organismo nacional”. Resaltaron la violación de los estatutos de la organización y el haber actuado sin la voluntad de la mayoría y remataron con su llamado al pasado y a la tradición de que eran poseedores: “Nosotros estamos de pie frente a la historia y frente al provenir; y hoy como siempre enarbolamos la bandera de la dignidad sindical para impedir que sea arrastrada por la borrasca de las claudicaciones.”<sup>435</sup>

Lo que interesa también de este ajuste no es sólo el hecho real de la adhesión a la CTM, sino que este episodio saca a la luz todos los vicios que la UERHCSDF criticaban en aquella central obrera y que, por lo tanto combatían, además de que reafirman sus valores como organización dedicada y manejada por verdaderos trabajadores, que se encontraban laborando en sus respectivos oficios y no como aquellos a los que llamaban “líderes profesionales”, personajes dedicados únicamente a manejar los destinos de las centrales obreras guiados por sus intereses personales, de los que se encontraba llena la CTM. Con decisión, la Unión de Donceles 28 declaró: “Aspiramos, luchamos y queremos ser independientes, sin compromisos ni tutelas extrañas, y decimos estos, porque todo el ramo conoce ya [...] cómo no es fácil que se nos intente llevar de la mano o se nos arrastre, por motivos de ambición, vanidad o conveniencia.”<sup>436</sup>

Argumentaban seguir las normas que les trazaron sus fundadores, lo cual se encontraba arraigado en sus corazones y por lo mismo seguían la estrecha y recta senda del cumplimiento hacia los

<sup>434</sup> “Sobre un “acuerdo” del Cuarto Consejo Nacional”, p. 3.

<sup>435</sup> “Sobre un “acuerdo” del Cuarto Consejo Nacional”, p. 4.

<sup>436</sup> “Dignamente”, p. 3.

trabajadores defendiendo los intereses del ramo de una manera comprometida sin buscar el provecho personal pero pensando en la agrupación, en la colectividad. La honestidad era otro de los valores que exaltaban: de la dignidad de sus dirigentes dependía todo organismo sindical, así que ellos eran celosos custodios de la misma. De todos los momentos difíciles que había pasado su organización habían aprendido, pero se encontraban igualmente decididos a defender sus principios y prácticas como lo habían hecho aquellos primeros trabajadores fundadores de la UERHCSDF.<sup>437</sup>

Durante el año de 1952, uno después de haberse dado el retorno de algunas organizaciones del ramo a la CTM, se creó la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, la CROC, central obrera de la que la Unión de Donceles 28 se convirtió en filial. Aparentemente buscaban la autonomía pero no podían permanecer independientes de las demás organizaciones obreras que no fueran la CTM. Tal vez la idea que tenían era estar cobijados por alguna mientras éstas no interfirieran de manera directa en el régimen interno de su organización. A pesar de ello, los sindicatos cetemistas del ramo en el Distrito Federal continuaron atacando de manera permanente a la Unión, siempre se referían a ellos como los “divisionistas” y los acusaban de estar al servicio de la clase patronal, situación que permaneció durante toda la década de los cincuenta.<sup>438</sup>

Evidentemente, la UERHCSDF tuvo más momentos y situaciones a lo largo de los años que forjaron su historia, pero como advertimos al principio de este apartado, nos limitamos a señalar los que tienen que ver con los ejes conceptuales elegidos. La búsqueda de la autonomía por parte de esta central obrera fue parte de su discurso, pero aparentemente en la práctica no fue del todo adoptada. Lo que al parecer buscaban era independencia, sí, pero de la central obrera conocida como la CTM, su eterna antagonista. Todavía a principios de los años sesenta se presentó una nueva crisis interna, aunque no se relatan los detalles, es probable que fuera similar a las vividas con anterioridad.

La ventaja que obtenían de cada momento de conflicto era la posibilidad de propagar nuevamente los principios que regían su organización entre los que figuraban de manera destacada: la unidad, como medio de obtener fuerza para el logro de los fines sociales perseguidos; Sacrificio, que significaba dejar a un lado inclinaciones particulares en aras de un ideal superior; y Rectitud, como norma invariable al asumir toda clase de responsabilidades en la dirección sindical.<sup>439</sup> La UERHCSDF al parecer buscó con ahínco el logro de estos objetivos, pero en la práctica no resultó tan sencillo como se propagó a través del discurso.

---

<sup>437</sup> “Dignamente”, p. 3.

<sup>438</sup> “Afirmación de principios”, pp. 3 y 4.

<sup>439</sup> “Los principios”, p. 3.

En este repaso sobre la historia de la UERHCSDF elegimos como tercer eje conceptual el de la iniciativa, pues al adentrarnos en su discurso, en sus propuestas y en sus logros, advertimos claramente elementos que no se encontraron en otros sindicatos obreros del ramo hotelero y gastronómico y que los hizo destacar de entre las aproximadamente 30 organizaciones más que existían en la zona. Entre ellos destacan, en primer lugar la creación del proyecto y puesta en marcha de la Escuela de Capacitación, tema que abordamos en el primer apartado de este capítulo y que destacó por ser una propuesta innovadora para la época en que se dio, por el corto tiempo que llevó su instalación y por los resultados que se obtuvieron, además por haber convertido al local sindical en un intento de centro educativo y de cultura que modificó las maneras en que se propagaban los ideales de la lucha de clases y la justicia social. Debido a que ya hablamos de este tema con anterioridad, no lo volveremos a abordar, pero sí parece necesario destacarlo nuevamente como uno de los elementos que hizo sobresalir a esta organización de otras de su ramo.

Por otro lado tenemos como un factor definitivo porque les dio voz y presencia en otros círculos y organizaciones tanto de trabajadores como patronales, la edición de su revista *Mancomunidad*, fuente de la que, en gran parte ha abrevado este capítulo. Como veremos, la revista también comenzó a publicarse de manera temprana y funcionó como órgano de difusión de los ideales, convicciones y principios que identificaron a esta central. De igual modo, sirvió como un instrumento educativo al integrar entre sus artículos, notas técnicas que servían para completar la capacitación que se recibía de manera presencial en la escuela. Finalmente, la revista le dio un foro de defensa ante los ataques de los que era objeto por parte de la CTM, los cuales solían aparecer en los periódicos de circulación cotidiana como *Excélsior*, *El Popular* o *El Nacional*.

La revista *Mancomunidad* nació apenas dos años después de que los empleados de la Unión lograran lo que se conoce como su “reivindicación social”. Aquellos primeros fundadores, dirigentes entonces de la Unión, lograron que el 22 de septiembre de 1914 saliera su primer número con la intención de propagar mejor sus ideas y los trabajos a realizar en la Unión. Desde entonces también se adoptó como logotipo, tanto de la revista, como de la Unión, un árbol que recordaba también a aquellos precursores que, tras las arduas jornadas de trabajo, buscaban un lugar cómodo para poder descansar. Un milenario ahuehuete del Bosque de Chapultepec les proporcionó, además de sombra, un lugar para discutir y planear la manera de fundar su organización.

Otro factor que llenaba de orgullo a los miembros de la Unión era que en su revista sólo colaboraban “plumas obreras” como Alberto Toledo, “profundo conocedor de todos los aspectos de la lucha obrera” que escribía no sólo el editorial, sino varias secciones de la revista. Consideraron que por

esto mismo había sido aceptado como órgano de lucha, lo que los ponía en el camino de la vanguardia y hacía destacar a *Mancomunidad* de otras publicaciones de esta índole. La revista apareció de manera ininterrumpida durante todo nuestro período de estudio e incluso se sigue publicando en la actualidad. Los editores quisieron desde el inicio dar un mensaje abierto sobre la Unión y lo que pensaban sus dirigentes y miembros no sólo como trabajadores organizados, sino como ciudadanos que trataban de engrandecer a la ciudad y al país en general a través de su profesión. Así, la revista fue un foro de discusión, un órgano de defensa y cultura, y tribuna libre de sus ideas sindicales.<sup>440</sup>

Un último factor que quisiéramos destacar es su interés por el fomento de la actividad turística. Desde mediados de los años treinta, los empleados de la Unión se dieron cuenta de que su profesión los ubicaba dentro de un selecto grupo que en aquel entonces no era muy numeroso: el de los trabajadores de la que comenzaba a llamarse industria turística. Ya no eran simplemente empleados que servirían a los comensales que habitaban la capital, sino que su estatus cambiaba —sobre todo el de los que trabajaban en las cocinas, comedores, bares o cafeterías de hoteles— pues debían interactuar con aquel desconocido individuo al que le solían decir turista. De esta forma —y en mucha mayor medida cuando se integró de manera formal el grupo de empleados hoteleros—, los miembros de la Unión se reconocieron como servidores del sector turístico y por lo mismo comenzaron a mostrar interés por fomentarlo y mantenerlo en un nivel que los beneficiara.

En este tema, los trabajadores de la Unión resaltaron la importancia de una buena publicidad y de la difusión de guías de las ciudades más importantes de la República. También consideraron que había que actuar con cautela al momento de crear más hoteles para no afectar la demanda y la oferta de cuartos y estaban a favor de llevar a cabo un esfuerzo sistemático y bien organizado para impulsar el turismo “y darle una corriente con mayor cauce y significación”. Se manifestaban un tanto renuentes ante la oleada de turismo extranjero y consideraban que fomentar el nacional sería de más provecho, no sólo desde el punto de vista económico sino para integrar la nacionalidad y “unificar a la familia mexicana”. Como trabajadores de esta actividad asumían su responsabilidad pero admitían que era mucho mejor trabajar de manera conjunta con empresarios y autoridades.<sup>441</sup>

Con respecto a las iniciativas para mejorar la cuestión labora de su ramo, la UERHCSDF elevó varias propuestas, algunas de las cuales no fueron secundadas pero que demuestran sus preocupaciones como sector laboral. Por ejemplo tenemos el que llamaron Fondo de herencia para familiares, que proponía elevar el fondo otorgado a la familia de un miembro fallecido a la cantidad de \$1,620 pesos; También, después de elaborar una serie de estudios económicos regionales, propusieron la creación de

---

<sup>440</sup> “Renovación”, p. 1.

<sup>441</sup> “El turismo nacional”, p. 3.

un “contrato tipo” para normar las actividades de los trabajadores de la industria hotelera y gastronómica de la República Mexicana y consideraron que las tarifas para los hoteles debían depender de las necesidades de cada entidad, sin embargo, autoridades y empresarios no mostraron entusiasmo ante la idea; De igual forma encontramos la propuesta del llamado “día solidario” ante los problemas que vivían los trabajadores eventuales del ramo durante las temporadas bajas. De esta forma, el trabajador de planta aportaría quincenalmente un día de trabajo a aquellos empleados que en esas épocas estuvieran desocupados.<sup>442</sup>

### *Ser trabajador hotelero en la Ciudad de México*

Una de las características principales de la UERHCSDF fue su carácter local. Los trabajadores hoteleros y gastronómicos que militaron en sus filas reconocieron su lugar como parte de algo más complejo e importante, que estaba en crecimiento y que los acogía de una manera particular: la ciudad de México. La capital del país estaba en proceso de convertirse en el centro político, comercial y cultural de la República y en esos acomodos, los trabajadores jugaban un papel fundamental. Por ello factible que los problemas “intergremiales” que se suscitaron en sus filas, los choques con la CTM, los jaloneos por la creación de los Sindicatos Nacionales y por captar, alinear y unificar a los distintos grupos de trabajadores del ramo que existían en el DF fueran tan evidentes y que incluso en ocasiones se tornaran violentos.

Los miembros de la Unión, según su discurso, desde el momento de conseguir su emancipación, consideraron su movimiento y su agrupación como un ejemplo digno de imitar y su ubicación en la ciudad de México los convirtió en una especie de “molde” en el proceso de organización de los trabajadores, iniciado así la sindicalización de otros lugares del país.<sup>443</sup> De esta manera, empleados de ciudades importantes del país como Puebla, Tampico, Veracruz, Chihuahua o Ciudad Juárez, tomaron a los compañeros de Distrito Federal como muestra de lo que podía lograrse con voluntad y trabajo conjunto. Al igual que sucedió con la Escuela de Capacitación de la cual se trataron de crear planteles similares en distintos estados de la República, los miembros de la UERHCSDF visualizaron su ubicación en la ciudad de México como una ventaja, como un punto de proyección para llevar los beneficios de su central obrera a otros lugares del país y también asumieron que lo que hicieran en la ciudad sería visto, analizado y tal vez copiado, por otros. Por eso consideraron su ubicación como un punto estratégico para el desarrollo de su acción sindical.

---

<sup>442</sup>“Síntesis histórica”, p. 1, “Tercer Congreso Nacional Ordinario”, p. 13 y ¿Ayuda hotelera?, p. 17.

<sup>443</sup> TOLEDO, “Recordando la memorable jornada”, p. 4.

Por otro lado, percibían a la ciudad de México como una capital importante, que crecía y que necesitaba trabajadores calificados como ellos: “[...] la bella ciudad de los palacios, convertida hoy en gran urbe capitalina, figura en todos los aspectos entre las ciudades más importantes del mundo, el ritmo acelerado de su ensanchamiento representa para nuestra industria mayores posibilidades de trabajo [...]”<sup>444</sup> De esta manera, la creación de hoteles nuevos y modernos, de más y mejores restaurantes, de servicios diurnos y nocturnos como cafeterías y bares, abriría mayores campos laborales y quienes tendrían acceso a esos nuevos empleos serían aquellos que estuvieran técnicamente mejor capacitados. Por ello también su insistencia en fomentar la educación y hacer que sus miembros ingresaran a la Escuela de Capacitación.

Pero el encontrarse en la ciudad de México también acarreó problemas a los miembros de la Unión y, en general, al movimiento laboral de la actividad turística. Uno de ellos, quizá el más evidente y el que más conflictos acarreó fue la falta de unidad entre los trabajadores capitalinos. Desde que la Unión se formó como tal, se consideró como uno de los objetivos principales conseguir la unión de los todos los trabajadores del ramo para obtener beneficios de manera conjunta. Sin embargo, los años pasaron y la anhelada unidad parecía cada vez más lejana. La diversidad y número de trabajadores hizo muy complicado que pudieran lograr acuerdos conjuntos y por ello, la capital contaba con un gran número de organizaciones sindicales hotelera y gastronómicas. Incluso, había algunas que estaban integradas por los trabajadores de una sola negociación, como el Sindicato de Trabajadores del Hotel del Prado, registrada como una central independiente que agrupaba a la diversidad de oficios que laboraban en este establecimiento de hospedaje.<sup>445</sup>

Esta forma de proceder parece que también fue conveniente para los empresarios, patrones y dueños de los negocios pues era mucho más fácil negociar con organizaciones pequeñas que con grandes contingentes obreros. Aunque la Unión de Donceles 28 destacó por muchas razones ya analizadas en este apartado, no podemos dejar de mencionar que no fue una organización única ni en su género ni en su momento, sin embargo, puede afirmarse que sí la más antigua y con mayor experiencia para percibir las complejas redes de intereses que se formaron en el sector laboral al pasar los años. Para mediados de los años cincuenta existían alrededor de doce sindicatos gastronómicos y 24 hoteleros —que seguramente aumentaría con el paso de los años—, la mayoría afiliados a la CTM y todos ellos, de igual forma, disputando el control de las fuentes de trabajo. Esto resultaba, en lugar de benéfico para los empleados, una lacra que habrían de arrastrar por mucho tiempo y que retrasaría la

<sup>444</sup> GONZÁLEZ PÉREZ, “Reivindicación 1911-1954”, p. 5.

<sup>445</sup> AGN, P, ARC, 432/279. “Rigoberto Romo, secretario general del sindicato de trabajadores del Hotel del Prado a representantes de la Operadora de Hoteles S.A”, (marzo 1954)



unidad y el trabajo conjunto que se necesitaba para sacar el máximo provecho de las nuevas fuentes de empleo que se creaban en la capital.<sup>446</sup>

Obtener la unidad de los trabajadores del ramo de hoteles y restaurantes se convirtió entonces en algo aparentemente inalcanzable, importante para dar forma al discurso pero imposible en la práctica. Esta situación también tuvo que ver con dos factores. El primero está relacionado con lo mencionado arriba de los jalneos sindicales. Como veremos un poco más adelante cuando hablemos de los problemas laborales y las huelgas en los hoteles, en un principio no existían tantas organizaciones obreras como trabajadores de ramo en el DF. La mayoría pertenecía a la Unión de Donceles 28 y los problemas se arreglaban de manera relativamente fácil.

Conforme hoteles y restaurantes aumentaron en la ciudad de México la demanda de trabajadores creció al igual que las centrales que pretendían “defender sus derechos”. Por ello llegó a darse el caso de que en un solo negocio trabajaban empleados pertenecientes a distintas organizaciones sindicales, lo que trajo problemas pues generalmente la más fuerte trataba de correr a los trabajadores que no militaran en sus filas o bien, buscaban atraerlos y hacerlos sus miembros. Este tipo de conflicto fue común sobre todo en los años treinta y cuarenta, por lo que al pasar el tiempo, tanto trabajadores como empresarios consideraron más conveniente agrupar a sus empleados en pequeños conjuntos, generalmente por cada negocio y no tener que lidiar con la complicada competencia sindical.

Por otro lado, y como ya habíamos mencionado también, la manera de hacer lucha sindical cambió de forma importante durante nuestro período de estudio, más si tomamos en cuenta que nuestros trabajadores pertenecían a un ramo considerado perteneciente al sector privado. Las formas de hacerla se transformaron no sólo desde los trabajadores, sino también desde el lado de los patrones, la lucha de clases ya no era una preocupación esencial para los primeros ni ver a sus empleados como enemigos para los segundos. El ramo hotelero y gastronómico no se concibe sin los trabajadores y los empresarios los consideraron también fundamentales. De esta manera los propios empresarios lograron organizar sus negociaciones de manera que podían ofrecerle a sus empleados mayores ventajas que las previstas por la legislación obrera. Muchas veces esto hizo que los trabajadores no militaran de forma activa en los sindicatos y trabajaran con las prestaciones otorgadas por sus patrones.<sup>447</sup>

Finalmente, es necesario tomar en cuenta que los trabajadores organizados de hoteles y restaurantes advirtieron su posición ventajosa de ser parte de la ciudad de México como una capital en crecimiento y como un punto estratégico de actividad turística, al aprovecharlo como factor definitivo al momento de protestar y organizar huelgas. ¿Qué pasaría con la ciudad de México si por algún

---

<sup>446</sup> “Afirmación de principios”, p. 3.

<sup>447</sup> “Lucha de clases”, *El Nacional Revolucionario* (27 oct. 1955)

conflicto llegaban a paralizarse “todos” sus hoteles o restaurantes? No sólo significaría un duro golpe para la economía citadina y para su actividad cotidiana. Sería una espantosa tarjeta de presentación ante los turistas extranjeros pues se les afectaría directamente, dejándolos sin alternativas. Se dañaría la reputación de la ciudad como destino turístico y de negocios. En este sentido era mucho más fácil manejar los conflictos de pequeñas organizaciones, que podían negociarse más fácilmente y no tener a todos en una única central que pudiera paralizar los establecimientos a su antojo.

### *Tradición y modernidad en una central obrera*

Como planteamos al inicio de este apartado, la UERHCSDF fue una organización bastante singular por sus tempranos orígenes, por la forma en que se integraron los grupos obreros de distintos servicios, porque convivieron a la par que otras centrales obreras en su ciudad y porque fueron el blanco de continuos ataques desde que decidieron apartarse de la CTM. Pero un factor más que nos llamó la atención fue la idea de que en él convivieron la tradición y la modernidad en una misma central obrera. Tradición por haber surgido desde 1909 y salir a la luz pública en 1912 después de una de las primeras huelgas generales triunfantes en la ciudad de México, modernidad porque alojaron en su organización a una actividad nueva, casi recién creada en el país y porque le dieron un lugar a los trabajadores que apenas comenzaban a diferenciar su trabajo como perteneciente a un sector particular.

Pero existieron otros factores que nos parecieron modernos que se destacaron en el desarrollo de esta central obrera, por ejemplo el que hubiera actuado como un centro educativo y cultural, por haber destacado la importancia de la educación no sólo para recibir mejores ingresos, sino para crecer intelectualmente y como individuos y que por lo mismo se hubiera dejado a un lado las “antiguas” formas de hacer lucha social quizás más práctica y agresiva, para adquirir otras herramientas que los ayudaran a realizar su labor y defenderse en el campo laboral gracias a sus capacidades y conocimientos. Debido al tiempo y al espacio no podemos adentrarnos más en ello pero sería interesante comparar con la situación en otras organizaciones laborales del sector servicios para saber si esto fue una característica particular de los empleados hoteleros y gastronómicos o fue algo más general y difundido, aunque por lo revisado hasta ahora, parecería que fue otra de las características distintivas de la organización.

Por otro lado también encontramos un factor moderno en la forma en que hicieron “periodismo sindical”. La revista *Mancomunidad*, órgano de difusión de sus principios y de sus actividades, les otorgó un instrumento sumamente útil para su vida como central obrera. No sólo fue un estrado desde el cual pudieron sostener su postura como central “independiente” de la CTM y de otras organizaciones

sino que les proporcionó identidad y conciencia de grupo, además de que les ayudó a difundir su labor educativa a través de artículos y notas de carácter técnico y cultural. Por otro lado, es destacable la forma en que fueron los propios trabajadores, algunos quizá con más preparación que otros, los que escribieron en la revistas, característica que siempre conservó. Contar con un medio impreso y publicado de manera regular, cosa que otros no lograron, fue otro rasgo moderno de esta organización obrera.

Tenemos como un elemento más el haber hecho consciente la importancia de su ubicación como una central obrera, no sólo como parte de la actividad turística, sino perteneciente a la ciudad de México, al centro del país, una zona estratégica que empezaba a despuntar como atractivo por sí mismo y del cual podía obtener muchas ventajas, no sólo económicas sino culturales, de difusión de sus propuestas y de sus maneras de renovar las prácticas sindicales. Estar en la ciudad de México le ayudaba a que sus colegas de otros estados los tomaran como ejemplo, pero también podía convertirse en un arma de doble filo: las miradas puestas en la ciudad no sólo eran de la provincia, sino también del extranjero, de aquellos que visitaban la ciudad y que regresarían a sus países con la impresión del México moderno y trabajador o del pueblo bárbaro y revoltoso, lo cual también los perjudicaría.

De esta manera, la UERHCSDF asumió su responsabilidad como guía y defensa de los trabajadores hoteleros y gastronómicos en la ciudad de México apelando a la tradición de su origen casi porfiriano pero apuntalado por la novedad de las actividades que acogían, de los modos de manifestarse —que se transformaron con los años—, y con el conocimiento de ser trabajadores de la industria privada, que negociaban con empresarios y dueños de negocios —no con funcionarios oficiales o secretarios de estado—, que los tiempos habían cambiado y que en vez de ser antagonistas, podían llevar una buena relación que los beneficiara en ambos sentidos. Es probable que por esto, los conflictos y huelgas en el sector hayan sido pocos y que por lo mismo hayan adquirido mala fama como sector vendido o aliado de los patrones, como lo veremos en el siguiente apartado.

### **3. Conflictos laborales y huelgas en hoteles**

Las huelgas y los conflictos en el sector hotelero fueron pocos a lo largo del período que aquí se estudia. Su pronto ingreso a las filas de los trabajadores organizados les proporcionó cierta protección durante los primeros años en que comenzaba a oficializarse la actividad turística —que fue el momento en el que se dieron más movimientos, lógicos en un sector en formación—, pero después aparentemente resultó mucho más conveniente optar por una postura más tranquila que les permitía negociar sin problemas con los dueños de los establecimientos y obtener ventajas que no eran

proporcionadas por los organismos oficiales o por los sindicatos. Otra causa probable de la falta de conflictos visibles fue la organización que llegaron a tener los trabajadores en sus espacios laborales. En vez de formar grandes grupos de empleados, se hicieron pequeños, lo que hacía más rápida la toma de decisiones y consensuar acuerdos.

Otro factor a tomar en cuenta en este apartado es que, como ya hemos comentado en distintas ocasiones, cuando nuestros trabajadores tenían algún problema, no se enfrentaban a una autoridad oficial, sino a miembros de la iniciativa privada, lo cual pudo influir también en la forma de plantear, desarrollar y resolver los conflictos. Por otro lado, los procedimientos para llevar a cabo una huelga debían seguir los cauces normales establecidos por la ley, pues de no hacerlo así, y como ocurrió en algunas ocasiones con algunas huelgas del sector, eran consideradas “locas”, como se solía llamar a aquellas que se saltaban los procedimientos institucionales de rigor. También hay que mencionar que siendo el sector turístico el involucrado en estos problemas, los trabajadores solían plantearlas en momentos en que el cierre de hoteles podía ser fatal para las ciudades involucradas: en períodos vacacionales o en temporadas en que se realizara algún evento de atracción turística (como carnavales, fiestas patronales, cívicas o deportivas, etc.).

Identificamos entonces los motivos más recurrentes por los cuales se llevaron a cabo huelgas, movimientos de trabajadores o conflictos en general sin llegar a declararse una huelga formal. Conforme pasó el tiempo, cambiaron también los motivos por los cuales los empleados se inconformaban y nunca debemos olvidar que todo ello, obedeció igualmente a que se fue logrando la institucionalización de la actividad turística en general y hotelera en particular. De esta manera, encontramos dos grandes bloques principales como causas de conflictos en hoteles: por un lado, los problemas laborales, que involucran pagos y aumentos de salarios, firmas de contratos colectivos, violación de derechos laborales, etc.; por otro tenemos los problemas sindicales, basados en cuestiones políticas y disputas por el control de los trabajadores por parte de las centrales obreras. Nos detendremos de manera breve a revisar cada uno de ellos e ilustraremos con algunos ejemplos para redondear la discusión.

También es necesario mencionar que el acercamiento a estos problemas laborales fue a través de hoteles que abrieron sus puertas antes o durante la década de los treinta, lugares que ya se encontraban establecidos y con un funcionamiento regular, pero algunos de los cuales no caben dentro de nuestra definición de “modernos” por su tamaño, personal y servicio. Sin embargo, algunos de ellos fueron muy utilizados durante estos años porque no había más establecimientos, hasta que llegó el Reforma en 1937 y porque también se encontraban en el centro de la ciudad. El caso del Hotel Gillow y

el Hotel Majestic (los cuales funcionan hasta nuestros días) son significativos. El primero abrió sus puertas en 1875, en una casona de la época y para los años treinta, era uno de los más antiguos pero los servicios y personal todavía eran escasos. El Majestic abrió sus puertas en el año de 1936 en un edificio colonial del zócalo de la ciudad de México.

Conforme los años pasaron, llegaron nuevos hoteles, como el Ritz o el Reforma, de los cuales también se habla en este apartado y que nos son más conocidos por capítulos previos, sin embargo, conforme los servicios, los empleos y las condiciones en ellos cambiaron, también se transformaron las relaciones laborales de manera interna y se regularon a través de legislación, lo que llevó a un período de estabilidad y de escasez de conflictos, que continuó durante las siguientes décadas. Es probable que en esta situación haya influido la coincidencia de objetivos y consenso tácito entre sector patronal y trabajadores en torno a la capacitación del personal, como lo veremos al final de este capítulo.

### *Problemas por motivos laborales*

Los primeros años en que la actividad turística comenzó a adquirir importancia y en que la hotelería inició su época “moderna”, es decir, a mediados de los años treinta, la organización laboral dentro de los establecimientos todavía era muy rústica. Los empleados no recibían un sueldo fijo, como no era considerada una labor “especial” se creía que cualquiera podía realizarla y por ello no había restricciones en cuanto a la contratación, ni el tipo de salario que habría de recibir, ni mucho menos beneficios o prestaciones laborales. Conforme surgieron organizaciones como la Unión de Donceles 28, se prestó un poco más de cuidado al problema, al tratar de introducir los contratos colectivos como una obligación de los patrones y regular el tipo de sueldo, horario y obligaciones de ambas partes. Sin embargo, en ocasiones los contratos eran violados sin ningún tipo de sanción para quienes lo hicieran, ya fueran patrones o trabajadores.

Conforme la legislación federal sobre el trabajo comenzó a formalizarse, se percibieron los cambios también entre trabajadores y patrones del entorno hotelero. El pago de salario mínimo industrial para el ramo de hoteles y restaurantes —fijado por la Junta Central de Conciliación y Arbitraje— fue uno de ellos. A pesar de que se tiene noticia de que la mayoría de los hoteles de la capital comenzó a cumplir con el pago establecido para el DF (\$1.50 para 1934), algunos hoteleros incumplían con el pago, razón por la cual se manifestaron varios grupos de trabajadores sobre todo durante los primeros años en que la medida fue tomada. Aunque es probable que algunos no lo cumplieran a propósito, es probable que otros no respondieran de manera inmediata ante la costumbre

del pago irregular a los empleados y de las novedades en las estipulaciones legales, sobre todo hoteles pequeños o medianos que todavía no entraban en la categoría de “modernos” o “de lujo”.<sup>448</sup>

Uno de los primeros que se registraron fue el llevado a cabo por los trabajadores del Hotel Isabel, asesorados por la UERHCSDF, pedían que se les pagara el salario mínimo y las diferencias no cobradas desde principios de año hasta el mes de agosto, momento en que se manifestaban, la que ascendía a la cantidad de \$1,683.10 pesos, además de los alimentos a que tenían derecho y que tampoco se les proporcionaban. El conflicto sólo llegó a plantear el emplazamiento y al llegar a un acuerdo, la huelga no se llevó a cabo.<sup>449</sup> Conforme el tiempo pasó y el salario mínimo aumentó, los patrones tuvieron que adecuarse a los pagos y a los derechos que la ley integraba a sus estatutos. Para 1937, por ejemplo, además de este pago, se pedían ya la retribución de horas extraordinarias de trabajo y el acceso a vacaciones anuales.<sup>450</sup>

De este año precisamente fue el problema que se presentó en el conocido Hotel Reforma, que prácticamente acababa de abrir sus puertas. Como vimos en el capítulo anterior dedicado a la inversión, los empresarios estaban endeudados con todo el mundo, el gerente manejaba mal el poco dinero que tenían y no existían otras fuentes de dónde obtener recursos para pagar a los trabajadores. Esto no era del conocimiento de los empleados quienes debían obtener su sustento diario y asesorados una vez más por la UERHCSDF, emplazaron a una huelga a estallar los primeros días de diciembre de 1937. Según los representantes de los trabajadores, respaldados por el sindicato, la empresa les adeudaba “cuatro decenas de sueldos”, lo cual ascendía a “varios miles de pesos”. El problema aumentaba porque era temporada turística vacacional decembrina, la única posibilidad de obtener recursos para el hotel y no podía ser cerrado por una huelga. Afortunadamente como vimos también en aquel capítulo, Pani encontró la entrada suficiente de dinero para cubrir el adeudo y la huelga no se realizó.<sup>451</sup>

Otro ejemplo de un problema por cuestiones salariales se llevó a cabo en el Hotel Ritz, ya en el año de 1940. Los primeros años de cambios y adaptaciones en la legislación laboral habían pasado. Los patrones pagaban a sus empleados con regularidad y el problema ya no se registró tanto en obtener el salario sino en aumentarlo. Los empleados del Ritz alegaban recibir la misma cantidad desde hacía quince años, que no había mejorado la percepción de sus salarios a pesar de que había gente a su servicio que hablaba tres idiomas. Aquí el problema entonces ya involucraba la capacitación de los empleados, quienes alegaban que a mejor preparación debían recibir también un sueldo más alto. Una

<sup>448</sup> “Salario mínimo”, *Excelsior* (9 ene. 1934)

<sup>449</sup> “Amenaza de huelga en el Hotel Isabel”, *La Prensa* (28 ago. 1934)

<sup>450</sup> “Coalición de obreros”, *El Universal* (4 ago. 1937)

<sup>451</sup> “Los trabajadores del Hotel Reforma”, *El Nacional Revolucionario*, (5 dic. 1937) y “Amenaza de huelga al Hotel Reforma”, *Excelsior* (5 dic. 1937)

vez más, nuestros conocidos de la UERHCSDF, intervinieron en el problema. Invitaron a los patrones a recapacitar sobre las peticiones de sus empleados, pero recibieron una respuesta negativa. A sabiendas de que la medida perjudicaría a la actividad turística, los empleados decidieron llevarla a cabo.<sup>452</sup>

Un problema más que se presentó de manera frecuente fue el relacionado con las violaciones a los contratos colectivos de trabajo, lo cual generalmente tenía como consecuencia el que se pidiera su revisión. Los trabajadores de hoteles se quejaban de malos tratos, de pagos bajos, de que contravenían las disposiciones de la ley federal del trabajo o de irregularidades en horarios y permisos de vacaciones. Uno de estos conflictos se presentó en el Hotel Majestic, el cual también es interesante porque sólo fue planteado por los departamentos de cocina, comedor y cantina del establecimiento. La huelga se declaró cuando se pidió la revisión de los contratos debido a los malos tratos, pagos irregulares y la existencia de dos extranjeros que servían como “capataces” del patrón y que acosaban a los empleados. En este conflicto la UERHCSDF compartió créditos con la Unión Sindical de Cocineros del DF, quienes ayudaron a los trabajadores que en ese momento pedía “salarios adecuados, pagos de éstos semanariamente, trato decente a los trabajadores y el despido inmediato de los señores Alcón y Díaz Hunquito [los mencionados capataces]; además de la firma inmediata de un contrato colectivo de trabajo”.<sup>453</sup>

A pesar del paso del tiempo y por lo tanto, de la difusión la legislación laboral, del crecimiento —en número y en participación— de las centrales obreras, de la capacitación de los trabajadores, etc., no todo el comportamiento de los empresarios, patrones o dueños podía ser controlado. Al crecer también el número de establecimientos de hospedaje, no sólo aumentaron los establecimientos de lujo, con papeles en regla, trabajadores registrados y organizados y contratos colectivos provechosos. También surgieron un número considerable de pequeños y medianos hoteles que dejaban de lado todas estas oficialidades y mantenían regímenes de trabajo bastante duros para sus empleados. Tal fue el caso del Hotel Monarca, también en la ciudad de México, cuyos trabajadores no pudieron organizar una huelga porque no pertenecían a ningún sindicato, pero fueron capaces de hacer llegar sus quejas al presidente de la República en 1957, señalando los abusos a los que eran sometidos. Traspasos fraudulentos del negocio, horarios corridos diurnos y nocturnos, semanas de trabajo sin días de descanso, salarios bajos que no llegaban al mínimo y el no poder sindicalizarse ni inscribirse en el

---

<sup>452</sup> “Movimiento de Huelga”, *El Nacional Revolucionario*, (25 mayo 1940). Por desgracia no se sabe más acerca de esta huelga, cuánto duró o cómo se llegó a un acuerdo.

<sup>453</sup> “Fue declarada la huelga”, *El Nacional Revolucionario*, (10 abr. 1941)

Seguro Social fueron algunas de las quejas de empleados que trabajaban en el lugar desde que se inauguró en 1953.<sup>454</sup>

Encontramos también como causa común de conflictos laborales los despidos injustificados. Algunos de ellos tuvieron su origen en la falta de comunicación de los patrones y los trabajadores, o bien, los dueños eludían sus responsabilidades pretextando la falta de tiempo o dinero para seguir atendiendo su negocio, debido a lo cual debían hacer recorte de personal.<sup>455</sup> Sin embargo, cualquier persona que perdiera su trabajo, por ley, debía recibir liquidación y el pago de su salario al momento de dejar el puesto, cosa que a veces no sucedía, obligando a los trabajadores a acudir a su central obrera en busca de apoyo o elevando sus quejas a otras instancias.

Este fue el caso del problema que se suscitó en el Hotel Gillow a mediados del año 1935. Los trabajadores alegaron despidos injustificados y dirigieron su queja a la Junta Central de Conciliación y Arbitraje, quien medió en el conflicto gracias a lo cual obtuvieron la firma de un convenio en que se les pagaría a los trabajadores cesados una cantidad similar a la otorgada cuando el trabajador era despedido sin motivo alguno. Sin embargo, los dueños del hotel alegaban que los despidos se debían a que se estaban llevando a cabo obras de adaptación en las instalaciones, por lo cual no podían atender a su clientela ni tampoco cubrir los gastos que demandaba el personal, motivo por el que decidió cesarlo, pero quedarían recontratados cuando las obras hubieran terminado en su totalidad. Los trabajadores estuvieron conformes con el pago y la firma del convenio, así que el problema no pasó a mayores.<sup>456</sup>

Como hemos visto hasta aquí, fueran trabajadores sindicalizados o no, los trabajadores de hoteles tuvieron posibilidad de manifestar sus quejas y de que éstas fueran atendidas. Generalmente, los que se alzaron con la victoria fueron los empleados, quienes debido a la presión o a lo justificado de sus quejas obtenían contratos ventajosos, pagos adecuados de indemnizaciones, reposición de empleos o algunas otras ventajas. Cabe mencionar que la revista *Mancomunidad*, órgano de la UERHCSDF tampoco reportó ningún problema o incidente mayor a lo largo de nuestro período de estudio y sí, como veremos adelante, las buenas relaciones que se habían entablado con los empresarios. Ahora veremos los conflictos más severos que se presentaron en el ramo hotelero. Como anticipamos, éstos no se debieron a reclamos de los trabajadores hacia los patrones, sino a jaloneos entre las centrales obreras y los

<sup>454</sup> AGN, P, ARC, 432/777. Otro ejemplo similar lo encontramos en AGN, P, ARC, 432/590. En este caso, al igual que en el presentado arriba, los dueños eran españoles y los quejosos, además de la denuncia de las pésimas condiciones de trabajo que soportaban, también lo hacían de los malos tratos con toques discriminatorios que recibían.

<sup>455</sup> Por ejemplo, se dio un caso en que los trabajadores del Hotel Palacio se inconformaron por sus despidos, sin embargo, el dueño, al ser citado ante la Junta Central de Conciliación y Arbitraje, aclaró que su hotel se había quemado casi totalmente y que su remodelación y reapertura tardaría bastante tiempo, por lo que se había visto obligado a terminar el contrato que tenía con sus empleados. Éstos quedaron conformes pues se iban a hacer los pagos correspondientes como lo preveía la ley. “Recisión de contrato” en *El Universal*, (12 dic. 1938)

<sup>456</sup> “Indemnización”, *El Nacional Revolucionario*, (17 abr. 1935)



líderes de éstas por obtener el control de los trabajadores de distintos establecimientos de hospedaje en la ciudad.

### *Conflictos por cuestiones sindicales*

Los conflictos que presentamos a continuación son los que más se documentaron y de los que quedó más constancia a través de revistas y periódicos. Este tipo de movimientos se dieron entre 1940 y 1945, justo cuando la UERHCSDF también vivía movimientos en sus filas, cuando se reorganizaba y después de haber decidido no pertenecer más a la CTM. Este tipo de conflicto afectó a todo tipo de hoteles, desde los pequeños y medianos que no tenían un número muy elevado de trabajadores, hasta hoteles un poco más grandes como el Reforma y el Gillow. Algunos empezaban con el pretexto de revisar el contrato colectivo o por despido de trabajadores, lo cual daba pie a la intervención de los sindicatos que terminaban por emprender una lucha de facciones en que los más perjudicados eran los propios empleados.<sup>457</sup>

En el fondo, aunque los movimientos fueran más o menos grandes, lo que buscaban era, por un lado cooptar a un número elevado de trabajadores para integrarlos a sus centrales y, por otro, confirmar la primacía de tal o cual líder que para aquellas épocas ya gozaban de grandes privilegios. De esta manera, revisaremos dos de ellos, el que tuvo lugar en 1941 en los hoteles Gillow, Lafayette, Palacio, San Agustín, Florida, México y Vizcaya, que a pesar de ser varios establecimientos constituyó un solo problema; y el que se llevó a cabo en el Hotel Reforma en 1942. Ante la separación de la Unión de Donceles 28 de la CTM y la declarada guerra que emprendió contra sus métodos, la existencia de líderes de “oficio” y su obediencia a intereses personales a costa del trabajo de los empleados, fueron estas dos centrales las que los protagonizaron. Ambos se presentaron en el momento de coyuntura que vivió la UERHCSDF a principios de la década de los cuarenta, cuando además de enfrentar esa enemistad, luchaba por obtener su nombramiento oficial como sección uno del sindicato nacional.

El conflicto del Hotel Gillow inició formalmente en junio de 1941, tan sólo unos días antes del inicio de la temporada vacacional en el país. La “huelga de coalición” se iniciaría a partir de las 16:00 horas del día 23 según los informes proporcionados por la UERHCSDF. El motivo del conflicto: las empresas de los hoteles Gillow, Lafayette, Palacio, San Agustín, Florida, México y Vizcaya<sup>458</sup>, se

---

<sup>457</sup> En 1943, por ejemplo, se llevó a cabo una huelga en el Hotel San Luis, encabezada por el secretario general de la UERHCSDF usando como pretexto el despido de dos trabajadores pertenecientes a esa central sindical. En realidad la lucha era entre la Unión y la CTM, pues los empleados de este establecimiento pertenecían a las dos organizaciones, aunque una mayoría militaba en las filas de Donceles 28. AGN, P, MAC, 432.3/23.

<sup>458</sup> Este artículo menciona sólo siete hoteles como parte de la coalición, pero en una carta desesperada enviada por Luis Osio y Torres Rivas como secretario de la AMH al presidente de la República Manuel Ávila Camacho, menciona que el número

negaron a reconocer al comité ejecutivo encabezado por David Coello Rubio, como representante de los trabajadores que prestaban sus servicios en aquellos establecimientos. Para los dueños y para la Federación de Trabajadores del DF (adherido a la CTM), el comité ejecutivo válido era el encabezado por Aurelio Camacho Gómez, desconocido por los trabajadores de estos hoteles, quienes ahora declaraban la huelga.<sup>459</sup>

La cosa empeoró cuando la Junta Central de Conciliación y Arbitraje desconoció la legalidad de los pliegos petitorios elevados por el comité ejecutivo encabezado por Coello y amenazó con sancionar a aquellos que intentaran realizar las huelgas, sin embargo, hábilmente Coello y sus compañeros de la Unión mantuvieron la administración de los contratos colectivos de trabajo —según ellos porque los apoyaba la mayoría de los empleados— aun cuando los propietarios sólo podían negociar con el comité reconocido por la Junta. Ante el primer fracaso de huelgas, los miembros de la UERHCSDF intentaron iniciar unas nuevas, las cuales fueron desbaratadas por la policía y por trabajadores que apoyaban a Aurelio Camacho.<sup>460</sup>

Para el mes de octubre, el conflicto ya llevaba cerca de cinco meses y las cosas no se resolvían, al contrario parecían empeorar pues el día 6 de ese mes Camacho junto con varios compañeros se presentaron en el Hotel Gillow para tomarlo. Como el personal continuaba de parte de Coello, el enfrentamiento no se hizo esperar registrándose un verdadero zafarrancho con golpeados, heridos, sangrados, etc., etc., en el que Camacho resultó aprehendido por habersele atribuido la responsabilidad de los hechos. El episodio, conocido como “el asalto al Hotel Gillow” ocasionó conmoción entre los demás hoteles miembros de la coalición que inmediatamente elevaron sus protestas a la presidencia de la república. Algunos de éstos también fueron “atacados” por los grupos de Camacho Gómez obligando a los empleados a atrincherarse en sus lugares de trabajo para no ser víctimas de un asalto similar al del Gillow.<sup>461</sup>

Haciendo una reflexión sobre los eventos de esos meses, la UERHCSDF llegó a la conclusión de que su lucha por permanecer como sección uno del sindicato nacional es la razón principal por la cual los hoteles de la capital estaban siendo atacados por líderes de oficio que rechazaban la unificación de

de hoteles involucrados en el conflicto eran alrededor de 20, todos ubicados en el primer cuadro de la ciudad, por lo que se ocasionarían irreparables pérdidas a la industria turística y a la economía del país. Luis Osio y Torres Rivas a Manuel Ávila Camacho, 20 de junio de 1941, AGN, P, MAC, 432.3/23.

<sup>459</sup> “Siete hoteles hoy en huelga”, *Excélsior*, (23 jun. 1941)

<sup>460</sup> “No habrá huelga”, *El Nacional Revolucionario*, (15 ago. 1941) y “Los choques”, *El Gráfico*, (7 oct. 1941).

<sup>461</sup> AGN, P, MAC, 432.3/23, Leonel de la Vega y Ramón Corral, Hotel Palacio a Manuel Ávila Camacho, (octubre 1941); AGN, P, MAC, 432.3/23 Fidel Villanueva y otros trabajadores del Hotel Gillow a Manuel Ávila Camacho, (octubre 1941); AGN, P, MAC, 432.3/23 C. Rivera, Hotel Canadá, a Manuel Ávila Camacho, (octubre 1941); y otros. Algunos sindicatos del ramo en los estados también mandaron cartas similares de apoyo a los trabajadores atacados en los hoteles de la ciudad de México. Estos documentos también se encuentran en AGN, P, MAC, 432.3/23.

los trabajadores de hoteles y restaurantes por no convenir a sus intereses personales. Esto provocaba la falta de impartición de justicia, la obstrucción de la labor de individuos que sólo tenían su trabajo como patrimonio, el favoritismo de la Junta Central de Conciliación y Arbitraje hacia los grupos así organizados y la falta de empatía hacia los movimientos planteados por esa central obrera. La queja por el término del conflicto se elevó en el mes de noviembre a la presidencia de la República desde donde se pudieron calmar los ánimos por un tiempo.<sup>462</sup>

Y en realidad fue por un corto tiempo porque si el problema del Hotel Gillow continuaba en noviembre, entre diciembre de 1941 y enero de 1942 se gestó otro conflicto, el ocurrido en el Hotel Reforma. Para finales del mes de enero, la UERHCSDF explicaba lo sucedido no como un conflicto intergremial —porque la mayor parte de los empleados eran simpatizantes de esa central obrera—, sino como una maniobra de la Unión de Trabajadores del DF para desestabilizar al gremio y para golpear una vez más a su organización. Para evitar enfrentamientos como los de meses atrás, la policía se encargó de proteger al hotel del cual nadie entraba ni salía sin previa autorización, de tal manera que los representantes de la Unión no podían pasar para tratar de arreglar el conflicto tanto con los trabajadores como con los dueños y demás personal que integraba el hotel.<sup>463</sup>

Un aspecto interesante de este problema es que se presentó sólo entre los grupos de trabajadores encargados de la cocina, comedor y bar quienes alegaban tener contratos colectivos de trabajo diferentes a los de trabajadores de otras áreas del hotel. Esto sucedió porque unos pertenecían a la Unión de Donceles 28 y otros la Unión de Cocineros de la CTM, organización sindical diferente, lo cual complicaba la situación. Al momento de hacer los recuentos de qué empleados pertenecían a qué organización fue cuando vino el jaloneo pues ambas aseguraban tener la mayoría. Lo que ponía un ingrediente más al conflicto era la decisión que debía tomar la Junta Central de Conciliación y Arbitraje para declarar a la UERHCSDF sección uno del sindicato nacional, para lo cual debía contar con la mayoría de trabajadores. Según Donceles 28, la intervención del Sindicato de Cocineros sólo era para entorpecer la decisión de la Junta que, a pesar de haber pasado meses desde su solicitud, todavía no resolvía nada.<sup>464</sup>

Apelando a su tradición y manifestando representar a los más antiguos técnicos trabajadores, cocineros y meseros de la ciudad de México, así como la importancia de que fueran ellos los que atendieran al turismo del Distrito Federal, mencionan que la organización antagónica además de hacer malas cuentas, estaba sorprendiendo al licenciado Javier Rojo Gómez, en aquel momento Jefe del

<sup>462</sup> AGN, P, MAC. 432.3/23 Trinidad Rosales y José R. Moreiras a Manuel Ávila Camacho, (octubre 1941)

<sup>463</sup> AGN, P, MAC, 432.2/79 Secretario de presidencia a Secretario de Trabajo, (septiembre 1942)

<sup>464</sup> AGN, P, MAC, 432.3/23. Memorandum, UERHCSDF, (enero 1942)

Departamento del Distrito Federal, para que este determinara que el hotel quedara bajo su control. Como factor adicional, los miembros de la Donceles 28 decían estar dispuestos a negociar y darle a la Unión de Cocineros el control del Restaurante del Centro Vasco, que en aquel momento también estaba en conflicto, pero que de ninguna manera perderían el hotel, lo que nos hace pensar en el numeroso contingente de trabajadores que atendía estas áreas del establecimiento, así como la importancia y el sitio estratégico que ocupaba tanto en la ciudad como en el organigrama del sindicato.<sup>465</sup>

Desde noviembre de 1941 se pedía la resolución de catorce conflictos que habían motivado distintas huelgas en hoteles en la ciudad de México. A éstas se agregaron otras en restaurantes como el Centro Vasco, el Country Club, el Canadá y el Club France, para tener al Distrito Federal en un estado de desastre en cuanto a servicios turísticos desde mediados de aquel año. Para septiembre de 1942, las cosas no podían aclararse y el Hotel Reforma continuaba sitiado, en espera de las resoluciones de la Junta Central, evitando que se llevaran a cabo enfrentamientos sangrientos y con el personal en ascuas sólo en espera de que todo se solucionara. Paradójicamente, en esto ellos casi nada tenían que ver, la toma de decisión de si pertenecían a una u otra organización parecía provenir de arriba, de autoridades y funcionarios, el asunto ya no estaba en sus manos.<sup>466</sup>

Para entonces, el conflicto ya se había extendido a hoteles como el Coliseo, el Esperanza, el San Luis y el Montejo. En las quejas que los dueños de estos establecimientos elevaron a otras instancias algunos incluso mencionaron que uno de los miembros de la UERHCSDF con quien habían negociado acerca de la pertenencia de sus trabajadores a esa central, ocupaba un puesto como juez calificador de la séptima delegación de policía y por lo mismo, además de haberlos extorsionado, los había hecho firmar el contrato colectivo de trabajo bajo amenaza de huelga. Ante las situaciones vividas en otros hoteles, los dueños pedían presencia de fuerzas federales para resguardar sus sitios de trabajo. Algunos otros argumentaban que sus trabajadores ni siquiera estaban sindicalizados, por lo que consideraban las amenazas de huelga y la presión de los líderes sobre sus negocios como algo absurdo.<sup>467</sup>

Como vimos en el apartado anterior sobre la historia de la UERHCSDF, la batalla emprendida durante dos años, terminó a favor de esta central, que obtuvo el nombramiento de sección uno del sindicato. Se terminaron los jaloneos pero no así la inconformidad de la CTM que emprendió la reorganización del sindicato nacional del ramo sin la participación de la sección considerada más

<sup>465</sup> AGN, P, MAC, exp. 432.3/23 UERHCSDF a Manuel Ávila Camacho, (enero 1942)

<sup>466</sup> AGN, P, MAC, 432.2/79 Secretaría de la República a Secretario de Trabajo y Jefe del Departamento del Distrito Federal, y José Guadalupe García a Manuel Ávila Camacho, presidente de la República, (sept. 1942).

<sup>467</sup> AGN, P, MAC 432.3/23 Leopoldo Hernández a presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje, (mar. 1942); AGN, P, MAC, 432.3/23 Luis López Valero a Manuel Ávila Camacho, (mar. 1942); AGN, P, MAC, 432.3/23 Miguel H. Arechavaleta a Manuel Ávila Camacho, (feb. 1942).

importante. Los conflictos laborales revisados aquí utilizaron a los trabajadores como un botín, más que como individuos con necesidades y como uno de los elementos principales para el desarrollo de la actividad turística. Después del año 1943 no se registraron más conflictos y aparentemente los problemas, tanto de empresarios con trabajadores, como de centrales obreras entre sí, terminaron.

En esta guerra los empresarios no tuvieron participación. Si bien algunos elevaron sus quejas para pedir que la situación parara, ninguno se pronunció ni a favor ni en contra y tampoco defendieron la integridad de los trabajadores o hicieron reconocimiento de su importancia para la industria. Es probable que esto se debiera a que también se encontraban reorganizando su AMH que a pesar de haber sido fundada años atrás, no funcionaba del todo en la práctica. A pesar de ello, el discurso que planteaba que las relaciones entre patrones y trabajadores era diferente, que actuaban en conjunto para obtener beneficios mutuos y que una nueva era de cooperación había llegado se difundió a partir de estos años y continuó durante todo nuestro período de estudio, como lo veremos a continuación. Todo esto y la falta de conflictos durante los siguientes años hicieron ver a los trabajadores como pasivos o incluso vendidos a los patrones.

#### **4. Patrones y trabajadores: el consenso en busca de la profesionalización de los empleos hoteleros**

Como vimos al principio de este capítulo, para lograr el desarrollo de la actividad hotelera durante nuestro período de estudio no sólo se requirió el diseño y realización de edificios lujosos y de vanguardia en tecnología, o el financiamiento de inversionistas arriesgados o incluso leyes que la regularan. Una parte fundamental de ésta y del afán por lograr su funcionamiento como una profesión formal lo constituyeron los trabajadores, no sólo del área administrativa, sino aquellos que parecen invisibles, que sólo recordamos cuando los vemos atravesar los pasillos con cautela o asomarse por alguna ventanilla o mostrador.

Camareras, mozos de limpieza, lavaderos, planchadores, cocineros, cantineros, lava lozas, guardias, elevadoristas, botones y una enorme cantidad de cargos que se incrementan según el tamaño y categoría del hotel, formaron un grupo indispensable para el funcionamiento de cualquier instalación de hospedaje durante el período estudiado. Y es que, con la llegada de los llamados “hoteles modernos” a la ciudad de México, ya no era suficiente tener a uno o dos encargados del establecimiento para repartirse todas las labores, como ocurrió durante el siglo XIX y principios del XX. Esta especialización laboral cambió la forma en que se percibía el trabajo desde fuera y cómo los propios trabajadores asumían sus labores. La especialización requería capacitación, pago a trabajo específico y, algo fundamental, elevaría la calidad del servicio, bien que tratarían de vender los nuevos hoteles.

Los nuevos tiempos requerían también nuevas formas de organización laboral, minuciosamente ordenada y clasificada dependiendo de sus deberes y responsabilidades. Entre mediados de los años treinta y mediados de los años cuarenta, los empleados que se ocupaba en hoteles eran personas preparadas a través de la práctica directa, sin ningún tipo de enseñanza previa. Incluso los puestos más altos de la administración estaban ocupados por individuos que, aventurándose en terrenos inexplorados, decidieron introducirse a una actividad hasta entonces desconocida y probar suerte en ella. Por eso, las historias de aquellos primeros hombres, gerentes o administradores de hoteles son muy similares: Muchacho humilde que entró a algún hotel de mediano calibre —generalmente manejados por extranjeros— como *bell boy*, que después se hizo jefe de botones, que ascendió luego a alguna área de contabilidad y que finalmente pudo ocupar la gerencia.

Al principio esto no pareció molestar ni preocupar a nadie, pero conforme la actividad hotelera fue creciendo, logró conducirse por cauces institucionales y se convirtió en una fuente de riqueza más viable, salió a la luz la necesidad de que los trabajadores empleados en ella, estuvieran lo suficientemente preparados para recibir a cualquier tipo de visitante, extranjeros y nacionales sin ningún tipo de problema y ofrecer calidad en el servicio, asunto que también parecía una novedad para la época. Los trabajadores de hoteles no podían ser más unos improvisados: si lo que se quería entonces era vender bienes casi intangibles, como servicio, calidad y prestigio, lo primero que se tenía que hacer era preparar y especializar a los trabajadores para dar la imagen de modernidad que los sustentara.

La educación y capacitación del personal parecía ser la respuesta a los anhelos de políticos y empresarios, pero existía un pequeño problema: para aquella época en México no había un solo lugar en el que se pudieran impartir clases, cursos o cualquier tipo de formación de la que requería la actividad hotelera. Existían importantes escuelas en el extranjero, la más famosa y reconocida, la de Lausanna, Suiza, además de estar dirigida a grupos con evidente capacidad financiera, sólo impartía cursos que tuvieran que ver con puestos en la administración y gerencia del hotel. De esta forma, algunos hoteleros formados en la práctica pudieron mandar a sus hijos a estudiar al extranjero, los cuales regresaban para continuar con el negocio familiar.

Sin embargo, ¿qué pasaba con todos los demás puestos, los que no se restringían al trabajo detrás de un escritorio y que eran obviamente un sector mayoritario y de igual o incluso mayor importancia? Ante la problemática y la falta de apoyo estatal, los grupos interesados en la actividad turística en general y hotelera en particular tomaron cartas en el asunto. De esta manera surgieron la Escuela Hotelera de mano de los empresarios miembros de la AMH y la Escuela de Capacitación fundada por la Unión de empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del DF, una

agrupación sindical. A pesar de ser organizaciones diferentes y aparentemente opuestas, ambas manejaban discursos similares: la preparación de los trabajadores para beneficio de su calidad de vida y para el desarrollo exitoso de la actividad hotelera.

De esta forma, la necesidad de capacitación, educación formal y especialización de los empleados fue la piedra angular que posibilitó el entendimiento entre patrones y trabajadores de la hotelería. Si bien parecía que las relaciones entre empleados y empresarios hoteleros habían comenzado de manera accidentada justo cuando se empezaba a difundir la importancia de la actividad turística para el país, lo cierto es que el consenso y el trabajo conjunto llegó de manera rápida tras los incidentes que caracterizaron la época entre mediados de los años treinta y principios de los cuarenta. Primero, las formas de ejercer presión sobre los patrones cambiaron. Por lo menos los empleados pertenecientes a la UERHCSDF se concentraron en su preparación técnica y en ofrecer calidad en su servicio, que era lo que a los empresarios les comenzaba a interesar más y así, al disminuir la carga combativa de los empleados, éstos se volvieron más seguros para ser contratados en todo tipo de hoteles, incluso en los de categorías altas.

Por otro lado, las formas de organización de los trabajadores también se transformaron. A pesar de que la búsqueda de unidad entre los empleados del ramo siempre se mantuvo en el discurso, la realidad fue que éstos prefirieron las centrales pequeñas, establecidas por negocio, lo que definitivamente también fue una ventaja para los patrones pues les permitía negociar en corto, sin necesidad de intermediarios, porque pudieron ofrecer mejores prestaciones y cumplir con los derechos laborales previstos por la ley de una manera más eficaz, pero también porque les permitió mantener un mejor control y en ocasiones, incluso, abusar de sus trabajadores.

Sólo un año después de los sucesos de 1942, revisados en apartados previos, los hoteleros, que acababan de reorganizarse en la AMH, expresaron en la primera convención nacional de su organización que en la nueva etapa que se vivía con la llegada de los hoteles modernos, el interés de las autoridades en el fomento al turismo y las leyes establecidas para ello, los hoteles, para conseguir un éxito duradero no sólo debía ofrecer buenos servicios, sino contar con la buena voluntad, cooperación y lealtad de su personal. Para ello, los empleados debían tener fe en sus patrones: cualquier promesa que se le hiciera, debía de cumplirse. “Es necesario observar estrictamente las leyes del trabajo y las normas del trato humanitario que consignadas o no en las disposiciones legales deben gobernar a todo dirigente de conciencia.” Se tenía confianza en que las dificultades no llegarían si el personal era bien tratado y éste tenía confianza en sus jefes.<sup>468</sup>

---

<sup>468</sup> PALACIO, “La ética hotelera”, p. 18.

Quizá entonces la primera cuestión sobre la que estuvieron de acuerdo ambos grupos fue la necesidad de capacitar a los trabajadores. Aunque en un principio la UERHCSDF se acercó a los empresarios por varios medios para que uniendo fuerzas logaran ese objetivo primordial,<sup>469</sup> la fusión de intereses no se logró, lo que convino a la Unión pues fue la primera en abrir un centro educativo formal para capacitar trabajadores del sector turístico. Los empresarios tardarían varios años en abrir su escuela, a pesar de ello, esta idea de la educación y la difusión de la cultura entre los empleados fue un elemento que unió a ambos grupos.

*La Escuela Hotelera y el fomento a la educación turística por parte de la Asociación Mexicana de Hoteles*

Aunque la necesidad de crear una escuela de enseñanza para la actividad hotelera comenzó un poco más temprano, fue hasta los primeros años de la década de los cuarenta cuando se sistematizó un discurso que pedía al Estado la instalación de una escuela hotelera por considerarla la base fundamental para el progreso de los establecimientos de hospedaje. Mientras la escuela no lograra fundarse, esta sería la causa del estancamiento del negocio hotelero y la actividad turística no alcanzaría a rendir los frutos que todos esperaban que diera.<sup>470</sup> Sin especialización, los hoteles mexicanos corrían el riesgo de quedar sujetos a las deficiencias de trabajadores “tradicionales” y la modernización nunca llegaría.

De esta forma, el establecimiento educativo era una necesidad, no sólo para los propietarios, o para el personal mismo: mientras los hoteles estuvieran colocados en “manos inexpertas”, el negocio hotelero no sería tomado en serio y los inversionistas lo continuaría despreciando. De igual forma, se encontrarían imposibilitados para ofrecer un servicio de calidad a que estaba acostumbrado el turismo extranjero de primera categoría que se quería atraer al país. A esto se aunaba el mejoramiento de las condiciones de vida, económicas y culturales, con los que se cumpliría uno de los ideales de la Revolución, al mismo tiempo se daría a los inversionistas la seguridad de que sus intereses estarían bien cuidados y a los directivos del lugar la confianza de que su labor estaría respaldada por un personal bien preparado para realizar sus funciones.<sup>471</sup>

Hacia mediados de los años cuarenta parecía haber un consenso entre los empresarios acerca de la necesidad de instalar una escuela y lograr la profesionalización de los empleados, sin embargo, llevar a esta idea a la práctica se tornaba difícil. Ellos lo consideraron una labor que debía ser puesta en

---

<sup>469</sup> Cada vez que había convenciones hoteleras, la Unión presentaba ponencias relacionadas con esta necesidad educativa. Como ejemplo tenemos la presentada en la convención hotelera de Veracruz en 1946 publicada en *Mancomunidad*, noviembre de 1946, pp. 15 y 17.

<sup>470</sup> “Necesidad imperiosa”, pp. 5 y 29.

<sup>471</sup> RUIZ GALINDO, “Los frutos de la labor cumplida”, p. 5.



marcha junto con la autoridad estatal, pero la autoridad estatal no lo veía como una prioridad ni como una necesidad inmediata, así que la ayuda no llegaba y ante la situación, los hoteleros organizados estudiaron varias propuestas, tipos de financiamiento, planes de estudio. Sus convenciones anuales se convirtieron en francos foros de discusión acerca de las posibilidades reales que tenían de poder abrir la institución deseada.

La Secretaría de Educación Pública siempre les respondía diciendo concordar con sus intereses y estar consciente de la importancia del negocio hotelero, sin embargo, la escuela necesitaba mucho más que buenas intenciones para instalarse, pues el dinero, factor fundamental para levantarla, no fluía de la manera esperada. En la convención de 1943 incluso se escuchó: “Si por determinadas razones la Secretaría de Educación no ha podido fundar la escuela, debemos los principales interesados, los hoteles de México, hacerlo. Se somete a la resolución de esta convención la fundación de la Escuela Técnica Hotelera, designándose para ello una comisión organizada que constituya una asociación privada formada por accionistas propietarios de hoteles, para establecer dicha escuela.”<sup>472</sup>

La idea original era, si no instalar la escuela completamente, sí establecer algunos cursos elementales en donde se formaran camaristas, botones, meseros, elevadoristas, etc., dar conferencias al personal de oficinas y a los gerentes y con el tiempo, perfeccionar y extender el plan de estudios, lo indispensable era comenzar de inmediato con la tarea. Por ello, el llamado no sólo se hizo llegar a los hoteleros, sino a los demás empresarios para que cooperaran, para que difundieran la importancia de esta labor “educativa, progresista y patriótica”, la cual también iba en pos de la dignificación de la profesión hotelera, uno de los objetivos primordiales de la AMH desde su fundación.<sup>473</sup>

Ahora bien, el principal problema en aquella época, además de conseguir el financiamiento y obtener el apoyo del gobierno para la instalación, se centró en la búsqueda de un método de enseñanza que rindiera resultados rápidos y que pudiera llegar a un número relativamente grande de alumnos. La propuesta entonces consistió en construir o rentar un pequeño hotel en el cual se pudieran impartir algunas clases teóricas para que el resto fueran cursos prácticos tomados en las instalaciones del hotel-escuela, atendiendo inclusive a huéspedes reales que se quedarían en lugar, pagando una cantidad

---

<sup>472</sup> “La escuela hotelera será”, p. 27.

<sup>473</sup> Entre diciembre de 1943 y enero de 1944 se inició la suscripción de aportaciones de miembros de la AMH para la instalación de la Escuela Hotelera, las cuales estaban distribuidas de la siguiente manera: Antonio Ruiz Galindo, \$5,000.00; Manuel del Valle, \$1,000.00 para la instalación y \$300.00 mensuales para sostenimiento; Hotel Reforma, por conducto de su gerente, Antonio Pérez O., \$2,500.00 para la instalación y \$500.00 mensuales para el sostenimiento. Algunos otros empresarios propusieron hacer donativos en especie y otros a realizar las instalaciones de servicios. Sin embargo, la escuela todavía tardaría un tiempo más en instalarse. “Suscripción”, p. 6.

menor que en algún otro hotel de funcionamiento normal con similares características. Además, los ingresos que se obtuvieran ayudarían al sostenimiento del plantel.<sup>474</sup>

Parecía que todo marchaba sobre ruedas para la instalación de la escuela. Año con año, al reunirse los hoteleros en su convención se presentaban ponencias sobre su funcionamiento, sobre los planes de estudio, y cada nuevo comentario aludía a su próxima apertura, sin embargo, siempre había algo que lo retrasaba y que hacía a los empresarios regresar sobre los pasos andados.<sup>475</sup> Al parecer con la llegada del presidente Miguel Alemán y su “preferencia” por la actividad turística se lograría inyectar una nueva dosis de entusiasmo y dinero al proyecto pero esto no ocurrió así. A pesar de haberlo utilizado como elemento de presión para mantenerlos tranquilos respecto a la cuestión tarifaria y prometérselos como “premio” a cambio de aceptar la regulación de los precios de sus negocios desde la secretaría de gobernación, la escuela sólo pudo fundarse hasta finales del año 1952.<sup>476</sup>

Al anunciar su inauguración, con entusiasmo los hoteleros, orgullosos por el equipo, sus instalaciones y el local finalmente acondicionado para su utilización<sup>477</sup> declaraban: “Esta escuela no podemos ni debemos considerarla como un negocio, sino como una institución indispensable para mejorar las condiciones de servicio que estamos obligados a proporcionar al turismo nacional y extranjero. Por ello, buscaremos el máximo de facilidades para los alumnos y la cooperación oficial y privada que nos permita brindar estas facilidades.”<sup>478</sup>

Pero como mencionábamos arriba, para lograr la profesionalización de los empleos en hotelería, no sólo se necesitaban las instalaciones adecuadas para llevar a cabo el proceso de aprendizaje, también

---

<sup>474</sup> “Suscripción”, p. 6.

<sup>475</sup> Una propuesta que tuvo gran acogida en su momento pero que tampoco se llevó a cabo fue la de abrir un curso de administración de hoteles en el recién creado Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey. El curso consistía en estudios de tres años que comprendía materias indispensables, según sus creadores, para ser un administrador de hoteles completo. No se tomaban en cuenta la formación de personal como camareras, bell-boys o meseros, porque consideraban que no era costeable invertir en el viaje y la estancia en Monterrey con cursos que podrían tomarse de forma local. Sólo se pedía como condición, formar un grupo de 25 alumnos interesados en tomar el curso completo. Respecto al plan de estudios, el primer año consistiría en materias regulares como Aritmética, lengua castellana, Historia Universal, Historia de México, etc. El segundo año se especializaban un poco más y se incluían documentación mercantil, contabilidad, inglés, derecho mercantil o dibujo comercial; Finalmente, para el tercer año, se anunciaban las materias de contabilidad de Hoteles, organización de hoteles, publicidad, psicología general, geografía turística, legislación fiscal, conocimiento de vinos, conocimiento de mercancías, economía hotelera, química de alimentos e inglés. “Curso de administración de hoteles”, p. 17.

<sup>476</sup> Para lograr los recursos necesarios para la fundación, la comisión de tarifas de la Secretaría de Gobernación acordó que todos los hoteleros que sometieran a aprobación sus tarifas o aquellos que plantearan la revisión de las mismas ante ese organismo oficial, contribuirían con una aportación de \$15.00 por la tarifa general y dos pesos por cada cuarto que tuvieran sus hoteles. Aparentemente esto fue lo que reunió la suma necesaria para instalar finalmente el centro de estudios. Ni la Secretaría de Gobernación, ni ningún otro organismo oficial aportaron cantidades. “Escuela Hotelera”, p. 20.

<sup>477</sup> El local que finalmente se utilizó como primer edificio de la escuela fue el conocido como el Hotel Posada del Sol, ubicada en Avenida Niños Héroes 139 en la colonia doctores en la delegación Cuauhtémoc, edificio que tras diversas gestiones fue otorgado en subarrendamiento a la AMH. Documentos relativos al inmueble pueden ser consultados en AGN, P, MAV, 562.4/266 y 565.4/23.

<sup>478</sup> “Escuela Hotelera”, p. 12.

se requería un programa de estudios que lo propiciara y lo transformara en una realidad. De esta manera, aquellos individuos que se dieron a la tarea de fundar la escuela, entre quienes se encontraban nuestros conocidos Antonio Ruiz Galindo y Lucas de Palacio, echaron mano de su experiencia previa como administradores hoteleros, pero también se apoyaron en el funcionamiento de escuelas establecidas con mucha anterioridad en otros países. En Europa, las hoteleras de Lausana y Lucerna en Suiza y las restauranteras de Zurich y Ginebra en ese mismo país, pero también el sistema norteamericano en las escuelas hoteleras de Miami y Atlanta, así como los cursos impartidos en la Universidad de Cornell en el estado de Nueva York, y en la Universidad del estado de Michigan.<sup>479</sup>

A todo este bagaje rescatado por los promotores de la Escuela Hotelera en México debemos agregar el tiempo transcurrido de casi diez años desde que se propuso por primera vez la creación de la escuela pues en ese tiempo, se arraigó la idea de la importancia de un aprendizaje técnico en el área turística para ligarlo más con la ciencia y la idea de modernidad en la que muchas veces los hoteleros se apoyaban para justificar y legitimar su labor ante quienes los cuestionaban y criticaban. La idea de impartir una enseñanza técnica y dar a los alumnos, futuros miembros de la actividad hotelera, una educación de este tipo parecía complacer y enorgullecer más a los empresarios que desde los primeros años de su trabajo se esforzaron por resaltar el profesionalismo e innovación de su actividad.

Así, al beneficio educativo que significó la instalación de la Escuela Hotelera, se sumó la de lograr que se considerara ya no sólo como una industria, sino también como una especialidad que necesitaba de un método de estudio particular, disciplina y un cuidadoso entrenamiento para poder ejercerla. De esta manera su inauguración fue considerada un paso más para el desarrollo pleno de la actividad hotelera. Con confianza, los empresarios declaraban: “El hotelierismo, reconocido ya como una profesión, ha superado afortunadamente esa etapa durante la cual se le discriminó. Es ahora reconocido como una profesión social y nacionalmente útil. Pero debe continuar ascendiendo, y ahora

---

<sup>479</sup> “La Escuela Hotelera”, p. 26. Por ejemplo, la escuela hotelera de la Universidad de Cornell, fue fundada en 1922 por la American Hotel Association de común acuerdo con la Universidad y fue hasta 1950 que pudieron abrir un hotel-escuela similar al que se estableció en México. El colegio ofrecía una enseñanza completa de la profesión desde el punto de vista teórico-técnico y práctico: “Todas las fases de la compleja y moderna operación hotelera están analizadas, diseñadas y enseñadas con sorprendente minuciosidad y según los últimos métodos pedagógicos.” Existía una gran variedad de cursos, como contaduría especial para hotel, control de bebidas y comidas, confección de menús, publicidad moderna operación de hotel en general, sus métodos de trabajo y controles, entre otros. “La escuela hotelera de la Universidad de Cornell”, pp. 5-6. Por su parte, la escuela de Lausana, en Suiza, fue fundada en 1893 por la iniciativa de la Asociación Suiza de Propietarios de Hoteles. En ella, se impartía un curso preliminar de tres meses, después el alumno empezaba un período de entrenamiento para ser cocineros o camareros. Posteriormente volvían a la escuela para tomar los tres cursos principales que consistían en uno elemental de cocina, uno de introducción a la gerencia de hoteles y restaurantes y otro de secretariado de hotel. Cada curso duraba cinco meses. Después de graduarse de estos cursos, los estudiantes debían adquirir experiencia práctica en el hotel que formaba parte de sus instalaciones durante seis meses. El último paso antes de conseguir su diploma era tomar un curso final que incluía contabilidad, leyes y “cuestiones económicas y sociales”. “Suiza”, p. 7.

por el camino de la técnica para que sus elemento estén debidamente capacitados para atender a los cientos de miles de turistas que, anualmente dejan al país cientos de millones de pesos.”<sup>480</sup>

En los primeros años de su funcionamiento, la Escuela Hotelera de la AMH impartía cursos con duración de cuatro meses cada uno, los cuales eran considerados como elementales y que abarcaban diversas áreas: personal uniformado (mozos, pajes, elevadoristas, porteros, botones, valets, etc.); de Camaristas, inspectoras y jefas de piso; para ayudantes de meseros y también se daban cursos elementales de cocina. Pero con el paso del tiempo se hizo necesaria la adecuación de los programas de estudios y la creación de nuevos cursos debido también a la demanda que cada vez era mayor, por lo que se decidió además, que la escuela funcionara en dos turnos, matutino y vespertino.<sup>481</sup>

Debido a ello, la escuela también sufrió varios cambios de edificio<sup>482</sup> y de nombre, pero estas transformaciones “físicas” también estuvieron acompañadas de un giro en la idea de lo que debían ser los objetivos y alcances de la actividad hotelera. Así, la escuela, su organización y planes de estudio, la forma en que fue dirigida y administrada, etc., mostró las necesidades y tendencias del campo del hospedaje y del turismo en general. Por ello, ya entrados los años sesenta, a poco más de diez años de haber abierto sus puertas por primera vez, la escuela sufrió una transformación que reflejó, por un lado, la estabilidad institucional que la actividad había logrado después de casi treinta años de camino andado y por otro, la apertura y aceptación hacia los estudios turísticos. La Escuela Hotelera se convirtió en la Escuela Hotelera Gastronómica y de Turismo.<sup>483</sup> En efecto y como el cambio de nombre refiere, la preparación ya no sólo sería de trabajadores hoteleros, sino enfocada a formar a un nuevo tipo de empleado que supiera un poco de todo lo referente a la industria del turismo, aunque las cuestiones hoteleras todavía prevalecían como mayoritarias en el programa de estudio.<sup>484</sup>

El patronato encargado del plantel, ya no sólo estaría integrado por aquellos empresarios que en un primer momento incluso hicieron aportaciones de su bolsillo para mantenerlo, ahora incluía también a “distinguidos representantes oficiales” funcionarios del departamento de turismo que, como se hizo costumbre, oportunamente se presentaban cuando las cosas ya se encontraban en marcha y estables.<sup>485</sup>

<sup>480</sup> RUIZ GALINDO, “Función de la Escuela Hotelera”, p. 6.

<sup>481</sup> “La Escuela Hotelera amplía”, p. 23.

<sup>482</sup> La Escuela Hotelera se ubicó en un primer momento en la calle Niños Héroes de la colonia doctores, después se mudó al Hotel Maurice, en la calle de Marsella número 28, posteriormente cambió a Plaza Río de Janeiro número 63.

<sup>483</sup> RUIZ GALINDO, “Nos renovamos o...”, p. 12.

<sup>484</sup> Sería hasta 1968 cuando se desplazaría la importancia de la enseñanza sobre cuestiones hoteleras al reducirlas a un solo año de estudio y agregar un año más dedicado a la promoción turística, para aquellos que quisieran manejar o trabajar una agencia de viajes, y un año más dedicado a restaurantes y bares. “XV aniversario”, p. 29.

<sup>485</sup> Para ese año se anunció que el patronato, es decir, la nueva directiva de la escuela estaba integrada por las siguientes personas: Armando Ruiz Galindo, presidente; Lic. Miguel Alemán Velasco, tesorero; Luis Jesús de la Garza, secretario. Como vocales, Lic. Jesús Rodríguez Rodríguez, subsecretario de crédito de la Secretaría de Hacienda y crédito Público y miembro del Consejo Nacional de Turismo; Pedro Gorospe, representante de la AMH; el Sr. José Inés Loredo, presidente de

El patronato tuvo en sus manos la ejecución de los planes de estudio, formulados en conjunto por empresarios, por los docentes y con asesoría del Consejo Nacional de Turismo, los cuales, una vez terminados tuvieron que ser aprobados por el Departamento de Turismo, práctica que se implementaría a partir de ese año. Este nuevo programa de estudios incluía dos tipos de cursos: intensivos de capacitación, para personal ya conectado con la prestación de servicios turísticos; y normales, par funciones hoteleras, gastronómicas y turísticas en general.<sup>486</sup>

El alumnado del nuevo plantel “[...] será en potencia quien, con entrenamiento técnico moderno, podrá ser el mejor aliado de la buena marcha de sus respectivos hoteles. En manos de este alumnado estará la posibilidad de que, en verdad, el servicio, el buen servicio, sea realidad cotidiana en la actividad hotelera de México.”<sup>487</sup> Idealmente entonces, todas las áreas del hotel serían atendidas por personas egresadas de esta escuela, sin embargo, al cambiar los programas de estudio, también se transformó el perfil al que iban dirigidos los cursos. Se dio prioridad a los empleos administrativos y las clases se orientaron hacia la formación de jefes y empleados de recepción.<sup>488</sup>

La originalmente Escuela Hotelera finalmente quedó con el nombre de Escuela Mexicana de Turismo y para 1966 dividió sus áreas de especialización en tres: hotelería, promoción turística y restaurante bar.<sup>489</sup> Para esas alturas, el profesorado estaba integrado por una planta de 27 maestros pertenecientes a la Universidad Nacional Autónoma de México, al Instituto Politécnico Nacional y algunos otros profesores técnicos especializados en cada una de las materias de hotelería, restaurante-

la Asociación Mexicana de Restaurantes, José Brockmann, presidente de la Asociación de Hoteles del DF; Lic. Enrique Creel de la Barra, director general de promoción del Departamento de Turismo y representante del mismo. Como director de la escuela quedaría el Lic. Armando Herrerías, que a la vez era vocal representante de la iniciativa privada ante el Consejo Nacional de Turismo y presidente del Instituto Mexicano de Investigaciones Turísticas. Ruiz Galindo, Armando, “Nuevos horizontes”, p. 21.

<sup>486</sup> “Nuevos horizontes”, p. 21.

<sup>487</sup> RUIZ GALINDO, “Nos renovamos o...”, p. 12.

<sup>488</sup> A estas alturas, los cursos duraban un año y al terminarlo, los alumnos debían cumplir con un servicio social de dos meses, trabajando en hoteles del interior de la república en los diferentes departamentos de un hotel: cocina, comedor, recepción, pisos, contabilidad, almacén y mantenimiento. El único requisito para ingresar era haber terminado los “estudios secundarios”. Durante estos primeros 11 años de su funcionamiento, la cantidad de graduados fue de aproximadamente 30 por año. Llama la atención también que, a pesar de que los cursos eran casi exclusivamente para puestos en la administración se continuó con la práctica de que los alumnos pasaran, aunque fuera durante el servicio social, por todas las áreas de servicio de un hotel, lo que se consideraba fundamental para conocer la profesión a cabalidad. También recuerda a aquellos primeros directivos y gerentes que empezaron desde abajo y que tuvieron que pasar por todos los puestos y departamentos hasta llegar a la gerencia. RUIZ GALINDO, “La importancia”, p. 21.

<sup>489</sup> El plan de estudios constaba de un tronco común de dos años para las tres especialidades, en las cuales se impartían materias como lengua nacional, contabilidad, cultura turística universal, cultura turística de México, inglés, nociones sobre la Ley Federal de turismo, nociones de la Ley Federal del Trabajo, psicología, relaciones públicas, etc. En el tercer año, los grupos se dividían, los que decidían estudiar hotelería cursaban materias como recepción y reservaciones, contabilidad hotelera, inglés, crédito hotelero y caja de recepción, historia de huéspedes y promoción y ventas; Los que optaban por promoción turística cursaban contabilidad de agencias de viajes, transporte y boletajes, inglés, viajes organizados, documentación turística e investigación turística; Los inclinados por el área de restaurant y bar cursaban contabilidad, personal de servicio, inglés, preparación de menús, planeación y presentación de mesas, servicio de cuartos, gastronomía y vitivinicultura, higiene y aseo y conocimientos y usos para utensilios y equipo de restaurant y bar. “Cómo funciona”, p. 29.

bar y agencia de viajes. Definitivamente los tiempos habían cambiado y la turística ya no era una actividad nueva o improvisada, la prueba estaba en los más de 700 alumnos que estaban inscritos para los cursos del año 1968.<sup>490</sup>

Ahora bien, vale la pena resaltar que la que terminó siendo la Escuela Mexicana de Turismo, creada en un principio para capacitar a los trabajadores que ya se encontraban insertos en la actividad turística pero que eran fruto de la experiencia y de la improvisación, así como a nuevos trabajadores que se quisieran introducir en el ramo, se transformó en un instituto tecnológico que podríamos considerar incluso elitista, pensado no para trabajadores o con miras a serlo, sino para estudiantes jóvenes, adolescentes que terminaban sus estudios secundarios y que buscaban continuar su educación.

Los requisitos para ingresar ya desde mediados de los años sesenta, además de cartas de buena conducta de la escuela de procedencia, incluía cartas de recomendación de firmas comerciales y además, estaba la cuestión de la colegiatura, pues por la inscripción se cobraban \$100.00 pesos y la colegiatura mensual era de \$200.00 pesos, además de cargos por el uso de las máquinas de escribir de la escuela en \$50.00 pesos, la compra del escudo de la escuela en \$15.00 pesos, además de dos uniformes de diario y uno de gala que debían adquirir en la misma institución.<sup>491</sup>

Otra cuestión interesante a resaltar es que, a la par de las discusiones que se presentaron acerca de la conveniencia de crear una Escuela Hotelera en la ciudad de México, se visualizó de igual forma la idea de implementar un sistema educativo similar en los estados del interior de la república, sobre todo en aquellos cuyo perfil se encontraba orientado hacia los servicios turísticos. Al principio se habló de abrir escuelas, pero ante las dificultades que se encontraron para instalar la del DF, se pensó en organizar una serie de cursos o seminarios en las ciudades de más intenso movimiento turístico con la idea de que los elementos que laboraban en ellas no se “desarraigarán” de su lugar de residencia y que fuera en él donde aprovecharan los conocimientos recibidos.<sup>492</sup>

La Escuela Mexicana de Turismo, fruto de la iniciativa y trabajo de aquellos primeros empresarios preocupados por dotar a la hotelería de una base técnica y pedagógica, subsiste hasta nuestros días con ese mismo nombre. Sin duda fue una obra pionera aunque tardía si consideramos que les llevó alrededor de diez años desde las primeras pláticas hasta la apertura de sus instalaciones en 1952. Dio inicio a la enseñanza de temas turísticos de manera formal, como no se había hecho antes y sin duda abrió brecha para que otras instituciones se interesaran por estos temas y los introdujeran en

---

<sup>490</sup> “Cómo funciona”, p. 29 y “Escuela Mexicana de Turismo”.

<sup>491</sup> Anuncio de la Escuela Mexicana de Turismo, p. 24.

<sup>492</sup> Al parecer, estos cursos intensivos y seminarios en la provincia sólo pudieron llevarse a cabo a partir de mediados de los años sesenta, cuando la Escuela del DF ya era una institución estable y ya con la participación de las instancias oficiales. Ruiz Galindo, Armando, “La importancia”, p. 21.

sus programas de estudios, como el caso del Instituto Politécnico Nacional o el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey.

Sin embargo valdría la pena cuestionar la eficacia real en términos de estudiantes graduados y posteriormente ocupados en empleos hoteleros activos. Sin duda, una gran cantidad de empleados continuaron trabajando sin poder tener acceso a una capacitación formal y la idea de educarlos para que pudieran acceder a un mejor sueldo tampoco pareció cumplirse como todos lo pronosticaban. Ahora bien, es probable que la idea de los hoteleros de fundar una institución que los proveyera de los trabajadores que requería su industria no sólo obedeciera a necesidades científicas o pedagógicas. Para aquellos primeros años de actividad turística formal, quienes proporcionaban empleados a las distintas negociaciones —fueran hoteleras, restauranteras, etc. — cuando los precisaban eran los sindicatos obreros.

Como era de imaginarse, abundaban las quejas de los empresarios ante la falta de preparación de las personas enviadas, pero no sólo eso los incomodaba. La presencia de trabajadores social y políticamente activos, involucrados en las luchas y reclamos de su sector ante los patrones, conscientes de sus necesidades, de la difícil situación que vivían los trabajadores de otras ramas industriales y con la voz suficiente para hacerse oír en diversos medios eran elementos peligrosos para cualquier negocio, pero mucho más para una actividad que apenas comenzaba a despuntar y que, al mismo tiempo, tenía proyección internacional. De esta manera, se buscó disminuir la contratación de personal proveniente de estos centros de organización a través de los bien instruidos y técnicamente aprobados estudiantes de la Escuela Hotelera que ostentando diplomas pretendían ocupar los puestos más altos de sus establecimientos. Sin embargo, la iniciativa de los hoteleros, que en un principio contemplaba la formación de todo tipo de trabajador hotelero, se convirtió en un centro de capacitación para empleados no manuales, es decir, aquellos que en teoría necesitaban mayor preparación.

Pero los empleos administrativos y de oficina son apenas una mínima parte de todos los que integran un hotel y necesarios para su funcionamiento adecuado. Algo había de hacerse con aquellos trabajadores que buscaban mejores condiciones de vida y que pertenecían a ese enorme sector que formaba el personal “invisible” de hoteles y restaurantes. La respuesta en efecto parecía ser la educación y la alternativa la dio precisamente una de estas organizaciones obreras, que adelantándose a los empresarios y con un sistema mucho más modesto pero gratuito, trató de capacitar a sus miembros en busca de la profesionalización de sus oficios y de la difusión de la tan anhelada “conciencia de clase”.

*La Escuela de Capacitación de la Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del DF*

El discurso en torno a la importancia de la preparación y de la necesidad de capacitar a los trabajadores de la actividad turística entre el sector obrero surgió a la par del difundido por los empresarios y con características muy similares incluso en el lenguaje: en una etapa previa los trabajadores hicieron bien su trabajo pero todo con base en la experiencia. Los tiempos habían cambiado y la modernización de la industria hotelera y gastronómica exigía de los trabajadores mayores conocimientos técnicos. La necesidad de preparar no sólo a los trabajadores en activo, sino a elementos jóvenes que apenas se integrarían al mercado laboral, con el fin de hacer frente a las exigencias de la modernización de la industria fue el motor de arranque de esta iniciativa.<sup>493</sup>

A ésta se agregaron algunas más que dieron al discurso obrero una perspectiva particular y quizá por lo mismo, más celeridad al momento de poner en práctica su sistema educativo, como por ejemplo el ingrediente moral. A la necesidad de mayor preparación ante la modernización del sector se le añadió la idea, por un lado, de educarse y “cultivarse” como medio para alcanzar una satisfacción personal y cumplir con una tarea ante la sociedad y por otro, para que a través de un conocimiento técnico especializado, los trabajadores se despojaron de complejos de inferioridad que sólo se lograba cuando el hombre era consciente de su labor.<sup>494</sup>

Enterados de que la mayor parte de sus miembros eran de origen humilde y con pocas posibilidades de acceder a una educación formal, la propuesta ahora consistía en motivarlos a explorar el terreno de la cultura en bien personal y en beneficio de los propios compañeros de su gremio, lo cual también los ayudaría a compenetrarse de lo que era la verdadera lucha sindical. De esta manera, se consideraba que “la educación purifica las ideas de los hombres y los incita a cumplir y proceder con justicia y honestidad”. Como consecuencia, los trabajadores obtendrían, además de su superación moral, la material.<sup>495</sup>

La Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y similares del DF (UERHCSDF), se consideró heredera de una profunda tradición de lucha a favor del bienestar de los trabajadores iniciada desde 1909. Su carácter de organización pionera le sumó un componente más a sus argumentos a favor de la fundación de una Escuela de Capacitación. La solidaridad gremial, importante para aprender unos de otros sin importar edad o tipo de experiencia, la necesidad de compartir conocimientos para mejorar

---

<sup>493</sup> “Inauguración”, p. 7.

<sup>494</sup> “Cultivémonos”, p. 3.

<sup>495</sup> “Educación proletaria, p. 3.



todos juntos como organización, como gremio fue un factor decisivo en el impulso que se dio a la educación de los trabajadores dedicados a la actividad turística.

La idea de convertir a las organizaciones obreras en centros de cultura y didáctica, pretendía mostrar que el sindicalismo había cambiado, que los tiempos precisaban un nuevo concepto de lucha y un nuevo concepto de patria, alejado del “vicio y de la incultura” pues quien no procediera de esta manera, no podía reclamar justicia y ser respetado en sus derechos. Sólo aquel que fuera ordenado y respetara a los demás podría considerarse un luchador edificante y no uno estéril con instintos bajos e insatisfechos: “Hagamos de los sindicatos obreros tribuna de la cultura y veremos retroceder a la insolencia y al vicio”, se declaraba.<sup>496</sup>

Este discurso de la importancia de la cultura para los centros obreros permaneció durante todo nuestro período de estudio y funcionó como un continuo recordatorio de la relevancia que tenía que cada miembro de la Unión acudiera a las clases que impartía la Escuela de capacitación, la cual fue inaugurada en junio de 1945 con apenas 20 alumnos para la primera clase. Un año después, la escuela ya contaba con alrededor de 200 estudiantes quienes acudían a tomar cursos teóricos y prácticos de comedor, cocina, cantina, inglés, moral en el trabajo, urbanidad y buenas costumbres y sindicalismo. La plata de profesores estaba integrada por trabajadores miembros de la Unión que encontraban el tiempo entre sus labores cotidianas para compartir con sus compañeros sus experiencias en los distintos campos laborales, lo cual hacía aún más loable y sacrificada su tarea.<sup>497</sup>

La apertura de la Escuela de capacitación generó comentarios de todo tipo, incluso algunos negativos que criticaban la manera en que los propios trabajadores enseñaban a sus compañeros. Sin embargo, los ataques no los atemorizaron: “Nosotros no somos unas lumbreras, sólo somos trabajadores especializados en nuestra rama, pero que tenemos un gran cariño a nuestra Unión y deseamos ardientemente su progreso técnico; por eso hemos ofrecido nuestra modesta cooperación desinteresada, entusiasta, sin alarde de superioridad de conocimientos.”<sup>498</sup>

A pesar de este tipo de tropiezos, la escuela entró en funcionamiento y parecía marchar a buen ritmo. A diferencia de la Escuela Hotelera, la de Capacitación no contó con un local especial para impartir sus cursos. El segundo piso del edificio de la organización sindical ubicada en la calle de Donceles 28, sirvió de alojamiento para las clases, conferencias y pláticas que se organizaban en torno a las actividades turísticas y a la manera de mejorar el desempeño de sus diversos oficios y especialidades. Todos los miembros de la Unión e incluso aquellos trabajadores de la rama que no

---

<sup>496</sup> “¡Cultivémonos!”, p. 3.

<sup>497</sup> “Informe de la Escuela de Capacitación”, p. 21.

<sup>498</sup> DELEANIDES, “Breve llamado”, p. 7.

pertenecían a esta organización, pero que quisieran perfeccionar sus conocimientos, podían asistir, así que el alumnado no sólo constaba de elementos jóvenes, sino también de veteranos que trataban de aprender más acerca de sus oficios. Eso sí, para los miembros de la Unión, el acudir a las clases o cursos, cualquiera de ellos, era obligatorio para mantenerse dentro de la organización. Ninguno de los cursos o clases tenían costo.<sup>499</sup>

Para dirigir la escuela se creó la llamada “comisión de la escuela”, la cual estaría integrada por un secretario, un subsecretario y dos vocales por cada una de las especialidades de cocina, comedor, cantina y dependencias de hotel, así como por dos vocales que hablaran y escribieran en idioma inglés. Tanto el secretario como el subsecretario serían los responsables ante la asamblea general del sindicato y el Comité ejecutivo de la Unión, de la eficiente dirección de las clases y de la buena marcha de la escuela. También se formaría un “consejo directriz” que se reuniría de manera periódica para proponer y discutir los planes de estudio, así como los problemas de carácter administrativo y de enseñanza, además de que tratarían de reunir más fondos para el sostenimiento de la escuela.<sup>500</sup>

El aprendizaje, al igual que en la Escuela Hotelera, comprendía clases teóricas y diversos cursos de carácter práctico para que los egresados contaran con las herramientas suficientes para desenvolverse en las distintas áreas de hoteles y restaurantes, aunque como la Unión de empleados era un sindicato de raíz gastronómica, las áreas a las que se puso más atención dentro de la escuela fueron las que tenía que ver precisamente con el comedor: ayudantes de cocina, comedor y cantina, meseros, galopinas, etc. Debido a que las instalaciones no eran las más apropiadas para este tipo de enseñanza, en ocasiones se acordaba con algunos patrones o dueños de hoteles y restaurantes que les permitieran a los alumnos ingresar a sus respectivas áreas para realizar las prácticas, con la remuneración de un pequeño salario. Otro tipo de cursos podían realizarse en la escuela sin problemas.<sup>501</sup>

Vale la pena mencionar que también había grupos de alfabetización y cursos de inglés, al cual se le comenzaba a considerar fundamental para todo aquel que decidía emprender un oficio turístico. Pero también se impartieron una serie de clases llamadas “orientación social” en las cuales se llevaban a cabo discusiones en torno a los objetivos y finalidades de los sindicatos, cuáles debían ser los deberes de los trabajadores dentro de su organización, la forma en que debían tratarse entre los compañeros de gremio y de clase o la importancia de los valores morales como base para el actuar cotidiano, justo y honesto de los trabajadores. De esta forma, la enseñanza en la Escuela de capacitación no se concretó a cuestiones técnicas o que tuvieran que ver únicamente con el desempeño dentro de los puestos

---

<sup>499</sup> “Reglamento”, p. 5.

<sup>500</sup> “Reglamento”, p. 5.

<sup>501</sup> “La Escuela de capacitación profesional”, pp. 13 y 14.

requeridos por la industria turística, sino que fue más allá al difundir entre sus miembros una idea de grupo, de solidaridad y una serie de principios que debían complementar esa otra parte que se aprendía en las aulas.<sup>502</sup>

Para finales de los años cincuenta, si bien la cuestión de las instalaciones era la misma, las clases en cambio comenzaron a adquirir mayor formalidad tanto al momento de realizar los planes de estudio como en la regularidad y el tiempo en que se impartían. Para esta época contaban con alrededor de 120 alumnos, algunos que ya se encontraban trabajando y sólo perfeccionaban sus conocimientos técnicos y otros de nuevo ingreso que apenas se adentraban en las labores hoteleras y gastronómicas. Cada curso tenía una duración de nueve meses y cuando se encontraban en el séptimo mes del programa los estudiantes entraban a prestar sus servicios en diferentes negocios, generalmente adheridos a la UERHCS. Cuando la Escuela Hotelera cumplía sus primeros cinco años de vida, la de Capacitación entraba a su onceavo año de servicio en busca de la profesionalización y tecnificación de los empleos hoteleros y gastronómicos.<sup>503</sup>

Ante el proceso de institucionalización de la actividad turística y de la educación en México, las exigencias en los procedimientos internos de las instituciones que impartían enseñanza se incrementaron. Para estos años, finales de los cincuenta, la Escuela de capacitación ya tenía un sistema más oficial, con cursos cada vez más especializados, en el cual se aplicaban exámenes a los alumnos y al completar las prácticas se les entregaban sus respectivos diplomas. Los cursos iniciaban en febrero y al llegar el octavo mes se hacía un repaso de todo lo aprendido para presentar las pruebas y graduarse en septiembre. A pesar de ello había algunos alumnos que ingresaban a medio curso pero esto no resultaba problemático ya que podían continuar con las clases y graduarse en el siguiente período de estudios.<sup>504</sup>

Pero no sólo se hicieron cambios en cuestiones burocráticas y administrativas. Conforme el tiempo pasó, el tono combativo de la educación en la Escuela de capacitación de la UERHCS disminuyó notablemente. En su lugar, apareció un discurso de claro sentido nacionalista, en el cual se resaltaba que, además de enseñar la forma correcta de atender a un visitante para hacerle más cómoda y placentera su estancia en un lugar determinado, se debería también enseñar a fomentar el consumo de productos mexicanos. Con ello se buscaba aprovechar al máximo el paso de los turistas por el país pues si se le mantenía con productos importados, una gran parte de los beneficios de la ola turística se desperdiciaría en lugar de sacarle todo el jugo posible a la actividad que representaban. La nueva

---

<sup>502</sup> “Escuela de capacitación”, pp. 5 y 6.

<sup>503</sup> “Ecos de la Escuela de capacitación” 1, p. 9 y “Ecos de la Escuela de capacitación” 2, p. 9.

<sup>504</sup> “Ecos de la Escuela de capacitación” 3, p. 9.

materia que les ayudaría a fomentar esta idea se llamó “México y sus productos”, que tendría influencia directa o indirecta sobre las demás materias y con la cual “lograremos mejores mexicanos y sirviendo al turismo serviremos a México”.<sup>505</sup>

Otra transformación que se observó al cambiar la década fue el incremento en la demanda de espacio en la escuela. Por ello se tomaron algunas decisiones de importancia. Por un lado, se restringió la entrada de estudiantes a la institución. Ya sólo podían acudir a la escuela miembros de la UERHCS y no trabajadores sin filiación o pertenecientes a otra central obrera. Debido a lo anterior, la siguiente decisión fue buscar una manera más eficiente de lograr una enseñanza completa pero optimizando los tiempos y dando cabida a más estudiantes. Por ello, el Consejo directivo de la Unión entabló correspondencia con organismos sindicales y docentes de diversas partes del mundo. De esta comunicación se obtuvieron datos sobre sistemas, procedimientos y algunas ideas para tratar de establecer en México una institución de capacitación gastronómica y hotelera con mayor calidad y con la capacidad suficiente para aceptar a los estudiantes que fueran necesarios para proveer de trabajadores a la actividad turística.<sup>506</sup>

La información llegó desde muchos lugares del mundo: Londres, Inglaterra, con el Instituto Hotelero y la Escuela Hotelera de Westminster; de Francia, con Escuela Hotelera Jean Drouant; no podía faltar la Escuela Hotelera de Lausana, Suiza; la Escuela Hotelera de Nápoles, en Italia entre algunas otras, pues la idea era “adoptar métodos de más fácil resolución y rápido aprendizaje del alumnado, pues esto traerá como consecuencia la solicitud de nuestros trabajadores por las nuevas empresas [...]”<sup>507</sup>

Aunque la demanda de espacios para capacitarse en la Escuela de la UERHCS parecía haber aumentado, lo que se incrementó fue la competencia laboral, ya fuera de trabajadores que hubieran estudiado o lo que continuaban siendo “improvisados”. En el caso de la Escuela de capacitación, resultó un poco más notorio pues hubo un momento en que los trabajadores egresados de sus cursos no conseguían trabajo fácilmente en las negociaciones hoteleras y restauranteras, eran rechazados por los patrones y las empresas que solicitaban empleados, lo que también se pudo deber a la tradición

---

<sup>505</sup> “Carta al nuevo director de turismo”, p. 9. Aparentemente, los programas de estudio de esta escuela también tenían que ser aprobados por el Departamento de Turismo de la secretaría de gobernación. La injerencia de las instancias oficiales en la educación turística se introdujo también a la UERHCS entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Es probable a que esto también fuera consecuencia de que el Departamento de turismo comenzó a aportar cantidades importantes para el desarrollo y mantenimiento de la escuela.

<sup>506</sup> “¡Preparémonos!” , p. 3 y “Una ventana al mundo”, p. 7.

<sup>507</sup> LARIOS ANGELES, “Nuestra capacitación”, p. 23.

combativa que ostentaba la Unión a pesar de que para esas alturas ese discurso ya se encontraba muy matizado.<sup>508</sup>

A pesar de ello, se continuó fomentando la importancia de acudir a los cursos para mejorar sus habilidades y aunque las fuentes no lo mencionan de manera explícita, las recomendaciones de las escuelas extranjeras ayudaron a reorganizar la escuela, a “modernizarla” con nuevos equipos y nuevas herramientas de aprendizaje —como proyección de películas sobre temas turísticos—. Lo mejor de todo era que las clases continuaban siendo gratuitas y así, a mediados de los años sesenta, se renovaron fuerzas para continuar con la labor docente, por lo que se anunciaba que “las clases serán dadas por compañeros capitanes de comedor, por jefes administrativos de los mejores hoteles y restaurantes de esta capital, por dependiente de comedor, por compañeros jefes de cantinas, las clases de hotelería serán impartidas por las amas de llaves y administradores.”<sup>509</sup>

Dos problemas se presentaron en estos momentos: por un lado, la necesidad de buscar un nuevo edificio en dónde poder alojar la escuela, pues continuaba instalada en el segundo piso del edificio sindical y con las novedades implementadas en el sistema de enseñanza el lugar les quedaba cada vez más pequeño. Por otro, aunque la cuestión se había discutido desde los primeros años en que la escuela se abrió, al igual que sucedió en el caso de la Escuela Hotelera, fue en estos momentos cuando se pudo ver como algo más viable, llevar este tipo de educación a otras ciudades en el interior de la República.

Desde mediados de los años cuarenta, en su carácter de sección uno del sindicato de empleados del ramo, la UERHCSDF hizo un llamado a las demás secciones, desde Sonora hasta Yucatán, para que siguieran su ejemplo y organizaran una escuela similar a la instalada en la ciudad de México. Incluso en una ponencia presentada ante la Convención de hoteleros de 1946 se solicitaba la instalación de una escuela de capacitación “en cada ciudad donde la industria hotelera adquiere importancia”. El llamado se hacía no sólo hacia los sindicatos, sino hacia los empresarios hoteleros y a las autoridades gubernamentales locales para que contribuyeran con la instalación y el mantenimiento de los centros de enseñanza.<sup>510</sup>

Pero fue casi veinte años después que la idea se concretó y se comenzaron a instalar otras escuelas en diversas ciudades a petición de los propios trabajadores organizados en ellas. Sucedió lo mismo que en los primeros años de la Escuela de capacitación: al principio sólo se organizaban cursos más o menos cortos, conferencias y seminarios en las distintas localidades, sobre todo en el norte de México como Gómez Palacio, en Durango o Tijuana, Baja California. No sabemos con exactitud si la

<sup>508</sup> LARIOS ANGELES, “Nuestra capacitación”, p. 23.

<sup>509</sup> MARTÍNEZ GÁRATE, “Escuela de capacitación”, p. 17.

<sup>510</sup> DELEANIDES, “Informe”, p. 22 y “Ponencia”, p. 15.

medida fue tomada en otras ciudades pues para estas alturas ya había muchas más opciones de educación en el área turística, pero el interés por llevar la capacitación a los estados se encontró presente también en esta organización sindical.<sup>511</sup>

Dejamos a nuestra central obrera planeando la construcción de su nueva sede, un lugar que les proporcionaría el espacio suficiente para realizar todas sus actividades sin problemas. Los llamados en busca de financiamiento recorrieron a todos aquellos interesados en las actividades turísticas y claro está a los propios miembros de la UERHCSDF pues ellos eran los principales interesados en tener un lugar “con todas las comodidades de una escuela profesional”. Lo consideraban un paso histórico y la consumación de 50 años de lucha sindical, el nuevo edificio significaría progreso y buen entendimiento para todos los agremiados de Donceles 28.<sup>512</sup>

Este último momento nos sirve también para reflexionar en torno a la manera en que se financió la escuela pues desde el inicio, ésta pudo sostenerse gracias a las cuotas que aportaban los miembros de la organización sindical. A pesar de que desde aquellas primeras pláticas se solicitó el apoyo, de diversos sectores, el más solicitado fue el de los propios empresarios hoteleros. Los trabajadores acudían a las convenciones de hoteleros a plantear a través de sus ponencias la necesidad de un centro de enseñanza para los trabajadores de hoteles, restaurantes y, en general, de la actividad turística. Pero como vimos con anterioridad, los empresarios o no quisieron escuchar, o decidieron mejor embarcarse solos en la búsqueda de una institución de enseñanza propia, sin los peligros que representaba abrirles las puertas de sus establecimientos a trabajadores educados con bases de activismo social y sindical.

Los llamados de auxilio también cayeron sobre las autoridades locales y federales. Peticiones incluso al propio presidente de la república<sup>513</sup> para que hiciera donaciones y a los gobiernos de los estados, sin embargo y como sucedió con la Escuela Hotelera, las instancias oficiales se hicieron presentes cuando la emergencia había pasado o más bien, cuando las instituciones encargadas de la actividad turística se habían fortalecido, organizado y ampliado sus campos de injerencia incluso hacia las cuestiones educativas. Con su llegada, también se adquirieron más recursos, sin embargo, los miembros de la Unión nunca dejaron de aportar un porcentaje mayoritario para mantener su escuela.

A pesar de todo ello el nuevo edificio fue inaugurado en noviembre de 1970, construido —según una nota periodística— gracias a los esfuerzos de la UERHCSDF, del Instituto Mexicano del Seguro Social y de la iniciativa privada. Recibiría a aproximadamente 750 trabajadores por año, pues

<sup>511</sup> “La federación gastronómica”, p. 7 y “El interés por la capacitación”.

<sup>512</sup> MARTÍNEZ, “Escuela de capacitación”, pp. 16 y 17.

<sup>513</sup> Los trabajadores se quejaron de que los pocos recursos que salieron del presidente para la instalación de la escuela quedaron en manos de “funcionarios de ideas patronistas”, quienes beneficiaron con ellos a elementos que no eran la representación genuina de su gremio y que por lo tanto, se hubieran perdido. “Resoluciones”, pp. 21-28.

para aquel momento se estimaba que había alrededor de 350 mil trabajadores en el ramo del turismo, lo que hacía vital su preparación. Para rematar, en lo que parecería una triste broma del destino y como si todo el pasado de lucha y tradición sindical hubiera desaparecido, el secretario general del sindicato — en aquel momento Alberto Juárez Blancas—, anunció que el plantel llevaría el nombre de Licenciado Miguel Alemán Valdés “en reconocimiento a la ayuda que los trabajadores del sindicato han recibido del expresidente de México” Los tiempos habían cambiado.<sup>514</sup>

Para quitar el sabor agridulce, podemos señalar que resultó interesante la forma en que se trató de construir un discurso de unidad entre los trabajadores haciéndoles patentes sus especificidades como prestadores de servicios turísticos. Por un lado, se relacionaban con toda la sociedad, esto hacía que tuvieran que dominar el arte de la paciencia, ser atentos pero a la vez prudentes a la hora de servir. Era una vocación científica y humana, pues como los hombres de ciencia que procuraban mejorar día con día a través de estudio y la investigación, los servidores turísticos debían igualmente superarse pero sin dejar de lado aquella parte cálida y amistosa que necesitaban para hacer sentir a los clientes cómodos y atendidos. Para ellos, en definitiva, la profesión del prestador de servicios turísticos más que un oficio, era un arte.<sup>515</sup>

---

<sup>514</sup> “Capacitación de personal para hoteles”, *Excélsior*, (25 nov. 1970)

<sup>515</sup> SERRA GENER, “Año nuevo, vida nueva”, p. 5.



Reunión privada en la suite presidencial del Hotel del Prado con Adolfo López Mateos. (*fb/Hotel del Prado México Df (1948-1985) Oficial*)



Salón Versailles del Hotel del Prado, años sesenta. (*fb/Hotel del Prado México Df (1948-1985) Oficial*)



## Capítulo 6. Habitar el hotel

Una de las cuestiones más importantes —pero a la vez más difíciles de recuperar—, referentes a la historia de la hotelería en la ciudad de México, es la relativa a los huéspedes y su vida dentro de los establecimientos de hospedaje moderno. La falta de documentación detallada, de los libros en que se registraba a los usuarios, la dispersión de las fuentes y la compleja ubicación de los testimonios de usuarios durante nuestro período de estudio, complican la reconstrucción de las experiencias personales de quienes emplearon estos sitios no sólo como hospedaje, sino como lugares de reunión, de festejo y de trabajo.

A pesar de ello, existen algunas maneras de acercarnos a este aspecto de la estructura hotelera y sin la que definitivamente esta actividad no se hubiera podido desarrollar. Los usuarios fueron quienes completaron el círculo iniciado con las medidas gubernamentales plasmadas en papel. Sin huéspedes, no hay vida en el hotel. Ellos lo mantienen económicamente, lo promocionan, le dan categoría, lo convierten en una empresa exitosa o lo hunden en las listas de negocios fallidos. Los hoteles modernos del México de mediados del siglo XX recibieron en sus habitaciones, restaurantes y salones a un sinnúmero de personajes que representaron también a la élite política, económica y cultural del país.

Resultó relativamente más fácil acceder a la historia de estos individuos, conocidos por sus logros en el deporte, en el mundo del espectáculo, en las artes o en los círculos oficiales y gubernamentales, pero no hay que olvidar que —sobre todo en los primeros años de funcionamiento— también se alojaron personas que estaban de vacaciones en la ciudad con su familia; hombres de negocios que venían a promocionar productos, cerrar tratos para sus empresas o abastecerse de mercancías; estudiantes extranjeros o nacionales que decidían tomar cursos de verano en la ciudad de México y que llegaba de avanzada para planear su posible futuro profesional en la capital.

En este capítulo nos acercaremos a la diversidad de huéspedes que pasaron por los hoteles modernos de la ciudad de México. Nos aproximaremos a los distintos usos de que fue objeto el hotel al servir como refugio a algunos, centro de operaciones a otros, como escenario de reuniones políticas y sociales, como salas de prensa, centros de convenciones y otros, que convirtieron a los sitios de hospedaje en lugares importantes para la vida citadina mexicana durante el siglo XX. Los relatos y testimonios reunidos en esta parte nos muestran una variada gama de prácticas, personales, institucionales y sociales llevadas a cabo de manera regulares durante el período estudiado y que le dieron al hotel la riqueza de ser un escenario múltiple y abierto diversas manifestaciones.

Comenzamos con una revisión rápida de las condiciones y medios que propiciaron la llegada de turistas, sobre todo norteamericanos al país y también nos detenemos en la problemática de las tarifas hoteleras, para después entrar de lleno al tema que nos ocupa en este último capítulo. A diferencia de otros, éste se encuentra dividido en apartados por hotel, con lo cual nos adentraremos un poco a la vida cotidiana de estos establecimientos y de los huéspedes que albergó cada sitio. Nos daremos cuenta de su actividad, del porqué se convirtieron en sitios importante para la vida de la ciudad y la manera en que funcionaron como un escaparate de la nuevas prácticas de una sociedad que aspiraba a ser moderna.

### **1. Let's visit Mexico!**

Fue durante la segunda mitad de los años veinte y la primera de los treinta cuando se conjugaron las condiciones necesarias para atraer al turista norteamericano hacia México, el nuevo país surgido de la Revolución, acontecimiento que había terminado con las viejas costumbres, las tradiciones bárbaras y de violencia, para instaurar un régimen moderno, de equidad y tranquilidad para sus habitantes y todo aquel que lo visitara. Por lo menos esta fue la versión que se manejó durante aquellos años con el propósito de promocionar e incentivar los viajes de norteamericanos hacia el sur de su frontera.

Esta oleada de turistas permitió que para finales de los años treinta los nuevos hoteles “modernos” contaran con público suficiente para seguir funcionando e incluso se crearan más en años posteriores. Entre los factores más importantes que contribuyeron a generar este interés del norteamericano “común” por México, podemos mencionar la reanudación de las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos en 1923; la implementación de un programa oficial de construcción de carreteras, que se inició alrededor de 1925; el crecimiento de la industria automotriz en Estados Unidos y la coincidencia con los llamados “locos años veinte”, época de un gran optimismo en la modernidad y todo lo que ello implicaba: exaltación tecnológica, nuevas prácticas de consumo y una nueva cultura de viaje; además de la proliferación de escritores, periodistas, antropólogos y otros estudiosos interesados en la cultura mexicana que redactaron no sólo textos académicos, sino una gran variedad de guías turísticas y escritos de difusión para que el norteamericano promedio se atreviera a cruzar la frontera.

Según el historiador Ricardo Pérez Montfort, fue precisamente en la primera mitad de los años veinte, muy poco después de restablecidas las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y México en 1923, cuando el territorio mexicano se puso prácticamente al servicio de lo que podría considerarse “un paraíso de aventuras y exotismo para el visitante promedio estadounidense, es decir, para el turista

consumidor.” Este afán por atraer al consumidor estadounidense, no sólo se percibió en las publicaciones apoyadas por el gobierno mexicanos destinadas al público mayoritario de los Estados Unidos. Muchos intereses se “acomodaron” cuando se restablecieron las relaciones diplomáticas y en la ciudad de México, muy poco después de firmadas las actas de reconocimiento mutuo, los llamados a explotar los vínculos comerciales y culturales mexicano-estadounidenses no tardaron en reaparecer. Revistas, agencias noticiosas y promotoras cinematográficas establecieron sus sucursales en la capital mexicana.<sup>516</sup>

La publicidad emitida por los organismos gubernamentales que apenas se empezaban a organizar para promover la actividad turística, resaltó una visión en extremo positiva del país que fue apoyada por algunos medios norteamericanos como el cinematográfico, desde donde salieron cápsulas documentales que se emitían antes de presentar las películas estelares en los cines del vecino del norte. La idea de un país con historia centenaria, con lazos amistosos fuertes con los Estados Unidos y con una capital grandes “monumentos” como el ángel de la independencia, el dedicado a la Revolución, el Palacio de Bellas Artes, el Castillo de Chapultepec, entre otros, sería similar a la que también se propagaría en las guías turísticas escritas por los propios norteamericanos para invitar a sus compatriotas a explorar tierras mexicanas, como veremos un poco más adelante. El lugar de la ciudad de México como centro cultural, político y social del país es destacable también en ambos casos.<sup>517</sup>

Otro elemento fundamental para atraer al turista norteamericano fue sin duda la construcción de una red de caminos carreteros que comunicaran, primero al país entre sí y después, con los Estados Unidos y otros países del continente. En 1925, el presidente Plutarco Elías Calles estableció la Comisión Nacional de Caminos, el primer intento formal de edificar una red adecuada de vías para automóviles. Dentro del programa que lo acompañaba, figuraban como objetivos primordiales renovar la economía, forjar un mercado más unificado, consolidar la hegemonía estatal y crear una identidad nacional, lo cual se conjugó con el deseo de atraer turistas norteamericanos al centro y sur de México. La idea de construir una carretera Panamericana no tardaría en aparecer.<sup>518</sup>

Aunque las pláticas comenzaron y se mantuvieron durante los años veinte y principios de los treinta, México logró construir el tramo que le correspondía, la famosa y anhelada carretera México-

<sup>516</sup> PÉREZ MONTFORT, “Down Mexico way”, pp. 277 y 278.

<sup>517</sup>, “The modern Mexico city”, s/p. Aunque esta cápsula documental es de 1942, la visión sobre la ciudad y el llamado al turismo es similar a la de años anteriores y tampoco cambiaría mucho con el pasar de las décadas. La cápsula, narrada por James A. Fitzpatrick, se despide con un “Adiós to modern and beautiful Mexico City”.

<sup>518</sup> “En 1923, durante la primera Conferencia de Estados Americanos en Santiago de Chile, las industrias automotriz y de construcción estadounidenses propusieron construir una red de carreteras para conectar a todas las principales ciudades del hemisferio. Un año después, ingenieros de la región llegaron a Washington, D.C. para estudiar la propuesta y durante los congresos interamericanos del resto de la década (Buenos Aires, 1925, La Habana, 1928, y Río de Janeiro, 1929) los participantes hicieron arreglos para la construcción de la carretera”. FREEMAN, “El automóvil”, p. 87.

Nuevo Laredo, e inaugurarla en 1936, durante la presidencia del General Lázaro Cárdenas. Considerado como “uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia del turismo internacional, en las relaciones de los Estados Unidos y México y en el porvenir de las comunicaciones terrestres”, la nueva carretera parecía ser la puerta dorada al turismo estadounidense que llegaría en sendos automóviles particulares y atravesarían el agreste terreno que había sido dominado al fin por ingenieros y constructores mexicanos.<sup>519</sup>

Desde el punto de vista turístico se consideró que la carretera era “el primer paso efectivo y realmente firme que da nuestro país para abrir las puertas de sus riquezas a la vista de los turistas por excelencia: los norteamericanos.” De esta manera, el discurso sobre la riqueza turística de México comenzó a acentuarse a partir de la apertura de la carretera: “México no solamente les ofrecerá uno de los acervos más notables (ruinas milenarias, maravillas arqueológicas, incomparables monumentos coloniales, la mayor variedad de paisajes, de climas, de costumbres), sino que, además se los brindará con esa suave hospitalidad mexicana y, lo que es mejor, con una moneda que se multiplica agradablemente al cambiarla por los dólares de nuestros huéspedes. El porvenir turístico de México por obra de la carretera, es pues, prometedor y de larga vida.”<sup>520</sup>

Fue el 1º de julio de 1936, cuando se inauguraron formalmente los 1,225 kilómetros que constituían la carretera México-Nuevo Laredo, pero diversos tramos de la misma estaban operantes desde años atrás. Además, durante el largo período de espera para concluir la esperada carretera, fueron puestas en operación y totalmente pavimentadas otras carreteras en territorio mexicano. Destacan la México-Puebla, inaugurada en noviembre de 1926, la México-Acapulco, en 1931, la Monterrey-Salttillo, en agosto de 1935 y algunas otras, lo cual permitió que el turismo nacional y extranjero visitara otros lugares además de los ubicados a lo largo de la llamada Carretera Nacional.<sup>521</sup>

Aunque durante esta época también se comenzaban a promocionar con mayor regularidad los viajes en avión y el uso del ferrocarril continuaba, se dio extrema importancia al fomento del mercado automotriz en el país, que ya desde los primeros años del siglo xx había comenzado su ingreso y expansión con la ayuda del gobierno de los Estados Unidos, que vio en México un buen lugar para hacer negocios con esta nueva modalidad de transporte: los automóviles particulares. Para 1910, la capital de la república contaba con alrededor de dos mil automóviles, pero el estallido de la Revolución

---

<sup>519</sup> “Editorial” 6, p. 7.

<sup>520</sup> “Editorial” 6, p. 7

<sup>521</sup> RAMÍREZ LOZANO, “Carretera Nacional”, s/p.

dificultó continuar con la venta de nuevas marcas y por ello fue hasta principios de los años veinte que se retomó la idea de ingresar automóviles norteamericanos al país para venta o tránsito temporal.<sup>522</sup>

De esta manera, la confluencia del interés por el uso del automóvil con el de la construcción de carreteras y nuevos caminos para transitar el país llevó al surgimiento de un tercer elemento fundamental para aumentar el ingreso de turistas norteamericanos a México: la publicación de guías turísticas y de viaje por carretera elaborados sobre todo por los propios visitantes extranjeros, que propagaron el interés por conocer el territorio y cultura mexicana entre sus compatriotas. Se desarrolló un período de profunda fascinación por México en el cual artistas, intelectuales, periodistas y público en general se trasladó al país y describió sus experiencias en publicaciones de muy diverso tipo. También existieron quienes llegaron con el propósito específico de escribir las guías que ayudarían a transitar al turista a través del exótico vecino sureño.

Así, durante el tránsito de los años veinte a los treinta, los viajeros contaban con al menos un par de guías de visita sobre la ciudad de México y parte del territorio nacional tanto en inglés como en español. Una de las primeras guías publicadas en México, lamentaba que sólo existiera una guía regularmente documentada la cual, aunque resultara penoso mencionarlo, estaba elaborada por un “caballero norteamericano” y escrita en inglés. Ignacio Muñoz, autor de la *Guía completa de la ciudad y valle de México*, publicada en 1927, se refería a la internacionalmente conocida *Terry's Mexico. Handbook for travellers*, escrita por Philip. T. Terry y publicada en 1909. Nuevas ediciones de esta guía aparecerían sólo con el nombre de *Terry's guide to Mexico* en 1922, 1927, 1935, 1938 y 1947.<sup>523</sup>

Las “famosas y modernas” guías de Terry, que aparecieron desde principios del siglo XX, se vendían exitosamente en Estados Unidos y en la ciudad de México y según Pérez Montfort “eran [...] una referencia fundamental entre los libros de viajes para estadounidenses que pretendían adentrarse en tierras mexicanas”.<sup>524</sup> Dato interesante resulta que nunca se hubiera hecho una traducción al español, por lo que podría afirmarse que fue el primer libro de viajes que promovió y difundió México como un destino turístico importante exclusivamente para el público anglosajón. Sin embargo, fue hasta la primera mitad de los años treinta, cuando ya había más carreteras en funcionamiento, que los viajeros empezaron a trasladarse hacia y por el país, creando a su vez nuevos testimonios y guías para quienes siguieran sus pasos.

Dos personas que resultaron fundamentales para atraer al turismo del vecino país del norte hacia el nuestro fueron, casualmente, mujeres de origen norteamericano, que a través de distinto tipo de

<sup>522</sup> FREEMAN, “El automóvil”, pp. 82, 85, 87.

<sup>523</sup> PÉREZ MONTFORT, “Down Mexico way”, p. 283 y NORMAN, *Terry's guide*.

<sup>524</sup> PÉREZ MONTFORT, “Down Mexico way”, p. 283.

publicaciones, a veces de estilo académico y a veces con marcado énfasis turístico, decidieron invitar a sus compatriotas a emprender la aventura mexicana. Anita Brenner, considerada una de las promotoras más importantes de la cultura mexicana en el exterior, además de escribir libros como *The wind that swept Mexico: the history of the Mexican Revolution*, para explicar los cambios llevados a cabo en el país tras la gesta revolucionaria, o *Idols behind altars*, en el cual considera a la Revolución mexicana no sólo un movimiento estrictamente social o político, sino un fenómeno cultural, también escribió *Your mexican holiday: A modern guide*, en 1932, para proporcionar a sus lectores información sobre el estado de los caminos en la república y los lugares que podían atraerlos para pasar sus vacaciones en México. El libro contaba con mapas elaborados por el pintor Carlos Mérida y al parecer fue una obra que escribió por encargo, a pesar de ello, las vivencias en primera persona y las apreciaciones históricas resultaron destacables y fue uno de los primeros esfuerzos por atraer al público norteamericano no sólo a la historia y cultura mexicana, sino también hacia sus carreteras y atractivos turísticos.<sup>525</sup>

Tiempo después, otra norteamericana incursionaría en la escritura de una guía para automovilistas, sin imaginar que se convertiría en una figura emblemática para la promoción de “lo mexicano” en Estados Unidos: Frances Toor. Llegó en 1922 atraída por los cursos de verano impartidos por la Universidad Nacional, en donde se incluían visitas guiadas a vestigios arqueológicos, selvas y a distintos pueblos del país. Lo que pretendía ser una visita temporal se convirtió en una estancia de más de veinte años en México. A finales de los años veinte, después de haber sido maestra de inglés, trabajado para el Departamento de Antropología de la SEP, acercado a especialistas como Manuel Gamio o Pablo González Casanova, logró que en 1925 saliera a la luz la revista *Mexican Folkways*, publicación bilingüe que sin duda fue uno de los medios más importantes para generar interés por México en el territorio norteamericano.<sup>526</sup>

Toor escribió el conocido libro *A treasury of Mexican folkways*, en 1947, gracias al estudio y bagaje adquirido durante su estancia en México y los viajes realizados durante aquellos años al interior del país, pero en 1938, publicó también una guía: *Frances Toor's Motorist guide to Mexico*. Sin duda, sus experiencias en carretera y estancia en los pueblos y comunidades que estudió, no sólo fue

---

<sup>525</sup> Annita Brenner es una figura importante identificada con lo que se ha dado por llamar “Renacimiento Mexicano”, es decir, la revaloración de la historia, del arte y de la cultura mexicana que se llevó a cabo tras el movimiento armado de 1910. Aunque nació en Aguascalientes, en 1905, provenía de una familia norteamericana y pasó parte de su vida en San Antonio Texas después de dejar México a causa de la Revolución. Parte de sus estudios los hizo en la ciudad de México pero se graduó como antropóloga por la Universidad de Columbia, en Nueva York, en 1929. Falleció camino a la ciudad de México en un accidente carretero en 1974. *The wind that swept Mexico*, fue publicado por primera vez en 1943 y *Idols behind altars* en 1929. Puede decirse que su vida transcurrió en ambos lados de la frontera. SAN JOSÉ, “Ídolos tras los altares”, pp. 69, 74, 77. BRENNER, *Your Mexican holiday*.

<sup>526</sup> LÓPEZ TORRES, “El “Renacimiento Cultural””, pp. 121 y 131 y NOVO, *La vida en México [...] Adolfo Ruiz Corines III*, p. 140.

importante desde el punto de vista académico, sino también para que comunicara su experiencia a quienes quisieran acercarse física y culturalmente al país. Los estudiosos de la figura y propuesta de Toor, consideran que sus publicaciones fomentaron de manera importante el turismo en una época de euforia posrevolucionaria. La autora se contagió de ese entusiasmo y optimismo y trató que los de fuera vinieran a observar las novedades que ofrecía México, además de que logró captar la atención de un público foráneo que pertenecía a los círculos intelectual y académico. La valía de sus estudios desde el punto de vista turístico, no sólo radicó en dar a conocer los atractivos del país, sino promover la importancia de adentrarse también en las actividades, costumbres y tradiciones de su gente.<sup>527</sup>

Aparentemente fue en la segunda mitad de los años treinta y primera de los cuarenta en que aumentó significativamente la publicación de guías turísticas para automovilistas. Sólo en 1936 aparecieron *Guide to Mexico for the motorist*, de William Berlin Goolsby, *Power's guide to Mexico*, publicado por el Pan American Tourist Bureau y *Motorist's guide to Mexico* de Michael y Virginia Scully. Al año siguiente, en 1937 apareció *The Royal Road to Mexico*, de Charles Smithson Pellowe, en 1938 la de Toor que ya comentamos, y en 1940 *Byways to Mexico* Mary Ann Van Ness. Cabe destacar que todas estas publicaciones fueron producidas por norteamericanos para sus compatriotas y que aparentemente generaron —junto con otros tipos de publicidad y la inauguración de la carretera México-Nuevo Laredo—, un aumento en el número de visitantes norteamericanos. El estudio del Banco de México, señala que en 1934 había sido de 68,949 turistas extranjeros, de los cuales, el 58.2 por ciento había llegado en automóvil. Para 1939 el número aumentó a 139,010 turistas y de ellos, el 86.1 por ciento usaron este medio de transporte. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el turismo norteamericano en México era dominado por el uso de automóviles.<sup>528</sup>

Las guías para automovilistas dieron paso a guías turísticas de carácter más general que ya no sólo contemplaban a los coches como medio de transporte para trasladarse a México, pero sin duda, éste siguió siendo, la elección preferida de muchos visitantes. En general el tipo de guías turísticas sobre México que se consumían en Estados Unidos seguían un patrón más o menos similar. Solían empezar con una reseña histórica que contemplaba los períodos más destacados de ella (prehispánico, colonial, independiente y moderno), después se hablaba de las formas de acceder al país, la documentación necesaria, los servicios turísticos, etc., para continuar luego con la descripción de la ciudad de México y algunos puntos de la república mexicana a los que valía la pena trasladarse.

<sup>527</sup> FREEMAN, “El automóvil”, p.89; LÓPEZ TORRES, “El “Renacimiento Cultural””, pp. 121-122, 127, 131 y 152; TOOR, *Frances Toor's motorist guide*.

<sup>528</sup> FREEMAN, “El automóvil”, pp. 89-90 y BANCO DE MÉXICO, *El turismo norteamericano*, pp. 42-45.

Muchas de estas guías o libros de viaje incluían mapas e ilustraciones que pretendían ayudar al lector a identificar con más facilidad las zonas visitadas. Generalmente se relacionó los atuendos, los bailes o algún objeto artesanal con los sitios en que eran elaborados y según Pérez Montfort, poco a poco, en la medida en que se fueron sofisticando los medios impresos “este tipo de señalización se convirtió en un lugar común que iría determinando mucha de la respuesta lugareña a la demanda del turismo.” Este autor también menciona que no todos los turistas ni todos los visitantes cayeron en las trampas estereotípicas de quienes descubrieron los beneficios de vender una “imagen mexicana”. Muchos se encargaron de visitar y tratar de entender los muchos Méxicos que claramente contradecían al afán simplificador y simplificante.<sup>529</sup>

La mayoría de estos visitantes y observadores que dejaron sus testimonios en guías, se dedicaron a alabar a los regímenes posrevolucionarios y a exaltar el estado de calma y estabilidad tras el movimiento armado. Para Alice y Leone Moats, autores de *Off to Mexico*, éste ya no era un país en el que imperara la violencia, por lo tanto, aquel que quisiera, podía cruzar la frontera con fines turísticos, académicos, empresariales, o cualquier otro. Ya no había peligro. A pesar de lo que se acostumbraba creer, el clima de México era maravilloso, la comida excelente —los habitantes no sólo se alimentaban de chile con carne y *hot* tamales— y los mexicanos eran “personas con encanto y dignidad”.<sup>530</sup>

Otro aspecto que se destaca en ellas y que llegó al público norteamericano es la calidad de la ciudad de México como centro económico, político, industrial y cultural del país. La mayoría de las guías consultadas contaban con un capítulo específico para describir la capital, sus monumentos, arquitectura y diversiones diurnas y nocturnas. Como vimos en el primer capítulo de esta tesis, no sólo sus habitantes, también los visitantes extranjeros la consideran una ciudad de contrastes: edificios coloniales con murales “ultra-modernos”, anafres y comales cerca de tiendas que rivalizaban con las de la Quinta Avenida en Nueva York. La ciudad “antigua”, de “viejas tradiciones” chocaba con las costumbres del siglo XX. Según este observador “en ningún lugar de América se evidencia más el impacto de una “civilización” sobre otra que en la ciudad de México. En ningún lugar se observa la interacción de dos grandes culturas, la antigua una y la moderna otra”.<sup>531</sup>

<sup>529</sup> PÉREZ MONTFORT, “Down Mexico way”, pp. 293, 297-298.

<sup>530</sup> Esta guía de años tempranos, se encuentra dedicada al general Abelardo L. Rodríguez, al general Plutarco Elías Calles y al ingeniero Alberto J. Pani, secretario de hacienda en aquel momento, “quienes, valorando las bellezas de su país y abanderando los esfuerzos para hacerlo accesible al turismo han dado nuevo impulso al viaje en México.” MOATS, *Off to Mexico*, pp. xiii, xvi, xvii.

<sup>531</sup> BYRON STEEL, *Let's visit*, pp. 146, 150-152.



Pero parte fundamental de las guías, además de la información al público acerca de la historia y costumbres en nuestro país, eran los servicios y atracciones turísticas con las que contaba. El público norteamericano, por más que le hablaran de la riqueza natural e histórica de México, no viajaría si no se sentía segura al saber que contaba con hospedaje y comida adecuada, que había servicios suficientes por si se presentaba alguna emergencia, buenos transportes o personal capacitado que los acompañara a lo largo de su estancia, que les mostrara la ciudad u otros puntos atractivos de la república. Por ello, la parte dedicada a restaurantes, hoteles, agencias de viaje y demás servicios era esencial en este tipo de libros y en la formación de una idea de los que ofrecía el país al turista.

Con lo que respecta a los servicios hoteleros, la opinión de los visitantes norteamericanos a través de las guías, resulta bastante ilustrativa de la forma en que se percibió el crecimiento y cambio de la actividad en el país, nos proporcionan datos que no siempre aparecían en la información nacional y además nos muestran que el público norteamericano interesado en viajar a México no era sólo una élite que se hospedaba en hoteles de lujo, sino individuos de muy variada condición que lo mismo podían hospedarse en un sitio de buena calidad, que en pequeñas casas de huéspedes o en alojamientos más modestos.

Por lo mismo, los autores primero hablan de las diferentes “categorías” y precios en los hoteles, sobre todo en la ciudad de México, y hay quien se sorprende del cambio en el hospedaje del país pues había grandes hoteles comparables con los más finos del mundo aunque eran diferentes en diseño y apariencia a los de Estados Unidos. También se comenta que las viejas hosterías habían sido remodeladas con las ventajas modernas.<sup>532</sup> Pero generalmente, admiten la confusión que existía en las tarifas hoteleras. Muchos señalan que los precios eran cambiantes, que no podían garantizar que los que publicaran en ese momento, fueran los mismos que cuando se realizara el viaje. Algunos también indican que la falta de conocimiento en el manejo de estos lugares, unido a la excesiva confianza de los turistas norteamericanos, provocaba que no se “jugara limpio”: a veces los precios no correspondían con el tipo de atención y servicios que se esperaban. Los únicos hoteles que se salvaban de este tipo de confusiones eran los considerados “de lujo” en donde se obtenía el mismo o incluso “mayor refinamiento” que en hoteles europeos o americanos.<sup>533</sup>

Como dijimos líneas arriba, las guías se dirigían a un público general que lo mismo podía incluir a personas de élite con dinero suficiente para viajar e instalarse en hoteles de lujo, que a turistas o jóvenes con recursos más limitados que necesitaban otro tipo de hospedaje. Por ello en éstas se da importancia a lo que se conoce como “categorías” hoteleras. Durante la época estudiada, la

<sup>532</sup> BYRON STEEL, *Let's visit*, pp. 159 y 161.

<sup>533</sup> HELM, *Journeying*, p. 65 y NORMAN, *Terry's guide*, p. 47.

clasificación por estrellas no se utilizaba para indicar el tipo de hotel que se visitaba. En cambio, se empleaban las típicas que tenían como base los precios para orientar a los lectores y futuros viajeros. Según *The standard guide to Mexico and the Caribbean*, publicada en 1954 indica que en México existían hoteles de lujo, primera, segunda y tercera clase. Al final de la clasificación se encontraban las casas de huéspedes y las pensiones.<sup>534</sup>

Años después, en la *Terry's guide to Mexico* de 1962, aparecen seis tipos diferentes de hospedaje: *De luxe, First Class, Small Inexpensive, Motels, Furnished apartments* y *pensions*. La guía contabilizaba alrededor de 60 buenos hoteles en la ciudad en las categorías de lujo, primera clase y pequeños, pero bonitos y de costo medio. Enlistados conforme a sus categorías, el autor de esta guía proporciona un comentario para cada hotel que presenta. Se detiene particularmente en los lujosos, de primera clase y costo medio. También toma en cuenta los pequeños y económicos pero no se detiene en hacer una descripción detallada como sucede en los casos anteriores.<sup>535</sup>

Según el autor, en los hoteles de precio bajo, no se ofrecían servicios en los que se pudiera confiar: la luz en los cuartos era insuficiente, a veces había agua caliente pero muchas veces no, además de que el equipo de los baños generalmente no funcionaba. También recomendaba que si el visitante se decidía por un hotel de costo medio, era fundamental que pidiera ver la habitación antes de pagarla, que revisara que saliera agua caliente de los grifos; que el excusado funcionara; que la llave cerrara la puerta apropiadamente; que las sábanas estuvieran limpias; que las ventanas tuvieran protecciones contra los mosquitos; y, finalmente, que les cobraran el precio oficial que tuvieran en un sitio visible en la recepción. En la lista general de hoteles, los considerados de lujo y caros eran diez, entre los que se incluían el Alffer, Bamer, Continental Hilton, Del Paseo, Del Prado, Plaza Vista Hermosa, Monte Cassino, Reforma, Emperador Suites y Londres Hotel Residencial. Los precios eran regularmente de entre 130 y 160 pesos por habitación sencilla y de entre 200 y 240 pesos por la doble a principios de los años sesenta.<sup>536</sup>

Las guías también indican la existencia de dos planes en los hoteles: el americano o el europeo. El turista tenía la opción de contratar el americano que incluía hospedaje y alimentación, o el europeo que sólo incluía el alojamiento. El plan americano podía incluir una o más comidas y a la larga resultaba más barato, pero en la ciudad, parte de la diversión era aventurarse en búsqueda de comida y restaurantes. Sin embargo, muchos visitantes temían contraer alguna enfermedad intestinal por comer

---

<sup>534</sup> MARTIN, *Standard*, p. 33.

<sup>535</sup> NORMAN, *Terry's guide*, pp. 47-48.

<sup>536</sup> NORMAN, *Terry's guide*, pp 47-48, 225.

en sitios inapropiados, por lo que era necesario pensar más detenidamente estas opciones y quizá, contratar los servicios de alguna agencia para que les ayudara con la decisión.<sup>537</sup>

En general, el tono de este tipo de publicaciones es más realista que la publicidad emitida por las dependencias gubernamentales y nos muestran matices interesantes de México como un país turístico. Sí bien ya no era un lugar peligroso y violento como solían pensar el común de los norteamericanos, tampoco estaba exento de dificultades. Algunas oficinas en la frontera no trabajaban con eficiencia, los turistas debían cuidarse de timadores que se hacían pasar por guías, tener cuidado con los precios en los sitios de hospedaje y con la comida si no querían sufrir lo que después se conoció como “la venganza de Moctezuma”. Pero estas cuestiones aparecían como mínimas ante lo que el visitante norteamericano encontraría en su vecino del sur: un pasado espléndido, naturaleza, tradición y modernidad unidas en la capital que además, contaba con todas las ventajas tecnológicas, económicas y culturales de una nación pacífica, estable y con un futuro prometedor.

Generalmente los autores justificaban su recomendación de México como un destino turístico relevante en la introducción al principio de su libro. Debían convencer a sus lectores acerca de los beneficios que tenía el hacer un viaje de esa naturaleza a un país que a pesar de ser su vecino, desconocían por completo o del que manejaban una idea errada. *The standard guide to Mexico and the Caribbean* lo explicó así: “Why go there? Simpler to ask: Why not? Mexico’s attractions are many, and extraordinary. Touristically, this is the most exciting country in our part of the world —scenically magnificent, and on the human side “intensely pictorial”, to quote Flandrau.”<sup>538</sup> Los emergentes medios de comunicación masiva como la prensa periódica, la radio y el cine hicieron el resto, contrastando además lo difícil que resultaba visitar los destinos turísticos europeos —primero por la guerra y luego por la reconstrucción— con las ventajas de optar por un sitio seguro y accesible como México. Y así, por motivos de trabajo, estudio o placer, arribaron aquellos que se hospedarían en los hoteles modernos capitalinos.

## 2. El eterno problema de los precios

La publicidad en medios impresos y audiovisuales, los libros y guías para viajeros, los trabajos académicos, las recomendaciones de boca en boca y demás medios que propusieron una imagen de México interesante para el turista atrajo a visitantes que se hospedarían en los modernos hoteles mexicanos. A decir de las guías turísticas, en la capital existían sitios de hospedaje al alcance de todos

---

<sup>537</sup> MARTIN, *Standard*, p. 34.

<sup>538</sup> MARTIN, *Standard*, p. 51.

los bolsillos, sin embargo, siempre tendían a recomendar los hoteles más caros resaltando la relación entre la calidad y el servicio prestado, con el costo de las habitaciones por noche.

Aparentemente los visitantes, fueran extranjeros o no, pagaban sin problema los precios indicados en el establecimiento elegido, pero detrás de ese pago existía una realidad poco conocida y distinta para cada uno: los primeros pensaban que las tarifas eran módicas y accesibles mientras que los segundos, se quejaban de que eran excesivas y no correspondían con los servicios proporcionados por el establecimiento. Encontrar un equilibrio entre ambas posturas fue una tarea prácticamente imposible y privilegiar el turismo estadounidense sobre el nacional fue la constante durante estos años en lo que se refiere a los precios de los hoteles de lujo en la capital.

Pero ese pago no sólo involucró y afectó a quienes debían pagar por su alojamiento. Detrás de las tarifas se encontraba también la pugna entre gobierno y los empresarios hoteleros. El primero, de forma un tanto simplista, consideró que los precios debían permanecer de bajos a accesibles para atraer a una mayor cantidad de turistas. Los empresarios, en cambio, alegaban que el precio debía corresponder al servicio que proporcionaba el hotel, sin importar tanto la cantidad de personas alojadas, como la calidad que el cliente recibía durante su estancia. El hotelero además, debía velar por la calidad de los productos ofrecidos, por el pago justo a sus trabajadores, por el cuidado de su inversión y por el mantenimiento óptimo de su lugar de trabajo. El tema resultó tan complejo que nunca desapareció a lo largo de nuestro período de estudio (1936-1968).

Como vimos en el segundo capítulo de esta tesis, en el apartado dedicado a la relación entre el Estado y los empresarios hoteleros, a pesar de la lucha de la hotelería organizada por fijar los precios que convenían a su negocio, pudo más la presión gubernamental quien en algunos momentos decidió directamente los precios y en otros, aprobó los planteados por los hoteleros. La cuestión se discutió en el seno de la Asociación Mexicana de Hoteles prácticamente desde su fundación y permaneció durante casi todas las convenciones anuales que organizaron entre los años cuarenta y mediados de los cincuenta.

En el fondo, la cuestión no sólo giraba en torno a definir un número apropiado para el público nacional y extranjero, que tranquilizara al gobierno en cuanto a la llegada de divisas foráneas y que al mismo tiempo garantizara a los empresarios la continuación de su negocio. También se trataba de que la hotelería mexicana fuera competitiva frente a otros destinos turísticos que una vez pasado el descontrol por la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas, volvían a estabilizarse y a tratar de reconquistar los mercados perdidos con el conflicto bélico.

También se encontraba en juego la libre competencia entre negocios frente al control que el gobierno ejerció sobre el trabajo de quienes se dedicaron a la hotelería. La posibilidad de establecer negocios con distintos precios se frenó ante la rigidez y estandarización de un servicio que tenía que adecuarse a las tarifas decididas desde arriba, en lugar de ser al contrario, es decir, que los precios correspondieran al servicio que se ofrecía. Se alegó que la intervención estatal en la elección de tarifas sería temporal, nunca se especificó un motivo en particular ni a qué lapso se refería con temporal, lo cierto es que, como vimos en el capítulo mencionado, fueron más de veinte años.

Ante la imposibilidad de ser ellos mismos quienes decidieran el cobro por sus servicios, los empresarios hicieron comparaciones e idearon argumentos con el fin de rebatir la idea de que los precios eran el factor decisivo de la atracción de turismo hacia la ciudad de México:

[...] en Europa y en los países de América que nos disputan ventajosamente el turismo, los hoteles y la comida son muy caros en la actualidad y se cubren a base de dólares, mientras que en México tenemos tarifas reducidas, en pesos mexicanos y a un tipo de cambio muy favorable. No son los precios, por tanto —a los cuales nuestras autoridades han dado atención preferente—, lo que atrae el turismo hacia los países de Europa, o hacia Cuba, o hacia las Bermudas, etc., sino otras causas diversas y particularmente, EL SERVICIO. Es el servicio LO QUE VALE en los hoteles y lo que busca el turismo que en parte importante hemos perdido.<sup>539</sup>

Consideraron que las autoridades debían prestar atención a este factor porque lo que los hoteles necesitaban para atraer a los turistas era servicio y no sólo precios bajos “que no permitan crear un servicio mejor o elevar en categoría” al que se proporcionaba en el país. “Sin servicio no hay hoteles [...] y cualquier precio que se pague en esta forma, aún cuando sea el menor posible, resultará siempre excesivo, caro.”<sup>540</sup>

Cuando los empresarios hoteleros se comenzaban a acostumbrar a la idea de que fuera el gobierno quien aprobara las tarifas para sus negocios, se presentó un problema que trajo de nuevo el tema a la mesa de discusión. La devaluación de 1954, considerada ahora por los especialistas como positiva y el inicio del llamado “milagro mexicano” o “desarrollo estabilizador”, no fue bien recibida por los empresarios hoteleros en aquel año, ya que el peso, que alcanzaba el valor de 8.65 por dólar, llegó a los 12.50 tras la medida planeada desde el Banco de México por Rodrigo Gómez, su director.<sup>541</sup>

El conflicto se agravó debido a que desde hacía alrededor de tres años, las tarifas no se habían movido y para hoteles que trabajaban con el llamado “plan americano”, que incluía alimentos además del hospedaje, la situación era crítica debido a la elevación de los precios de la materia prima para elaborarlos, así como a la necesidad de subir el sueldo de sus trabajadores de acuerdo al aumento del

<sup>539</sup> RUÍZ GALINDO, “Labor desarrollada”, pp. 10 y 11.

<sup>540</sup> RUÍZ GALINDO, “Labor desarrollada”, pp. 10 y 11.

<sup>541</sup> VILLAR, “A medio siglo”, s/p.

porcentaje correspondiente al salario mínimo, que en aquel entonces se encontraba en 0.39 centavos la hora, un aproximado de 8.00 pesos por día.<sup>542</sup>

La situación fue difícil de resolver. Se urdieron estrategias para armonizar los intereses del turista y de los hoteleros, pero generalmente los del visitante extranjero eran los favorecidos: “Que el mayor poder adquisitivo del dólar le permita pagar [al turista] en dólares una suma menor de la que antes cubría por idénticos servicios.” También se acordó que aquellos hoteles que lo necesitaran, incrementaran sus tarifas en un 25 por ciento sobre los precios autorizados “siempre y cuando, al ponerlos en práctica, sigan considerando en vigor los descuentos que habitualmente hacían a su clientela”. Pero además, los hoteleros debían contribuir con un porcentaje permanente para la creación de un “fondo nacional para el fomento del turismo”, destinado a la elaboración de una completa campaña de promoción del turismo mexicano.<sup>543</sup>

Pero allí no acababan las opciones. Para los hoteles que no pudieran acogerse a los beneficio de las resoluciones mencionadas arriba, se planteó el proyecto de hacer una clasificación general de los hoteles del país que permitiera a los establecimientos que así lo decidiera, ser considerados “comerciales y no de turismo”. El beneficio sería un aumento de menor cuantía, pero que guardara relación con el aumento de sus costos. Los problemas volvieron. Según esta iniciativa, los hoteles dedicados al “turismo”, a alojar personas que viajaban por placer, debían cobrar tarifas más altas que aquellos que hospedaran a agentes, periodistas, burócratas y a todas las personas que viajaran por su profesión o actividades habituales. A estas alturas, hacer esta división parecía imposible más si se toma en cuenta que muchos de los visitantes podían ser ambos tipos de cliente.<sup>544</sup>

Varias complicaciones se presentaban en esta propuesta que no se concretó, pero que llamó la atención de empresarios y público en general. Evidentemente la primera era la posibilidad de que los viajeros no utilizaran los hoteles especiales para turistas y usaran sólo los comerciales. ¿Cómo se iba a regular su uso y comprobar que quienes venían por cuestiones laborales no lo hacía también por placer o viceversa? La expedición y comprobación de identificaciones profesionales y demás papeleo parecía excesivo, poco práctico y engorroso para evitar el pago de algunos pesos, sobre todo para los extranjeros que no estaban acostumbrados a los trámites burocráticos nacionales y quienes no sentían la diferencia en su gasto al pasar sus dólares al tipo de cambio del peso.

---

<sup>542</sup> BORTZ, *Salarios*, pp. 272 y 278.

<sup>543</sup> “Devaluación”, p. 12. Más información sobre el tema en el apartado “La relación del empresariado turístico y el Estado” en el capítulo dos de esta tesis.

<sup>544</sup> “Devaluación”, p. 12.

Los empresarios alegaban además, que no podía considerarse en forma estándar a todos los hoteles del país, pues los medios de transporte, el tipo de clientela, la especialidad de los establecimientos y muchas otras circunstancias variaban de un lugar a otro. Por ello resultaba difícil obtener una fórmula de aplicación general adecuada para todos los sitios de hospedaje. Sin poder llegar a un acuerdo inmediato, esta propuesta quedó en espera de ser analizada más a fondo tanto por las autoridades de turismo como por las de la Asociación Mexicana de Hoteles, quienes estudiarían las modalidades de cada región y las peticiones de aumento de precios para llegar a un acuerdo.<sup>545</sup>

Aparentemente el asunto se resolvió mediante un convenio entre la AMH y la Dirección General de Turismo en el que se establecieron las bases para fijar a las tarifas de los hoteles, pequeños aumentos que permitirían resolver parte de las elevaciones registradas en sus costos de explotación. Sin embargo el problema parecía más de fondo, no sólo por la definición de un precio que costara todos los gastos que una empresa hotelera requería para su operación, sino en las percepciones en torno a quiénes eran los clientes más adecuados para este tipo de alojamientos.

Para lograr ser competitivos y estar a la altura de los mejores países en cuanto a hotelería y recepción de viajeros internacionales, el turismo que necesitaba el país era aquel que no regateaba “un peso o un tostón en los precios”, el que no se fijaba en cuánto gastaba, eran todos aquellos hombres de negocios, banqueros, industriales, presidente de compañías de seguros, de empresas ferrocarrileras, etc., todo este sector que no sólo gastaba durante su permanencia en México, sino que ponían atención en los recursos poco explotados del país e invertía en nuevas actividades y nuevos centros laborales a lo largo y ancho de la república. A esos visitantes sólo se les podría atraer con hoteles de primera categoría y un servicio como estaban acostumbrados a recibirlo en los demás países a los que llegaban. Esto implicaba grandes inversiones y gastos y, por lo tanto, cuotas elevadas.<sup>546</sup>

Para 1955— según la lógica de los empresarios, muy diferente a la de las autoridades turísticas—, a los norteamericanos les resultaba una bagatela pagar en los principales hoteles del país 75 pesos (6 dólares), por el mismo servicio que en los Estados Unidos les costaba 20 dólares, lo que constituía una de las principales razones por las cuales no llegaba todavía a México el turismo más importante. Y agregaban:

Nuestras cuotas, sumamente reducidas, comparativamente con las que se pagan en Estados Unidos y en otros países, resultan irrisorias al calcularse en dólares y esto hace pensar al turista de primera calidad que todos nuestros hoteles son de ínfima categoría, formándose un juicio erróneo que es difícil destruir, si no es estableciendo en nuestros principales hoteles cuotas más

---

<sup>545</sup> “Devaluación”, p. 13.

<sup>546</sup> RUIZ GALINDO, “Dignificación”, p. 30 y 64.

en consonancia con las inversiones y con los gastos que demanda un servicio hotelero de primera calidad, que es el que debemos fomentar.<sup>547</sup>

Sin lograr ponerse de acuerdo, pero acatando las medidas decretadas por las autoridades federales, los hoteleros siguieron ofreciendo un servicio que procuraban atrajera a turistas de calidad que beneficiaran tanto en la llegada de divisas como en la promoción de la hotelería mexicana en el extranjero.

Las discusiones en torno a las tarifas no cesaron, pero redujeron su intensidad hasta 1960, cuando se expidió la llamada “nueva Ley Federal de Turismo” en la cual se incluyó un artículo que definía el procedimiento para autorizar las tarifas de los servicios turísticos y en el cual se detallaron, como nunca antes, los criterios que debían tomarse en cuenta para fijarlas. De esta manera, aparecieron conceptos como “costos de operación”, “peculiaridades ligadas con la zona”, “calidad de los servicios” y otros, que ayudaron a que la autorización de tarifas no fuera un viacrucis ni para los empresarios, ni para las autoridades y que al mismo tiempo, el cliente, que era el que finalmente pagaba, supiera que el pago que hacía era justo.<sup>548</sup>

Los empresarios quedaron complacidos porque finalmente se tomaba en cuenta como factor para fijar los precios, la llamada “inversión inicial”, es decir, la hecha al empezar a operar, que debía guardar cierta proporción con los precios que se daba al cliente pues, argumentaban, la inversión “se encuentra sujeta a los fenómenos –inevitables— de amortización.” De igual modo se contemplaron los “costos de operación” que eran una de las bases “sobre las cuales se finca el equilibrio financiero de cualquier negocio” por lo que constituía uno de los principales renglones de egresos de las empresas. Además cuando los costos de operación se veían afectados por diferentes motivos, se necesitaba cambiar la tarifa y poner una nueva para que el negocio siguiera marchando bien. Esto traía problemas cuando los precios de las habitaciones estaban sujetos al sistema de tarifas que autorizaba el Departamento de turismo.<sup>549</sup>

En esta ocasión también se tomaron en cuenta la “calidad de servicio” y el “número de servicios” como factores determinantes en la elección de la tarifa, elemento por el que los empresarios siempre batallaron con las autoridades y el cual consideraban la esencia de su negocio. En este momento, resultaron puntos esenciales en la cuestión de la “calidad” los sistemas establecidos para lograr el óptimo funcionamiento de la empresa, la competencia, la experiencia de los hombres ubicados en los puestos principales del negocio, el perfeccionamiento de los servicios ofrecidos y su

<sup>547</sup> RUIZ GALINDO, “Dignificación”, p. 64.

<sup>548</sup> DE LA GARZA, “Main-Courante”, p. 10.

<sup>549</sup> DE LA GARZA, “Main-Courante”, p. 10.



mejoramiento constante y además se incluyeron temas antes dejados de lado como la calidad de los equipos y enseres con que contara el lugar, así como los acabados arquitectónicos, la decoración y la adecuada planeación y distribución de inmueble. Habían pasado casi treinta años desde que la hotelería moderna había nacido y el camino recorrido se reflejaba con claridad en estos parámetros.<sup>550</sup>

Finalmente se consideraba de importancia el número de servicios con que contaba el negocio. Se tomaba como ejemplo el caso de los restaurantes, que desde el punto de vista hotelero, era un servicio que generalmente no reportaba ganancias, pero que era fundamental para el funcionamiento del lugar. Había otros fuertes desembolsos que eran indispensables para elevar la categoría y la comodidad de un hotel: elevadores, salón de belleza, el servicio de cuartos, todas las áreas de esparcimiento, reportaban gastos tanto en su instalación como en su operación rutinaria. Eran elementos que obligatoriamente debían tomarse en cuenta al momento de establecer una tarifa, pero que generalmente se dejaban de lado por quienes no conocían la estructura de una empresa hotelera.<sup>551</sup>

Pero con la nueva propuesta también llegaron nuevas sanciones y multas para quienes infringieran la recién creada ley. El primer punto por el cual se cobraría una multa entre 50 y 100 pesos era justamente por violar las tarifas autorizadas. Además, las autoridades hicieron la advertencia de que la publicidad en carteles, folletos y demás que anunciaran los sitios de hospedaje llevarían impresos los precios vigentes y si el turista se encontraba con la sorpresa de tarifas diferentes, todo sería en detrimento de la industria turística y de la propia actividad hotelera. También se especificaría la capacidad hotelera de cada lugar para que el turista estuviera prevenido y planeara sin problemas su estancia en el país.<sup>552</sup>

En 1961, la Comisión de Equipamiento Turístico de la OEA, se reunió en Washington y junto con el comité directivo permanente de esa organización aprobaron la preparación de un proyecto para la unificación de normas y control de servicios de alojamiento en los países de América Latina. Para plantear este proyecto de unificación, se hizo circular entre las asociaciones hoteleras de América Latina un cuestionario a partir de cuyas respuestas se integraría un estudio más detallado. La AMH preparó el material correspondiente para el caso mexicano y en él se definió con claridad qué era un hotel, así como los servicios que debía ofrecer un establecimiento de hospedaje para ser considerado como tal. De esta manera, los precios se adecuarían, primero, al tipo de hotel del que se tratara y después a los servicios que ofreciera. La intervención de un organismo internacional en este tipo de

---

<sup>550</sup> DE LA GARZA, "Main-Courante", p. 10.

<sup>551</sup> DE LA GARZA, "Main-Courante", p. 10.

<sup>552</sup> "Sanciones", p. 19 y "Propaganda impresa", p. 81.

decisiones dejó mucho más claro el alcance y la especialización de la actividad en México y el resto del continente Americano.<sup>553</sup>

Ahora bien, podían existir mil problemas alrededor de la definición de las tarifas: los enfrentamientos entre empresarios y autoridades, la creación de nuevos servicios, la clasificación hotelera y su definición en organismos internacionales, podían llegar devaluaciones imprevistas y sus consecuencias pero, finalmente, quienes pagaban las tarifas y muchas veces no se enteraban de lo que había detrás de ellas, eran los turistas, viajeros por cuestiones profesionales, familias vacacionistas y demás huéspedes que se enfrentaban a esa temida lista de tarifas establecidas, rígidas e inviolables que les hacía definir su tipo de viaje, el alojamiento que le convenía y el tiempo que duraría su estancia.

Como vimos en el apartado anterior, en las guías, los visitantes extranjeros pocas veces se quejaron de los precios que encontraban en los hoteles capitalinos. Admiraban la variedad que existía en el tipo de alojamiento y que hubiera posibilidades para todos los bolsillos, sin embargo, siempre resaltaron la conveniencia de acudir a los hoteles más caros para no tener problemas de ninguna especie. Consideraban que los precios eran más baratos que los de alojamientos en Nueva York, Washington o Chicago, y en una referencia del año 1954, justo el de la devaluación, se comentaba como ejemplo que una habitación doble en el Hotel del Prado, con plan que incluía las comidas, costaba alrededor de 9.60 dólares. Se apuntó incluso que este hotel era el mejor en cuanto a tarifas, tamaño, ubicación y servicios, y lo llegaron a considerar como el Waldorf Astoria local.<sup>554</sup>

Aparentemente fue para inicios de la década de los sesenta, que la brecha comenzó a hacer más amplia y las guías turísticas empezaron a registrar comentarios acerca del aumento de precios en las tarifas y la manera en que se podían eludir ese tipo de precios sabiendo qué sitios visitar y en qué lugares comer. Así, en los hoteles: “You can live like a King and pay like a king. Or you can live like a king and pay like a pauper”<sup>555</sup>. E incluso cuestionan la forma en que el aumento en las tarifas hoteleras

---

<sup>553</sup> En el documento presentado por la AMH el Hotel se definía como un establecimiento de hospedaje, prestador de servicios turísticos, cuyo alquiler de habitaciones se hacía por día. Su número de unidades debían ser 20 como mínimo. También se especificaba que se podían catalogar como Hotel Comercial, Hotel Suburbano, Hotel de Descanso y Hotel Balneario. Podía ofrecer servicio de centro nocturno, bar, peluquería, salón de belleza, agencia de viajes, tabaquería, florería, cafetería, baños de vapor, lavandería, planchaduría, tintorería, y uno o varios tipos de restaurante. Se aclaraba que los hoteles debían tener servicio a cuartos (room service), el cual debía permanecer 24 horas en los hoteles de gran lujo y reducir su horario de operación dependiendo de la categoría del establecimiento. Además debía contar con teléfono en cada cuarto, baño en cada habitación, elevador en aquellos edificios que tuvieran más de tres pisos, estacionamiento, agua caliente, aire acondicionado y calefacción, sujetos a los climas y de acuerdo a las categorías de los establecimientos. DE LA GARZA, “Main-Courante”, p. 10.

<sup>554</sup> LAWRENCE Y MARTIN, *The Standard guide*, p. 132.

<sup>555</sup> DELAPLANE Y ROOS, *Delaplane in Mexico*, p. 78.

afectaba el flujo turístico norteamericano hacia nuestro país: “Mexican tourist business depends on the médium-priced traveler from the States. And prices now are not so médium.”<sup>556</sup>

Para ejemplificar la situación prevaleciente con las tarifas en México, los autores tomaron el caso del hotel María Isabel, el de más reciente construcción en ese entonces. Según su información, el precio promedio por habitación era de 20 dólares por día por lo que la Asociación de Hoteleros desde hacía tiempo les había pedido que lo redujeran. Cuando cuestionaron al dueño del hotel acerca de las tarifas que mantenía su hotel, éste respondió que de esa manera en Estados Unidos sabrían que “México se había vuelto caro”. El empresario también argumentó, como lo hicieron otros en distintos momentos, que cuando se invertía en un nuevo sitio de hospedaje, se debía pagar entre 10 y 12 por ciento de interés sobre el préstamo que hubieran recibido para llevarlo a cabo. De esta manera, para que fuera redituable, ellos debían obtener por lo menos 12 dólares al día por habitación.<sup>557</sup> Así, la inversión inicial en muchas ocasiones era el factor determinante para los empresarios en la definición de los precios, sin embargo, como vimos, para evitar abusos, su regulación se dio justamente a partir de 1960.

Visto desde fuera, el pensamiento de empresarios hoteleros y autoridades turísticas mexicanas les parecía un tanto extraño a los visitantes norteamericanos. No creían que aumentar los precios para recuperar el dinero invertido fuera una buena estrategia. Tampoco que se tuviera la idea de que el incremento de tarifas traería la misma proporción de ganancias. Les causaba extrañeza que se derribaran edificios antiguos para construir rascacielos de vidrio y que creyeran que todos los norteamericanos eran ricos y podían gastar en hoteles de lujo. Según su opinión, la estrategia turística mexicana estaba mal encaminada.<sup>558</sup>

Más aún, en esta guía en particular se describió con claridad, la diferencia que había entre los precios que se manejaban en los hoteles y los de otros lugares en la capital. Explicaron que los hoteles de lujo capitalinos empleaban personal de seguridad para custodiar las entradas y que cada policía ganaba 15 pesos al día, en comparación, un whisky con soda en el restaurante, costaba alrededor de 10 pesos por vaso. También, que un jugo de naranja para acompañar el desayuno costaba alrededor de 48 centavos, pero el visitante podía desayunar en un restaurante típico mexicano por sólo 20 centavos. En el hotel, por lavar una playera, se cobraban alrededor de 40 centavos mientras que en otros lugares de la capital se podía lavar toda una carga de ropa por 16 centavos.<sup>559</sup>

---

<sup>556</sup> DELAPLANE Y ROOS, *Delaplane in Mexico*, p. 111.

<sup>557</sup> DELAPLANE Y ROOS, *Delaplane in Mexico*, p. 111.

<sup>558</sup> DELAPLANE Y ROOS, *Delaplane in Mexico*, p. 129 y 152.

<sup>559</sup> DELAPLANE Y ROOS, *Delaplane in Mexico*, p. 77.

Pero si la distancia entre los turistas norteamericanos y los precios en los hoteles de lujo se hizo más evidente a principios de los años 60, la que se abrió en el caso del turismo nacional fue mucho más marcada y mucho más temprana. Ya en la película *Gran Hotel*, de 1944, como observamos en el primer capítulo de esta tesis, se hizo alusión a la diferencia entre los precios de los servicios proporcionados por el hotel y los que se podían conseguir en otros establecimientos cuando el *bell boy* le comenta a unos huéspedes recién llegados, lo caro que estaban los alimentos en el restaurante del sitio donde trabajaba. Por el año en que se estrenó esta película, la tarifa de hoteles como los estudiados estaba entre los 10 y los 30 pesos, es decir, entre 2 y 6 dólares, por día por habitación, cuando en 1936, año en que se considera dio arranque la hotelería moderna con el Hotel Reforma, se pagaba por habitación sencilla un mínimo de 5 pesos, o sea 1.25 dólares.<sup>560</sup>

Esto resulta más significativo si lo comparamos con los salarios mínimos que imperaban en la Ciudad de México para aquellas épocas. En 1945, cuando la tarifa hotelera por un cuarto sencillo al día en hotel de lujo era de un mínimo de 10 pesos, un trabajador ciudadano tenía un salario diario de 3.60 pesos. Para 1947, año en que hizo su aparición el Hotel del Prado, las tarifas aumentaron considerablemente pues el mínimo por cuarto sencillo en este tipo de hoteles era de 25 pesos y por un cuarto doble, de 35 pesos, mientras que el salario mínimo por día era de 4.50 pesos. Los precios de los hoteles se mantuvieron en estos niveles por varios años.<sup>561</sup>

Contamos con información del año 1952, cuando el Hotel Reforma cobraba entre 25 y 50 pesos por una habitación sencilla y entre 30 y 60 pesos por una doble, es decir, entre 3 y 5 dólares pues el tipo de cambio se encontraba en 8.65 pesos por dólar. Pero en 1954, el año de la devaluación, cuando la paridad se disparó hasta los 12.50 pesos por dólar, las tarifas también se movieron. Algunos hoteles conservaron sus precios de entre 25 y 60 pesos por habitación sencilla, lo que correspondía a tarifas de entre 2 y 5 dólares, pero según información de las guías turísticas, hoteles como el del Prado, tenían una tarifa de aproximadamente 120 pesos por habitación por día, lo que resulta excesivo cuando comparamos con el salario mínimo en la ciudad que correspondía a los 8.00 pesos por día.<sup>562</sup>

Un año después, para 1955, los hoteleros mencionaban que la tarifa diaria en habitación sencilla era de 75 pesos, aproximadamente 6 dólares, lo que está dentro de los parámetros si tomamos en cuenta los acomodos, los descuentos y las disposiciones emanadas de las autoridades turísticas tras la

---

<sup>560</sup> Las tarifas señaladas a lo largo de este apartado se obtuvieron principalmente de anuncios en la prensa y datos de las guías turísticas.

<sup>561</sup> BORTZ, *Salarios*, p. 278; La información sobre las tarifas hoteleras para el año 1945 se obtuvo de anuncios en la revista *Hoteles Mexicanos*, Núm. 48 de diciembre de 1945, la de 1947 de *Hoteles Mexicanos*, Número 71 de noviembre de 1947.

<sup>562</sup> Anuncios en la revista *Hoteles Mexicanos*, Núm. 104, agosto de 1952; Bortz, *Salarios*, p. 278; LAWRENCE Y MARTIN, *The Standard guide*, p. 132.

devaluación. Entre este año y 1957 se construyó el Continental Hilton, que se convirtió en uno de los más solicitados por el turismo norteamericano, sin embargo, para estos momentos, el público mexicano promedio ya estaba muy lejos de poder pagar una habitación en este tipo de establecimiento. Para 1961, el Continental Hilton cobraba tarifas de entre 100 y 200 pesos (8 a 16 dólares) por habitación sencilla y de entre 125 a 225 pesos (10 a 18 dólares) por la doble. El Hotel del Prado, que conservaba su categoría de hotel de lujo pero que no era ya el más reciente en la capital tenía tarifas de entre 80 y 155 pesos por la habitación sencilla (6.40 a 12.40 dólares) y de entre 100 y 180 pesos (9.60 a 14.40 dólares) por la doble. El salario mínimo en ese entonces era de 14.50 pesos por día.<sup>563</sup>

A partir de 1965, la información que se tiene sobre las tarifas de este tipo de hoteles se encuentra en dólares. El Hotel María Isabel, construido entre 1961 y 1962, ostentaba una tarifa de 15 dólares por la habitación doble y de 30 dólares por las suites, lo que correspondía en pesos mexicanos a 187.50 por la doble y 375 por la suite. Otros hoteles que se encontraban en estos mismos rangos de precios eran el Continental Hilton, el Presidente, Alffer, Bamer y del Prado.<sup>564</sup> La última referencia con la que contamos, es del año 1966, gracias a una guía turística, y corresponde a las tarifas en el Hotel El Presidente, ubicado en la calle de Hamburgo, e inaugurado en 1958, y del Hotel Bammer, de 1953, considerado también en el rango de los hoteles más caros de la ciudad es ese momento. En ambos se manejaban precios entre los 20 y los 100 dólares, es decir, entre los 250 y los 1250 pesos: el autor lo consideró un verdadero asalto. El salario mínimo en la ciudad de México ya había ascendido a los 25 pesos por día, por lo tanto, una habitación sencilla costaba diez veces más de lo que ganaba un trabajador al día y la de 1250, cincuenta veces más.<sup>565</sup>

A través de este breve recorrido por el tema de los precios en los hoteles capitalinos, pudimos ver cómo los caminos del turista promedio, tanto nacional como extranjero, se separaron de los hoteles revisados en este estudio. Si durante los primeros años de su funcionamiento los precios resultaron accesibles para los visitantes foráneos, éstos terminaron por considerar que los mejores hoteles eran caros en exceso. A pesar de ello, hubo quienes prefirieron pagar por tener seguridad y comodidad a pesar del fuerte desembolso. El caso de la clientela mexicana es más evidente aún. Para la mayoría se volvieron inaccesibles. Detrás de las tarifas hoteleras se escondieron también problemáticas políticas y económicas que repercutían directamente al momento de decidir las tarifas, cuestiones que pocos visitantes sabían al momento de hacer su pago a la administración del hotel. Es probable que esto

<sup>563</sup> Anuncios en la revista *Hoteles Mexicanos*, Núm. 191, mayo de 1961; Bortz, *Salarios*, p. 278.

<sup>564</sup> NORMAN, *Terry's Guide*, p. 225.

<sup>565</sup> MAGRUDER, *A snob's guide*, p. 28-31 y 37; BORTZ, *Salarios*, p. 278.

también repercutiera en los cambios en el tipo de huéspedes que los habitaron y en sus prácticas cotidianas al paso de los años, como veremos a continuación.

### **3. Los hoteles Ritz y Majestic: comienza la diversidad**

Los hoteles Ritz y Majestic pueden considerarse establecimientos en vías de modernización. Sus instalaciones fueron adaptadas en edificios antiguos para su funcionamiento, eran relativamente pequeños y construidos fuera de nuestro período de estudio, pero me pareció interesante hablar un poco sobre el tipo de huéspedes que se hospedaron en estos lugares para comprender mejor el proceso que se llevó a cabo no sólo en la transición de la hotelería “tradicional” a la llamada hotelería moderna, sino también en el tipo de personas que utilizó estos espacios para hospedarse en sus viajes a la ciudad de México. Ambos hoteles fueron utilizados por personas que buscaba quedar más cerca del zócalo de la ciudad, pues la mayoría de los hoteles modernos se trasladaron a otros sitios como el paseo de la Reforma o la Avenida Juárez.

Otra característica que comparten estos dos hoteles es haber sido manejados por José Brockmann, lo cual les hizo contar con servicios y atención similares. El empresario después se pondría en contacto con Edward Carlson, quien encabezaba la cadena norteamericana Western International Hotels y llevaría sus negocios con la introducción de nuevas tecnologías y un sistema de administración al estilo estadounidense. Por lo mismo, estos establecimientos fueron muy visitados — pero no exclusivamente— por actores norteamericanos y por un tipo especial de mexicanos: empresarios que venían por cuestiones de negocios especialmente de Monterrey y Guadalajara.

Uno personaje destacado que se hospedó en el Hotel Ritz a principios de los años cuarenta fue el intelectual liberal Ludwig von Mises, quien había sido invitado al país desde 1940, pero que sólo pudo concretar su visita hasta 1942. El trabajo de Von Mises y de Friederich von Hayek, economistas austriacos, ayudaron a un sector de la élite económica mexicana a crear un proyecto alternativo al que se denominó como “nacionalismo económico mexicano” que, a decir de la especialista María Eugenia Romero Sotelo, surgió con la Revolución Mexicana de 1910 y se consolidó con las reformas económicas y sociales impulsadas por el presidente Lázaro Cárdenas.<sup>566</sup>

El empresario y político mexicano, ex secretario de hacienda Luis Montes de Oca fue quien realizó las gestiones necesarias para invitar a von Mises a México a dictar una serie de conferencias en la universidad. La idea no pudo realizarse en un primer momento pero en 1941 volvió a hacerle la invitación para una estancia de dos meses y la posibilidad de traducir su obra *Socialism* al español. Así,

---

<sup>566</sup> ROMERO SOTELO, “Las raíces de la ortodoxia”, pp. 23- 50.

el 11 de enero de 1942, Von Mises llegó a México acompañado de su esposa Margit, quienes permanecieron en el país hasta el 25 de febrero de ese mismo año. La pareja fue recibida por un grupo de profesores universitarios y fueron hospedados en el Hotel Ritz de la ciudad de México.<sup>567</sup> Es probable que la iniciativa de hospedar a Von Mises en el Ritz fuera del propio Montes de Oca, político ligado a la élite empresarial mexicana con participación destacada en el ámbito turístico desde los inicios del impulso gubernamental a esta actividad.

Ahora bien, el Hotel Ritz, fue fundado por el terrateniente originario de Jalisco Enrique Corcuera, quien ante la inminencia de la reforma agraria decidió reestructurar sus propiedades e invertir en la ciudad de México. De esta manera adquirió un terreno en la calle que ahora conocemos como Madero, en el centro histórico y levantó el hotel que adoptó el nombre Ritz, por ser conocido en Europa y por la clase pudiente local. El establecimiento fue manejado por la familia Corcuera hasta la llegada del José Brockmann, y es probable que por estas razones, este hotel fuera muy solicitado por los tapatíos y por los regiomontanos, que encontraron en su bar el centro de reunión de la vieja guardia de apellidos elegantes quienes solían tomar allí sus aperitivos mientras charlaban de trabajo y negocios.

Huéspedes recurrentes del Hotel Ritz fueron los empresarios regiomontanos de la familia Garza Sada y de las demás familias acaudaladas del norte del país, como los Muguerza, Lagüera, Guajardo, Mendirichaga, etc., y de todas las combinaciones entre ellos. Cuando tenían que trasladarse a la capital por motivos de negocios, era común que se hospedaran en el Ritz. Rodrigo Mendirichaga, miembro de una de ellas y quien ha registrado las anécdotas en torno a la formación y desarrollo de las empresas en Monterrey, comenta el caso del traslado de Roberto Garza Sada y Bernardo Garza Sada, es decir, padre e hijo, a la capital para gestionar la creación de una nueva empresa de lámina y hojalata para sustituir la falta que tenían de este material debido al desabastecimiento provocado por la Segunda Guerra Mundial. Generalmente iban acompañados de uno o dos abogados o asesores financieros de la empresa que seguramente también se instalaban en el mismo hotel. En el caso de las gestiones de la nueva empresa que querían formar y que terminó adoptado en nombre de Hylsa (Hojalata y lámina S.A.), los empresarios se entrevistaron con el presidente Miguel Alemán, quien no apoyó su petición con el argumento de que el gobierno (o una empresa cercana a él) iba a instalar una fábrica similar con los mismos fines. Con el paso del tiempo la empresa de los Garza Sada se instalaría con éxito y de la gubernamental no se sabría nada más.<sup>568</sup>

Más significativo resulta el caso de la visita de Eugenio Garza Sada a la capital de la República cuando estaba planeando la apertura del Instituto Tecnológico de Monterrey en 1941. Antes del viaje

---

<sup>567</sup> ROMERO SOTELO, "Las raíces de la ortodoxia", pp. 23- 50., p. 27.

<sup>568</sup> MENDIRICHAGA, *Una historia*, pp. 6-7, 22-23.

de don Eugenio, los abogados Virgilio Garza Jr. y Raúl Valdés Villarreal, se entrevistaron con el secretario de Educación Pública, que en aquel entonces era Luis Sánchez Pontón. Mendirichaga escribe: “Aquella mañana el valle de México repetía su fiesta de sol y transparencia cuando Virgilio Garza Jr. y Raúl Valdés Villarreal cruzaban el zócalo de la gran capital. El licenciado Valdés, radicado en la ciudad de México, pasó un momento antes por el licenciado Virgilio al Hotel Ritz, albergue favorito de los hombres de negocios de Monterrey”.<sup>569</sup>

Tan se sabía que los regiomontanos preferían el Ritz que Eugenio Garza Sada, en su estrategia por entrevistarse con el ingeniero con quien pondría en marcha la nueva institución educativa, “casi oculto en el asiento posterior del taxi pasó ante el Hotel Ritz, donde le pareció distinguir algún rostro regiomontano— prefirió hospedarse, en la misma calle de Madero, al concluir ésta en el Zócalo, en el Hotel Majestic.”<sup>570</sup> De esta manera, para que ninguno de sus posibles conocidos sospechara algo de sus planes y de la entrevista que sostendrá con León Ávalos Vez, el ingeniero regiomontano, prefirió hospedarse en un hotel cercano pero más discreto para su condición.

El autor —que califica al edificio del Majestic como “adusto, de cantera oscura y remembranzas novohispánicas”—, hace una reconstrucción de lo que sucedió después de que el empresario dejara el taxi y llegara al hotel: “Luego de registrarse, un lento elevador le condujo al piso donde se encontraba su habitación. Siguiendo al botones que llevaba su reducido equipaje pudo ver nuevamente con agrado los pasillos que rodeaban el patio interior; allá abajo, en el segundo piso, donde había otro vestíbulo menos frecuentado, unos niños corrían e intentaban aquietar un poco sus voces naturalmente impulsadas hacia el grito. Después de todo, estar ahí era como no haber dejado totalmente la casa”.<sup>571</sup>

Desde el balcón se podía asomar al zócalo y observar la plaza de la Constitución, característica que llamó mucho la atención de los usuarios, quienes generalmente se hospedaban allí para tener acceso directo a la plaza. Eugenio Garza Sada se reunió en su habitación del Hotel Majestic con el Licenciado Roberto Guajardo y con el ingeniero León Ávalos y allí el empresario les comentó que tenía la idea de fundar una escuela de alta calidad académica que formara buenos ingenieros y técnicos. Para Garza Sada, la industria mexicana necesitaba con urgencia personas competentes pues la economía se encontraba en una etapa ascendente. Así que quería organizar un instituto de forma seria y respaldado por las empresas de Monterrey.<sup>572</sup>

<sup>569</sup> MENDIRICHAGA, *El Tecnológico de Monterrey*, pp. 14 y15.

<sup>570</sup> MENDIRICHAGA, *El Tecnológico de Monterrey*, pp. 31-32.

<sup>571</sup> MENDIRICHAGA, *El Tecnológico de Monterrey*, p. 32.

<sup>572</sup> MENDIRICHAGA, *El Tecnológico de Monterrey*, p. 33.



En esa misma reunión comentó que la escuela sería “privada, de principios morales rígidos” y alta calidad académica. Aunque en un principio los asistentes dudaron del proyecto y de lo que don Eugenio tenía en mente, finalmente aceptaron la propuesta. Garza Sada le encargó al ingeniero la elaboración de los programas de estudio para las carreras que debían impartirse y dijo que mientras eso sucedía, él se encargaría de constituir una sociedad que se responsabilizara de la supervivencia del Instituto. Según Mendirichaga “al quedarse nuevamente solo en su habitación, don Eugenio decidió tomar el fresco del exterior y volvió al balcón. El ruido del tráfico no le distrajo: el aspecto académico ya estaba en un experto; él haría lo demás.” Así que puede decirse que el nacimiento del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, fundado en 1943 y orgullo de los regiomontanos, nació en un modesto hotel de la Ciudad de México.

En 1945, pisaría el Hotel Majestic una célebre pareja que llegaba a la capital por asuntos diversos. Él, director y actor reconocido, ella, actriz y una de las mujeres más deseadas de su época: Orson Welles y Rita Hayworth visitaron la capital mexicana para vacacionar y completar unas notas y artículos para revistas y programas de radio donde Welles colaboraba como columnista especial. Durante su estancia en la ciudad, Welles aprovechó la ocasión para visitar y platicar con Salvador Novo, quien a su vez, se encontraba muy entusiasmado por saber sobre sus actividades de columnista, pues era una actividad que ambos compartían.<sup>573</sup>

Novo supone que la causante del interés de Orson Welles por México fue Dolores del Río. Al parecer, para 1940 tenían el proyecto de llevar a la pantalla grande una conquista de México en que Orson sería Cortés y Dolores La Malinche. En fin, la relación entre Welles y la actriz mexicana terminó y los planes no llegaron a concretarse, pero el interés de Welles por México y su cultura al parecer, permaneció. El escritor mexicano recuerda la conversación que tuvo con el actor y director cuando paseaban por su casa de Coyoacán y sus remembranzas incluye al Hotel Majestic: “A lo largo de nuestra conversación, que interrumpe a trechos para lamentar que Rita haya dormido tan mal todas las noches desde que está en México, un poco a causa de la altura que la pone nerviosa, y otro poco a causa de que su Hotel Majestic es lo más ruidoso del mundo; y que le haya dado lástima despertarla para traerla, trato de evitar toda referencia a Dolores [...]”.<sup>574</sup>

Por desgracia, la ubicación del Majestic tenía ventajas y desventajas. Su localización en pleno zócalo capitalino convenía a aquellos que llegaban a la ciudad a tratar asunto “oficiales” pues las dependencias gubernamentales y los funcionarios despachaban muy cerca de allí. Era también una buena opción para quienes querían estar cerca de algún evento especial que se llevara a cabo en la plaza

<sup>573</sup> NOVO, *La vida en México*, p.270 y AVIÑA, *Orson Welles* p. 35.

<sup>574</sup> NOVO, *La vida en México*, pp. 271 y 272.

de la constitución, para desfiles y ceremonias, sin embargo, para quienes querían pasar vacaciones tranquilas, el punto no era recomendado, el trajín cotidiano de comerciantes, trabajadores, vendedores ambulantes y las parrandas nocturnas todos los días de la semana. El centro de la ciudad sin duda era un lugar interesante para conocer pero no un sitio para descansar.

Veinte años después de aquella reunión en la ciudad de México entre empresarios e ingenieros regiomontanos y aproximadamente quince de la presencia de Welles y Hayworth, otros personajes se asomarían a aquel balcón, causa de los desvelos de Rita y testigo de las reflexiones del empresario Garza Sada. Un grupo de personas completamente diferentes hacían uso de una de las habitaciones del Hotel Majestic con vista al Zócalo para presenciar el paso del presidente francés Charles de Gaulle que visitó la ciudad de México en 1960. La caravana automovilística de De Gaulle avanzó por la Avenida Madero hasta la esquina del zócalo, ocupado por miles de mexicanos que estaban a la espera del “héroe de la Segunda Guerra Mundial”. Sin ningún tipo de protección, avanzó entre la basta multitud de la cual sobresalía debido a su estatura. Uniformado, con el kepi del ejército francés, De Gaulle avanzó “lenta, casi majestuosamente” entre la multitud congregada ese día en la plaza.<sup>575</sup>

Quienes observaban aquella escena eran Carlos Fuentes y algunos amigos periodistas como K.S. Karol, corresponsal de L'Express, un periodista norteamericano de la revista Newsweek, Fernando Benítez, Víctor Flores Olea y Salvador Elizondo, que a decir de Fuentes fue quien dijo lo indecible: “¡Qué lástima que los franceses no ganaran la guerra en 1867 y se quedaron en México! ¡Hoy Francia sería vecina de Estados Unidos!”<sup>576</sup> Esa misma noche, Jean Sirol, consejero cultural de la embajada de Francia en México ofreció una cena para André Malraux que acompañaba a De Gaulle como ministro de cultura. Fuentes comenta que Sirol invitó a vocales críticos del gobierno mexicano: Jaime García Terrés, Jorge Portilla, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y él mismo.<sup>577</sup>

Los hoteles Ritz y Majestic recibieron en sus habitaciones a diversos tipos de personas pero que de una u otra manera estaban ligados al sector empresarial. Caso distinto al de Orson Welles y Rita Heyworth que más bien por lo que podría parecer un descuido, se hospedaron en el Majestic a pesar de que para los días de su visita ya había otras opciones de mejor calidad en la ciudad. El caso de Carlos Fuentes y sus amigos periodistas también nos muestra la forma en que el hotel no sólo servía para hospedar a viajeros, sino que proporcionaba un espacio de convivencia para ciertos círculos y para aquellos que buscaban tener un contacto más cercano con la cotidianidad del centro histórico, así como a sus eventos y con la oficialidad de sus edificios y funcionarios públicos. Economistas, empresarios en

---

<sup>575</sup> FUENTES, *Personas*, s/p.

<sup>576</sup> FUENTES, *Personas*, s/p.

<sup>577</sup> FUENTES, *Personas*, s/p.

proceso de creación, actores y directores cinematográficos, e intelectuales y periodistas son sólo el botón de muestra de la diversidad de personas y actividades que habitaron los hoteles y que revisaremos en los siguientes apartados.

#### **4. Hotel Reforma: los primeros huéspedes modernos**

Como ya hemos comentado en otras partes de esta tesis, como cuando hablamos de la participación del Banco Nacional de México en la inversión hotelera o en el apartado dedicado a su arquitectura, la hotelería moderna en la ciudad de México dio inicio con la apertura del Hotel Reforma. A partir del invierno de 1937, quien llegara a la capital del país sólo por algunos días o pasara temporadas largas en ella, tenía la posibilidad de alojarse en este sitio que a lo largo de una década fue el mejor para ofrecer buen servicio, diversión, seguridad y clase. El discurso gubernamental para atraer al turismo ya estaba en pleno y se incrementaría después de la inauguración de la carretera México-Nuevo Laredo en 1936. Para marzo de 1937, Salvador Novo comentaba: “Un departamento oficial [...] se quiebra la cabeza imaginando ardides para traer más turistas a través de una carretera recientemente inaugurada con asistencia del vicepresidente Gardner, banquetes, brindis y turistas. Atracciones principales son últimamente Trotsky, Monte Albán y el Palacio de Bellas Artes.”<sup>578</sup>

En efecto, como vimos líneas arriba la publicidad, la nueva carretera y el interés que los vecinos del norte comenzaron a poner en nuestro país debido a las guías y publicaciones que comenzaron a circular más profusamente en el país vecino fomentaron la llegada de visitantes en estos primeros años de la hotelería moderna. Ejemplo de ello lo constituyen periodistas y escritores interesados en difundir las novedades turísticas de México; empresarios en viajes de negocios y de placer; estudiantes de muy diverso tipo y famosos nacionales o extranjeros que pasaban por la capital principalmente para cubrir compromisos de trabajo.

El Hotel Reforma recibió solicitudes de ingreso de personajes como W.B. Richardson, gerente del National City Bank de Nueva York, quien en 1938 estaba organizando el viaje a México del señor Lewell Lafferty, vicepresidente del Fort Worth National Bank de Texas. En una carta dirigida a éste en abril, le indica que había conseguido hospedaje para él en el Hotel Reforma y negociado pagar 20 pesos por cada habitación doble. Le comentaba de igual modo que este hotel era de primera clase y que seguramente quedaría complacido con el servicio y su ubicación.<sup>579</sup>

La idea de estos señores no era sólo pasar un rato de descanso en la capital, sino “probar” las condiciones de la ciudad, sus atractivos y su actividad con miras a realizar el viaje “pos convención” de

<sup>578</sup> NOVO, *La vida en México [...] Lázaro Cárdenas I*, México, CONACULTA, 1994, pp. 37 y 38.

<sup>579</sup> AGN, P, LCR, 548.3/3 W.B. Richardson a J. Lewell Lafferty, (abr. 1938)

la Financial Advertisers Association, la cual se alojaría en el Hotel Reforma.<sup>580</sup> El grupo, que estaría en la ciudad de México entre el 5 y el 11 de noviembre, estaba formado por “los hombres más prominentes y de mayor influencia en el ramo de la publicidad” y los organizadores deseaban que su estancia en la ciudad fuera lo más placentera posible.<sup>581</sup>

Otro huésped de este hotel fue el juez Robert W. Otto, quien, a decir del Coronel C.D. Hicks, era una figura prominente de los Estados Unidos, miembro del partido republicano y amigo cercano del Secretario de Guerra del presidente Roosevelt. El juez Otto llegaría a la ciudad de México en compañía de su esposa y se hospedarían en el Hotel Reforma. El distinguido visitante estaba interesado en entrevistarse con el presidente Lázaro Cárdenas para discutir acerca del estado “actual de México y sus problemas”, por lo que buscaba hacer una cita para alguno de los días en que estuviera de paso por México.<sup>582</sup>

Otro evento que se llevó a cabo en el Hotel Reforma durante sus primeros años de existencia fue la exposición organizada por los representantes de la Mexusa Corporation, organización dedicada a hacer propaganda y difusión de los atractivos turísticos de México. Los promotores del país, acompañados del presidente de la Liga Internacional de Turismo, visitarían el Departamento de Prensa y Publicidad, órgano destacado del gobierno de Lázaro Cárdenas para observar la forma en que se trabajaba desde el gobierno el tema turístico y su promoción para el caso mexicano.<sup>583</sup>

Un caso más significativo es el de la Fraser-Mc Lean Corporation, “agentes oficiales de compañías navieras y encargados de arreglar excursiones y viajes a distintos países”, quienes habían recibido la solicitud de llevar a cabo los arreglos necesarios para que un grupo de prominentes hombres de negocios con sus esposas visitaran la capital del país en enero de 1939. K. Mayes, el emisor de la carta, comenta que por medio de otra comunicación escrita, se había puesto en contacto con los hoteles Reforma y Ritz pidiendo hospedaje para 18 parejas. La respuesta de las respectivas administraciones había sido que no podían acomodar a tantas personas, cosa que le parecía increíble por tratarse de hoteles de gran capacidad y bien conocidos por todos. Por lo mismo, pedía que el asunto fuera investigado.<sup>584</sup> Así como hubo casos en los que conseguir hospedaje resultó satisfactorio, también hubo otros en que las cosas fallaron, sobre todo cuando eran temporadas vacacionales y los hoteles se encontraban ocupados a su máxima capacidad.

<sup>580</sup> AGN, P, LCR, 548.3/3J. Lewell Lafferty a W.B. Richardson, (mayo 1938).

<sup>581</sup> AGN, P, LCR, 548.3/3. Gerente de la sucursal en México del National City Bank de Nueva York al Secretario de Hacienda Eduardo Suárez, (mayo 1938)

<sup>582</sup> AGN, P, LCR, 548.3/3. Coronel C.D. Hicks a Lázaro Cárdenas del Río, (feb.1939)

<sup>583</sup> AGN, P, LCR, 548.2/1. Agustín Arroyo a Lázaro Cárdenas del Río, (jun. 1938)

<sup>584</sup> AGN, P, LCR, 548.2/1 K. Mayes al presidente Lázaro Cárdenas del Río, (mayo 1938)

A pesar de los pequeños errores provocados por la falta de experiencia en los sistemas de administración hotelera, el interés por visitar el país continuó. Este fue el caso del señor Howard W. Jones, presidente del Youngstone College en Ohio, Estados Unidos, quien estaba interesado en viajar a México con un grupo integrado por 3 profesores y 20 estudiantes para realizar una “gira educacional” durante el verano.<sup>585</sup> De igual modo sucedió con varias instituciones educativas de la ciudad de Dallas, en Texas, como la Methodist University, la Peacock Academy, el Texas State College for Women, y el Pan American Student Forum, quienes decidieron asesorarse con profesionales del turismo para realizar excursiones a la ciudad de México durante la misma temporada.<sup>586</sup>

Otro sector presente durante estos años por los pasillos del Hotel Reforma fueron los periodistas. Desde aquellos que buscaban difundir las atracciones turísticas del país, hasta los que cubrían cuestiones políticas, eventos especiales —como la expropiación petrolera o las elecciones presidenciales— y las relaciones diplomáticas de México con diversas naciones. Los periodistas, en su mayoría norteamericanos que llegaron a la capital buscaban las mejores ubicaciones para cubrir las noticias que les solicitaban y aunque algunos no buscaban precisamente la comodidad o los servicios que hoteles como el Reforma les ofrecía, otros por su trayectoria y por sus contactos en el país decidían elegir los mejores sitios para alojarse y cumplir con sus compromisos.

Tenemos como ejemplo el caso de Bob Kidd, editor de la revista *Life in Oklahoma*, dedicada al turismo y quien buscaba hacer un artículo para fomentar el tráfico turístico entre México y los Estados Unidos.<sup>587</sup> O el de E.H. Dignowity, director del *Daily New Deal* (no indica de qué estado), quien se encontraba interesado en saber las condiciones que se ofrecían a los turistas norteamericanos en México pues había tenido noticia de que se habían cancelado “docenas de excursiones” a la ciudad debido a las condiciones de inseguridad que prevalecían. “Propaganda alarmante” hecha por las compañías petroleras recién desterradas del país ponía en alerta a los informadores norteamericanos sobre lo que sucedía en la capital durante esos años de difícil relación con el poderoso vecino del norte.<sup>588</sup>

Otro periodista que se hospedó en el Hotel Reforma fue James M. Thomson, publicista del *ITEM-Tribune* de New Orleans, quien en una carta dirigida al presidente de la república comentó sobre las recomendaciones que le había hecho para visitar nuestro país. En ella comenta que se hospedaría en el Hotel Reforma, que le interesaba concertar una audiencia con él y además pedía que alguna agencia

<sup>585</sup> AGN, P, LCR, 548.2/23 Howard W. Jones a Lázaro Cárdenas del Río, (jul.1937)

<sup>586</sup> AGN, P, LCR, 548.2/28. B. B. Maupin a Lázaro Cárdenas del Río, (mayo 1938)

<sup>587</sup> AGN, P, LCR, 548/14. Bob Kidd a Lázaro Cárdenas del Río, (oct. 1940)

<sup>588</sup> AGN, P, LCR, 548/14 E.H. Dignowity a Lázaro Cárdenas del Río, (ago. 1940)

gubernamental le proporcionara fotografías de atractivos turísticos para publicarlas en la edición dominical de su periódico. Thomson aseguraba que la labor que hacía redundaría en beneficio de ambos países y que era gran amigo de Josephus Daniels, embajador en turno de Estados Unidos en México.<sup>589</sup>

Un miembro destacado del llamado “cuarto poder” estadounidense que llegó a la ciudad de México durante esta época fue el reconocido George Edward Creel, quien se hospedó en el Hotel Reforma durante su estancia en el país en octubre de 1940. Este periodista, investigador y político norteamericano con una carrera vertiginosa, trabajaba en el *Kansas City World* hacia finales del siglo XIX, pero se convirtió en una celebridad porque en la segunda década del siglo XX, el presidente Woodrow Wilson lo puso al frente del Committee on Public Information (CPI), organismo que ha sido considerado como la primera agencia oficial de propaganda pero también, el primer aparato de censura gubernamental del mundo contemporáneo.<sup>590</sup>

En sus últimos años de actividad, fue un ferviente anticomunista. Trabajó con el senador Joseph McCarthy y Richard Nixon durante la llamada *Amenaza Roja* a finales de la década de los cuarenta, pero al iniciar la misma, se encontraba en la ciudad de México, acompañado del senador John A. Hastings y, según la narración de Emilio Portes Gil, funcionaban como portadores de una carta importante del presidente Roosevelt. En la misiva, dirigida al general Manuel Ávila Camacho, el mandatario estadounidense le comentaba que sabía las intenciones que éste tenía de visitar los Estados Unidos y en caso de que así fuera, le suplicaba comunicárselo a Creel para hacerle una invitación especial como huésped de honor.<sup>591</sup>

En aquel momento, Manuel Ávila Camacho era el presidente electo de México y las relaciones con Estados Unidos seguían delicadas tras la expropiación petrolera en 1938. Las elecciones habían sido difíciles debido a la postulación del general Juan Andrew Almazán y —una vez declarado ganador Ávila Camacho— los rumores de una posible rebelión que convirtiera a Almazán en presidente y a México en un futuro aliado de Hitler y Japón, tenía a los Estados Unidos con los focos rojos. Los funcionarios norteamericanos decidieron apoyar entonces al candidato “cardenista” y la entrevista que se llevó a cabo en esta suite del Hotel Reforma, reflejó esta situación agrídulce entre los dos países.

<sup>589</sup> AGN, P, MAC, 548.2/1. James M. Thomson a Manuel Ávila Camacho, Nueva Orleans, (feb. 1941).

<sup>590</sup> Este organismo, conocido con el nombre de Comité Creel, puso su empeño en movilizar el universo mediático para “vender la guerra al pueblo norteamericano” y vencer la reticencia de los pacifistas. Una de las novedades del esfuerzo censor y propagandístico de Creel fue la creación de un ejército civil de 75,000 personas, activo en más de 5,000 localidades, compuesto por actores, directores de cine y artistas en general que fueron llamados los *Four Minute Men*, pues esa era la duración pretendida de sus alocuciones o discursos.” MATTELART, *La comunicación-mundo*, pp. 95 y 96 y VIDAL COY, *Periodismo y censura*, pp. 90 y 91.

<sup>591</sup> PORTES GIL, *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, p. 785.

No sólo las posturas diplomáticas y el futuro de la relación entre dos países se trataron en las habitaciones del Hotel Reforma. También se hospedaron diversidad de deportistas internacionales que pasaban por nuestro país para vacacionar, pero sobre todo, para cumplir con compromisos de trabajo. La nadadora y actriz Esther Williams se hospedó en este hotel en la década de los cuarenta, cuando se encontraba en su apogeo como estrella de shows acuáticos y películas de la productora Metro Goldwyn Meyer. Pero quien dejó una profunda huella de su estancia, no sólo en el Hotel Reforma, sino en el país fue la leyenda del toreo Manuel Laureano Rodríguez Sánchez, mejor conocido por todos como *Manolete*.

Las suites del Hotel Reforma le proporcionaron al torero cordobés y a su cuadrilla, no sólo un lugar para descansar y dormir después de las faenas y de los compromisos cotidianos. Según los testimonios, también fue un sitio en el que reflexionó a cerca de su atormentada vida, el espacio que presencié el ritual imprescindible de vestir el traje de luces, también funcionaron como salas de recepción para estar en contacto con sus seguidores y para realizar fiestas privadas a las que acudían desde los empresarios que lo contrataron hasta las celebridades del momento. La estancia de Manolete en el Hotel Reforma fue de varios meses, durante la temporada 1945-1946 de la Plaza de Toros México, que acababa de inaugurarse.

Según los expertos de la llamada “fiesta brava”, los hoteles eran lugares fundamentales para los toreros: guardaban sus secretos, les ofrecían la soledad y el silencio que necesitaban para reflexionar y visualizar su triunfo, así como los sacrificios realizados en su vida para lograr la preparación necesaria y encarar a la muerte día con día. Aproximadamente dos horas antes de la corrida, el torero, en la soledad de una habitación de hotel, acompañado de su mozo de espadas, comenzaba a calzarse el vestido para torear: montera, corbatín, chaquetilla, como armadura reluciente para la lucha y taleguilla de terciopelo y seda; medias, zapatillas, camisa, coleta. El traje del torero se colocaba de forma delicada sobre una silla de la habitación y generalmente, otra mesa con una lámpara iluminaba las imágenes de vírgenes, santos y cristos a los que se rezaba, a quienes se hacía promesas de triunfo y súplicas contra el fracaso.<sup>592</sup>

Varios hoteles españoles registraron entre sus anécdotas la visita del gran Manolete a sus instalaciones. El Hotel La Perla, en Pamplona, recuerda que el 7 de julio de 1942, los encargados de la recepción del hotel quedaron sorprendidos ante el hecho insólito de que Manolete, que ya había reservado la habitación 44, pidiera que su cuadrilla se hospedara en el mismo hotel. En la actualidad esto es habitual, pero en aquellos años la cuadrilla solía alojarse en fondas o pensiones de categoría

---

<sup>592</sup> <http://cososdeextremadura.blogspot.mx/p/anecdotas-taurinas.html>

inferior. De esta manera, en el hotel La Perla además de Manolete se hospedaron los picadores, el puntillero y los banderilleros, dando una razón más para ser admirado. La práctica de hospedarse en aquel hotel junto con toda su cuadrilla duraría hasta su muerte en 1947.<sup>593</sup>

Ahora bien, durante su estancia en México, Manolete se hospedó en el Hotel Reforma y eligió ese lugar para que fuera su centro de operaciones. No sabemos exactamente el número de suites que ocuparon él y su equipo ni el número exacto de su habitación. Algunas fuentes señalan que fue la suite 201 y otras la 224, sin embargo, es de suponerse que ocuparon entre tres y cinco habitaciones en el hotel acondicionadas especialmente para su actividad, si no es que todo el segundo piso. Por fotos publicadas en la revista *LIFE*, se advierten las decoraciones, fotografías y mobiliario que completaban la habitación. Allí mismo comía, generalmente alimentos ligeros sobre todo si tenía corrida en la tarde. Después de la corrida, regresaba al hotel a descansar y recostarse, además de que aprovechaba algunas ocasiones para firmar autógrafos a los seguidores que esperaban horas en el vestíbulo del hotel, esperando saludarlo. Aparentemente las suites también servían como sala de espera para los fans y espacio para que el torero conviviera con sus fanáticos mexicanos.<sup>594</sup>

Los testimonios indican que si el torero no tenía que presentarse en la plaza al día siguiente, a veces organizaba fiestas privadas también en la habitación del hotel. Pero no todo era diversión y fiestas. Un personaje cercano a su cotidianidad narra: “[Manolete] Está estos días leyendo libros primorosos. La historia de México le subyuga por lo viva y apasionada. [...] Pero llega a la triste realidad. Le esperan en el hotel afanes de su profesión, relacionados con demandas de empresarios, fechas y contratos. Y allá va Manolete, de nuevo, embaulado en un taxi de alquiler, camino de otra conferencia más prosaica.” En el hotel también se le comunicó el descontento por la subida de precios en los boletos de las plazas donde iba a presentarse, y allí, en la soledad de su cuarto “tendido en la cama y contemplando el techo, con la mirada desvaída, dejando correr atropelladas las ideas, de lo que será o de lo que no será muy pronto en México, cuando se haga el paseíllo, suene el clarín y salta a la arena el toro.”<sup>595</sup>

El paso de Manolete por México dejó una huella profunda en los habitantes de la ciudad. Se recuerda que ésta se encontraba anímicamente alterada, que las filas para adquirir boletos eran inmensas y que las casas de empeño incrementaron sus ganancias con la gran cantidad de joyas, máquinas de escribir, radios y demás aparatos que llevaba la gente para conseguir algo de dinero y comprar boletos. Manolete fue uno de los huéspedes que más se recordarían y un ejemplo del tipo de

<sup>593</sup> <http://laperlahistoria.blogspot.mx/>

<sup>594</sup> JOHNSON, “Manolete”, pp. 105-108 y 110 y DE LA VILLA, *Manolete*, p. 166.

<sup>595</sup> DE LA VILLA, *Manolete*, pp. 195 y 196.



personaje que se hospedaba en el Hotel Reforma, una celebridad que a pesar de sus triunfos y su fama exagerada se mantenía sencillo y cercano a los suyos. El Reforma lo acogió y recibió de igual forma a familiares, seguidores, periodistas, equipo de trabajo y demás personas que lo acompañaban, quienes disfrutaron de los servicios y atenciones de su personal, en un momento en que el hotel se encontraba en pleno auge.

*El Ciro's del Hotel Reforma: hito en la vida nocturna de México*

Mención aparte merece el restaurante y centro nocturno que dio al Hotel Reforma más notoriedad en la vida citadina de la capital: *Ciro's*. Los restaurantes y centros nocturnos que se encontraban al interior de los hoteles fueron uno de los puntos focales e indispensables en la vida de estos establecimientos y de las nuevas prácticas sociales de los habitantes de la urbe. El restaurante Ciro's del Hotel Reforma fue escenario de fiestas, reuniones, presentaciones y espectáculos que congregaban a la elite política, intelectual y económica mexicana, además de a personajes no tan conocidos pero que de igual forma disfrutaron de la comida, el ambiente y las copas en este lugar que por alrededor de 15 años fue el más famoso de la ciudad.

La vida nocturna de la capital mexicana y las prácticas de la élite encontraron un espacio propicio para su interacción en *Ciro's*, que entre los años 1943 y 1948, que fue el de su mayor apogeo, se encontraba regentado por Alfred C. Blumenthal —conocido por los asiduos asistentes sólo como Blumi—, quien construyó en el *mezzanine* un local que era restaurante, bar y cabaret al cual se accedía por el vestíbulo del hotel. Este hombre, que habitaba el décimo piso del Hotel Reforma, fue descrito por Ernesto Riestra como “un señor de estatura pequeña, ojiazul, sesentón, inteligente, sagaz como buen judío, amable trato y muy clamado para hablar”, fue quien ideó y publicitó el nuevo lugar que se anunciaba como el más fantástico en toda la ciudad.<sup>596</sup>

Como parte de los preparativos para la apertura del nuevo lugar, necesitaba contratar a los músicos que se encargarían de amenizar las veladas y los eventos que se llevaran a cabo en el bar y centro nocturno. Por ello contrató al propio Ernesto Riestra y su orquesta, quien alternaría con un conjunto norteamericano de Los Ángeles, California, que dirigía Everet Hoagland. Riestra recuerda: La cantina, en forma de L, era la más grande de la metrópoli. Tenía una larga barra forrada de espejos, piso alfombrado; muebles y paredes con fuertes colores rojo, verde y, contrastando, rosa pálido. Casi todas las mujeres, aun no siendo bonitas, cuando se hallaban junto a esos muros cubiertos de seda, se veían hermosas.[...] Había servicio de restaurante y bar las veinticuatro horas; se servía desde una

---

<sup>596</sup> El músico Ernesto Riestra dirigió la orquesta que tocó en el Ciro's durante sus años de apogeo. De su autobiografía obtuvimos la mayor parte de las descripciones que mencionamos en esta parte. RIESTRA, *Mi batuta habla*.

deliciosa champaña con un platillo francés, hasta frijoles con huevos rancheros; por supuesto, era necesario llevar dinero suficiente para pagar cualquiera de esos caprichos. El dorado menú, en francés, era difícil de entender.<sup>597</sup>

El músico recuerda también a parte de su personal, a los meseros con chaquetas verdes y corbata blanca; al *maitre*, Ricardo Berinstain, siempre de frac, atento y elegante; al catador, un viejecito calvo con delantal verde y cadena de plata al cuello; Mike, el chef, que había sido exclusivo del presidente Alemán; o Manuel Morales “Gogi”, el jefe de oficinas y brazo derecho de Blumi, que tenía la apariencia de un príncipe de novela pues era calvo, alto, fornido, muy educado y con porte distinguido, vestido de frac, siempre impecable y un gran conversador en cinco idiomas. Según los testimonios, el día de su inauguración, acudieron al lugar personalidades relevantes, políticos, artistas, banqueros e invitados internacionales, periodistas, toreros, cantantes. Se vio a Arturo de Córdova repartiendo autógrafos mientras el champaña fluía “a ríos” entre los concurrentes. A partir de entonces, los llenos se sucedieron sin parar.<sup>598</sup>

La actividad del lugar era continua pues en la mañana bajaban los huéspedes del hotel a desayunar, al mediodía tanto huéspedes como personas externas llegaban a comer, por la noche a cenar y después al centro nocturno. También se organizaban presentaciones eventuales de artistas del momento. Salvador Novo recuerda haber acompañado a unas amigas al *Champagne Room* del *Ciro's* a oír cantar a Elvira Ríos, gracias a lo cual nos dejó una buena descripción de este sitio: Cruzamos [...] el *Ciro's*, lleno de gente que bailaba en tinieblas, hasta más allá de un bar en que todos comían grandes filetes: el *Champagne Room*, pequeñito, con grandes sofás rojos iluminados tenuemente por el respaldo, y un pequeño piano que manoseaba un señor en *tuxedo*.<sup>599</sup>

El escritor también recuerda haberse topado en ese mismo lugar con Julio Bracho, quien salía de aquel sitio porque una compañía norteamericana de cine le había organizado desde las seis un *cocktail party* en el que sirvieron platillos como *aguillete de sole* en gelatina, cornetas de jamón a la rusa, zampino relleno, pierna de carnero fría, salami argentino, pequeños *vol-au-vents* Bontoux, cazoletas con guacamole, diablottinas, ensalada de pollo real, ensalada de papas *Ciro's*, pepinillos, aceitunas, *roast beef*, hamburguesas y hasta hot dogs.<sup>600</sup>

De esta manera, se comenzó a popularizar cierto tipo de reunión que llegó a convertirse en una especie de ritual entre la sociedad de la época y que encontró gran acogida por los distintos grupos que

<sup>597</sup> JIMÉNEZ, *Cabarets de antes y de ahora*, p. 86.

<sup>598</sup> RUESTRA, *Mi batuta habla*, pp. 248 y 249.

<sup>599</sup> NOVO, *La vida en México*, p. 329.

<sup>600</sup> NOVO, *La vida en México*, p. 329.

hicieron uso de las instalaciones hoteleras: el coctel. Para uno de los principales *socialités* de la época, experto en gastronomía, escritor y cronista de la ciudad, Salvador Novo, organizar una fiesta en la ciudad de México se había convertido en una especialidad. Existían muchos tipos, motivos y formas de hacerlas, desde comidas para pocas o muchas personas, banquetes, recepciones y los famosos cocteles, los favoritos del momento.

Esta reunión o “forma de eventual organización social” —como la describe el propio Novo—, de origen norteamericano parecía ser la más flexible: “promete poco y puede dar mucho”. No garantizaba ni siquiera un asiento, ni se comprometía siquiera a alimentar apaciblemente a los invitados. Eso sí, los mozos de filipina o *tuxedo*, circulaban con sus charolas ofreciendo *manhattans*, *martinis*, jaiboles o cubas libres y también eran obligados los canapés “y las tartaletas rellenas de paté [...] o los soufflecitos redondos de El Globo”, la popular pastelería francesa.<sup>601</sup>

Así solían transcurrir estas reuniones, gran parte de la noche, los invitados generalmente la pasaban parados o caminando, con cigarrillos en mano e intercambiando pláticas con los demás invitados. Si los asistentes corrían con suerte, pasada la media noche, eran invitados a pasar al comedor “en cuya mesa lucen, junto al jamón rodeado de rebanadas de piña; a los pavos, a las pechugas glaseadas, a la ternera y a rosbif, la ensalada de camarones, la de frutas, la corona de jaletina de vino, y los moldes refractarios con raviolos o canelones [...] Y los postres, claro: helados, o grandes pasteles, o *choux* y *eclairs*, o las miniaturas para comerse de un solo bocado, también de El Globo.”<sup>602</sup>

Así, el *Ciro's* del Hotel Reforma, organizó durante mucho tiempo este tipo de eventos que funcionaban para todo tipo de situaciones, desde homenajes y reconocimientos para algún actor o director, como sucedió en el caso de Julio Bracho y la Metro Goldwyn Meyer; ruedas de prensa o presentaciones de películas o libros; aniversarios de alguna institución o publicación; cumpleaños; recepciones para algún visitante distinguido o el recibimiento que por ejemplo se realizó al músico norteamericano Cole Porter, quien se hospedó en el Hotel Reforma durante su estancia en México entre 1943 y 1944, cuando producía en Broadway su musical *Mexican Hayride*. En esa ocasión, también fueron invitadas de honor Elvira Ríos y Toña la negra, entre otros cantantes que interpretaban sus éxitos en español.<sup>603</sup>

El *Ciro's* marcó una época en la vida nocturna de la ciudad de México y también en las festividades diurnas de sus habitantes, incluso se llegaron a celebrar elegantes bautizos en este lugar, con padrinos de lujo como Mario Moreno *Cantinflas* e invitados de la talla de Emilio Azcárraga o

<sup>601</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo Ruiz Cortines II, pp.384 y 385.

<sup>602</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo Ruiz Cortines II, pp.384 y 385.

<sup>603</sup> RIESTRA, *Batuta*, p. 251.

Enrique Contel. También se realizaron desfiles de modas que llenaban el salón a reventar y los miércoles por las noches se celebraba la “noche de globos” los cuales caían de varias redes mientras los visitantes se encontraban bailando y contenían papelititos dorados con números impresos. Cada número correspondía a un premio que se canjeaba al finalizar la velada. La fama de este evento creció tanto, que por lo general después de las diez de la noche ya no se podía conseguir una mesa.<sup>604</sup>

Tenemos noticia de que el *Ciro's* cerró sus puertas alrededor de 1948. Según Riestra, el *Ciro's* había logrado ser el primer centro nocturno de la capital y colocó la vida nocturna de México al mismo nivel que la de las grandes capitales del mundo como París, Nueva York o Londres: “[...] la gente ya no dormía, había despertado repentinamente. Miles y miles de turistas empezaban a llegar de todas partes [...] por tierra, por aire, por mar.”<sup>605</sup> Su creador, el señor Alfred C. Blumenthal murió en la ciudad de Los Ángeles en 1957, aproximadamente diez años después de haber cerrado el *Ciro's*. Pero la ciudad no se quedaría ya sin lugares de diversión nocturna. Los bares y centros nocturnos continuarían siendo parte importante de la vida de la ciudad, como sucedió con los múltiples que se construirían al interior del Hotel del Prado, inaugurado precisamente un año antes del cierre del *Ciro's*.

## 5. El Hotel del Prado entre bodas, emperadores y convenciones

Conforme la hotelería se estabilizó y se integró a la cotidianidad de la ciudad de México, los huéspedes y actividades que les dieron vida se diversificaron y crecieron. El Hotel del Prado abrió sus puertas en 1947 —cuando ya habían pasado diez años desde que el Hotel Reforma abriera brecha en la hotelería moderna mexicana— y llegó para ocupar un lugar destacado no sólo como sitio de hospedaje de lujo en la ciudad de México, sino como un centro social que, gracias a su diversidad de salones, bares y restaurantes, dio cabida a infinidad de eventos y a una gran cantidad de personas de muy distinto tipo. Aunque resultó un poco difícil ubicar a huéspedes específicos del hotel, existe testimonio de algunos personajes relevantes de las artes y la política que se hospedaron en este lugar; quedan más noticias de festejos, convenciones y reuniones que se celebraron en sus diversos espacios durante su época de auge en los años cincuenta.

Como todo establecimiento nuevo, el Hotel del Prado abrió sus puertas cuando todavía faltaban detalles por terminar y la acogida del público no fue la más calurosa. El Bar Montenegro recibía a huéspedes y personas externas continuamente, pero la zona comercial, con las tiendas que rodeaban al hotel, se encontraban prácticamente vacías y algunos espacios tuvieron que improvisarse pues los salones para fiestas no estaban terminados. Salvador Novo recuerda haber asistido a alguna comida con

<sup>604</sup> RIESTRA, *Batuta* pp. 258 y 259.

<sup>605</sup> RIESTRA, *Batuta*, p. 267.

amigos en el Hotel pero haberse sentado en una mesa larga afuera del que después sería conocido como el Salón de los Candiles.<sup>606</sup>

Grandes espejos pintados colocados en sus muros y los candiles hechos en Francia especialmente para el lugar, hicieron de éste uno de los preferidos por los usuarios y sería también uno de los primeros en ser utilizado para eventos especiales. La ceremonia de entrega de los *Arieles*, a lo mejor de la cinematografía mexicana fue realizada en sus primeras ediciones en este lugar. La Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas, creada aproximadamente un año antes de la apertura del Hotel del Prado el 3 de julio de 1946, decidió que éste sería un buen lugar para congregarse a la crema y nata del cine mexicano. La primera entrega de los *Arieles* en 1947 se realizó en el centro nocturno El Patio, pero después la sede se trasladó al famoso salón encandilado del hotel en donde se mantuvo alrededor de dos años. Posteriormente se realizaría en el Palacio de Bellas Artes hasta 1958, cuando el evento se suspendió debido a la crítica situación por la que atravesaba la industria cinematográfica nacional.<sup>607</sup>

Para febrero de 1949, dos años después de abiertas sus puertas, el Hotel del Prado se alistaba para otro evento importante: “Iba a ser la primera vez en la historia de México, de un México que se moderniza, en que un juez se instalara a matrimoniar en un hotel”.<sup>608</sup> En efecto el 16 de febrero de 1949 contrajeron nupcias el joven Eric Rubio y su novia María Luisa, en uno de los salones del Hotel del Prado. Según el escritor:

La ceremonia se desarrolló en un saloncito en cuyo fondo habían instalado la solemne mesa del juez y su secretaria, y en torno, los reflectores de los noticieros y los fotógrafos. El famoso juez Próspero Olivares Sosa revisó los papeles y llamó a los testigos a firmarlos. Luego, frente a sus libretos de actas, convocó a los novios, pidió silencio, nos preguntó si aquellas dos personas eran las mismas que todos estábamos seguros de que eran; las declaró unidas en matrimonio, y les pronunció esa laica epístola de San Pablo que luego, en confianza, me dijo que no le gustaba mucho [...]<sup>609</sup>

En este tipo de rituales, después de las felicitaciones y las fotografías, todos los invitados pasaban al *buffet*, la modalidad preferida de la época para alimentar a los concurrentes: una mesa enorme y surtida de succulencias que en este caso era atendida por dos meseros y un *maitre*. Entonces, los invitados debían hacer gala de su equilibrio al sostener servilleta, plato, vaso y cubiertos y muchas veces preferían abstenerse de consumir algunas de las viandas ofrecidas para evitar incomodidades. El ambiente festivo del lugar se incrementaba cuando los turistas que pasaban, entre sorprendidos y desvelados, disfrutaban de la música que se ofrecía en los salones: los mariachis que tocaban en las

<sup>606</sup> NOVO, *La vida en México [...] Miguel Alemán*, pp. 157 y 158.

<sup>607</sup> “Academia Mexicana de Cine”, s/p.

<sup>608</sup> NOVO, *La vida en México [...] Miguel Alemán*, p. 280.

<sup>609</sup> NOVO, *La vida en México [...] Miguel Alemán*. pp.280 y 281.

bodas o la orquesta que amenizaba la fiesta de una joven de quince años que era agasajada en el salón de los candiles.<sup>610</sup>

Hacia finales de abril de 1951 un personaje notable arribaría a la ciudad de México. El músico, compositor, director, pianista norteamericano Leonard Bernstein dirigiría a la Orquesta Sinfónica Nacional de México en un concierto especial en el Palacio de Bellas Artes. El joven director se ganó al público con su frescura, simpatía y con su modo de hablar “hasta por los codos”. Para quienes disfrutaron el concierto, fue una presentación excelente que incluyó la interpretación de la *Sinfonía India* de Carlos Chávez como no se había escuchado ni siquiera cuando fue dirigida por su propio autor. Bernstein se hospedó en el Hotel del Prado durante su estancia en México. La comunidad judío mexicana de entonces le ofreció un banquete al ya afamado director en uno de los salones del hotel, evento importante que reunió además a parte de la oficialidad cultural de entonces.<sup>611</sup>

Entre 1935 y 1936 se llevó a cabo lo que se conoce como la segunda guerra Ítalo-Etíope, muestra de la política expansionista de los llamados países del Eje antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. El emperador de Etiopía, Helie Selassie se vio obligado a exiliarse y cuando intentó obtener ayuda para su país en el pleno de la Sociedad de las Naciones reunida en Ginebra en junio de 1936, fue abucheado por los partidarios de Mussolini y obligado a retirarse del recinto. La comunidad internacional dio la espalda al emperador Etíope, pero entre todas aquellas voces detractoras se alzó una que tocó de manera especial a aquel hombre que tuvo que marcharse ante el repudio de los demás: era Narciso Bassols, entonces ministro en Londres y delegado ante la Sociedad de las Naciones quien, bajo las instrucciones del presidente Lázaro Cárdenas “hizo mexicano el caso etíope y lo defendió con todas las fuerzas de su brillante dialéctica [...]”.<sup>612</sup>

Aproximadamente veinte años después, aquel emperador, ya restituido en su puesto y con muchos problemas internos en su gobierno, un tanto en tono de huida y otro en el de agradecimiento, llegaría a la ciudad de México para reconocer aquel gesto que el país había tenido para su patria en los momentos difíciles. El emperador Helie Selassie de Etiopía visitó México del 19 al 24 de junio de 1954 y durante su estancia en la ciudad se alojó en el Hotel del Prado. Recibido por el presidente de la República, Adolfo Ruiz Cortines, la visita de la realeza etíope fue un acontecimiento bastante sonado y recordado por sus habitantes y por aquellos que de una forma u otra estuvieron cerca de aquel *sui generis* personaje.<sup>613</sup>

<sup>610</sup> NOVO, *La vida en México [...] Miguel Alemán*, p. 281.

<sup>611</sup> NOVO, *La vida en México [...] Miguel Alemán*, p. 498.

<sup>612</sup> NOVO, *La vida en México [...] Lázaro Cárdenas*, p. 139.

<sup>613</sup> Diarios extranjeros y capitalinos publicaron varias notas acerca de la visita de Selassie a la ciudad de México, algunos son: “Haile Selassie is in Mexico”, *Galveston News*, (20 jun. 1954); “El presidente recibirá hoy al emperador de Etiopía”,

Richard Kapuscinski, uno de sus biógrafos más conocidos, indica que Selassie fue el introductor de la “modernidad” a su pequeño país africano. Amante de los automóviles, los llevó por primera vez al país y él mismo recorría sus calles en un imponente Rolls-Royce, uno de los 27 que tenía en su flota particular. Se dio a la tarea de construir edificios modernos y arreglar las calles principales de la capital del país, pero a cambio de desaparecer los asentamientos irregulares en que habitaba la gran mayoría de pobres que la habitaban. Considerado como “meticuloso en los asuntos financieros” en su imperio, cualquier gasto que sobrepasara los 10 dólares exigía su aprobación personal. Otra de sus grandes aficiones era emprender viajes al extranjero.<sup>614</sup>

Cuando el emperador viajaba a otros países, se podía olvidar de los problemas que agobiaban a su patria, de las conspiraciones en su contra o de las rebeliones y motines que comenzaban a ser comunes. Según testimonios de miembros de su corte en aquella época: “en estos lejanos países nadie conspiraba contra él, nadie afilaba el cuchillo, a nadie tenía que ahorcar. Podía acostarse a dormir tranquilamente, sabiendo que se levantaría vivo, podría sentarse con el presidente amigo y conversar como un ser humano con el otro”. Antes de salir, comenzaba en palacio una lucha feroz entre los miembros de la corte y demás servidumbre para ser elegidos y viajar con el emperador: La cima la formaban [...] los miembros de la familia imperial y del consejo de la corona, los ministros escogidos y también los dignatarios que el emperador deseaba tener a su lado por recelar que hubieran estado conspirando en la capital durante su ausencia.” Además, se tenía que incluir en el traslado al personal de seguridad, cocineros, almohaderos, trabajadores del guardarropa, portadores de saquitos y de regalos, el servicio para los perros y el trono, así como lacayos y sirvientes.<sup>615</sup>

Así describieron quienes acompañaron al emperador en sus traslados internacionales, aquellas experiencias con Selassie:

¡Qué extraordinaria es la vida internacional! Basta recordar nuestras visitas: los aeropuertos, los saludos, las flores, los brazos abiertos, las orquestas, cada instante perfeccionado por el protocolo, y luego los automóviles de lujo, las recepciones, los brindis escritos y traducidos, la gala y el brillo, los elogios, las conversaciones confidenciales, los temas mundiales, la etiqueta, el lujo, los regalos, los apartamentos, finalmente el cansancio, pero qué imponente y relajante, qué elegante y honorable qué distinguido y digno, así justamente, ¡internacional!<sup>616</sup>

Los aires veraniegos trajeron a Selassie a la ciudad de México en el avión Estrella de Etiopía procedente de Oklahoma, Estados Unidos. Lo recibió el presidente de México, Adolfo Ruiz Cortines, y

---

*Excélsior*, (19 jun. 1954); GRINGOIRE, “Haile Selassie”, *Excélsior*, (20 jun. 1954); “El emperador de Etiopía” en *Excélsior*, (21 jun. 1954); SÁNCHEZ, “El emperador”, *Excélsior*, (21 jun. 1954); “Homenaje”, *Excélsior*, (22 jun. 1954); entre otros.

<sup>614</sup> KAPUSCINSKI, *El Emperador*, pp. 21-22, 27-28, 58-59.

<sup>615</sup> KAPUSCINSKI, *El emperador*, pp. 70 y 71.

<sup>616</sup> KAPUSCINSKI, *El emperador*, pp. 95-96.

los honores militares correspondientes fueron organizados por el Colegio Militar, los cuerpos de la Guardia Presidencial, la corporación de la Primera División de Infantería y una batería de artillería, todo bajo el mando del general Pascual Cornejo Bruno. Luego del arribo del avión, el encargado de negocios de Etiopía en México, señor Petros Goitom, ascendió al tetramotor para saludar al Rey de Reyes y a las 12:35 hrs. “Su Majestad Imperial y su séquito descendieron mientras la artillería hacía una salva de 21 cañonazos; Su Majestad fue presentado por el señor Petros Goitom al director del ceremonial Alfonso Castro Valle, quien condujo al Rey al centro de la pista, donde ya se encontraba el Presidente de la República.”<sup>617</sup>

Fue hasta las 13:40 horas del día 19 de junio cuando el emperador descendió del automóvil presidencial para instalarse con todo su séquito en el Hotel del Prado. Ese mismo día se celebró una recepción en Los Pinos, a las 6:00 de la tarde y para las 8:00 de la noche ya se encontraban nuevamente en el hotel para llevar a cabo una rueda de prensa en el Salón de los candiles. Las actividades que realizó durante los siguientes días, comprendían todas las paradas turísticas propias de un visitante distinguido: el bosque de Chapultepec, donde se realizó una ceremonia conmemorativa; la Plaza México, donde presencié una novillada; visitó también Cuernavaca, la Ciudad Universitaria y el edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores; la Basílica de Guadalupe, las pirámides de Teotihuacán y la Escuela de Agricultura de Chapingo, entre otros sitios.<sup>618</sup>

El último día que estuvo en la ciudad de México se realizó una recepción de despedida también en el Salón de los candiles del hotel y al día siguiente antes de partir, el día 24 de julio, recibió en la suite del Hotel del Prado, a las 7:20 de la mañana, al ex presidente Lázaro Cárdenas con el que sostuvo una entrevista en que recordaron aquellos momentos del apoyo mexicano ante la invasión italiana. En general, la impresión que dejó el emperador tras su visita a México fue agradable.<sup>619</sup>

A pesar de las extrañas razones que trajeron al emperador a la ciudad de México, la recepción del también llamado “León de Judá” causó gusto y opiniones agradables en torno a su personalidad y comportamiento. Rafael Solana expresó su sentir al respecto cuando comentó:

Nuestro país ha recibido recientemente varios visitantes [...] Algunos han sido bastante impresionantes, pero no creemos equivocarnos si afirmamos que la personalidad que más vigorosamente ha herido la imaginación popular ha sido su majestad imperial Haile Selassie I y no por la longitud y antigüedad de sus milyunanos títulos, ni tampoco por el sufrimiento de su patria veinte años atrás, sino por su personalidad humana, por una gran simpatía que él irradia y que se comunicó a quienes han tenido la oportunidad de tratarlo o siquiera verlo.

<sup>617</sup> “Cordial bienvenida”, *El Nacional*, (20 jun. 1954).

<sup>618</sup> “Cordial bienvenida”, *El Nacional*, (20 jun. 1954)

<sup>619</sup> RAS, *50th Anniversary*, pp. 73-75.



Solana lo destacó como una persona “extraordinariamente fina y cortés”, de una puntualidad impresionante, sencilla al dejar que cualquiera deseoso de saludarlo se acercara y no rodearse de granaderos y militares, y destacó el detalle de la visita que realizó en su casa a Isidro Fabela, para recordar el apoyo que le brindó al pueblo de Etiopía aquel día en Ginebra. Así, “dejó impresionado al pueblo mexicano por la [...] significación sentimental de su visita [...], por la sencillez de su conducta, por la finísima atención con la que se dirigió a toda persona y por esa exquisita cortesía de rey [...]”<sup>620</sup>

Después de la visita del emperador, el hotel tuvo que ocuparse de cosas más “terrenales” y cuatro años después, en julio de 1958 encontramos testimonio de que otro evento grande se preparaba en los pasillos, cocinas y salones del hotel: Un banquete de para ciento cincuenta personas ofrecido por Adolfo López Mateos, presidente electo de México, en donde reuniría a lo más destacado de la intelectualidad mexicana, amigos personales la mayor parte de ellos. Todo el evento fue un ejemplo claro de la forma en que se organizaban reuniones de esta magnitud. La distribución de las mesas en E o en doble C; un enorme plano en la entrada que orientaba a los concurrentes hacia sus lugares; “ayudantes” del López Mateos recibiendo y saludando efusivamente a todos los invitados. Al parecer, el artífice de todo este movimiento fue Justo Sierra “que con su duro colmillo diplomático y protocolario había organizado aquella perfección”.<sup>621</sup>

La cita era a las 2:30 de la tarde y justo a esa hora llegó el anfitrión “cuando ya muchos de los invitados ocupaban su mano izquierda en sostener el jaibol, y la derecha en saludar a sus amigos”. Los periodistas apresuraban sus cámaras para tomar el momento en que López Mateos saludada uno a uno a los invitados que encontraba a su paso para después ser él quien los recibía de una fila enorme que se formó tras él. Sin embargo, al ser advertidos por el personal que organizaba la reunión, los periodistas guardaron sus cámaras y dejaron trascurrir el almuerzo sin interrupciones. Novo recuerda haber estado sentado junto a Manuel Gamio, entre Juan O’Gorman, Alejandro Gómez Arias y Andrés Henestrosa. También, la entrada a destiempo y dramática de Pita Amor, que desgraciadamente nadie notó por tener su atención sobre el anfitrión.<sup>622</sup>

El discurso que dio López Mateos fue “breve, elegante, enjundioso”. También participó Alfonso Caso para agradecer por la comida. Y como el asunto que los reunía era convivir y comer, no podía faltar la reseña culinaria de Novo que disfrutaba con enormemente de estos placeres: “un consomé muy bueno, en el que yo vertí para enriquecerlo la copita de jerez que lo acompañaba; y luego un filete [...], con salsa bearnesa y las papitas redondas que siempre sirven en el Prado; una ensalada pequeña, y un

<sup>620</sup> SOLANA, “Haile Selassie”.

<sup>621</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo Ruiz Cortines III, p. 335.

<sup>622</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo Ruiz Cortines III, p. 336.

postre de merengue con helado. Chateaufort du Pape y Champaña Roederer de botellas Magnum. Simple y buena minuta.” Además, las mesas estaban decoradas con orquídeas moradas, pétalos de clavel rojo y unos candelabros con velas que “ardieron un poco inútilmente.”<sup>623</sup>

Eventos de corte político como el anterior se unieron también a los festejos que la clase periodística realizaba cuando se llevaba a cabo alguna premiación, se hacían nombramientos importantes o simplemente para agasajar a los colaboradores de distintas publicaciones. Este fue el caso de Rómulo O’Farril y su hijo Rómulo O’Farril Jr., presidente y vicepresidente respectivamente, del periódico *Novedades*, quienes eligieron al Hotel del Prado como uno de sus lugares preferidos para realizar sus convivios y festejos. Uno de ellos se realizó en enero de 1959, una reunión para sus colaboradores que además de la cena incluyó el show doble de unas “mulatas muy flacas, las hermanas quien sabe qué”. Los Rómulos fueron muy amables y atendieron a todos sus invitados con cordialidad, pues antes de pasar al comedor se sirvió un aperitivo en un salón anexo al de la Alameda.<sup>624</sup>

Rómulo O’Farril quedó a cargo del periódico desde 1948 y logró convertirlo en uno de los más importantes de su tiempo. Debido a ello no es de extrañar que entre sus colaboradores hubiera escritores de la talla de Fernando Benítez, Alí Chumacero o Leopoldo Zea y que entre los invitados a la reunión se encontraran además Nemesio García Naranjo, Elena Poniatowska, Manuel González Ramírez, Ernesto García Cabral y Alberto Beltrán, Ramón Beteta y Emilio Portes Gil. Los dos breves discursos que se dieron estuvieron a cargo de Rómulo O’Farril, quien presentó a Ramón Beteta como el nuevo director del periódico, y de éste último que respondió a O’Farril y agradeció el nombramiento.<sup>625</sup>

Otro evento relacionado con el periodismo y también con los O’Farril, fue el que realizó la revista *Visión* publicación de la familia *Novedades*, para don Rómulo, también en el Hotel del Prado en febrero de 1959. A decir de Salvador Novo, todo México estuvo en aquella reunión: “[...] ministros actuales, como don Raúl Salinas y el ingeniero Rodríguez Adame; o todavía tibios de vigencia, como Gilberto Loyo; magnates de hoy, como don Emilio Azcárraga, o de ayer, como don Aarón Sáenz [...]”. El evento le dio a Novo la oportunidad de reflexionar sobre el momento que se vivía, el cambio de década y el traslape de generaciones que se dio en el banquete.<sup>626</sup>

La situación ejemplifica la forma en que los hoteles fueron uno de los escenarios en que este cambio se presenció: “Para mí aquella era una ocasión de recuerdos.

[...] Detrás del personaje, tiende uno a reconstruir a la persona con los datos de su memoria. Conversa con Gilberto Loyo y no piensa, como sí piensan los que llegan a estrechar su

<sup>623</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo Ruiz Cortines III, pp. 336 y 337.

<sup>624</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo López Mateos I, p. 4.

<sup>625</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo López Mateos I, p. 4.

<sup>626</sup> NOVO, *La vida en México* [...] Adolfo López Mateos I, p. 35.

mano, en que acaba de ser ministro de Economía [...], sino en su juventud, en sus días de estudiante, en su amistad o parentesco con Esperanza Velázquez Bringas. Saluda a don Emilio Azcárraga y recuerda los principios de la W, y evoca la imagen del patrón Elías [...] O ve llegar, encanecido, a don Aarón Sáenz, [...] saludando como hace muchos años, y recuerda uno a su hermano Moisés, y Educación y aun la Preparatoria... Y saluda al licenciado Beteta y a su hermano el general y pintor; y a Rogerio de la Selva, y las evocaciones son entonces aún más remotas; no del tiempo en que fue secretario del presidente Alemán; sino de aquel en que era estudiante [...]<sup>627</sup>

Los evocaciones se le agolparon de pronto al cronista y escritor en aquella cena del Hotel del Prado y sintió el paso de los años como quizá nunca antes, se vio a sí mismo como testigo mudo de la prosperidad, triunfo y fama de muchos.

Además de banquetes y reuniones para la política y la prensa, los salones del Hotel del Prado se convirtieron en sede de congresos y convenciones. Del 6 al 12 de enero de 1952, por ejemplo, se realizó el IV Congreso Panamericano de Oftalmología en la ciudad de México. Las sesiones se llevaron a cabo en uno de sus salones y las memorias fueron publicadas por el comité organizador del congreso ese mismo año.<sup>628</sup> Tiempo, después, ya a mediados de los años sesenta, se publicó en el periódico *Novedades*, una convocatoria dirigida a personas físicas y morales dedicadas a la industria de la transportación por la vía aérea en la República Mexicana, para asistir a la Asamblea general constitutiva de la Cámara Nacional de Aerotransportes, la cual tendría lugar el día 19 de agosto de 1964 en la ciudad de México en el salón número 6 del Hotel del Prado.<sup>629</sup>

Veintinueve empresas dedicadas al transporte público aéreo habían formado una sección especializada de la Cámara Nacional de Transportes y Comunicaciones, las cuales sesionaban con regularidad y se reunían en la ciudad de México para analizar y discutir los problema de la industria en de la transportación y de la aviación en particular. Con el crecimiento de la aviación comercial, tanto a nivel comercial como internacional, se consideró necesario que las compañías aéreas estuvieran agrupadas en una cámara industrial autónoma y de esta manera las empresas decidieron emprender las gestiones correspondientes para constituir la Cámara Nacional de Aerotransportes. Un comité organizador formado por los señores Jorge Pérez Bouraz, Luis Guzmán Carreón y Raúl Galán González se encargó de iniciar las gestiones, formular el proyecto de estatutos y dirigirse a la Secretaría de Industria y Comercio para anunciar sus planes. Fue así como pudo publicarse la convocatoria para la reunión que se llevó a cabo en el Hotel del Prado el 19 de agosto de 1964.<sup>630</sup>

<sup>627</sup> NOVO, *La vida en México [...]* Adolfo López Mateos I, pp. 35 y 36.

<sup>628</sup> Sociedad Mexicana de Oftalmología, <http://www.smo.org.mx/smo/index.php/historia-de-la-smo#19>.

<sup>629</sup> Cámara Nacional de Aerotransportes, <http://www.canaero.org.mx>.

<sup>630</sup> Cámara Nacional de Aerotransportes, <http://www.canaero.org.mx>.

De esta manera, fuera para eventos de índole social, como bodas o quince años, de tipo político, como la recepción realizada por el presidente electo López Mateos, o para cuestiones de índole laboral, como la constitución de una cámara especializada, los salones del Hotel del Prado se adaptaron a distintas circunstancias y ofrecieron a los asistentes un espacio para realizar de manera cómoda y organizada sus eventos. La comida y bebida —si había dependiendo del evento— era proporcionada por el personal del hotel y seguramente se incluía en el pago por renta del lugar. Por desgracia carecemos de la información sobre los precios que se cobraban por la realización de estos eventos, pero sabemos que para 1949 las tarifas de las habitaciones del hotel se encontraban en 25 pesos por el cuarto sencillo y 35 para el doble. Doce años después, para 1961, las tarifas iban de 80 a 155 pesos por la habitación sencilla (6.40 a 12.40 dólares) y de 100 a 180 pesos por la doble (8 a 14.40 dólares).<sup>631</sup>

El Hotel del Prado fue uno de los más visitados durante su período de funcionamiento y también uno de los que más arraigado quedó en la memoria colectiva de los habitantes de la capital. Aunque muchos no tuvieran la posibilidad de hospedarse en sus habitaciones o ser invitados a sus eventos privados, el sólo aspecto de las grandes escalinatas que daban a la avenida Juárez, los periodistas y fotógrafos cubriendo la nota de algún evento o captando a algún personaje famoso, las boutiques que se alcanzaban a ver desde la banqueta, todo se quedó guardado en los recuerdos capitalinos. Otro sitios significativo recogido en la memoria colectiva fue sin duda el cine Trans Lux Prado.

Cuando el Hotel se inauguró en 1946, este espacio funcionaba más en su modalidad de teatro, el cual se estrenó con la puesta en escena *La fuerza bruta*,<sup>632</sup> dirigida por Seki Sano, japonés radicado en México. El Trans Lux también fue escenario para que el poeta chileno Pablo Neruda leyera sus poemas y deleitara a una concurrencia reunida en aquel lugar alrededor de 1950. También recibió a los personajes más notables del comunismo mexicano el 3 de octubre de 1949, cuando se celebró en su espacio un acto con motivo de la Jornada Mundial de Lucha por la Paz “iniciada por elementos comunistas del Congreso Mundial de París”. En este acto se pidió guardar un minuto de silencio “en memoria del fotógrafo Mayo, el pintor José Clemente Orozco y Salvador Toscano”, se discutió la pertinencia de enviar mensajes a la ONU pidiendo pacto de paz entre las grandes potencias, prohibición absoluta de la bomba atómica, felicitación al frente de mujeres chinas por su actuación en la lucha y otra petición a la ONU para que no se admitiera a la España franquista en su seno.<sup>633</sup>

<sup>631</sup> Información localizada en diversos números de la revista Hoteles Mexicanos.

<sup>632</sup> Título con el que tradujo la obra de John Steinbeck *Of mice and men*.

<sup>633</sup> TORIZ, “La crítica social”; ZABLUDOVSKY, “...los versos más tristes...”; RODRÍGUEZ “Así espieron”; “El teatro de las artes, *Novedades*, (17 dic. 1946)

Sin embargo, el espacio del Trans Lux Prado se recuerda mucho más como dedicado a la cinematografía, por lo que en algunas fuentes se indica que se inauguró no en 1946, sino el 2 de abril de 1947, seguramente cuando comenzó a ofrecer este servicio. La película con la que abrió sus puertas a la exhibición cinematográfica fue *Deception*, que en español se tradujo como *Engaño*, un drama musical norteamericano producido por la Warner Bros, ambientado en la Segunda Guerra Mundial que tenía entre sus estrellas principales a Bette Davis, Paul Henreid y Claude Rains, dirigidos por Irving Rapper. El cine contaba con una capacidad cercana a las 800 localidades, por lo que era considerado un cine “pequeño” para la época. Su ubicación en el área cercana a la Alameda, lo hizo uno de los más visitados cuando ésta era un lugar importante de reunión social, de actividad cultural y donde se presentaban espectáculos de toda índole.<sup>634</sup>

Al parecer, la novedad que presentó este cine fue la proyección de las películas desde la parte trasera del edificio y ya no de frente como se acostumbraba, sin embargo tal vez este método no había sido perfeccionado porque poco tiempo después cambió su forma de proyección hacia la parte delantera del cine como lo hacían los demás. Sin embargo esto no le restó éxito a la calidad de la programación dedicada en gran parte a exhibir estrenos de películas francesas. El cine Trans Lux Prado fue frecuentado por quien gustaba de disfrutar del cine extranjero, rara vez se presentó alguna película mexicana y la mayoría eran producciones norteamericanas, francesas, inglesas, españolas e incluso rusas. El cine latinoamericano también estuvo presente con producciones argentinas.<sup>635</sup>

Sin duda el cine Trans Lux Prado fue parte esencial de la vida del hotel. La sala recibió a personas que no necesariamente formaban parte de la élite que habitó sus cuartos y pasillos o disfrutó de reuniones, fiestas o convenciones en sus salones. Las filas en las taquillas, las personas que caminaban por la Alameda y decidían pasar al cine o aquellos que se citaban en la banquetta frente a su marquesina fueron parte del movimiento cotidiano del hotel y de la zona en que éste se ubicaba. El cine Prado incluso fue inspiración para la escritora Elena Poniatowska quien elaboró un relato perteneciente a la colección *Los cuentos de Lilus Kikus*, publicado en 1954 —cuando el hotel y el cine se encontraban en pleno auge— en el que un usuario continuo de aquella sala, un espectador anónimo, con lenguaje considerado de “clase-media-correcta”, escribe una carta llena de reproches a la actriz francesa Françoise Arnoul, que nos acerca a la apasionada relación de los espectadores con el cine y

<sup>634</sup> AMADOR y BLANCO, *Cartelera Cinematográfica*, p. 264.

<sup>635</sup> GONZÁLEZ, “¡Cácaro!”. Durante sus primeros años de funcionamiento, el cine Trans Lux Prado proyectó películas europeas como *La batalla del riel* (La bataille du riel), *El eterno marido* (L’homme au chapeau rond), *Fuego sagrado* (Feu scaré), *Viajeros sin rumbo* (Le voyageur de la Toussaint) francesas, o *Flores de piedra* y *El monograma del ajuar*, rusas. AMADOR y BLANCO, *Cartelera cinematográfica*.

sus fantasías.<sup>636</sup> No cabe duda de que el cine Trans Lux Prado ocupó un lugar especial en la memoria de los capitalinos.

## **6. Avery Brundage y el Comité Olímpico Internacional: los primeros huéspedes del Hotel Camino Real**

El atleta, investigador, coleccionista y funcionario deportivo estadounidense Avery Brundage, inició su relación con México desde épocas muy tempranas. Alrededor del año 1933 vino por primera vez con la intención de conocer las culturas prehispánicas y, como coleccionista e investigador, a recoger datos y obtener una colección de piezas arqueológicas. Recorrió algunas de las zonas prehispánicas más conocidas por entonces como Teotihuacan, Cholula, Mitla, Monte Albán, Chichén Itzá y Uxmal, pero en aquellos momentos el gobierno mexicano no concedía permisos para exportar piezas prehispánicas y Brundage tuvo que desistir de sus planes. Sin embargo, se trasladó al Oriente, en donde logró recopilar alrededor de ocho mil piezas pertenecientes a diversas culturas asiáticas que finalmente donó al museo Young en San Francisco.<sup>637</sup>

En 1936 fue elegido miembro del organismo más selecto y destacado de funcionarios deportivos en el mundo: el Comité Olímpico Internacional. Así inició su carrera ascendente ya no como el atleta destacado que fue durante los años veinte, sino como organizador, promotor y defensor de la cultura olímpica y del deporte en general alrededor del mundo. En 1940, los representantes de los países del continente americano lo eligieron Presidente del Comité Deportivo Panamericano y el 1948 se modificó el reglamento para que pudiera ser elegido durante un período más. Durante la sesión del Comité Olímpico Internacional previa a los juegos Olímpicos de Helsinki en 1952, Brundage fue elegido su quinto presidente y durante ese mismo año, el general José de Jesús Clark Flores fue designado miembro del mismo organismo. Fue en este momento en que surgió una estrecha amistad que tuvo mucho que ver en que México consiguiera la sede para realizar los XIX Juegos Olímpicos en 1968.<sup>638</sup>

Al año siguiente, en 1953, Brundage presidió por primera vez una junta plenaria del COI, cuya sesión, por cierto, se llevó a cabo en México, a invitación de Clark Flores. Al parecer, funcionarios mexicanos acariciaban la idea de solicitar al organismo internacional la designación de la Ciudad de México como sede de los juegos olímpicos, por lo que comenzaron a construirse algunas instalaciones deportivas que pudieran ser escenario de competencias internacionales. Así, en 1954, México fue sede de

---

<sup>636</sup> AGUSTÍN, “Reseña”, s/p.

<sup>637</sup> Avery Brundage y México, s/p.

<sup>638</sup> Avery Brundage y México, s/p.

los VII Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe y en 1955 los II Juegos Deportivos Panamericanos que el propio Brundage había iniciado en Buenos Aires cuatro años antes.<sup>639</sup>

Los Juegos Olímpicos de Melbourne estaban planeados para 1956 pero al ver que no se avanzaba en sus preparativos, Brundage preguntó si México podría organizarlos en caso de que el COI decidiera suspender los de aquella ciudad. Los funcionarios deportivos y gubernamentales mexicanos dieron una respuesta afirmativa, pero finalmente los juegos del 56 se realizaron en su sede proyectada originalmente. Por ello fue hasta 1960 cuando se retomó la idea de que México fuera candidato y Clark Flores inició las gestiones correspondientes para lograrlo. Con Brundage claramente a favor de la causa mexicana, la sede se obtuvo en 1962 a pesar de la reñida votación y de las quejas de varios países que veían en la altura de la ciudad de México un obstáculo para su realización.<sup>640</sup>

A partir de la designación de México como la sede de los Juegos Olímpicos de 1968, se iniciaron los preparativos para llevarlos a cabo, pero fue en 1966 y 1967 cuando todo se desarrolló de manera mucho más vertiginosa. Así, a escasos dos años de llevarse a cabo el evento deportivo, parte del comité organizador de los juegos mexicanos viajaron por primera vez a Chicago para reunirse con Avery Brundage para entonces “el veterano y recio presidente del Comité Olímpico Internacional.” Al parecer, Brundage esperaba que Clark Flores fuera el presidente del Comité Olímpico Mexicano, sin embargo el cargo fue confiado a Pedro Ramírez Vázquez, lo que en un principio causó cierta incomodidad que con el tiempo se superó.<sup>641</sup>

Así, Ramírez Vázquez y Roberto Casellas, como representantes del COM, se hospedaron y reunieron en el lugar en donde el alto funcionario deportivo despachaba: el Hotel La Salle de la ciudad de Chicago, propiedad del propio Brundage. Faceta un tanto olvidada de este personaje, el rubro del hospedaje era algo bien conocido para él. Allí tenía su oficina e incluso se dice que vivía en el mismo hotel. Al parecer, el numeroso personal que lo atendía era una de sus características distintivas y todos tenían una buena relación con Brundage, quien siempre atendía a sus invitados por cuestiones laborales y personales en aquella oficina, decorada con fotografías de olimpiadas pasadas y de sus momentos de gloria como deportista.<sup>642</sup>

De esta manera, con conocimientos sobre el negocio hotelero, con los favores recibidos desde años atrás por Brundage y con la experiencia viajera tanto de mismo presidente como de los demás miembros de COI, el sitio donde se hospedarán en la ciudad de México durante juegos olímpicos debía

---

<sup>639</sup> Avery Brundage y México, s/p.

<sup>640</sup> Avery Brundage y México, s/p.

<sup>641</sup> CASELLAS, México 68, p. 18.

<sup>642</sup> CASELLAS, México 68, p. 19.

ser espectacular. Esto quedó de manifiesto en 1967 año en que el organismo internacional viajó hacia Teherán, Irán, donde los mexicanos rendirían un informe sobre los avances en la organización del evento. Roberto Casellas, uno de los asistentes a la reunión comenta:

No recuerdo haberme alojado nunca en algún hotel mejor instalado que aquél, el Hilton, ni más lujoso. Un amplísimo salón se abría a la entrada, pleno de iluminación gracias a las inmensas lámparas que colgaban del techo, de reluciente cobre labrado, especialidad del país. Alfombras suntuosas, enormes, las mayores tejidas a mano [...] se extendían sobre el piso y un retrato del Sha Reza Pahlevi, de varias veces su tamaño natural, cubría una pared en sitio prominente ¿De quién era el establecimiento? De él naturalmente. No lo había construido — nos dijeron— pero en términos de la legislación en vigor, cualquier inmueble podía pasar a su dominio mediante el pago de su valor catastral y ése había sido el caso.<sup>643</sup>

Aquel hotel se encontraba sobre la ladera de los montes Elbruz, dominando la ciudad. La habitación de Casella daba la espalda a la ciudad y a través de unos grandes ventanales se podía apreciar la majestuosidad de las Montañas Azules que se admiraban desde ellos.

En aquel viaje se llevó a cabo la 65ª sesión plenaria del organismo en el enorme salón para conferencias del hotel en donde los miembros del COI se hospedaban. En su mayoría, eran campeones olímpicos o ex deportistas con trayectoria importantes, o algunos incluso, miembros de la realeza como el representante belga, el príncipe Merode. Y allí “los señores del deporte mundial sentados alrededor de una gran mesa circular y los intérpretes al centro, se prepararon esa primavera mañana a escuchar lo que tenía que decirles el jefe de la organización mexicana, un año antes del olímpico, como es habitual”.<sup>644</sup> A partir de ese momento, la organización de los juegos olímpicos mexicanos entraría en su fase final.

Para apoyar el informe presentado, el Comité Organizador Mexicano instaló en el Hilton una vasta y completa exposición gráfica sobre las obras realizadas en los últimos años y sobre las instalaciones en general que México ofrecía a la comunidad deportiva internacional para tan magno acontecimiento. La exposición sirvió como preludio del informe que dio Pedro Ramírez Vázquez, el cual se dividió en siete rubros, uno de ellos dedicado específicamente al alojamiento. Ante el pleno del COI, que México ofrecía un total de 50,000 camas que ya habían sido puestas bajo el control del Comité Organizador y que se había iniciado ya la reservación para visitantes. El que fue llamado Certificado de Reservación de Alojamiento estaría acompañado de un Certificado de Reservación de Boletos. El Comité Organizador había previsto las reservaciones necesarias para todos los organismos y federaciones olímpicas internacionales.<sup>645</sup>

<sup>643</sup> CASELLAS, *México 68*, pp. 42 y 43.

<sup>644</sup> CASELLAS, *México 68*, pp. 60 y 61.

<sup>645</sup> *Presencia de México en Teherán*, s/p.



La delegación de México organizó en el mismo Hotel Hilton de la ciudad de Teherán una recepción a la que asistieron los miembros del Comité Olímpico Internacional, los distintos representantes de los Comités Nacionales y personalidades distinguidas del mundo social, político y diplomático, sumando alrededor de 300 invitados que, a decir de los organizadores, “conocieron de antemano la hospitalidad mexicana” tal como la conocerían durante los juegos en 1968. La reunión fue amenizada por las interpretaciones del trío musical Los Panchos y la cancionera María de Lourdes, que se trasladaron especialmente desde México para la reunión y que alternaron su actuación con la orquesta persa Laber Gugush. Al parecer, la recepción se prolongó hasta altas horas de la noche.<sup>646</sup>

Aunque una amenaza de boicot por motivos políticos<sup>647</sup>, nubló temporalmente la hasta entonces impecable organización mexicana, el asunto pudo resolverse y continuar con los últimos preparativos antes del evento y la cuestión del hospedaje resultó fundamental para que éste pudiera llevarse a cabo. Desde la Villa Olímpica Miguel Hidalgo que hospedaría a atletas, la Villa Olímpica Narciso Mendoza, para jueces y demás oficiales que avalarían las pruebas y finalmente, los hoteles de la ciudad que recibirían al público en general que asistiría a ver las competencias y a funcionarios de distintos países y dependencias que también permanecerían en la ciudad durante los juegos.

El Comité Olímpico Internacional y su presidente Avery Brundage también debieron hacer uso de uno de estos sitios de hospedaje, el cual funcionó como lugar de reuniones y sala de prensa, además de alojar a los 77 miembros con los que contaba en ese entonces. El hotel elegido para albergar a tan distinguidos huéspedes fue el Camino Real ciudad de México, el cual se encargó de atender a estos funcionarios, deportistas, nobles y hombres destacados de sus respectivos países que pasarían una temporada en la ciudad y los cuales estaban acostumbrados al trato más especializado y distinguido. La comisión ejecutiva del COI en aquellos años estaba integrada por Avery Brundage como presidente, el Marqués de Exeter como vicepresidente y como miembros, el irlandés Lord Kilanin; el italiano Giorgio di Stefani; el francés Armand Mansard; el ruso Konstantin Adrianov, el paquistanó Sayed Wajid Alí; el libanés Gabriel Guemayel; y el mexicano José de Jesús Clark Flores.

Este selecto grupo, que tiene como sede regular la ciudad de Lausana en Suiza, solía reunirse también allí en un hotel, el Beau Rivage, instalado desde 1861 y ubicado justamente en una parte conocida como Léman, que forma parte de la ribera del Lago Geneva, compartido por Francia y Suiza. Un edificio estilo “fin de siècle”, espacioso, con cuartos elegantes, salones y terrazas, entre jardines de

---

<sup>646</sup> *Presencia de México en Teherán*, s/p.

<sup>647</sup> Algunos países amenazaron con cancelar su participación en los juegos olímpicos de 1968 por la invitación que México hizo a Sudáfrica, cuando este país exhibía claras prácticas racistas. Avery Brundage repitió a los cuatro vientos que el olimpismo nada tenía que ver con política. Para él la República Sudafricana tenía el mismo derecho que cualquier otro país para participar en los juegos. CASELLAS, *México 68*, pp. 129 y 130.

ensueño, suntuoso, confortable, era el sitio donde se podía encontrar sobre todo a los funcionarios del comité ejecutivo, pero también a los demás miembros del COI cuando había reuniones en aquella ciudad. Por ello, el sitio de hospedaje en México para el organismo también debía ser de la mejor calidad, con los servicios de primera e instalaciones como nunca antes se habían visto en el país.<sup>648</sup>

El Hotel Camino Real cumplió con todas estas especificaciones. Como vimos en otros capítulos de esta tesis, el edificio era completamente novedoso en la ciudad por su estructura y sus espacios y además, los servicios con los que contaba eran los más modernos de entonces. El lugar ideal para instalar a los funcionarios deportivos y organizar todas las actividades que tuvieran que llevar a cabo durante los juegos. En febrero de 1968, Brundage hizo un viaje relámpago a la ciudad de México para supervisar los preparativos para el evento. Para entonces, el Hotel Camino Real se encontraba todavía en construcción y por ello visitó las obras junto con el arquitecto Ricardo Legorreta y el ingeniero constructor Crescencio Ballesteros. El sitio de hospedaje se inauguraría el 25 de julio, apenas dos meses antes de que comenzara a recibir a sus invitados internacionales.<sup>649</sup>

Pocos días antes de su inauguración se anunció el nombramiento de Federico Jiménez O’Farril para desempeñar el puesto de Director General del hotel, quien tendría que enfrentar la avalancha de reservaciones, atender a los huéspedes más diversos y exigentes, organizar los diversos espacios que se ocuparían, los salones para los eventos, los restaurantes y, en general, para mantener al hotel funcionando de manera adecuada durante aproximadamente el mes que duraría el evento desde la llegada del COI hasta la clausura de los juegos. Jiménez O’Farril había trabajado en hoteles de París, Suiza y Madrid, por lo que se consideró que contaba con la experiencia necesaria para estar a la cabeza del Camino Real. También había ocupado diversos cargos dentro de la hotelería organizada en el país, como el de Presidente Fundador de la Asociación de Ejecutivos de Ventas de Hoteles y Presidente de la Asociación de Hoteles del DF, por lo que las relaciones y coordinación con los demás sitios de hospedaje de la ciudad estaría asegurada.<sup>650</sup>

Así, el Camino Real fue reservado íntegramente del 1º al 31 de octubre por el Comité Organizador de los Juegos Olímpicos para alojar al personal ejecutivo del Comité Olímpico Internacional y a los invitados del comité organizador. La llegada de los miembros del COI y todos aquellos relacionados con el organismo fue a principios de octubre, cuando la situación de movilización estudiantil en la ciudad había llegado a su conclusión tras los sucesos de Tlatelolco. Por ello, el Hotel Camino Real se convirtió en el centro de prensa del COI, que un día después de aquel 2 de

---

<sup>648</sup> CASELLAS, *México 68*, p. 140.

<sup>649</sup> “Visitó Avery Brundage”, p. 5.

<sup>650</sup> “Jiménez O’Farril”, p. 4.

octubre comenzó a ofrecer las primeras declaraciones, en voz de su presidente, para tranquilizar a quienes pensaron que los juegos podían suspenderse.<sup>651</sup>

Fue el 3 de octubre cuando el Comité Olímpico Internacional inició su reunión a las 9:30 horas en su sede oficial ubicada en el Camino Real y las 13:00 horas cuando Avery Brundage emitió su contundente mensaje:

Hemos consultado con las autoridades mexicanas y nos han asegurado que no habrá interferencia en la entrada de la Flama Olímpica en el estadio, el día 12 de octubre, ni en los eventos que le sigan hasta su clausura. Hemos sido asegurados que las manifestaciones y actos de violencia que se han suscitado en esta gran metrópoli de seis millones de habitantes, no han tenido en ninguna ocasión, relación alguna con los juegos olímpicos, ya que éstos tienen todo el apoyo del pueblo mexicano.

El presidente del COI agregó que en calidad de huéspedes confiaban en el pueblo mexicano cuyo “deportivismo y hospitalidad son de fama universal”, se unirían a la celebración de los juegos junto con participantes y espectadores, evento que sería un “oasis en este mundo atribulado”. El comunicado escrito salió de las oficinas de prensa, ubicadas también en el hotel, a las 16:00 horas de ese mismo día.<sup>652</sup>

Aparentemente pasó la crisis de esos primeros días y el verdadero movimiento en el hotel comenzó una semana antes de los juegos: “[...] el Hotel Camino Real hervía de animación”, atestiguó Roberto Casellas. “Quienes entraban o salían no podían menos que detenerse a contemplar el agua de su circular estanque, al frente del edificio, que simula el oleaje de un mar embravecido y gira con un frenesí casi igual al que sucedía en el interior”. En el gran salón de la entrada, yendo y viniendo con pasos nerviosos y apresurados, una verdadera legión de visitantes esperaba ser atendida y aparentemente, no sólo esperaban los funcionarios, también representantes del comité organizador, deportistas, edecanes, periodistas, mensajeros, curiosos y demás.<sup>653</sup>

Por los largos corredores alfombrados, pintados de colores vivos y brillantemente iluminados, iban y venían también —todos vestidos con sus blazers que ostentaban el escudo de sus respectiva organización en el pecho—, los miembros de las federaciones deportivas y otros futuros participantes como jueces, cronometristas, entrenadores y toda la gama de expertos del deporte que se reúnen cuando un evento de esta magnitud se lleva a cabo.<sup>654</sup> Se distinguían personas de los más diversos países, todos hablando lenguas diferentes pero entendiéndose e interactuando en estos nuevos lugares que mostraban

---

<sup>651</sup> “El Camino Real”, p. 5.

<sup>652</sup> “Lo declaró ayer”, *El Siglo de Torreón*, (4 oct. 1968) y *La XIX Magna Olimpiada*, p. 22.

<sup>653</sup> CASELLAS, *México 68*, p.195.

<sup>654</sup> CASELLAS, *México 68*, p.195.

al mundo la modernidad mexicana tanto en el hospedaje, como en el arte exhibido en sus espacios y en los servicios ofrecidos.

Otro tipo de personajes circulaban y rondaban por los pasillos y espacios del hotel. Confundidos entre aquella muchedumbre, buscando cualquier noticia para enviar a sus respectivas publicaciones y satisfacer la avidez informativa del mundo entero, estaban los oportunos reporteros, algunos con trayectorias ya reconocidas en su profesión y por lo tanto, generadores ellos mismo de noticia y cuya sola presencia conmocionaba a quienes estaban a su alrededor. Pero sin duda los miembros del COI eran los que llamaban más la atención en su circular cotidiano por el Camino Real. Distinguiéndose entre los demás, algunos por su edad y otros por el respeto con que los trataban sus acompañantes o asistentes, así como por el interés que despertaban a su paso, deambulaban por todo el lugar.<sup>655</sup>

Conscientes de su importancia, algunos portando sacos con emblemas de sus organizaciones y el escudo olímpico en la solapa, se veían sonrientes o demasiado serios, dependiendo de la manera en que fueran abordados por sus interlocutores. Siempre corteses a pesar de las preguntas incómodas que algunos reporteros podían llegar a formular, parecían sentirse orgullosos y saber que de todas las personas que se encontraban en el lugar, ellos representaban la cumbre del deporte internacional y es que, al parecer, llegar a ser miembro de este distinguido grupo entrañaba, además de haber recorrido los cuatro puntos cardinales del planeta, alternar con las figuras internacionales más reconocidas no sólo en el ámbito deportivo, sino en el de la política, las finanzas y la “alta sociedad”. Aparentemente, en aquellos años, sólo quienes poseían fortunas personales o fueran apoyados por sus gobiernos podían aspirar a ser miembros de esta centenaria agrupación.”<sup>656</sup>

Se recuerda también que como un gesto de agradecimiento a todos aquellos turistas nacionales o extranjeros que se alojaron en los hoteles capitalinos durante los juegos, se levantó un censo entre los huéspedes para informase sobre quiénes cumplían años de vida o matrimonio durante su estadía en la ciudad, con la intención de hacerles un regalo significativo, agregando un ramo de flores y en casos muy especiales, el detalle de las serenatas para quinceañeras o recién casados. Alrededor de 183,388 personas visitaron la ciudad durante los juegos, los cuales derramaron aproximadamente dos millones de dólares entre el 15 de septiembre y el 31 de octubre. Las autoridades turísticas consideraron el

---

<sup>655</sup> CASELLAS, *México 68*, pp. 195 y 196.

<sup>656</sup>El COI estuvo en un principio integrado por 15 miembros, entre los que se encontraba el barón de Cubertain. Para la época en que se realizaron los juegos de México 68, eran alrededor de 77. Debían hablar inglés o francés (aunque llegó a haber excepciones) y ser ciudadanos residentes de un país que tuviera Comité Olímpico Nacional. Con pocas salvedades no había más que un miembro por cada país y en esta época México tenía dos. Antes, los miembros eran electos de por vida, pero en la actualidad el retiro es obligatorio a los 72 años. El presidente dura en el cargo ocho años siendo susceptible de reelección. CASELLAS, *México 68*, pp. 196, 264 y 265.

evento como un éxito en esta área y detalles como el de arriba mostraron la coordinación entre el Comité Organizador y los hoteles capitalinos.<sup>657</sup>

Un día antes de que se llevara a cabo la clausura del evento deportivo, Avery Brundage ofreció una conferencia de prensa en el Salón Oaxaca del Hotel Camino Real, a las 18:00 horas, a la que asistieron alrededor de cien corresponsales extranjeros y nacionales. En aquella conferencia, el presidente del COI calificó los juegos de la XIX Olimpiada de la era moderna como “un grandioso éxito de México”, tanto por las instalaciones, como por la organización, consideró que serían difíciles de superar. De igual modo, mencionó que el organismo internacional seguiría luchando por mantener fuera del evento la política ya que los juegos eran “la puerta moral más importante del mundo de hoy”. Exhortó a la prensa a colaborar para mantener dentro de su “mayor pureza, los orígenes del olimpismo”.<sup>658</sup>

El mismo día de la clausura, Avery Brundage fue conducido del Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria a su hotel, el Camino Real, acompañado de María Cristina Múgica, su secretaria, de origen mexicano y por quien aparentemente Brundage sentía tanta simpatía por el país, y también por Olga Ramírez Campuzano, la hija del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, quien había participado en el evento como edecán. Él y un grupo de amigos cenaron en el restaurante Azulejos del hotel un típico plato de tacos para dar por concluida la jornada olímpica. Casi un mes completo de estancia en México que inició con contratiempos pero que aparentemente habían sido sorteados para que el país mostrara al mundo su cara moderna, estable y pacífica.<sup>659</sup>

Avery Brundage como presidente del COI, fue un personaje con mucha actividad durante su estancia en México. De manera oficial, inició con la reunión del organismo internacional unos días antes de la inauguración de los juegos, en donde el norteamericano fue reelegido para ser su presidente por un período de cuatro años más, y culminó con la clausura de los juegos. En sus últimos momentos en México, se le captó firmado el libro de visitantes distinguidos del Hotel Camino Real, en la suite presidencial, la que fuera su hogar y oficina durante todo el tiempo que duró la justa deportiva.<sup>660</sup>

Después de su inauguración y del torbellino inicial por la llegada de los Juegos Olímpicos, así como por la responsabilidad que significó hospedar a todos los funcionarios del deporte internacional e invitados especiales, el hotel continuó con sus funciones, o más bien, inició sus labores en el área del hospedaje de primera calidad capitalino con su ritmo cotidiano. Habitar el Camino Real se convirtió en

<sup>657</sup> CASELLAS, *México* 68, pp. 271-273.

<sup>658</sup> “México dio una lección al mundo”, pp. 27 y 28.

<sup>659</sup> “México dio una lección al mundo”, p. 31.

<sup>660</sup> “Avery Brundage en el Camino Real”, p. 4.

una nueva experiencia pues para estas alturas los servicios considerados de un hotel de primera categoría habían cambiado un poco. Si bien los restaurantes, bares y cafeterías seguían siendo uno de los ejes centrales de su movimiento diario, los espacios como teatros y cines se dejaron de lado para privilegiar los salones y sitios de reunión para grupos numerosos, así como en las áreas de exhibición artística.

Salvador Novo, por ejemplo, cuenta que fue hasta aproximadamente veinte días después de haber terminado el evento deportivo, pudo conocer el Camino Real porque fue a comer al restaurante Fouquet's que se encontraba en su interior: "Comer en Fouquets me permitió conocer, o asomarme a él, ese nuevo y hermoso Hotel Camino Real. Y reforzar mi convicción de que mientras más altos sean los precios de los platillos que se comen los ricos, mejor satisfacen ellos neuróticamente el inconsciente deseo de disfrutar su deseo haciéndolo desaparecer, sepultándolo en la personal caja fuerte de sus entrañas." El experto gastronómico que disfrutaba de la comida casi tanto como de la lectura, prefirió comentar sobre los precios exorbitantes del lugar que sobre la calidad de sus alimentos.<sup>661</sup>

Por la noche de ese mismo día, el escritor volvió al Camino Real, en esta ocasión para inaugurar la exposición de fotografías de Héctor Herrera. Novo cortó el listón con unas breves palabras y recorrió el salón en que el "joven Héctor, que hereda de su padre afición y oficio, expone setenta y tres embellecidas efigies de personajes de la ciudad: novias, señoras de sociedad, futbolistas, actrices, pintores, deportistas." La ocasión le permitió saludar a viejos conocidos e incluso comenta que también platicó con el padre Manuel Arellano, del Espíritu Santo y con el padre Andrade que había bendecido la exposición.<sup>662</sup>

Entre enero y febrero de 1969, el Camino Real fue sede de los seminarios organizados por la Asociación Mexicana de Caminos. Rómulo O'Farril, antes tan asiduo y organizador de reuniones en el Hotel del Prado, al parecer cambió su centro social al Camino Real en Polanco pues fue allí donde organizó el banquete de clausura de esta actividad que la AMC realizó días antes. El presidente de la República, Lic. Gustavo Díaz Ordaz también acudió al evento pero a horas tempranas de la mañana para saludar a los asistentes y no se quedó a la comida. Novo, que impartió una conferencia durante los seminarios, charló en el evento con Martín Luis Guzmán, que se encontraba en la mesa diez, igual que él, así como con Daniel Morales y Carlos Lozano García.<sup>663</sup>

Otro evento al que asistió el escritor y que nos muestra la variedad de actividades que se llevaron a cabo en el hotel fue la inauguración de la III Semana Internacional de la Moda. Al parecer,

---

<sup>661</sup> NOVO, *La vida en México [...] Gustavo Díaz Ordaz I*, p. 430.

<sup>662</sup> NOVO, *La vida en México [...] Gustavo Díaz Ordaz I* pp. 430 y 431.

<sup>663</sup> NOVO, *La vida en México [...] Gustavo Díaz Ordaz I* p. 460.

había más reporteros y fotógrafos que asistentes, todos disparando sus cámaras y preparando sus notas, fijándose en el tipo de atuendo que todos los presentes llevaban. La actriz norteamericana Gail Patrick fue la presentadora del evento que duró varios días y en los cuales se presentaron varias pasarelas de atuendos masculinos y femeninos de acuerdo con las tendencias de la época. El desfile masculino estuvo encabezado por la marca italiana Brioni, casa fundada en 1945 y referencia indiscutible entre aristócratas y adinerados europeos que pronto empezó a ganar la simpatía de los ricos norteamericanos que solían pasar vacaciones en Roma.<sup>664</sup>

El Hotel Camino Real nació con la responsabilidad de albergar a un selecto y distinguido grupo de visitantes extranjeros —con amplia experiencia en viajes—, que darían su opinión al mundo acerca de los servicios de hospedaje y sobre la famosa hospitalidad mexicana. Durante los juegos olímpicos el lugar fue un centro de actividad importante que no se detuvo en todo el mes en que el COI lo utilizó como su centro de operaciones. Al terminar el evento, el hotel tuvo que adquirir su propio ritmo de operaciones y organizar sus actividades para dar alojamiento a una nueva clase de turismo, ya no a turistas en ciernes o a personas sin experiencia en viajes, o al turismo nacional que pasaba unos días de vacaciones en la ciudad. Los tiempos habían cambiado y tanto en México como el mundo, los estándares de calidad y servicio en los espacios de hospedaje también. La consolidación de los servicios hoteleros en la ciudad de México había llegado finalmente.

---

<sup>664</sup> NOVO, *La vida en México [...] Gustavo Díaz Ordaz I*, p. 508.



Entrada principal del Hotel Camino Real 1968  
(Foto Armando Salas Portugal [www.tumblr.com](http://www.tumblr.com))



## Conclusiones

La creación del espacio hotelero moderno en México y la difusión de la actividad hotelera en general, fue un proceso largo y complejo repleto de altibajos. Como lo revisamos a lo largo de esta investigación, los actores principales, encargados de crear tanto física como cultural y económicamente este nuevo lugar, interactuaron desde distintos ángulos, con diversas visiones y quizá con distintos objetivos pero todos fueron indispensables para dar sustento a la que prometía ser la actividad más importante dentro del panorama turístico mexicano: la hotelería y los servicios de hospedaje.

En esta tesis aprendimos sobre la importancia del hotel de lujo en el imaginario moderno sobre la ciudad. El lugar que adquirió dentro de un proceso de cambio drástico tanto física como mentalmente y cómo difirieron las perspectivas sobre él dependiendo del ángulo desde donde se viviera. Espacio ambivalente, al igual que la misma ciudad, en sus salones y pasillos convivieron personas de muy diferente tipo, pero que desde sus distintas posturas, aceptaron la presencia del “otro” sin que esto generara conflictos. Entonces, encontramos que la asimilación e impronta del hotel en el imaginario y cotidianidad capitalina fue mucho más rápida que el éxito económico que sus promotores auguraban y que sí llegaría pero mucho tiempo después.

Nos sorprendió la manera en que, a pesar de no ser usuarios regulares del lugar, los habitantes de la capital los ubicaron como un referente, un símbolo de estatus y un lugar deseable para trabajar, para convivir y para habitar. Aunque aparecieron referencias al sitio como un albergue para personajes atormentados, en general el tono que se utilizó para describirlos fue positivo, un ideal a alcanzar para cualquiera, un sitio festivo y de relación entre personas disímiles y de esta manera se propagó entre los habitantes de la capital a través de la literatura y el cine. Funcionó como un símbolo esperanzador de un México moderno que había dejado atrás los momentos de violencia e inestabilidad provocados por el conflicto armado de 1910. México no podía ser el mismo después de este proceso, el espacio hotelero funcionó como un ejemplo de ese nuevo México que se exaltó en el discurso estatal posrevolucionario.

Otro hallazgo interesante que logramos distinguir a través de esta investigación, fue la extraña relación entre el empresariado hotelero y los funcionarios gubernamentales, desde el presidente de la república, hasta los representantes de los diferentes organismos encargados de la actividad turística. En general se ha considerado que ser empresario es garantía de amistad e incluso de complicidad con el gobierno, sin embargo, es probable que las relaciones entre estos dos grupos hayan sido una de las más conflictivas e inestables a lo largo del siglo XX. Con lo que respecta a los empresarios turísticos y

hoteleros, sucedió lo mismo. Una relación de amor y odio se estableció entre ellos y en algunos momentos, ésta pendió de un hilo. Los funcionarios que creíamos se habían dedicado con mayor ahínco a difundir la actividad turística fueron los que en algún momento arriesgaron más los logros alcanzados por la iniciativa privada en el afán de recuperar los espacios perdidos ante ella. Encontramos una variedad de matices en la participación individual y en la acción conjunta de estos dos grupos sin los cuales la hotelería no hubiera podido afianzar su desarrollo, que resultó complejo entender su dinámica y definitivamente es necesario estudiar más detenidamente este fenómeno.

Se desplomó también la idea del empresario hotelero como un hombre exitoso y despreocupado que ganaba dinero a manos llenas a costa del trabajo de otros e invirtiendo una cantidad mínima en el desarrollo de su proyecto. Si bien es probable que tras el establecimiento de las cadenas hoteleras el trabajo empresarial resultara menos problemático, durante los años en que se inauguraron los primeros hoteles modernos en la capital, la actividad del empresario era comparable a dar un salto al vacío sin paracaídas. Incursionar en una actividad nueva como la hotelería no sólo implicó crear la infraestructura necesaria: construir y equipar el hotel siempre requirió de sumas importantes de dinero que se iban como agua sin generar ganancias; la novedad le exigió al empresario crear un discurso que justificara su creación y que convirtiera al hotel en un producto deseable para los consumidores.

De allí la importancia del empresario no sólo como inversionista o proveedor de divisas, sino como difusor de discursos y constructor de imaginarios. A través de esta investigación la figura del empresario nos muestra un rostro más amable, pero sobre todo, más entregado y dedicado a una causa, a una meta y a la búsqueda de un beneficio común, no sólo de grupo. Incluso llega a presentarse como un férreo opositor a las políticas gubernamentales y en algunos casos, como “víctimas” de la ignorancia e intransigencia del gobierno posrevolucionario que trataba de acaparar y apropiarse de una actividad que se les confió desde sus albores. A las exigencias que requería el establecimiento de un hotel se agregaron las trabas burocráticas, las cargas fiscales y el control tarifario que convirtió a la actividad en un auténtico viacrucis que pocos pudieron soportar.

Sin estar exentos de conflictos, como en toda relación, el caso de los empresarios también resultó diferente cuando hablamos de cuestiones laborales. La particularidad del trabajo hotelero devino en una forma especial de trato y colaboración entre todos los miembros de la comunidad hotelera que incluyó desde los empleados administrativos encabezados por el gerente, hasta los trabajadores que se encontraban en los puestos bajos de la pirámide laboral. Otra característica interesante que rescatamos, fue el de la movilidad laboral y la posibilidad de acceder a puestos más

altos a través del trabajo y la experiencia adquirida en el establecimiento. Es probable que esta práctica permaneciera a pesar de la importancia que se dio con el tiempo a la capacitación del personal hotelero.

Aporte relevante de esta investigación, fue rescatar el aspecto arquitectónico del nuevo espacio hotelero. La arquitectura durante el período estudiado fue utilizada por los gobiernos posrevolucionarios como forma de legitimación y como una muestra de que la “justicia revolucionaria” llegaba hasta el pueblo. Viviendas para trabajadores, hospitales, escuelas, representaron al discurso oficial y los intereses de la clase gobernante. Sin embargo, el espacio hotelero manifestó los deseos y perspectivas de una clase económica y social en ascenso, un ideal tecnológico y moderno que nos mostró con mayor nitidez las expectativas de una población diversa y que en gran medida contribuyó y ejemplificó el cambio tanto mental como físico que se llevó a cabo en la ciudad durante estos años. Las nuevas áreas y servicios integrados al hotel fueron signo de la transformación en los medios de diversión, entretenimiento y sociabilidad entre los habitantes de clase media y alta de la capital, pero también se integró a los anhelos de una población que visualizaba y esperaba con expectación la llegada de la modernidad y sus beneficios.

Temas ligados de manera muy estrecha con la construcción de los hoteles y sus problemáticas fueron: la forma en que los arquitectos trataron de traducir la modernidad a los materiales de construcción: cristal, acero y plástico desplazaron a la tradicional madera, ladrillo o adobe, para agregar un aire futurista y de vanguardia a las edificaciones de acuerdo con los avances en sistemas constructivos y las innovaciones tecnológicas que se integraban también a los servicios que proporcionaba el hotel; La participación de artistas destacados en el diseño y concepción de sus espacios y en la elaboración de obras hechas especialmente para estos sitios; y el financiamiento de empresarios tanto a los artistas mismos como a eventos culturales y espectáculos que se llevaban a cabo en sus instalaciones.

Un reto especial de esta investigación, consistió en integrar lo referente al tema laboral. Con grandes lagunas historiográficas, información tendenciosa, poca documentación y un gran desconocimiento acerca de la historia social de los trabajadores del área de servicios en la ciudad de México, fue un verdadero reto que puede considerarse sólo la punta de una madeja de la que queda mucho por desenredar. Lo que se mostró en esta investigación es sólo una de las múltiples aristas del tema, sin embargo nos atrevemos a afirmar que hasta ahora, el tema de los trabajadores hoteleros no se había tratado a detalle como lo hicimos aquí. La historia de una central obrera, de su organización, la relación con patrones y otros empleados del ramo, sus conflictos internos, la relación con otras centrales obreras y con las grandes agrupaciones gremiales, son indicadores también del desarrollo de

la actividad, de su profesionalización y de la importancia que adquirió al paso de los años. Su peculiaridad también radicó en que, a pesar de ser que el turismo era una actividad nueva, la organización laboral fue muy temprana, lo cual les permitió adquirir una identidad gremial y ser conscientes de la importancia de su participación en el sector mucho antes incluso que los empresarios.

Finalmente, resultó también necesario y de provecho tratar de rastrear a las personas que habitaron los hoteles capitalinos durante nuestro período de estudio. Eslabón fundamental para el desarrollo de la empresa hotelera: sin huéspedes no había hotel. Incluso más que en la cuestión laboral, las fuentes para integrar el último capítulo de la tesis resultaron escasas y poco confiables. A falta de libros de registro, y de documentación salida de los establecimientos, tuvimos que conformarnos con testimonios escritos durante la época y con noticias de la prensa, lo que obviamente redujo nuestra muestra, sin embargo, resultó igualmente provechoso acercarnos a aquel mundo de cine, deportes, negocios y política que rodeaban a los huéspedes de estos sitios y a todo lo que había detrás de la llegada del turismo a la ciudad.

Pero independientemente de los hallazgos puntuales de esta investigación, es probable que lo más destacado a lo largo de ella fuera cómo acercarnos al espacio hotelero nos mostró una serie de transformaciones en la sociedad y en la cultura mexicana capitalina durante el período estudiado. Así, de ser una actividad un tanto marginada, a la que se prestaba nula atención, con la consiguiente falta de legislación que la regulara y múltiples problemas en su personal, funcionamiento e instalaciones, los pequeños espacios tradicionales de hospedaje como posadas y hoteles minúsculos que generalmente funcionaban en casas adaptadas para este propósito, tuvieron que ceder sus funciones a otros creados ex profeso para atender a un público que no podía ya alojarse en aquel tipo de casas generalmente relacionadas con robos, extorsiones y escenas que ilustraban la nota roja de los periódicos capitalinos.

El viajero, cedió su paso al turista, aquel visitante que llegaba a un lugar extranjero con el propósito fundamental de pasar un rato de esparcimiento y diversión, pero con él, llegaron también nuevos actores a escena: empresarios y negociantes, deportistas, estrellas de cine o intelectuales que viajaban por motivos laborales. Un nuevo tipo de público paseaba por los pasillos del espacio hotelero, dejando atrás a lo generales y demás militares que a veces todavía protagonizaban alguna que otra trifulca dentro de los establecimientos; o a aquellas señoras pomposas que pertenecían a una decadente élite porfirista que aún ostentaba aires de grandeza y apellidos de abolengo. También quedó fuera de este nuevo espacio, un ingrediente que acompañó al conflicto armado revolucionario y los primeros años de la posrevolución: la violencia. Riñas, peleas públicas y maltratos entre parejas, balaceras y ajustes de cuentas, suicidios y robos a mano armada, eran comportamientos que no cabían en un

espacio moderno, o por lo menos, no a la vista de todos, en una ciudad que aspiraba el reconocimiento mundial.

Quedó atrás el tiempo de la improvisación, de los establecimientos manejados por una o dos personas, o por los miembros de una familia. Mientras más complejo y grande fuera el hotel, más especialización y trabajadores se necesitaban. Surgió la necesidad de crear instituciones especiales para formar a aquellos que aspiraran a trabajar en uno de estos nuevos hoteles y el aprendizaje a través de la experiencia, así como el paso de conocimientos más personalizada, de un individuo a otro, se abandonó poco a poco. Los escasos saberes con los que se contaba heredados de la tradición decimonónica de hospedaje a través de posadas, mesones y ventas, más los acumulados desde principios de siglo y a lo largo de años de prácticas, de experimentos y de errores que iniciaron con más regularidad en los años veinte, dieron paso a la tecnificación de la práctica hotelera, mucho más cercana en su interés por obtener mayores utilidades, que por mantener la cercanía y eficiencia hacia los clientes. La despersonalización y estandarización del servicio hotelero llegó aproximadamente en la década de los años sesenta y terminó casi por eliminar aquellos días en que dueños, huéspedes, trabajadores y empleados eran, si no en número, si en cercanía, como una familia.

Los empresarios y dueños de los nuevos sitios de hospedaje también se transformaron. Si bien entre mediados de los años veinte y treinta fue mucho más común que militares, políticos y funcionarios gubernamentales, revolucionarios de una u otra manera involucrados en el proceso armado y en su posterior resolución, fueran los mismos promotores de las empresas hoteleras, con el paso de los años esta participación tan notoria también disminuyó. La diversificación del ramo, un alejamiento parcial del gobierno hacia la actividad, lo complejo que resultó montar un hotel y echarlo a andar a pesar de lo fácil que parecía y los cambios mismos en la manera de hacer empresa hicieron que muchos se alejaran de la actividad, que prefirieran buscar otro tipo de inversiones o que llegaran individuos del extranjero, con un bagaje más amplio en torno a la hotelería y sus pormenores, que de manera relativamente fácil desplazaron de la escena a los pocos mexicanos que habían logrado un lugar después de años de trabajo.

Todos estos procesos, enmarcados en la propia transformación de la ciudad de México tanto física como cultural y socialmente, muestran la riqueza, complejidad y necesidad de estudio de estos nuevos espacios de interacción social, de participación cultural y de inversión financiera. Dimensionar el tamaño de una empresa como la que se llevó a cabo durante aquellos años y valorar los múltiples matices que se presentaron durante su desarrollo es una tarea difícil que hemos tratado de abordar

atendiendo también la necesidad de resaltar el aporte que la hotelería y sus actores hicieron a la vida nacional no sólo desde el punto de vista económico, sino político, social y cultural.

Queda claro que la transformación de la hotelería en una actividad profesional, apoyada desde el Estado, financiada por particulares y posteriormente también por los fondos gubernamentales creados para su desarrollo, fue un proceso que llevó años y que costó trabajo consolidar. El discurso creado desde el Estado por promotores interesados en el desarrollo turístico pero vinculados con el gobierno, como Alberto J. Pani o Luis Montes de Oca, quienes promocionaron esta actividad y al turismo en general como la panacea a gran parte de los males que se arrastraban desde los aciagos años revolucionarios y después debido a la inestabilidad política y económica de los gobiernos posrevolucionarios, fue eficaz y no sólo llegó a los oídos de los empresarios y de aquellos que apenas empezaban a visualizar la actividad empresarial como una posibilidad viable de desarrollo y sustento, sino a los de la población en general, que comenzaron a prestar mayor atención a un discurso nacionalista que prometía modernidad, exaltaba las bellezas naturales, las tradiciones y la historia mexicana, pero que en realidad era parte de la publicidad que trataba de presentar al país como un producto atractivo para consumidores extranjeros.

Si bien el discurso exaltaba sólo las cuestiones “agradables” y provechosas de la actividad, al final del día es necesario hacer un balance y preguntarnos si fueron realmente los resultados positivos y los éxitos los que abundaron, y si se alcanzaron los objetivos planteados con miras a un mejoramiento a nivel nacional o terminaron por predominar los fracasos, las decepciones y los intentos fallidos que siempre quedaron en espera de un momento mejor para concretarse. En este mismo sentido vale la pena reflexionar también en torno a la actividad hotelera mexicana, que en realidad nunca logró ser tan mexicana como lo esperaron sus pioneros.

Si es que puede hablarse de un modelo de hotelería puesto en práctica en México, podemos decir que éste siempre trató de imitar a los externos que se habían implementado de manera exitosa en otros lugares del mundo, principalmente, en Estados Unidos, finalmente, los más esperados huéspedes que se alojarían en estos espacios justamente provenían de aquel país, qué mejor que recibirlos como si estuvieran en su propia casa. Sin embargo, esto hizo que el nuevo y moderno espacio hotelero se alejara cada vez más de los usuarios mexicanos, de sus gustos, sus necesidades y su carácter, además de sus posibilidades de costearlo.

Alberto J. Pani, en su propuesta inicial relativa a la construcción de hoteles en la ciudad de México, distinguió la necesidad de crear dos tipos diferentes de hotel: el que se debía dirigir exclusivamente hacia el público extranjero, comparable con los de las grandes capitales del mundo,

para aquellos que invertían fuertes cantidades de dinero sin problemas, y otro de dimensiones más grandes pero de menor precio, para aquellos que les resultara imposible acceder a los hoteles considerados de primera categoría, para el turismo pobre de las excursiones a precio fijo, para el turismo nacional que viajara a la capital por placer. Sin pena ni congoja, el funcionario distinguió desde aquellos primeros momentos la existencia de dos sectores distintos tanto cultural como económicamente.

A pesar de que en un momento se pensó en incluir a ambos en el mismo tipo de establecimiento, quizá debido al resplandor ocasionado por los beneficios económicos de la situación de guerra y posguerra, el brillo no duró mucho y las diferencias se acentuaron al paso de los años, hasta volverse prácticamente inaccesibles para el mexicano promedio e incluso en ciertos casos, también para el americano promedio. Sin embargo éste último tenía menos problema en pagar un hotel de primera categoría a pesar de saberlo caro, pues su experiencia le indicaba que el precio se traduciría en un mejor servicio y en una disminución de problemas que seguramente encontrarían en un establecimiento más barato. Pero con la población nacional no sucedió lo mismo.

La falta de conocimiento alrededor del tema, sobre los servicios, las instalaciones, el trabajo que había detrás de cada habitación aseada y bien presentada, el mantenimiento cotidiano del edificio, entre muchos aspectos más, aunado a la desconfianza hacia los empresarios y funcionarios encargados de decidir las tarifas, hacían que éste se guiara sólo por el precio, lo cual, junto con la muy mexicana idea de que siempre es mejor ahorrar unos pesos, dio como resultado que sólo un público nacional reducido accediera a estos nuevos espacios. De esta forma el uso de los hoteles de primera categoría se convirtió en un símbolo de status para los usuarios mexicanos que tenían posibilidades de costearlo. Por otro lado, la competencia y el surgimiento de nuevos lugares que ofrecían cada vez más servicios y mejores instalaciones, fue disminuyendo el uso de otros que por distintas razones no podían igualarse a los recién construidos. Esto hizo que redujeran su categoría, volviéndose espacios más apropiados para un público menos exigente y que no quería gastar más.

Podría decirse que la llegada de las cadenas hoteleras terminó con la posibilidad de que existiera en el país una hotelería que pudiera considerarse como mexicana. Aunque en un primer momento surgieron debates en torno a la conveniencia de ofrecer al extranjero muestras de “lo mexicano” a través de los servicios en los sitios de hospedaje o de igualarlos a los norteamericanos, la llegada de las cadenas hoteleras hizo que el servicio se estandarizara lo que trajo como consecuencia que diera prácticamente lo mismo hospedarse en un hotel mexicano que en un hotel japonés. El desarrollo de las cadenas hoteleras en México, merecería también un estudio aparte, detallado y pormenorizado que aún

está en espera de realizarse desde el punto de vista histórico, sin embargo, podemos decir que su aparición en el panorama nacional a finales de los años cuarenta, fue también muestra de la dificultad e inseguridad que representaba invertir en la instalación y manejo de un sitio de hospedaje.

Hay estudios que indican que no fue casualidad que las cadenas hoteleras que más se diseminaron por todo el territorio nacional de manera paulatina, fueran norteamericanas e incluso que éstas fueron auxiliadas por las políticas gubernamentales que impulsaban el crecimiento del turismo en el país.<sup>665</sup> Para la década de los cincuentas, un establecimiento que no se integraba a alguna cadena, tenía pocas posibilidades de sobrevivir ante los requerimientos financieros, las cargas fiscales, las disposiciones legales, y en algunos casos, la falta de usuarios debido a un exceso de oferta del servicio. Los créditos que de manera regular comenzó a emitir el organismo gubernamental encargado del desarrollo del turismo —de nombre cambiante según el año de su funcionamiento— a las empresas nacionales, tenían como requisito indispensable integrarse o recurrir al apoyo de alguna de las cadenas que ya operaban en el país. Lo mismo sucedía en caso de que los interesados acudieran a las instituciones bancarias en busca de apoyo financiero para establecer un sitio de hospedaje en el país.<sup>666</sup>

A pesar de la existencia de cadenas mexicanas como Nacional Hotelera, del español nacionalizado mexicano César Balsa y de la que hablamos en uno de los capítulos de esta tesis, la idea de agrupar a los establecimientos de hospedaje bajo un nombre o marca, generalmente extranjera, que garantizara el tipo de servicio que el cliente iba a recibir, pareció ser la alternativa para un mercado en expansión que resultó ser altamente disputado, así como para enfrentar tanto la competencia como la demanda internacional.

A pesar de los miedos que manifestaron los promotores turísticos de los años treinta de que a México le sucediera lo mismo que a Cuba en sus años de esplendor turístico pero dominado por los norteamericanos y aunque se llevaron a cabo algunos intentos por detener el avance de la inversión extranjera en la hotelería, para 1969, un año después del límite temporal de esta investigación, la mayor parte de las instalaciones turísticas y hoteleras se encontraban en manos de extranjeros, lo cual llevó a repensar y replantear el modelo turístico mexicano.<sup>667</sup>

El establecimiento de cadenas hoteleras en México también trajo otras consecuencias. Los inversionistas que quisieran crear algún hotel, debían sujetarse a las condiciones establecidas por las cadenas en sus políticas de operación, lo que limitó de manera considerable su libertad de acción, así

---

<sup>665</sup> JIMÉNEZ, “Cadenas”, s/p. El autor toma datos de informes y estadísticas elaborados por Fonatur para llevar a cabo su estudio.

<sup>666</sup> JIMÉNEZ, “Cadenas”, s/p.

<sup>667</sup> “Mexicanizan”, s/p.



como la posibilidad de implementar un tipo específico de modelo hotelero que correspondiera a las necesidades del país y del público nacional. Incluso, llegaron a tener tanta injerencia en el medio que reclamaron también un tipo específico de arquitectura para su construcción, lo que afectó de manera visible el paisaje urbano de los destinos turísticos mexicanos, incluyendo el caso de la ciudad de México, aunque en ésta fuera menos visible.

Es probable que la apertura de más destinos turísticos a lo largo de la república fuera otro factor que condujera al crecimiento de las cadenas hoteleras e incrementar su participación en la hotelería mexicana, sobre todo si se quería competir con otros destinos internacionales que ya quedaban también al alcance del turista estadounidense. Aunque las carreteras seguían en uso y mejorando continuamente, el transporte aéreo comenzó a adquirir popularidad y a acercar a los paseantes a zonas de centro y Sudamérica que antes eran más inaccesibles. Ya no sólo aparecía México en el panorama como un destino cercano, barato y con múltiples ventajas.

De igual forma, la tendencia a construir espacios cada vez más grandes que alojaran a cientos de personas desplazó a los espacios más íntimos con atención personalizada y la posibilidad de cubrir sus costos. La idea de desarrollar hoteles inmensos con el argumento de que entre más cuartos y más personas hospedadas era símbolo de una mejor calidad y servicio pronto demostró no ser tan eficiente como se esperaba, más si tomamos en cuenta que el resto de la ciudad también crecía y el abasto de servicios básicos como agua y electricidad, el de limpia, la distribución de alimentos, etc., también se encontraba en proceso de cambio y adaptación a una ciudad con dimensiones más grandes y con una población mucho más numerosa. El caso del Hotel de México que también tratamos, quedó como ejemplo de que con el paso de los años este modelo se agotó. Ya no se podía continuar con la tendencia a los espacios enormes a finales de los años sesenta, ya no funcionaba ni en el aspecto empresarial, ni en urbano. Suárez quiso hacer todo sólo y rechazó el respaldo de ciertas cadenas que pretendían sacar adelante el proyecto. Cuando se dio cuenta de que era la única posibilidad de salir adelante, ya era demasiado tarde y el proyecto se estancó por muchos años más.

Todas estas reflexiones, nos transportan a aquellos primeros años en que los promotores turísticos veían todo color de rosa respecto a las nuevas empresas, los nuevos empleos, las divisas continuas entrando al país, el reconocimiento internacional, una capital cosmopolita comparable con las europeas y las norteamericanas, el camino directito y sin escalas hacia la modernidad. Pero visualizando el conjunto, el resultado parece no ser tan positivo. ¿En realidad se cumplieron todas las expectativas que se manejaban cuando comenzó la difusión del discurso que justificaba la “creación” en México del turismo y la hotelería?

Si hacemos un repaso rápido de los objetivos que guiaron a estos pioneros a impulsar el desarrollo del turismo en general y de la hotelería en particular en la ciudad de México, encontramos que se buscaba la atracción del turismo tanto nacional como internacional y convertir a la capital en un destino turístico importante. Para ello, los hoteles eran primordiales tanto para hospedar a los visitantes, como para dar un aspecto nuevo a la ciudad que buscaba dejar atrás las calles de empedrados y terracería, las casas pequeñas de adobe o ladrillo, las muestras que aún existían de aquel México rural que había quedado atrás después del proceso armado revolucionario. Pero la realidad mostró un rostro diferente. A pesar de la inversión en pavimentación, construcciones de todo tipo, alumbrado, etc., el crecimiento de la ciudad, desde el punto de vista cualitativo, no se dio de manera equilibrada y mientras se gastaba en este tipo de obras, otras áreas quedaron totalmente descuidadas de manera que en la capital continuaron y quizá se incrementaron diferencias muy marcadas y contrastes peligrosos, sobre todo en el primer cuadro. El centro de la ciudad dejó de ser un lugar apropiado para establecer hoteles de primera categoría, los cuales tuvieron que buscar nuevas zonas para instalarse lejos de los contrastes urbanos y cerca de espacios con mayor amplitud y con un mejor abasto de servicios básicos.

El surgimiento de la zona de Polanco como área de desarrollo hotelero, fue uno de estos casos. Aunque ya se habían edificado este tipo de construcciones en otras áreas, como los que encontramos a lo largo de la avenida Insurgentes, con la construcción del hotel Camino Real se comprobó la eficacia del cambio de zona. Después llegaría el Hotel Presidente Chapultepec y después el Marriot, el Nikko y varios más ya en los años setenta y ochenta. En la zona centro de la ciudad quedaron hoteles pequeños o que no pudieron subir de categoría cuando los requerimientos para ello se volvieron más estrictos. También permanecieron algunos establecimientos de hospedaje pequeños, que quedaron de aquellos años en que no se contemplaba aún la modernización de la ciudad ni el arribo del desarrollo turístico y hotelero, los cuales continuaron albergando generalmente a personas de escasos recursos económicos. Otros más, incluso de los construidos en el período estudiado, se derrumbaron durante el terremoto de 1985 dejando no sólo un vacío físico, sino también un desabasto de servicio hotelero en el área. Algunos de estos espacios volvieron a ser utilizados para sitios de hospedaje años después, en otros sólo quedó el recuerdo de lo que en algún momento fueron.

De esta forma, la llegada de la modernidad, con su tecnología, sus nuevos espacios y formas de entretenimiento, sus nuevos empleos que prometían riqueza y oportunidades para todos, con calles limpias y pavimentadas, escaparates con todo tipo de mercancías, entre muchas ilusiones más, fue precisamente eso, como un espejismo que sólo algunos alcanzaron. Los contrastes entre una ciudad que aspiraba al primer mundo y la realidad de la pobreza, la marginación, las pequeñas vecindades

atestadas de personas, las enfermedades, el desabasto de servicios en algunas zonas, entre muchos problemas más, no pudieron ocultarse y ante ese panorama, el desarrollo del turismo y la hotelería como pretendió llevarse a cabo durante estos años, parecía también formar parte de este oropel que deslumbró a muchos.

Difundir la imagen de la ciudad de México como destino turístico se logró de manera relativamente fácil. La publicidad creada para tal efecto, los medios de transporte y las vías de comunicación no fueron un gran problema ante el apoyo gubernamental que se incrementó al paso de los años. Lo difícil fue mantener esta imagen ante el crecimiento desmesurado de la urbe y de su población. Para finales de los años cincuenta, se aceptaba que había existido cierto tipo de discriminación y se había favorecido la inversión turística y hotelera en ciertas zonas de la República, —como la ciudad de México y el puerto de Acapulco—, y que esta situación debía cambiar. Se consideraba que los nuevos fondos provenientes del gobierno debían de distribuirse más equitativamente a lo largo del territorio nacional: “Se trata de efectuar una recuperación turística integral y no situar en privilegio a determinadas zonas”.<sup>668</sup> En este sentido, el modelo turístico imaginado por los pioneros tuvo que repensarse, una vez más.

Si bien en un primer momento se justificó y alentó el desarrollo del turismo en México por la entrada franca de divisas, que lograría un equilibrio en la balanza de pagos, la realidad resultó más complicada para el caso de la actividad hotelera. Instalar y mantener un hotel no fue una operación fácil. Si bien el aprovechamiento de edificios había sido una opción para echar a andar sitios de hospedaje, los aires de modernidad y grandeza consideraron que la adaptación de casas antiguas para convertirlos en hoteles no era suficiente si lo que se quería era atraer a los norteamericanos y sus dólares. Había que construir entonces los edificios especialmente adaptados para las necesidades del viajero moderno, no sólo de los turistas, sino de cualquier persona que tuviera que pasar algunos días en la ciudad.

En el proceso de instalación de un hotel, como vimos a lo largo de esta investigación, quizá lo menos problemático resultó la construcción del inmueble. Sin embargo, desde este primer momento, la inversión es considerable pero las ganancias no se ven sino hasta mucho tiempo después. En algunos casos incluso, podrían pasar décadas desde el inicio de la construcción, hasta la puesta en marcha y generación de recursos propios de la empresa hotelera. De esta forma, el flujo de divisas como se esperaba en un principio no pudo llegar tan rápido a través de la hotelería, cómo lo planeaban los pioneros. A esto habría que agregar la intervención de las instancias gubernamentales a través del

---

<sup>668</sup> “Se facilitarán” s/p.

manejo de tarifas y las cargas fiscales a la actividad, lo cual se traducía en problemas para los inversionistas, falta de usuarios y pérdidas para el fisco.

A finales de la década de los sesenta, en 1967, se indicaba que la industria hotelera del país afrontaba un déficit de 410 millones de pesos que frenaba su desarrollo. Al parecer, se esperaba que para 1968, año olímpico, las cosas se enderezaran y la llegada del turismo que participara de la fiesta deportiva resolviera todos los problemas que la industria hotelera afrontaba y a pesar de que, como sucede en este tipo de eventos, los visitantes, turistas, deportistas, prensa, etc., ocuparon los sitios de hospedaje que existían y algunos otros que se crearon para afrontar la demanda de espacio durante la justa olímpica, un año después, en 1969 se registraba que el fisco había dejado de percibir alrededor de 17.8 millones de pesos debido a la falta de ocupación hotelera. De haber tenido esos cuartos ocupados, se habrían generado alrededor de 900 millones de pesos. Así, parece ser que una vez pasado el furor por los juegos, había un exceso de oferta hotelera y escasa demanda.<sup>669</sup>

Una vez más tuvo que repensarse la estrategia y buscar nuevos mercados. Fue cuando se volvió la vista hacia Europa pues, ante el interés por atraer al público norteamericano desde los primeros momentos en que se inició con más continuidad el desarrollo turístico mexicano, se había dejado un poco de lado a los viajeros potenciales de allende el océano. La proliferación y mejoramiento del transporte a ero se presentaba como una nueva posibilidad de ampliar la llegada de visitantes desde lugares más lejanos. Con las nuevas perspectivas puestas en el viejo continente, se esperaba que para el año de 1975 llegaran alrededor de 200 mil turistas. Pláticas con países como España o Inglaterra para fomentar los viajes e incluso una organización y reestructuración administrativa del turismo en México fueron las cartas fuertes que se anunciaban para el año 1969.<sup>670</sup>

De todas las metas fijadas por los pioneros de la industria turística en los años treinta, quizá dos temas merezcan una mención especial: la cuestión laboral y la cultural. Desde aquellos primeros años en que se comenzaba a planear el desarrollo de la industria hotelera, el tema de los trabajadores fue primordial y puede considerarse como uno de los aspectos positivos del desarrollo de esta industria, sobre todo en lo referente a su crecimiento cualitativo. Y es probable que también resultara como consecuencia de que su desenvolvimiento y mejora no dependió de organismos gubernamentales ni relacionados con el Estado, si no de los propios miembros de la industria. Tanto empresarios como trabajadores se dieron a la tarea de preparar al personal que habría de trabajar en sus establecimientos, lo cual les daba un mayor conocimiento de sus necesidades y de la manera en que podrían ser cubiertas a través de la capacitación de sus empleados.

---

<sup>669</sup> "Frena" y "Baja ocupación".

<sup>670</sup> "Se trabaja"; "Rafael del Villar"; "Organización y reestructuración"; "Incrementarán el turismo".

Por otro lado, la temprana organización de los trabajadores y su distanciamiento de las grandes centrales obreras manejadas por líderes ajenos a las necesidades del sector, también fue uno de los factores que intervinieron para que al menos en el área laboral, se obtuvieran resultados rápidos, positivos y tangibles, que beneficiaron a una población que generalmente permanecía al margen de asuntos que les competían directamente. Conforme el tiempo pasó y la hotelería creció, los establecimientos requirieron una clase trabajadora calificada, fenómeno que no siempre sucede al ampliarse el sector servicios, que a veces crece pero en detrimento del empleo y de su calidad. Sin embargo, el cambio en el propio espacio hotelero al transformarse en “moderno”, la definición de distintas áreas de competencia con diferencias muy marcadas entre una y otra, además del tamaño de los establecimientos, provocó que fuera imposible que pocas personas pudieran hacerse cargo del nuevo tipo de hotel.

De esta forma, la capacitación se convirtió en un hecho inaplazable e independiente del nivel que cada uno de los empleados pudiera tener, pues desde el administrador, hasta el mesero formaba parte de una cadena que debía coordinarse de la mejor manera para elevar los niveles de productividad en beneficio de toda la empresa. La inversión de tiempo, dinero y esfuerzo por parte, tanto de los empresarios como de los trabajadores, estaba completamente justificado ante las exigencias de un mercado que en aquellos momentos comenzaba a considerarse como competitivo y a la vanguardia de otras actividades del sector turístico. Así lo entendieron y asumieron ambos actores (empresarios y trabajadores) quienes hicieron intentos por elevar la calidad del trabajo no sólo en beneficio de la empresa, sino de los propios trabajadores.

Con años de ventaja, los esfuerzos de los propios sectores laborales de la hotelería superaron en gran medida los de los empresarios, lo cual pudo llevarse a cabo gracias a la identidad laboral que se generó debido a su temprana organización. A diferencia de lo que sucedió en otros sectores en donde los conflictos políticos, no sólo internos, sino con los líderes de las grandes centrales obreras, impedían una eficaz participación en busca de mejoras reales, en el caso de los trabajadores hoteleros fue diferente, pues pudieron mantenerse un tanto al margen de los problemas éstas y aunque al principio los conflictos laborales internos existieron, esto no impidió que se diera prioridad, por ejemplo, a la apertura de los cursos para preparar mejor a los trabajadores que ya laboraban para la actividad turística.

De igual forma, esta identidad laboral, a diferencia de otras, no se construyó contra el patrón y la relación con éste fue mucho más matizada y sin tantas asperezas, lo cual permitió tomar acuerdos en conjunto que beneficiaran a ambas partes, sin involucrarse en enfrentamientos estáticos que muchas

veces sólo conducían a un gasto extra de dinero y esfuerzos conciliatorios. La relación entre patrones o empresarios y trabajadores fue tan especial para el caso hotelero que en muchas ocasiones llegó a considerarse a las organizaciones laborales como una especie de “sindicatos blancos”, sin embargo, la especificidad del trabajo hotelero fue el que imprimió el sello característico entre ambos.

Esto no quiere decir que todo haya sido color de rosa y no hayan existido abusos o problemas laborales, sin embargo, la comunicación entre ambas partes, la cual pudo generarse también gracias a los canales abiertos por la capacitación, fue mucho más coordinada. Por otro lado, la indiferencia en algunos casos y falta de apoyo de los organismos gubernamentales, los retrasos y ausencias en la legislación tanto laboral como turística, así como algunos mecanismos implementados por las autoridades para controlar cada vez más la actividad, hicieron que, en vez de separarse, ambos formaran un frente común ante las carencias y presiones que venían desde arriba.

De esta forma, el diálogo continuo entre todos los miembros que formaban la planta laboral del hotel resultó indispensable para que el funcionamiento de estos sitios fuera eficaz y con miras hacia un crecimiento mayor en la industria. A pesar de la estructura por niveles que imperó en el esquema laboral hotelero, esto no convirtió al hotel en un establecimiento con un sistema jerárquico fijo. Si bien se respetaron los puestos y la experiencia de cada persona en sus respectivas áreas de trabajo y así lo entendieron todos dentro del hotel, el puesto de gerente era el más alto en los sitios de hospedaje, sin embargo el trato de éste hacia los demás no podía ser el de un individuo que sólo ordena y ejerce su poder de manera autoritaria. Así, la relación entre los trabajadores del lugar no sólo se estableció de forma vertical, la horizontalidad y el aprendizaje, el compartir experiencias entre unos y otros sin importar el lugar del esquema en que estuvieran ubicados, resultó una característica distintiva del trabajo hotelero y un ingrediente esencial para el desarrollo de la industria en general.

De esta manera, el tema laboral para el caso hotelero resultó una sorpresa grata no sólo porque éste no ha sido abordado con la suficiente profundidad que se merece, sino porque es una buena muestra de las peculiaridades de la hotelería y de su desarrollo durante la época estudiada. La transformación que se llevó a cabo en el manejo y las formas de trabajo de un alojamiento pequeño y tradicional a un hotel de grandes dimensiones con múltiples áreas que atender es muy ilustrativo del proceso general de cambio hacia la “modernización” de la actividad, sin embargo, al igual que pasó en otros casos mencionado arriba, debido al crecimiento de la industria, hubo un momento en que la necesidad de capacitación derivó en una tecnificación un tanto despersonalizada y más mecanizada que por momentos estuvo a punto de dejar de lado esa calidez y trato especial hacia el cliente que siempre es grato encontrar en un sitio de hospedaje. Así, en la necesidad de repensar el modelo hotelero

“mexicano” hacia fines de los años sesenta, también se incluyó una nueva mirada hacia las relaciones laborales y hacia la formación de sus empleados.

Pero si el tema laboral fue una grata sorpresa en esta revisión sobre la creación de la hotelería moderna en la ciudad de México, el caso cultural adquiere una dimensión que rebasa quizá lo esperado cuando iniciamos esta investigación. Y es que los hoteles tuvieron un lugar muy importante en el imaginario de los capitalinos, quizá por estar relacionados directamente con los sentimientos y deseos de aquellos hombres y mujeres que también transitaban de temporalidad y de espacio. El espacio hotelero reflejó el anhelo por una sociedad diferente, por una ciudad moderna que incluyera no sólo los adelantos tecnológicos, los lujos o las mayores comodidades, sino un sitio incluyente, cosmopolita, en el que se viera caminar por pasillos personas de todas las nacionalidades sin importar creencias religiosas o políticas, en que el trabajador y el huésped pudieran cruzar palabras sin resentimientos o recriminaciones y en que la convivencia pacífica imperara dejando de lado, de una vez por todas, la violencia y los conflictos que azotaban a la ciudad desde 1910.

En este sentido, el hotel fue creado como una especie de ciudad utópica en que todo debía estar bajo control, como símbolo de la ciudad mexicana moderna que buscaba nuevos caminos para su desarrollo. El hotel no fue el único espacio que se recreó tras la lucha armada de 1910 y los reacomodos económicos y políticos de la década de los años veinte y treinta. Tal vez podamos mencionar como casos interesantes y significativos al Hospital y la Escuela, sin embargo, éstos fueron impulsados de manera lógica y como forma de obtener legitimidad por parte de los gobiernos posrevolucionario y empleados como una forma de apoyo y justificación el discurso revolucionario que los había llevado al poder.

Comenzaron a proliferar otros espacios también, como los restaurantes, el cine y el teatro, o el museo, los primeros como medios de entretenimiento para una sociedad con más tiempo libre y el último con una carga también educativa pero en el que se replanteó el discurso museográfico, es decir, la forma en que las piezas exhibidas podían ser “leídas” por los espectadores, así como su forma de transmitirlo. Todos ellos pretendían mostrar y justificar el proceso armado, pues de una u otra manera, llegaba más fácilmente a un sector más amplio de la población. Sin embargo, el espacio hotelero fue especial y se destacó de entre ellos, primero porque en un principio no emanó directamente del gobierno, sino de particulares, también porque fue un espacio propicio para la creación de nuevas sociabilidades y más relevante aún, porque se relacionaba directamente con el espacio privado.

Aparentemente la discusión de si el hotel era un espacio público o privado no se resolvió de manera satisfactoria en aquella época y pareció oscilar entre ambos en el imaginario del momento y

aún hasta nuestros días. Sin duda, el hotel está muy relacionado con la intimidad humana, de allí que la interacción entre los individuos y las sociabilidades dentro de este espacio cambiaran al momento de establecerse. De igual manera, a diferencia de los otros nuevos espacios del México moderno, el hotel involucra cierto sentido de privacidad, confianza y vulnerabilidad, sentimientos difíciles de manejar desde el punto de vista empresarial o comercial y mucho más ponerles precio y tratarlos como mercancía. Dormir, bañar, vestir, comer, son actividades cotidianas que se transforman en extraordinarias cuando tienes que realizarlas en otro sitio que no es tu casa o los lugares que acostumbras habitualmente. Llevar a cabo las tareas básicas sin sentirse extraño, incómodo e incluso molesto consistía en un reto para todas las partes involucradas: para el huésped, para el hotel que ofrecía el servicio, para el trabajador que debía traspasar una barrera personal e ingresar a un espacio extraño, aunque conocido.

La relación de confianza debía establecerse desde los primeros momentos pues esto se traduciría en el éxito o fracaso que un hotel pudiera tener, pero además, esta misma cercanía, la intimidad expuesta, los secretos guardados, la posibilidad de proveer un espacio en el que no sólo se dormía o comía, sino que también resguardaba los miedos, los deseos, los amores, las pasiones humanas, lo hizo encontrar un lugar especial en las expresiones socioculturales de la época, como lo revisamos para el caso de la literatura y el cine. En la soledad de las habitaciones de hotel, los personajes reflexionaban en torno a la futilidad de la vida, se enfrentaban a sus fantasmas, asumían una nueva actitud ante la modernidad avasalladora o preferían huir de ella.

Pero, como vimos, el hotel también se hizo un lugar en el imaginario de aquellos que quedaron al margen de las “ventajas” de la modernidad, para quienes el día a día era una batalla constante, que soñaban con poder siquiera trabajar en sus instalaciones, que pasaban por sus aceras y aspiraban aquellos aromas para algunos desconocidos: olor a alfombras nuevas y pintura fresca mezclado con pan recién horneado, café y miel de maple para el desayuno. Que se topaban con sus sonidos, el ir y venir de los camareros, las aspiradoras aseando los cuartos o la campanita del elevador, el choque de cubiertos, el tintineo de las copas al brindar y las risas de quienes gozaban y representaban al México de la posrevolución, un México esperanzado que tenía su vista puesta en el futuro, en un futuro de prosperidad y oportunidades que para muchos nunca llegaron.

Esto fue el hotel para los habitantes de la ciudad de México, un espacio de alegría y gozo, de ilusión y expectativas, intenso y cambiante, que se introdujo en su cotidianidad y lo adoptó como propio a pesar de sólo verlo y no habitarlo, que se ganó un sitio en sus anhelos, que generó fascinación, pero también rencores, un lugar que reflejó los cambios físicos y en las mentalidades de aquellos que



habitaron la capital del país en un momento de intensa transformación en todos sentidos, la creación del hotel moderno sólo fue un resultado más de éstas.



Hotel El Presidente Chapultepec 1969  
(Foto Guillermo Zamora, [www.archdaily.com](http://www.archdaily.com))

## Fuentes Consultadas

### *Siglas y referencias*

AGN, P, ARC Archivo General de la Nación, Fondo Presidentes, Adolfo Ruiz Cortines, México, D.F.

AGN, P, LCR Archivo General de la Nación, Fondo Presidentes, Lázaro Cárdenas del Río, México D.F.

AGN, P, MAC, Archivo General de la Nación, Fondo Presidentes, Manuel Ávila Camacho, México, D.F.

AHBM, Archivo Histórico del Banco Nacional de México, México, D.F.

### *Bibliografía*

AMADOR, María Luisa y Jorge AYALA BLANCO

*Cartelera Cinematográfica 1940-1949*, México, UNAM/Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, 1982.

ARIDJIS, Homero, *Et al*

*Poesía en movimiento I*, México, SEP, 1985.

*Avery Brundage y México*, México, Departamento de publicaciones del Comité Organizador de los Juegos de la XIX Olimpiada. Departamento de Publicaciones, 1968.

AVIÑA, Rafael

*Orson Welles en Acapulco (y el misterio de la Dalia Negra)*, México, Conaculta, 2013.

BANCO DE MÉXICO

*El turismo Norteamericano en México, 1934-1940*, México, Gráfica Panamericana, 1941.

BANCO NACIONAL DE MÉXICO

*Informe. Asamblea General Ordinaria*, 26 de marzo de 1969.

BAÑUELOS, Juan

“Sitios” en *Espejo humeante*, México, SEP, 1986.

BIART, Lucien

*La tierra templada. Escenas de la vida mexicana 1846-1855*, México, Jus, 1959.

BORTZ, Jeffrey Lawrence

*Los salarios industriales en la ciudad de México 1939-1975*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

BRENNER, Anita

*Your Mexican holiday: A modern guide*, G.P. Putnam's sons, 1932.

BURIAN, Edward R.

*Modernidad y arquitectura en México*, México, Gustavo Gili, 1998.

*Camino Real Ixtapa Zihuatanejo. Proyect*, México, Banco Nacional de México, 1976.

CÁRDENAS, Lázaro

“Informe del general de División Lázaro Cárdenas, presidente de la República Mexicana ante el H. Congreso de la Unión correspondiente al ejercicio comprendido entre el 1 de septiembre de 1935 y el 31 de agosto de 1936” en CÁRDENAS, 1978, p. 78.

CÁRDENAS, Lázaro

*Palabras y documentos públicos 1928-1970. Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos, 1928-1940*, México Siglo XXI, 1978.

CASELLAS, Roberto

*México 68. Confidencias de una olimpiada*, México, Jus, 1992.

CRUZ PORCHINI, Dafne,

“Miguel Covarrubias, muralista” en *Revista Casa del Tiempo*, UAM, mayo de 2002.

CUETO, Ignacio del

“Cien años de Félix Candela. Vuelos impensados”, *Revista de la Universidad de México*, Núm. 69, noviembre de 2009, pp. 82-90.

DE LA VILLA, Antonio,

*Manolete. Otra época del toreo*, México, Leyenda, 1946.

FUENTES, Carlos

*La región más transparente*, Madrid, Cátedra, 2009.

GARCÍA CORTÉS, Adrián

“Manuel Suárez, el controvertido empresario, creador de “el hotel más grande de México”.”, *Década Sinaloense. Diez historias para replicar*, Sinaloa, Universidad de Occidente, 2001.

GARCÍA CORTÉS, Adrián

*Siqueiros, Suárez y el Polyforum. Vidas paralelas, sin paralelo*, México, Polyforum Siqueiros A.C., 2000.

GARDUÑO, Ana,

“El proyecto cultural de un mecenas” en *Trascendencia de un mecenazgo*, 2012, pp. 45-63.

GONZÁLEZ GORTAZAR, Fernando (coord.)

*La arquitectura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.

GONZÁLEZ MATUTE, Laura

“La obra de Pedro Coronel” en *Discurso Visual. Revista Digital Cenidiap*, enero-abril de 2006, p. 5.

HELM, MacKinley

*Journeying Through Mexico*, Boston, Little Brown Company, 1948.

HERRERO, Carlos

*Joaquín Suárez y Suárez y Manuel Suárez y Suárez. Una familia, varios caminos, muchas empresas*, México, Centro de Estudios Históricos Internacionales, 1999.

*HISTORIA DE LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO MEXICANOS.*

*Volumen IV. El siglo XX. Tomo I. Arquitectura de la Revolución y revolución de la arquitectura*, México, UNAM/Fondo de Cultura Económica, 2009.

HUERTA, David

“Prólogo” en Huerta, 1988, pp. VII-XXI.

HUERTA, Efraín

*Poesía 1935-1968*, México, SEP/Joaquín Mortiz, 1986.

HUERTA, Efraín

*Poesía Completa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

JIMÉNEZ H., Jorge

“Las condiciones materiales de la realización de la arquitectura del art-decó”, en González Gortázar, 1996, pp. 117-123.

JIMÉNEZ, Armando,

*Cabarets de antes y de ahora en la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 1991.

JIMÉNEZ MARTÍNEZ, Alfonso de Jesús,

“Las cadenas hoteleras en el mundo y evolución de su operación en México al inicio del siglo XXI” en *Innovar*, vol. XVIII, Núm. 32, (2008), pp.167-194.

KAPUSCINSKI, Ryszard

*El Emperador*, Barcelona, Anagrama, 1989.

LA XIX MAGNA OLIMPIADA.

*Una muestra cultural y justa deportiva. Fiesta de conocimiento, amistad, fraternidad, concordia y paz*, México, Ediciones dedicadas a maestros y alumnos, 1968, (Cuadernos de la Juventud, 1).

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS SUEÑOS.

*Vida de Manuel Suárez y Suárez*, México, Colección Suárez, 2012.

LABASTIDA, Jaime

“En la ciudad florece un ángel” en *Plenitud del tiempo*, México, SEP/Siglo XXI, 1986.

LEAL, Juan Felipe

*Agrupaciones y burocracias sindicales en México: 1906/1938*, México, Editor Juan Pablos, 2012.

“Llegó anoche la curvilínea Marilyn Monroe” en *Cine Mundial* (21 feb. 1962).

LOAEZA, Guadalupe

“BB en Las Brisas” en *Reforma*, México, 13 de sept. 2011, s/p.

LÓPEZ VELARDE, Ramón

*La Suave Patria y otros poemas*, México, SEP/FCE, 1983.

LÓPEZ TORRES, Alexandra

“El “Renacimiento Cultural” bajo la mirada de Frances Toor” en *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, Núm. 34, (2001), pp. 121-153.

MAGRUDER, Richard

*A snob's guide to Mexico*, City, Dallas, Texas, Taylor Publishing Company, 1966.

MARTIN, Lawrence and Silvia

*The standard guide to Mexico and the Caribbean*, New York, Funk y Wagnalls Company, 1954.

MATEOS, Jimena Aura

“Me lleva el tren: los albores del turismo en México. 1921-1934”, tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2002.

MATTELART, Armand,

*La comunicación-mundo: historia de las ideas y de las estrategias*, México, Siglo XXI, 1996.

MEDINA, Andrés,

“Miguel Covarrubias y el romanticismo en la Antropología” en *Nueva Antropología*, 4, (1976), pp. 11-42.

MEJÍA MADRID, Fabrizioo

“Aquel Hotel de México y este World Trade Center” en *Pequeños actos de desobediencia civil*, México, Cal y Arena, 1996.

MENDIRICHAGA, Rodrigo

*Tecnológico de Monterrey. Sucesos, anécdotas, personajes*. Monterrey, Ediciones Castillo, 1982.

MENDIRICHAGA, Rodrigo

*Una historia para la historia*, Monterrey, Impresora Monterrey, 1978.

“México dio una lección al mundo, dice A. Brundage”

en *La XIX Magna Olimpiada*, 1968, pp. 27-31.

MISES, Margit Von

*My years with Ludwig Von Mises*, Center for Futures Education, 1978.

MOATS, Leone y Alice-leone

*Off to Mexico*, New York, Charles Scribners sons, 1935.

NOELLE, Louise

*Arquitectos Contemporáneos de México*, México, Trillas, 1999.

NOELLE, Louise

“Arte en los hoteles” en *Podio*, 27 (2002), pp. 20-23.

NOELLE, Louise

“David Alfaro Siqueiros. Una plástica integral”, México, manuscrito proporcionado por la autora, 2013.



NOELLE, Louise

“La presencia en Veracruz de Don Manuel Suárez y los arquitectos del exilio español”, manuscrito proporcionado por la autora, 2013.

NORMAN, James

*Terry's guide to Mexico*, New York, Doubleday & Company, 1962.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos I*, México, CONACULTA, 1997.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines II*, México, CONACULTA, 1996.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines III*, México, CONACULTA, 1997.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz I*, México, CONACULTA, 1998.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas I*, México, CONACULTA, 1994.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho*, México, INAH/CONACULTA, 1994.

NOVO, Salvador

*La vida en México en el período presidencial de Miguel Alemán*, México, CONACULTA, 1994.

NOVO, Salvador,

“Nueva grandeza mexicana (1948)” en *Toda la prosa*, México, Empresas Editoriales, 1964.

NOVO, Salvador

“Temprano” en *Nuevo Amor y otros poemas*, México, SEP/FCE, 1984.

OBREGÓN SANTACILIA, Carlos

*Historia folletinesca del Hotel del Prado*, México, el autor, 1951.

ORTIZ GAITÁN, Julieta

*Entre dos mundos: los murales de Roberto Montenegro*, México, UNAM, 1994.

ORTÍZ SANTOS, Alfredo

“Por primera vez exponen en México murales-mapas de Miguel Covarrubias” en *Crónica* (19 jul. 2006).

PACHECO, José Emilio

“El reposo del fuego” en *Fin de siglo y otros poemas*, México, SEP/FCE, 1984.

PANI, Alberto J.

*Apuntes autobiográficos*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2003.

PANI, Alberto J.

*El Hotel Reforma. Caso típico ilustrativo de la función revolucionaria del capital...*, México, s/e, 1937.

PANI, Alberto J.

*Tres Monografías*, Atlante, 1941.

PAZ, Octavio

“Entrada en materia”, “Vuelta”, “A la mitad de la frase”, “Hablo de la ciudad” en *Obra poética (1935-1988)*, México, Seix Barral, 1990.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

“Down Mexico way”. Estereotipos y turismo estadounidense” en PÉREZ MONTFORT, 2007, pp. 267-298.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

*Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX. Diez ensayos.* México, CIESAS, 2007.

PERRIN, Denis

*La Hotelería*, México, FCE, 1986.

PONIATOWSKA, Elena

*Miguel Covarrubias: vida y mundos*, México, Era, 2004.

PORTES GIL, Emilio

*Autobiografía de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964.

*PRESENCIA DE MÉXICO EN TEHERÁN*

México, Comité Organizador de los Juegos de la XIX Olimpiada. Departamento de Publicaciones, 1968 (Carta Olímpica, 10).

RAMÍREZ HEREDIA, Rafael

*Con M de Marilyn*, México, Alfaguara, 1997.

RAS, Nathaniel

*50th Anniversary of his imperial majesty Haile Selassie I first visit to the United States (1954-2004)*, Victoria, Canadá, Trafford Publishing, 2004.

“Región centro”

en *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos*, 2009, pp. 137-327.

RIESTRA, Ernesto

*Mi batuta habla*, México, Diana, 1974.

RODRÍGUEZ, Abelardo L.

*Autobiografía*, México, Novaro Editores, 1962.

ROMERO, Héctor Manuel

*El México de Diego Rivera. Crónicas capitalinas*, México, Panorama, 1992.

ROMERO, Héctor Manuel

*Un Mexicano de tiempo completo. Antonio Ruiz Galindo*, México, Unicornio Impresiones, 1986.

ROMERO SOTELO, María Eugenia

“Las raíces de la ortodoxia en México” en *Economíaunam*, 8:24 (s/f), pp. 23- 50.

RUIZ GALINDO, Armando

“Ser competentes para competir” en Suárez, 1992, pp. 117-133.

SAN JOSÉ VÁZQUEZ, Eduardo

“Ídolos tras los altares: la recuperación del México prehispánico y colonial en la obra de Anita Brenner” en *Tema y variaciones de literatura*, 32 (2009), pp. 69-93.

SOLANA, Rafael

*El sol de octubre*, México, FCE, 1959.

SPOTA, Luis

*Casi el Paraíso*, México, SEP, 1956.

SPOTA, Luis

*La estrella vacía*, México, Grijalbo, 1986.

SPOTA, Luis

*Los sueños del insomnio*, México, Grijalbo, 1982.

SPRATLING, William

*México traslomita*, Diana, 1991.

SUÁREZ, Rafael

*La hotelería de carne y hueso*, México, Panorama, 1992.

TAMAYO, Rufino

*Textos de Rufino Tamayo*, México, UNAM, 1987.

TENORIO, Mauricio

*I speak of the city*, University of Chicago Press, 2013.

TIBOL, Raquel

*Diego Rivera, luces y sombras: narración documental*, México, Lumen, 2007.

TIBOL, Raquel

“Guillermina Bravo, una obra monumental” en *Proceso* (nov. 2012), versión electrónica.

TOOR, Frances

*Frances Toor's motorist guide to Mexico*, México, Frances Toor Studios, 1938.

TORRES IZÁBAL, Aureliano

“Breve crónica de Nacional Hotelera: César Balsa o el nacimiento de un imperio” en *Alta Hotelería*, (sept.-oct. 1993), pp. 6-7.

TORRES IZÁBAL, Aureliano

“Breve crónica de Nacional Hotelera parte 2. Hacer negocios con el dinero de otros” en *Alta Hotelería*, (nov.-dic. 1993), pp. 2-3.

TORRUCO MARQUÉS, Miguel

*La Asociación Mexicana de Hoteles y Moteles de cara al tercer milenio*, México, Litográfica Olivella, 1998.

VALDÉS, Jaime

“Marilyn Monroe se las sabe todas: habló de su vida sin ocultar nada” en *Novedades*, 23 feb. 1962, p. 3.

VANDERBILT FIELD, Frederick

*From right to left. An autobiography*, Westport, Connecticut, Lawrence Hill and Company, 1983.

VARGAS SALGUERO, Ramón

“El imperio de la razón” en González Gortázar, 1996, pp. 83-113.

VEGA, Patricia

“Alberga Bellas Artes la exposición Pedro Friedeberg: arquitecto de confusiones impecables” en *Emeequis* (nov. 2009), pp. 50-54.

VELASCO R., Raúl

“Sobraron los detectives durante la entrevista; hubo un gran desorden” en *Novedades*, 23 feb. 1962.

VIDAL COY, José Luis

*Periodismo y censura en las guerras ultramarinas de Estados Unidos en el siglo XX*, Murcia, Universidad de Murcia / Servicio de Publicaciones, 2010.

VILLALBA GARRIDO, Evaristo

*Cuba y el turismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.

WOON, Basil

*When It's Cocktail Time in Cuba*, New York, Horace Liveright, 1928.

YAÑEZ, Agustín

*Ojerosa y pintada*, México, Libromex, 1960.

YAÑEZ, Agustín,

*Ojerosa y pintada*, México, Joaquín Mortíz, 1991.

ZABLUDOVSKY, Jacobo

“César Balsa” en *El Universal*, México, 12 nov. 2007.

**Publicaciones electrónicas**

“Academia Mexicana de Cine.”

“Academia Mexicana de Cine. Trayectoria de 68 años de trabajo” en <http://aristeguinoticias.com/2105/kiosko/historia-de-la-academia-mexicana-de-cine>, 21 de mayo de 2014.

AGUSTÍN, José

reseña del libro de Elena Poniatowska, *Los cuentos de Lilus Kikus*, en *Documentos digitales de la Universidad Veracruzana*, <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/2550/2/196845P215.pdf>, 1967

DALLAL, Alberto

“Guillermina Bravo: Danza total” en *Imágenes*, (9 dic. 2013), <http://www.revistaimagenes.esteticas.unam.mx/node/49>

DALLAL, Alberto,

“La danza moderna en México” en *Material de Lectura 1*, <http://www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf4/artes-1-dallal-danza.pdf>

“FBI publica archivo”

“FBI publica archivo de Monroe menos censurado” en *Telemetro* (28 dic. 2012), [http://www.telemetro.com/entretenimiento/espectaculo/FBI-publica-archivo-Monroe-censurado\\_0\\_546845349.html](http://www.telemetro.com/entretenimiento/espectaculo/FBI-publica-archivo-Monroe-censurado_0_546845349.html)

ESPINOSA RANGEL, Héctor Enrique

“Marilyn Monroe en el Taquito” en *Cineforever. Cine de ayer, hoy y siempre* (28 mar. 2009), [www.cineforever.com/2009/03/28/marylin-monroe-en-el-taquito/](http://www.cineforever.com/2009/03/28/marylin-monroe-en-el-taquito/)

FUENTES, Carlos

“André Malraux” en *Personas*, México, Alfaguara, 2012, [citado 17 jun. 2012] en [www.eluniversal.com.mx/cultura/69042.html](http://www.eluniversal.com.mx/cultura/69042.html)

Garza, Marco, “La historia negra del juego en México” en *Ludopatía* (10 sept. 2009), <http://manualparajugadores.blogspot.mx/2009/09/la-historia-negra-del-juego-en-mexico.html>

GONZÁLEZ, Juan Pablo

“¡Cácaro! En el olvido 10 cines de época del D.F.” en *El Universal D.F.* (24 feb. 2011), <http://www.eluniversaldf.mx/home/nota21022.html>

GRACIA NORIEGA, Ignacio

“Manuel Suárez, un indiano con garra” en *La Nueva España* (7 nov. 2005), <http://www.ignaciogracianoriega.net/enh/20051107.htm>

GRANT, Tina E.,

“Real Turismo s.a de c.v.” en *International Directory of Company Histories*, Vol. 50, St. James Press, 2003. Versión electrónica.

“History and heritage”

“History and heritage” en Hilton World Wide, [www.hiltonworldwide.com/about/history](http://www.hiltonworldwide.com/about/history)

“La dinastía Hilton”

“La dinastía Hilton abandona el negocio hotelero después de 88 años de historia” en *La Jornada*, (6 jul. 2007). <http://www.jornada.unam.mx/2007/07/06/index.php?section=espectaculos&article=a12n1esp>

LUGO, Sergio

“Marilyn Monroe (en México y Taxco)” en *Red social* (8 abr. 2009), <http://redsoclclub.blogspot.mx/2009/04/marilyn-monroe-en-mexico-y-taxco.html>

MALLET, Ana Elena

“Marilyn Monroe y sus muebles de Taxco” en *SDPnoticias* (4 nov. 2011), <http://www.sdpnoticias.com/columnas/2011/11/05/marilyn-monroe-y-sus-muebles-de-taxco>

“Marilyn Monroe”



“Marilyn Monroe en su paso por Acapulco” en *El libro de oro de Acapulco. Crónicas y leyendas* (19 may. 2014), <http://ellibrodeorodeacapulco.wordpress.com/2014/05/19/marilyn-monroe-en-su-paso-por-acapulco>

“Marilyn Monroe entre gallegos”

“Marilyn Monroe entre gallegos” en *La Opinión* (22 ene. 2012), <http://laopinioncoruna.es/suplementos/2012/01/22/marilyn-monroe-entre-gallegos/>

MORALES, Francisco

“Imágenes de la industria turística en México 1950-1975” en *Archipiélago. Revista cultural de nuestra América*, [www.revistas.unam.mx/index.php/.../article/.../18743](http://www.revistas.unam.mx/index.php/.../article/.../18743), pp. 60-64.

“¿Qué hubiera sido de mi vida si...?”

“¿Qué hubiera sido de mi vida si...?” en *Vivir en Tucson* (18 mar. 2012), <http://www.vivirentucson.com/2012/03/que-hubiera-sido-de-mi-vida-si.html>

RODRÍGUEZ, Jacinto

“Así espieron a Diego y Frida” en *Emeequis* (19 feb. 2011), <http://www.m-x.com.mx/2011-02-19/asi-espieron-a-diego-y-frida-2/>

TARACENA, Bertha

“El arte de Luis Covarrubias” en [luiscovarrubias.blogspot.mx](http://luiscovarrubias.blogspot.mx).

RODRÍGUEZ LOZANO, José,

“Carretera Nacional (4ª parte)” (12 dic. 2011) en <http://caminosamerica.blogspot.mx/2011/12/carretera-nacional-4a-parte.html>

TORIZ PROENSA, Martina

“La crítica social en el arte teatral de Seki Sano” en *Casa del Tiempo*, (jul.-ago. 2000) <http://www.difusioncultural.uam.mx/revista/julioago2000/toriz.html>

TORTAJADA QUIROZ, Margarita

“Bailar la Patria y la Revolución” en *Casa del Tiempo* (jul. 2004),  
<http://www.difusioncultural.uam.mx/revista/julio2004/tortajada.html>

VILLAR, Samuel I. del

“A medio siglo de la devaluación estabilizadora”, *La Jornada*, 17 de abril de 2004, s/p, en  
<http://www.jornada.unam.mx/2004/04/17/023a1eco.php?printver=0&fly=2>

ZABLUDOVSKY, Jacobo

“...los versos más tristes...” en *El Universal* (1° abr. 2013)  
<http://www.eluniversalmas.com.mx/columnas/2013/04/100793.php>

### ***Hemerografía (periódicos y artículos de la época)***

#### ***Revistas***

*Arquitectura/México*

*Arquitectura y lo demás*

*Comercio Exterior*

*Construcción*

*Decoración*

*Edificación*

*El Arquitecto*

*Espacios*

*Examen de la situación Económica de México*

*Expansión*

*Hoteles Mexicanos*

*Imagen*

*Mancomunidad*

*Mapa. Revista de Turismo*

*Revista Banamex*

**Periódicos**

*Diario Oficial de la Federación* (DOF)

*El Nacional Revolucionario*

*El Universal*

*Excélsior*

*La Prensa*

*Novedades*

*Noticiero Banamex*

**Artículos**

“XV aniversario de la fundación de la Escuela Mexicana de Turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 278 (1968), p. 29.

“XXXIX aniversario” en *Mancomunidad*, v:XXXII, (1948), p. 3.

“1938-1959” en *Arquitectura México*, xxv: 83 (1963), p. 191.

“A favor del turismo. La VI convención de hoteleros en Chihuahua” en *Mañana*, 223 (1947), p. 85-109.

“Afirmación de principios” en *Mancomunidad*, v:XXXVI, (1953), pp. 3 y 4.

“Amenaza de huelga en el Hotel Isabel” en *La Prensa*, (28 ago. 1934).

“Amenaza de huelga al Hotel Reforma” en *Excélsior*, (5 dic. 1937).

“Aniversarios en crédito Bursátil” en *Revista Banamex*, XIX:174 (1966), pp. 11 y 12.

ARANDA, Nicéforo

“Texto por la conmemoración del aniversario de su reivindicación social” en *Mancomunidad*, v, XXXVI (1953), pp. 9 y 10.

“Asalto y robo” en *El Nacional* (4 jun. 1932), p. 1 y 4.

“Autorización de tarifas” en *Hoteles Mexicanos*, 181 (1960), p. 9.

“Avery Brundage en el Camino Real” en *Noticiero Banamex*, II: 35 (1968), p. 4.

¿Ayuda hotelera? en *Mancomunidad*, v:XXXV (1952), pp. 17-18.

“Baja ocupación en hoteles del D.F. origina pérdidas al fisco” en *Novedades* (12 mar. 1971).

BASURTO, Clemente A.

“Para la historia de la Unión I” en *Mancomunidad*, XLVII: 9 (1961), p. 31.

“Benéfica labor de los hoteles” en *Hoteles Mexicanos*, 18 (1943), pp. 5 y 24.

“Buenas perspectivas para accionistas de Camino Real” en *Noticiero Banamex*, 1:17 (1968), p. 2.

“Cabaretera golpeada con una pistola” en *El Nacional* (20 abr. 1934), pp. 1 y 3.

CALDERÓN VALDÉZ, Raúl

“Ejemplo de la hotelería moderna. Hotel El Presidente Chapultepec” en *Arquitectura México*, XL:117 (1978), p. 12-15.

“Capacitación de personal para hoteles” en *Excélsior* (25 nov. 1970).

“Carta al nuevo director de turismo” en *Mancomunidad*, v:XLII (1959), p. 9.

CASAS ALEMÁN, Fernando

“Misión de la industria hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 36 (1944), p. 9 y 49.

CHACÓN, Manuel

“El arquitecto” en *Arquitectura México*, XXI: XV:67 (1959), pp. 124-127.

CHACÓN, Manuel

“Realizaciones mexicanas: El Hotel María Isabel, México D.F.” en *Arquitectura México*, XXIV:XIX:78, (1962), pp. 70-83.

“Centro comercial plaza Jacaranda” en *Arquitectura México*, XXI: XV, 65 (1959), pp. 2-4.

“Coalición de obreros para hacer una huelga” en *El Universal*, (4 ago. 1937).

“Comisión para estudiar la clasificación y las tarifas” en *Hoteles Mexicanos*, 28 y 29 (1944), p. 50.

“Cómo funciona la Escuela Mexicana de Turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 261 (1967), p. 29.

“Confusión lamentable” en *Mapa. Revista de turismo*, 1:4 (1934), p.5.

“Cordial bienvenida del Presidente de México al Emperador Haile Selassie I” en *El Nacional*, (20 jun. 1954), p. 1.

“Crédito oficial y privado para construir” en *Novedades* (12 nov. 1965).

“Cuantioso robo” en *El Nacional* (3 abr. 1933), p. 2.

“Cultivémonos” en *Mancomunidad*, v:XXXIII (1950), p. 3.

“Curso de administración de hoteles”, ponencia presentada en la III convención de la AMH en *Hoteles Mexicanos*, 36 (1944), p. 17.

“De botones de hotel a millonario” en *ABC de Sevilla* (13 may. 1963).

DE LA GARZA, Luis Jesús,

“Main-Courante” en *Hoteles Mexicanos*, 187 (1960), p. 10 y 46.

DEL MORAL, Enrique,

“Cuestionario” en *Arquitectura México*, 100 (1968), pp. 45-46.

DELEANIDES, Jorge

“Breve llamado a los compañeros” en *Mancomunidad*, v: XXXII (1946), p. 7.

DELEANIDES, Jorge

“Informe de la Escuela de capacitación al Consejo Nacional” en *Mancomunidad*, v: XXXI, (1946), pp. 21-22.

“Deben mejorarse los servicios de turismo” en *Examen de la situación económica de México*, XLIV:515, (1968), pp. 14-17.

“Dignamente en el mismo lugar” en *Mancomunidad*, v:XXXIII (1951), p. 3.

“Dirección de hoteles” en *Mancomunidad*. v: XXXI (1946), p. 6.

“Discurso de Agustín Legorreta en la inauguración del Camino Real” en *Noticiario Banamex*, 2:29 (1968), p.7.

“Discurso pronunciado por Héctor Pérez Martínez en el banquete ofrecido por la AMHDF” en *Hoteles Mexicanos* 64 (1947), pp. 8-9 y 36.

“Doble tragedia en el interior del Hotel Estadio” en *El Nacional* (19 sept.1934), p. 3.

“Ecos de la Escuela de capacitación” 1 en *Mancomunidad*, v:XL (1957), p. 9.

“Ecos de la Escuela de capacitación” 2 en *Mancomunidad*, v:XL (1957), p. 9.

“Ecos de la Escuela de capacitación” 3 en *Mancomunidad*, v:XL (1957), p. 9.

“Editorial” en *Edificación. Órgano de la Escuela Superior de Construcción*, IV:1 (1937), pp. 8-9.

“Editorial” 1 en *Hoteles Mexicanos*, 2 (1941), pp. 5-6.

“Editorial” 2 en *Hoteles Mexicanos*, 3:28 (1944), p. 5.

“Editorial” 3 en *Hoteles Mexicanos*, 189 (1961), p. 13.

“Editorial” 4 en *Hoteles Mexicanos*, 196 (1961), p. 13.

“Editorial” 5 en *Mancomunidad*, v:XLV (1959), p. 5.

“Editorial” 6 en *Mapa. Revista de turismo*, III:28 (1936), pp. 7-8.

“Educación proletaria” en *Mancomunidad*, v:XXXIV (1951), p. 3.

“El Banco Nacional de México en la industria turística” en *Noticiero Banamex*, 2: 37 (1968), p. 2.

“El Camino Real sede del COI” en *Noticiero Banamex*, 2:33 (1968), p. 5.

“El emperador de Etiopía es huésped de honor en México” en *Excélsior* (21 jun. 1954), p. 1

“El Hotel Camino Real. Magna Realización del Banco” en *Noticiero Banamex*, 1:13 (1967), p. 1 y 7.

“El hotel Zazil Ha se incorpora a Nacional Hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 220 (1963), p. 24.

“El interés por la capacitación” en *Mancomunidad*, III:12 (1963), p. 9.

“El nuevo hotel, obra del Banco Nacional de México, fue inaugurado por el señor presidente” en *Noticiero Banamex*, 2:29 (1968), pp. 1 y 7.

“El problema de los turistas en México” en *Novedades* (12 oct. 1941)

“El teatro de las artes que dirige Seki Sano, presenta La fuerza bruta, de John Steinbeck en el teatro del Hotel Prado” en *Novedades* (17 dic. 1946).

“El turismo nacional” en *Mancomunidad*, v:XL (1957), p. 3.

“El turismo va a recibir un serio impulso” en *El Nacional* (26 ago. 1938).

“¡En marcha!” en *Mancomunidad*, v:XXXIII (1950), p. 3.

“En pie de lucha” en *Mancomunidad*, v:XXIX, abril de 1943, p. 3.

“Entrada, lobby, restaurante, bar y cabaret en un hotel de la ciudad de México” en *Arquitectura México*, 58 (1957), p. 119-123.

“Entre las candilejas de la ciudad moderna” en *Mapa. Revista de turismo*, 2:21 (1935), p. 74.

“Entrevista con el señor presidente de la República” en *Mancomunidad*, v:XXXII (1947), p. 4.

“Escuela Hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 105 (1952), p. 20.

“Escuela de capacitación” en *Mancomunidad*, v:XXXI (1945), p. 5 y 6.

“Escuela Mexicana de Turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 278, septiembre de 1968.

“Exención de impuestos” en *La Prensa*, 20 de enero de 1939.

“Foreign Club” en *Mapa*, 1:2 (may. 1934), p.51.

FORSTON, James R.

“La entrevista [...] a César Balsa” en *Hoteles Mexicanos*, s/n (dic. 1963), pp. 41-43.

“Frena la falta de créditos a nuestra industria hotelera” en *El Universal* (26 nov. 1967).



“Fue declarada la huelga por los trabajadores del Hotel Majestic” en *El Nacional Revolucionario* (10 abr. 1941).

Gándara, César A., “Ahora o nunca...” en *Hoteles Mexicanos*, 206 (1962), p. 16.

GÁNDARA, César A.

“Mensaje” en *Hoteles Mexicanos*, 206 (1962), p. 16 y 51.

GÓMEZ MAYORGA, Mauricio

“Posición del arquitecto” en *Arquitectura y lo demás*, 1: 2 (1945), p. 25.

González Pérez, Avelino, “Reivindicación 1911-1954” en *Mancomunidad*, v:XXXV (1953), p. 5.

GRINGOIRE, Pedro

“Haile Selassie y la Nueva Etiopía”, *Excelsior* (20 jun.1954).

“Hay que fortalecer la unidad y trabajar por el engrandecimiento de la patria” en *El Popular*, (24 feb. 1942).

“Hermosa muchacha a punto de morir a fuetazos en un hotel” en *El Nacional* (16 mar. 1932), p. 1.

“Homenaje de México a S.M. Haile Selassie” en *Excelsior* (22 jun. 1954), p. 1

“Hotel de lujo y casino en la ciudad de Guadalajara” en *Construcción. Revista ingeniería, arquitectura, arte, decoración e industria*, v:58, (1946), p. 40-53.

“Hotel El Presidente Cozumel, México” en *Arquitectura México*, 113(1977), pp. 21-25.

“Hoteles en el Distrito Federal” en *Examen de la situación económica de México*, XLIII:496, (1967), pp. 6-9.

“Impugnan los grupos conectados” en *El Universal* (8 nov. 1960).

“Impulso a la industria del turismo” en *Excélsior*, (11 abr. 1957).

“Inauguración de la Escuela de capacitación profesional” en *Mancomunidad*, v:xxx (1945), p. 7.

“Incrementarán el turismo entre México e Inglaterra” en *El Universal* (27 nov. 1969).

“Indemnización al personal del Hotel Gillow” en *El Nacional Revolucionario* (17 abr. 1935).

“Industrias de la construcción” en *Arquitectura México*, 6 (1940), p.63.

“Industrias modernas de México. La cal hidratada” en *Arquitectura México*, 4 (1940), p. 62-63.

“Informaciones turísticas” en *Hoteles Mexicanos*, 18 (1943), pp. 13-14.

“Informe de la Escuela de Capacitación al Consejo Nacional” en *Mancomunidad*, v:xxxI (1946), p. 21-22.

“Integración del Patronato” en *El Nacional Revolucionario* (9 dic. 1940).

“Jiménez O’Farril Director General del Camino Real” en *Noticiario Banamex*, 2:26 (1968), p. 4

JOHNSON, William W.

“Manolete. A matador called “The Monster” becomes the new idol of Mexico and disrupts the whole country” en *LIFE*, 20:17, (1946).

“La actividad hotelera mexicana recibe su carta de ciudadanía industrial” en *Hoteles Mexicanos*, 117 (1954), p. 13.

“La ciudad del futuro” en *Hoteles Mexicanos*, 5:54 (1948), p. 19.

LACORDE, Juan,

“La ciudad industrial D.M. Nacional (México) y su línea H de muebles” en *Arquitectura México*, XXI:XV (65) (1959), pp. 31-34.

“La decoración, parte indispensable y especialidad de la arquitectura” en *Construcción. Revista de ingeniería, arquitectura, arte, decoración e industria*, v:53 (1946), pp. 58-59.

“La devaluación del peso y las tarifas hoteleras” en *Hoteles Mexicanos*, 114 (1954), p. 12.

“La dignificación del hotelero mexicano” en *Hoteles Mexicanos*, 6 (1942), p. 5-6.

“La Escuela de capacitación profesional de Donceles en marcha ascendente” en *Mancomunidad*, v:XXXV (1953), p. 13 y 14.

“La Escuela Hotelera amplía sus enseñanzas” en *Hoteles Mexicanos*, 176 (1960), p. 23.

“La escuela hotelera de la Universidad de Cornell Statler Hall” en *Mancomunidad*, v:XXXV, (1952), pp. 5-6.

“La Escuela Hotelera de México, primera en su género en la América Hispana” en *Hoteles Mexicanos*, 115 (1954), p. 26.

“La escuela hotelera será ya una realidad” en *Hoteles Mexicanos*, 24 y 25 (1943), pp. 14-27.

“La federación gastronómica pone en marcha una escuela más de la rama” en *Mancomunidad*, III:11 (1963), p. 7.

“La importancia de la Escuela Mexicana de Turismo en el desarrollo de la industria turística del país” en *Hoteles Mexicanos*, 225 (1964), p. 24.

“La perfección en el suicidio” en *El Nacional* (4 mar. 1933), p. 1.

“Las filiales del Banco Nacional de México” en *Noticiario Banamex*, 2:25 (1968), s/p.

“Las hipotecarias canalizarán fondos para la construcción de hoteles” en *El Nacional* (20 abr. 1967).

“Las posibilidades del turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 1:1 (1941), pp. 22.

“La nueva ley de turismo” en *La Prensa*, (30 nov.1949).

“La prostitución” en *El Nacional* (27 jun. 1932), p. 5 y 8.

LARIOS ANGELES, Sebastián

“Nuestra capacitación en la industria hotelera y gastronómica” en *Mancomunidad*, XLVII:11 (1961), p. 23.

LEGORRETA, Ricardo

“Mi breve experiencia con Alexander Calder” en *Arquitectura México*, XXXIX:113 (1977), p. 60.

LEGORRETA, Ricardo

“Un equipo internacional de diseño” en *Arquitectura México*, XXIX:99 (1967), pp. 194-197.

“Ley de Migración”

Ley de migración de los Estados Unidos Mexicanos en *Diario Oficial de la Federación* (19 abr. 1926), p. 2.

“Los choques entre elementos hoteleros obedecen a los intereses de los líderes” en *El Gráfico* (7 oct. 1941).

“Lo declaró ayer Avery Brundage” en *El Siglo de Torreón*” (4 oct. 1968), p. 2.

“Lo embrujaron y agredieron” en *El Nacional*, (25 may. 1933), p. 8.

“Los empleados de hotel” en *Mancomunidad*, V:XL (1957), p. 15.

“Los hoteles de primera como obra de patriotismo” en *Hoteles Mexicanos*, 15 (1943), p. 6-7.

“Los principios” en *Mancomunidad*, XLVII:12, (1961), p. 3.

“Los trabajadores del Hotel Reforma harán movimiento de huelga” en *El Nacional Revolucionario* (5 dic. 1937).

“Lucha de clases” en *El Nacional Revolucionario* (27 oct. de 1955).

MARTÍNEZ GÁRATE, Gonzalo

“Escuela de capacitación” en *Mancomunidad*, L:1 (1964), p. 17.

MARTÍNEZ, Gonzalo

“Escuela de capacitación” en *Mancomunidad*, L:5 (1964), pp. 16 y 17.

MENDIZÁBAL, Guillermo

“Texto sobre los 35 años de trabajo de Mario Pani” en *Arquitectura México*, xxx:102 (1970), p. 202.

MESTRE, Héctor

“Apuntes sobre la arquitectura mexicana en los últimos años” en *Arquitectura México*, 100 (1968), pp.39-40.

“Mexicanizan la industria hotelera” en *El Universal*, 13 oct. 1969.

“México es la capital de moda” en *Mapa. Revista de Turismo*, x:111 (1943).

“México, sede de las convenciones hoteleras” en *Hoteles Mexicanos*, 102 (1951-1952), pp. 13-22.

MIJARES, Rafael

“Consideraciones en torno en torno a la arquitectura mexicana de los últimos treinta años” en *Arquitectura México*, 100 (1968), pp. 69-70.

“Movimiento de Huelga en el Hotel Ritz” en *El Nacional Revolucionario* (25 may. 1940).

“Muchacha apuñalada por su ruin amante” en *El Nacional* (26 feb. 1932), p. 4.

“Necesidad imperiosa de la Escuela Hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 3:19 (1943), pp. 5 y 29.

“No habrá huelga en hoteles porque se declaró ilegal” en *El Nacional Revolucionario* (15 ago. 1941).

NOELLE, Louise,

“Arte en los hoteles 2” en *Arquitectura México*, xxxix:113, 1977, p. 53.

NOELLE, Louise,

“Diálogo con el arquitecto Juan Sordo Madaleno”, en *Arquitectura México*, Año XL, Núm. 117, 1978, pp. 10-11.

“Normas para el gerente de hotel” en *Hoteles Mexicanos*, 3:15 (1943), p. 24.

“Nota” en *Hoteles Mexicanos*, 45 (1945), p. 19.

“Nuevo hotel en la ciudad de México” en *Decoración*, 10 (1953), pp. 45-49.

“Nuevos horizontes. Escuela Hotelera, Gastronómica y de Turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 219 (1963), p. 21.

“Obras. Hotel Reforma”, en *Arquitectura México*, xxi:67, (1959), p. 126 y 127.

“Organización de un hotel mediano o pequeño” en *Hoteles Mexicanos*, xxvii: 281 (1968), p. 15.

“Organización y reestructuración administrativa del turismo en México” en *El Nacional*, (7 dic.1969).

“Palabras de don Agustín con motivo del fin de año de 1966”, *Revista Banamex*, xx:175 (1967), pp. 2-4.

PALACIO, Lucas del

“La ética hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 3:15 (1943), p. 18.

PALACIOS MAYORGA, Manuel

“El plástico en la construcción” en *Arquitectura México*, 88 (1964), p. 254.

PANI, Mario

“Un nuevo centro de la ciudad de México: el cruce Reforma-Insurgentes. Proyecto de planificación y zonificación” en *Arquitectura México*, 20 (1946), p. 259-267.

PÉREZ GALAZ, Juan de Dios

“La industria hotelera ante el futuro turístico de México” en *Hoteles Mexicanos*, 117 (1954), pp. 18-19 y 24.

“Perspectivas del turismo” en *Examen de la situación económica de México*, XLIII:502, (1967), p. 12-15.

“Piden un organismo nuevo para fomentar el turismo” en *Excélsior* (16 dic.1955).

“Plan Nacional de Turismo” en *Comercio Exterior*, XII:9, (1962), pp. 594-595.

“Ponencia presentada por la sección uno del Sindicato Nacional de Trabajadores de Hoteles, Restaurantes, Cantinas, Cafés y Similares de la República Mexicana ante la convención hotelera en Veracruz” en *Mancomunidad*, V:XXXII (1946), pp. 15-17.

“¡Preparémonos!” en *Mancomunidad*, V:XLII (1959), p. 3.

“Primer Congreso Nacional de Turismo”, en *Comercio Exterior*, III:7 (1953), p. 256.

“Primer gran proyecto nacional” en *Excélsior* (19 jul. 1954).

“Propaganda impresa” en *Hoteles Mexicanos*, XX :195, Setiembre de 1961, p. 81

“Puntos de vista expresados” en *El Nacional Revolucionario* (8 nov. 1960).

“Rafael del Villar Promueve turismo México-España” en *Excélsior* (19 abr.1969).

“Rayito de Sol, la inquieta artista, intentó suicidarse” en *El Nacional* (18 may. 1933), p. 8.

“Recisión de contrato de trabajo por causa de fuerza mayor” en *El Universal*, (12 dic. 1938).

“Recordando el pasado” en *Mancomunidad*, v:XXIX (1943), pp. 17-19.

“Registro de hoteles para turistas” en *Excélsior* (13 sept.1937).

“Reglamento al que se sujetará la comisión de la Escuela de capacitación, de la Unión de empleados de Restaurantes, Hoteles, Cantinas y Similares del DF” en *Mancomunidad*, v:XXXII, (1947), pp. 4-5.

“Reivindicación” en *Mancomunidad*, v:XXXII (1949), p. 3.

“Renovación” en *Mancomunidad*, I:1(1960), p. 1.

“Resoluciones que se tomaron en el tercer consejo nacional ordinario” en *Mancomunidad*, v:XXXII, (1948), pp. 21-28.

“Resumen histórico de la Unión de Empleados de Restaurants, Hoteles, Cantinas y Similares de México DF” en *Mancomunidad*, LIII: 9, (1967), pp. 3-8.

“Revisión de las tarifas de hoteles” en *Hoteles Mexicanos*, 76 (1948), pp. 11-12.

“Robaron su fortuna al conde Atkary” en *El Nacional* (6 jun. 1932), p. 5.

ROMERO, Héctor Manuel

“Antonio Ruiz Galindo. El hombre y sus dos yos” en *Hoteles Mexicanos*, 218 (1960), pp. 31-35.



ROMERO, Héctor Manuel

“La importancia de apellidarse Ruiz Galindo” en *Hoteles Mexicanos*, 207 (1962), p. 38.

ROSENBLUETH, Emilio

“Veinticinco años de cimentaciones y estructuras en la ciudad de México” en *Arquitectura México*, 83 (1963), pp. 315-318.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Cooperación de los hoteles para intensificar el turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 66 (1947), p. 9-10.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Desarrollo de la actividad hotelera nacional” en *Hoteles Mexicanos*, 59-60 (1946), pp. 15-16.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Discurso de salutación y bienvenida a los delegados de la convención” en *Hoteles Mexicanos*, 15 (1943), pp. 10-11.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Dos hechos que beneficiarán al turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 77 (1948), p. 4.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Editorial” en *Hoteles Mexicanos*, 1 (1941), p. 6.

RUIZ GALINDO, Antonio

“El hotelero de América ante los problemas actuales” en *Hoteles Mexicanos*, 208 (1962), pp. 31, 33, 35.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Estudio metódico de los problemas hoteleros” en *Hoteles Mexicanos*, 72 (1947), pp. 7-10.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Esfuerzos para afirmar el porvenir del turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 78, (1948), p. 4 y 34.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Función de la Escuela Hotelera. Tres elementos esenciales para impulsar el turismo mexicano” en *Hoteles Mexicanos*, 111 (1953), pp. 5-6.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Informe” en *Hoteles Mexicanos*, 96 (1950), pp. 13, 15 y 26.

RUIZ GALINDO, Antonio

“La VI Convención de la AMH” en *Hoteles Mexicanos*, 64 (1947), p. 5-6.

RUIZ GALINDO, Antonio

“La acción que deben desarrollar los hoteleros” en *Hoteles Mexicanos*, 62 (1947), pp. 5-6.

RUIZ GALINDO, Antonio

“La campaña moralizadora y la escuela hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, Núm. 26, enero de 1944, p. 5.

RUIZ GALINDO, Antonio

“La dignificación del hotelero mexicano” en *Hoteles Mexicanos*, 124 y 125 (1955), pp. 30 y 64.

RUIZ GALINDO, Antonio

“La fábrica y el hotel como centros de información de las nuevas ciudades”, en *Hoteles Mexicanos*, 45 (1945), pp. 7-9 y 45.

RUIZ GALINDO, Antonio

“La responsabilidad de los empresarios ante los problemas del continente”, en *Hoteles Mexicanos*, 207 (1962), pp. 39-40 y 52.

RUIZ GALINDO, Antonio,

“Labor desarrollada en el período 1947-1948” en *Hoteles Mexicanos*, 82-83 (1948), pp. 9-11.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Los frutos de la labor cumplida” en *Hoteles Mexicanos*, 28 (1943), p. 5.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Los grandes problemas hoteleros en México”, en *Hoteles Mexicanos*, 36 (1944), pp. 13-14.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Los hoteles en la política de Buena Vecindad” en *Hoteles Mexicanos*, 122-123 (1955), p.25.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Marcha de la actividad hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 90 (1949), pp. 7-8.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Medidas y acción para fomentar el turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 68 (1947), p. 7-8.

RUIZ GALINDO, Antonio

“México, sede del hotelierismo mundial” en *Hoteles Mexicanos*, 101 (1951), pp. 5-6.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Progresos y esfuerzos de la actividad hotelera en México” en *Hoteles Mexicanos*, 49 (1946), pp. 11-12.

RUIZ GALINDO, Antonio

“Trascendental importancia de la Convención Hotelera del presente año” en *Hoteles Mexicanos*, 33 (1944), pp. 5-6.

RUIZ GALINDO, Armando

“La importancia de la Escuela Mexicana de Turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 225 (1964), p. 21.

RUIZ GALINDO, Armando

“Nos renovamos o...” en *Hoteles Mexicanos*, 216 (1963), p. 12.

RUIZ GALINDO, Armando

“Nuevos horizontes. Escuela Hotelera, Gastronómica y de Turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 219 (1963), p. 21.

“Salario mínimo se acepta por los hoteleros” en *Excélsior* (9 ene. 1934).

SÁNCHEZ, Pablo

“El emperador de Etiopía rindió homenaje a los Héroes de México” en *Excélsior*, 21 jun. 1954) p. 1

“Sanciones a quienes infrinjan la ley”, *Hoteles Mexicanos*, 191 (1961), p. 19.

“Se expide decreto para fundar en México el Crédito Hotelero” en *Excélsior* (4 nov. 1937).

“Se facilitarán créditos para la industria turística en el país” en *Novedades* (11 ene. 1958).

“Se ha reorganizado el sindicato de trabajadores de restaurantes” en *Excélsior* (26 feb. 1942).

“Se invertirá este año en hoteles” en *Excélsior* (25 ene. 1956).

SERRA GENER, Antonio

“Año nuevo, vida nueva, superación gastronómica, ¡inscríbese en nuestra escuela de capacitación!” en *Mancomunidad*, v:XXXIX (1956), p. 5.

“Se trabaja para atraer a México 200 mil turistas de Europa en 1975” en *Novedades* (17 abr. 1969).

“Siete hoteles hoy en huelga” en *Excélsior* (23 jun. 1941).

“Síntesis histórica de la Unión de Empleados de Restaurantes, Hoteles y Similares del DF, *Mancomunidad*, v:XXXII (1949), pp. 1-3.

“Sobre un “acuerdo” del Cuarto Consejo Nacional” en *Mancomunidad*, v:XXXIII, (1951), pp. 3-4.

SOLANA, Rafael

“Haile Selassie, o la grandeza de un rey” en *Siempre*, 53 (1954).

“Son para todos las penas en favor del turismo” en *Hoteles Mexicanos*, 64 (1947), p. 18.

SORDO MADALENO, Juan

“Cuestionario”, en *Arquitectura México*, 100 (1968), pp. 79-82.

“Sueldo... y propina”, *El Imparcial* (28 abr. 1912), pp. 1 y 5.

“Suiza, el país que hace un arte total de la hotelería” en *Mancomunidad*, v:XXXVII (1954), p. 7.

“Suscripción para la instalación y el sostenimiento de la Escuela Hotelera” en *Hoteles Mexicanos*, 26 (1944), p. 6.

“Tercer Congreso Nacional Ordinario”, en *Mancomunidad*, v:XXXII (1949), pp. 11-16.

“Tiene la capital 53 buenos hoteles” en *Excélsior* (29 may. 1944).

TOLEDO, Alberto

“Recordando la memorable jornada” en *Mancomunidad*, v:XXXI (1946), p. 4.

“Tres robos de importancia perpetrados en un cine, un hotel y en plena calle” en *El Nacional* (6 abr. 1932), p. 1.

“Turismo”, en *Examen de la situación económica de México*, XXXIV:391 (1958), p. 9.

“Un hotel en la ciudad de México” en *Arquitectura México*, XXI:66 (1959), pp. 73-78.

“Un chino” en *El Nacional* (19 may. 1932), p. 1.

“Una empresa mexicana alfombra el Hotel Continental Hilton” en *Arquitectura México*, XIII:58, (1957), p. 128.

“Una franquicia” en *Excélsior* (4 jul. 1937).

“Una queja del señor general F. Cosío Robelo” en *El Nacional* (21 feb. 1932), pp. 1 y 4.

“Una ventana al mundo” en *Mancomunidad*, v:XLII (1959), pp. 7-9.

“Vacaciones para los empleados públicos” en *Hoteles Mexicanos*, 46 (1945), pp. 19 y 45.

“Ventajas a quienes construyan hoteles” en *El Universal* (4 jul. 1937).

VIDAL, Faustino

“Para la escuela de capacitación” en *Mancomunidad*, v:XXXI (1946), pp. 6 y 7.

VIDAL, Faustino

“Para la escuela de capacitación II” en *Mancomunidad*, v:XXXI (1946), p. 4 y 5.

VILLAGRÁN GARCÍA, José

“Centro inmobiliario América. Edificios de oficinas y estacionamiento de automóviles” en *Arquitectura México*, XII:55 (1956), pp. 167-169.

“Visita del candidato presidencial a nuestro domicilio social” en *Mancomunidad*, v:XXX (1945), p. 5.

“Visitó Avery Brundage las obras del Hotel Camino Real” en *Noticiero Banamex*, I:18 (1968), p. 5.

“Vivienda para el trabajador debe ser prioridad del erario” en *Edificación. Órgano de la Escuela Superior de Construcción*, IV:1 (1937), p. 6-9.

YAÑEZ, Enrique

“Cuestionario” en *Arquitectura México*, 100 (1968), p. 91-94.

ZÁRRAGA, Guillermo, “El fibracel, un material versátil, nuevo en México” en *Espacios. Revista integral de arquitectura y artes plásticas*, 10 (1952), s/p.

### ***Leyes y decretos***

“Decreto que ratifica la vigencia del de 5 de noviembre de 1930, por el cual se concede la libre importación de materiales destinados a la construcción o adaptación de edificios para hoteles” en *Diario Oficial de la Federación* (1º mar. 1934), p. 2.

“Decreto que exceptúa del pago del impuesto predial a los terrenos y construcciones destinados a hoteles y campos para turistas” en *Diario Oficial de la Federación* (29 ago. 1934) p. 1065.

“Ley de Migración” en *Diario Oficial de la Federación*, (19 abr. 1926), p. 2.

### ***Películas***

#### *ACÁ LAS TORTAS*

Juan Bustillo Oro, México, Cinematográfica Grovas, 1951.

#### *AMOR EN CUATRO TIEMPOS*

Luis Spota, Cinematográfica Filmex, 1954.

#### *DEL BRAZO Y POR LA CALLE*

Juan Bustillo Oro, México, Tele Talia Films, 1955.

#### *ÉL*

Luis Buñuel, México, National Films, 1952.

#### *EL HIJO DESOBEDIENTE*

Humberto Gómez Landero, México, As Films y Producciones Grovas, 1945.

#### *EN LA PALMA DE TU MANO*

Roberto Gavaldón, México, Producciones Mier y Brooks, 1950.

#### *GRAN HOTEL*

Miguel M. Delgado, México, Estudios y laboratorios CLASA, 1944.

*HISTORIA DE UN ABRIGO DE MINK*

Emilio Gómez Muriel, México, CLASA Films Mundiales, 1954.

*LA FAMILIA PÉREZ*

Gilberto Martínez Solares, México, Cinematográfica Filmex, 1948.

*LA OTRA*

Roberto Gavaldón, México, Producciones Mercurio, 1946.

*LÁSTIMA DE ROPA*

Humberto Gómez Landero, México, Tele Talía Films, 1961.

*MÉXICO DE MI CORAZÓN (DOS MEXICANAS EN MÉXICO)*

Miguel M. Delgado, México, Producciones Sotomayor, 1963.

*MUJERES ENGAÑADAS*

Fernando Méndez, México, Películas Rodríguez, 1960.

*PERDÓNAME MI VIDA*

Miguel M. Delgado, México, Filmadora Chapultepec, 1964.

*SE ALQUILA MARIDO*

Miguel M. Delgado, México, Estudios Churubusco Azteca, 1960.

**Otros**

*Publicidad*

Anuncio Cementos Anáhuac en *Arquitectura México*, 63 (1958), s/p.

Anuncio Condistri S.A. en *Arquitectura México*, 40 (1952), p. 5.

Anuncio de la Escuela Mexicana de Turismo en *Hoteles Mexicanos* 278 (1968), p. 24.



Anuncio Elevadores Westinghouse 1 en *Arquitectura México*, 8 (1941), s/p.

Anuncio Elevadores Westinghouse 2 en *Arquitectura México*, 10 (1942), p. XXIII.

Anuncio Westinghouse 3 en *Arquitectura México*, XXI:65 (1959), s/p.

Anuncio. Fibracel en *Arquitectura México*, 36 (1951), p. XI.

Anuncio. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, S.A. en *Decoración*, 10 (1953), p. 49.

Anuncio. Juan Arredondo. Contratista en general en *Construcción. Revista de ingeniería, arquitectura, arte, decoración en industria*, v:55, abril 1946, s/p.

Anuncio. RCA Víctor en *Arquitectura México*, 21(1954), p. XXVIII.

Anuncio. Tapetes Luxor en *Arquitectura México*, XIV:61 (1958), s/p.

Anuncio. Tuberías de cobre Anaconda Nacional en *Arquitectura México*, 55(1956), s/p.

Folletos informativos del Hotel Continental Hilton, principios de los años cincuenta en [www.facebook.com/pages/Hotel-Continental-Hilton-oficial/283988154984845?fref=ts](http://www.facebook.com/pages/Hotel-Continental-Hilton-oficial/283988154984845?fref=ts)

“The modern Mexico city”, *Traveltalks*, Metro Golding Meyer, 1942.  
<https://www.youtube.com/watch?v=XJzcfDqa8cM>

*Portales de internet*

[www.arqhys.com](http://www.arqhys.com)

[www.canaero.org.mx](http://www.canaero.org.mx)

[www.eluniversaldf.mx](http://www.eluniversaldf.mx)

[www.eluniversalmas.com.mx](http://www.eluniversalmas.com.mx)

<http://emprendedoresexitosos.com/conrad-hilton-visionario-sin-limites>

[www.luiscovarrubias.blogspot.mx](http://www.luiscovarrubias.blogspot.mx)

[www.hiltonworldwide.com/about/history](http://www.hiltonworldwide.com/about/history)

[www.m-x.com](http://www.m-x.com)

[www.revistaconstruir.com](http://www.revistaconstruir.com)

[www.smo.org.mx/smo/index.php/historia-de-la-smo#19](http://www.smo.org.mx/smo/index.php/historia-de-la-smo#19)

[www.uam.mx](http://www.uam.mx)